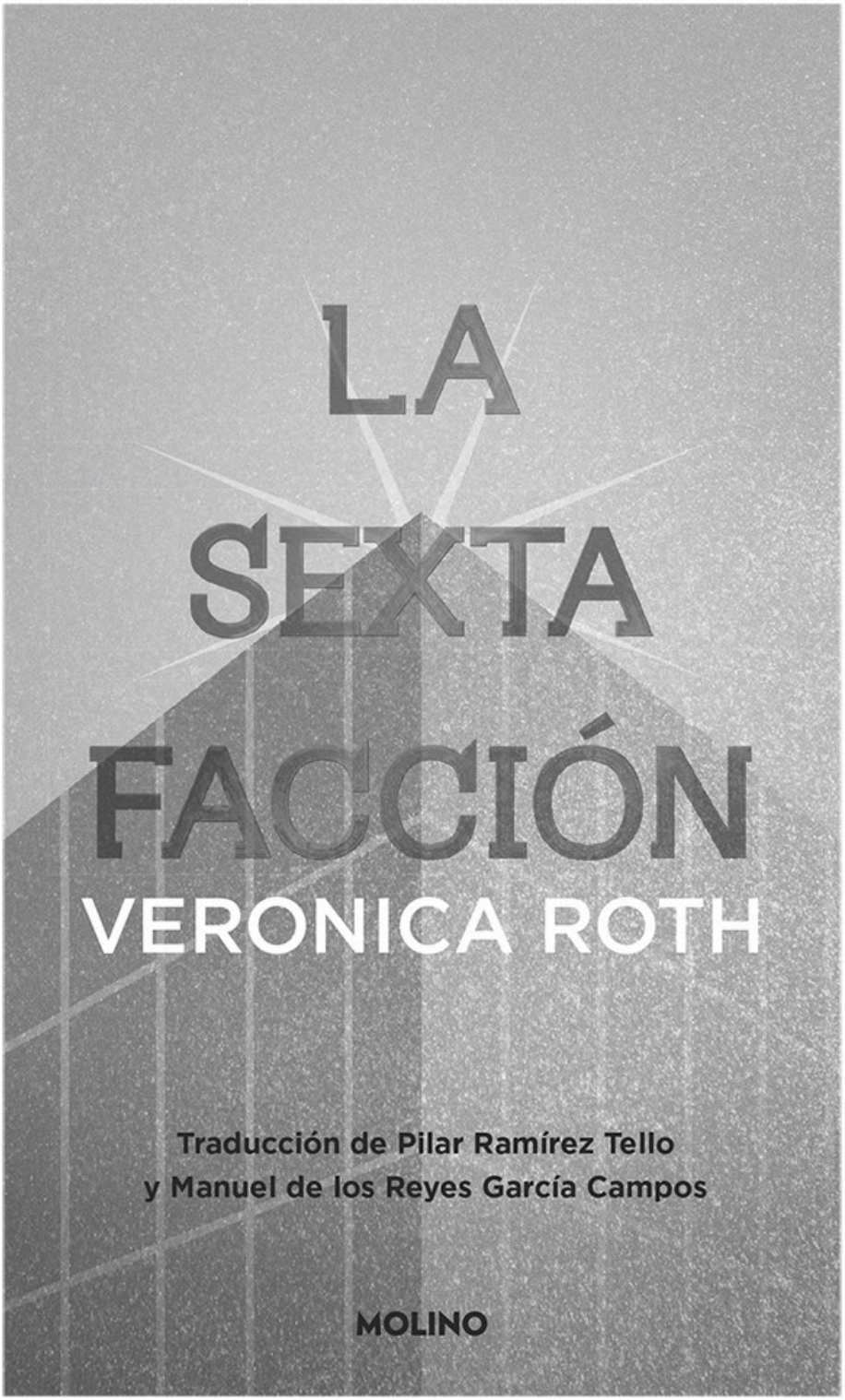
NUEVA SAGA DE *DIVERGENTE*

LA SEXTA FACCIÓN

VERONICA ROTH

MOLINO



Traducción de Pilar Ramírez Tello
y Manuel de los Reyes García Campos

MOLINO

Para Katherine Tegen,
una veraz modélica cuando más la necesitaba.

1

ESTIRADA

CAPÍTULO 1

BEATRICE

EL ESPEJO DE NUESTRA CASA está en la planta de arriba, detrás de un panel corredero que hay en la pared. Se me permite colocarme ante él una vez cada tres meses, cuando mi madre me corta el pelo.

La coreografía siempre es la misma. Saco un taburete del armario del pasillo y lo acerco. Ella trae las tijeras y el peine del cuarto de baño. Tomo asiento mientras el panel se desliza y me sostengo la mirada con la esperanza de advertir algún cambio en esta ocasión.

Pero no, soy la misma. Pálida y menuda. Brillantes ojos azules. Rasgos corrientes. El pelo rubio y mate. Me gustaría seguir observándome, probar distintas expresiones faciales para ver cómo son. Sin embargo, aunque en estos momentos tenga permiso para contemplar mi reflejo, no debería regodearme, pues estaría pecando de vanidosa.

Vuelvo el rostro.

Mi madre retira las horquillas que me sujetan el moño y me pasa los dedos por los cabellos para desenredarlos. Aunque sería muy fácil dejar que este ritual tan reconfortante transcurriera como de costumbre, hoy me da por pensar en mi hermano Caleb, que lleva años arreglándose él solo.

La sonrisita de mi madre y los tirones del peine me hacen sentir como una niña pequeña.

—¿Puedo yo? —le pregunto mientras inclino la cabeza hacia las tijeras.

Tras un instante de vacilación, me las deposita en la mano. Uso dos dedos para sujetarme el pelo, como la he visto hacer a ella, y pienso en desplazarlos hacia arriba para cortar algo más que las puntas. ¿Y si me lo dejara por la barbilla? ¿Me convertiría entonces en otra persona?

«No seas tonta», me digo. Las personas no cambian con su peinado.

Sin embargo, ansío ser diferente. Ansío ser quien se supone que debería.

Ansío ser alguien que encaje aquí, en nuestra facción, en nuestro hogar, en vez de todo lo contrario.

Cierro las tijeras sobre el primer mechón de cabello y lo corto.

CAPÍTULO 2

BEATRICE

MI MADRE CANTURREA, cosa que solo hace cuando cocina.

Nunca reconozco la melodía.

En estos momentos está troceando zanahorias para la sopa al compás de la música.

Deslizo el cuchillo por la tabla de cortar para terminar de echar la cebolla en la cacerola. Los pedacitos sisean al tocar el aceite.

—Gracias —me dice—. Yo siempre acabo llorando.

—No es nada.

Enseguida lavo la tabla y contemplo el bordado en punto de cruz con el lema de nuestra facción que hay colgado encima del fregadero: «Los demás primero». Lo hizo la señora Black. Los nudos diminutos se ven regulares y prietos.

Mi padre da unos golpecitos con el dedo en el marco.

—Falta muy poco para que llegue el líder del consejo.

Mi madre levanta la cabeza y sonríe. Parece tranquila, como si el hecho de que la figura más importante de la ciudad vaya a venir a cenar no tuviera nada de extraordinario. Echa las zanahorias en la olla antes de cubrir el sofrito con una jarra de caldo de verduras. Luego se coloca a mi lado, frente a la encimera, y seguimos picando las hierbas aromáticas: ella se encarga del romero y yo del tomillo.

En momentos así pienso que este podría ser mi lugar: trabajar hombro con hombro con mi madre, con una canción tarareada en una cocina tranquila. Es la hermosa simplicidad de una vida de Abnegación dedicada a buscar la forma de ayudar al prójimo con actos tanto grandes como pequeños. Mi madre ha conseguido ambas cosas al encargarse de organizar a los voluntarios que ayudan a los sin facción y reconstruyen las partes más dañadas de la ciudad; los integrantes de nuestra facción acuden a ella a menudo para pedirle asesoramiento. Y mi padre, siempre tan seguro de sus opiniones, apela a su sabiduría de forma constante. ¿Cómo no iba a querer yo eso mismo? Una vida plena. La garantía de que tu existencia significa algo.

No es que no lo quiera, supongo, sino que no estoy hecha para ello.

—¿Estás nerviosa por lo de mañana? —me pregunta en voz baja, como si fuera un secreto.

Mañana es la prueba de aptitud. La que lo decidirá… todo. Quién soy y cuál es mi sitio. Me ayudará a elegir, a deshacer este nudo que se me ha formado dentro y que lleva meses sin parar de tensarse.

Nuestra ciudad se divide en cinco facciones. Cada una gira en torno a una virtud, como bailarines alrededor de una fogata. La nuestra es el altruismo. La de Erudición, la inteligencia; la de Cordialidad, la amabilidad; la de Verdad, la franqueza; y la de Osadía, el valor. Todo cuanto hacemos —nuestra ocupación, nuestro atuendo, incluso nuestra forma de hablar y actuar— se cimenta sobre la virtud de nuestra elección.

El hombro de mi madre está caliente al contacto.

—Sí —le confieso—. Estoy un poquito nerviosa.

Me rodea con un brazo y aprieta.

—Recuerda que la prueba no va a decirte nada que tú no sepas.

Se me revuelven las tripas. Se aparta de mí cuando la puerta principal se abre y la voz grave del líder del consejo resuena en la entrada.

+ + +

Los niños de Abnegación no pueden hablar durante la cena. Mejor, pues todavía estoy dándole vueltas a las últimas palabras de mi madre. Hasta que noto la mirada de Susan y me doy cuenta de que estoy removiendo la sopa en vez de tomármela. Me meto unos trozos de zanahoria en la boca.

El líder del consejo se llama Marcus Eaton. Es igual que mi padre: alto, con el pelo castaño muy corto y la ropa gris. Abnegación consigue que todos nos parezcamos; de eso se trata. El individuo desaparece, reemplazado por el bienestar colectivo. Sin embargo, mientras que en los rasgos de mi padre se dibuja una expresión de camaradería perpetua, el semblante de Marcus se mantiene inescrutable. Nos conocemos de toda la vida y no sé quién es.

Según mi padre, la pena puede hacer que nos retraigamos, y Marcus ha sufrido de sobra. Hubo un tiempo en el que tuvo mujer e hijo, pero Evelyn Eaton falleció a causa de las complicaciones que surgieron durante su segundo embarazo. Aunque no la conocía bien, recuerdo haber desconfiado de ella; no era tan simpática ni cariñosa como las demás abnegadas de mi entorno. Su muerte debió de afectar sobremanera a su hijo, puesto que años después, en su Ceremonia de la Elección, renunció a ser abnegado. No recuerdo qué

facción escogió. Ahora Marcus está solo, ya que nadie mantiene el contacto con aquellos de sus descendientes que deciden cambiar de aires.

«La facción antes que la sangre». Es una de nuestras leyes fundamentales.

Marcus lleva viniendo a cenar una vez a la semana desde que su hijo nos dejó, así que… ya hace dos años.

—Agnes, ¿qué has plantado en la huerta este año? —le pregunta mi madre a la señora Black, responsable de la huerta comunitaria en la que Robert, su hijo, estaba trabajando antes. Nuestras familias se emparejaron porque Robert y Susan son mellizos, al igual que Caleb y yo.

—Los rábanos están en flor —contesta la señora Black—. Como los tomates, que tantos problemas nos han dado antes… Robert ha estado leyendo sobre la composición de la tierra para ayudarnos.

Robert siempre está colorado. Su naturaleza lo vuelve fácil de interpretar: se pone rojo cuando se enfada, rojo cuando algo le da vergüenza y rojo si intenta mentir. En estos momentos sospecho que se ha puesto rojo por el mero hecho de que Marcus se está fijando en él.

—Conque la composición de la tierra —murmura Marcus—. Parece muy científico.

No es un cumplido. Mi facción recela de las investigaciones científicas. La ciencia en sí no es el problema: al fin y al cabo, Abnegación cuenta con sus propios médicos, los cuales deben comprender la ciencia propia de su labor. Sin embargo, entre investigar por el bien de los demás y hacerlo por interés propio media una línea muy fina, como tan a menudo se nos advierte.

Robert clava la mirada en el plato.

—Bueno, a lo mejor —interviene mi madre con una sonrisa—. Pero el objetivo de Robert siempre es el bien común, líder del consejo. Ni un ápice de curiosidad ociosa.

Hay agradecimiento en la sonrisa que le devuelve Robert.

—¿Y estos dos qué? —le pregunta Marcus a mi madre—. ¿Todavía están de voluntarios en el hospital?

—Caleb, sí —replica mi madre—. Beatrice ha empezado a ayudarme atendiendo a los sin facción.

—Ah, ya veo.

Marcus suaviza el tono y me observa como si primero me evaluara y después decidiera aprobarme.

Noto calor en el rostro y bajo la mirada al tazón. Para la mayoría, recibir semejante escrutinio por parte de un líder del consejo —son los que tienen la última palabra no solo en nuestra facción, sino en el gobierno de la ciudad— sería un halago, pero a mí me hace sentir como una farsante. Los sin facción son necesitados, personas que no superaron la prueba de iniciación o que han sido expulsadas de sus respectivas facciones. Y sí, es cierto que me he unido a mi madre en sus intentos por brindarles ayuda, pero no hay cosa que más deteste en el mundo.

Algunos son de trato amable y agradecen nuestro trabajo, pero la mayoría de ellos se limitan a coger lo que necesitan antes de seguir su camino; algunos, incluso, nos lanzan insultos. A mí me llaman «estirada» —su mote para los de Abnegación— o «escoria de las facciones». Me arrebatan las cosas de las manos y me ordenan que les traiga más. Ni ellos esperan que me defienda ni yo lo hago. Al fin

y al cabo, es lo que se espera de mí; mi deber consiste en hacer el bien por el prójimo.

Se esperan muchas cosas de mí.

—Una labor fundamental —señala Marcus— y muy necesaria.

Se me calientan aún más las mejillas.

—Todos tenemos nuestro lugar en la sociedad. —A mi madre le brillan los ojos, tan verdes como los de Caleb—. Todos igual de importantes.

—Sí. Desde luego.

Estoy rebañando el tazón cuando la pantalla de la pared se enciende con el característico parpadeo que precede a las noticias. No tenemos el menor control sobre esto; el informe matinal comienza a la misma hora todos los días y los boletines especiales aparecen en los momentos más insospechados, da igual lo que estemos haciendo. Mi padre siempre se queja de que los eruditos emiten estos comunicados para fastidiarnos, a sabiendas de que en Abnegación estamos cenando. En vista de lo que ocupa las noticias últimamente, quizá no ande desencaminado.

Leo las palabras que pasan por la pantalla:

LOS LÍDERES DE ABNEGACIÓN RECHAZAN CON VEHEMENCIA LOS RUMORES QUE LOS ACUSAN DE MANIPULAR LOS RECUERDOS.

La semana pasada, un informe de esta cadena sacó a la luz una preocupante recurrencia en las lagunas de memoria que sufren algunos de los centinelas de Osadía que patrullan el muro. En todos

los casos, estos lapsus se han producido tras visitar la Cámara de la Memoria de Abnegación.

Hace años que los líderes de Abnegación invitan a los miembros de todas las facciones a almacenar sus recuerdos en esa cámara; una iniciativa cuyo objetivo, según los líderes de Abnegación, no es otro que «mejorar los archivos de la ciudad», como aseguró el consejero Andrew Prior al plantear la propuesta. Sin embargo, ante la pregunta de si cree que existe alguna conexión entre los alarmantes síntomas cognitivos que exhiben algunos agentes de Osadía y su paso por la Cámara de la Memoria, el líder del consejo, Marcus Eaton —casualmente la única persona en toda la ciudad que goza de pleno acceso a dicho sistema—, tachó tales alegaciones de «paparruchas» y declaró que el antedicho informe no era sino «una burda maniobra de la dirigente erudita Jeanine Matthews» destinada a socavar la confianza de los ciudadanos en su figura.

+ + +

El rostro de Marcus se muestra tan inescrutable como de costumbre.

—Ridículo. —Mi padre niega con la cabeza y mira a mi madre—. Y esa manera de tergiversar las cosas… Que si nuestro objetivo «no es otro que» mejorar los archivos de la ciudad, como si eso tuviera algo de malo. Y tú, Marcus, rechazando con vehemencia y tachando alegaciones como un tirano cualquiera…

—Están poniendo toda la carne en el asador —tercia la señora Black en voz baja. La luz de las velas oscila sobre sus pómulos—. Se han empeñado en dañar nuestra imagen…

—El concepto de imagen es egocéntrico —la reprende Marcus con delicadeza—. A mí lo que me preocupa es de dónde están sacando la información.

Las palabras brotan de mis labios como si fuera agua hirviendo que intenta escapar de la olla:

—Entonces, ¿la información es correcta?

Alrededor de la mesa, todos se vuelven de golpe hacia mí.

—Beatrice —dice mi madre. Una advertencia.

Me maldigo para mis adentros. No pretendía abrir la boca, pero ya es demasiado tarde.

—¿Acaso pones en tela de juicio la integridad de nuestra facción? —inquiere Marcus.

Pese a lo incisivo de la pregunta, me sorprende la placidez de su tono.

Trago saliva con dificultad.

—No, por supuesto que no. Lo que pasa es que… Pensaba que todo eso eran meras invenciones de Erudición. —Se me quedan mirando, extrañados. Necesito que lo entiendan—. Pero, si se trata de calumnias, ¿cómo podría haber una fuente?

—Beatrice.

Esta vez ha sido mi padre, pero yo sigo hablando:

—Y entonces, si no se lo están inventando, eso significa que…

Mi madre no levanta la voz. Se limita a decir:

—Pena de Silencio hasta mañana por la mañana.

Cierro la boca de golpe. La Pena de Silencio me priva de mi derecho a hablar hasta que termine el castigo. Si la incumplo, las consecuencias serán funestas: confinamiento en la sede de Abnegación durante al menos veinticuatro horas, o puede que más.

Por no hablar de que la vergüenza, la decepción colectiva, es imposible de cuantificar.

Es lo que siento ahora al levantarme para recoger los tazones.

Robert y Caleb me imitan al otro lado de la mesa, evitando mirarme a los ojos.

Noto calor en la nuca y me escuecen los ojos. Procuro no amontonar los cuencos de golpe; no me puedo permitir el lujo de buscar más problemas. Termino a toda prisa y busco refugio en la cocina, junto al fregadero.

Mi padre se coloca a mi lado y coge un trapo para secar mientras yo lavo los platos. Me toca el hombro con el suyo y veo que sonríe un poquito.

—La has heredado de mí —dice.

Arqueo las cejas para formular mi pregunta: «¿Qué es lo que he heredado?».

—Esa línea directa entre el cerebro y la boca —matiza—. En las reuniones del consejo tenemos nuestra propia versión de la Pena de Silencio, para cuando alguien «fomenta la discrepancia en su entorno».

Me da la impresión de que, si se hubiera dado permiso para ello, podría haber puesto los ojos en blanco.

—Adivina quién suele recibir el castigo.

Me lo quedo mirando. Supongo que sé que mi padre no es perfecto; pierde la paciencia más que cualquier otro abnegado que yo conozca. Pero nunca había pensado en lo que eso supone cuando estás rodeado de otros miembros de nuestra facción.

El frío nudo de tensión que me oprime el pecho comienza a aflojarse.

—Está bien desafiar a la gente. Así es como mantenemos nuestros elevados estándares en Abnegación —añade—. Solo hay que aprender a elegir el momento adecuado, eso es todo.

Me da un apretón en el hombro y me quita un tazón mojado de las manos para secarlo. Continúo fregando.

+ + +

Esa noche, cuando ya está todo recogido y Marcus Eaton ha vuelto a su casa, dedico una hora a hacer los deberes en la sala de estar, junto a Robert, Susan y Caleb, en silencio, enfadada con mi madre —también en silencio— hasta que por fin me voy a la cama. Me paso casi otra hora más tendida encima de la colcha, con el camisón empapado pegado al pecho. Hace un calor inusitado para esta época del año, un verano de mentira que se prolongará durante tan solo unos días.

Mi habitación tiene el tamaño justo para mi cama y un armario con ropa.

Estiro una pierna para abrir la puerta del armario con el talón y contemplo los montones de tela gris y mis botas de repuesto. No poseo nada más; al menos nada más que se pudiera calificar de exclusivamente mío. El cepillo con el que me arreglo el pelo lo compartimos mi madre y yo; los libros que uso en la escuela son prestados; incluso el bordado en el que estoy trabajando es un préstamo de la casa de abastecimiento de Abnegación y tendré que cederlo cuando haya acabado.

Todo es compartido, y eso está bien. Aquí, en Abnegación, siempre nos aseguramos de tener lo justo para ir tirando. Entonces,

¿por qué me molestará tanto?

Quizá por eso termino deslizando los pies en el interior de las botas y atándome los cordones, aunque no haya ningún sitio al que ir. Quizá por eso saco una pierna por la ventana, primero, y después la otra, antes de agacharme bajo la barandilla de la escalera de incendios. Se menea un poco; todas las escaleras de incendios de los edificios de Abnegación están viejas y desgastadas, puesto que nadie las usa. Me encaramo al nivel superior y al que está por encima de ese.

Miro a mis pies y compruebo que ya estoy al menos a diez plantas del suelo; el viento cálido sopla con más brío ahora, y me resulta más fresco. Me despega el camisón de la piel y me seca el sudor del vientre.

Llego a lo alto del siguiente rellano y me aúpo hasta la azotea.

Unos cuantos pájaros negros duermen con el pico enterrado bajo las alas. Les doy la espalda y me giro hacia la ciudad. Está oscuro a esta hora; la electricidad se corta a las once. Aun así, se distinguen destellos dispersos allí donde la gente ha encendido quinqués o candiles. No en el sector de Abnegación, sino más lejos, donde muchos de los sin facción viven arracimados en torno a la humilde comodidad que han podido conseguir.

Planto las manos en la cornisa y me agacho para mirar hacia abajo, a la calle. Pienso en lo que sentí cuando las palabras escapaban de mí durante la cena, en cómo la máscara de Abnegación se me cayó durante tan solo un momento para desvelar a la persona egoísta que se esconde debajo; la persona que soy sin poder evitarlo. Pienso en la inflexible reacción de mi madre: «Pena de Silencio hasta mañana por la mañana».

Me inclino un poco más sobre el vacío para que el viento me aparte el pelo del rostro y grito hasta vaciarme los pulmones de aire.

Sobresaltadas, las aves despiertan y alzan el vuelo.

CAPÍTULO 3

BEATRICE

Me pego a Caleb cuando nos adentramos en el sector de los sin facción.

Nunca me ha gustado esta parte de la ciudad, donde los estragos del tiempo son más pronunciados. La vegetación se abre paso a través de las grietas que surcan la calzada y la acera. Los muros y los tejados se comban. Las señales de tráfico y los semáforos están en el suelo. Todo se desmorona.

Formamos un grupo —Caleb y yo, Robert y Susan, y algunos de los abnegados más pequeños— camino de la parada de autobús para ir a la escuela. Las gachas de avena que me he obligado a desayunar esta mañana me pesan en el estómago, o quizá sean los nervios que la prueba de aptitud me provoca.

Caleb me llama la atención con el codo. Hay una mujer sin facción en una callejuela cercana, desaliñada y envuelta en telas de todos los colores, de todas las facciones.

Robert empieza a recoger las manzanas de nuestro almuerzo para donárselas y le cedo la mía sin rechistar. Casi todos los alimentos que repartimos entre los abandonados vienen en botes o latas, incluso la fruta. Manzanas reducidas a salsa, peras conservadas en

almíbar de color claro. Debe de hacer mucho que esa mujer no se lleva algo fresco a la boca.

Robert le acerca las manzanas y me pregunto si ella las compartirá con alguien. He oído que los abandonados son solitarios; por eso no encajaban en ninguna facción. También tengo entendido que son muy territoriales; los osados se pasan el día separándolos para que no se peleen.

—Creo que deberíamos reservar el huerto de mamá para los sin facción —le comenta Robert a Susan cuando reanudamos la marcha —. Tenemos de sobra.

Aunque el sector abandonado no tiene frontera oficial, se nota cuando entras en otra parte de la ciudad. Aquí hay gente en la calle, personas reunidas alrededor de la carretilla de Cordialidad que ofrecen hogazas de pan a cambio de vales de facción u otros bienes, congregadas en la parada del autobús o conversando sin más.

Llega el autobús y esperamos a que haya subido todo el mundo antes de montar también nosotros. La conductora es una voluntaria de Abnegación que lleva el pelo recogido con horquillas, como el mío, y unos pantalones holgados de color carbón. Podría ser yo.

Somos la única facción que utiliza un uniforme real; los demás se limitan a vestir con los colores de su facción, tengan el estilo que tengan. En Erudición, los pantalones azules planchados con raya conviven con los vaqueros anchos con rotos en las rodillas; los veraces optan por sencillos pantalones blancos y faldas negras con capas, como esas tartas escalonadas que solo he visto en los libros. Un hombre cordial, con camisa de lino, viaja al lado de una mujer de su misma facción con un ceñido vestido granate. El autobús es uno

de los pocos lugares de la ciudad en los que las facciones se mezclan con libertad.

Tomamos Lake Shore, la carretera que sigue la curva del pantano. El centro de la ciudad, con sus altos y relucientes edificios de cristal, es como el eje de una rueda; la mayoría de los miembros de las facciones recorren sus radios por la mañana y por la tarde en sus idas y venidas de su lugar de trabajo.

—¿Vamos directamente a la prueba? —le pregunto a Caleb, aunque no solemos hablar en el autobús—. ¿O hay que ir antes al aula?

—Directos a la prueba.

Los dedos de Caleb se crispan sobre la barra del techo a la que está agarrado. Es la primera muestra de nervios que detecto hoy en él.

Tras unos diez minutos de trompicones, el vehículo se detiene frente al instituto. Hace tan solo seis años que empezamos a estudiar con las demás facciones, cuando yo tenía diez. Cada facción educa a los suyos hasta que los estudiantes cumplen diez años, y de nuevo cumplidos los dieciséis, cuando hemos hecho nuestra elección. Esto explica que no solamos tener amigos fuera de nuestras respectivas facciones.

—Vamos —me dice Robert mientras pasamos por delante de la biblioteca—. Tenemos un par de minutos.

Caleb suspira y agita la mano. Aunque no le guste nuestra afición, tampoco va a detenernos.

Robert y yo nos colamos en la biblioteca y recorremos la pared hasta llegar a la sección dedicada a Abnegación. Es la más pequeña de todas, debido a la limitada cantidad de libros aprobados para los

miembros de nuestra facción. Un equipo de ancianos analiza el valor ético de las obras de narrativa. Los conocimientos «prácticos» están permitidos, siempre y cuando no sean «demasiado técnicos», signifique lo que signifique eso.

Llegamos al final de las estanterías, donde están las ventanas. Robert coge una silla para que yo me suba encima y entreabre una hoja de cristal para que los dos podamos asomarnos a las vías elevadas que se extienden por detrás del instituto.

Lo hacemos todas las mañanas.

—Justo a tiempo —dice.

El tren llega al andén, aminora sin detenerse y… los osados empiezan a saltar.

Algunos aterrizan de pie, estables y firmes. Otros trastabillan y se tienen que sujetar a la barandilla de la parada. Unos pocos pierden el equilibrio, se caen y ruedan hasta volver a incorporarse ágilmente, con gracia y facilidad. El viento me acerca sus gritos, sus bromas y sus risas.

Robert sonríe de oreja a oreja. Como a los dos nos gustaba devolver los libros a su sitio antes de que comenzaran las clases, descubrimos que tanto a él como a mí nos encanta ver cómo hacen los de Osadía para bajarse del tren. Seguir viniendo aquí juntos es nuestro pequeño acto de rebeldía.

Sé que me falta la generosidad necesaria para estar en Abnegación, pero ignoro dónde podría encajar si no. Sin embargo, no tengo la menor duda de dónde me gustaría que fuera; sé en qué desearía poder convertirme. Me gustaría rodear los hombros de un amigo con el brazo y reírme con él; me gustaría llevar el pelo suelto

sobre los hombros y provocar a alguien con una mirada taimada. Me gustaría ser atrevida, graciosa y capaz, como los osados.

—¿Crees que te saldrá Osadía en el resultado? —le pregunto a Robert.

Se ríe.

—Ni en broma. Pero es bonito soñar.

Suena el timbre. Cierro la ventana.

+ + +

Mi rodilla sube y baja tan deprisa que la mesa entera tiembla, pero los demás abnegados son demasiado expertos en contenerse como para decirme nada. Los examinadores nos han llamado al azar. Cada vez que alguno de ellos entra en la cafetería que hace las veces de sala de espera, todas las espaldas se enderezan y se hace el silencio.

Entre visita y visita, me dedico a observar a las facciones entregadas a sus pasatiempos predilectos. Se puede aprender mucho sobre una facción a través de sus juegos. A los eruditos les encantan los de estrategia; extienden complejos sistemas de casillas hexagonales y se arremolinan alrededor con las cabezas tan juntas que casi no se puede mirar entre ellas. A los veraces les van más los juegos de palabras, y cualquiera que sea su juego, siempre será escandaloso y requerirá un arbitraje constante. En la mesa de Cordialidad se reparten hojas de papel y lápices; todos dibujan lo mismo y exhiben su trabajo para señalar las cualidades de cada obra. Un grupo de osados forma dos filas y se entrega a una

actividad que implica manotazos y les deja los nudillos enrojecidos a los más pálidos.

Abnegación se sienta y espera.

No es que no tengamos juegos, sino que nuestros momentos de esparcimiento se reservan para la intimidad. En el exterior, como aquí, en público, lo que hacemos es desaparecer. Como un conejo en la hierba o un ratón en su rinconcito oscuro, inmóviles para que la mirada del depredador los pase por alto. Que los otros alumnos —los de fuera de mi facción, al menos— no sepan cómo me llamo y que no sean capaces de distinguirme de Susan significa que he hecho algo bien.

La examinadora de Osadía, una mujer alta con el pelo negro y un halcón tatuado en la garganta, abre la puerta de su aula. Se hace el silencio mientras consulta la carpeta con sujetapapeles que sostiene en las manos.

—Beatrice Prior —dice, y mi nombre suena amortiguado. Me quedo sentada tanto tiempo que Susan me pega un codazo, momento en el que me incorporo demasiado rápido y me golpeo la rodilla contra la mesa.

Hago una mueca de dolor, renqueo hasta la examinadora y entro con ella en la sala.

No contiene gran cosa: una silla acolchada con reposabrazos, parecida al sillón de un dentista; un taburete alto, escondido bajo una mesa sobre la que se encuentra un ordenador con la brillante pantalla apagada. Y junto a la puerta, una caja de metal, como las de herramientas, con las hebillas abiertas y la tapa bajada.

—Me llamo Tori. —Señala la silla—. Ponte cómoda.

Parece cansada. O aburrida. Se sienta en el taburete con una bota apoyada en la barra. Tiene los cordones desabrochados y la lengüeta de las botas cuelga floja por encima de ellos. Se encoge de hombros para quitarse la chaqueta y la deja de cualquier manera a su lado; debajo lleva una camiseta de tirantes negra que me permite ver que tiene hasta el último centímetro de los brazos cubierto de tatuajes. En uno se enroscan las llamas; en el otro, unas flores pierden sus pétalos.

Me siento con las manos cruzadas sobre el regazo. Abre la caja metálica con la punta del pie y saca una jeringa. Ni siquiera el capuchón de plástico consigue disimular las dimensiones de la aguja. Se me seca la boca. Hurga dentro del maletín hasta encontrar un botecito de antiséptico y un algodón.

—Te explico cómo funciona. Voy a ponerte una inyección que inundará tu sistema de transmisores y receptores diminutos. Estos viajarán hasta tu cerebro y se instalarán allí. Así podré usar esto —toca el ordenador— para empezar la prueba de aptitud. Podría contarte algo más sobre ella, pero como no recordarás nada cuando la hagas, en realidad no hace falta.

Bosteza. Esto ya lo ha hecho diez veces hoy, pero me sigue costando creer que se lo tome con tanta apatía.

—¿Transmisores y receptores diminutos… que se me van a instalar en el cerebro? —pregunto—. ¿Hasta cuándo?

—Para siempre —replica Tori.

—¡¿Para siempre?!

Tori pone los ojos en blanco.

—Tu facción almacena recuerdos en su Cámara de la Memoria, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bueno, ¿y cómo crees que llegan esos recuerdos allí? ¿Te pensabas que vuestros líderes llevan unos diarios de lo más detallados? No. Interactúan con un potente ordenador gracias a los transmisores y receptores que se alojan en nuestro cerebro desde que cumplimos los dieciséis, cuando nos presentamos a sus pruebas de aptitud. —Abarca la sala con un ademán—. De ahí todo esto. Está claro que Abnegación se hace un flaco favor desalentando la curiosidad. Ya deberías saber todo esto.

—Aprendemos las cosas cuando son relevantes —digo—. No por capricho.

—A mí me van los caprichos. —Tori desliza los dedos por las alas de su garganta—. Así me hice este, y ahora se ha convertido en mi preferido.

Abre el bote de antiséptico y vierte un poco en la bola de algodón. Es de color naranja chillón. Se me acerca y me lo aplica en el cuello.

—¿Por qué un halcón? —le pregunto.

Esboza una ligera sonrisa y deja el algodón usado encima de la mesa.

—Simboliza el sol. Me daba miedo la oscuridad.

Coge la jeringuilla y le quita el capuchón.

—¿Y ya no?

La aguja se acerca a mi cuello. Se parece más al bulbo de un termómetro de cocina que a mi aguja de bordar. Debería apartar la mirada o cerrar los ojos, pero, en vez de eso, lo que hago es quedarme observando: veo los destellos que se reflejan en el metal y el dedo tatuado de Tori sobre el émbolo de la jeringa.

El dolor es hondo y agudo. Cruzamos la mirada.

—No, ya no —me responde antes de que todo se vuelva de color negro.

CAPÍTULO 4

BEATRICE

CUANDO VUELVO A ABRIR LOS OJOS, tengo una pared delante de mí.

Es de ladrillo rojo, como casi todos los edificios en ruinas que bordean el sector de Abnegación. Aunque parece tan ancha como un bloque de pisos, al dar unos pasos hacia la izquierda, la pared continúa como si se estirara ante mí. Me detengo y la miro.

«¿Qué es este sitio?».

En la pared se abre un hueco tan grande como una puerta. Una invitación evidente. Vuelvo la vista atrás, pero todo está oscuro y vacío. Puesto que solo hay una forma de avanzar, ese es el camino que tomo.

De inmediato, se oye un chirrido. A mi espalda, las paredes se mueven y se sellan con mortero. Estoy atrapada.

Deslizo los dedos por los ladrillos y me maravilla su textura, su solidez. Parece real, pero no puede serlo. Hace un instante estaba en la silla, viendo cómo Tori me ponía una inyección.

Tomo el camino que discurre a mi izquierda en busca de algo que me oriente. La pared se acaba a mi derecha y la senda se bifurca; un ramal continúa en línea recta y el otro se desvía a la izquierda. Contemplo la encrucijada, indecisa.

Ahora oigo un grito estridente hacia un lado, en el interior del laberinto. No decido moverme de forma consciente, sino que salgo corriendo sin más. Me araño la mano con el muro al doblar una esquina. Oigo otro alarido y tomo la primera desviación que me lleva a la izquierda.

En la siguiente confluencia de dos paredes hay una niña pequeña vestida con ropas de Abnegación. Es rubia, como yo, y lleva el pelo recogido en un moño estricto, como el mío, pero es pequeña, una cría. Tiene las mejillas surcadas de lágrimas.

Corro a su lado y le enderezo los hombros mientras la examino. No parece herida; tan solo asustada.

—¿Qué tienes? —le digo—. ¿Qué pasa?

Veo movimiento reflejado en sus ojos vidriosos cuando levanta una mano y señala por encima de mi hombro. Al girarme, me encuentro con la humareda más negra que he visto en mi vida; rodea la pared a mi espalda y se abalanza sobre nosotras. El miedo me forma un nudo en la garganta mientras levanto la pechera de la camisa de la muchacha para taparle la nariz y la boca.

—Sujeta eso ahí. Vamos.

La tomo de la mano y tiro de ella mientras corro por el camino, huyendo del humo. Los pasos de la niña son lentos y torpes, y tiene la mano empapada de sudor. Huelo el fuego. Toso y tomo el siguiente desvío, pero conduce a un callejón sin salida.

Miro a lo alto del muro. Parece tener límite por arriba, pero no a los lados. Me agacho, entrelazo los dedos y los sostengo ante la pequeña.

—El pie —le digo—. ¡Deprisa!

Pisa el estribo que he formado con las manos y la aúpo a lo alto del muro. La humareda nos ha alcanzado y me pican los ojos. Cojo aire mientras la niña se encarama a la pared y se sienta arriba. Doy un salto.

Estoy en el aire cuando me doy cuenta de que esto es absurdo. Soy demasiado baja. Jamás conseguiré llegar a lo alto de esta pared.

El humo negro me envuelve. Toso, lo que solo consigue obturarme aún más los pulmones, y me tapo la boca con el codo mientras se me llena la garganta de flemas. Me lloran los ojos. No veo nada. Me pongo de rodillas e intento recuperar el aliento por debajo de la humareda, pero no se puede escapar de ella; está en todas partes.

Aunque la pared tiene un tacto áspero, al tantear los ladrillos en busca de asidero me percato de que algunos sobresalen más que los otros. No me hace falta saltar hasta lo alto del muro; puedo escalar.

Me apoyo en los ladrillos para ponerme de pie y palpo por encima de mi cabeza en busca de otro asidero. Lo encuentro y me elevo, deslizándome por la pared con la punta de los pies hasta encontrar otro apoyo. Asciendo con los ojos cerrados, ladrillo a ladrillo, guiándome con las manos.

Me sorprendo cuando doy con las piernas en el borde. Continúo moviendo los pies en busca de apoyo y encuentro un último ladrillo, más alto, junto a mi muslo. Engancho las manos en lo alto del muro y me subo a pulso. Pienso en mis escapadas a la azotea del edificio, en cómo me gusta asomarme al vacío; paso una pierna por encima del muro y me siento con las mejillas surcadas de lagrimones.

Me quedo sentada un momento, tosiendo, antes de darme cuenta de que la niña se ha ido. Quienquiera —o lo que quiera— que fuese,

parece que ya ha cumplido su función.

Me seco los ojos con una manga y vuelvo la vista atrás, al laberinto que se extiende en todas direcciones hasta donde alcanza la vista. Busco alguna salida. A mi izquierda, una puerta de doble hoja interrumpe el patrón.

La pared es poco más ancha que mis pies, por lo que tengo cuidado al erguirme. Sin embargo, de pequeña me gustaba caminar por los bordillos de las aceras, con los brazos en cruz para aguantar el equilibrio. Es lo que hago ahora: mantengo los brazos rectos y doy pasos livianos, medidos.

Desde arriba resulta más sencillo encontrar el camino.

Llego a la salida en cuestión de minutos, con el sudor haciéndome cosquillas en los hombros y el cuello. Me siento en el filo de la pared, bajo de un salto y aterrizo con las rodillas flexionadas ante las puertas.

Cuando las empujo, la oscuridad se apodera de todo.

+ + +

Estoy tosiendo cuando vuelvo en mí, con la garganta aún irritada. Me siento y me llevo las rodillas al pecho. Aunque ese lugar no fuera real, no puede decirse lo mismo de mi pánico al humo y mi ansiedad por ayudar a la niña pequeña. Tardo un momento en percatarme de que Tori me está mirando fijamente.

—Bueno, eso ha sido… —Forma una línea recta con los labios mientras tamborilea con los dedos sobre las piernas siguiendo un ritmo entrecortado—. Desconcertante. Si me disculpas. —Sale del aula y cierra la puerta a su espalda.

Me quedo a solas con el sillón de dentista, el taburete y la caja de herramientas llena de jeringuillas. A solas con mis temores. ¿Y si la prueba ha ido mal? ¿Y si me meto en problemas por eso? Tiemblo al imaginar a Tori explicándome que no puedo ir a la Ceremonia de la Elección porque he suspendido la prueba de aptitud y ahora me tengo que quedar sin facción. Pienso en el pulso tembloroso de la abandonada que me quitó un jersey de las manos el otro día. «Trae eso aquí, estirada».

Cuando Tori regresa, me estremezco de nuevo. Cierra la puerta al entrar, se apoya en ella y coloca las manos a la espalda.

—Perdona —dice—. He tenido que introducir a mano tu resultado después de dar parte de un fallo.

—¿Cuál…? —Mi voz suena estrangulada y pequeña—. ¿Cuál es el resultado?

Tori frunce el ceño.

—Pues… No te sabría decir, la verdad.

—¿A qué te refieres?

—Durante la prueba has hecho cosas que no deberían ser posibles. —Baja la voz de nuevo—. Lo de subirte a la pared, por ejemplo. Caminar por encima. Esas acciones sugieren… cierto nivel de consciencia que no deberías tener. —Parpadeo—. No deberías saber que lo que estás experimentando en la prueba no es real —añade sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Qué quieres…? ¿Cómo no iba a saberlo? Pero si estaba aquí y de golpe y porrazo me vi en un laberinto. Ese sitio no tenía nada de real. No tenía sentido…

—Eso es lo que quiero decir. La mayoría de los aspirantes no recuerdan lo que pasó con anterioridad y aceptan su entorno porque

la prueba reprime la parte del cerebro que se hace preguntas como: «¡Anda! ¿De dónde salen tantas paredes?» o «¿Por qué me persigue un monstruo de humo por este laberinto gigante?» o «¿Quién narices será esa cría que no para de berrear?». Pero tu cerebro se saltó esa parte del programa. Metafóricamente hablando.

—¿Insinúas que mi cerebro está… mal?

Me sudan las manos. Me las seco con el dobladillo de la camisa. Esto es lo que me temía, ni más ni menos: hacerlo mal, no encajar, que me expulsen del sistema de facciones antes de tener la oportunidad de elegir…

—No. Lo que digo es que eres divergente —dice Tori—. Así llamamos a aquellas personas cuya mente ofrece una resistencia especial a los ordenadores de las facciones. Es algo…

—¿Y yo qué hago ahora? —farfullo sin poder evitarlo. Me dan ganas de zarandearla. Es como si se estuviera esforzando por racionarme la información—. Me enfrento a una elección y se suponía que la prueba iba a ayudarme a saber qué camino seguir, qué rumbo tomar…

—Resolver el laberinto tan deprisa denota Erudición, pero no te quedaste paralizada en ningún momento, lo que implica no poca Osadía. Sin embargo, el hecho de que te esforzaras por salvar a la chica es señal de Abnegación. Así que, si tuviera que adivinar…

«¿Abnegación?», pienso. «No puedo tener aptitud de abnegada. De lo contrario, no me sentiría tan fuera de lugar todo el rato… ¿O sí?».

—Te sugeriría elegir entre esas tres. Me imagino que ya tendrás una idea de dónde te gustaría acabar. —La mirada de Tori se suaviza —. Quiero avisarte de que he registrado «Abnegación» como

resultado. Te recomiendo que finjas que ese es el caso. Con tus compañeros de clase, tus amigos y sobre todo con tu familia. ¿De acuerdo?

En mi cabeza se arremolina tal vorágine de pensamientos que casi se me escapa ese brillo en sus ojos, ese apremio en su voz. Pero no.

—¿Por qué?

—Tu forma de ser desestabiliza las cosas. Hay personas…, personas muy poderosas…, a las que tu estado les resulta… inquietante. Y lo que los poderosos suelen hacer con aquello que les inquieta es…

Deja la frase inacabada flotando en el aire y me mira como si yo debiera saber a qué se refiere. Solo que no es así. No entiendo nada de nada.

Habla con más insistencia esta vez:

—Es peligroso. Para ti y para todo aquel con el que hables. Sin embargo, tú toma tu decisión, olvida que esta prueba de aptitud ha tenido lugar y todo irá bien. ¿Vale?

—¿Peligroso en qué sentido?

Por toda respuesta, Tori abre la puerta y se hace a un lado para que yo pueda salir.

—¿En qué sentido? —insisto hablando en voz baja.

Un chico de Osadía —de mi edad, está en mi clase de Matemáticas— cruza la puerta. Lleva la camiseta negra desteñida con manchas de lejía —a propósito, creo— y cordones de color naranja nuclear en las botas.

Tori parece aliviada de verlo.

—¡Uriah! ¿Te importaría acompañar a casa a Beatrice? Se ha mareado con la prueba y se tiene que ir antes.

Me la quedo mirando. ¿En serio piensa echarme de la sala sin ofrecerme una explicación convincente? A juzgar por la intensidad con la que observa a Uriah —cuya sonrisa se tambalea a ojos vista —, así es. Y yo no voy a pronunciar la palabra «divergente» delante de él después de lo peligrosa que Tori me ha advertido que es.

Por consiguiente, no queda sino largarse de aquí.

CAPÍTULO 5

BEATRICE

URIAH ES LA SERENIDAD ENCARNADA. Está en su sonrisa, como si esa curva fuera la posición natural de sus labios; en su forma de caminar, como si no tuviera prisa por llegar a ninguna parte. Y está en sus palabras también, cuando habla de su hermano mayor, Zeke, uno de los osados que montan guardia en el muro —una posición prestigiosa para los de su facción—, y de lo que su amiga Marlene dijo esa mañana en el tren, algo que hizo que todos se troncharan de risa.

—Con que me acompañes hasta la parada del bus será suficiente —le digo cuando ya la tenemos a la vista—. Me encuentro mucho mejor y es una buena caminata…

Uriah arquea las cejas.

—No sé si te habrás dado cuenta, pero, cuanto más tarde en llevarte a casa, menos tiempo tendré que pasar en el insti.

—Ah. —No había caído en eso. Observo de reojo la sutil curvatura de sus labios y decido intentar una cosa—. Entonces, lo que dices es que dejar que me acompañes a casa es un gesto de altruismo por mi parte.

Da un respingo. Supongo que no estará acostumbrado a escuchar chistes de labios de las chicas de Abnegación. Luego se pone serio

de nuevo y replica:

—Claro, sí, eso es.

—En tal caso, supongo que no tengo elección.

—Pues no.

Su sonrisa es amplia y radiante. La mía, bastante más cauta.

No estoy acostumbrada a moverme así por la ciudad, sin prisa ni objetivo, contemplando los edificios que me rodean. Muchos de ellos se encuentran vacíos, con candados en las puertas y tablones en las ventanas. Me parece imposible que alguna vez estuvieran habitados.

Al pasar bajo las vías elevadas que recorren esta parte de la ciudad como una costura, me parece ver un destello oscilante en una ventana. Una llamita. Será algún vagabundo sin facción; a veces se meten a vivir en los edificios abandonados que están fuera de su sector. Que yo sepa, nadie ha elaborado ningún censo de la población abandonada. La última estimación de mi madre rondaba los doscientos, a partir de los que acuden a los centros de donaciones y los que acceden a trabajar para la ciudad, conduciendo los trenes o encargándose del saneamiento y la electricidad a cambio de las provisiones que necesiten.

Mi padre siempre ha dicho que se merecen toda nuestra compasión; que tener que vivir sin comunidad, sin propósito ni objetivo, es un destino peor que la muerte.

Nos encaminamos hacia el pantano. El viento nos trae su olor a algas y barro. Arrugo la nariz.

—Zeke me ha contado que la puerta trasera de la Asamblea siempre está abierta —dice Uriah—. ¿Te apetece entrar y ver la sala de la Ceremonia de la Elección?

La Asamblea de las Facciones está cerca del pantano, en el centro exacto de la ciudad. Me da un vuelco el estómago al pensar en la ceremonia de mañana. Asiento con la cabeza, pues no me fío de lo que pueda salir por mi boca.

«Lo que digo es que eres divergente. —La voz de Tori se me ha instalado en la cabeza, como la de mi padre—. Es peligroso. Para ti y para todo aquel con el que hables». Me conozco lo suficiente como para saber que no voy a contárselo a nadie, pero no por altruismo, sino porque no quiero divulgar que me pasa algo raro.

Rodeamos la parte antigua del edificio, una majestuosa estructura de piedra gris con la entrada flanqueada por columnas inmensas. La sección trasera, sin embargo, es distinta: estrecha y alargada, blanco y cristal. En el centro cuelgan los estandartes de las facciones, visibles por los ventanales.

Uriah abre la puerta empujando con el hombro.

—Vine aquí hace dos años —comenta—, por la ceremonia de Zeke. ¿Tú has estado en alguna?

—No. ¿Cómo son?

Nuestras palabras y nuestros pasos rebotan en el suelo de piedra pulida. Hago una mueca al oír mi voz tan amplificada, pero a Uriah no parece importarle el estruendo.

En el centro de la sala, bajo los estandartes con los manifiestos de cada facción, hay una mesa alargada con cinco cuencos metálicos encima. Me resultaría imposible abarcarlos con las dos manos y todos contienen algo distinto: cristal para Verdad, piedras para Abnegación, brasas para Osadía, tierra para Cordialidad y agua para Erudición.

Nos acercamos a la mesa. Uriah contempla las brasas de Osadía y yo las piedras de Abnegación.

—Cada aspirante recibe un cuchillo. —Nunca lo había visto tan serio—. Pequeño. Te haces un corte en la mano, lo justo para que mane la sangre, y luego la colocas sobre uno de los cuencos. —Su mano pende suspendida por encima del cuenco de Osadía, con la palma hacia abajo—. Me parece bastante brutal.

—Es simbólico —le explico—. Le entregas tu sangre a la facción que hayas elegido, porque desde ese momento será tu nueva familia.

—Lo dicho: brutal, sobre todo si vas a cambiar de facción.

Lo miro de reojo.

—¿Estás pensando en hacerlo?

—¿Tú no? —Se encoge de hombros—. ¿No nos lo planteamos todos, al menos?

Observo las banderas. Me llama la atención la de Erudición —azul, por supuesto—. Por lo visto, me comporté como una erudita durante la prueba de aptitud. Los de mi facción odiamos a los de Erudición, y se diría que el sentimiento es mutuo. Sin embargo, mientras leo su manifiesto —«Toda pregunta que pueda responderse debe responderse»—, pienso que sería un alivio formular cuantas preguntas me plazcan y obtener alguna respuesta. Debatir con un adulto como Marcus Eaton y recibir la impresión de que me está escuchando de verdad.

A continuación, me fijo en el centro de los estandartes, en el negro, el que pertenece a Osadía. Su frase siempre ha sido mi preferida: «Creemos en los actos cotidianos de valentía, en el coraje que impulsa a una persona a defender a otra». De niña, una vez le

pregunté a mi padre si eso significaba que los osados eran igual de altruistas que los abnegados, si también ellos se preocupaban de ayudar al prójimo. Se rio y me dijo: «Todas las facciones intentan velar por los suyos, Beatrice. La nuestra es la única que intenta velar por todos, tanto si son de los nuestros como si no».

Noto un dolor sordo en el pecho. ¿Qué será de él si me voy? ¿Me odiarán mis padres por abandonarlos? ¿Llorarán mi pérdida como si me hubiera muerto?

«Todavía les queda Caleb —me digo—. Estarán bien».

—Deberíamos irnos —sugiero—. Antes de que alguien nos pille.

+ + +

Esa noche, mis padres hacen la cena. Preparan un plato para cada niño —Robert, Susan, Caleb y yo— y lo colocan en una bandeja para que nos la llevemos a nuestro cuarto.

—La noche previa a la Ceremonia de la Elección es para reflexionar en privado —indica mi padre mientras me da la bandeja. Tiene la sonrisa torcida y arrugas en la comisura de los ojos.

Cojo la comida y se agacha para besarme en la coronilla, como todas las noches desde que tengo uso de razón y, seguramente, antes incluso.

—Te quiero —susurra contra mi pelo.

Se me ha formado un nudo en la garganta que me impide hablar, por lo que me limito a ofrecerle una débil sonrisa y me llevo la bandeja a mi habitación.

El piso se divide en dos mitades, con la cocina, el baño y la sala de estar en el centro, y una fila de dormitorios para los Black que

sale de ella. En lo alto de las escaleras hay otra fila de dormitorios: los nuestros. Caleb y yo subimos juntos y nos metemos cada uno en su cuarto.

Como sin saborear los alimentos. Estoy a punto de terminarme las judías con arroz cuando oigo el sutil golpecito en la pared, la señal de que Caleb tiene ganas de hablar.

Me acerco a la ventana y la abro despacio para no hacer ruido.

La víspera de la Ceremonia de la Elección no hay reuniones, ni grupos de costura ni talleres de carpintería, por lo que en las calles reina el silencio.

Caleb se ha asomado ya a la ventana, con los codos apoyados en la repisa. Tiene las puntas de los dedos manchadas de tinta, como si hubiera estado leyendo el periódico o algún libro antiguo. Me aúpo al alféizar y me siento de lado para mirarlo de frente.

—¿Te importaría tener más cuidado? —me dice—. Como te caigas, te romperás todos los huesos.

—No voy a caerme. Espera… Oh, no… ¡Que sí, que me caigo!

Suelto la repisa y hago aspavientos con los brazos, como si perdiera el equilibrio.

—Beatrice, por favor…

Es una discusión que viene de lejos: desde que tuvimos edad suficiente para dormir separados. Caleb cierra los ojos contra el viento; por una vez, ha sido el primero en rendirse.

—Te fuiste del instituto después de la prueba de aptitud —comenta—. ¿Pasó algo?

En ese momento, me encantaría contárselo. Caleb siempre ha sabido escuchar y siempre mantiene la cabeza fría en tiempos de crisis. Quizá él pueda ayudarme a descifrar las palabras de Tori: todo

eso de los receptores que ahora supuestamente nadan por mi cerebro, instalados en mis neuronas; lo de haber permanecido consciente durante la prueba, y lo de las tres facciones para las que, en su opinión —subjetiva—, demuestro tener aptitudes. ¿Será que todos tenemos aptitudes para más de una facción? Ni idea. Podría preguntárselo a Caleb, pero…

Pero…

«Es peligroso. Para ti y para todo aquel con el que hables».

—Cuando acabó, me sentía rara. Como mareada. Serían los nervios.

Arquea las cejas como hace siempre que no me cree, pero se deja engañar esta vez.

—¿Tú no estás nervioso? —le pregunto.

Espero que me diga que no. Caleb es un ciudadano de Abnegación modélico. Nunca se queja y siempre se da cuenta de lo que necesita la gente. Sabe quién es y qué va a elegir. Si contemplo siquiera la posibilidad de abandonar mi facción, es porque mis padres podrán seguir contando con su apoyo.

—Pues claro —replica con una risita ahogada—. Estoy nervioso, sí.

Noto una leve disminución en la tensión de mis hombros. Quizá sea más normal de lo que pensaba. «Divergente», susurra la voz de Tori, pero hago oídos sordos.

Después añade:

—¿Recuerdas cuando éramos pequeños y nos peleábamos por aquel juguete…, el de la cuerda, el vaso y la bola?

Me río.

—¿Cuando nos caímos rodando por las escaleras?

Caleb asiente.

—Me aterraba pensar que te hubiera pasado algo, así que me acerqué a ti corriendo y dejé la alfombra embadurnada de sangre. —Todavía hay una mancha al pie de las escaleras que no sale con nada. Aquel accidente le dejó la nariz ligeramente torcida—. Pues bien, después de eso, cuando estaba en el hospital, mamá me dijo algo en lo que no he dejado de pensar desde entonces: «Tienes que cuidarte tú antes de cuidar de tu hermana». —Tamborilea con los dedos en la repisa y me mira—. Tenemos que pensar en la familia, Beatrice, pero también debemos pensar en nosotros mismos. Nuestras decisiones solo nos atañen a nosotros, a nadie más. Así que… toma la decisión con la que te sientas capaz de vivir, ¿vale?

Por lo general, me fastidia cuando Caleb intenta darme consejos. Solo nació dos minutos antes que yo, pero se comporta como si fuera mi hermano mayor. En esta ocasión, sin embargo, me preocupa tanto lo que se avecina que ni siquiera me importa.

—Vale. Gracias.

Me dedica una sonrisita extraña. Cariñosa, pero también apenada, como si presintiera que me estoy planteando abandonar nuestra facción, nuestra familia, y supiera que va a echarme de menos.

Yo también voy a echarlo de menos a él.

CAPÍTULO 6

BEATRICE

ALCANZO A VER LA ASAMBLEA DE LAS FACCIONES desde la parada del autobús; el sol se refleja en las paredes de cristal de su pabellón más reciente. Detrás se extiende la larga fila de edificios de Michigan Avenue, tan apiñados como una columna de soldados que forma una muralla de escudos.

Nos apeamos y caminamos juntos hasta allí; nuestro gris de Abnegación nos hace parecer una bandada de palomas. Una vez en la entrada, nos apartamos para dejar paso a los miembros de las otras facciones que llegan con sus jóvenes. Puedo verlos a todos a través del cristal, agrupados bajo sus correspondientes banderas. Aunque se han dispuesto filas de sillas, nadie se ha sentado todavía.

Diviso a Uriah en la entrada. Me sonríe y saluda con la mano; yo le devuelvo el gesto.

Cuando estamos todos, Marcus Eaton encabeza la comitiva. Quizá sean imaginaciones mías, pero noto como si la sección erudita de la Asamblea irradiara desdén; puede que también el resto, aunque la mayoría de las otras facciones no nos miran con hostilidad, sino con pena. «Pobres estirados, míralos; tan reprimidos».

Según mi padre, el antagonismo de Erudición se debe a su líder, Jeanine Matthews. Todas las facciones tienen un representante en el

consejo de la ciudad, aunque la responsabilidad de tomar las decisiones definitivas suele recaer en Abnegación, pues un líder altruista siempre inspira más confianza. Jeanine Matthews es la portavoz erudita y, como a mi padre le gusta decir, las actitudes se pegan: de Jeanine a su junta de consejeros, y de estos al resto de la facción.

Jeanine está detrás de la hilera de cuencos metálicos, vestida con un traje azul de hombreras rectas y una camisa abrochada hasta el cuello. Lleva el pelo —rubio, como el mío, aunque más oscuro— alisado y sujeto con horquillas tras las orejas. Nos observa entrar desfilando en la Asamblea, inexpresiva. Caleb y yo nos situamos ahora detrás de los demás jóvenes, esperando en formación en el centro exacto de la sala. Somos noventa en esta promoción, menos de lo habitual, y entre ellos solo hay doce de Abnegación.

Una mano cálida aprieta la mía: mi padre. Quizá para los demás no signifique nada, pero para mí, sabiendo lo parcos en muestras de afecto que son mis camaradas de facción… Casi se me saltan las lágrimas.

¿Seré capaz de abandonar a mi familia? ¿Podré soportarlo?

Encuentro mi puesto en la fila; o mejor dicho, espero a que Caleb encuentre el suyo, ya que nos debemos colocar por edades, de mayor a menor. Todo el que haya cumplido dieciséis años desde la Ceremonia de la Elección de la primavera pasada escogerá hoy su nueva facción —las familias suelen posponer el acceso al instituto de aquellos de sus jóvenes que hayan nacido en la segunda mitad del año, para que no tengan que pasar allí mucho más tiempo que sus compañeros— y las fechas de nacimiento son un tema de conversación recurrente en la fila: «Ya, pero ¿a qué hora del 24 de

abril?» y «Ah, conque el 7 de marzo. Pues yo el 8, así que me pongo detrás». Nacida con dos minutos de diferencia con respecto a Caleb, ocupo mi puesto detrás de él y dejo que los que son menores que yo se sitúen a mi espalda.

Marcus Eaton está de pie en el centro exacto de la mesa, con Jack Kang, representante de Verdad, a la derecha y Johanna Reyes, portavoz de Cordialidad, a la izquierda. Junta las manos y en la sala se hace el silencio.

Los de Osadía son los últimos en llegar. Al igual que Uriah, se muestran despreocupados, charlando con sus compañeros, con el brazo por encima del respaldo de las sillas, tamborileando con el pie en el suelo mientras esperan. Intento imaginarme entre ellos, vestida por entero de negro, sin el pelo tan tirante como para que me duela el cuero cabelludo, sin que mis sonrisas susciten cejas arqueadas ni miradas de reprobación.

Noto una punzada de anhelo por la persona que podría ser ahí, entre ellos. Pero ¿cómo estar segura de que, si elijo Osadía, no voy a ser una simple estirada vestida de negro, una impostora? La prueba ni siquiera fue concluyente. La evaluación de Tori se quedó en conjeturas.

—Bienvenidos —dice Marcus Eaton. Aunque sonríe, tiene la facultad de conseguir que incluso eso parezca solemne—. Bienvenidos a la Ceremonia de la Elección de este año. Bienvenidos al día en que honramos la filosofía de nuestros fundadores, quienes promulgaban que todos tenemos derecho a elegir nuestro lugar en el mundo.

Me fijo en las manos de Caleb, temblorosas a los costados. Sin pensar, le tomo una y le doy un ligero apretón. Me lo devuelve.

—Hace ya tiempo, cuando nuestros ancestros fundaron esta ciudad, renunciaron a las categorías arcaicas que antes separaban a las personas, ya fueran políticas, religiosas, culturales o superficiales y abrazaron una nueva comprensión de la naturaleza humana. Dicha comprensión es la siguiente: lo que nos une a los seres humanos es que somos profundamente imperfectos. Para que una sociedad cualquiera pueda vivir en armonía, dijeron, debemos corregir tales imperfecciones. Definir un nuevo conjunto de prioridades era la mejor manera de alcanzar ese objetivo. Sin embargo, no consiguieron ponerse de acuerdo en cuál de aquellos defectos era el más grave.

Contemplo los estandartes que cuelgan del techo de cristal. Representan los cinco defectos que denunciaban nuestros fundadores… y las cinco medidas para remediarlos. Me llama la atención un movimiento al otro lado del tragaluz, pero es pasajero… Algún pájaro, seguramente.

—Quienes rechazaban la agresividad y la crueldad se hicieron llamar cordiales —continúa Marcus. Johanna Reyes extiende las manos por encima del cuenco de metal que está lleno de tierra oscura. La representación de Cordialidad sonríe. Su atuendo es brillante y expresivo. Rojo y amarillo en todos los tonos, derivando a veces incluso hacia el naranja o el marrón. Para mí, aunque no vayan vestidos igual, todos ofrecen el mismo aspecto: amable. Cálido. Relajado.

Unirme a ellos nunca ha sido una opción para mí. No he conocido la relajación ni un solo día de mi vida.

—Quienes rechazaban la ignorancia y el desinterés se hicieron llamar eruditos.

Jamás podría elegir Erudición. No con el odio que nos profesan.

—Quienes rechazaban la duplicidad y el secretismo se hicieron llamar veraces.

Pienso en el secreto que arde dentro de mí: «Divergente».

—Quienes rechazaban el egoísmo y el exceso de autoestima se hicieron llamar abnegados.

Rechazo el egoísmo porque lo noto dentro de mí, empujándome a protestar, a mentir y a exigir aquello que no me he ganado. Incluso ahora lo siento.

—Y quienes rechazaban la cobardía y la debilidad de carácter se hicieron llamar osados.

La cobardía es algo que me atormenta también.

Marcus prosigue:

—Nuestras cinco facciones han convivido pacíficamente desde que existe esta ciudad. Todas aportan algo distinto a la sociedad. Verdad es la facción de los administradores sinceros, los maestros, investigadores y jueces. Erudición nos ha provisto de nuevas tecnologías, avances y una mejor comprensión del mundo que nos rodea. Osadía nos protege de las amenazas, externas e internas por igual, y nos auxilia en momentos de crisis. Cordialidad nos proporciona consejo, sustento y consuelo. Y Abnegación siempre está dispuesta a sacrificarse en todos los aspectos. Sin embargo, cada facción es algo más que sus cualidades; cada facción brinda a sus miembros algo más valioso que su mera función en la sociedad. Les ofrece una comunidad. Propósito. Significado.

Hace una pausa para tomar la carpeta con sujetapapeles en la que se recogen los nombres de todos los iniciados.

Es entonces cuando todos los tragaluces estallan sobre nuestras cabezas.

La Asamblea de las Facciones se llena de gritos. Las esquirlas de cristal nos golpean como granizo. Me agacho instintivamente y me protejo la cabeza con los brazos. Junto a mí, Caleb tiene la mirada fija en un trozo de vidrio que sobresale de su antebrazo. La manga gris se tiñe de rojo.

Todas las luces —ya de por sí atenuadas— se apagan, pero la luna me permite distinguir unas siluetas en lo alto; caminan por los marcos de las ventanas ahora vacías como funambulistas por la cuerda floja.

—¡Muerte a las facciones! —resuena una voz, tan atronadora que no consigo precisar su origen. Otras se unen a ella, entonando:

—¡Muerte a las facciones! ¡Muerte a las facciones!

A mi alrededor, una avalancha de gente se precipita hacia las salidas, pero yo me he quedado de piedra. Paralizada, veo cómo bajan los estandartes de las facciones.

El de Cordialidad es el primero en caer, ondeando hasta el suelo. Lo siguen los de Verdad, Erudición, Osadía y Abnegación. Me fijo en los símbolos antes de que la tela se arrugue: el árbol, la balanza, el ojo, las llamas y las manos extendidas. A continuación, se despliega una nueva bandera sobre mi cabeza; cuelga de las vigas como una hoja aferrada a su rama.

Veo un dibujo que imita las dimensiones y la figura inscrita en un círculo típica de los símbolos de las facciones. Está cosido con hilo blanco a la tela verde del estandarte y representa un ramillete de flores blancas.

Las puertas del extremo opuesto de la sala se han abierto de par en par y la gente continúa corriendo hacia ellas, mientras los centinelas de Osadía irrumpen con sus uniformes negros y sus pistolas de agujas apuntando al aire.

—¡Beatrice! —chilla Caleb, pero mi corta estatura me impide verlo.

A continuación, el estampido de una pistola de agujas. Un alarido. Y una figura oscura que se precipita desde las vigas sobre nuestras cabezas.

El cuerpo impacta en el suelo a escasos palmos de mí. Estoy lo bastante cerca como para ver la aguja que sobresale del cuello de la mujer abatida. Va vestida por entero de verde y lleva el rostro cubierto, pero a juzgar por su mirada ausente, no debe de ser mucho mayor que yo. Alcanzada por una aguja de Osadía —una munición no letal que provoca dolor y parálisis—, ha perdido el equilibrio y ahora yace desmadejada en el suelo, probablemente sin vida.

El caos que había estallado antes no es nada en comparación con lo que se desata ahora que todos los ocupantes de la Asamblea de las Facciones corren en estampida hacia las puertas. Desesperada, busco a mi padre, a mi madre, a mi hermano o a alguien conocido mientras el aluvión me oprime desde todos los ángulos. Recibo un codazo en la cabeza, me tambaleo y se me escapa un gritito. Aunque todo son voces, para mí suenan amortiguadas; no dejo de pensar en esa aguja clavada en el cuello de la mujer.

Me palpitan las sienes. Alguien me empuja con fuerza por la izquierda, pierdo por completo el equilibrio y me caigo. Alguien me pega un pisotón en la mano. Chillo sin despegar los dientes mientras

la suela rígida me aplasta las puntas de los dedos. Luego noto que me agarran del brazo y tiran de mí hasta ponerme de pie.

Tengo el cuerpo entero dolorido. Al levantar la cabeza veo a un chico de Osadía delante de mí, bañado por un rayo de luna y con el ceño fruncido.

Embotada como estoy, tan solo acierto a pensar que sus ojos son de un color extraño: azul marino.

—¡Por aquí! —exclama para imponerse al estruendo mientras señala un lateral de la sala, donde veo una puerta de emergencia todavía cerrada. En la prisa generalizada por llegar a la salida, la gente se ha olvidado de las otras vías para evacuar el recinto.

Ante mi falta de reacción, el chico me agarra del hombro y me empuja hacia la puerta. El sobresalto me saca de mi estupor y corro hasta el lateral de la sala, donde empujo contra la puerta y activo una alarma para mí apenas audible. Salgo a trompicones a un patio en calma y vuelvo a pensar en mis padres y en Caleb, atrapados aún dentro, o quizá hayan escapado ya…

Corro hasta el final de la cubierta blanca del patio y rodeo la esquina del edificio. Allí reina la calma, todo un contraste con el caos que he dejado atrás, pero ante mí veo a una mujer de Cordialidad. Corre pegada a la pared y empuña una pistola.

Me detengo. ¿Una cordial armada?

Se gira y levanta el arma con un movimiento fluido, como una bailarina mortal. Me mira como nadie de Cordialidad me ha mirado antes, con el pelo recogido en una coleta alta y las facciones severas divididas en dos por las sombras. Al moverse, la luna le baña los pómulos y es entonces cuando la reconozco:

Evelyn Eaton. La difunta esposa de Marcus.

No podría olvidar su rostro aunque lo intentara. Ocupaba todos los informativos cuando murió; siempre la misma foto de la familia Eaton: Marcus, su mujer y su hijo, que por entonces contaba diez u once años. Me acuerdo porque me parecía un retrato familiar extraño: la familia de Abnegación perfecta, salvo por la expresión de Evelyn, con la mandíbula tirante y un destello crítico en la mirada. Parecía furiosa.

Esa era la foto que coronaba la repisa de su chimenea el día del funeral. Su funeral. Vi la urna que contenía las cenizas. Vi a Marcus Eaton verter esas cenizas en la arcilla húmeda tradicional de nuestros rituales fúnebres.

Y aquí está ahora. Más viva que nunca.

No reacciona a mi presencia, sino que baja la pistola y continúa avanzando, rodeando la esquina del edificio hasta perderse de vista en la calle a oscuras. Permanezco en el sitio durante unos segundos, con un pitido en los oídos, antes de recordar que debería seguir buscando a mi familia. Debería comprobar que estén bien.

Corro y olvido el dolor de la cabeza y la mano hasta alcanzar la calle por la que hemos llegado antes a la Asamblea de las Facciones. Está repleta de gente. Busco alguna prenda de color gris, mi bandada de abnegadas palomas. Los encuentro junto a las puertas, guiando a la gente fuera del edificio. Los veo a través del cristal, dentro aún de la sala, como no podría ser de otro modo. Por supuesto que los de Abnegación se niegan a salvarse a sí mismos.

—¡Beatrice!

Reconozco la voz de Caleb antes de verlo, antes de que me estruje en un abrazo de oso.

—¿Estás bien? —le pregunto—. Tu brazo…

—Estoy bien. —Se aparta. Tiene la mirada empañada—. Tú no… No has…

—¿Qué sucede? —Llevaba años sin ver llorar a Caleb—. ¿Mamá está bien? ¿Y papá?

Asiente. La nuez le sube y le baja en el cuello.

—Es Robert —murmura—. Robert ha muerto.

CAPÍTULO 7

BEATRICE

HORAS DESPUÉS, mi madre me pone un vaso de agua en la mano.

—Bebe.

Obedezco. No sospechaba siquiera la sed que tenía hasta que bebo el primer trago. No tardo en apurarlo.

Estamos sentadas en nuestra modesta salita, rodeadas de gente. El señor y la señora Black se han instalado en el diván, flanqueando a Susan, que tiene cara de estar atrapada en un sueño. La comprendo. La señora Black llora.

Hay comida en la cocina, encima de todas las superficies. He visto llegar a la gente cargada de platos: hogazas de pan, sabrosas fuentes de gachas, huevos cocidos y peroles de sopa. No he tenido menos ganas de comer en mi vida, pero sí que me apetece más agua, así que me dirijo a la cocina con el vaso vacío.

La luz del horno es lo único que rompe la oscuridad. Mi padre está fregando una montaña de cuencos. Se me olvida la sed, cojo un trapo limpio y me pongo a su lado para secar los platos conforme él los enjuaga. Me saluda con un pequeño toque de hombros.

—¿Dónde te metiste durante el ataque? —pregunta—. Estabas allí, pero cuando intenté buscarte, ya te habías ido.

Su tono es neutro, medido, pero veo que le tiemblan las manos. Debió de pasar tanto miedo como yo.

—Cuando se cayó esa mujer… —Recuerdo su figura en el suelo, la aguja en su cuello, y me obligo a seguir hablando—. Alguien me ayudó a levantarme y me enseñó dónde estaba la salida de emergencia. Y luego…

Me interrumpo. Pienso en la mujer de la pistola, vestida con ropas de Cordialidad. La mujer que se parecía a Evelyn Eaton.

—Si hubiera visto algo extraño —digo—, ¿a quién podría contárselo?

—¿Viste algo extraño?

De nuevo el mismo tono neutro, como si procurara no incomodarme.

Asiento con la cabeza, pero después me pregunto si realmente vi algo. Estaba oscuro. Quizá aquella mujer no fuera Evelyn Eaton. ¿Cómo podría? Evelyn Eaton está muerta.

—A lo mejor. No lo sé.

—Conmigo puedes hablar siempre, Beatrice. Pase lo que pase.

Pienso en Tori, diciéndome que soy divergente; algo peligroso para mí y para todo el que se entere. Pienso en ver saltar del tren a los osados cada mañana junto a Robert. Pienso en lo que estaba considerando en la Ceremonia de la Elección, justo antes de que…

No. Hay cosas que no le puedo contar a mi padre.

—Y Robert, ¿saben cómo…? ¿Cómo pasó? —le pregunto.

Debería haberlo hecho horas antes, pero los detalles no me parecían importantes entonces. Robert ya no estaba; ningún detalle iba a cambiar eso. Solo podía pensar en su sonrisa mientras me guiaba por los pasillos de la biblioteca ayer por la mañana. «Justo a

tiempo». Nunca se le olvidaba acercarme una silla para que pudiera ver la llegada de Osadía.

—Le dispararon —me informa mi padre.

No es la respuesta que esperaba. Pensaba que lo habría arrollado el tumulto o que habría salido herido con la confusión… No me imaginaba que hubiera recibido un disparo.

—Los osados llevaban pistolas de agujas —digo—. Pero las pistolas de agujas no matan, ¿verdad?

—No. —La voz de mi padre denota enfado y tensión—. Sin embargo, los de Osadía no eran los únicos que iban armados.

Tardo unos segundos en sumar dos y dos. Los centinelas de Osadía utilizan armas normales, con munición letal. Sin embargo, están bien controladas. Reguladas. O deberían.

—¿Quizá algún centinela del muro vino con un arma letal por error? —aventuro. No se me ocurre otra explicación.

Mi padre niega con la cabeza. No me gusta la ternura de su mirada. Es como si se compadeciera de mí.

—No —replica—. No ha habido ningún error. Uno de los sin facción robó una pistola del muro, y cuando la mujer se cayó de las vigas, contraatacaron. Recurrieron a la violencia.

«Sin facción». Los veo constantemente en el centro de donaciones. Afligidos y arrastrando los pies. Aplastados por el peso del mundo. Me cuesta entender por qué mi padre piensa que había abandonados presentes en la Ceremonia de la Elección.

Sin embargo, me siento como una boba al instante siguiente. Por supuesto que había abandonados. Eran los que gritaban: «¡Muerte a las facciones!». Los que descolgaron nuestros estandartes. Los que ondearon el suyo.

Pienso en la mujer que vi. La sin facción que podría haber sido Evelyn Eaton. Empuñaba un arma. Ahora no consigo recordar cómo era, si de las letales o no.

—El estandarte —murmuro.

—Una broma de mal gusto. Pero ¿qué se podría esperar de los sin facción? La corrupción moral es lo que los ha llevado a estar en su situación.

Mi padre escupe las palabras. De los nervios, el tazón cubierto de jabón que tiene en las manos se le escurre y se rompe en el suelo.

Doy un respingo.

—Perdona. —Mi padre apoya las manos en el borde del fregadero y deja caer la cabeza—. Lo siento, Beatrice. No debería perder los estribos.

—No te preocupes. —Lo rodeo con un brazo y apoyo la cabeza en su hombro—. No pasa nada.

Jamás podría ingresar en Verdad. Me resulta demasiado fácil mentir.

+ + +

El entierro es por la mañana y, aunque acude Abnegación al completo, la ceremonia es tranquila.

Los funerales forman parte de la vida cotidiana en nuestra facción. Siempre transcurren de la misma manera: se incinera el cadáver y sus cenizas se guardan en una urna; la gente les lleva comida a sus allegados y se sienta con ellos; se oficia un servicio religioso y la familia moldea un ladrillo conmemorativo.

A excepción del entierro de Evelyn Eaton, todos a los que he asistido se han enmarcado en un contexto de conclusión natural, como una vela cuya mecha se ha consumido. Menos el de Robert Black. El ambiente del ágape previo es de consternación, no de pena. El sermón del servicio versa sobre la tragedia, no el recuerdo. Y el cortejo fúnebre que recorre las calles del sector abnegado —encabezado por la madre de Robert, con sus cenizas abrazadas contra el vientre como si quisiera volver a experimentar lo que sentía al llevarlo en su seno— discurre en tensión.

El recorrido desemboca en el taller, donde el señor Black mezcla la arcilla en el molde y Susan retira la urna de los dedos crispados de su madre para quitarle la tapa. Como la señora Black no para de temblar, es Susan la que derrama las cenizas de Robert y ayuda a su padre a integrarlas con la arcilla para dar forma al ladrillo con sus propias manos, pequeñas y delicadas.

Lo dejarán secando unos días, transcurridos los cuales alguien lo cocerá y alguien más se lo llevará para usarlo en la construcción, como si se tratara de un ladrillo más. De los miembros de Abnegación se espera que sus aportaciones a la sociedad continúen incluso después de la muerte.

+ + +

A la mañana siguiente, durante el desayuno, tengo la mirada fija en la silla vacía de Robert cuando oigo que llaman a la puerta. No sé quién es la mujer, pero mi madre parece conocerla y se dirige a ella como «Tabitha»; mi padre y ella conversan en voz baja en la

entrada. Solo alcanzo a oír las palabras de él, pues la sutileza nunca ha sido su fuerte.

—Me parece una crueldad —comenta, y a continuación—: Vale. Vale.

Aunque la puerta se cierra, mi padre no regresa a la cocina enseguida. Cruzo la mirada con Caleb, que se encoge de hombros. Susan continúa comiéndose las gachas de avena.

Oigo suspirar a mi padre. Cuando vuelve, se demora en la puerta un momento.

—Caleb, Beatrice, Susan —dice—. Me temo que tenemos que hablar.

Titubea de nuevo y a mí se me acelera el corazón. No sé qué estará a punto de contarnos, pero es evidente que no desea hacerlo.

—Como ya sabéis, el consejo ha decidido que reunirse para la Ceremonia de la Elección no es seguro. Se me ha informado de que cada facción va a celebrar la suya por separado. Hoy.

Se me cae la cuchara, que repiquetea al golpear el tazón.

—¿Qué?

Ahora entiendo cuál es la «crueldad» a la que se refería mi padre.

Veo que Susan continúa desayunando sin inmutarse.

—Ya lo han aplazado dos días —musita Caleb—. La iniciación debe empezar, Beatrice.

—Dos días enteros de duelo, qué generosidad…

Iba a añadir algo más, pero me percato de que Susan levanta las cejas, como suele hacer cuando quiere decir algo.

Con la mirada fija en el asiento vacío de Robert, recita:

—La hierba crece, las flores se abren y la fruta madura. —Apoya una mano en el respaldo de la silla—. Sin preguntarnos nunca si

deberían hacerlo.

No le puedo llevar la contraria.

Recojo los platos del desayuno, como ya hice el día de nuestra primera Ceremonia de la Elección. Me tiemblan las manos mientras friego los tazones. Mi madre corre el panel de la planta de arriba para que nos podamos mirar al espejo; según ella, una pequeña concesión para amortiguar el dolor. No tengo buen aspecto: me veo demasiado pálida y ojerosa.

En un intento por tranquilizarme, me esfuerzo por memorizar hasta el último rincón del piso: el bordado de la señora Black que cuelga encima del fregadero, el montón de toallas bien alineadas en el armario de la salita y la pulcra hilera de zapatos grises junto a la puerta principal. Con orden y respeto, así han vivido siempre nuestras familias. Incluso ahora que todo amenaza con desmoronarse.

Nos reunimos al final de la calle, frente a la sede de Abnegación. Solo mis compañeros de clase, de dieciséis años, y sus familias tienen permiso para asistir a esta Ceremonia de la Elección.

Pienso en lo que sentí hace unos días al ver a los osados rebulléndose en sus asientos, envidiosa de su pelo suelto y el escándalo que formaban. Ahora me parece ridículo haber estado pensando en horquillas momentos antes de que mi amigo muriera.

Una mano se cierra sobre la mía: Caleb, con la mandíbula tan tirante que se le ven los tendones.

—Recuerda lo que te dije hace unos días —masculla—. Toma aquella decisión con la que te sientas capaz de vivir.

Casi no me acuerdo de esa conversación. Me masajeo el esternón para aliviar la opresión que siento en el pecho.

Mi padre, situado junto a mi madre detrás de nosotros, extiende el brazo y le da un apretón en el hombro a Caleb para aliviar la tensión, como hacía cuando nos pasábamos demasiado tiempo encorvados mientras estudiábamos. «Tampoco hay que exagerar —decía—. Os lo vais a aprender igual».

Nos dirigimos a la entrada principal, donde ya nos esperan los cuencos llenos de tierra y agua, de piedra, cristal y brasas. Tras ellos se abre el amplio espacio del vestíbulo y la sencilla escultura que es su único adorno: unas manos ahuecadas, que es el símbolo de Abnegación. A veces parece que están recibiendo algo; otras, que lo ofrecen. Hoy no sabría decir qué es lo que hacen.

Detrás de los cuencos se encuentran los líderes de las facciones: Johanna Reyes, de Cordialidad, con las manos recogidas delante de ella; Jack Kang, de Verdad, con la espalda bien recta; Max Young, de Osadía, que se rasca la nuca; Jeanine Matthews, de Erudición, inmóvil y atenta; y Marcus Eaton, con el gesto muy serio.

Al observarlo ahora, me pregunto si no serían imaginaciones mías el otro día, cuando me pareció ver a su difunta esposa en la calle. Toda la jornada me parece irreal. Quizá los nervios me jugaron una mala pasada.

Nos colocamos igual que entonces: los que cumplen antes a la izquierda y los que lo hacen más tarde a la derecha. En la ceremonia con las demás facciones tenía bastantes personas detrás; hoy, en cambio, soy de las últimas. Felicity cierra la fila a mi espalda.

Hay una sola fuente de luz en la sala, un rayo que incide sobre los cuencos. Nuestros familiares se distribuyen a nuestro alrededor en las sombras.

Jeanine Matthews sostiene una cajita en las manos. Cuando terminamos de formar, levanta la tapa para revelar una colección de cuchillos de pequeño tamaño.

—Nos gustaría empezar disculpándonos con todos vosotros —dice Marcus—. Esta comunidad ha sufrido una trágica pérdida. En un mundo ideal se os permitiría terminar vuestro duelo antes de tener que tomar una decisión tan importante. Susan, queremos pedirte perdón a ti en especial. —Le dedica una sonrisa apenada. Ella se la devuelve—. Sin embargo, estamos de acuerdo en que, si hay fuerzas violentas en esta ciudad que pretenden destruir nuestro estilo de vida, será más importante que nunca que nos aferremos a nuestras convicciones y pasemos página; que nos aferremos a nuestras comunidades, a nuestras verdaderas familias. Por consiguiente, tendréis que elegir.

Pienso en el lema que leí en mi libro de texto de *Historia de las Facciones*. «La facción antes que la sangre». Significa que ninguna familia puede ofrecerte lo mismo que una facción. La familia te puede querer, pero no tiene por qué comprenderte. No tiene por qué guiarte por el camino que más te conviene. La familia no es más que una unidad temporal que cumple su función hasta que averiguas cuál es tu lugar.

—Hace unos días dije casi todo cuanto quería decir, así que no os obligaré a aguantarlo de nuevo —señala Marcus, y una risita de compromiso recorre la sala—. Me limitaré a añadir lo siguiente: por mucho que una persona madure con el paso del tiempo, las raíces de su ser permanecen inmutables en lo esencial. La prueba de aptitud penetra hasta esa raíz para revelar la esencia inalterable que se oculta bajo nuestra alterable fachada. Hemos llegado al consenso

de que dieciséis años es tiempo suficiente para que os asoméis a vuestro fuero interno y decidáis en qué dirección os gustaría crecer. Por consiguiente… —Marcus da un paso atrás y señala con un ademán los cuencos que tiene delante—. Por consiguiente, vuestra es la elección.

El pánico me oprime el pecho. ¿Qué hay en mi fuero interno? ¿Cuál es mi raíz? Me siento como una semilla de diente de león flotando a merced de la brisa. Me siento temporal y alterable.

—Mary Latham —nombra Marcus, y la aludida da un paso al frente.

Mary, la chica más alta de nuestra promoción, acepta el cuchillo que Jeanine Matthews le ofrece y se hace un corte en el dedo pulgar. Cuando la sangre mana de la herida, la derrama en el cuenco del centro, sobre las piedras que representan a Abnegación.

—Eustace Cooke.

El rubicundo Eustace coge el siguiente cuchillo de Jeanine Matthews. Se pincha el dedo. Elige Abnegación.

Se hace el silencio. Marcus tiene la mirada fija en su carpeta con sujetapapeles.

—Este habría sido el turno de Robert —comenta—. Honremos al joven que hemos perdido.

Me siento como si me acabara de tragar algo sin masticar. Como si se me hubiera quedado una pastilla atravesada en la garganta.

A continuación:

—Susan Black.

Le brillan las mejillas empapadas de lágrimas cuando elige Abnegación.

Estoy cada vez más cerca. Nombre a nombre; pasito a pasito. Todos eligen Abnegación y yo me imagino mi sangre en las piedras, mi sangre en las brasas, mi sangre —cosa poco probable— en el agua. Peor aún, ¿y si no consigo elegir? ¿Y si me quedo paralizada, incapaz de cortarme? ¿Y si me expulsan o ven en mi vacilación algo sospechoso, algo… divergente?

—Caleb Prior.

Me doy cuenta de que llevo todo este tiempo estrujándole los dedos cuando mi hermano los estira, momento en el que la sangre vuelve a fluir por los míos. Ya empezaba a notar un cosquilleo en las puntas. Caleb no me devuelve la mirada. Se acerca a los cuencos, acepta el pequeño cuchillo de manos de Jeanine Matthews y se llena los pulmones de aire con un estremecimiento de hombros.

Se practica un corte en el dedo y yo me quedo esperando a que extienda la mano y añada su sangre a las piedras de Abnegación.

Sin embargo, me quedo desconcertada cuando el cuenco de agua se tiñe de rojo.

Caleb acaba de elegir Erudición.

El silencio que impera en la sala es tan intenso que puedo oír los latidos de mi corazón desbocado. Es como si me aleteara en la garganta.

Erudición.

Me acuerdo de sus dedos manchados de tinta.

«También debemos pensar en nosotros mismos —fueron sus palabras, dirigidas, pensaba yo, a tranquilizarme; sin embargo, quizá tratara de infundirse seguridad a sí mismo—. Nuestras decisiones solo nos atañen a nosotros, a nadie más. Así que… Toma aquella decisión con la que te sientas capaz de vivir».

No logro imaginarme que esta sea una decisión con la que pueda vivir. Erudición, la facción que nos odia, la facción que miente sobre nosotros, la facción que difama a nuestro padre, a nuestros amigos y a todas las personas que nos importan.

—Beatrice Prior.

Caleb se ha retirado a las sombras, detrás de Jeanine Matthews, con la cabeza agachada. Como si no acabara de traicionarnos a todos.

«La facción antes que la sangre —me digo, y después—: No».

Pensaba que creía en eso. Pensaba que creía en todo, pero donde antes estaba Caleb, ahora solo hay una silla vacía. Su habitación, vacía también. Y dentro de mí, otro vacío.

En estos momentos, eso de «la facción antes que la sangre» me parece absurdo. Las quejas sobre mi pelo, mi atuendo, mi frustración por no poseer nada en exclusiva, la restringida selección de libros adecuados para Abnegación en la biblioteca… Todo es absurdo. Carente de la menor importancia.

No quiero seguir siendo alguien que se preocupa por cosas así.

—¿Beatrice?

Me adelanto. Jeanine Matthews me ofrece un cuchillo con la empuñadura por delante, sujetando la hoja entre los dedos. Como si fuera un escalpelo y ella la enfermera que asiste a un cirujano. La observo con un parpadeo antes de cogerlo. La nueva líder de mi hermano.

Presiono con el filo contra la parte más carnosa del pulgar; me resulta más fácil de lo que esperaba, quizá porque estoy tan enfadada que lo veo todo borroso, quizá porque el dolor me da

fuerzas. La sangre roja, brillante, se me acumula en la palma de la mano un momento.

Ya no sé qué quiero ser, tan solo lo que puedo soportar… y lo que no.

Extiendo la mano y mi sangre baña las piedras.

Y en ese momento, lo sé. Lo sé. Sé que me he equivocado.

Pero ya es demasiado tarde.

CAPÍTULO 8

BEATRICE

EL PÁNICO ME DEJA LA MENTE en blanco mientras veo a Caleb irse con Jeanine Matthews.

No recuerdo el camino de vuelta desde el cuenco hasta el fondo de la sala. No recuerdo haber visto tomar su decisión a Felicity, aunque en estos momentos está saliendo con Caleb, nuestro otro trasladado. Solo cuando noto un golpecito en el costado —Susan Black, con una delicada sonrisa— me percato de que todos se dirigen a la puerta que habrá de conducirnos al interior de la sede de Abnegación.

Aunque se me forma un nudo en la garganta, no puedo llorar. Ahora no. Aquí no. Mientras cruzo la sala con los demás, intento ser razonable. Llevo toda la vida en Abnegación. Sé lo que me espera. Disfrutaré de mañanas plácidas y tardes serenas. Quizá Robert me deje trabajar en el huerto con él…

No. Supongo que no.

«En fin», me digo, ignorando la punzada de dolor en el pecho que me produce pensar en él. Ya averiguaré qué es lo que se me da bien. Averiguaré la manera de no ser desdichada.

Me las apañaré.

Nunca había recorrido este pasillo. La iluminación es tenue, como en el resto de nuestra sede; las paredes y el suelo son de hormigón, y unos sencillos orbes blancos y amarillos hacen las veces de lámparas. Al final hay una puerta recia, que es donde Marcus se detiene.

—Bienvenidos, nuevos iniciados —dice—. Tengo entendido que Abnegación no ha recibido ningún trasladado este año, por lo que podemos empezar sin más dilación.

Tengo a Mary a mi lado; la miro de reojo. Es cierto que Abnegación nunca recibe muchos trasladados, pero… ¿ninguno?

—Mañana —prosigue Marcus— comenzará el mes de servicio, que será vuestro periodo de iniciación como abnegados. Sin embargo, lo de esta noche va por otro camino. —Junta las manos ante él con las palmas hacia arriba: una representación del símbolo de nuestra facción—. Como miembros de Abnegación, dedicaréis vuestras vidas a dar a los que os rodean, pero esta noche seréis receptores. —Se acerca las manos al cuerpo—. La interconexión que une a todas las personas es el eje de la filosofía de nuestra facción. Nos necesitamos los unos a los otros para prosperar y sobrevivir. Cuando podamos dar, daremos…, pero habrá ocasiones en las que no nos resulte posible: si estamos enfermos, o debilitados, o abrumados por el dolor o la pena. En momentos así deberemos aprender a recibir y ofrecer a los demás la oportunidad de cuidar de nosotros. Por consiguiente, esta noche os dedicaréis al arte de recibir. —Sonríe—. Aunque primero deberéis presentaros ante el guardián de la memoria de nuestra ciudad. Y a tal fin…, seguidme.

Abre la puerta tocando el sensor que tiene a su lado y encabeza la marcha.

La sala a la que llegamos forma una circunferencia perfecta. Aunque en los bordes todo está oscuro, en el centro, irradiando del techo, un tenue anillo de luz ilumina la mesa de piedra baja que tiene debajo. Marcus nos indica que nos arrodillemos a su alrededor; al hacerlo, noto la aspereza de la piedra en las rodillas a través de los pantalones. Junto a mí, tan cerca que la oigo respirar, está Susan. Sumamos tan solo nueve.

Me doy cuenta de que sé dónde estamos: en la Cámara de la Memoria de Abnegación, donde se almacenan los recuerdos de la ciudad. Al imaginarme este sitio, pensaba en algo parecido a una biblioteca, repleta de archivadores y estantes. Sin embargo, este lugar tan vacío, que parece un santuario, no es en absoluto como me esperaba.

—Para algunos de vosotros, esta será la última vez que entréis aquí —comenta Marcus—. La Cámara de la Memoria es sagrada, pues contiene la historia de nuestra ciudad y nuestro pueblo… Nuestro pueblo al completo, repartido entre todas las facciones. Como tal, la responsabilidad de conservarlo recae sobre una sola persona. —Se da una palmadita en el pecho—. Acceder a la Cámara de la Memoria, más allá de este punto, está prohibido para todos, salvo para quienes han sido llamados a hacer una ofrenda. Todos los miembros de las facciones pueden recibir esa llamada: algunos más de una vez; otros, ninguna.

Marcus apoya las manos en la piedra que tiene delante y despliega los dedos.

—Ha llegado el momento de las presentaciones —indica, pero no a nosotros, sino a la piedra—. Las manos, por favor.

Cuando obedezco, la piedra desprende calor bajo mis palmas, como si se hubiera estado cociendo al sol. Noto un hormigueo y el espacio se altera.

Me encuentro en la salita en la que hice la prueba de aptitud. Sentada en la silla acolchada. A mi lado, la examinadora de Osadía, Tori, está detrás de la mesa del ordenador, tamborileando con los dedos en las piernas mientras me observa con atención.

—Bueno, eso ha sido… Desconcertante. Si me disculpas. —Se incorpora y sale de la habitación.

Asustada, me doy cuenta de que esto es lo que sucedió justo después de la prueba; un recuerdo que ahora se reproduce ante mis ojos. Tori regresará al cabo de unos segundos para informarme de que los resultados no han sido concluyentes. Me dirá que no debería haber estado consciente durante la simulación. Me llamará divergente y me avisará de que eso es algo peligroso, tanto para mí como para cualquiera al que se lo cuente.

Y todo eso va a quedar registrado en la Cámara de la Memoria de Abnegación.

Tori entra en la sala, se apoya en la puerta y coloca las manos a la espalda.

—Perdona —dice—. He tenido que introducir a mano tu resultado después de dar parte de un fallo.

«No —intento ordenarle—. No sigas».

—¿Cuál…? —es lo que balbuceo, en cambio, como ya hice entonces—. ¿Cuál es el resultado?

—Pues… No te sabría decir, la verdad.

«Para». Me falta el aire por culpa del pánico. Sé que esto no es real, que aquí no soy real en el sentido al que estoy acostumbrada,

pero tengo que detener esto, tengo que…

—¿A qué te refieres?

«¡Para!».

—Durante la prueba has hecho cosas…

«Que no deberían ser posibles», completa la frase mi mente por ella. Como diga eso, estaré sentenciada.

Sin embargo, no comenta nada.

La escena que me rodea cambia. Tori se desintegra. La oscuridad me envuelve como una manta. La luz del techo se convierte en la luna.

En lugar de Tori, hay un paisaje urbano a oscuras. Es la vista que se ve desde la azotea del bloque de pisos de mi familia. Me encuentro frente a la cornisa, en camisón, con los cordones de las botas desatados.

Abro la boca y grito hasta que los pájaros salen volando en desbandada.

Cuando vuelvo en mí, estoy arrodillada junto a la mesa de la Cámara de la Memoria de Abnegación, apartando las manos de la piedra caliente. El resto de mis compañeros de iniciación reaparecen a mi alrededor. Marcus Eaton me mira a los ojos y frunce el ceño; parece desconcertado.

Los demás vuelven en sí de uno en uno. Cuando todos han terminado, cruzamos el edificio hasta el salón de banquetes.

Ya he estado aquí antes: para celebrar cumpleaños, funerales, ceremonias religiosas o nuestros infrecuentes festejos, pero nunca lo había visto así. Los farolillos llenan el espacio de luz y hay una larga mesa en el centro, con bancos a los lados. Los iniciados se sientan:

las cinco chicas a un lado y los tres chicos al otro. No sé qué va a pasar a continuación.

Mi madre me pone un plato delante y mi padre me deja un tenedor, un cuchillo y una cuchara encima de la mesa. La gente —amigos, vecinos, personas con las que me he cruzado en la calle— no para de traernos cosas: una rebanada de pan caliente, una fuente de maíz hervido, una porción de verduras asadas a fuego lento, humeantes y tiernas, rehogadas con un chorrito de salsa oscura como añadido extraordinario. De guarnición, lechuga aliñada con vinagre y aceite. Detrás de nosotros, alguien murmura una plegaria apenas audible; todos vacilamos.

—¡A comer! —grita alguien, y otro se ríe.

Roto el hechizo, los iniciados nos ponemos manos a la obra.

Es incómodo comer con público, rodeados de tanta gente, pero un momento después alguien empieza a cantar.

Las demás facciones piensan que en Abnegación no tenemos juegos, ni música, ni celebraciones. Pero sí que tenemos de todo eso. Lo que pasa es que nos lo reservamos para nosotros. Quizá sea cierto que no utilizamos tantos instrumentos como las otras facciones, pero la voz también sirve.

Alguien da el primer tono y otro se une en armonía. Cada vez son más las voces que se suman al canto, hasta que empieza uno nuevo por debajo del primero, rellenando los silencios y entrelazándose con él, como unas manos que se unen para volver a separarse después.

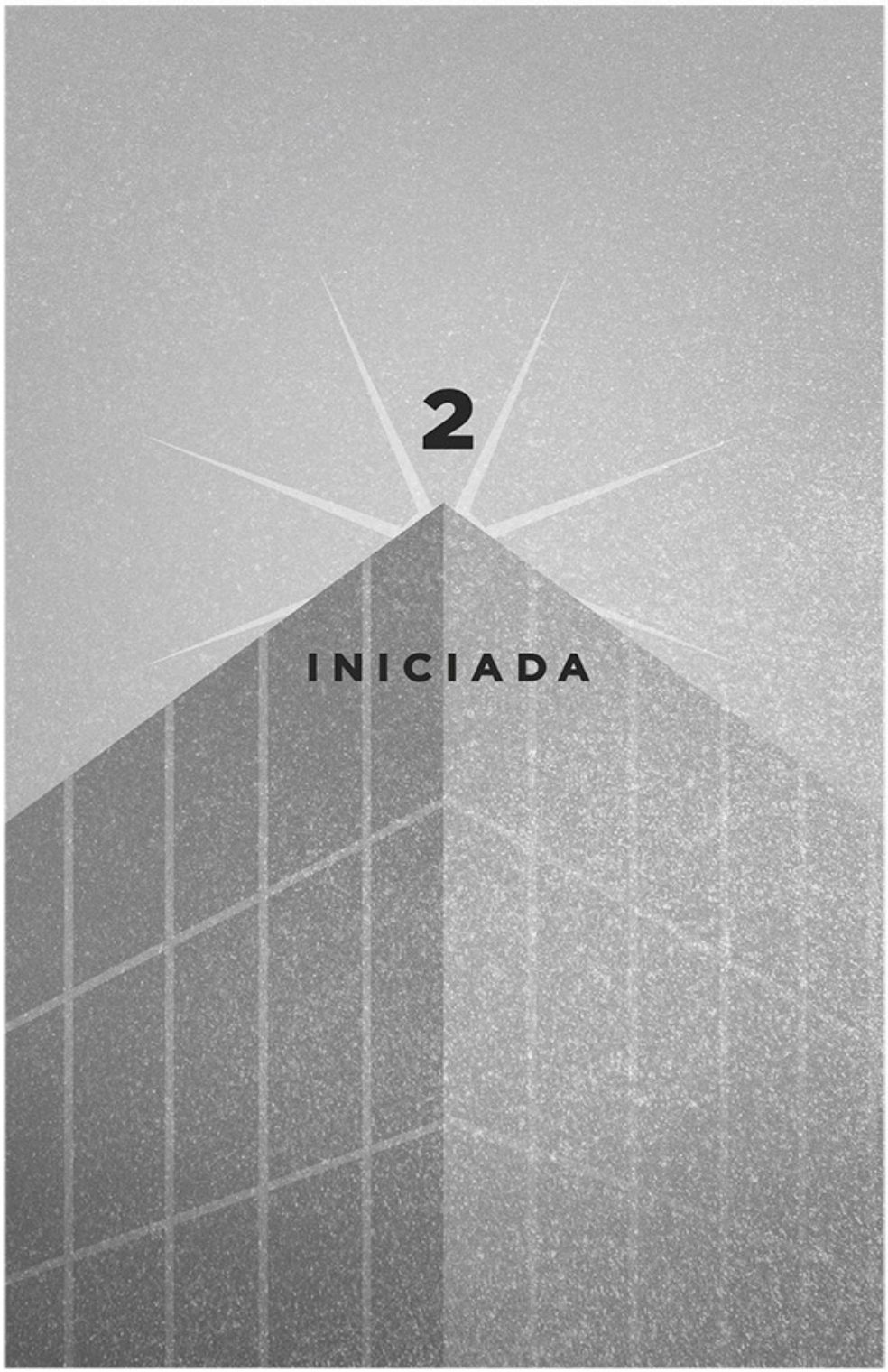
La canción crece en intensidad conforme todos se suman al coro y cada voz encuentra un lugar. Incluso las más ancianas y quebradizas; incluso las que desafinan; incluso las roncas. Las dos

melodías se funden como una llave con su cerradura, y cada una le proporciona a la otra lo que necesita para fluir.

Cuando me relajo y me permito escuchar de verdad, me doy cuenta de que reconozco ambos cantos. Uno habla de la fundación de la ciudad; el otro, de ayudar al prójimo y confiar en que él hará lo mismo contigo. Es la lección que se les suele enseñar a los niños abnegados.

La combinación no es tan solo musical, sino que también el mensaje coincide: nos cuentan la historia de nuestra ciudad y nos recuerdan el lugar que Abnegación ocupa dentro de ella. Ayudar. Llenar el vacío. Confiar los unos en los otros.

Se me anegan los ojos de lágrimas, pero de felicidad esta vez. Suelto el tenedor encima de la mesa, cierro los párpados y me dedico a escuchar.



2

INICIADA

CAPÍTULO 9

CALEB

CALEB PROCURA NO FIJARSE demasiado conforme el grupo se va reduciendo.

Uno a uno, sus compañeros de iniciación han resuelto la adivinanza que se les planteaba, le han susurrado la solución al guardián del laberinto y han cruzado la espesura que los separaba de la sede de Erudición. Ya solo quedan tres, aparte de él: Felicity, que eligió después de su hermana, un chico de Verdad, con cuyo nombre no se ha quedado, y otro de Erudición que parece estar hiperventilando.

Caleb está asado de calor. La chaqueta gris que lleva puesta se le pega a la nuca. También jadea un poquito y, a cada segundo que pasa sin que su mente deje de estar en blanco, le cuesta más respirar.

No es capaz de resolverlo. No sabe cómo. Se ha criado con una sencillez que ahora le resulta irritante; el rigor moral de su educación lo traiciona en cuanto se obliga a pensar en abstracto.

Quizá eso explique por qué el chico de Verdad lo está pasando tan mal como él. Verdad y Abnegación tienen algo en común: los miembros de ambas facciones son personas ajenas a las sutilezas, poco acostumbradas a darles demasiadas vueltas a las cosas o a

desentrañar significados ocultos. Martillos, más que instrumentos de precisión. Caleb ha venido para pulirse y transformarse en algo más diestro, pero no lo conseguirá si ni siquiera es capaz de cruzar esta puerta.

El acertijo, la adivinanza, se recoge en un pedestal de piedra al pie de uno de los frondosos árboles del laberinto. No se pregunta cómo habrá logrado Erudición fabricar semejante prodigio de vegetación sin que las demás facciones se enteraran; el laberinto existe, sin más, y su cometido es cruzarlo. Se ha orientado por él sin problemas, guiándose por el ángulo en el que incidía la luz.

La adivinanza, en cambio…

«Es la barrera que nos separa —lee por enésima vez—. Quienes no la poseen, no la quieren; los que sí, no lo saben. Reconocerla es la única forma de desembarazarse de ella».

No puede tratarse de un objeto físico; no tendría sentido. Debe de ser más abstracto que eso, conceptual tal vez. Un término general más que algo específico.

«¿Una pared? —se pregunta. Las paredes separan a la gente. Pero no, el resto de la adivinanza no tendría sentido si la respuesta fuera "una pared". Se devana los sesos buscando una alternativa—. Reconocerla es la única forma de desembarazarse de ella».

No está acostumbrado a esta clase de parálisis. No la sufrió en la Ceremonia de la Elección, pese a sentirse como una banda elástica tensada al límite por la presión de lo que se disponía a hacer. Como a todos los demás, lo distraía la pena. Sin embargo, este laberinto no se va a dejar engañar por su control de la conducta; tiene que resolver la adivinanza.

El veraz se adelanta hasta el león de piedra que hay tras el pedestal. Se agacha junto a la estatua y le susurra la respuesta al oído.

Caleb ignora qué ocurrirá si falla; ¿deberá intentarlo de nuevo o bastará con una sola equivocación para que el laberinto lo expulse y lo exilie con los sin facción? Se queda sin saberlo. El chico de Verdad ha dado con la solución; desaparece por el arco que las hojas han formado para franquearle el paso.

Ya solo quedan Caleb, Felicity y el chico de Erudición, aterrado.

—Con lo que me gustaban a mí las adivinanzas —dice Felicity con voz temblorosa—. Ya no tanto.

—No debemos ayudarnos —replica Caleb.

De todas formas, no quiere su ayuda. Lo que desea es resolver esto por sí solo; quiere que las nubes de su mente se despejen y le permitan ver qué hay detrás. Se aprieta el vendaje que todavía tiene en el brazo, allí donde los cristales rotos le abrieron un tajo durante el ataque de la Ceremonia de la Elección. Sin embargo, el dolor no le ayuda a concentrarse como esperaba. Sencillamente… le duele.

—Vale —dice Felicity—. Por mí, como si te tiras aquí toda la noche, Prior.

Avanza y le da su respuesta al león de piedra. El arco se abre para ella.

Caleb y el chico de Erudición se quedan solos.

Caleb masculla algo que solo ha oído en la escuela, algo que hasta ahora no había brotado nunca de sus labios. Las palabrotas están prohibidas en Abnegación, donde el autocontrol es crucial. Lo más probable es que tampoco estén bien vistas en Erudición, donde prevalecen las mentes en calma.

Mira de reojo al chico de Erudición, cuyo pecho sube y baja como un fuelle roto. Sí, eso es; Caleb debería tranquilizarse.

Conoce una técnica, aunque no la domina. Se acerca al pedestal y se arrodilla. No es que sea necesario, pero es con lo que está familiarizado, por lo que por una vez se permite capitular ante este afán de confort. Apoya las palmas de las manos en la piedra para tener algo en lo que concentrarse y cierra los ojos.

«Respira», se dice, y oye la voz de su padre en lugar de la suya, lo que lo distraería si no lo reconfortara tanto en este momento de crisis. Se concentra en la piedra áspera y fría bajo los dedos. Granito, quizá; el granito es la piedra más común de la zona, roca ígnea, lo que significa, ¿qué? Que se formó al enfriarse el magma. «Suelta el aire». Por Dios, ahora no puede pensar en la roca. Tiene que pensar en el acertijo. No, se corrige, no tiene que pensar en nada. En nada en absoluto.

Oye el aliento entrecortado del chico a su espalda. «Respira». Nota el aire pasando por su nariz y sigue mentalmente el camino que traza desde las fosas nasales a la tráquea y los pulmones, comprimiéndole el diafragma. Respirar hondo reduce la respuesta al estrés del organismo. «Suelta el aire». Acompaña al aire por el camino inverso, de los pulmones a la tráquea, las fosas nasales y al exterior.

Abre los ojos y relee el acertijo. En esta ocasión, pensando en la ruta de su exhalación, lo hace a la inversa. «Reconocerla es la única forma de desembarazarse de ella. Quienes no la poseen, no la quieren; los que sí, no lo saben. Es la barrera que nos separa».

La respuesta se despliega en su mente como los pétalos de una flor nueva. Se incorpora de un salto y se acerca corriendo al león de

piedra.

—¡La ignorancia! —le dice—. La respuesta es «la ignorancia».

El chico de Erudición se queda solo a su espalda.

+ + +

Los demás —hay diecinueve de ellos, sin contar a Caleb— han estado hablando de él. Lo nota en cuanto se sienta. Bueno, que hablen; ha superado la primera prueba de la iniciación, así que lo que tengan que decir le trae sin cuidado. Solo un chico de Erudición le sonríe: Fernando, dice llamarse mientras le tiende la mano. Caleb, poco acostumbrado a este gesto, se la da con torpeza. Pero le alivia haber puesto nombre a una cara nueva.

—Vale que trabajen así —está comentando otra iniciada nativa de Erudición; una chica que lleva el pelo recogido en un moño desaliñado—, pero me siento como una idiota cada vez que salgo de la simulación. ¿Por qué iba a pensar que mi facción había conseguido plantar un laberinto de árboles sin que nadie se diera cuenta?

El comedor principal de Erudición —el Intercambiador, como Caleb ha oído que alguien lo llamaba— es una sala espaciosa y bien iluminada. Aunque el color de la facción sea el azul, este no acapara los elementos decorativos. El techo es de cristal, y si bien algunos de los paneles sí que son azules, también los hay verdes, naranjas, amarillos y rosas. «Es el espectro de la luz blanca», le explicó Felicity cuando Caleb se sentó a su lado en la mesa de los iniciados. Su mesa está rodeada por todos los flancos por miembros de las facciones; con los mayores en un lado de la sala y los más jóvenes

en el opuesto. El grupo adyacente es la promoción del año anterior; todos ríen, conversan y van vestidos de azul.

—Es como en los sueños —le dice Fernando a la chica nativa de Erudición—. La mente busca hilos sueltos con los que tejer imágenes dispares. Estamos diseñados para contarnos historias.

—Estamos diseñados para buscar la lógica —le discute ella, poniendo los ojos en blanco. Caleb recuerda su nombre de la ronda de presentaciones previa a su ingreso en el laberinto: Anna—. Las historias no tienen por qué ser siempre lógicas.

—Ni los sueños —replica Fernando.

Caleb se siente despierto por primera vez en su vida. Está acostumbrado a comer en silencio, respetando las normas de la consideración, y a examinar todas las contribuciones que quiera hacer a una conversación antes de abrir la boca para determinar si se ajustan a los estándares de Abnegación. A lo que no está habituado es al intercambio de frases ingeniosas con las que forzar la aceptación de una idea por parte de su interlocutor.

Fernando y Anna están discutiendo la historia de la narrativa y sus beneficios para la comunidad. Algo acerca del uso de la tradición oral para preservar el conocimiento, de lo que Caleb solo entiende la base. Continúa observándolos, fascinado, hasta que su instructora, una mujer con el pelo rubio que le recuerda a su hermana y a Jeanine Matthews, de alguna manera, se acerca al extremo de la mesa. Cara. Se llama Cara.

—Hemos perdido a uno de los vuestros —anuncia sin preámbulos Cara—. Él aún no lo sabe, pero la información recabada tras años de iniciaciones nos sugiere que, si no ha conseguido resolver el acertijo aún, ya no lo hará. Continuaremos sin él.

Caleb abre mucho los ojos para mirar a Felicity. El chico de Erudición… Nativo de Erudición… ¿Descalificado sin más? ¿Se acabó la iniciación para él? ¿Condenado a vivir sin facción?

—En Erudición —continúa Cara—, los privilegios hay que ganárselos. Esta noche os habéis ganado el de disfrutar de una comida caliente y dormir con un techo sobre vuestras cabezas. Mañana se os volverá a poner a prueba para que os ganéis el privilegio de recibir un sitio en el dormitorio y acceso a las zonas comunes de nuestra sede. No os confiéis. No tenéis la permanencia garantizada. —Hace una pausa—. En cualquier caso, enhorabuena por haber llegado hasta aquí.

No da la impresión de que les vayan a dispensar una acogida más calurosa. Caleb sospecha que el verdadero recibimiento se lo darán cuando hayan superado todas las pruebas de iniciación, y no antes.

Ante el silencio que se extiende por la sala, gira la cabeza buscando su origen: Jeanine Matthews, que acaba de entrar en el Intercambiador con las manos entrelazadas ante ella. Sonríe, saluda con la cabeza a unas pocas personas y se dirige a su lado del comedor.

Como hijo de un consejero que es, Caleb ya ha visto antes a Jeanine Matthews, pero todos sus encuentros han sido tan breves como poco memorables. La mujer nunca se ha fijado en él. Es de la misma edad que sus padres, con el cabello rubio y los ojos grises. Su atuendo es sencillo, aunque hecho a medida. Nunca tiene un pelo ni encrespado ni fuera de su sitio.

—Representante Matthews —la saluda Cara cuando se acerca—. ¿A qué se debe este honor?

La sonrisa de Jeanine es diplomática, carente de calidez real.

—Quería ver cómo le va a nuestra nueva promoción de iniciados, eso es todo —replica—. ¿Quién fue el primero en resolver el acertijo?

Fernando levanta la mano. No vacila en arrogarse el mérito; una desfachatez que desconcierta momentáneamente a Caleb, hasta que recuerda que eso es un impulso de Abnegación, una reliquia de la vida a la que ha renunciado. En Erudición, los logros no son más que hechos, y sería absurdo sentir reparo en confirmar un hecho.

—Enhorabuena —dice Jeanine con afecto—. ¿Y quién fue el último, aparte del desafortunado fracaso?

A Caleb le da un vuelco el estómago. Sin embargo, no quiere parecer avergonzado, por lo que levanta la mano.

Jeanine hace un ruidito con la garganta mientras escudriña su chaqueta gris con evidente desdén.

—Bueno, no me extraña, dada la rigidez de pensamiento que caracteriza a tu facción de origen —dice—. Espero que mañana puedas hacerlo mejor, Prior.

Se acuerda de él. Pues claro; seguro que se acuerda de todo.

Caleb contempla su plato con las mejillas incandescentes. Nota todas las miradas puestas en él. «Rigidez de pensamiento», se estarán repitiendo para sus adentros. Pensarán que es como todos los de su facción: estirado, cerrado, inflexible y aburrido.

Se obliga a seguir comiendo.

Tendrá que demostrarles lo equivocados que están, eso es todo.

CAPÍTULO 10

BEATRICE

DESPUÉS DE CENAR, los iniciados de Abnegación nos levantamos de la mesa para seguir a nuestros instructores por los pasillos de la sede. Silenciosos y en penumbra, pasamos por delante de la sencilla escultura del vestíbulo principal —los cuencos de la Ceremonia de la Elección ya se han retirado— y salimos al patio trasero del edificio.

Mi instructora se llama Eleanor. No es mucho mayor que yo —ni mucho más alta, tampoco— y lleva el pelo, largo y negro, recogido en una sola trenza. El dormitorio de las chicas se encuentra a un lado del patio; el de los chicos, al otro. No le hace falta informarnos de que no está permitido visitar el que no nos corresponde. Es una de esas cosas que se sobreentienden en nuestra facción.

Benjamin —el instructor de los chicos— nos reúne a todos en un solo grupo delante de los dormitorios. La brisa que sopla en el patio es tan cálida como el aire que podría escapar al abrir la puerta de un horno. Las plantas del jardincito del que cuidaba Robert se mecen y agitan.

—Antes de que durmáis un poco, es nuestro deber explicaros qué podéis esperar de la iniciación. —Benjamin debe de ser un poco mayor que Eleanor; aún conserva las mejillas chupadas típicas de un buen estirón—. Habréis escuchado que este va a ser un mes de

servicio, y es cierto. Durante cuatro semanas, cada una de ellas se os asignará un nuevo cometido. Ninguna de las tareas será glamurosa, pero sí útil. Lo que hay que aprender sobre esta facción no se encuentra en filosofías inanes, sino en la práctica. Es uno de nuestros preceptos centrales: las manos ocupadas sosiegan la mente y, en calma, la mente es sabia. —Vacila un instante. Sea lo que sea lo que va a decir a continuación, le pone nervioso—. Todas las iniciaciones tienen sus secretos —prosigue—. El nuestro es que vuestro mes de servicio transcurrirá en absoluto silencio.

Ahí está.

Mis compañeros de iniciación cruzan miradas de espanto a mi alrededor, pero yo permanezco anclada en el sitio.

—Pero ¿la Pena de Silencio no es un castigo? —pregunta Constance desde algún lugar a mi derecha. Parece indecisa, aunque, por otra parte, esa es su condición natural—. Según mi madre, los padres no pueden imponerla durante más de dos días. ¿Y se supone que nosotros nos vamos a pasar un mes entero así?

—Este mes no pretende ser ningún castigo, sino un desafío. Está pensado para que veáis cuánto podéis aprender de los demás al trabajar hombro con hombro. —La voz de Benjamin se suaviza—. Sé que en estos momentos os parecerá absurdo, pero creedme: pasaréis juntos por esto y saldréis más fuertes que nunca. Yo todavía conservo el contacto con toda mi promoción de iniciados. Y Eleanor también, ¿no es así?

—Conocí a mi prometido fregando cuñas en el hospital. Era un trasladado de Cordialidad. —En los labios de Eleanor aletea una sonrisa—. Después de aquello, nos pasamos tres semanas sin cruzar ni media palabra.

Alguien a mi izquierda —Eustace, me parece— suspira como si eso fuera lo más romántico que ha escuchado en su vida. Por mi parte, me imagino que la propaganda de Erudición debe de surtir efecto, pues ni siquiera de Cordialidad hemos recibido algún trasladado este año.

—Si se os ha quedado alguna conversación a medias, acabadla —indica Eleanor—. Porque, cuando salgáis de esta sala, deberéis guardar silencio durante el resto del mes, a menos que alguien corra peligro. Sin excepción.

—¿Y si fallamos? —pregunta Martha. En primaria, siempre estaban regañándola por traviesa, por lo que su preocupación es comprensible—. ¿Nos echarán?

—Por supuesto que no —contesta Benjamin con una ligera sonrisa —. Pero habrá consecuencias. Mejor no pensar en eso; concentraos en lo que tenéis por delante. Estad presentes. Saldréis airosos de esta.

A mi alrededor, la gente se vuelve para concluir nuestras primeras y últimas conversaciones como iniciados de Abnegación. Hablamos sobre todo de los rumores que hemos oído: que las otras facciones no siempre se portan bien con nuestros voluntarios y que el destino más interesante es el hospital. El aire que antes me parecía tan cálido ahora me hormiguea en la piel.

«Lo conseguirás», me digo.

+ + +

Es temprano, no he desayunado y se me están durmiendo las piernas.

Estoy sentada en el patio, donde el aire es tan frío que puedo ver mi respiración. La jornada de los iniciados de Abnegación empieza con una hora de meditación, hora que se nos antoja eterna. Han pasado ya varios días desde la primera vez que me senté aquí, con el estómago rugiendo de hambre y legañas en los ojos.

«Estad presentes —nos instruyó Eleanor—. Pensad en lo que vais a hacer, en la persona para la que lo vais a hacer y en la persona con la que vais a hacerlo».

No paro de distraerme.

Pienso en Caleb, en si estará durmiendo en una cama de libros o qué pruebas les pondrán en la iniciación de los eruditos. Pienso en mis padres y en el señor y la señora Black, preparando el desayuno en su piso medio vacío. ¿Se mudarán ahora que ya no tienen cuatro niños viviendo con ellos? ¿Estará contento Caleb con su decisión?

También pienso en la mujer que vi. La que se parecía a Evelyn Eaton. Intento recordar cómo era el arma que llevaba encima, si tenía la característica franja iridiscente de las pistolas de agujas no letales…, o si era el arma letal que mató a Robert.

Nerviosa, los dedos se me enredan en la tela de los pantalones. La piedra se me clava en la piel y tengo tanto frío que casi me castañetean los dientes.

«Estoy presente», me digo mientras intento concentrarme de nuevo en la respiración, pero no sirve de nada.

Nunca se me ha dado bien estar quieta.

—Regresad despacio —dice Eleanor—. Abrid los ojos.

Cuando empezamos, el patio estaba bañado por una luz gris, pero ya ha salido el sol. Nos levantamos en silencio y nos dirigimos a la cafetería, donde almuerzan los trabajadores de la sede de

Abnegación. Como aún no han llegado, tenemos la sala —y la cocina — para nosotros.

Decidir quién preparará el tradicional desayuno abnegado de simples gachas de avena con proteína en polvo se convierte en un desafío de mímica. No sé cómo termino siendo yo la que cuenta a los iniciados; hago unos cálculos rápidos y hurgo en uno de los cajones en busca de un cacito para medir.

Estoy echando los copos de avena en un perol grande —del que se encarga Eustace, lo bastante alto para asomarse al borde— cuando recuerdo haberme encargado del desayuno para mi familia una mañana sí y otra no, desde que fui capaz de hacerlo yo sola. Pienso: «Todo es lo mismo de siempre», pero no me proporciona el consuelo esperado.

Porque, la verdad, ¿no debería haber algo de cambio en la vida?

Después de desayunar recibimos nuestras tareas; espero que me toque algo interesante, ir a algún sitio donde no haya estado antes.

Todos los iniciados van, o bien a Cordialidad para ayudar en la huerta, o bien al hospital para ayudar con la limpieza, o bien al centro de donaciones para ayudar a los sin facción, o bien a Verdad para ayudar con los archivos.

Todas las tareas parecen tediosas, pero al menos la mayoría de ellas nos sacan del sector de Abnegación.

Razón por la cual, cuando se me asigna al centro de donaciones de los sin facción, donde me he pasado el último año como voluntaria, me dan ganas de chillar.

Me vuelvo hacia Mary, que ha recibido el mismo encargo. Eustace y ella están haciendo un juego de entrelazar los dedos, que suele estar reservado para los niños. Eustace se ha sentado un poquito

más cerca de lo necesario, con el hombro pegado al de Mary, mientras se agacha y le señala un dedo para que ella lo agite.

Me fijo en el espacio que media entre ambos, en cómo se dilata y contrae, y me doy cuenta de que estoy asistiendo a una especie de cortejo de Abnegación.

No consigo imaginarme participando en algo así.

Pienso en los demás iniciados, chicos y chicas por igual. Estadísticamente hablando, es probable que me acabe casando con alguno de ellos. Si no es un enlace por amor, como sin duda Eustace y Mary esperan que ocurra, dentro de unos años solicitaré una prueba de compatibilidad y la facción me asignará un cónyuge aceptable. También podría registrarme como soltera, lo que significaría vivir sin pareja.

No sé cuál de las dos opciones prefiero.

Me he fijado antes en otras personas, de esa forma en la que se supone que no debemos hacerlo —«Mira a las personas como personas, Beatrice, no como objetos a los que admirar», me dijo mi profesora de Abnegación una vez que me pilló embobada con un chico de Erudición—. Sin embargo, aquellos no eran de Abnegación; los chicos abnegados son como de la familia.

Llamo la atención de Mary con la mano y partimos juntas en dirección al centro de donaciones, del que nos separan escasas manzanas.

Tengo un consuelo: mi madre siempre está allí cuando llegamos, sonriendo de oreja a oreja solo para mí. Aunque intento devolverle el gesto, estoy segura de que no es convincente.

Me pone a cargo de las donaciones de ropa. Es una tarea sencilla con muchos pasos distintos: hay que dividir las prendas en «necesita

arreglos», «no necesita arreglos», «para reciclar» y «retales». Luego tengo que llevar cada cargamento de ropa a la lavandería para limpiarla y doblarla. Las prendas intactas se preparan en lotes para los sin facción; las raídas las remiendo yo misma o se las doy a costureras con más experiencia; organizo las reciclables para que se las lleven al centro de procesamiento de Erudición y los retales los llevo al centro de manualidades para que otros se encarguen de separarlos.

Estoy familiarizada con el proceso. Es lo bastante sencillo como para ocuparme de él incluso sin Mary, quien, aunque bienintencionada, es lenta de movimientos y necesita supervisión constante. Si no, corres el riesgo de que meta las camisetas hechas polvo de Osadía en la pila de «no necesita arreglos» o que mezcle para lavar los calcetines rojos de Cordialidad con los blancos de Verdad.

Si tuviera que adivinar, diría que mi madre me ha encomendado esta tarea porque pensaba que me gustaría, pero solo es otro recordatorio de que nada ha cambiado.

Esa noche, en el dormitorio, no me uno al juego de la gallinita ciega que se celebra en el patio. Hablar va contra las reglas, pero reírse no, por lo que puedo oír el jolgorio de los participantes mientras yo me quedo tumbada en el colchón, con la mirada fija en el techo.

Susan se dedica a tejer a un par de camas de distancia de mí. Constance sujeta un calendario a la pared con cinta adhesiva; tacha el primer día. Me quedo dormida.

+ + +

La siguiente jornada es idéntica a la primera. Y la siguiente también.

Meditación, desayuno en silencio, ir al centro de donaciones. Ordenar ropa hasta que me duelen los dedos. Picotear la cena. Contemplar a mis compañeros de iniciación asistiendo a las reuniones vocacionales, los círculos de costura y los talleres de carpintería.

Durante mis dieciséis años en Abnegación he ido probando toda la lista de pasatiempos bien vistos en busca de alguno que me pareciera aceptable, sin éxito. Ahora esa misma rotación desfila ante mis ojos como si estuviera en el centro de una rueda y todo diera vueltas a mi alrededor.

Mis compañeros de iniciación se muestran animados e incluso graciosos a veces, compensando el silencio con muecas, pero no me pueden distraer todo el rato. Por las noches me despierto a las pocas horas de haberme dormido, acalorada e inquieta, y deambulo por la sede de Abnegación.

Nunca me cruzo con nadie y caminar me relaja. Descubro lugares que no conocía. Una guardería. Una capilla que, a juzgar por la capa de polvo que recubre los bancos, no se usa nunca. Si pudiera vivir como una gata callejera, nocturna y errante, lo haría.

A la tercera noche, encuentro una sala de lectura que no conocía. Es pequeña y da a un callejón, por lo que la única luz que entra proviene de una farola lejana, macilenta y parpadeante. Aun así, me permite inspeccionar los libros de la estantería.

De divulgación, en su mayoría. Una edición antigua del libro de texto de *Historia de las Facciones*, con nuestros manifiestos impresos en las primeras páginas: «Seré mi ruina si me convierto en mi obsesión», palabras que ya me sé de memoria. Pero el del estante

de abajo, que tiene las tapas de cuero, es más grande que el resto. Me lo llevo a la ventana y descubro que es un álbum de fotos.

Por lo general, en Abnegación no nos hacemos retratos, pues fomentan la nostalgia y la reminiscencia, antesala de la autocomplacencia. Sin embargo, pensando en los archivos oficiales, se reserva una excepción para los consejeros y sus familias. En una ocasión tuve que posar para nuestra foto de familia. Hojeo el álbum hasta que la encuentro: Caleb y yo estamos sentados en un banco, delante de nuestros padres. Todos vestidos con el gris de nuestra facción, serios y con la espalda muy recta.

Recuerdo que mi madre hizo una broma aquel día: «Que las generaciones venideras no se lleven la falsa impresión de que nos queríamos». Todos nos reímos y un instante después tuvimos que corregir la expresión para la cámara. Se nos nota en los ojos.

Me dejo llevar por la curiosidad y paso la página en busca de la fotografía de Marcus Eaton y su familia. Su hijo, de apenas diez años, aparece en pie delante de él en la imagen. Tiene el pelo oscuro y la mirada grave. Marcus le apoya una mano en el hombro.

Junto a ellos se encuentra Evelyn Eaton.

En el transcurso de los últimos días he empezado a pensar que la cordial armada, que me recordaba a la difunta esposa del líder del consejo, era un sueño. Sin embargo, ahora que la miro a la cara, sé que no puede haber sido. El ceño riguroso, la nariz aguileña, los labios severos… Demasiados rasgos característicos como para confundirla con otra. Solo podía tratarse de Evelyn Eaton.

Lo que significa que la vi de verdad. Lo que significa que Evelyn Eaton realmente está viva.

Entonces, ¿de quién son los restos que contiene la urna? ¿Qué cenizas mezclaron Marcus y su hijo en el ladrillo ceremonial?

¿Y quién más sabe que no son las de Evelyn?

+ + +

A la mañana siguiente, mi padre aparece durante el desayuno.

—Beatrice —dice—. Por favor, acompáñame cuando acabes.

Me llevo el tazón al fregadero para lavarlo, pero Susan me lo quita y, por señas, me invita a marcharme. Parece cansada; como siempre, de un tiempo a esta parte. Por lo menos con la iniciación se mantiene ocupada.

Le dedico la sonrisa más entusiasta que consigo esbozar, pero llevo desde anoche con los nervios de punta y esta visita sorpresa no contribuye a calmarlos. Quizá alguien se haya enterado de mis correrías y me ha denunciado. Podría meterme en un lío. No sé por qué no soy capaz de aguantar un simple mes de iniciación sin pifiarla.

La preocupación se me debe de notar en la cara, porque la mirada de mi padre se suaviza cuando me acerco.

—No te preocupes, no te has metido en un lío —me indica.

Por alguna razón, eso no me tranquiliza.

Recorremos el pasillo gris, cruzamos el vestíbulo y tomamos otro pasillo, el que lleva a la Cámara de la Memoria. Mi padre se detiene en la puerta y llama con los nudillos.

—Adelante —responde Marcus desde el interior.

La cámara está igual que el Día de la Elección, cálida y en penumbra. Sentados a la mesa de piedra del centro de la sala están

Marcus Eaton, la consejera Abigail Baker y ahora mi padre, que se coloca a su lado.

Ocupo el sitio que me han dejado libre.

Noto un escalofrío en las piernas, procedente del suelo de piedra. Abigail sonríe.

—Beatrice, sabemos que has jurado guardar silencio este mes como parte de tu iniciación, pero haremos una excepción para esta reunión. Las necesidades de la ciudad se imponen a la tradición. ¿Lo entiendes?

Asiento y digo con voz ronca:

—Sí. —Llevo días sin hablar. Carraspeo—. Lo siento. Sí, consejera.

—Se nos ha encomendado recabar información sobre lo que sucedió la semana pasada durante la primera Ceremonia de la Elección —continúa Abigail—. Todas las facciones están enviando testigos para añadir sus recuerdos de lo ocurrido a la cámara, para los archivos de la ciudad y el escrutinio de los investigadores de Verdad, y tu padre nos ha comentado que podrías aportar un punto de vista exclusivo.

Miro de reojo a mi padre. «Si hubiera visto algo extraño, ¿a quién podría contárselo?», le pregunté. Pensaba que se habría olvidado de eso; supongo que me equivocaba. Me molesta un poco saber que no ha mantenido nuestra conversación en privado.

—No sé qué hacer —musito.

—Bueno, espero que nos hagas este favor igualmente —dice Abigail—. Enseguida te pediremos que añadas tu memoria a la cámara, pero antes nos gustaría que nos contaras qué te pasó el día de la Ceremonia de la Elección.

—Lo mismo que a todos —contesto—. Oí un ruido de cristales rotos y me agaché. La gente de las vigas empezó a gritar. Quitaron los estandartes y colgaron el suyo. Se… —Tengo la boca seca. No quiero hablar de esto, pero me obligo—. Los centinelas de Osadía entraron corriendo y dispararon contra alguien por encima de nuestras cabezas. Se desplomó. Cayó justo a mi lado.

Mi padre contiene el aliento.

—Estará muerta, ¿verdad? —le pregunto—. La mujer sin facción. ¿Falleció al caer de las vigas?

—Sí —responde con gesto solemne—. Lamento que tuvieras que verlo, Beatrice.

No he pensado mucho en ella. Solo en Robert. En si me habré equivocado de elección. En si estoy segura de haber visto una mujer regresada de entre los muertos. Sin embargo, se me ha olvidado preguntarme quién sería esa mujer sin facción, y se me ha olvidado la inquietud que me provocó el contemplar un cadáver.

Pero ahora, al pensar en ello, noto una opresión en el pecho. Me froto el esternón con la mano mientras continúo.

—Todos echaron a correr y yo me caí. Alguien de Osadía me ayudó a levantarme y me indicó la salida que había en un lateral. Creo que casi todos nos habíamos olvidado de ella. —Recuerdo haber empujado con el hombro contra la puerta—. Después, en el patio…, me encontré con alguien.

—¿Te refieres a alguien extraño? —pregunta Abigail.

Asiento.

—Una mujer de Cordialidad. O eso pensé, por lo menos, pero su peinado era raro. Demasiado tirante. Como…, como lo llevamos

nosotras. Y empuñaba una pistola. Creía que a los cordiales no les gustaban las armas, ni siquiera las que no son letales.

Se me forma un nudo en la garganta. Me obligo a parar.

—¿Qué más, Beatrice?

La voz de mi padre es comprensiva. Sabe que estoy callándome algo; pues claro. Siempre se da cuenta cuando no soy sincera.

—Estaba oscuro. Seguro que fueron imaginaciones mías.

—Bueno, háblanos de ellas —me anima Marcus.

—Vale. —Me clavo el pulgar en la palma—. La mujer que vi me miró y… la reconocí.

—¿De dónde?

—Era… Era Evelyn Eaton —afirmo, y miro a Marcus sin poder evitarlo para observar su reacción.

Sin embargo, no parece enfadado; al contrario, incluso se ríe un poquito.

—Beatrice. —Ahora la voz de mi padre suena más condescendiente que amable—. Recuerdas que estuvimos en el funeral de Evelyn, ¿no es así?

—Por supuesto. —Sé que la crispación de mi voz va a meterme en problemas. Lo sé. No debo perder los papeles—. Como ya he dicho, estaba oscuro.

—Andrew, propusiste traer a tu hija porque estabas seguro de que tenía algo que aportar —dice Marcus—. Pero si solo se va a inventar cuentos de fantasmas…

—No es ningún cuento —lo atajo. ¿Por qué habla de mí como si fuera una cría que se imagina monstruos en la oscuridad?—. Y tampoco me lo estoy inventando.

—Bueno, Marcus, la semana pasada ha sido traumática para nuestros jóvenes… —empieza Abigail Baker.

—¡No es ningún trauma! —No puedo evitarlo. Es demasiado tarde —. Pensaba que eran imaginaciones mías, pero ayer estuve en la sala de lectura y…

—¿Que estuviste… dónde? —me interrumpe mi padre.

Hago una mueca. No debería haber dicho eso. Se supone que las noches son para dormir en la cama.

—Estaba desvelada —replico—, así que… salí a dar un paseo y acabé en una sala de lectura en la que encontré fotos de los consejeros. Solo quería ver la nuestra, pero… cuando miré la del líder del consejo…

Marcus tensa el mentón. Me mira a los ojos.

—Era ella —insisto. No sabía hasta qué punto estaba segura de haber visto lo que vi, pero ahora que todos lo ponen en duda, lo sé: vi a Evelyn Eaton con un arma justo después de que Robert Black recibiera un disparo.

Me sostiene la mirada durante un instante y luego la redirige por encima de la mesa a mi padre. Es como si los dos estuvieran manteniendo una conversación silenciosa.

—Esto no llega al nivel de… —empieza mi padre.

—Sí que llega —lo ataja Marcus.

No había visto nunca la expresión que mi padre tiene ahora en el rostro. Implorante.

Desesperada.

Suspira.

—Dejadnos a solas —indica, y al principio pienso que está pidiéndome que me vaya, pero son Marcus y Abigail los que se

levantan. Solo se oye el roce de sus prendas mientras cruzan la Cámara de la Memoria antes de cerrar la puerta al salir.

—¿Qué pasa? —le pregunto a mi padre.

—No te preocupes, Beatrice, ya casi hemos terminado aquí —dice —. Pero quiero que recuerdes todas las veces que has pensado en Evelyn en la última semana. ¿Dirías que te ha ocupado la mente a menudo?

—¿Por qué importa eso?

—Me gustaría saber hasta qué punto te preocupa, eso es todo.

Frunzo el ceño.

—Tú también piensas que estoy traumatizada, ¿verdad?

—Beatrice…

—Estoy triste —continúo—. Y preocupada. No puedo dormir. Pero eso no me hace ver cosas que no están ahí.

—Te creo. —Mi padre estira el brazo por encima de la mesa y me cubre la mano con la suya—. Sé lo observadora que eres, Beatrice. Siempre has sabido si tu madre y yo habíamos reñido, o si alguno de los otros estaba incubando algo. Se te daban tan bien esos juegos en los que había que encontrar detalles ocultos en un dibujo más grande…

—Los de buscar las diferencias —le ayudo.

—Sí, esos. —A pesar del rictus apenado de sus labios, le brillan un poco los ojos—. Confía en mí, ¿vale? Te conozco. Hay motivos por los que debo preguntarte esto y todavía no te puedo desvelar cuáles son. ¿Cuántas veces has pensado en Evelyn esta semana?

Algo dentro de mí querría gritar como un bebé teniendo una pataleta, pero otra parte de mí me recuerda que este es mi padre. Seguro que no insistiría tanto sin una buena razón para ello.

—No muchas —respondo—. He estado pensando en… —«En si me equivoqué eligiendo Abnegación, en si me siento así por ser divergente, en Robert, en Susan, en radicales sin facción con pistolas»— otras cosas.

—Lo entiendo —dice mi padre—. Quiero que apoyes las manos en la piedra, como hace unos días, y te concentres en lo que recuerdas de la Ceremonia de la Elección, primero, y después en haber encontrado esa fotografía del líder del consejo. ¿Te importaría hacer eso por mí?

—Quieres almacenar esos recuerdos en la cámara.

La sonrisa de mi padre no se le refleja en los ojos.

—En cierto modo.

Pone las manos encima de la mesa y dice:

—Necesito una extirpación.

«¿Una extirpación?», pienso, pero cuando asiente con la cabeza, levanto las manos y las apoyo en la mesa que tengo delante.

Demasiado tarde, pienso en aquel noticiario que me granjeó una Pena de Silencio el otro día. Tengo el titular grabado a fuego en la mente:

LOS LÍDERES DE ABNEGACIÓN RECHAZAN CON VEHEMENCIA LOS RUMORES QUE LOS ACUSAN DE MANIPULAR LOS RECUERDOS.

Es lo último que veo antes de sumergirme en la vorágine de mi memoria. Es de noche. Caleb está delante de mí, con la manga teñida de rojo. Por culpa del cristal que lo golpeó durante el ataque de la Ceremonia de la Elección. Sus manos me rodean los brazos.

Mueve los labios, pero no entiendo lo que dice. Estamos cercados por personas apiñadas, atemorizadas. La Asamblea de las Facciones se yergue a mi lado; sus paredes de cristal relucen a la luz de la luna.

Me siento como la primera vez que le ofrecí un recuerdo a la cámara, salvo que todo anda mal. Aunque Caleb está hablando, no consigo oírlo. Sin embargo, no… Si esto es un recuerdo, ya sé lo que dice. «Es Robert. Robert ha muerto».

Cruzamos unas cuantas palabras distorsionadas. No reconozco el idioma que estoy hablando, hasta que me doy cuenta de que es porque lo estoy diciendo todo al revés. Caleb tiene lágrimas en los ojos. Me abraza y me estrecha con fuerza contra su pecho.

«No», pienso, sin saber por qué.

Me aparto y ha desaparecido. Mi cuerpo camina de espaldas contra mi voluntad. Recorro la calle a la inversa y doblo la esquina del edificio.

«Necesito una extirpación», ha dicho mi padre antes de que la marea de la Cámara de la Memoria me arrastrara.

«No», pienso de nuevo.

Camino sobre mis pasos al internarme en las sombras. La veo marcharse: Evelyn Eaton, con el cabello recogido tan rigurosamente como el de cualquier abnegada y el atuendo de color rojo oscuro. Mis ojos se posan en la pistola que tiene en la mano, en el dedo curvado sobre el gatillo.

También ella camina de espaldas en lo que podría parecer un baile extraño si no supiera lo que está sucediendo: la Cámara de la Memoria está recogiendo el sedal de mis recuerdos, tirando del hilo

suelto de una máquina de coser antes de desenhebrarlo en la aguja, desenroscarlo de la palanca, sacarlo de la guía…

En este caso, la «extirpación» consiste en recortar el recuerdo de Evelyn Eaton antes de sacármelo de la mente.

Evelyn gira la cabeza. Mis pies están a punto de llevarme otra vez por la salida de emergencia hacia la que me empujó el centinela de Osadía, de volver a sumergirme en el caos de la Asamblea de las Facciones y dejarme tumbada en el suelo, a merced de los pisotones, junto a la mujer muerta con una aguja clavada en el cuello.

«¡No, no, no!».

Me detengo con el talón en el aire, paralizada a medio camino entre el recuerdo y el olvido. Bajo el pie. Avanzo esta vez; me acerco a la mujer cuyas cenizas vi a Marcus mezclar con la arcilla. Se vuelve para mirarme de nuevo. Levanta el arma otra vez.

Continúo aproximándome hasta que desaparece y sigo mis pasos alrededor del edificio, donde me encuentra Caleb. Empujo el recuerdo hacia delante en vez de hacia atrás.

«Es Robert. Robert ha muerto».

El recuerdo termina y el programa afloja su presa, pero aprendí algo de la mirada que me lanzó Marcus Eaton el día que hice mi primera ofrenda y salí demasiado rápido de la Cámara de la Memoria: no es normal volver a la superficie tan pronto.

Dejo los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil, como la superficie de un estanque. Mis pies pedalean en sus profundidades, sumergidos en el horror de lo que mi padre acaba de intentar, en la oleada de alivio por haber logrado evadirme por los pelos de nuevo y en la

confusión de lo que todo esto significa: para Abnegación, para la Cámara de la Memoria y para mi cerebro divergente.

Porque, sin duda, la única razón por la que puedo detener en seco el proceso de la Cámara de la Memoria es la misma por la que la prueba de aptitud no dio resultado conmigo.

«Divergente».

Ahora lo entiendo. Ahora conozco un motivo por el que ser así es peligroso: porque no me pueden quitar los recuerdos si yo no les dejo.

Abro los ojos y parpadeo frente a mi padre.

—¿Beatrice? —dice.

«Finge».

Miro a mi alrededor como si me sorprendiera encontrarme en la Cámara de la Memoria.

—Gracias por ofrecernos tus recuerdos, Beatrice. —Si no supiera qué es lo que acaba de suceder entre nosotros, no detectaría una sombra de ello en su rostro—. ¿Te importaría contarme exactamente qué sucedió al salir de la Asamblea de las Facciones la noche del ataque durante la Ceremonia de la Elección para que pueda anotarlo en nuestros archivos?

«Confía en mí», me dijo, y lo hice.

Me lo quedo mirando.

—Pues… —«Finge», me repito. El corazón me late desbocado en el pecho—. Todo ocurrió tan deprisa… Estaba en el patio y luego… delante de la asamblea. Me encontró Caleb. Me contó lo de Robert.

Mi padre asiente; quizá me esté imaginando el alivio que veo en sus ojos…, pero puede que no.

—En ocasiones, en momentos de estrés, las cosas parecen suceder muy deprisa —comenta—. Creo que no necesitamos nada más por tu parte, Beatrice. Cuando salgas de esta habitación, el voto de silencio volverá a ser efectivo. Así que, ¿te gustaría añadir algo?

Lo que me gustaría es acribillarlo a preguntas: «¿Por qué sigue viva Evelyn Eaton?» y «¿Por qué queréis que me olvide de ella?» y «¿Cómo has podido hacerle algo así a tu propia hija?». La curiosidad y la indignación me abrasan por dentro.

Niego con la cabeza.

Me obligo a sonreír mientras me pongo de pie y mi padre me acompaña a la puerta.

—Ah, te quería preguntar una cosa —dice, aparentando indiferencia—. ¿Has estado alguna vez en la sala de lectura de la tercera planta?

—¿Sala de lectura? —Pienso en la fotografía que he visto allí: Marcus, con una mano apoyada en el hombro de su hijo pequeño y la mirada acerada de su mujer al lado—. No me suena.

Esboza esa sonrisita secreta que yo antes pensaba que solo conocíamos los dos. La misma que me dedicó tras decirme que había heredado de él mi incapacidad para mantener la boca cerrada, como si estuviera orgulloso.

—Nada interesante —replica—. Aunque es un buen sitio al que acudir para reflexionar en silencio, si ves que te hace falta algo así.

Noto como si se me hubieran dormido las manos.

No puedo evitar maravillarme ante lo buen actor que es. Con qué naturalidad me ha preguntado por la sala de lectura en la que encontré la fotografía de Evelyn Eaton. Con qué naturalidad me ha

puesto una mano en el hombro para conducirme fuera de la Cámara de la Memoria.

Con qué naturalidad me habría borrado esos recuerdos.

CAPÍTULO 11

BEATRICE

HOY DEBERÍA IR AL CENTRO de donaciones, pero mis pies me llevan de regreso al dormitorio.

«Quieres almacenar esos recuerdos en la cámara», le dije.

«En cierto modo».

No mentía, supongo.

Eleanor me espera en el dormitorio. Todas las camas tienen las esquinas recogidas, como nos enseñaron nuestros abnegados progenitores. El bordado de Susan reposa encima de la almohada, con la aguja prendida en su sitio para marcar por dónde va la labor. El calendario de Constance está en la pared, tachada ya la primera mitad de la semana. Otras tres y media más y podremos hablar otra vez.

Mientras midamos nuestras palabras.

«Si hubiera visto algo extraño, ¿a quién podría contárselo?».

«Conmigo puedes hablar siempre».

—Abigail Baker me ha contado que tuviste que declarar por lo de la Ceremonia de la Elección. —Frunce el ceño—. Seguro que no ha sido fácil. ¿Necesitas pasar un rato a solas?

Me obligo a concentrarme. Asiento.

Me toca el codo.

—Descansa y reúnete con tus compañeros de iniciación esta tarde. ¿Te parece bien?

Agradezco no tener que pronunciar palabra. De lo contrario, creo que abriría la boca y toda la verdad escaparía como una avalancha. «Evelyn Eaton está viva y los líderes de Abnegación no quieren que nadie lo sepa, a pesar de que estaba con las personas que mataron a Robert».

Me dedica una sonrisa apenada antes de irse.

Me siento en el borde de la cama. Noto como si los brazos me pesaran una tonelada.

«Necesito una extirpación».

«Gracias por ofrecernos tus recuerdos».

Oigo un sonido rasposo. Me toco el pecho y me doy cuenta de que es el sonido que escapa de él al intentar respirar.

+ + +

Tengo la mente cargada de estática mientras doblo ropa en el centro de donaciones esa tarde, mientras rehúyo la mirada de mi madre, mientras regreso con Mary… Ceno sola al final de la mesa, friego la cuchara y el cuenco. Me digo que doy gracias por el aislamiento, porque me proporcionará tiempo para pensar en lo que ha sucedido.

Sin embargo, al día siguiente, mientras extiendo una camisa de Erudición encima de la mesa y la doblo alisando con esmero los pliegues, pienso que no me está sirviendo de nada. ¿Cuántas veces puedo recordar el alivio en los ojos de mi padre cuando creía haberme borrado la memoria con éxito? ¿O cómo asintió Marcus Eaton, el líder del consejo, como si ya hubieran hecho eso mismo en

infinidad de ocasiones? ¿Cuántas veces puedo preguntarme por qué preferirían encubrir la supervivencia de Evelyn Eaton en vez de averiguar por qué Robert ha muerto?

¿Hasta cuándo seré capaz de fingir que todo continúa siendo normal?

Siento una súbita punzada en el labio y noto un sabor a cobre en la lengua. Me he mordido sin querer. Le doy la vuelta a la camisa para doblarla por la mitad y la dejo en lo alto del montón que tengo a mi lado.

Estoy demasiado distraída como para verla venir, pero mi madre me pone delante otra pila de ropa, recién recogida del tendedero de la parte de atrás. Me dispongo a abordarla cuando veo que hay un papelito encima. Lo ha dejado ella. Se trata de un trozo pequeño y arrugado que se podría confundir con cualquier desperdicio, pero lo cojo de todas formas.

«DEJA QUE SE TE HAGA TARDE», leo que dice.

Me lo guardo en el bolsillo y continúo doblando.

Un rato después, pese a haber terminado ya mis quehaceres, me dirijo al fondo de la habitación para hacer inventario y comprobar que no falte nada; una de las tareas más tediosas en el centro de donaciones.

Suena la campana que señala el final de la jornada y yo sigo trabajando, fingiendo querer terminar lo que estoy haciendo, por si a alguien le diera por mirar en mi dirección.

Me despido con la mano de Mary, que se marcha sin mí.

Mi madre está en la entrada del almacén, bajando los interruptores de la luz y apagando los ventiladores del techo. Cierra con llave la puerta principal y me lleva hasta la trasera.

Salimos al callejón que hay detrás del centro de donaciones, lleno de contenedores demasiado altos como para ver lo que hay dentro. Junto a nosotras se levanta un pulcro montón de cajas de cartón desmontadas.

Mi madre mira arriba, primero a una esquina del edificio y después a la otra. La imito sin saber qué busca. Sea lo que sea, no parece encontrarlo. Se vuelve hacia mí.

—No funcionó, ¿verdad? —me pregunta—. Me refiero a la extirpación.

Cuando Eleanor y Benjamin anunciaron el mes de silencio, sentí como si una mano se cerrara sobre mi garganta. Sin embargo, en los últimos días, presiento que eso es lo único que me ha impedido desmoronarme. Mientras no tenga que decirlo en voz alta, será como si nunca hubiera ocurrido.

Pero esta es mi madre. Me conoce…, aunque mi padre ya no sepa quién soy.

—No —digo con voz ronca.

—Me lo imaginaba. —Frunce el ceño—. Sé para qué llevan a la gente a esa habitación, y cuando tu padre me contó lo que viste…

—¿Te lo ha contado? —Me fijo en que no da muestras de estar sorprendida—. ¿Sabes que…?

No consigo obligarme a decirlo en voz alta. Es demasiado absurdo. «¿Sabes que Evelyn Eaton todavía está viva?».

—Lo sé desde el funeral —murmura con gesto serio.

—¿Cómo es…? ¿Por qué hacen como si estuviera muerta? —Me doy cuenta de que tengo los puños apretados y me obligo a tranquilizarme—. ¿Por qué no querían que lo supiera?

—No tengo respuestas, tan solo teorías. Evelyn Eaton era la esposa del líder del consejo, lo que significa que poseía acceso a información que solo él podría tener. Si nuestros líderes han decidido que lo mejor era fingir que había fallecido, será porque no querían que la gente se preguntara por qué había huido. —Se le suaviza la mirada—. Y siguen sin querer que nos lo preguntemos.

—Han pasado ocho años —indico—. La información que posea debe de ser espantosa, ¿no? Para que estén dispuestos a llegar a este extremo.

Mi madre titubea, y en ese momento de vacilación recuerdo las noticias. «Una preocupante recurrencia en las lagunas de memoria que sufren algunos de los centinelas de Osadía que patrullan el muro».

—Ah. Es que a ellos no les parece extremo —musito.

Mi madre menea la cabeza.

—¿Con qué frecuencia actúan? ¿Lo sabes? ¿A cuánta gente se lo han hecho ya?

—No lo sé —reconoce mi madre—. Pero tu padre respeta las reglas. Si te ha hecho esto es porque las autoridades competentes habrán decidido que es el procedimiento correcto… Si le pareciera «espantoso», como tú dices, no habría accedido. Tratándose de su hija, no.

—Pero ¿por qué no ha funcionado? ¿Me pasa algo malo?

Mi madre me recoge el pelo detrás de la oreja.

—No es nada malo, no. Naciste así, eso es todo. Sin embargo, lo que eres, lo que puedes hacer… —Me pone las manos en la nuca y se agacha para mirarme a los ojos—. No dejes que nadie se entere. Jamás. De lo contrario…, acabarás muerta. ¿Entendido?

«Muerta». Esa palabra me provoca un escalofrío. Cuando Tori me dijo que ser divergente era peligroso, no me imaginaba que se refería a que podría costarme la vida.

Pienso en la mujer abandonada del ataque a la Ceremonia de la Elección, tirada en el suelo con una aguja en el cuello. Desmadejada.

—¿Entendido? —repite mi madre, con más insistencia esta vez.

Se me corta el aliento. Nunca la había visto así. Ni siquiera para reñirme me había hablado antes de esta manera, brusca e intensa.

—Sí. Sí, entendido.

Sus ojos se demoran sobre los míos durante unos segundos antes de soltarme.

—¿Qué voy a hacer ahora? —pregunto—. Ahora que he visto…, ahora que sé…

Me cuesta encontrar las palabras. Ahora que sé que Evelyn está viva, ahora que sé que mi padre ha ayudado a encubrirlo, que mi facción nos borra la memoria… Todo eso cambia las cosas. Pero no sé cómo.

—Depende de ti. Puedes fingir que la extirpación dio resultado. Puedes terminar tu iniciación, olvidar todo esto y seguir con tu vida en Abnegación. Esa sería la opción más segura. —Pensativa, hace una pausa antes de continuar—. O puedes hacer todo eso, pero en vez de fingir que no pasó nada, volcarte en encontrar respuestas desde el seno de Abnegación. Si asciendes hasta conseguir algo de autoridad, podrías cambiar las cosas desde dentro. Aunque te lleve tiempo, te proporcionará un objetivo.

Intento imaginármelo. Acostarme esta noche en el dormitorio de los iniciados, ignorando los ronquidos de Mary y los sollozos de

Susan. Despertarme mañana para meditar y preparar el desayuno, como si todo siguiera igual. Como si aquí fuera feliz, solo que… antes tampoco lo era.

Pienso en mi padre. Cruzármelo por la calle y sonreír como si no hubiera intentado borrarme la memoria contra mi voluntad. Ir a su casa a cenar una vez cada dos semanas y conversar como si no tuviera en mente la imagen de Evelyn Eaton empuñando un arma, una pistola letal.

Mi madre se mira los zapatos durante unos segundos. Después sus ojos se clavan en los míos y me parece ver nerviosismo en ellos, o quizá sea el reflejo de lo que yo siento. Sé lo que va a decir; me adelanto.

—Existe otra opción, ¿verdad?

Podría abandonar la facción.

Desertar.

En ese momento, con el sol poniente llameando anaranjado sobre los ladrillos del callejón, solo puedo pensar en lo que me gustaría volver a estar delante de los cuencos y mover la mano ligeramente hacia un lado para que mi sangre cayera sobre las brasas.

El sistema de facciones es todo cuanto conozco, todo en lo que creo. El camino a la paz. El orden perfecto. Con sitio de sobra para que todos encontremos dónde encajar. Nos permite ser diferentes sin conflicto, unidos por un mismo propósito. El sistema de facciones es positivo.

No decido hablar, pero las palabras escapan de mí igualmente:

—He fallado.

Mi madre me agarra los hombros con tanta firmeza que me siento obligada a mirarla.

—Escucha. Tú no has fallado; es Abnegación la que te ha fallado a ti. —Su voz es toda cantos y filos—. Ya antes de la extirpación te esforzabas por volverte lo bastante pequeña como para encajar en la cajita de esta facción. Me dolía verlo.

—¿Mejorarán las cosas cuando acabe la iniciación?

—Ay, Beatrice. —Mi nombre es un suspiro en sus labios. Susurra —: Ojalá pudiera decirte que sí, pero esta facción nunca será un lugar seguro para una mente tan singular como la tuya. La cajita no se va a expandir para acogerte. Las cosas nunca van a mejorar lo bastante.

En el fondo de mi ser, donde reside la verdad, sé que tiene razón. Mi vida aquí sería una farsa, y no me refiero solo a fingir que mi padre no haya intentado borrarme la memoria o que esa no sea una actividad habitual aquí, sino a fingir que no siento curiosidad. Fingir que me gusta el silencio.

Fingir que soy otra.

—Creo que tengo que irme —confieso.

Se me derraman las lágrimas. Noto las mejillas calientes. Ahora que han empezado a brotar, ya no puedo pararlas. Me tapo los ojos con las manos y lloro contra las palmas.

Mi madre me estrecha contra su cuerpo.

—Está bien —exhala en mi pelo—. Está bien, Beatrice, suéltalo todo.

Sollozo cada vez con más fuerza y me cuesta creer que esos sonidos provengan de mí: desesperados, bestiales, como los de un animal lastimado.

Me abraza hasta que me quedo sin lágrimas. Apoyo el rostro en su hombro; su camisa huele a detergente y su piel a jabón de romero.

La brisa que sopla en el callejón hace que los cartones traqueteen y que los hierbajos que crecen en las grietas del pavimento se mezan.

—Conozco un lugar al que podrías ir. Tengo contactos entre los sin facción —dice—. Pero…, antes de acudir a ellos, necesito estar segura de que entiendes lo que te dispones a hacer. —Su voz es distinta de nuevo. Menos cuidadosa y medida—. He intentado ganarme la confianza de algunos de los abandonados que acuden al centro de donaciones y he descubierto lo siguiente: hay dos tipos de sin facción, Beatrice. Los que ya conoces… y los que todavía no has visto. —Sus palabras me provocan un escalofrío—. A los segundos les va mejor que a los primeros; no sé más de ellos. Podrías ir ahí. Podrías ser tú misma. Creo que no serían capaces de hacerle daño a uno de los suyos, si te convirtieras en eso.

Está callándose algo.

—Pero… —la animo a seguir.

—Pero… —dice, y se interrumpe un momento, pensativa—. Siempre ha habido tiranteces con los sin facción. Sin embargo, en los últimos años eso había empezado a arreglarse. Tu padre y los demás consejeros veían esto como algo positivo. Yo no. Me sugería que los sin facción estaban encontrando otras vías de escape para su descontento.

Pienso en el estandarte desplegándose sobre mi cabeza. Las flores blancas bordadas.

—Como atacar la Ceremonia de la Elección —afirmo.

Asiente.

—El consejo opina que las personas que atacaron la ceremonia son un hatajo de advenedizos. Que el ataque que acabó con la vida

de Robert Black en realidad fue un acto desorganizado. Que los centinelas de Osadía pueden controlarlos.

—¿No estás de acuerdo?

—Creo que ese grupo formaba parte de un movimiento más grande. Que el ataque contra la Ceremonia de la Elección solo fue el primer acto de un plan mucho más ambicioso.

Los sin facción que conozco son los del centro de donaciones. Achacosos, desdichados, sin rumbo… Me cuesta imaginarlos atacando la Ceremonia de la Elección. Así que, quizá tenga razón.

—¿Por qué querrían asesinar a Robert? —pregunto—. ¿En qué ayuda eso a los planes de nadie?

—Es posible —replica con delicadeza— que no apuntaran a Robert.

Desde el principio había sospechado que la muerte de Robert fue algo fortuito. Un accidente, quizá, o una simple reacción al caos: la mujer sin facción se cae de las vigas, alguien se asusta y ¡pam!, una bala perdida se aloja en el cuerpo de Robert. Sin embargo, no me había parado a pensar en la intencionalidad de todo el asunto: robarles un arma letal a los guardias del muro, introducirla en la Ceremonia de la Elección, descolgarse de las vigas y abrir fuego…

Quizá diera igual que la mujer sin facción se cayera. Quizá la persona con la pistola planeaba usarla desde el principio.

—Si yo no tuviera facción —comento—, conviviría con ellos. Con los que nos atacaron.

—Estarías a salvo… Yo me aseguraría de que estuvieras a salvo. Pero sí. Si vas allí, no sabrás quién mató a Robert. No sabrás quién es peligroso y quién no.

«Si vas allí». Dios, me parece imposible.

Pero en mi mente se abre paso una minúscula posibilidad, un agujero de alfiler que permite el paso de un rayo de luz diminuto.

—Si deserto —digo—, podría averiguar qué se proponen esos sin facción.

—No es responsabilidad tuya.

—¿No? Robert era mi amigo. Si puedo descubrir por qué murió…, ¿no debería intentarlo?

Suspira.

—No puedo decidirlo por ti. Lo único que quiero es que seas feliz y que estés a salvo. Pero esta es una de tus opciones. Quédate o no te quedes. Encuentra respuestas o no las busques siquiera. Pero, si decides que esto es lo que deseas, si decides que quieres buscar esas respuestas, prometo ayudarte en todo lo que necesites. Te ayudaré a averiguar la verdad.

Las nuevas elecciones que se me plantean son como los cuencos de la ceremonia, exigiendo mi sangre. Al igual que ellos, me ofrecen algunos destinos con los que me siento capaz de vivir y otros con los que no.

«Quedarme y negar qué ha pasado. Quedarme y fingir hasta que ya no haga falta seguir actuando. Irme y olvidarme de todo. Irme y buscar la verdad».

Pienso en Robert, con la nariz pegada a un manual de poda, y en lo que él, Susan y sus padres se merecen, y en cómo esta es mi oportunidad de hacer algo bueno e importante.

—Piénsatelo —me dice mi madre—. Piensa en lo que realmente quieres.

Me siento como si estuviera hecha de piedra. Tan pesada que no puedo moverme. Tan rígida que no me puedo doblar.

Lo que quiero no existe.

CAPÍTULO 12

BEATRICE

AUNQUE HACE CALOR esta noche y tenemos todas las ventanas abiertas, el aire se mueve tan poco que lo mismo podríamos haberlas dejado cerradas. Me concentro en los ronquidos de Mary con la esperanza de que me arrullen hasta quedarme dormida, pero sin éxito.

La luna brilla en lo alto cuando por fin me doy por vencida. Me pongo las zapatillas y salgo al patio.

Aquí no se echa nunca la llave. Abnegación te pide que te controles en vez de intentar controlarte. Hubo un tiempo en el que me parecía que la libertad era eso.

Deambulo por el patio, dándoles vueltas una y otra vez a las mismas ideas. Puedo encajar en Abnegación. Puedo fingir. No quiero estar sin facción. No puedo. No se me ocurre nada peor.

La luz de la luna se desliza por las hojas de lechuga del huerto. Las observo un momento antes de volver sobre mis pasos. Al girarme, veo a Susan Black en la puerta. Tiene las manos enlazadas frente a ella.

—¿Problemas para dormir? —me pregunta, y yo me la quedo mirando.

Acaba de romper el voto de silencio. Susan. ¿Y para qué? ¿Para hablar conmigo?

—Ningún voto es más importante que una amiga en aprietos —me explica con un encogimiento de hombros.

Me acerco a ella para que podamos conversar en voz baja. Es como asomarse a un espejo. Mide poco más que yo y tiene el pelo un poco más oscuro, pero nuestros camisones son idénticos, al igual que las zapatillas, y tenemos los ojos del mismo tono de azul. Nos parecemos más la una a la otra que cualquiera de las dos a sus respectivos hermanos; cuando éramos pequeñas, la gente nos tomaba por gemelas, así que yo la consideraba de la familia. Y lo sigo haciendo.

—¿Te puedo contar una cosa? —dice Susan—. ¿Algo que nadie más sabe?

—Pues claro.

—Robert pensaba elegir Cordialidad. Me lo contó después de la prueba de aptitud. —Las lágrimas relucen en sus ojos—. Cuando volvió, estaba llorando. Quería que le saliera Abnegación en el resultado. Quería que la prueba le desvelara algo nuevo sobre él. Pero… ¿realmente hace eso?

Las comisuras de los labios le tiemblan en una breve sonrisa.

—No. —La mía sí, aunque no como ella se piensa—. No lo hace.

—Me enfadé con él. El día de la ceremonia casi no le dirigí la palabra. Me dijo que me quería y yo me quedé callada.

—Él lo sabía, Susan. —Me gustaría consolarla, pero no sé cómo. De modo que insisto—: Por supuesto que sabía que lo querías.

—Ya. Eso espero. —Susan acaricia una de las flores que crecen por la zona. Es amarilla y delicada—. Me pregunto por qué le dispararían… Por qué querrían disparar contra nadie, quiero decir.

¿Era eso lo que los consejeros intentaban averiguar cuando te llamaron? ¿Te preguntaron si viste algo?

«No», pienso. No parecían interesados en absoluto en la muerte de Robert, ¿verdad? Es tal y como me dijo mi madre: el consejo cree que las personas que atacaron la Ceremonia de la Elección no son más que un hatajo de aficionados, de los que serían capaces de abrir fuego al azar contra la multitud. Quizá tengan razón, pero… ¿Y si se equivocan?

¿Y si la muerte de Robert solo fuera el principio de algo más grande?

—¿Te ayudaría saberlo? Saber quién lo hizo y por qué, quiero decir.

Susan suelta la flor.

—No estoy segura. —De nuevo esa tímida sonrisa—. La gente siempre piensa que necesita respuestas cuando alguien se muere. Tal vez no sea más que una manera de evitar la pena, pero… Quizá cambiaría mis sueños.

—¿Tus sueños?

—Todas las noches sueño con lo que pasó. No creo en almas en pena, Beatrice. Pero sí en mentes en pena.

Me río un poquito.

—Ya. Yo igual.

Nos quedamos allí un momento, escuchando la brisa, el canto de los insectos y la respiración de la otra.

—Bueno, ¿y qué te salió en la prueba de aptitud? —me pregunta —. ¿Verdad?

Me sorprendo riéndome; con ganas en esta ocasión.

—¿Verdad? ¿Me tomas el pelo?

—Sí. —Sonríe—. Bueno, pues Osadía, entonces.

Asiento. No voy a contarle que los resultados no fueron concluyentes, pero esto es lo más parecido a la verdad.

—¿Por qué elegiste Abnegación?

—La familia me parecía más importante —respondo—. Todavía me lo parece.

Asiente varias veces seguidas, pensativa.

—Robert no habría dejado de ser mi familia si hubiera elegido Cordialidad. Tú tampoco dejarás de serlo para la tuya. Cuando te marches.

—¿Cuando me marche? —digo, preguntándome qué habré hecho para que se huela mis intenciones.

—Venga, Beatrice. Nadie puede fingir eternamente. —Me coge la mano.

Creo que es este gesto bondadoso lo que me ayuda a tomar una decisión. La seriedad que irradia de ella como la luz de una estrella. Porque esta vida es perfecta para Susan Black, que anhela todo cuanto le puede ofrecer: días tranquilos de propósito simple, rutinas sencillas y reuniones cálidas, un matrimonio, hijos y velar por el prójimo. Y saber que, aunque tu vida sea una mera fila de puntadas, su alineación con tantas otras es lo que compone un conjunto precioso. Es la mejor imagen de lo que la vida en Abnegación puede ser, y ahora que ha perdido a su hermano, es lo que se merece.

Pero yo me he equivocado antes. Estar sin facción no es lo peor que me pueda imaginar, ya no. Lo peor sería llevar una vida para la que no estoy hecha.

—Gracias, Susan —le digo, y estoy siendo sincera—. Venga, a la cama.

+ + +

Al día siguiente, en el centro de donaciones, le llevo una pila de ropa a mi madre. Bajo la solapa de una chaqueta he metido una nota en la que se puede leer: «Necesito respuestas».

+ + +

Las horas de mi último día en Abnegación se escapan como agua entre mis manos. No consigo acumular la suficiente para saborearla. El tedio de separar y embalar los paquetes de artículos de primera necesidad que se van a repartir por toda la ciudad me resulta reconfortante e irritante a la vez.

Mucho más tarde de lo que debería, me percato de que los estoy elaborando para mí misma. ¿Seré una de esas personas que vagabundean por las calles en busca de algo que llevarse a la boca y que hacen cola para recibir agua potable?

«No», me aseguro. Mi madre se encargará de que no me falte de nada. Todavía puedo contar con ella. Me lo ha prometido.

Después del toque de queda, remoloneo tumbada en la cama, esperándola, con los dedos tamborileando nerviosos a los lados. Veo una sombra que se desliza por la ventana que hay al lado de la puerta del dormitorio y me siento. Reconozco la silueta de mi madre.

Todavía estoy vestida —he vuelto a ponerme la ropa bajo las mantas cuando las demás se han quedado dormidas—, pero ahora me calzo y echo un último vistazo al dormitorio. Susan, con la cabeza enterrada bajo la almohada; Constance, estremeciéndose en

sueños; Mary, todavía con el bordado en el regazo. Son buena gente y desearía poder despedirme de ellas, pero quizá sea más fácil así.

Salgo del dormitorio de puntillas y cierro la puerta sin hacer ruido. Mi madre me espera en el pasillo, con una mochila en cada mano. Me da una y asiente. Abandonamos juntas la sede de Abnegación.

Una vez fuera, aprieta el paso y me veo obligada a trotar para no quedarme rezagada.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—A cazar un tren —dice—. Yo te enseño, no te preocupes.

«Cazar un tren» es una frase curiosa viniendo de ella. Es como si quisiera que ahuecara las manos para cerrarlas de golpe alrededor de uno, al igual que hago con las luciérnagas en el campo en verano.

Me duelen las piernas cuando caigo en lo que significan el resto de sus palabras: sabe hacerlo. Subirse a un tren en marcha.

¿Por qué?

—¿Es que nos vamos a montar de un salto? ¿Como si fuéramos… de Osadía?

Me observa de reojo; hay algo salvaje en su gesto.

—Ni más ni menos. Ven, por aquí…

Se desvía a la derecha y se mete en un callejón lleno de muebles abandonados y bolsas de basura rotas. Veo un andén un poco más adelante. Mi madre es la primera en subir por las escaleras que conducen a la plataforma de madera que se extiende en ambas direcciones. Me indica que me acerque al final del andén y nos quedamos juntas allí.

El viento me deshace el moño; me aparto los mechones sueltos del rostro.

Por encima del hombro, mi madre vuelve la mirada hacia una forma oscura que se mueve a lo lejos. Viene un tren, aunque todavía falta para que llegue.

—He oído que hay abandonados robando a las facciones —dice mi madre—, y estaba pensando… Si averiguas quiénes son, quizá puedas descubrir algo más acerca de la pistola que mató a Robert, puesto que la sustrajeron del muro.

Me la quedo mirando. Por sus palabras, se diría que llevo semanas pensando en desertar. Yo aún me siento como si estuviera en la Ceremonia de la Elección, con la mano suspendida sobre las piedras, mientras ella ya ha trazado un plan.

Continúa:

—No se me ocurre por dónde más empezar. Si encuentras algo, déjame un mensaje en el centro de donaciones, detrás del ladrillo suelto que hay al lado de la puerta trasera.

Asiento, aunque la perspectiva de montar de un salto en un tren en marcha me pone demasiado nerviosa como para reaccionar a sus instrucciones. He visto a los osados hacerlo muchísimas veces, pero también he oído historias escalofriantes sobre gente que se ha caído del andén para morir triturada por las ruedas de los vagones o aplastada contra el pavimento ahí abajo.

—¿El tren?

—Vale, vale. —Mi madre apunta al otro extremo de la plataforma de madera—. Cuando yo te avise, corre a toda velocidad hasta el final del andén. Y cuando te pida que saltes, lánzate a la derecha con todas tus fuerzas. No es la forma más elegante de hacerlo, pero sí la menos arriesgada.

Noto la boca seca. Compruebo las correas de mi mochila para asegurarme de que esté bien sujeta a mi espalda.

—¿Con quién vamos a encontrarnos? ¿Cómo se llama?

—Bueno —replica mi madre—, la pregunta se las trae, no te creas. Digamos que ya la conoces.

Ni sé a qué se refiere ni estoy en condiciones de ponerme a resolver enigmas en estos momentos. El miedo me embota la cabeza y el cuerpo, aunque ella no parece haberlo notado.

—Tengo entendido que se trata de alguien importante para los sin facción. Una vez la ayudé a hacer lo mismo que estás haciendo tú ahora, así que me debe un favor. Ha prometido cuidar de ti.

El sonido del tren al acercarse al andén es atronador. Un murmullo grave que crece hasta transformarse en rugido. Mi madre me pide que corra, así que lo hago, con la mochila rebotando contra la columna mientras me dirijo a la otra punta de la plataforma. El tren me adelanta. Hace tanto ruido que temo no oír la orden de saltar.

Pero sí que la oigo.

—¡Salta!

No me lo pienso; confío en ella. Me impulso a la derecha. Estoy medio convencida de que voy a estamparme contra una pared de metal. Me caigo, liviana por un momento, antes de golpear algo con tanta fuerza que me hago daño en el hombro.

El suelo metálico de uno de los vagones.

Me siento, aturdida, a tiempo de ver a mi madre balanceándose para entrar en el mismo vagón, con la mano cerrada todavía en torno a uno de los asideros que hay junto a la puerta. Ni siquiera se ha despeinado. Es como si estuviera contemplando a una

desconocida que da la casualidad de llevar puesta la misma piel que Natalie Prior.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí.

Sigo su mirada hasta una figura que está de pie en un rincón. No me había percatado de su presencia. Se nos acerca y me tenso antes de ver que se trata de una mujer.

Es más alta que nosotras, con rizos oscuros y un rictus severo en los labios. Su atuendo es una mezcla de tres facciones distintas: los pantalones granates de Cordialidad, la camisa blanca de Verdad y la chaqueta negra de Osadía. Lleva un cuchillo sujeto con una correa al muslo.

Y mi madre tenía razón. La conozco.

Es la culpable de que yo esté en este lío.

—Hola, Evelyn —la saluda mi madre.

Ayer, cuando me dijo que sabía que Evelyn estaba viva, no mencionó nada de esto. Que la había ayudado. Que mantenían aún el contacto.

Ignoraba que mi madre tuviera tantos secretos.

Un recuerdo sale a flote en mi mente: cuando Evelyn Eaton murió, acompañé a mi madre a llevar comida a la casa de Marcus. Pensó que a su hijo le agradaría tener compañía de su edad, pero Marcus dijo que el chico estaba indispuesto. Así que me senté en la sala de estar con mi madre, viendo llorar al hombre.

No sé cómo pude pensar que me había confundido. Esta mujer solo podría ser Evelyn.

—¿Tu hija? —pregunta inclinando la cabeza en mi dirección, sin mirarme a los ojos.

Si es importante para la facción, quizá sepa quién mató a Robert. Quizá sepa por qué. Quizá fue ella misma, con aquella pistola.

Me pongo de pie, pero no estoy preparada para los vaivenes del tren. Tropiezo y me caigo de lado, sobre mi madre, que me sujeta.

—Eligió Abnegación —dice mi madre—, pero no fue una decisión acertada.

—Menuda sorpresa.

La voz de Evelyn es ácida y oscura. Como el pan de centeno o aquel café solo que un veraz me ofreció en el autobús una vez, solo para reírse de mi cara al probarlo. «¿Demasiado fuerte para ti, estirada?».

—La acogerás —indica mi madre, y no es una pregunta, sino una orden—. La protegerás. Y luego daré por saldada la deuda que tienes conmigo.

Evelyn me observa por fin; me pregunto qué verá. A una rubita menuda con el pulcro moño tradicional de Abnegación, más el atuendo gris y holgado de su facción. Poca cosa, callada; nada especial.

—¿Qué facción te gustaría haber elegido? —me pregunta—. ¿Lo sabes siquiera?

La respuesta acude sin dificultad a mis labios:

—Osadía.

—De tal palo, tal astilla, supongo. —Evelyn se ríe y le dice a mi madre—: Será mejor que te bajes en la próxima.

«De tal palo, tal astilla».

Mi madre… Mi madre, la de voz imperiosa, la que es más perspicaz de lo que parece, la que tiene secretos, la que sabe subirse a los trenes en marcha… ¿Ha sido osada?

No es sorpresa lo que siento al mirarla de nuevo; es más bien como si la última pieza de un puzle acabara de encajar en su sitio. Esto explica lo que he estado viendo. Lo que por fin me ha permitido ver.

Mi madre suelta la mochila en el suelo del vagón.

—Víveres para ti —informa.

El tren está llegando a una estación. Aunque aminora, continúa yendo demasiado deprisa; mis últimos minutos con mi madre se evaporan. Me rodea con los brazos y aprieta tanto que me corta la respiración antes de saltar del tren en marcha, sin previo aviso. Me asomo para ver si ha aterrizado a salvo y diviso su silueta corriendo por el andén con zancadas gráciles y cómodas.

El tren describe una curva y la pierdo de vista.

Me vuelvo hacia Evelyn.

—Supongo que vamos a averiguar de qué pasta estás hecha, Beatrice —me dice.

—No me llames así —replico. No sé de dónde he sacado el valor. Quizá sea la rabia que siento contra las personas que asesinaron a mi amigo y han puesto mi vida patas arriba, o quizá sea la amargura que destila su voz lo que me da permiso para mostrarme arisca.

—Bueno, pues elige otro nombre.

Tengo que dejar atrás a Beatrice. Lo sé con una certeza que me costaría explicar. Beatrice es la persona que nunca ha perdido a nadie. Beatrice desconocía la verdad acerca de su padre, acerca de la facción que había elegido.

Sé exactamente qué clase de persona quiero ser a partir de ahora: la clase de persona que obtiene respuestas a todas sus preguntas.

—Tris —digo—. Llámame Tris.

3

DESCARRIADA

CAPÍTULO 13

CALEB

La segunda fase de la iniciación de Erudición es otro laberinto; de espejos, en esta ocasión.

Bueno, entero no. Solo la parte en la que Caleb está ahora.

La primera vez que se vio multiplicado hasta el infinito, pensó que alguien debía de haberla tomado con él. A fin de cuentas, como no está acostumbrado a su reflejo, es más probable que algo así lo distraiga. ¿Siempre se ha visto así de perfil? Tiene una postura horrorosa.

Esa mañana, Cara los dividió en grupos al azar antes de conducirlos al patio, escenario de la segunda prueba, donde un estanque de aguas tranquilas y poco profundas estaba cubierto de nenúfares. Un entorno precioso.

Caleb lo vadeó para llegar hasta este pasillo de espejos…, o eso cree. En realidad, no recuerda cómo ha acabado aquí, pero eso ahora no importa.

Los requisitos del laberinto son simples.

Caleb, Fernando y Quinn —una chica nativa de Cordialidad con voz nasal— encontraron un mapa en la misma entrada. Tuvieron que memorizarlo para orientarse. Quinn fue la que trazó el camino usando la punta del dedo, y Fernando, nativo de Erudición y

conocedor de varias estrategias mnemotécnicas, transformó su solución en una melodía. La dividieron en tres partes y se las repartieron para memorizar una cada uno. Pan comido.

Por supuesto, una vez dentro del laberinto, las cosas se complicaron.

Al principio, todo parecía estar a oscuras y en absoluto silencio. Sin amilanarse, Fernando tomó a Caleb y Quinn de la mano para guiarlos mediante el tacto, sin necesidad de usar la vista ni el oído. Al llegar a la sección de Quinn, las luces se encendieron de nuevo, pero también lo hizo una alarma estridente; tanto que Caleb se tuvo que tapar las orejas. Aun así, el ruido era tan insoportable que empezó a marcar el son de sus pensamientos. Quinn entonó su parte de la melodía para sí misma y él trotó detrás de ella, sudando. Odiando cada segundo.

Pero ahora han llegado a la sección de Caleb y este es incapaz de apartar la mirada de su reflejo. O reflejos, en plural, puesto que los espejos lo muestran repetido desde todos los ángulos. Ni siquiera ve dónde acaban las paredes. La experiencia es lo opuesto a la sección de Fernando, con su desconcertante privación sensorial; aquí hay tantos estímulos visuales que Caleb no consigue ver bien.

Avanza y se estampa contra una pared. Nota calor en la cara. Lo intenta de nuevo, ignorando las mejillas coloradas de su reflejo. Esta vez encuentra el borde de la pared y da un paso con más confianza de la que siente…, tan solo para toparse con un callejón sin salida.

Maldice y piensa: «En esto me he convertido». En un malhablado. En alguien cuya mente lo abandona en los momentos más importantes. En un fracasado miserable y patético.

Fernando y Quinn tienen la cortesía de no decir nada. El primero se limita a guiarlos de vuelta al punto de partida, donde Caleb empieza de cero. Oye un tarareo sutil a su espalda, casi imperceptible: Quinn, recordándole la melodía.

Aunque no quiere aceptar ayuda, lo único peor que ser el eslabón débil de tu equipo sería fallar y arrastrarlos con él en su caída, así que consiente.

Se une al tarareo.

Le recuerda las canciones que tuvo que aprenderse para las fiestas de Abnegación, donde sumaba su voz a las del resto sin importar lo ronca o desafinada que sonara. De niño, le gustaba fijarse en los zapatos de los demás mientras cantaban, pues todos eran iguales y la mayoría golpeaba el suelo al compás de la melodía. Así, para su mente infantil, eran como una sola criatura de múltiples patas que se movían al mismo son.

Se mira los zapatos ahora y descubre que eso le sirve de ayuda. El suelo también es de espejo, pero, si se concentra en los pies, puede distinguir la junta de las paredes.

«Derecha, izquierda, derecha —entona para sus adentros—. Izquierda, izquierda, izquierda».

Aunque tarda el doble que los otros dos en recorrer su sección del laberinto, terminan llegando al final; y no son los últimos.

—Venga —dice Fernando con una sonrisa de oreja a oreja—. Tenemos que darnos prisa o nos quitarán las mejores camas.

Su recompensa por haber superado la segunda prueba es un sitio en el dormitorio. Caleb entra detrás de Fernando y Quinn en la espaciosa habitación, donde la mitad de los puestos ya están ocupados. Reclama el suyo junto a las ventanas, para poder ver la

calle. Estos espacios personales son unidades independientes que se componen de la cama propiamente dicha, un armario alto y una mesa con un estante encima; todo ello orientado de tal manera que transmite una sensación de gran amplitud. Y, por si fuera poco, el estante está repleto de libros.

Caleb acaricia los lomos. En casa no le dejaban tener libros en la habitación, salvo que los que necesitara para hacer los deberes, pero estos no son exclusivamente prácticos. Hay una novela de detectives. Una colección de relatos. Una historia del sistema de facciones. Un libro de psicología. Una colección de ensayos sobre naturaleza.

Ni ellos necesitan ser prácticos ni útiles, ni él necesita evaluarlos según la contribución que le permitan hacer a la comunidad. Puede leer lo que le parezca más interesante, sin más.

Se le empañan los ojos. Los cierra.

Jamás había experimentado este alivio.

+ + +

Fernando hace de guía para los iniciados trasladados de otras facciones. Es evidente que le gusta la atención; una parte de Caleb lo reprende, mientras que otra reconoce que eso se debe a su educación abnegada. El deseo de Fernando de compartir sus conocimientos parece sincero, no pretencioso ni condescendiente. Es uno de los preceptos de Erudición: «El conocimiento valioso exige ser compartido».

Fernando acaba de terminar de enseñarles la biblioteca, la sala de lectura y el centro de información cuando comienza la transmisión

del informativo.

En casa, las noticias llegaban en forma de rótulo; aquí, en Erudición, cada dispositivo que lleve alguien encima, ya sea una pantalla portátil o un reloj, se ilumina con una alerta. En este caso, una de las paredes del pasillo se ilumina de blanco y revela ser una pantalla. Caleb empieza a leer.

Le sorprende descubrir que las noticias son más duras aquí. Hay un informe sobre ataques a los ciudadanos por parte de los sin facción. Un intento de robo en la Asamblea de las Facciones, frustrado por el sistema de seguridad de manufactura erudita, se ha saldado con los responsables sin facción en custodia. Una lista de avances en los campos de la investigación y la tecnología en el seno de Erudición, plagada de términos especializados que le cuesta seguir. Retrasos en los trenes que unen Cordialidad con el resto de la ciudad, provocados por un número de averías sin precedentes.

Caleb observa de reojo a las demás personas que están en el pasillo, leyendo también. En Erudición no hay escasez de curiosidad.

El último informe de la ciudad habla de Abnegación. Caleb se crispa, con todos los músculos tensos.

«…ha desvelado preocupantes declaraciones de antiguos abnegados sobre crueles prácticas disciplinarias, incluida la llamada Pena de Silencio, según la cual los niños pierden el derecho a hablar durante un periodo estipulado de seis horas o más. Este castigo se aplica por infracciones tan leves como hablar sin permiso, no ayudar en las tareas domésticas básicas o incluso la vagamente denominada «conducta vulgar», eufemismo que alude a las prácticas sexuales en solitario. En su ensayo *Los efectos psicológicos y emocionales del*

silencio forzoso, disponible en la biblioteca principal, la psicóloga erudita Ashley Day sugiere que el impacto de estas prácticas puede ser significativo.

Además, este informativo ha tenido acceso a un testimonio según el cual un importante consejero, cuyo nombre no se ha desvelado, habría participado en castigos físicos…».

Caleb aparta la mirada; se le revuelven las tripas al fijarse en que todos están pendientes de él. Quinn es la primera en hablar.

—¿Es cierto ese informe? —le pregunta.

—No sé nada de castigos físicos —replica Caleb, consciente de lo poco convincente que suena—. Pero sí, el resto en esencia es verdad.

—¿Tus padres te obligaban a hacer eso de la Pena de Silencio?

—No, porque yo nunca… —Decir «yo nunca me salté las reglas» se le antoja ridículo, por exacto que sea. Siempre se le ha dado bien controlar sus impulsos. A Beatrice, ya no tanto.

—Bueno, pues me parece una crueldad hacer algo así con un niño —declara Anna—. Imponer el silencio en vez de fomentar la independencia y la libertad de expresión… no está bien.

A Caleb se le forma un nudo en la garganta. Piensa en Beatrice, la víspera de la prueba de aptitud, discutiendo con Marcus Eaton sobre si el informativo era verídico. Llamándole la atención acerca de lo equivocado de su razonamiento. Y luego, durante el resto de la velada, cabizbaja y con los labios sellados. Acobardada, humillada. ¿Y por qué? ¿Por señalar la verdad?

Espera que se encuentre bien.

—¿Cómo os castigan aquí? —le pregunta a Fernando.

—Depende de la edad que tengas, pero sobre todo mediante una reevaluación situacional. —Ante la cara de confusión de Caleb, continúa—: No es más que un repaso de la infracción, verbal o por escrito, que incluye un análisis de la conducta indeseada y sus motivaciones, seguido de una reflexión para evitar o modificar esa situación en el futuro. Cuando te haces mayor tienes que citar fuentes y todo; es un rollo.

—Todas mis fuentes iban de la inhibición de la respuesta —tercia Anna—. O el estudio aquel sobre la limpieza…

—¡*¿Causa o correlación? Análisis de los efectos de la pulcritud sobre la higiene mental*! —dice Fernando, riéndose—. A mí también me tocó citar ese. ¿Te fijaste en el tamaño de la muestra? ¡Pero si era ridícula!

Y así empieza la visita, con Anna abriendo la marcha hasta los laboratorios de investigación y Fernando hablando sin parar de lo importante que es que los estudios incluyan muestras de las cinco facciones y no solo de Erudición.

Caleb camina junto a Felicity, que les ha pedido a sus compañeros que la llamen Fell. La chica se está mordiendo el labio inferior.

—¿Crees que tienen razón? ¿Que la Pena de Silencio es mala? Siempre había pensado que alentaba la introspección, pero… quizá me equivoque.

—No sé —dice Caleb, aunque solo para no preocuparla más todavía. Sabe perfectamente cuál es la opinión que le merece ese castigo.

Llegan a los laboratorios de investigación y se separan para explorar. Las paredes y los suelos de esta parte de la sede de Erudición están cubiertos de baldosas de color azul claro; los

laboratorios en sí son de un blanco reluciente, con muros de cristal que permiten ver hasta el final del pasillo.

Caleb gravita hacia el escáner de un cerebro enorme. Al observarlo por el cristal, las distintas secciones se iluminan de color rojo, amarillo o azul, según los estímulos que va recibiendo. Se coloca en la puerta del laboratorio para verlo mejor.

Cara está sentada a una de las mesas, tomando apuntes en su pantalla portátil mientras observa la imagen. Se fija en la presencia de Caleb.

—Puedes entrar, ¿sabes? —le dice—. Nuestros estudios no son secretos.

Caleb se acerca y se pone a su lado.

—¿De qué es el escáner?

—Es alguien que está haciendo una nueva versión de la prueba de aptitud —explica Cara—. Trabajamos continuamente para codificar instrucciones en las imágenes de la simulación. Algunos se pasan demasiado tiempo vagando sin rumbo antes de darse cuenta de que tienen que cruzar el laberinto. Estaría bien que aparecieran en la simulación con una sensación de propósito innata en vez de tener que depender de pistas visuales para entender qué se espera de ellos.

—Interesante. No sabía que la prueba de aptitud estuviera refinándose aún.

—Todo es susceptible de ser mejorado. También ayuda el hecho de que a Jeanine Matthews le encantan las simulaciones, así que siempre hay por lo menos un laboratorio estudiándolas. Para quienes estudiamos el cerebro, eso significa que no nos falta el trabajo.

Caleb asiente mientras las partes del cerebro continúan iluminándose de distintos colores. Antes se sabía el nombre de todos los lóbulos y su función. El occipital se encarga de la visión; el frontal, de la toma de decisiones; el temporal, de la memoria a corto plazo. En cierta ocasión, fascinado, sacó a hurtadillas de la biblioteca un libro sobre lo que las lesiones cerebrales les habían enseñado a los científicos. Lo escondió bajo la cama, entre el colchón y los muelles.

Se pregunta si seguirá estando allí, esperando a que lo descubran sus padres.

—Si sientes curiosidad —dice Cara—, puedo recomendarte algunos estudios. Hay un ensayo increíble sobre las hemisferectomías, que es cuando se extirpa la mitad del cerebro. ¡Te sorprendería hasta qué punto se las apaña para compensar esa ausencia la otra mitad! Me cambió la vida, sin exagerar.

—Vale —se descubre respondiendo Caleb—. Te lo agradezco, sería estupendo.

Cara le dedica una sonrisa radiante y Caleb le devuelve el gesto.

Cuando la gente de Abnegación hablaba de Erudición, siempre hacían que pareciera un sitio frío, vacío. Pero Erudición no tiene nada de frío. Aquí hay calidez y abundancia, un festín para la mente en el que te puedes servir todas las veces que quieras.

Erudición está llena de maravillas.

CAPÍTULO 14

CUATRO

ESTOY EN LO ALTO DEL CENTRO y el viento me azota la ropa.

Al norte de donde me encuentro, hasta donde alcanza la vista, hay una cuadrícula de calles que parece la celosía de un jardín. El pantano está justo al lado: un enredo de ríos de aguas poco profundas entre los que crecen las praderas. Sin embargo, estoy concentrado en la vertiginosa altura de este edificio: el más alto de los que tenemos y mi peor pesadilla.

Llevo con miedo a las alturas desde que mi madre me trajo aquí de niño para contemplar las vistas de la ciudad. Supuso que se me pasaría, pero no fue así. Noto un cosquilleo en la cara y las manos; las piernas no me obedecen del todo. Sensaciones familiares.

Lo que nadie te cuenta sobre el terror es que, al cabo de un tiempo, se convierte en algo corriente.

Me obligo a caminar hasta el borde. Cinco pasos y llego al filo, donde los dedos gordos de los pies me asoman por el lateral de acero y cristal del edificio. El viento me aparta la camiseta negra del cuerpo y me pega los vaqueros a las piernas. Miro abajo, hacia la acera lejana, y se me revuelve el estómago.

«No pienses —me digo—. Salta y ya está».

Me inclino hacia delante y me precipito al vacío. Lo único que siento es el latido acelerado del corazón. El estómago, que se me cae a los pies. El rugido del aire. El horror de la calle que se abalanza sobre mí.

Me estrello contra el suelo y siento un instante de dolor antes de abrir los ojos, momento en el que me encuentro de pie en la sala de simulaciones de la sede de Osadía.

Me paso una mano por el cuello para secarme el sudor. Respiro con dificultad y la boca me sabe a sangre. Me he mordido la lengua.

La sala de simulaciones está pensada para ser una pizarra en blanco, con bastas paredes de piedra sin adornos. La puerta metálica se encuentra cerrada. No me molesto en esperar a que se me calme el corazón para abrirla con el hombro.

La antesala es redonda y baja, y a veces tengo que reprimirme para no agachar la cabeza al pasar bajo su techo de piedra. En el centro hay un crisol de metal tan grande que, de intentarlo, sería incapaz de abarcar con los brazos; en el centro arden unas llamas falsas.

Cuando traemos aquí a los iniciados para que se familiaricen con el generador de simulaciones de Osadía, tienen que meter las manos en el fuego, que no quema, pero lo parece. La cara que ponen es graciosísima.

A pesar de todo, diría que este es el corazón de Osadía. Aquí es donde más puro es nuestro vínculo con la misión de erradicar el miedo. Aquí nos enfrentamos a él. A nosotros.

Alargo una mano y dejo que las llamas bailen sobre los dedos. No siento nada, aunque, si pido otra simulación de mis miedos, me la

ofrecerán. Me paso la mano libre por la frente para secar el sudor. Es probable que ya haya tenido bastante por hoy.

Oigo pasos a la carrera y, un segundo después, Uriah entra de repente en la habitación. Les echa un vistazo inquieto a las llamas. No me sorprende: casi todo el mundo se pone nervioso en la sala de simulaciones. Cuando tus peores miedos se concentran en un solo lugar, es natural temer acercarse a él.

—Supuse que andarías por aquí —dice sin aliento—. Tienes que venir a la sala de entrenamiento. Se ha liado.

Conozco a Uriah desde hace tiempo. Es el hermano pequeño de mi mejor amigo. Aunque es tan entusiasta y torpe como un cachorrito, no suele ser dado a exageraciones. Suspiro.

—Vale.

Aquí es donde trabajo normalmente. Todos los osados tienen que regresar dos veces al año a la sala de simulaciones y, entre medias, programan un par de sesiones de práctica. Yo soy el que las dirige. Pero durante los tres meses de iniciación osada, soy instructor. En concreto, enseño a los trasladados, los que llegan de otras facciones. Y este año casi siempre se lía.

Corro detrás de Uriah por unos cuantos pasillos en penumbra, siguiendo el rastro de los cordones naranja chillón de sus zapatillas. Aparecemos en la parte de arriba de los escalones que rodean el Pozo; en este centro subterráneo, con su profundo abismo en el fondo, se desarrollan muchas de las actividades osadas. A lo largo de su borde en espiral se extiende el mercado, donde se puede encontrar prácticamente cualquier cosa que necesites…, siempre que lo que necesites, además de lo imprescindible, sea un suministro inagotable de ropa negra y modificaciones corporales.

Permanezco pegado a la pared. Puede que no estemos a tanta altura como en mi simulación del miedo, pero moriría si caigo por el borde.

—¿Qué está pasando?

—Bueno, ya sabes —me dice Uriah, volviendo la vista atrás—. Ese Peter, como siempre.

Pongo cara de fastidio. Peter, un iniciado nativo de Verdad que siempre está flanqueado por sus lacayos favoritos, me ha preocupado desde el principio. Desde que nuestros líderes aumentaron la competitividad de la iniciación reduciendo el número de plazas, está saliendo lo peor de la gente. Hasta los iniciados que no son gilipollas sádicos parecen siempre a punto de estallar.

Uriah sigue hablando:

—Peter ha retado a una de las chicas, la otra veraz, a pelearse con él, y no aceptaba un no por respuesta. La ha acorralado. En eso estaban cuando he ido a buscarte.

Llegamos al fondo del Pozo, donde un grupo de chicos está de pie junto a la barandilla, contemplando el agua que fluye por el abismo. Torcemos a la derecha y corremos hacia las salas de entrenamiento.

La más grande es cavernosa y sus paredes están repletas de equipamiento: blancos para prácticas de tiro, colchonetas para lucha, sacos, guantes y vendajes de boxeo, además de pesas para entrenamiento de fuerza. Hay tres círculos blancos pintados en el suelo; allí tienen lugar las peleas. Una multitud se ha reunido en torno al más alejado.

Peter —alto y pálido, con el pelo castaño y una eterna sonrisa desdeñosa— se alza sobre la figura caída de Christina —también alta, de piel oscura y pelo negro recogido en cuatro gruesas trenzas

pegadas al cuero cabelludo—, que escupe sangre en el suelo de la sala de entrenamiento. Uriah ha tardado cuatro minutos en llegar hasta mí, lo que significa que Christina se ha defendido durante un rato antes de sucumbir. Impresionante. Debería asegurarme de que suba un puesto en la clasificación.

Los otros iniciados rodean el círculo, algunos con cara de indignación, otros de interés. A los indignados los frenan los secuaces de Peter: Molly, la más fuerte de las chicas, y Drew, escurridizo pero volátil.

Peter, el cabecilla de todo esto, está cogiendo impulso con el pie para asestarle una patada en las costillas a Christina.

—Disculpad —digo.

Todos se quedan inmóviles. Peter baja el pie y me mira. Tiene el pelo pegado a la frente y le brillan los ojos, diría que de júbilo. El corazón me va a mil por hora, pero procuro hablar con calma.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto, acercándome.

Los iniciados se apartan para abrirme paso hasta Peter.

—Estamos entrenando —responde él sin rastro de vergüenza—. ¿Qué tiene eso de malo?

—Para «entrenar» hacen falta dos contrincantes voluntarios. Lo que estás haciendo tú se llama «ser un gilipollas».

Le ofrezco una mano a Christina, que tiene un labio partido y un ojo tan hinchado que casi no puede abrirlo. Aun así, tiene suerte de seguir de una pieza. Qué narices, yo tengo suerte de que siga de una pieza.

Me da una mano temblorosa. Dejo que se levante por su cuenta, porque no quiero tirarle del brazo. Se pone en pie y, aunque carga el

peso en el lado derecho, parece que, por lo demás, se encuentra bien.

—Vete a la enfermería a que te echen un vistazo —le indico—. ¿Uriah? Acompáñala.

Espero hasta que está a salvo y lejos de la pista para volverme de nuevo hacia Peter.

No puedo permitir que esto continúe. Lleva semanas acosando a otros iniciados. Primero fue Will, un chico erudito que parecía un blanco fácil, pero que resultó tener un buen gancho de derecha. Después, Myra: bajita, uña y carne con Edward, su novio erudito. Y, ahora, le ha tocado a Christina. Su comportamiento no deja de empeorar porque nadie está frenando su ego.

Así que, sí, ha llegado el momento de hacerlo.

—Ahora que lo pienso, nunca te he visto luchar contra alguien de tu tamaño —le digo—. Creo que deberías empezar conmigo.

Peter me mira entornando los ojos.

—No puedes luchar contra un iniciado.

—Estoy bastante seguro de que sí puedo. Y, si te niegas, bueno, supongo que puedes esperar de mí la misma consideración que tú le has demostrado a Christina.

Pero no se negará. Es lo que pasa con las personas como Peter: nunca reconocen que han tomado la decisión equivocada, así que es fácil arrinconarlos.

Entro en el círculo y todos los iniciados que se habían acercado al caer Christina dan unos pasos atrás para salir de la línea blanca.

Peter se aparta el pelo sudoroso de la cara y estira el cuello mientras se pone en guardia. Puede que haya dos metros entre nosotros, quizá más. La habitación huele a tiza y sudor, un aroma

que no resulta especialmente agradable, pero sí reconfortante por lo familiar; aquí fue donde por fin me sentí cómodo en Osadía, ya que mi estatura y mi tolerancia al dolor se convirtieron en mis mejores bazas.

La sabiduría convencional dice que hay que mantener las distancias con tu oponente, pero nunca me ha gustado el boxeo puro y duro que se les enseña a la mayoría de los osados. No me parecía útil para lo que de verdad necesitamos: una forma no violenta de someter a las personas peligrosas. Así que aprendí otros métodos.

Peter ha levantado las manos y separado las piernas; al menos, he conseguido enseñarle bien lo esencial. Rebota un poco sobre la punta de los pies, como si estuviera esperando a que yo diera el primer paso. De acuerdo; hago un amago de abalanzarme sobre él, y Peter retrocede. No era más que una provocación. Eso me demuestra lo nervioso que está.

Frunce el ceño. Lo he avergonzado. Bien. Intenta pegarme en la cara y lo esquivo con un paso lateral; consigo que ambos nos demos la vuelta. Lo intenta por segunda vez y me agacho. Debería contraatacar con un puñetazo, pero, a pesar de lo que he dicho, en realidad no quiero luchar contra uno de mis alumnos. Lo que busco es darle una lección.

Estoy bastante seguro de que, tras fallar un par de veces, dejará de lanzar *jabs*. Baja el hombro para un gancho dirigido a mi vientre, y ya está, este es el momento: descargo el brazo izquierdo sobre el suyo para desviar el golpe, le agarro la muñeca y se la retuerzo.

Intenta girarse para darme un puñetazo, ahora que estoy tan cerca, pero ese movimiento solo sirve para que le retuerza más la

muñeca. No puede acertarme, ni tampoco liberarse. Está atrapado.

Lo suelto y él retrocede tambaleándose, sosteniéndose el brazo contra el pecho.

—Adelante —le digo—. Pégame.

—Vete a la mierda —responde, aunque está demasiado enfadado para resistirse a la invitación.

Suelta un puñetazo torpe y a lo loco hacia mi izquierda, y, en vez de apartarme, doy un paso hacia él y dejo caer el brazo izquierdo con fuerza sobre su hombro. Al verlo desequilibrado, apoyado sobre un pie, le propino un *clothesline* con el brazo derecho, girándolo para acertarle justo en el cuello. Se ahoga, sorprendido.

Dejo caer el peso sobre ese brazo, lo que lo obliga a arquearse hacia atrás hasta que no puede seguir en pie. Entonces se da un buen golpe contra el suelo, jadeando.

Antes de que ruede para alejarse, levanto un pie y lo dejo en el aire por encima de su cuello, a modo de amenaza.

—Como vuelvas a atacar a uno de tus compañeros iniciados, no seré tan comedido.

Doy un paso atrás y me vuelvo hacia la puerta, donde Eric, el joven líder de Osadía y la peor persona que conozco, me observa con los brazos cruzados.

+ + +

—Interesante método de enseñanza, Cuatro.

Siempre dice mi nombre en un tono sarcástico, aunque sabe muy bien de dónde sale mi apodo.

Hemos entrado en una de las salas de práctica más pequeñas, la que tiene todos los sacos de boxeo colgados del techo bajo. Está oscura, ya que solo contamos con las luces de emergencia teñidas de azul en las esquinas, que proyectan sombras extrañas. Eric engancha sus dedos pálidos en la cadena de la que cuelga uno de los sacos y tira de ella, como si comprobara su resistencia.

El líder de Osadía estaba en mi promoción de iniciados. De todos los miembros agujereados de nuestra facción, es el más comprometido con la estética. Lleva piercings en las cejas y en los labios. En alguna ocasión he fantaseado con arrancárselos con unos alicates —lo confieso: en mis peores momentos—, pero, en general, solo me resultan molestos.

—Gracias —le digo—. Intento innovar.

—Aun así, lo que nosotros intentamos es evitar que los instructores ataquen a sus estudiantes. ¿Qué diría Amar?

Amar fue nuestro instructor. Ahora está muerto.

No hago caso de la pulla.

—No le he hecho daño —señalo—. Y podría habérselo hecho, y mucho. Solo trataba de…

—¿Demostrar que tenías razón? ¿Y razón en qué?

—En que no puede hacer lo que le dé la gana sin que haya consecuencias. Ha estado atacando a sus compañeros desde el principio. Sé que has visto mis informes.

—Ah, sí, tus informes. De las burlas de Peter a los otros iniciados y de que les hace la vida imposible. Menudo crimen. —Pone los ojos en blanco. Son tan fríos como los de una serpiente—. Sabes que esto es una competición, ¿verdad?

Osadía tiene tres líderes, aunque solo uno nos representa en el consejo. Max es el líder de la mayoría, es decir, de cualquiera entre veinticinco y cincuenta años. Harrison es el líder de los ancianos: los osados de más de cincuenta. Y siempre hay un líder de los jóvenes, que debe ser menor de veinticinco. Por tradición, ese líder suele ser un recién llegado a la facción, porque se supone que eso nos aporta ideas y perspectivas nuevas. Ese es Eric, de dieciocho años, nativo de Erudición y repleto de todo tipo de… ideas sobre cómo hacer las cosas.

De haberlo querido, ese trabajo habría sido mío. Max me insistía en que lo reclamara, pero me negué, y estoy bastante seguro de que Eric todavía está resentido conmigo por ser la primera opción de nuestro líder.

—Siempre ha sido una competición —respondo—. Una bastante amistosa. Tú eres el que lo ha convertido en una guerra abierta.

—No veo qué hay de malo en separar la paja del trigo.

Me tenso al oír la frase. Es un dicho que solía escuchar de niño. Seguro que lo ha elegido por eso.

—El problema es que saca lo peor de la gente. El comportamiento de Peter empeora. Sabía que, si no le ponía fin, acabaría hiriendo de gravedad a alguien. Habría sucedido hoy, de hecho, de no haber intervenido.

—Bueno, pues mira qué suerte que estuvieras ahí —responde Eric, cruzando los brazos—. ¿Y qué es exactamente lo que quieres que haga al respecto?

—Quiero que lo bajes de puesto en la clasificación. No recompenses la brutalidad; castígala.

Él se mete el pelo grasiento detrás de las orejas y asiente. Lo conozco lo bastante bien como para saber que eso no significa que esté de acuerdo conmigo. Es un error decirle lo que deseo, en vez de recurrir a subterfugios, como suelo hacer. Lo único que hará será usarlo contra mí.

—Eso te molesta, ¿verdad? Que yo tenga el poder necesario para hacerlo y tú no.

—De haberlo querido, lo tendría.

—Los dos sabemos que no es cierto. —Esboza una sonrisita. Condescendiente—. Y los dos sabemos por qué.

Aprieto la mandíbula. Carezco de respuesta ante eso porque tiene razón. Nunca intentaría acceder a un puesto de liderazgo en Osadía. Y puede que él sea la única persona viva que conoce la razón.

—No voy a animar a nuestra nueva promoción de iniciados a que se den la mano y canten canciones como si fueran un puñado de mansos cordiales —dice Eric, acercándose, y, a pesar de ser más bajo que yo, resulta amenazador. Tengo que resistirme al impulso de dar un paso atrás—. Nuestro trabajo consiste en evitar que esta ciudad se haga pedazos, en mantenerla segura. No podemos hacer eso si nuestros miembros creen que la debilidad es aceptable. —Levanta la cabeza—. Si descubro que les estás enseñando que lo es, me aseguraré de que te aparten de tu puesto. ¿Entendido?

La luz blanca azulada lo hace parecer aún más pálido, como los pececillos de plata que vivían en el sótano de mi edificio cuando era pequeño.

—Sí —respondo, intentando no atragantarme con la palabra.

—Puedes irte —indica, simplemente porque puede.

Y lo hago, porque está en lo cierto: aquí no ostento ningún poder.

+ + +

—Tengo una pregunta, y de verdad de la buena que quiero escuchar la respuesta —dice Shauna—: ¿Por qué es así?

Está tirada en mi cama, bocabajo. Me costó bastante acostumbrarme a lo relajada que es con todo; no es más que una amiga, pero, cada vez que viene, trata mi cama como si le perteneciera.

—Ah, ¿quieres inventarte la trágica historia del origen de Eric? —pregunta Zeke desde la cocina, mientras busca algo que comer en el frigorífico. Apoya uno de sus larguiruchos brazos en lo alto de la puerta—. Cuatro, tío, ¿alguna vez comes algo que sepa a algo? Estas sobras de champiñones no tienen ni pizca de aliño.

—Tienen sal —respondo, y Zeke me mira con asco mientras Shauna se ríe con la cara contra mi colcha. Es una de las pocas cosas que me quedan de mi hogar de la infancia. Está hecha a base de retazos de tela, tanto de ropa de las facciones como de reliquias más antiguas.

—Nuevo objetivo: enseñar a Cuatro lo que son las especias —dice Zeke.

—No puedes empezar con las especias —dice Shauna, seria—. Lo primero sería algo como el vinagre; después pasas al ajo y, finalmente, puedes probar con las especias. Quizá. A lo mejor.

Suspiro.

—¿No estábamos hablando de Eric? Me gustaría volver a hablar de Eric.

—Estábamos inventándonos su historia de origen. ¡Ah, ya lo sé! —exclama Shauna, sentándose—. Eric era un gusanito viscoso que se

le metió debajo de la piel a un niño real, y todavía lleva puesto su cuerpo como si fuera un disfraz.

Zeke, que acababa de morder una manzana, hace una mueca.

—Qué asco.

—No, no —digo yo, entre risas—. Eric es un vampiro, pero, en vez de beber sangre humana, se alimenta de nuestra alegría.

—Ambos os equivocáis —señala Zeke—. Es evidente que se trata de un mago poderoso cuya habilidad para sembrar la tristeza aumenta con cada piercing que se hace; la única forma de derrotarlo es fundirlos todos para forjar una daga y atravesarle el corazón con ella.

—Nadie va a atravesarle el corazón a Eric —respondo.

—¿Por qué no? —pregunta Shauna, poniendo morritos.

—Demasiada sangre.

—Bien visto.

Me acomodo en la silla, sonriente. Mi apartamento está en uno de los edificios anexos de Osadía, demasiado lejos del bullicio de la sede para la mayoría. Lo elegí por su luz, que ahora es de color oro viejo y entra a través de las ventanas con cuarterones.

Shauna lleva todavía su uniforme de sanitaria, un mono negro con un ribete verde eléctrico… para que se vea en la oscuridad. Zeke no viste su uniforme de centinela del muro porque hoy tiene el día libre. Se ha puesto unos vaqueros con rotos que le quedan demasiado sueltos.

—Tengo sed —anuncia Shauna.

Se baja de un salto de mi cama y entra en la cocina. Al pasar junto a Zeke, enreda los dedos con los de él y los deja ahí mientras rebusca en el armario que hay encima del fregadero.

Entonces cae un trozo de papel.

—¿Esto qué es? —pregunta al recogerlo del suelo.

Cruzo la habitación lo más despacio que puedo. No quiero que piense que estoy tan alarmado como, de repente, me siento, con el estómago dando vueltas y revolviéndose.

—«El último tren, a la misma hora y en el mismo lugar de la última vez —lee—. El día más seguro».

Frunce el ceño y me lo pasa.

No necesito mirarlo para saber de quién es la letra. Fina y torcida. Una cursiva elegante.

—¿Alguna vez te has despertado de un sueño y lo has escrito a toda prisa para no olvidarlo? —le explico—. Bueno, a veces, cuando lo lees después, no tiene ningún sentido.

Arrugo la nota y me la meto en el bolsillo.

—¿Y después… lo guardas en el armario de la cocina?

Me obligo a reír.

—Estaría medio dormido.

No está muy convencida, pero tengo más claro que el agua que no le contaré la verdad: que la nota es de los abandonados.

Y están intentando reclutarme.

CAPÍTULO 15

TRIS

CUANDO BAJAMOS DEL TREN, Evelyn me lleva a una iglesia abandonada. Está oscuro; tanto, que apenas veo por dónde piso. Los suelos se comban por el centro, así que me dice que me mantenga pegada a los bordes. Doy un bote cuando veo algo moverse delante de mí; lo que creía que era una pila de trapos resulta ser un hombre dormido en un banco, con un fardo de ropa a modo de almohada.

—Eso es.

Evelyn rebusca en la bolsa que me dio mi madre y saca una lata de sopa. Usa el cuchillo que lleva a la cadera para abrir la tapa y después le da un trago, fría, con los labios pegados al metal roto.

Se me debe notar el horror en la cara, porque esboza una sonrisa burlona.

—¿Creías que sería una vida fácil? Siempre puedes quedarte sin comer. Más para mí.

Me obligo a aceptar la lata y a beber unos traguitos de la sopa de tomate fría. Recuerdo haberla preparado con otros voluntarios del centro de donaciones, cocinando los tomates hasta que se desintegraban.

—Mi madre me dijo que a algunos sin facción les va mejor que a otros —comento—. No creo que se refiriese a esto.

—Lo de «mejor» es relativo —dice Evelyn—. Ahora tienes que tomar una decisión. Puedes quitarte el jersey para usarlo de almohada, pero te dará frío. O puedes dormir sobre este saco de latas. Lo que prefieras.

Me dejo puesto el jersey. Me tumbo en uno de los bancos y apoyo la cabeza en el brazo. Oigo a alguien llorar en la esquina, además de los movimientos del hombre que he visto antes.

Aunque noto que llegan las lágrimas, las reprimo durante todo el tiempo que puedo, hasta que estoy segura de que Evelyn se ha dormido. Entonces las dejo salir y me bajan por las mejillas, calientes. Me tapo la boca con la mano para ahogar los sollozos. Mi madre me prometió que sería distinto de lo que esperaba. Me prometió que sería mejor que lo que dejaba atrás.

Pero esto es una pesadilla. Y ahora no puedo despertarme; es demasiado tarde.

Lloro hasta que no me queda nada dentro. E incluso así, a pesar de lo cansada que estoy, lo único que consigo es un sueño inquieto al filo de la vigilia. «¿Así va a ser el resto de mi vida?», me pregunto cuando se acerca la mañana, y suena a desesperación.

Sin embargo, justo antes del amanecer, Evelyn se me acerca, con las botas ya atadas y el pelo trenzado.

—Podrías volver ahora y nadie se enteraría, ¿sabes?

Resulta tentador. Tanto, de hecho, que tengo el «sí» en la punta de la lengua. Me duele la espalda y estoy aterrorizada. Pienso en mi cama de la residencia de Abnegación, mullida y limpia, y en el desayuno insípido pero familiar que me espera en el comedor.

Entonces pienso en la decisión atada y bien atada que tomé ayer, cuando elegí marcharme. En la nota para mi madre: «Necesito

respuestas».

El manifiesto de Verdad dice: «La verdad es tan poderosa como un animal salvaje e, igual que este, no puede permanecer enjaulada». Puede que sea más veraz de lo que pensaba.

—No —respondo.

Evelyn se encoge de hombros y dice:

—De acuerdo. Tienes cinco minutos para prepararte. Hay que llegar allí antes del alba.

No sé dónde es ese «allí», pero, después de recogerme el pelo y ponerme los zapatos, salimos a pie. Hay la luz justa para ver lo que piso; todo lo demás está envuelto en sombras. Nos acercamos al sector osado de la ciudad, que está al sur del centro y al oeste, cerca del muro. Aunque todavía no hemos llegado.

—Como habrás observado, hay dos tipos de personas sin facción en la ciudad —comenta Evelyn—. Las que duermen en edificios vacíos dentro del sector que les han asignado… o fuera de él. Las que se ponen en fila para recoger agua del pequeño grifo cerca de la sede de Abnegación y van al centro de donaciones para recibir tarros de puré de manzana, latas de sopa y proteína en polvo, y pasan el resto de su tiempo lamentándose de todo lo que han perdido o de lo que nunca han llegado a tener.

Hay otra zona desierta, con casi todas las ventanas tapiadas y las calles en un estado lamentable. A diferencia del territorio de los sin facción cercano a mi antiguo hogar, aquí los edificios son enormes, como gigantes de piedra, cristal y acero que tapan la luz del sol naciente.

—Sin embargo, existe otro tipo —continúa—. Hace seis años, unos cuantos de nosotros decidimos que no era necesario vivir así. Nos

unimos y empezamos a construir algo mejor, justo delante de las narices de las cinco facciones.

Evelyn me detiene y señala al otro lado de la calle, donde hay un edificio bajo y achaparrado de ladrillo marrón rojizo.

Al principio no me parece gran cosa. Nada más que una fachada de piedra vieja con las ventanas de la planta baja cubiertas de madera contrachapada. Pero ella lo mira mientras esboza una extraña sonrisa.

—Esto es la Colonia.

+ + +

—Tenemos tres casas seguras en la ciudad: una es la Colonia, otra es el Museo y otra es el Invernadero.

Evelyn afloja un recuadro de madera contrachapada de una de las ventanas y entra por el marco vacío que deja. La sigo y vuelve a colocar la plancha en su sitio.

—Puedes vivir en la que quieras, pero los nuevos descarriados vienen aquí hasta que averiguamos a qué van a dedicarse.

Nos encontramos en una habitación vieja y polvorienta que está completamente vacía. Se ven grietas en las paredes, aunque parece que han reparado el suelo con madera en algunas zonas.

—¿Dedicarse? —pregunto.

—Sí, dedicarse. Tu trabajo. Tienes que arrimar el hombro, Tris.

Salimos de la habitación polvorienta, bajamos por un pasillo y rodeamos una esquina.

Y aparecemos en un sitio completamente distinto.

En el centro del edificio hay un patio interior. El techo está compuesto por diminutos paneles de cristal, dispuestos en forma de octágonos inscritos en un marco blanco. El sol ha salido lo suficiente para enviar su cálida luz en todas direcciones y se refleja en una filigrana dorada pintada en las paredes. Una majestuosa escalera de mármol se derrama hacia el suelo, como si se tratara de la cera derretida de una vela.

Hay detalles intrincados por doquier: las margaritas geométricas de la barrera metálica que envuelve la segunda planta; las hojas blancas de yeso que enmarcan el techo; las lámparas con forma de globo que cuelgan de delicadas cadenas por todo el espacio.

Es precioso.

Y no parece, en absoluto, ni desgastado ni abandonado; nada se desmorona.

Se vuelve hacia mí y arquea una ceja.

—Siento el numerito de la sopa fría y el banco duro. Tenía que asegurarme de tu compromiso —dice.

Siento la repentina necesidad de gritar. ¿Me ha hecho pasar una noche infernal para ponerme a prueba?

—Además —añade, encogiéndose de hombros—, si no eres capaz de soportar eso, esta vida tiene muchas cosas a las que no vas a ser capaz de enfrentarte.

No me considero una persona violenta, pero, en este momento, me gustaría pegarle un puñetazo.

Hay habitaciones alrededor del patio, tanto en esta planta como en la de arriba. Una chica sale de una de ellas. No parece mucho mayor que yo. Lleva el pelo corto y alborotado, y tardo un instante en encontrarle sentido a su ropa. Viste un jersey azul demasiado

grande, que le deja un hombro al descubierto, y pantalones vaqueros negros. Las botas son grises, pero no están bien atadas hasta arriba, como en Abnegación, sino que los cordones y la lengüeta quedan sueltos, a su aire. En los dedos lleva anillos de alambre de distintas formas: un diamante, un sol, una lágrima.

—Rory, ¿no? —le pregunta Evelyn—. Ven aquí, necesito que le enseñes esto a una descarriada.

Rory parece sorprendida. Todos sus rasgos son generosos: grandes ojos redondos, boca grande y nariz fuerte.

—¿Yo? —pregunta.

—Sí, tú. —Evelyn la señala—. Tris, esta es Rory. Vino aquí desde Cordialidad hace unas semanas. Rory, esta es Tris. Seguro que sabes de dónde viene.

Rory me echa un vistazo y esboza una sonrisita. Me preparo para algún comentario, pero se limita a decir:

—Claro.

Para ser una chica, tiene la voz bastante grave.

—Volveré por aquí para ver cómo vas —me indica Evelyn—. Hasta entonces, tienes mucho que aprender. Empezando por las reglas, Rory.

Y se marcha, no por donde ha venido, sino cruzando el vestíbulo hacia la siguiente habitación, donde vislumbro a un grupo de personas reunidas en torno a una mesa enorme.

—No sé cómo recuerda el nombre de todo el mundo —dice Rory mientras la observa desaparecer en el interior de la habitación—. Te llevaría a desayunar, pero no se nos permite hasta dentro de veinte minutos. Los Zorros están con sus intrigas matutinas.

—¿Zorros? —pregunto.

—Uno de nuestros gremios. Todos se dedican a algo distinto. Los Sanadores son los médicos. Los Viajeros son los operarios de los trenes. Los Fabricantes, para los manitas. Ya te haces una idea. Pero digamos que el gremio de los Zorros es para los listos y rápidos. —Sonríe—. Ese es mi objetivo. Espero conseguirlo. No dejan entrar a cualquiera.

Pienso en la bandera verde de la Asamblea de las Facciones, con su bordado de flores blancas. Me pregunto si unas personas que se hacen llamar «zorros» serían capaces de un ataque así.

Quizá. Podría intentar averiguarlo.

—Estos gremios suenan a facciones.

Rory pone cara de fastidio.

—Van de trabajo, no de filosofías enteras. Una vez que eres miembro de pleno derecho, puedes vivir donde quieras, vestir como quieras y hacerte amigo de quien quieras, siempre que colabores.

Frunzo el ceño. No es posible que sea tan sencillo.

—¿Qué hacen los Zorros, exactamente?

—No tan deprisa, estirada —responde ella, levantando las manos —. Primero empezaremos con las reglas. Solo hay tres, así que estoy bastante segura de que eres capaz de recordarlas todas. —Va marcándolas con los dedos mientras habla—. Primera: que no te pillen. Los centinelas osados se aburren y nosotros somos un blanco fácil.

—Pero si no hacéis nada malo, ¿dónde está el problema?

Rory suspira.

—Estás haciendo algo malo por el mero hecho de existir fuera del sector de los sin facción. ¿Sabías que, incluso allí, se supone que no pueden reunirse en grupos de más de cinco personas? Los

centinelas lo llaman «aglomeración» y dicen que «no es seguro». Es una de las muchas razones por las que Evelyn y los demás empezaron a organizarse.

No sé si me gusta que pronuncie el nombre de Evelyn con tanta admiración. No logro olvidar que la vi con una pistola al salir de la Ceremonia de la Elección, justo después de que disparasen a Robert. Que me apuntó con ella.

—¿La segunda regla? —pregunto.

—Arrima el hombro. Como todo el mundo puede hacer algo, a nadie se le permite estar de brazos cruzados.

Me hace un gesto para que la siga por la majestuosa escalera del centro del vestíbulo. El sol está subiendo y se refracta a través de los paneles de cristal de arriba como si fueran un prisma.

—La tercera y más importante de las reglas es: nada de facciones —continúa Rory—. Es más filosófica que las demás. Quiere decir que hay que aprender a desprenderse del antiguo sistema. Hay que intentar dejar de meter a todas las personas que conozcas en categorías.

Asiento, aunque lo que de verdad pienso es que me encuentro en la sede de una facción, una sexta facción oculta a las demás, cuya virtud gira en torno al lema: «Nada de facciones».

—Hablando de ello, te voy a llevar con el Remendador —sigue diciendo Rory.

Me dirige a la escalera. Acaricio con la punta de los dedos las incrustaciones de oro de las paredes por las que pasamos. Es metal, no pintura; en algunos sitios brilla y en otros se ve mate.

—¿El Remendador?

—Sí, no puedes ir por ahí con esas pintas.

Una de las habitaciones de la planta de arriba es un estallido de tela. En las paredes hay estantes y perchas hasta el techo, repletos de ropa de todos los tonos imaginables, no solo los de las facciones. Los zapatos rodean todo el cuarto; predominan las botas de trabajo, aunque también veo unos cuantos pares poco prácticos: de tacón, en punta y abrillantados.

En el centro del espacio hay una mesa de trabajo en la que veo una máquina de coser con pedal e innumerables herramientas usadas para coser, bordar y remendar.

De pie junto a la mesa, me encuentro con el hombre más alto que he visto en mi vida; además, está como un fideo. Toda su ropa es del mismo tono morado oscuro, y tanto las mangas de la chaqueta como el chaleco tienen bordadas flores de un dorado tenue. Lleva un anillo dorado en cada dedo.

Frente a él hay una niña con un libro delante. Tiene el mismo cabello oscuro y la misma ropa colorida que el Remendador.

—Remendador, esta es Tris. Es una nueva descarriada que necesita ayuda con desesperación.

El Remendador me mira.

—Sí, ya lo veo.

Rory bosteza.

—Envíamela cuando termines, ¿vale? Estoy bastante segura de que las chicas de Abnegación saben remover la avena.

Si ella supiera…

Rory desaparece. Aunque sea básicamente una desconocida, siento su ausencia como si me faltara la barandilla en una escalera.

—¿Te llamas Tris? —pregunta la niña de la mesa—. Yo soy Mae. Soy su hermana pequeña —añade, señalando al Remendador—.

Pareces triste. ¿A que parece triste?

—Si lo está, es probable que tu comentario no sea de ayuda —dice el Remendador—. ¿No dijo tu profesor que tenías que terminar ese libro hoy?

«¿Su profesor?».

En la ciudad existe un sistema de adopciones dirigido a través de la sede de Abnegación. Los niños sin facción pasan por ese sistema, donde se les aloja durante unas semanas con abnegados para después ubicarlos en otra parte. Por lo que he oído siempre, daba por sentado que todos los niños sin facción pasaban por ese proceso, pero supongo que no es así. Parece que algunos de ellos se quedan fuera. Y alguien tiene que enseñarles.

De repente, necesito sentarme. Me he pasado media noche despierta, preocupada por si el suelo duro y el frío se convertían en mis compañeros durante el resto de mi vida. Y ahora estoy aquí, en una gema de cristal, descubriendo una especie de ciudad oculta cuya existencia ignoraba.

Mae le saca la lengua al Remendador, aunque se vuelve a concentrar en su libro.

—Por grosero que fuera el comentario, no deja de tener razón —me dice él—. Vienes de Abnegación, así que sé que la iniciación no es el problema. Lo que significa que has elegido esto. Así que alegra esa cara, Tris. —Esboza una sonrisa que es como una luz titilante: desaparece, aparece y vuelve a desaparecer—. Quizá sea por llevar tanto gris encima. Puedo ayudarte con eso. —Señala la ropa que lo rodea.

Miro mis pantalones grises, mi camisa gris abotonada hasta el cuello, mi chaqueta gris y mis zapatillas grises. Noto el pinchazo de

las horquillas que todavía me tiran del pelo hacia atrás y me lo recogen.

No sé por qué tengo tanto miedo. No me gusta mi ropa. No me gusta llevar el pelo así. Pero tampoco quiero desprenderme de ninguna de las dos cosas.

—Vale —le digo—. Pero… nada de amarillo. Por favor.

—Eres demasiado pálida para el amarillo —responde, sonriente—. Te prepararé un armario básico. Sin embargo, tu trabajo consiste en encontrar una chaqueta —concluye, poniéndome las manos sobre los hombros para girarme hacia las perchas de la pared oriental.

Mae levanta la cabeza del libro, sorprendida. El Remendador señala el libro y se aleja, dejándome frente a la ropa.

Las chaquetas que tengo delante pertenecen a todas las facciones. Algunas ni siquiera sé de dónde proceden. Hay una de retales que está hecha con muchas telas distintas. Un blazer morado con los hombros rígidos que supongo que será de Erudición, aunque teñido de un color distinto. Una sobrecamisa de Cordialidad teñida de un verde entreverado. Pero mis ojos, como siempre, se sienten atraídos por el negro de Osadía.

Tras volver la vista atrás para asegurarme de que no me miran, me quito la chaqueta de Abnegación y me pongo la negra. Es de un material resistente, con cremallera en vez de botones. Las mangas me quedan demasiado largas, pero el resto parece encajar.

—Adelante —dice el Remendador, señalando con la cabeza el espejo que está colgado en la columna que tengo detrás.

Me giro para mirarme. Los hombros reforzados de la chaqueta me hacen parecer más fuerte. Me remango y me subo la cremallera. Me aprieta la camisa gris, de modo que se me marca la cintura.

Antes de poder pensármelo dos veces, me llevo las manos a las horquillas del pelo y me las quito una a una. Deshago el moño y me sacudo la melena, dejándola caer sobre los hombros.

—Bien —afirma el Remendador, enérgico—. Ahora, pruébate otra.

—¿Por qué? —protesta Mae—. Si le queda perfecta.

—Nunca se ha probado nada que no sea gris —responde su hermano—. Todavía no sabe qué es lo que más le gusta.

No me hace demasiada gracia quitarme la chaqueta negra, pero no va desencaminado. Solo me he visto de una manera. Es mi oportunidad para experimentar.

Me pruebo una chaqueta erudita. Tiene los hombros muy marcados y líneas limpias. Siguiendo un impulso, me retuerzo el pelo como he visto hacer a las eruditas y me lo sujeto con las horquillas. Me enderezo e intento que mi reflejo lance la misma mirada imperiosa que Jeanine Matthews dedicó a todo el mundo en la Ceremonia de la Elección.

—¡Ahora esto! —exclama Mae.

Su libro está bocabajo sobre la mesa, olvidado. Agarra un chal rojo de la repisa. No es algo que esté dispuesta a ponerme, pero decido seguirle la corriente; me envuelvo los hombros con él, como he visto que hacen las mujeres cordiales en el autobús para protegerse del frío.

Mae le echa una mirada muy incisiva a mi pelo, así que pongo cara de fastidio y suelto el recogido erudito. Me hago una trenza que dejo caer sobre un hombro.

Entonces me encuentro con la mirada del Remendador en el espejo. Sostiene una pila de ropa contra el pecho y frunce el ceño,

pero no por descontento, sino más bien como si intentara resolver un enigma.

—Ahora mismo vuelvo —anuncia—. No te muevas.

Sale del taller, agachándose para pasar por la puerta. Miro a Mae, desconcertada, pero ella se encoge de hombros. Unos segundos después, aparece de nuevo en el umbral, esta vez con una mujer alta y ancha de hombros.

—De acuerdo, Gretchen —dice el Remendador desde la puerta—, adivina de qué facción es.

Gretchen no parece impresionada.

—A juzgar por los zapatos grises, apostaría por Abnegación.

El Remendador pone los ojos en blanco.

—Tris, vuelve a convertirte en erudita.

No sé por qué quiere que juegue a disfrazarme de distintas facciones para esta mujer, pero Mae parece entusiasmada y yo quiero encajar aquí, si puedo.

Con las mejillas ruborizadas, me quito el chal y cojo la chaqueta de Erudición que sostiene Mae. No estoy acostumbrada a cambiarme de ropa delante de nadie.

Me pongo la chaqueta, me sacudo el pelo, lo vuelvo a recoger en un moño suelto y lo sujeto con horquillas para que no se mueva.

—No es demasiado sorprendente que las dos facciones más envaradas, Abnegación y Erudición, se parezcan —dice Gretchen.

—Tú fuiste la que me dijo que estuviera atento a una buena intuición. Pero cada vez que te enseño a alguien, intentas que me sienta como un idiota.

Gretchen suspira.

—Vale. Tris, ¿no? ¿Te importa probar con otra?

—Con otra… ¿facción, te refieres?

Ella asiente. Me pongo la chaqueta negra con la que empecé y me quito las horquillas del pelo. Miro al Remendador y a Gretchen en el espejo.

—Si fueras osada, ¿qué pose adoptarías? —me pregunta.

—¿Qué?

—No es una pregunta difícil —replica, mirándome a los ojos—. Tú inténtalo.

Pienso en las chicas osadas que solía observar en la escuela. Saltaban del tren y se chocaban las unas contra las otras. Se reían con ganas. Se ponían en la cola del comedor, relajadas.

Apoyo todo mi peso en una cadera. Se me ocurre cruzar los brazos, pero me parece demasiado, así que no lo hago. La miro a los ojos sin vacilar.

—Sí, vale, no está mal —le dice al Remendador—. La tendremos en cuenta.

Gretchen le da una palmadita en el hombro al Remendador y desaparece del umbral.

—¿De qué iba eso? —pregunto.

—Es solo una sugerencia para uno de nuestros gremios —responde, esbozando una sonrisa torcida.

—¿Me has… sugerido?

—Algunas personas solo parecen ser de donde son, mientras que otras no. Cuando veo a las que no, se lo digo a alguien. No es para tanto. —Tamborilea con los dedos en el brazo—. Ya basta de perder el tiempo. Ha llegado el momento de probarse algunas cosas.

+ + +

El Remendador me prepara un espacio privado para que pueda cambiarme, cosa que hago. Me pruebo unos rígidos vaqueros de Erudición, unos pantalones resistentes de color marrón que proceden de vete a saber dónde, y otros negros ajustados de Osadía. Todos están diseñados para pegarse bien a la pierna, lo que es una novedad. Después, camisas y camisetas: blancas, negras, verdes, moradas y rojas. Con cuello, de manga corta y sin manga. El único gris que me quedo es el jersey que traje conmigo. Nunca me había imaginado una vida con tanta variedad.

Me sujeta con alfileres la ropa que necesita alguna modificación y rechaza la que hay que modificar demasiado. Después espero aquí, en el taller, mientras la arregla. Observo sus elegantes manos cortando la tela con las tijeras en líneas perfectas, definiendo la forma de mi cuerpo; lo observo enhebrar la máquina sin esfuerzo; lo observo darles la vuelta a las prendas y meterlas bajo la aguja mientras acciona el pedal con el pie.

—Si te gusta, te puedo enseñar —dice sin mirarme.

—¿Perdona?

—Como me mirabas con tanto interés, he pensado que quizá te gustaría este tipo de trabajo.

Niego con la cabeza.

—No, ya… ya lo aprendí en Abnegación.

—De ahí mi oferta. —Me mira—. No me vendría mal una aprendiza con los conocimientos básicos. Y una de las primeras cosas que tendrás que hacer aquí, aparte de aprender a subirte a los trenes, es averiguar cómo vas a contribuir.

Me pregunto si le importaría explicarme qué hacen los Zorros, pero decido no arriesgarme.

—No me gusta coser —le confieso—. Es que se te da muy bien. Me resulta… relajante.

—Y echas de menos tu casa —replica.

Asiento.

—Nosotros venimos de Verdad —me informa Mae.

Se está acercando al final de su libro. No lo reconozco, aunque tampoco me sorprende. Los abandonados reciben los libros que las otras facciones rechazan por no enseñar las lecciones correctas.

Balancea las piernas debajo de la mesa.

—Echo de menos la comida.

—¿En serio?

Me intento imaginar al Remendador con ropa blanca y negra, caminando por los majestuosos pasillos de piedra del Merchandise Mart o, como se conoce comúnmente, el Mercado del Martirio o el Mart, porque los veraces son despiadados en sus comentarios. Es imposible. Este sitio es un torbellino de colores.

—Pero eso es lo único que echo de menos. Allí la gente era mala conmigo. Sobre todo, mi madre —me explica sin apartar la mirada de la página—. Y cuando se lo decía a los demás, no me creían porque ella sabía cómo engañar al suero de la verdad.

Miro al Remendador.

—No sabemos cómo —añade—. Y no estaba dispuesto a quedarme por allí para averiguarlo.

Sin embargo, sé muy bien cómo su madre «engañaba» al suero de la verdad. Igual que yo evité que la Cámara de la Memoria borrara mis recuerdos. Igual que alteré la prueba de aptitud. Es divergente.

Tori me contó que los divergentes lo desestabilizan todo, y ahora me queda más claro. Los sistemas que han establecido las facciones para controlar o supervisar el comportamiento fallan ante los divergentes. ¿Cómo va a asegurarse Abnegación de que no se divulgue la información que quieren mantener en secreto si no son capaces de borrar los recuerdos? ¿Cómo va a resolver Verdad una disputa si no son capaces de determinar con absoluta certeza quién dice la verdad y quién no?

Me doy cuenta de que el Remendador me observa con cautela, como si temiera mi reacción.

—Me parece que tienes un buen hermano —le digo a Mae.

—¿Estás de coña? —suelta ella—. ¡Si no me deja hacer nada!

—Te he permitido descansar de tu libro durante cinco minutos, como mínimo. Ponte otra vez con él, venga.

Sonrío al hermano mayor y él me responde con otra sonrisa.

+ + +

Cuando aparezco para desayunar con mi ropa nueva, Rory deja de remover la avena lo justo para aplaudir.

El comedor de la Colonia es más grande de lo que esperaba y está lleno de mesas. La mayoría están vacías, pero me pregunto si alguna vez será distinto. Si hay aquí la gente suficiente como para ocupar tantos asientos.

Y, de ser así, ¿qué tamaño tienen las otras casas seguras? ¿Cuánta gente hay en la sexta facción de Evelyn?

—Tu recompensa por librarte de la ropa, estirada —dice Rory mientras me sirve avena en un cuenco—. Siéntate allí. Es donde

están los fracasados de las facciones.

Me señala un rincón del fondo. Como el patio interior que tengo detrás, el comedor es luminoso y limpio, no está hecho polvo, como todos los edificios del sector de los sin facción. Se ve que lo han restaurado en algunos puntos, donde el suelo de madera es algo distinto o hay algún parche blanco en la pared.

Me llevo el cuenco de avena a la mesa que me ha señalado, aunque me fastidia un poco que me haya llamado «fracasada de las facciones». Me quedo pensando dónde sentarme hasta que un chico pelirrojo empuja una silla hacia atrás con el pie y la señala. Después se lleva un dedo a la boca llena, a modo de disculpa.

La mesa está abarrotada. Junto a mí hay un asiento vacío que, supongo, pertenecerá a Rory. Al otro lado tengo a un chico con cara de pocos amigos. Y, a la derecha del pelirrojo, una chica de cabello caoba tan largo que casi se le mete en la comida.

Dejo el cuenco en la mesa y me siento. Rory me sigue de cerca.

—Gente, esta es Tris. Ha fracasado en Abnegación —anuncia Rory —. Tris, este es Colin. Colin, lo justo es lo justo.

Colin, el chico pelirrojo, suspira y deja la cuchara. Ya no está masticando.

—Nací en Erudición, después elegí Osadía y… no pude completar la iniciación —dice con delicadeza.

—Quiere decir que le dio un calambre en la pierna y no pudo saltar al tren después de elegir —explica Rory.

Colin le lanza una mirada asesina, pero añade:

—Técnicamente, es cierto, sí. Rory, lo justo es lo justo.

—Yo no estaba a la altura de los estándares de comportamiento pacífico de Cordialidad.

—Quiere decir que empezó una pelea —me explica Colin.

—¿Te echan de Cordialidad por una sola pelea? —pregunto.

—Te echan por una sola pelea si te niegas a partir pan —responde ella—. Lo que significa que, básicamente, tienes que disculparte y hacer las paces. —Se encoge de hombros—. De todos modos, ya tenía un pie fuera.

—Sí, lo que tú digas —replica Colin entre risas.

No puedo evitar reírme un poco. Nunca había oído a nadie hablarse así. Siempre me han enseñado que las palabras mordaces le hacían daño a la otra persona, pero tanto Rory como Colin sonríen.

Rory sigue haciendo la ronda por la mesa, contándome quién fracasó en qué facción y por qué. La chica del pelo largo color caoba es Cassandra, demasiado reservada para el ritual de iniciación de Verdad, que consistía en contarlo todo. El chico de aspecto taciturno es Miles, un erudito que no fue capaz de resolver su primer puzle.

Rory se distrae antes de continuar con los demás, pero así tengo tiempo de terminar el desayuno. Me ruge el estómago. La sopa fría de anoche no me llenó demasiado, que se diga.

—¿Cómo encontrasteis la Colonia? —pregunto cuando he comido lo suficiente para sentirme satisfecha.

—Esta gente tiene… tenemos ojos y oídos por todas partes —responde Rory, encogiéndose de hombros—. Sobre todo, cuando toca la iniciación. Cuando descubrimos que alguien ha fracasado, le hacemos la oferta; el resto es decisión suya.

«Ojos y oídos por todas partes». Me pregunto si estará exagerando.

—Entonces, ¿cuál va a ser tu primera muestra de libertad? —me pregunta Rory—. ¿Corte de pelo? ¿Piercing? ¿Enseñar la clavícula en público?

—Se ha dejado el pelo suelto —apunta Colin—. Seguro que es eso.

Me recojo un mechón detrás de la oreja. Todavía está ondulado por culpa del moño apretado que llevaba cuando llegué.

—Abnegación —comenta Rory, chasqueando la lengua.

—No hay prisa —me dice Colin—. Tómate tu tiempo.

Rory se mete una cucharada de avena en la boca, mientras Miles, a su lado, extiende un mapa de la ciudad sobre la mesa, delante de él.

—Tenemos que centrarnos. Los descarriados mayores ya han memorizado el mapa, así que hay que ponerse al día si queremos conseguirlo.

Le echo un vistazo al mapa, en el que se ven varias equis rojas. Tardo unos segundos en percatarme de que señalan la ubicación de las estaciones de tren. Miles emplea una técnica mnemotécnica para recordarlas todas.

Pero entonces entra un grupo de personas en el comedor. Van todas vestidas del amarillo y rojo de Cordialidad. Es casi como si los miembros de la facción hubieran invadido nuestro espacio. Me enderezo.

—Son Zorros, no te preocupes —me dice Rory—. Supongo que estaban de incursión en Cordialidad.

—¿Incursión?

Tomo nota de los sacos con los que cargan algunos de los invasores y de las cajas cuyo interior no veo. Traen comida.

Comida robada.

—Solo roban a las facciones —explica Colin—. Nunca a los demás.

Como si eso lo arreglara.

—¿Y a todo el mundo le parece… bien?

—Bueno, no a la gente a la que robamos, supongo. Pero la alternativa es carecer de lo básico, como, no sé, comida. O vendas. O jabón. O productos menstruales.

Quiero discutirle que los abandonados perdieron su derecho a tomar más de lo que se les da cuando se salieron del sistema de facciones, pero todavía tengo muy reciente el estómago vacío de anoche. En parte, me alegro de que hayan robado sacos de cereales, porque eso significa que podré comer algo.

Rory parece percatarse de mi vacilación.

—Somos los que mantenemos la ciudad en marcha, ¿sabes? ¿Quién crees que transporta las mercancías en tren del sector de una facción al sector de otra? ¿Quién crees que arregla los cables de alta tensión que se caen o las alcantarillas atascadas? Nosotros. Y nos pagan por ello, claro, pero no lo bastante para sustentar a nuestra población. Por eso —añade, señalando a los Zorros— nos hacemos con el resto. Evelyn dice que solo es hasta que podamos valernos por nuestra cuenta.

—¿Y ese es el objetivo? ¿Ser… autónomos? Creía que los sin facción querían que las facciones desaparecieran.

—Algunos sí. La mayoría, no —responde ella con un encogimiento de hombros.

Observo a los Zorros durante un momento. Uno de ellos le entrega un saco de arroz a una mujer que lleva un pañuelo en el cuello. Rory

me dice que se trata de Jove, la líder de la Colonia. Los acompaña Evelyn, que observa a los dos que intentan abrir un tapón.

Un gremio de ladrones. Esto es justo lo que esperaba encontrar.

—¿Tienes algún gremio en mente? —me pregunta Rory.

—Déjala en paz, que acaba de llegar hace cinco segundos —la regaña Colin—. Seguro que ni siquiera sabe cuáles son.

Pienso en la lista que me recitó Rory antes de reunirme con el Remendador: Sanadores, Viajeros, Fabricantes, Zorros. ¿Hay más?

—¡Los gremios buenos son competitivos! —exclama Rory, frunciendo el ceño—. Tiene que empezar deprisa.

Tanta información me marea, al igual que me pasó en el taller del Remendador. Todo lo que sé sobre los abandonados se ha vuelto del revés ante este reluciente secreto oculto detrás de ventanas tapiadas.

—No lo sé —respondo—. ¿Qué hay que hacer para unirse a un gremio?

—Todos tienen pruebas de acceso —me explica Colin.

—Como la iniciación —señalo.

—Pero no es solo una prueba. Normalmente, después hay una votación en la que se decide si estás a la altura, y en eso puede o no influir si les gusta tu personalidad. No es lo mismo que la iniciación abnegada.

—Los Zorros organizan una competición anual —añade Rory, entusiasmada—. Ocultan estandartes por toda la ciudad, sobre todo en las sedes de las facciones. Si logras hacerte con ellos sin que te pillen, tienes el acceso casi garantizado.

Le pego un bocado a un trozo de pan. Está recién horneado, pero no sabe como el de Abnegación: no es nada esponjoso y casi no

tiene corteza.

—Pero, para que te dejen quedarte, debes demostrar alguna habilidad útil —sigue explicándome Rory—. El año pasado aceptaron a una cordial que lo sabía todo sobre biotecnología y a un antiguo erudito que conocía su software.

Frunzo el ceño.

—Suena a que les interesa más la información que las habilidades.

Rory parpadea un segundo.

—Lo que tú digas, el caso es que tienes que aportar algo que no puedan proporcionar los demás. Yo pretendo ofrecer mi insuperable habilidad para identificar plantas.

—¿Para poder prepararles… una infusión? —pregunta Colin.

Rory le da un manotazo en el brazo.

Termino de comerme el pan y observo a los Zorros, que se ponen en la cola para desayunar. Sus sombras oblicuas se proyectan sobre las columnas blancas.

Al menos, ahora sé con quién necesito hablar. La pistola que se disparó en la Ceremonia de la Elección la robaron del muro, y he encontrado un gremio de ladrones abandonados. Quizá alguno de ellos sepa quién mató a Robert y por qué…, y qué va a pasar a continuación.

CAPÍTULO 16

TRIS

A LO LARGO DE LOS DÍAS SIGUIENTES, busco a los Zorros que vi llevar comida robada al comedor de la Colonia, pero no los localizo. El problema con un grupo de personas acostumbradas a disfrazarse de miembros de una u otra facción, según descubro, es que cuesta encontrarlas. Y parece que a los Zorros, como colectivo, se les da muy bien ser poco memorables.

Pero también he estado demasiado ocupada para pensar en algo que no sea sobrevivir. Todas las mañanas, antes del alba, salgo a correr con los demás; correr, me cuenta Rory, es una habilidad esencial para los abandonados, por si tengo que subirme a un tren… o huir de un centinela de Osadía.

Cuando acaba la carrera, ayudo a Rory a preparar el desayuno y después aprendo sobre otras partes de la vida de los sin facción de las que no sabía nada: los paneles solares, las purificadoras de agua, la pajarera y el montón de compost.

Todos los días hay que hacer muchísimas cosas. Hay que sacar la basura de las instalaciones cada cierto tiempo, lo que significa que alguien tiene que conducir un camión —robado a Cordialidad, sin duda— en plena noche para recogerla. En el sótano hay unas tinas enormes donde se lavan las sábanas, la ropa y las toallas; alguien

debe removerlas, escurrirlo todo y tenderlo a secar. También es necesario sacar las lámparas solares al tejado todas las mañanas y recogerlas todas las noches. Y alguien tiene que fregar los baños. Nunca se me habría ocurrido la cantidad de trabajo que hace falta para mantener el mundo a flote.

Sin embargo, después de nuestras tareas, Jove nos guía cada noche en unas excursiones obligatorias por las distintas partes de esta máquina secreta que los abandonados están fabricando circuito a circuito: el Invernadero, una estructura de cristal al borde del pantano en la que empiezan a florecer los humildes cultivos que los sin facción logran sacar adelante; y el Museo, una construcción enorme, medio en ruinas y muy animada.

También me entero de todo sobre los gremios. No solo existen los Sanadores, Viajeros, Fabricantes y Zorros, sino también los Jardineros, que cultivan nuestros alimentos frescos; los Buscadores, que registran los edificios vacíos en busca de cosas útiles; y los Profesores, que se encargan de la escuela de los sin facción. Intento imaginarme un lugar en el que encaje, pero solo puedo pensar en los Zorros, en la pistola en la mano de Evelyn al final de la Ceremonia de la Elección y en la pregunta de a quién iba dirigida en realidad la bala, si no era para Robert.

La noche del quinto día salgo del dormitorio de los fracasados de las facciones y me paro frente al lavabo que hay bajando por el pasillo. Me bebo un vaso de agua tras otro mientras pienso en Caleb.

Esto es lo que hacíamos todos los años, la víspera de nuestro cumpleaños, para despertarnos antes del alba. En Abnegación no se celebran los cumpleaños de forma especial, pero se hace una excepción con los niños: se les añade miel a la avena, se les permite

mirarse en el espejo y se les exime de las tareas. Recuerdo que nos pasábamos el vaso de agua, turnándonos para beber.

¿Dónde estará ahora?

El método sigue funcionando: me despierto antes del alba, me pongo los zapatos, voy al baño y después bajo la escalera de caracol para llegar al patio interior. Hasta el hueco de la escalera de la Colonia es precioso, con sus paneles de madera bajo los intrincados tallados de las ventanas y las flores que adornan los soportes metálicos de la barandilla.

Hoy, con suerte, estaré un paso más cerca de descubrir quién robó la pistola que mató a Robert… y por qué.

Cruzo el patio hacia el comedor y después, justo como había planeado, saco la cesta de productos de limpieza de debajo del fregadero. La guardo en el siguiente armario, encima de los trapos de cocina, y me meto en el hueco que he dejado vacío. Aunque está apretado, puedo cerrar la puerta.

Es poco habitual que ser menuda resulte útil, pero esta es una de esas veces.

Aguanto el olor a jabón, guantes de goma y podrido porque desde aquí puedo oír a los Zorros que salen de su reunión matutina.

—¿Pones tú el café? —pregunta uno, e intento ubicar su voz, pero nada. Respiro despacio, sin hacer ruido, por la nariz, y permanezco inmóvil.

—Pues claro —responde Gretchen, la mujer a la que llamó el Remendador para que me echara un vistazo el otro día, con mi chaqueta erudita—. ¿Hoy también eres erudito?

Oigo un arrastrar de pies y después… granos de café que caen en un molinillo.

—Sigo con el mismo hueso duro de roer —contesta la otra voz—. ¿Y tú?

—Estoy enseñando a los descarriados a pegar puñetazos.

—Yo no lo haría ni aunque me pagaran.

Empieza a dolerme el cuello, que he doblado en un ángulo muy cerrado bajo el fregadero. El molinillo se enciende y el ruido es tan fuerte que me gustaría poder taparme los oídos. Hace temblar todo el mueble.

—Sí, soy una heroína. He oído que Evelyn viene hoy, ¿no? Me pregunto qué anda buscando.

—Siempre tiene mensajes que enviar.

—Bueno, es demasiado reconocible para enviarlos en persona. Mierda, nos hemos quedado sin tazas limpias.

Contengo el aliento. Se me ha olvidado comprobarlo.

Se me ha olvidado comprobarlo, y ahora Gretchen va a lavar una de las tazas sucias, lo que significa que va a abrir este armario en el que suelen estar guardados los productos de limpieza…

La puerta se abre. Gretchen me mira unos cuantos segundos y cruza los brazos.

—Fuera —me ordena.

Tengo las piernas dormidas de haber pasado tanto tiempo hecha un ovillo. Salgo a rastras del armario, con el corazón acelerado, y me levanto.

—Explícate.

—Pues… —Intento pensar deprisa. ¿Qué explicación puede haber para que esté escondida en un armario bajo el fregadero?—. Anoche estábamos jugando al escondite.

—¿Y qué? ¿Te quedaste atrapada?

La persona con la que hablaba Gretchen es un chico, unos cuantos años mayor que yo, al que llaman Botas. De hecho, siempre calza botas. Ahora mismo están salpicadas de pintura, y bebe café en una taza sucia mientras me mira con cara de guasa.

—Me quedé dormida —respondo—. Os he oído llegar, pero… me habría sentido muy tonta saliendo a rastras de ahí delante de alguien. Así que pensaba quedarme hasta…

En ese momento llegan los otros Zorros; aparecen tras Gretchen, casi todos desaliñados, con el pelo revuelto y marcas de almohada en el rostro. Varios van derechos a por el café mientras me observan con curiosidad.

Nadie parece demasiado preocupado por mi presencia.

—¿Hasta que se acabara nuestra reunión clandestina? —se ríe Gretchen—. Para que lo sepas, no impedimos la entrada a los demás porque esté pasando nada interesante, sino porque no nos gustan las distracciones. Lo único que hacemos es hablar sobre lo que hay que robar y quién lo va a robar, y después repartimos los mensajes que hay que transmitir.

—Ah —digo mientras paso del pánico a la vergüenza.

No sé qué me esperaba, pero no era… esto. Risas fáciles, sonrisas apenas reprimidas. Así no se comporta la gente que esconde algo serio…, como un arma robada, un inocente muerto y un plan para destruir el sistema de facciones.

—Además, si quieres unirte a nuestro gremio, vas a tener que pensar más deprisa —interviene Botas—. Vamos, que se te tiene que ocurrir una mentira mejor. O no te metas en una situación de la que te va a ser difícil librarte mintiendo.

—¿Unirme?

—Sí, por eso nos espiabas, ¿no? ¿Para conseguir alguna ventaja? —pregunta Botas—. Además, ¿no te señaló el Remendador?

Pienso en cuando me puso la chaqueta de Erudición y la de Osadía. Llamó a Gretchen y le pidió que me observara. En aquel momento no me di cuenta de la razón por la que le pedía que lo hiciera.

—Un consejo —dice Gretchen—: entra por tus propios méritos. Y entonces te contaremos nuestros secretos más turbios. —Sonríe y me echa del comedor.

«Otro callejón sin salida», pienso. Pero me da una idea.

+ + +

Me duele el cuerpo. Me obligo a seguir corriendo. No puedo permitir que los otros me dejen atrás.

Es primera hora de la noche y corremos hacia el tren. Somos un grupo grande: todos los fracasados de la Colonia. Estamos aprendiendo a «arrimar el hombro», como ordena la segunda regla.

Jove ya está en el tren. Rory, con sus largas zancadas, va la primera y ya se ha agarrado al asidero del lateral del vagón. Miles está justo detrás de ella; le siguen Colin, Cassandra… y yo. Pero la distancia entre Cassandra y yo es cada vez mayor.

Corro en paralelo al tren. Salgo del andén. Los otros ya están dentro, animándome, pero no los oigo. Solo me oigo respirar.

Fuerzo mis doloridas articulaciones y me intento agarrar al tirador. Los dedos se me resbalan. A pesar de lo mucho que me arden los pulmones, corro más deprisa todavía y me vuelvo a agarrar. Esta vez sí consigo aferrarme mientras me quedo sin suelo bajo los pies.

Por un instante, cuelgo una planta por encima de la calle y, aunque me va el corazón a mil por hora y me cuesta respirar, me percato de que no tengo miedo. O… no tengo tanto miedo como me esperaba.

Colin me sujeta del brazo y tira de mí para meterme en el vagón.

Me derrumbo en el suelo, tosiendo y riendo a la vez.

—Si vas a tener las piernas cortas, será mejor que corras más deprisa —me aconseja Colin—. Es ciencia.

—Y por eso necesitamos a un erudito —le digo desde el suelo—. Sin ti, jamás se me habría pasado por la cabeza que tengo que ser más rápida.

Colin me sonríe y me doy cuenta de que nunca antes le había dicho nada parecido. He pasado tanto tiempo con Rory y con él que estoy absorbiendo su sentido del humor. Siento dos impulsos a la vez: uno, el de disculparme y retirarlo, que es como me han educado; y otro, el de darle las gracias por enseñarme a soltar la lengua.

Vine aquí para descubrir la verdad. No esperaba encontrar nada más.

Me ayuda a ponerme de pie y veo la ciudad pasar junto a mí un momento antes de preguntarle:

—Entonces…, ¿cuándo es la competición de los Zorros?

—Dentro de unas cuantas semanas. Hm, ¿es que estás pensando en intentarlo?

—Puede —respondo, mirándolo.

Se le ablanda el gesto como cuando mi padre se sentía mal por mí. Como cuando me miró justo después de la muerte de Robert.

—¿Tanto te sorprende?

—Es que… tienes que estar en forma —responde—. Necesitas resistencia y la fuerza suficiente para levantar cosas pesadas. Y también conocimientos de defensa propia, por si te encuentras en una situación difícil.

—¿Y?

—Que eres… menuda. Y débil. —Colin se encoge de hombros—. Se tardan seis semanas en ganar fuerza, como mínimo.

Contemplo de nuevo la ciudad.

«No soy tan débil», pienso, pero no parece cierto.

Espiar a los Zorros no funcionó. Pensándolo bien, fui muy tonta al suponer que compartirían información confidencial en una de sus reuniones matutinas, mientras se tomaban un café, tipo: «Oye, sobre el plan ese de destruir el sistema de facciones…» o «¿Recuerdas cuando le robamos la pistola al centinela osado del muro?». Está claro que espiando no voy a descubrir lo que quiero averiguar.

Así que tendré que convertirme en uno de ellos.

+ + +

Nos bajamos del tren —siempre es más fácil que subirse— cerca de la sede de Osadía, según el mapa que ya he memorizado. Me duele el pecho y reconozco que lo que siento es anhelo. Estoy muy cerca de lo que debería haber elegido.

Jove nos reúne en el andén. El sol se está poniendo, así que todo está teñido de un naranja cálido.

—Si os pedí que os pusierais la ropa más sucia que tuvierais es por un motivo —explica—. Estamos a punto de ir a la depuradora. Es

donde mantenemos limpia el agua de la ciudad. A cambio, las facciones nos pagan con papel, ya que no podemos producir el nuestro. Pero no nos gusta que las facciones sepan lo bien que nos va porque seguramente lo usarían de excusa para pagarnos menos.

Todo el mundo asiente mientras habla, como si les resultara evidente. Sin embargo, no me imagino a mi padre quitándoles vales a los sin facción solo por verlos bien alimentados y vestidos.

En cambio, sí veo otro problema, algo que Jove se calla: que si las facciones están buscando a un grupo marginal de abandonados y nos ven con buen aspecto y organizados, quizá sospechen que somos los radicales que atacaron la Ceremonia de la Elección.

Y quizá algunos lo seamos. Pero no tengo forma de saberlo… todavía.

—Cerrad la boca y no os relacionéis con nadie —nos ordena Jove —. Es importante que aprendáis todas las cosas de las que nos encargamos en esta ciudad, pero no es necesario que habléis con los centinelas mientras lo hacéis.

Recorremos unas cuantas manzanas entre las calles agrietadas y los edificios altos y oscuros. La mayoría están cubiertos de enredaderas y árboles, que es la forma de reafirmarse del mundo natural. Los marcos vacíos que antes ocupaban las ventanas parecen cuencas oculares.

Esta es la parte osada de la ciudad, y se nota. Nadie se ha molestado en arreglar las aceras ni en limpiar las calles de escombros; lo han dejado como una especie de pista de obstáculos que tenemos que esquivar.

—Vamos hacia el oeste —masculla Colin a mi lado. Todos hemos analizado las direcciones constantemente para intentar memorizar el

mapa de la ciudad—. Hacia el río.

Lo de «el río» no es la descripción más apropiada; no circula el agua por los profundos canales que bordean la parte ocupada de la ciudad. Lo que hay son humedales y grupos de árboles y arbustos que crecen por debajo del nivel de la calle. Huelo el pantano en el aire cuando sopla el viento.

Más adelante, la calle se mete por debajo de un paso elevado. Sé que estamos cerca de la depuradora porque veo centinelas bajo el saliente, con franjas iridiscentes en las mangas para que los distingan en la oscuridad.

Frenamos el ritmo. No nos miramos ni hablamos entre nosotros.

—¿A qué venís? —pregunta una centinela cuando estamos al lado.

—A uno de los turnos de la depuradora —responde Jove.

—Madre mía, si ya tenéis a tres dentro, ¿cuántos sin facción hacen falta para manejar eso? —pregunta la centinela. Es de la edad de Jove y tiene patas de gallo de toda una vida riéndose. Ahora mismo, parece reírse de nosotros.

Lleva una chapa con el nombre en el pecho, lo que significa que es una oficial. Se llama Weaver.

—Suena como el principio de un chiste —añade otro centinela, este menor—. ¿Cuántos sin facción hacen falta para limpiar un poco de agua?

—¡Un número infinito! —interviene otro—. Porque, cuanto más la limpian, más se ensucia.

Jove no muerde el anzuelo, aunque le veo la tensión en los hombros.

—Son novatos —les explica—. Tienen que aprender el proceso.

—Novatos, ¿eh? —comenta el centinela más joven, el que ha contado el chiste, mirándome de una forma que no me gusta nada —. Todavía tan jóvenes y ya sin un ápice de potencial.

Me arde la cara. Rory alarga una mano para agarrarme el brazo, como si intentara sujetarme, aunque no me he movido.

—Bueno, vale —le dice a Jove la primera centinela, Weaver—. Pero no deis problemas.

Se hace a un lado y pasamos junto a ella en fila. No la miro a los ojos.

Creía que subiríamos por una escalera al paso elevado, pero Jove nos lleva hasta una puerta con escalones que descienden y nos conducen bajo la calle. Las tiras azules que los iluminan son tan tenues que no veo nada más que mis pies. El aire huele a moho.

Al fondo de la escalera hay un pasillo muy largo. Las paredes están mojadas y oigo un goteo por alguna parte. Cruzamos otra puerta y me quedo boquiabierta.

Nos encontramos en un espacio cavernoso, tan grande que no veo el final. Y frente a nosotros hay unos tanques cilíndricos gigantescos, cada uno de ellos tan grande como una casa. A mi alrededor oigo ruido de algo batiendo y un zumbido. Nunca había visto nada igual.

—De acuerdo, emparejaos y buscad a alguien a quien seguir — dice Jove.

Rory se vuelve hacia mí con el puño sobre la palma abierta de la otra mano. Después de unos días viéndolo, reconozco el gesto. La imito, igual que Colin. A la de tres, Rory y Colin sacan dos dedos y yo solo uno. Me miran como si se disculparan.

—Prior, conmigo —me indica Jove—. De todos modos, Evelyn me dijo que no te quitara ojo.

Sigo a Jove hasta el campo de tanques. Sube por una escalerilla metálica junto al segundo y llegamos a una plataforma que se encuentra a una planta del suelo, donde un abandonado barbudo vigila un enorme contenedor de plástico.

Desde aquí veo el interior del tanque: está lleno de agua oscura y turbia, como la que se cuela por las alcantarillas cuando llueve. Huele a hojas podridas y a lodo.

—Hola, Carr —lo saluda Jove—. Esta es Tris. Es una descarriada. Tris, este es Carr, está aquí todos los turnos.

—Si encuentras un trabajo que te gusta, consérvalo —me aconseja Carr, aunque no le he preguntado.

—¿De qué gremio eres? —pregunto.

—De los Reparadores. Estamos en el Museo.

Por lo que me han contado, el Museo es la casa segura más grande. Aunque sigo sin saber qué significa eso exactamente en cuanto a número de moradores; el otro día conté las sillas de la Colonia y había cien.

Jove chasquea los dedos para llamarme la atención.

—Quienquiera que construyera esto estableció un proceso lo más automatizado posible, así que solo hacen falta tres personas al día, Carr incluido. Nos apuntamos a los turnos una vez al mes. Todo el mundo está en el Paso Uno, el Paso Dos o el Paso Tres; si tienes suerte, te tocará el Uno. Esa botella está llena de coagulante. —Señala el contenedor a los pies de Carr, que me llega hasta la cintura. El coagulante del interior está teñido de azul—. Solo tienes que traer el coagulante del almacén, echarlo en este tanque grande…

Carr se agacha para levantar el contenedor con los dos brazos, que son tan gruesos como mis piernas. Después, vuelca el coagulante en el tanque que tenemos al lado. Escucho el glu, glu, glu que hace al vaciarse.

—Después enciendes la batidora, que seguro que no se llamas así, pero no te vamos a examinar —dice Jove, y Carr deja el contenedor y se vuelve hacia un pequeño cuadro de mandos con tres botones. Uno es verde, otro rojo y otro azul. Pulsa el verde—. Y el coagulante aglutina toda la suciedad del agua en una masa. Cuando termina de batir, el botón azul se libra de las masas de suciedad y pasamos al Paso Dos para terminar de purificar. Pero eso no es asunto nuestro; aquí lo único que hacemos es cambiar de tanque y repetir la misma operación una y otra vez. ¿Alguna pregunta?

—¿Quién fabrica el coagulante?

—¿Quién va a ser? Los eruditos, en sus laboratorios de impresión. Allí fabrican todo tipo de cosas.

Mi padre decía que a la ciudad le iría mejor sin los eruditos. Pero, cuanto más aprendo sobre lo que hacen —aparte de quedarse con la nariz pegada a un libro o jugar al ajedrez, que es lo que siempre me había imaginado—, más me pregunto cómo íbamos a sobrevivir sin ellos.

—¿Cómo voy a levantar ese cacharro? —pregunto, señalando el contenedor vacío.

—Todos los sin facción deben ser capaces de levantar su propio peso —responde Carr—. A menos que se lo impida alguna enfermedad o lesión.

Todo lo que dice parece sacado de un manual para abandonados.

Me quedo mirando el contenedor, sintiéndome impotente. No creo ser capaz de levantar mi propio peso, ni aunque me fuera en ello la vida.

—Ahora te parece imposible, lo sé —me comenta Jove—, pero te prometo que eres capaz.

No sonríe al decirlo, así que creo que va en serio.

Pasamos al siguiente tanque, donde ya hay un contenedor esperándonos, y observo a Carr hacer lo mismo: quitarle el tapón, levantarlo, verter el coagulante y pulsar el botón verde.

No es un trabajo difícil, pero cuando la novedad de la tarea se convierte en tedio, se hace muy largo. Al cabo de una hora, bajamos de nuevo los escalones y entramos en el almacén —que no es más que una esquina llena de contenedores idénticos al que ha levantado antes Carr— para que pueda echarse otro al hombro como si fuera un saco de patatas. Mientras nos dirigimos al siguiente tanque, se oye un estruendo.

No decido agacharme y taparme la cabeza; ya lo estoy haciendo cuando identifico el sonido. Oigo el tintineo de cristales rotos y hago una mueca. Una mano me cae sobre el hombro y me aparto de ella, de modo que me doy en el hombro contra la húmeda pared.

—Tris —me dice una voz tranquila. La de Jove.

La miro y me doy cuenta de que no hay cristales.

Los hubo en la Ceremonia de la Elección. Cuando murió Robert.

—Lo siento —me disculpo, y me obligo a enderezarme, aunque todavía tengo el corazón acelerado.

Alguien está gritando, pero el espacio es demasiado grande y hay demasiado eco para distinguir lo que dice.

Carr deja el contenedor y corre hacia el sonido; Jove, con el ceño fruncido de preocupación, lo sigue. Tras apoyarme en la pared para recuperarme, corro tras ellos.

Weaver, la centinela de antes, es la que grita. Está llamándonos para que acudamos todos a la parte de delante. Los otros centinelas del paso elevado la rodean, además de otros que no había visto al entrar. Todos llevan sus pistolas de agujas.

—¿Qué pasa? —le pregunta Carr a Weaver—. Estamos en plena…

—Me importa una mierda lo que estéis haciendo —lo interrumpe ella—. Quiero que me habléis del ataque.

—¿Ataque? —pregunta él, que mira a su alrededor, claramente desconcertado—. Aquí no hay ningún ataque, Weaver.

—Aquí no —responde ella, frunciendo el ceño—. En el centro de detención; vuestros colegas abandonados han liberado a diez personas, como mínimo, de sus celdas, y sé que ella tiene algo que ver. —Señala a Jove.

—¿Y eso cómo lo sabes? —pregunta con frialdad la abandonada.

—Has venido aquí sin avisar, con un rebaño de lacayos nuevecitos, sabiendo perfectamente que pediría refuerzos para vigilaros a todos —contesta ella, acercándose—. Unos refuerzos que, oh, sorpresa, tenían que llegar del centro de detención, ya que es lo que está más cerca. Y da la casualidad de que se te ocurre hacerlo la noche que tu escoria sin facción ataca el susodicho centro. Eres una de las que gritan lo de «muerte a las facciones», ¿verdad?

Veo a Colin y a Rory entre dos de los enormes tanques, pero Cassandra y Miles han desaparecido.

—En primer lugar, no tengo ni puñetera idea de lo que estás hablando —responde Jove, cruzándose de brazos—. Y, en segundo

lugar, afirmáis sentir lástima por nosotros porque no contamos con vuestra preciada… comunidad, pero en cuanto sucede algo que no os gusta, de repente estáis muy seguros de que nos conocemos todos. —Weaver vacila y Jove la mira con desdén—. Bueno, ¿qué va a ser? ¿Somos productos defectuosos que no sabemos funcionar en sociedad o somos una sexta facción de genios del crimen?

Weaver toca el esternón de Jove con su arma. Tiene el dedo al lado del seguro, que, para mi gran alivio, sigue puesto.

—No lo sé —le dice—. Pero voy a averiguarlo.

—Adelante. Pero, mientras tanto, debemos cumplir con nuestro trabajo para que nos paguen. ¿Te importa?

Weaver resopla.

—«Mientras tanto», supongo que debería advertirte que hoy nos falta una caja —dice, guardando el arma en la pistolera, pero acercándose más a Jove, hasta quedar a un palmo de su rostro—. Hay problemas con el fabricador de papel. Puede que racionar el papel higiénico durante un par de semanas os anime a ocuparos de vuestros amigos radicales.

Si lo que pretendía era alterar a Jove, ha tenido éxito. De repente, la mujer parece haberse quedado sin fuerzas.

Weaver les hace un gesto a los otros centinelas para marcharse.

Intercambio una mirada de sorpresa con Rory, que sigue parada entre los tanques gigantescos, con Colin a su lado.

Jove permanece inmóvil hasta que los centinelas abandonan la habitación; entonces, se sacude las manos, que le tiemblan. Carr la mira con cara rara.

—Lo que ha dicho no era cierto, ¿no? —le pregunta el hombre.

—¿Estás de coña? Aprovechan cualquier oportunidad para hacernos la vida imposible. Da igual que sea cierto o no.

Carr se rasca la barba. No parece demasiado convencido, pero me hace un gesto para que lo siga de vuelta al tanque.

CAPÍTULO 17

TRIS

REGRESAMOS A LA COLONIA unas cuantas horas después. No he dicho nada en todo el camino de vuelta. Estaba pensando en la acusación de Weaver y en que me da la impresión de que Carr se la creía, a pesar de que Jove lo negara. «¿O somos una sexta facción de genios del crimen?».

Sigo pensando en ello cuando entramos en el vestíbulo. Por la noche, el patio interior está siempre a rebosar; se encuentra en el centro de la Colonia, como el corazón de una manzana, así que es uno de los pocos lugares en los que podemos encender faroles por la noche y ver el cielo nocturno sin preocuparnos por los centinelas. Algunas personas tocan música. Otras brindan en el rincón, como si celebraran algo.

—¿Esos son Zorros? —le pregunto a Rory, dándole un codazo.

—Puede —responde, y se encoge de hombros—. ¿Por qué?

—Me preguntaba si brindan por su victoria —respondo, pensando en la fuga del centro de detención.

Rory parece desconcertada.

—¿Qué victoria?

Evelyn está al borde de la sala, apoyada en una columna. La he visto unas cuantas veces desde que llegué —siempre está entrando

y saliendo con los Zorros por las mañanas—, pero no hay forma de acercarse a ella. Todos los abandonados parecen venerarla, prácticamente. Siempre está rodeada, y ¿quién soy yo? Nada más que una descarriada. No soy nadie.

Veo que Jove se aproxima a Evelyn, así que yo también me acerco un poco más con la esperanza de escuchar lo que dice. Sin embargo, como no quiero que resulte demasiado evidente, solo capto las últimas palabras de Jove.

—… puede que sea buena idea compensárselo.

—Tomo nota —responde la otra mujer—. Pero ha merecido la pena.

Seguro que está hablando del ataque al centro de detención. Me pregunto a quién habrán soltado de las celdas y por qué estaban detenidos.

Entonces, Evelyn me ve observándola. Antes de poder desviar la mirada, se aparta de la columna y se dirige a mí.

—¿Te importa acompañarme un momento? —me pregunta.

Lleva una chaqueta verde oscuro hecha de lona. Se ha delineado los ojos con un lápiz negro. ¿Cómo sería para ella dejar Abnegación? Desde que llegué aquí, he oído que por aquel entonces era más duro ser un sin facción. No cultivaban su propia comida, ni tenían una cuadrilla de ladrones robando artículos de primera necesidad. Por lo que cuentan, ella fue la que lo cambió todo. Sus ideas, su liderazgo, sus planes…

Quizá los mismos que acabaron con Robert.

Miro por encima de ella y veo que el Remendador sube por las escaleras con Mae. Está dormida sobre su hombro, con el pelo tapándole la cara.

—Vamos afuera —dice Evelyn, y me conduce por el vestíbulo, cruzando unos suelos de madera cubiertos de arañazos que han conocido días mejores.

En la parte de atrás del edificio, bajamos los escalones que dan al túnel. No es la entrada por la que llegué, pero sí la que ahora uso más a menudo. Los abandonados no quieren arriesgarse a que los centinelas descubran todos sus escondites, así que recurren a astutas estratagemas para disfrazar sus entradas y salidas. Este túnel conecta la Colonia con el edificio de al lado. Huele a moho y el camino está bordeado de faroles cargados por energía solar que nos iluminan.

Caminamos durante un trecho sin que ella diga nada.

—Necesito tu ayuda con algo.

Su mirada aguda me recuerda a la de un coyote que deambulaba por el sector Abnegado cuando era niña. No tenía la rabia, dijo mi padre, pero era salvaje y estaba hambriento.

Evelyn también está hambrienta, aunque no sé bien lo que busca.

—¿Mi ayuda? ¿Con qué?

—Consejo. Sobre un recluta.

—¿Un recluta? No sabía que… reclutarais.

—Normalmente, no. Pero, como te imaginarás, toda ayuda es buena. Así que, cuando descubrimos que alguien no está contento con su vida… —Se encoge de hombros—. Nos aseguramos de que conozca sus opciones. Como hicimos con tus amigos, los «fracasados de las facciones», creo que se hacen llamar.

No sé cómo se las apañan para averiguar que alguien no está contento con su vida, pero no se lo pienso preguntar. No cuando está a punto de confiarme algo.

—¿Para qué quieres mi consejo si acabo de llegar?

Al final del túnel, subimos hacia el edificio vacío que hay al lado de la Colonia. A través de las ventanas veo el cielo, ahora de un azul oscuro, con la luna alta y fina, en cuarto creciente, rodeada de los puntitos de las estrellas. El suelo está combado, pero los sin facción han colocado tablas para poder salir al callejón. Unos zarcillos de hiedra enfermiza trepan por las paredes.

—Este recluta… tiene más o menos tu edad. —Hace una pausa—. La mayor parte de los miembros jóvenes, los que no nacieron abandonados, fracasaron en su iniciación. Tú no. Decidiste marcharte porque tu compromiso vaciló, como le sucede ahora a él.

—Ah —respondo.

No lo había pensado así. Técnicamente, no es posible fracasar en la iniciación de los abnegados. Si no cumples lo que te ordenan, te castigan, pero no te echan. No te expulsan de ninguna manera.

Al mirarla, me doy cuenta de que las dos tenemos algo en común. Evelyn tuvo que salir de allí, igual que yo, solo que desconozco la razón.

Eso da igual. Lo que importa es por qué estoy yo aquí: para descubrir qué provocó la muerte de Robert. Para descubrir qué planean los abandonados. Y, si deseo lograrlo, tengo que ser una de ellos. Deben confiar en mí.

—Este recluta…, ¿estás segura de que no es feliz donde vive ahora?

—Lo estoy —responde, arqueando una ceja.

—Bueno…

Pienso en cuando mi madre me explicó los caminos que se me presentaban. Quedarme en Abnegación y fingir olvidar. Quedarme y

trabajar para cambiar mi facción desde dentro. O irme. Irme y descubrir algo nuevo.

Lo que no me dijo es qué debía hacer ni adónde debía ir. Como el sistema de facciones que Evelyn odia, solo me ofreció alternativas.

No me imagino a esta mujer, la de los ojos de acero y la pistola en la mano durante la Ceremonia de la Elección, haciendo lo mismo.

—No puedes forzarlo —le explico—. Solo tienes que escuchar.

Casi hago una mueca al decirlo porque sé que no es suficiente. Seguro que se le escapa una carcajada a mi costa.

—Eso será suponiendo que hable conmigo —responde—. Y, créeme, no lo hará.

Mira hacia el túnel como si estuviera a punto de sugerir que volvamos a la Colonia. Se me acelera el corazón. Tengo que ofrecerle algo más, un motivo para confiar en mí.

—Pues envía a otra persona —le aconsejo—. Si no quiere hablar contigo…, puede que hable conmigo.

Parece una estupidez de sugerencia, pero no reacciona como si lo fuera. De hecho, reacciona como si estuviera esperando que le dijera justo eso.

—Puede que lo haga —contesta.

+ + +

Evelyn y yo no regresamos a la Colonia, sino que recorremos la cuadrícula de calles que la rodea y después caminamos por una acera rota hasta la estación de tren más cercana. «Quincy», me digo antes de ver el cartel.

Subimos la escalera que da al andén. Los edificios nos cercan por todas partes. A pesar del aire cálido, me estremezco.

—Ya estará dentro cuando tú subas. Así que no te asustes.

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

Ella mira las vías.

—Se hace llamar Cuatro. Es un apodo de Osadía.

Cuatro. ¿Por qué un chico osado se pondría de nombre un número?

—Gracias por tu ayuda —dice Evelyn.

«Ya me darás las gracias si sirve de algo», pienso, pero asiento e intento parecer segura de mí misma. Vislumbro el tren que se desliza por las vías a lo lejos; la luz de la luna se refleja en el costado metálico en su avance. Cada vez se acerca más, traqueteando, y echo a correr. Lo siento detrás de mí, su calor y su energía, y esprinto para no quedarme sin suelo.

Siguen sin dárseme bien la mayoría de las cosas que los abandonados quieren que aprenda, pero ahora al menos sé cómo calcular cuándo darlo todo en una carrera. Me agarro al asidero y me meto en el vagón.

El recluta ya está en el tren. Sabía que sería así, pero, la verdad, no estaba preparada para… esto.

Para él.

Gracias a que lo baña la luz de la luna, puedo verle los ojos. Azules, pero no del azul claro de la mañana, sino oscuros, como la noche, el sueño, la espera.

Es el centinela que me ayudó en la Ceremonia de la Elección.

Me quedo mirándolo, de repente sin habla. El tren toma una curva y sigue traqueteando sobre los raíles al subir a la vía elevada. Pierdo

el equilibrio y él se estira para sujetarme. Me rodea el pálido antebrazo con los dedos. Tiene los nudillos callosos.

Recupero el equilibrio y me aclaro la garganta.

—Gracias.

Al igual que en la Ceremonia, me mira con tal fijación que estoy segura de que nada lo desconcentra nunca. Hace que me cosquillee la piel.

Sin embargo, no parece reconocerme. Seguro que no se acuerda de mí y, la verdad, no lo culpo. Cuando me ayudó a levantarme en la Ceremonia de la Elección, yo era una simple chica abnegada idéntica a cualquier otra. Una estirada más.

Y ahora… Ahora no sé lo que soy del todo.

Va vestido de negro, aunque no le veo piercings ni tatuajes ni ninguna de las ostentosas marcas de Osadía. Sí le asoma algo de tinta negra por la nuca, encima del cuello de la chaqueta, pero apenas se vislumbra.

—Creía que Evelyn era la que había solicitado esta reunión —dice con la voz grave y clara.

—Así es, pero me ha pedido que acuda yo en su lugar.

—Ah, ¿sí? —replica en tono agrio—. ¿Y quién narices eres tú?

—Beatrice —digo primero, por la costumbre—. Tris.

El recluta, Cuatro, ya está negando con la cabeza.

—No. De ninguna manera. —Se aparta de mí—. Te ha enviado a convencerme de algo que no me interesa.

—No me ha enviado. Me he enviado yo.

—No me cabe duda. Y tampoco me cabe duda de que fue idea de ella, igualmente, y te hizo pensar que era tuya.

Abro la boca para protestar, pero recuerdo cómo me miró cuando le sugerí ir en su lugar; como si lo estuviera esperando.

Cuatro me mira con intención.

—Como te decía, te ha enviado ella. Y sé muy bien por qué y…

—¿Por qué?

Resopla.

—Porque ella… —Se interrumpe—. No. Eso tampoco lo voy a hacer.

—¿Hacer el qué?

—Este… teatro en el que tú te haces la inocente para pillarme con la guardia baja. Créeme, tengo la guardia donde debe estar.

Me río un poco.

—Sí, ya lo veo.

—No hay nada que puedas decirme que ella no me haya dicho ya. Así que mejor para, ¿vale?

Ahora estamos entre estaciones, pero, de no ser así, seguro que habría saltado del tren y tendría que perseguirlo por la calle. O puede que ni siquiera me hubiera molestado. ¿Qué más me da que un centinela osado se una o no a los sin facción? Solo he venido para hacerle un favor a Evelyn y ganarme su confianza.

Lo que significa que, por lo menos, tengo que intentarlo.

—Vamos a hacer un trato. Yo intento decirte algo nuevo y tú me escuchas. Y, si no tengo éxito, te bajas en la siguiente parada.

—Eso te da unos veinte segundos.

Se me forma un nudo en la garganta. Decido que no tengo nada que perder.

No sé nada de este chico, salvo lo que me ha dicho Evelyn: que su compromiso con Osadía pende de un hilo, por la razón que sea. Y sé

lo que es eso; lo sé a la perfección. Así que le hablo de mí.

—Elegiste la facción equivocada, o eso crees. No encajas del todo en ninguna parte, estés donde estés. Y, cuanto más descubres sobre el mundo, sobre esta ciudad, sobre todas las cosas que te habían contado, más dudas sobre adónde ir y qué hacer. —Las palabras brotan como si llevara semanas esperando decirlas, y puede que así sea. Puede que solo estuviera esperando la oportunidad—. Crees que nadie encaja en ninguna parte y solo fingen hacerlo. —No protesta. Sigo—. O tienes que creerlo, porque la alternativa, que tú seas el que está roto, es insoportable.

El tren frena al acercarse a la siguiente estación.

Cuatro está en medio del vagón vacío, con las manos colgando a los lados. No se agarra a nada, a pesar de los bandazos del tren; tiene las botas bien plantadas y el cuerpo se le balancea con sutiles movimientos para mantenerse erguido. No me cuesta imaginarlo luchando contra un asaltante abandonado en una patrulla. Seguro que pega unos buenos puñetazos.

La estación llega y se va. Cuatro no salta.

—¿Por qué te uniste a ellos? —me pregunta, con voz más amable.

Mientras caminaba hacia la estación de tren, intentaba pensar en una respuesta a esta pregunta. Podría decirle que Abnegación borra recuerdos solo porque les resulta más cómodo, o que sentía que me asfixiaba al pensar en toda una vida mordiéndome la lengua, o incluso el arrepentimiento inmediato que sentí al dejar caer mi sangre sobre las piedras. Pero no lo hago.

Le digo algo completamente nuevo:

—Estaba desapareciendo. Me di cuenta de que sería más útil yéndome que quedándome. Y… supuse que, si voy a sentirme así, si

voy a sentirme siempre fuera de lugar, será mejor que esa sensación tenga un propósito. Que sirva para algo.

Cuatro asiente. Camina hasta colocarse frente a mí, con el hueco de la puerta entre ambos. Ya no me molesta estar tan cerca del borde, por mucho que el tren se incline al virar; a él tampoco parece importarle.

—¿Y dejaste a todos tus seres queridos atrás…, sin más? —pregunta—. Porque eso es lo que ella me pide que haga.

Me vuelvo hacia la ciudad. Estamos muy arriba ahora, cerca de la entrada a la sede de Osadía, aunque nunca la he visto. Detrás tenemos el pantano y, delante, las siluetas oscuras e irregulares de unos edificios, las líneas rectas de las calles rotas y el arco de la valla que nos cerca a todos.

Y, más allá, ¿quién sabe?

—Creo que por quererlos no les debo una versión de mí que no es real.

La fuerza de mis palabras, de la verdad que encierran, me empuja hacia atrás sobre los talones. No es algo que haya sabido expresar hasta ahora. En realidad, la única persona que dejé atrás es a mi padre, pero saber que está ahí fuera, avergonzado por mi ausencia, decepcionado conmigo, quizá incluso fingiendo que ya no tiene una hija…, es un dolor tan profundo que, aunque supiera cómo calmarlo, me resultaría imposible llegar hasta él. Sin embargo, cuando pienso en lo que le debo por haberme dado la vida, no se me ocurre nada. No pedí nacer. Nunca le prometí que sería siempre la misma. De todos modos, nadie puede hacer algo así.

—¿De verdad no sabes por qué te ha enviado? —pregunta Cuatro en voz más baja, ahora que estamos más cerca.

Me percato de que me ha estado mirando fijamente desde la última vez que hablé. Es como si no supiera qué pensar de mí o como si intentara resolver algo; como cuando una persona se enfrenta a una pregunta cuya respuesta conocía, pero no recuerda.

Niego con la cabeza.

—Porque —dice, y se ríe un poco—… porque hizo una suposición y supuso bien.

El tren vuelve a frenar. Cuatro se agarra al tirador de la puerta y yo sigo demasiado pasmada para responder.

—Dile que me lo pensaré —añade sin mirar atrás.

Después salta del vagón, aterriza de pie en el andén y desaparece de mi vista cuando el tren toma otra curva.

CAPÍTULO 18

CUATRO

HOY ES EL DÍA DE VISITA.

En el Día de Visita, todas las familias, incluso las de otras facciones, pueden reunirse y pasar tiempo juntas. El Pozo se llena de padres que abrazan a sus hijas, madres que abrazan a sus hijos, hermanos que bromean entre ellos, y abuelos y abuelas que suben por el empinado camino que lleva hasta el edificio de arriba.

En otras palabras: una pesadilla.

Estoy deseando alejarme de todo esto, aunque solo sea durante una hora o así.

Salgo a correr justo después del alba y después me subo al tren que se dirige al oeste, hacia el complejo de Cordialidad.

Nunca he tenido demasiados motivos para ir a Cordialidad. Cada trimestre me toca acercarme al muro que rodea nuestra ciudad para asegurarme de que los repetidores de señal —que amplían el alcance de los ordenadores osados para poder proyectar simulaciones fuera de las fronteras de la ciudad— estén en funcionamiento. Pero, más allá, están los invernaderos de Cordialidad que brillan al sol, las ordenadas hileras de maíz, trigo y soja, los rebaños de vacas rumiando… Son cosas que solo vi de cerca una vez, de pequeño. Lo recuerdo como si fuera un sueño.

Pero no voy a llegar hasta allí.

Me bajo del tren en la última parada antes de Cordialidad, un puesto fronterizo solitario que da a una calle abandonada. Aquí, los árboles se han saltado sus límites y las raíces se hinchan bajo las aceras rotas. Las enredaderas envuelven las paredes de los edificios desmoronados. Ni siquiera los sin facción pueden vivir aquí.

Evelyn está junto a la barandilla, contemplando el estanque de abajo. Diría que fue cosa de una boca de incendios estropeada, pero ahora es un ecosistema al completo. Las algas flotan en la superficie del agua. Las ranas saltan por la orilla.

Hoy, Evelyn viste como una osada, con ropa negra y la tupida melena recogida en una trenza. Se endereza al verme.

—Es el Día de Visita —comenta con la sombra de una sonrisa, aunque los ojos siguen tristes.

Odio cuando la gente me mira así.

—Sí. Así es más sencillo largarse sin que nadie se dé cuenta.

—Claro —responde, apartando la vista—. Tris me dijo que habéis mantenido una conversación interesante.

—De eso quería hablarte. Te dejé bastante claro lo que pensaba de abandonar las facciones, así que deja de enviarme a tus esbirros para convencerme de que deserte.

Evelyn frunce el ceño.

—No es ninguna «esbirra». Pensé que tendríais cosas en común, eso es todo.

—No, creías que sería una buena herramienta.

—Sé que estás enfadado conmigo…

—¿Enfadado? —pregunto, resoplando.

—… pero nunca te he dado razones para creer que soy una especie de maestra de la manipulación.

—Me has dado razones para creer que eres una mentirosa.

Ella da un respingo, como si la palabra fuera un puñetazo, y casi… casi me siento mal por ello. Pero lo he dicho en serio.

Se vuelve hacia el estanque y apoya los codos en la barandilla. Se ha puesto de nuevo la máscara, así que su rostro controlado no expresa nada.

—Bueno, ¿me has invitado a venir para reprenderme? —pregunta —. Porque, si es eso, tengo cosas mejores que hacer.

—No. —Me vuelvo para que ambos miremos en la misma dirección: hacia fuera, y no el uno al otro. Hay un conejo saltando junto al estanque. Mientras lo observo, mastica una brizna de hierba agitando el hocico—. En realidad, quería darte la oportunidad de ser sincera conmigo. Debes de tener algún motivo para insistir tanto. Así que o me dices qué es… o me dejas en paz. Para siempre, esta vez.

—Se acerca un gran cambio y, cuando llegue, no te conviene estar en el bando equivocado, rodeado de la gente equivocada.

—Bueno, la gente adecuada estaba gritando «muerte a las facciones» en la Ceremonia de la Elección. De ese cambio me hablas, ¿no? Por lo que veo, las facciones siguen a cargo de todo.

Aunque no la esté mirando, siento la energía que la recorre como una corriente eléctrica. Con Evelyn siempre sucede demasiado por debajo de la superficie, como si su cuerpo no pudiera contenerla del todo.

—No es un sueño lejano. Es inminente.

—¿Y crees que debería entusiasmarme la idea de darle la espalda a mi vida entera por ese «sueño inminente»? ¿El mismo sueño que

mató a un crío que no tenía culpa de nada?

—Eso fue una desgracia. Pero solo ocurrió porque un centinela disparó primero.

—Los centinelas son mi gente, por si no lo sabes. Tengo un nombre osado, un trabajo osado y toda una vida osada. No voy a dejarla sin más por una de tus vagas afirmaciones.

Su reacción es repentina: deja caer la mano con fuerza sobre la barandilla y se vuelve hacia mí. Soy mucho más alto que ella, y más grande, pero retrocedo de todos modos.

—Voy a matarlo, y eso no es más que el principio —anuncia—. ¿Te parece lo bastante específico?

No necesito que me diga a quién se refiere. Solo hay una persona. Mantengo la mente en blanco y el cuerpo inmóvil. «Voy a matarlo», esa es la verdad pura y dura que le pedía, ¿no? Sin embargo, ahora que la tengo, desearía no saberla.

—Ya veo, y, si fuera yo mismo, debería sentirme orgulloso de lo monótona que suena mi voz, de lo tranquilo que estoy. Pero no soy yo, está todo mal, como si me encontrara dentro del cuerpo de otra persona, viviendo la vida de otra persona—. ¿Y pensabas que a mí me parecería bien?

—Pensaba que lo aceptarías. Y lo harás, claro.

No es una pregunta, así que no la respondo. Aunque no hay ningún tren a la vista, ni lo habrá hasta dentro de otra hora, más o menos, no puedo seguir aquí.

—Adiós, Evelyn.

Cuando me alejo, me dice en voz más alta:

—Me vendría bien tu ayuda para lo que sucederá después. Si cambias de idea, me puedes encontrar en la Colonia.

La Colonia. Claro. Así llama al edificio decrépito que no está lejos de la sede de Osadía, con las ventanas tapiadas y las malas hierbas bloqueando la entrada.

Esa es la glamurosa vida sin facción que quiere para mí.

Sigo caminando.

+ + +

Regreso a la sede de Osadía. Mi plan es pasarme por las tiendas para buscar unas cuantas cosas y esconderme en mi habitación el resto de la jornada.

De camino hacia allí, paso junto a las familias de los iniciados: un hombre alto de Verdad que, supongo, estará buscando a Al; las personas, en apariencia, sorprendentemente normales que engendraron a Peter; y una versión más joven de Christina que arde en deseos de asomarse al borde del abismo.

Y entonces me encuentro con la madre de Zeke y Uriah.

Se llama Hana. Es menuda, tanto de alto como de ancho, y más recatada que los osados que suelo ver a diario. Va vestida de negro, por supuesto, pero la ropa está hecha a medida y lleva el cuello de la camisa planchado. La melena le forma una línea perfecta en paralelo a la mandíbula.

—Cuatro —me llama—, mi hijo me dijo que hoy tenías que trabajar y que por eso no cenarías con nosotros.

—Sí, señora —respondo, y casi hago una mueca con ese «señora» que se me escapa de entre los labios. Cuesta perder algunas costumbres.

Hana arquea una ceja.

—Sé dónde trabajas, Cuatro.

Los iniciados tienen libre el Día de Visita, lo que significa que no necesito enseñarles nada; además, a nadie le apetece mucho, que se diga, ir por gusto a la sala de simulaciones. Debería haberle pedido a Zeke que se inventara una excusa mejor. No voy a ser buena compañía.

Hana me da una palmadita en el brazo y dice:

—Pues nos vemos a las seis.

+ + +

Zeke me mira con cara de disculpa cuando aparezco en la puerta de su madre seis horas más tarde, cargado con un pan envuelto en papel marrón. Aunque sonríe al ver el pan.

—Qué hogareño por tu parte —dice—. ¿Lo has hecho tú?

—Es de buena educación traer un regalo —contesto—. Y no, no lo he hecho yo.

—Pero podrías haberlo hecho, ¿a que sí?

Le lanzo una mirada asesina.

—No pienso responder a esa pregunta.

—¡Deja de fastidiarle e invítalo a pasar de una vez, Ezekiel! —le grita Hana desde la cocina.

No es la primera vez que estoy aquí. A veces, por ejemplo, acompaño a Zeke cuando tiene que llevarle algo a su madre o recoger a Uriah. Normalmente, me quedo en la entrada, que está repleta de fotografías enmarcadas de Zeke, Uriah, Hana y su difunto marido; un hombre perforado, tatuado y siempre sonriente, al igual que Uriah. Pero, a veces, Hana me obliga a cenar con ellos. Siempre

me habla como si me conociera, aunque yo hago todo lo posible por no conocer a nadie.

Lo de esta mañana es como una pesadilla que permanece de fondo, aunque el recuerdo se haya vuelto borroso. Me lo he quitado de la cabeza. Que Evelyn quiera hacer algo no significa que vaya a hacerlo. O que pueda.

Más allá de la entrada hay un piso luminoso y cómodo. Las paredes son de ladrillo rojo; el sofá del salón, que se hunde por el centro, tiene al lado una estantería llena a rebosar de libros muy desgastados. Hay plantas en todas las superficies disponibles y un gato gris se abre paso con cautela por la mesita de centro. Eso es nuevo.

—¡Líos, baja de ahí! —grita Zeke, espantándolo con ambas manos. El gato lo mira y maúlla.

—¿Le has puesto «Líos» a un gato?

—Se lo ha ganado.

Zeke me quita el pan y lo deja en la encimera, al lado de su madre.

Hana está picando carne cruda —algo poco habitual, incluso en Osadía— con un cuchillo enorme. Uriah remueve una olla con salsa roja al fuego. Tiene el labio partido después de la pelea de ayer contra otro de los nativos de Osadía. Brett. Brody. No me acuerdo.

Zeke está en la otra encimera con una cebolla en la mano. La coloca con el tallo hacia arriba en la tabla de cortar y sostiene el cuchillo por encima de ella.

—Alto —le digo—, no destroces una cebolla que no te ha hecho nada.

—No voy a destrozarla.

—Anda que no. Pásame el cuchillo.

Zeke lo suelta y se aparta de la encimera con las manos en alto, como si fuera a detenerlo. Me pongo delante de la tabla de cortar y le doy la vuelta a la cebolla. Hace unos cuantos meses que no hago esto —no me molesto más de lo necesario cuando cocino para mí—, pero es algo que no se olvida.

—Nadie me va a creer cuando cuente esto mañana —comenta Uriah.

—¿Cuando cuentes lo bueno que soy con el cuchillo? —pregunto, señalándolo—. Pues claro que te van a creer.

—Uriah, creo que te pedí que le subieras la colada a la señora Davis para que no intentara hacerlo ella sola —dice Hana—. Ezekiel, pon la mesa.

—Pero si a la cena todavía le queda mucho.

—Así tienes tiempo de sobra para hacerlo bien.

Tanto Zeke como Uriah desaparecen, y me concentro en cortar la cebolla a lo largo, sin llegar a separar los trozos todavía. Durante unos largos segundos, me dedico a escuchar el sonido del cuchillo al picar, el borboteo de la olla al fuego y el siseo del agua cuando Hana lava algo en el fregadero; son sonidos que me recuerdan a mi casa.

Y, al pensar en casa, se me forma un nudo en la garganta.

—Bueno, dime, ¿cómo le va de verdad a Uriah? —me pregunta Hana.

—Le va bien —respondo, algo sorprendido—. Muy bien. ¿No se lo ha contado?

—No me refiero a su clasificación, sino a cómo se lleva con todo el mundo. ¿Se está portando bien?

Me río. No le digo que, en estos momentos, con que ningún iniciado ataque a sus compañeros en la sala de entrenamiento, me daré por satisfecho con su conducta.

—Sí. —Paso el dedo por la parte plana de la hoja del cuchillo para echar los últimos trocitos de cebolla en la tabla y después vuelvo la cabeza para mirarla—. No tiene nada de lo que preocuparse con Uriah.

—¿Y tú? ¿Cómo te va a ti?

Le ofrezco la tabla de cortar. Ella señala la olla con la cabeza.

—Ahí, por favor.

Añado poco a poco la cebolla a la cacerola y después muevo la salsa para integrarla. El olor es fuerte…, complicado. No he comido nunca nada parecido. Se me hace la boca agua y casi se me olvida lo que me ha preguntado.

—Ezekiel me cuenta que te pasas mucho tiempo en tus simulaciones del miedo —comenta y yo sigo removiendo—. Debes comprender que todas las personas necesitan a alguien que se preocupe por ellas.

El «y tú no pareces tener a nadie» está implícito.

Dejo la cuchara a un lado.

—Esta promoción concreta de iniciados me está estresando mucho —le cuento—. Y siempre he tenido una manera muy peculiar de enfrentarme al estrés, supongo.

Hana se recoge un mechón de pelo detrás de la oreja. Lleva unos pendientes que reconozco por las fotos de la entrada: los de su difunto marido. Por un momento, me pregunto cómo serían cuando estaban juntos. ¿Se pelearían? ¿Bromearían? ¿Las dos cosas?

—Eres muy disciplinado. Eso no es malo. Pero procura no usar esa disciplina para castigarte, por así decirlo.

De repente, pienso en ella. He pensado mucho en ella en los últimos días, Beatrice, un nombre estirado para una chica sin facción… O, mejor dicho, he pensado en lo que me dijo: «No encajas del todo en ninguna parte, estés donde estés». Incluso en Osadía, a pesar de lo bien que se me da todo lo que me han dicho que debe dárseme bien, sigo sin encajar del todo, ¿verdad? «La alternativa, que tú seas el que está roto, es insoportable».

Creo que estaba hablando de ella. Demostraba esa sabiduría única de alguien que ya ha perdido todo lo que más temía perder.

Pero también hablaba de mí. Y sus palabras me persiguen.

«Creo que por quererlos no les debo una versión de mí que no es real».

Me concentro en Hana. Hana, que solo intenta decirme que no me haga daño, de una forma u otra. Me aclaro la garganta.

—Sí, señora.

Ella sonríe.

—Como me vuelvas a llamar así, me sentiré tan vieja que me arrugaré como una pasa.

Entonces coge un diente de ajo de la encimera y me mira arqueando una ceja.

Se lo quito y regreso a la tabla de cortar.

CAPÍTULO 19

CUATRO

SALGO TARDE DE LA CASA DE ZEKE porque se ha empeñado en enseñarme a jugar al póquer, y Uriah y él me han ganado todas y cada una de las alubias que usábamos de monedas.

Decido tomar un atajo por el Pozo para volver a casa, dado que, al ser Día de Visita, ahora estará más vacío que las calles que rodean el complejo de Osadía.

Estoy recorriendo con sigilo el sendero del Pozo, pegándome a las sombras, cuando oigo un grito.

Corro hacia él antes incluso de analizarlo. En esta parte del Pozo, solo puede proceder de un sitio: los barracones de los iniciados.

Publicamos la clasificación antes y los primeros eliminados se sabrán en cuestión de días. Debería haberme imaginado que ocurriría algo malo. Debería haber estado pendiente, sin quitarles el ojo de encima…

Empujo con el hombro la puerta de los barracones. La luz de la lámpara de emergencia que tengo detrás se derrama por la habitación. A un lado, alguien se retuerce en el suelo, y sus gritos se han convertido en sollozos. A su alrededor hay salpicaduras de sangre roja y reluciente.

La persona del suelo toma forma. Piernas largas, brazos morenos al aire, pelo recogido en trenzas. Christina. Está bocarriba y se sujeta la cara con las manos. Y del ojo le sobresale la empuñadura plateada de un cuchillo de untar.

Se me acelera el corazón. Corro hacia ella, me hinco de rodillas a su lado y le toco el hombro. Ella chilla y se aparta.

—Soy yo, soy Cuatro —le digo.

—Sácamelo —gime ella—. ¡Sácamelo!

—No puedo hacerlo. —Le sujeto las muñecas cuando se acerca las manos al ojo. Intento apartarle los dedos de la cabeza con toda la delicadeza posible—. Escúchame. —Yo soy el que tiene que calmarse; necesito respirar—. Por favor, escúchame.

Clava el ojo ileso en mí, anegado de lágrimas. Otros iniciados nos rodean; los noto a mi alrededor, pero no aparto la vista. La sangre le resbala por un lado de la cabeza, pero el cuchillo evita que salga más. Se me revuelven las tripas. Procuro mantener una expresión lo más neutra posible.

—Hay que dejarlo ahí —digo.

—No, no —responde ella entre sollozos—. No puedo, lo quiero fuera…

—Lo sé, lo sé —respondo, apretándole de nuevo las muñecas—. Y te lo vamos a sacar, pero primero tenemos que llevarte al hospital. Yo voy contigo, ¿vale?

De haber tenido alguna duda sobre las aptitudes de Christina para entrar en Osadía, se estarían disipando por momentos, ya que solo llora unos segundos más antes de tomar aire y decir:

—Vale.

—¡Lynn! —grito.

—Aquí —contesta ella desde algún punto a mi derecha.

Sale de la oscuridad, vestida con una camiseta extragrande negra y las piernas desnudas. Parece pálida, pero lo bastante tranquila.

—Ve a buscar a Shauna —le digo—. Ponte unos zapatos primero. Al…

Miro a mi alrededor y lo veo en la pared del fondo, con los puños contra el pecho, como una rata, y el rostro mojado de lágrimas.

—Déjalo. ¿Will?

Will está al lado de la puerta, con el pelo pegado a un lado de la cabeza, aturdido.

—¿Quieres que avise a Eric?

—No, a Max.

Lo que me faltaba es tener a Eric en la misma habitación que esta chica que tiembla de pies a cabeza, tirada en un charco de su propia sangre. Me percato de que todavía la sujeto como si siguiera intentando sacarse el cuchillo de la cabeza, así que relajo los dedos. Me sorprende agarrándose a mi mano para entrelazar los pulgares. Puede que tiemble, pero me aprieta con fuerza.

Diría que es como una pesadilla, pero ni siquiera mis pesadillas son así, con este olor a cobre y sudor, la piedra dura bajo las rodillas, la chica llorosa que guarda silencio y se resigna a no moverse. Y, en alguna parte, acechando en la oscuridad frente a mí, está la persona que le ha hecho esto, como una serpiente que ha vuelto a rastras a su madriguera.

Shauna está a medio vestir cuando entra corriendo en la habitación, con Lynn pegada a sus talones. Se coloca junto a la cabeza de Christina y la mira en busca de…, bueno, ni idea. No sé qué puede ver en este horror una técnica sanitaria que yo no vea.

—He llamado a una ambulancia; debería estar esperando fuera para cuando salgamos de aquí —dice—. ¿Crees que puedes cargar con ella? Yo le sujetaré la cabeza.

Christina es alta para ser una chica, pero estoy bastante seguro de ser capaz de levantar hasta a Al, siempre que signifique no tener que pedirle a alguien con un cuchillo en el ojo que se mueva solo. Asiento, y Shauna le da un toquecito a Christina en la cabeza.

—Hola, soy Shauna y soy técnica sanitaria. Voy a llevarte a un hospital. Cuatro cargará contigo y yo me aseguraré de que la cabeza no se te mueva ni un milímetro. ¿Vale?

Intento no sacudirla demasiado al meterle los brazos bajo las piernas y después los hombros. Me levanto, no sin cierta dificultad, y entonces recuerdo…

—Uri —digo.

—Aquí. —Uriah se materializa a pocos pasos de mí. Por una vez, no sonríe.

—No permitas que salga nadie hasta que Max se entere de lo que ha pasado.

Examino al grupo de iniciados que tengo delante. Está Myra, pegada a Edward. Al, encogido en un lateral. Un puñado de nativos de Osadía cuyos nombres no me he tenido que aprender. Y, al fondo de la habitación, con los brazos cruzados y el rostro en sombras, Peter.

+ + +

Horas después, abro el grifo del baño del hospital y meto debajo la cabeza.

El agua fría se me derrama por el pelo corto. Me rodea las orejas y me gotea en la boca.

Es por la mañana. Hace unas horas, la doctora —una erudita de voz severa— le ha dicho a Christina que no podía salvarle el ojo, aunque le han conectado un implante a los músculos y le han cerrado el párpado con unos puntos. La reacción de Christina ha sido estoica. Perturbadora, en realidad, aunque no es que yo sea un modelo de salud mental.

Dejo correr el agua unos segundos y después cierro el grifo sin moverme. Me quedo donde estoy, encorvado, con el agua chorreándome de la cabeza, hasta que me duele la espalda.

Cuando me enderezo, tengo la camiseta algo mojada, pero me siento mejor, con las ideas más claras. Regreso al pasillo, donde unos cuantos doctores y enfermeros corren de camino a la siguiente emergencia. Visten de todos los colores, ya que el hospital es uno de los pocos sitios de la ciudad en el que se mezclan las facciones.

Me hago a un lado cuando pasan junto a mí y después regreso a la habitación en la que han metido a Christina.

Está tumbada en la cama, con la cabeza envuelta en unas vendas blancas y una manta sobre las piernas. Y a los pies de la cama está Eric.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Creo que la respuesta es evidente. He venido para ofrecer mis condolencias.

—No está muerta.

—Lo que está es… incapacitada para seguir con la iniciación de Osadía —responde él con voz amable, como si hablara con un niño después de una pesadilla.

Respiro hondo para no pegarle un puñetazo en la boca tachonada de metal.

—No hay ninguna razón para que no siga —replico—. Solo tendrá que saltarse las luchas en la pista mientras se recupera y pasar a la siguiente fase.

—Si se salta su última pelea, quedará por debajo de la línea de corte —dice Eric, de nuevo en un tono paciente y comprensivo.

—Me importa una mierda tu estúpida línea de corte…

—Cuatro —me interrumpe Christina con voz ronca pero lo bastante alta como para cortarme a media frase—. Déjalo.

La miro. Tiene la cabeza vuelta hacia la pared y la mirada perdida. Por lo menos, alguien le ha limpiado la sangre de la cara. Está pálida.

—Ya no quiero ser de Osadía —anuncia—. Así que no tiene sentido que te pelees con él. Si quieres ayudarme, puedes alejarlo cuanto antes de mí.

Trago saliva. Parece mucho más pequeña en esta cama, metida bajo las mantas, conectada a los monitores. Parece tan joven como es…, como lo somos todos. Demasiado joven para que toda tu vida se derrumbe por culpa de un matón. Demasiado joven para perder por completo la fe en el sistema del que has formado parte toda tu vida.

Eric tiene el pelo negro pegado a la nuca, lacio y sudoroso, recogido en una coleta. Me mira como si me retara. «Atrévete a seguir peleándote conmigo. Atrévete a que te echen de tu puesto de instructor».

—Ya la has oído —le digo—. Le gustaría que te fueras y, como ya no eres su líder de facción, te sugiero que obedezcas.

—Por supuesto —responde Eric, y la sonrisa le tensa el labio inferior, tirándole de los piercings—. Imagino que volverás al trabajo en algún momento del día, ¿no?

—Estoy enfermo. Es probable que me sienta mejor por la tarde.

—Asegúrate de que así sea.

Después sale de la habitación y oímos sus botas rechinar sobre las baldosas. Espero unos segundos antes de volverme hacia ella.

—¿Crees…? —empieza a decir, ahora más débil—. ¿Crees que mis padres me aceptarían durante una temporada? ¿Solo hasta que… mejore? —Se le rompe la voz—. No sé adónde ir, si no.

—Seguro que sí. Pero, si prefieres no ponerlos en esa tesitura, yo conozco un sitio.

Puede que no esté deseando unirme a los sin facción, pero tampoco voy a negarle ayuda a Christina. Y Evelyn se asegurará de que esté a salvo si se lo pido, aunque solo sea para manipularme.

Christina se seca el ojo con una mano.

—Ah, ¿sí?

—Tengo amigos, por si no lo sabías —respondo, probando a aligerar el ambiente—. ¿Eso te sorprende?

—La verdad es que sí. Me da la impresión de que pasas mucho tiempo solo.

—Y, en tu imaginación, ¿qué hago cuando estoy solo? ¿Tallar madera?

Ella sonríe, y yo me lo tomo como una buena señal.

+ + +

Estoy bastante seguro de que conocer la ubicación de su casa segura va contra las reglas, pero a Evelyn no pareció importarle cuando me contó cómo podía contactar con ella. Así que intento no darle vueltas mientras cruzo con Christina la calle del barrio abandonado.

Shauna nos ha traído hasta aquí en la ambulancia, lo que también va contra las normas, pero no pensaba dejar que Christina caminara sola hasta la casa segura con la cabeza vendada y dopada de analgésicos. Lleva los susodichos analgésicos en una bolsa que repiquetea con cada paso que da, además de vendas y un frasquito de antibióticos recién impreso en la máquina de medicamentos del hospital. Shauna también le ha dejado algo de ropa limpia. No tenía mucho más que llevarse.

—No lo sé —dice Christina—. Parece abandonado, ¿no?

—Esa es la idea —contesto, y paso por encima de las malas hierbas para quitar el tablón que cubre la ventana antes de ofrecerle una mano para que se apoye al trepar.

Una vez dentro, lo vuelvo a colocar en su sitio.

Delante de nosotros se extiende la oscuridad, aunque veo algo de luz más adelante. Avanzo hacia ella.

Christina me sigue, algo inestable. Tanteo la pared con una mano y ella camina detrás de mí.

Cuando llegamos al final del pasillo, nos paramos y nos quedamos pasmados.

Estamos en una sala grande y luminosa que contrasta tanto con la oscura fachada de piedra que me pregunto si no habremos cruzado un portal a otro mundo. El techo es de cristal abovedado, dispuesto en delicados patrones geométricos, y los suelos están formados por

baldosas claras y pulidas. La estancia está llena de gente; algunos comen en pequeñas mesas, otros pasean por los laterales.

Ahora que estoy aquí, la verdad es que no sé qué hacer. No era consciente del tamaño de este lugar, ni de lo iluminado y concurrido que estaría. Vacilo y, en mi momento de vacilación, los sin facción empiezan a fijarse en nosotros.

Al principio se limitan a mirarnos, hasta que dos personas corren hacia nosotros desde dos puntos distintos. Me pongo delante de Christina justo a tiempo para que una chica de pelo negro, que no debe de ser mayor que yo, me apunte con una pistola a la cabeza.

Me quedo paralizado y se me seca la boca. Por su fabricación, sé que está cargada con munición no letal —agujas, las llamamos—, pero no deja de ser doloroso, y no me apetece que me disparen; menos aún en el cráneo. Noto un jadeo detrás de mí cuando Christina se agacha. La acaban de atacar; no debería tener que enfrentarse a algo así en estos momentos. Debería haber venido yo solo primero.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta la chica.

Sujeta el arma sin fuerzas y con poca convicción. Si fuera una de las letales que usan los centinelas del muro, no me atrevería a hacer nada. No soy tan estúpido. Sin embargo, se trata de una pistola de agujas y no me gusta que me amenacen.

Levanto las manos para mostrarles que no voy armado y, en un segundo, tengo una mano en su muñeca y la otra en el arma. Le retuerzo el brazo con la fuerza justa para que suelte la pistola y después sujeto el arma. Le doy la vuelta y la apunto con ella.

Todo el mundo guarda silencio.

—Nunca te acerques tanto a la persona a la que apuntas —le aconsejo—. Solo le facilitas que haga lo que acabo de hacerte.

Después le doy la vuelta de nuevo a la pistola y se la ofrezco. Ella la mira con suspicacia.

Entonces veo a Tris al otro lado de la habitación. Parece distinta a como la recuerdo en la oscuridad del tren; más menuda, rodeada de tantas personas más altas que ella, pero, aun así, es quien atrae mi mirada.

—¿Quieres que vaya a buscar a Evelyn? —me pregunta, y su voz se oye perfectamente en el silencio de la sala.

—Sí —respondo—. Eso estaría bien.

CAPÍTULO 20

TRIS

CUATRO ESTABA IMPRESIONANTE EN EL TREN, a oscuras, a la luz de la luna. En cambio, bajo la luz brillante de la Colonia… intimida. Alto, de hombros anchos y con una expresión intensa, como si solo viera problemas que está decidido a resolver. Ni siquiera pestañeó cuando Jove le puso una pistola en la cabeza.

Y, a continuación, la desarmó sin más.

Todavía estoy un poco aturdida, reviviendo mentalmente el momento. No sabía que fuera capaz de moverse así, con una rapidez letal y una seguridad aplastante.

Evelyn estaba en el taller del Remendador, dejando que Mae le enseñara el fuerte que había fabricado con perchas; una muestra de ternura muy poco común en ella. Ahora vuelve a ser la de siempre, bajando los majestuosos escalones de la Colonia para hablar con nuestros… invitados.

La sigo, más por curiosidad que por otra cosa.

—Yo me encargo, Jove. Gracias —le dice Evelyn, aunque tiene la vista fija en Cuatro.

Jove, armada de nuevo, se aleja. Noto que la gente que tengo detrás observa, a la espera de lo que suceda.

—Hola —lo saluda Evelyn con calma—. Me alegro de verte. Y qué pronto.

Noto una inquietud en su voz que no le había percibido antes. Evelyn, la dura estratega sin facción, cede el paso a una Evelyn completamente distinta. Lo que solo sirve para que Cuatro apriete la mandíbula.

—Esta es Christina —dice él, señalando con la cabeza a la chica que tiene al lado—. Una vez me dijiste que este lugar era un refugio seguro. Espero que sea cierto.

Miro a Christina de arriba abajo, intentando averiguar cuál es la relación entre ambos. Es alta, atlética y guapa, incluso con la cabeza vendada. Viste ropa osada, aunque no parece tan mayor. Puede que una iniciada.

—Por supuesto que es cierto —afirma Evelyn—. Aunque reconozco que no esperaba que entraras sin llamar por nuestra puerta principal.

—Ah, bueno, la vida da muchas vueltas inesperadas, ¿verdad?

De repente, noto la tensión en el aire, como justo antes de que empiece a llover o en el último segundo de inestabilidad previo al derrumbe de un edificio. Sé que no debería seguir aquí; he ido a por Evelyn, he ayudado a calmar las aguas y ahora debería esfumarme. Sin embargo, si me muevo, atraeré la atención sobre mí, así que me quedo lo más quieta posible.

Evelyn lo observa durante unos interminables segundos y después se vuelve hacia Christina.

—La historia de cómo has llegado hasta aquí es solo tuya, y tú decides si quieres contarla y cuándo —le dice—. Pero en este lugar rechazamos el sistema de facciones que se sostiene en la

desigualdad. Si es una idea que estás dispuesta a explorar y puedes acceder a seguir unas cuantas reglas básicas, eres bienvenida. ¿Tris?

Me pongo firme de repente.

—Hm…, ¿sí?

—Dile cuáles son las reglas.

—Ah. —Lo que menos deseo en el mundo es recitar lo que me dijo Rory cuando llegué, como si fuera un loro amaestrado. Pero es importante que demuestre mi lealtad a los sin facción…, a Evelyn—. Bueno… La primera regla es que no te pillen. La segunda es que arrimes el hombro. Y la tercera es que… nada de facciones.

Christina me mira a los ojos. Intento sonreír para tranquilizarla, pero no estoy segura de que funcione.

—¿Y bien? —le pregunta Evelyn.

—Claro. No parece complicado.

—Fantástico. —Evelyn sonríe, aunque no le llega a los ojos—. Jove te buscará un sitio para dormir y te dará algunos artículos de primera necesidad. Y, a no ser que pienses quedarte… —añade, hablando con Cuatro—, Tris te acompañará a la salida.

—No necesito niñera —responde él—. Y menos una que es claramente un intento de manipularme.

—El tema es que yo necesito a alguien que se asegure de que salgas de aquí sin desvelar nuestra posición. Y si te creyera capaz de mantener una conversación civilizada conmigo, te acompañaría yo misma. Pero, como eso no parece ser posible… —Se encoge de hombros—. Me conformaré con enviarte con mi esbirra, como tú la has llamado.

No tiene motivos para pensar que no sea otra cosa que una esbirra de Evelyn, pero oír que es así como me ve escuece, de todos

modos. Sé que, cuando la gente me mira, no ve gran cosa: nada más que a una chica sin facción a la que todavía se le pegan, como rocío, los restos de su vida abnegada. Sin embargo, sigo esperando ser más algún día.

Podría estar imaginándomelo, pero creo ver una chispa de arrepentimiento en el rostro de Cuatro, como el movimiento de la llama de una vela.

Evelyn asiente y empieza a alejarse. Sin embargo, tras unos cuantos pasos, se vuelve de nuevo hacia él.

—Aquí siempre eres bienvenido —le dice—. Llames o no.

+ + +

Algo apartada de ellos, observo a Cuatro y a Christina despedirse, sin saber todavía bien qué relación los une. Ella le ofrece una sonrisa que él no le devuelve. Cuatro le pregunta si va a estar bien y ella asiente. En el último segundo, antes de que él se dé media vuelta, ella lo abraza.

—Gracias, Cuatro.

Entonces nos volvemos a quedar los dos solos. El recluta de Evelyn y la esbirra de Evelyn.

Bajamos los escalones que conducen al túnel entre los edificios, y estoy pensando en que recorreremos todo el camino en silencio, salvo por el eco de nuestros pasos, cuando, de repente, habla:

—¿Cómo te has convertido tan deprisa en el soldadito de plomo favorito de Evelyn? ¿No acababas de desertar?

Frunzo el ceño, aunque él no lo vea.

—Conozco las reglas. Solo hay tres; no es tan difícil.

—Todos la miráis como si fuera una especie de heroína.

Quiero discutir con él, decirle que no tiene ni idea de cómo la veo; que no soy una niña soñadora sin facción que no es capaz de ver lo que tiene delante de las narices. Al fin y al cabo, fue a mí a quien apuntó Evelyn con un arma en la Ceremonia de la Elección. Y soy yo la que está aquí para averiguar lo que traman Evelyn y sus radicales.

Pero me muerdo la lengua. Tengo que ganarme la confianza de Evelyn, y no el respeto de Cuatro. Si eso hace que tenga una pésima opinión de mí, bueno, que así sea.

—Si aquí hay algún «soldadito de plomo», ese eres tú —replico, para cambiar de tema—. ¿No eres centinela?

Él se ríe un poco. Resulta desconcertante no verle la cara.

—¿Por qué lo dices?

El recuerdo de la Ceremonia de la Elección me llama de nuevo. Su mano en mi brazo. Me levantó. ¿Qué llevaba puesto? Creía que era un uniforme de centinela, pero quizá fuera simplemente negro. Solo recuerdo sus ojos. Por ese color tan extraño.

No quiero decirle que nos hemos encontrado antes. Por lo que sea, me parece demasiado íntimo reconocer que me salvó de la estampida, pero que mi rostro es demasiado vulgar para que lo recuerde.

Así que digo:

—La mitad de vuestros trabajos tienen que ver con patrullar la ciudad o estar en el muro con un arma en la mano.

Aunque hay otro tipo de osados. Parece una persona capaz, en todos los sentidos de la palabra. Firme y difícil de alterar. Quizá sea un técnico sanitario.

—Soy instructor de los iniciados —me explica— y técnico de simulaciones.

Un profesor. Me trago una carcajada. No porque no sea creíble, sino porque, de haber elegido lo que debería…, él habría sido mi profesor.

Algo me roza los nudillos… son sus dedos, que se deslizan sobre los míos en la oscuridad mientras nuestras manos se balancean en direcciones opuestas. Aparto la mía al instante. Me noto arder la cara y, esta vez, me alegro de que no pueda verme.

—¿Técnico de simulaciones?

—Cada miembro de Osadía tiene que pasar por dos simulaciones del miedo al año. La mayoría programa unas cuantas sesiones de práctica antes de pasar por la prueba. Yo soy el que las dirige.

—Y las simulaciones del miedo… ¿Son lo que indica su nombre?

—¿La manifestación literal de un encuentro simulado con tus miedos más profundos? Sí. Es justo lo que indica su nombre. —Hace una pausa—. Una pesadilla, supongo.

La luz del día de la boca del túnel empieza a llegar hasta nosotros. Ahora le veo las cejas rectas y oscuras, y el ángulo de la mandíbula.

—En realidad, no —respondo—. A mí me gustaría saber qué temo realmente. Preferiría enfrentarme a ello de cara.

Me mira con el ceño ligeramente fruncido.

—Dicho así parece muy sencillo. Me pregunto si opinarías lo mismo de haberlo experimentado en carne propia.

Es imposible que entre sin más en el complejo de Osadía para buscar una simulación del miedo, pero, por un instante, parece que eso es lo que quiere que haga. Aunque solo sea para verme fracasar.

Se aclara la garganta.

—El caso es que no soy un soldado. Ni tampoco un imbécil lamebotas, como pareces pensar.

—Bueno, pues ten en cuenta que quizá te equivoques conmigo tanto como yo contigo.

—Entonces, dime por qué.

Estamos en el edificio que está junto a la Colonia, cerca de la salida del callejón. Se vuelve hacia mí y cruza los brazos sobre el pecho. Me fijo en que la tela de la camiseta se tensa alrededor de los músculos; aparto la vista.

—Evelyn es la que me trajo a la Colonia. Me ayudó, así que quería devolverle el favor. Me pidió que me asegurara de que supieras que, si no eras feliz donde estabas, había alternativa.

—Ah, ¿y ya está? —pregunta, arqueando las cejas.

—¿Qué pasa con vosotros dos? Parece que la odias. Es como si la conocieras…

Me callo de repente y me viene a la cabeza la imagen de los dos de pie, hombro con hombro. La mandíbula apretada y el ceño fruncido. Y me siento tonta, muy muy tonta, por no haberlo visto antes.

—Eres Tobias. Eres Tobias Eaton.

Con razón hay tanta tensión entre Evelyn y él. Dejó que la diera por muerta.

Durante años.

Él da un paso hacia mí y, de repente, no puedo ver nada más. Solo a él, la tensión de sus hombros y el estallido de su aliento, ahora rebosante de ira.

—No me llames así —me dice.

Me obligo a mirarlo a los ojos.

—Me apellido Prior.

Es como si le hubiera dado una bofetada. Está claro que había olvidado que yo estuve allí, como amiga de la familia, en su hogar de la infancia; que le dejé una flor sobre la mesa para consolarlo; que permanecí sentada, con las manos sobre el regazo, frente al desconsolado Marcus Eaton; que estuve presente durante la supuesta muerte de su madre.

—Eres… aún más manipuladora de lo que pensaba —dice, tembloroso—. Pero, de acuerdo, sabes de dónde vengo y crees que con eso basta. Bueno, pues eso no es nada, Beatrice. —Baja la voz —. Y no conoces a Evelyn. Si así fuera, quizá no estarías tan dispuesta a aliarte con ella.

—Pues cuéntame lo que debería saber.

Contengo el aliento porque se me ocurre que quizá… quizá esté a punto de descubrir lo que planean los sin facción, aunque a través de una fuente inesperada.

Él niega con la cabeza y empuja la puerta que da al callejón. Lo sigo al exterior, donde el aire es más fresco. Entonces, antes de llegar al final, oigo el crujido de la grava bajo unas botas y me muevo por instinto: le pongo una mano en el pecho y lo empujo contra el edificio. Es tan sólido como una pared.

—¿Qué…?

Me llevo un dedo a los labios y él guarda silencio. Oigo el eco de voces en el exterior. Deben de ser patrullas osadas, porque ningún abandonado hablaría tan fuerte en la puerta de una casa segura.

—¡Tiene que estar por aquí! No dejo de verlos…

—Estoy bastante seguro de que he visto una luz por ahí…

Miro a Tobias. Él observa mi mano, que sigue sobre su pecho; me he agarrado un poco a su camiseta. Aparto la mano de golpe, aunque no me muevo, por si tengo que impedir de nuevo que nos delate. Veo el movimiento de su cuerpo al respirar y procuro escuchar los pasos de fuera.

Los oigo cada vez menos; se alejan de nosotros en vez de acercarse, hasta que las voces desaparecen.

—Será mejor que te vayas —le digo.

—Sí.

—Yo cuidaré de ella. De tu amiga. Christina.

—Gracias —responde, y sale al callejón.

Vuelve la vista atrás una vez y desaparece.

CAPÍTULO 21

TRIS

TODAS LAS TARDES HAY CLASES de defensa personal justo después de la cena, en una habitación oscura de una de las plantas superiores de la Colonia. Son optativas, a diferencia de las carreras matutinas y las excursiones.

He visto antes entrenar a la gente, corriendo en círculo para calentar, pasando después a la técnica, las peleas por parejas, los ejercicios para mejorar la fuerza y los estiramientos. No se me permitía empezar hasta ser capaz de subir y bajar de un tren con cierta fiabilidad, así que hoy es mi primer día.

Me pongo algunas de las prendas que me dio el Remendador, holgadas para facilitar el movimiento, y me ato los cordones de las botas. Llevo el pelo recogido en una coleta, en vez de un moño pegado a la cabeza; no me peino así desde que dejé de vestirme como una abnegada. Noto el bamboleo de la coleta al caminar y el roce del pelo en la nuca.

Las pocas ventanas que había en la sala de entrenamiento están ahora tapadas con tablas, pero el sol sigue brillando detrás de ellas como si estuvieran ardiendo.

Gretchen me echa una miradita cuando me uno a Colin y a Rory en el fondo, pero no dice nada.

Gracias a las carreras obligatorias, el calentamiento no me cuesta, aunque debo soportar las riñas continuas de Colin y Rory. Después nos reunimos en círculo para ver una demostración de cómo librarse de un agarre del cuello por detrás: barbilla baja, sujetar el brazo, dar un paso adelante y lanzar.

Al instante me percato de que no podré hacerlo.

Nos dividimos en grupos para practicar y miro con inquietud a Colin.

—No puedo lanzarte al suelo —le digo.

Colin no es tan alto para ser un chico, pero sí mucho más que yo. Y Rory es más alta que ambos.

—Sí —responde—. Ayer estuvimos con patadas a la entrepierna. Eso se te habría dado mejor. —Hace una mueca—. A mí no me hizo tanta gracia.

—¡Pequeña espía! —me llama Gretchen—. Ven aquí.

Me lleva aparte del grupo, más cerca de las ventanas. Noto el calor del exterior, que emana de las tablas que nos aíslan del mundo. Gretchen es más alta que yo —quizá tanto como Rory— y más robusta, con el pelo oscuro y las mejillas siempre sonrosadas. Cruza los brazos y me mira.

—Tris, ¿verdad? —pregunta, y asiento—. ¿Qué esperas sacar de esto, Tris?

Me mira con aire crítico y una ceja arqueada. Recuerdo cómo reaccionó Colin cuando le dije que quería entrar en los Zorros: duda inmediata. Me llamó menuda y débil.

—Mira, encantada de que te unas a nuestros entrenamientos de fuerza y resistencia, pero no quiero que pierdas el tiempo —me dice —. Hay cosas imposibles de superar solo con tus habilidades. Si me

enfrento a un oponente más grande que yo, aunque sea mucho peor que yo, ¿sabes lo que haría?

Niego con la cabeza.

—Huir —responde, mirándome fijamente—. Tu apuesta más segura es ser lo más rápida posible.

—Pero no siempre puedes huir, ¿no? ¿Y si te arrinconan?

—Pues gritas con todas tus fuerzas. Pero, en general, tu objetivo debería ser procurar que no te arrinconen. Sé rápida, evasiva, no te metas en una situación en la que tengas que enfrentarte a alguien más grande que tú porque, Tris…, todo el mundo es más grande que tú.

La ira me arde en las mejillas y en el pecho.

—Entonces, crees que, en una crisis, debería huir como una cobarde o gritar para pedir ayuda. Con la remota esperanza de que alguien más grande y fuerte esté por allí cerca. Esas son mis únicas opciones.

—El objetivo es sobrevivir —dice Gretchen—. Esto no es Osadía; nos da igual que nos hagas una demostración de técnica muy llamativa. Si quieres ser un Zorro, búscate otra habilidad útil que puedas practicar y que compense tus carencias en este campo. Si no, no pierdas el tiempo con esto.

Reprimo las lágrimas. Nunca he sido de las que lloran cuando están tristes, pero siempre lo hago cuando me enfado. Es como si la rabia fuera una fuerza de la naturaleza dentro de mí y exigiera liberación. Y supongo que, como todo el mundo me ha dicho siempre que debo controlarme, la única liberación posible es a través de las lágrimas.

Parpadeo para frenarlas. Gretchen me pone una mano en el hombro.

—No intento herir tus sentimientos. Aquí hay muchas formas de resultar útil. Es como un cuerpo: no todo se reduce a un brazo o a una pierna. Cada parte tiene su cometido. Todas son importantes.

«Sí —pienso—, pero estoy bastante segura de que prefieres perder un dedo a perder un brazo».

—No has herido mis sentimientos —respondo con frialdad—. Es que no estoy de acuerdo contigo.

Gretchen aparta la mano y se encoge de hombros.

—Haz lo que quieras, pero no puedo perder mucho tiempo, así que…

No termina la frase, pero sé lo que no me dice: que no puede perder mucho tiempo, así que se lo va a dedicar a las personas en las que de verdad cree.

Se aleja y me quedo donde estoy, dolida. Noto que los demás me miran, Rory y Colin entre ellos. Sería humillante volver al ejercicio después de lo que ha dicho Gretchen; sería igual de humillante marcharme después de que me desecharan por ser una pérdida de tiempo.

Tomo aire y regreso con Rory y Colin.

—¿Estás bien? —me pregunta ella.

—Sí, es que se me ha olvidado que tenía que hacer una cosa. Os veo luego.

—Tris…

Pero ya estoy saliendo de la zona de entrenamiento y doblo la esquina para dirigirme a la escalera, donde hay unas cuantas personas que han pegado el mapa a las ventanas y lo rodean para

estudiarlo. Más cerca del vestíbulo, Mae salta a la cuerda con un viejo cable en uno de los rellanos. Recita entre dientes una rima mientras lo hace, probablemente algo que aprendió en Verdad.

Bajo al dormitorio. Hay unos cuantos en la Colonia, aunque llamarlos «dormitorios» suena más formal de lo que en realidad son: grupos de colchones, cada uno sobre una plataforma baja, con una cajita de embalaje al lado para guardar nuestras cosas. El rincón que comparto con Colin, Rory y Miles está vacío a estas horas, ya que Miles está aprendiendo a cuidar de la pajarera, y Colin y Rory se han quedado en la clase de defensa personal.

No puedo seguir reprimiendo las lágrimas. Un sollozo me parte el pecho y dejo que salga. No es tanto lo que ha dicho Gretchen, sino lo que significa: que lo que quiero no encaja con lo que soy. Que debería resignarme a llevar una vida dedicada a las labores tranquilas que detesto, solo porque no se me dan mal. Me sentía atrapada en Abnegación y ahora me siento atrapada de nuevo, pero esta vez por algo de lo que no puedo desertar: mi cuerpo y sus limitaciones.

Me siento al borde de la cama y me sujeto la cabeza con las manos.

—¿Estás bien?

La voz procede del otro lado de la pequeña habitación sin ventanas. La cama de Christina está frente a la mía. Se está sentando, con las piernas cubiertas por mantas y una venda nueva en la cabeza. Para cuando regresé de acompañar a Cuatro a la salida, ella ya estaba dormida; comprensible, puesto que acababa de salir del hospital.

—Sí —respondo, pasándome la palma de las manos por las mejillas—. Sí, estoy bien. Siento haberte despertado.

—No te creo —dice ella en voz baja, como si le hiciera gracia—. Lo de que estés bien, me refiero. Y no pasa nada; yo tampoco estoy bien. —Se señala la venda—. Vale, yo primero. Hay otro iniciado, Peter, que lleva semanas tomándola conmigo. Estoy bastante segura de que es porque su novia, Molly, está en los últimos puestos de la clasificación; así que tenía que librarse de alguien para que ella entrara. O porque es un sádico cabrón, a saber. —Frunce los labios como si hubiera probado algo ácido y continúa—: Total, que ayer Molly llegó al final de la lista, lo que significaba que la expulsaban hoy. Así que debería haber visto venir que ocurriría algo.

»Anoche me agarró mientras dormía. Había afilado uno de los cuchillos de untar de la cafetería y no sé qué pensaba hacer con él —me cuenta mientras la miro horrorizada—. Intenté quitármelo de encima, pero… era demasiado fuerte. Me apuñaló con el cuchillo y me lo clavó justo aquí —me explica, dándose un toquecito con la punta del dedo en la venda que le cubre el ojo—. Y ahora… —Se le trunca la voz, pero sigue hablando—. Ahora me falta un ojo. Y en vez de pensar en cosas prácticas, como si voy a tener una mala percepción de la profundidad o si tendré que aprender a girar mucho la cabeza o lo que sea, en lo único que pienso es… —Se ríe en medio de un sollozo—. En que voy a ser fea —concluye en voz baja —. ¿A que es una tontería? Porque mira que hay cosas que deberían preocuparme.

—No es ninguna tontería.

—Es un poquito tonto.

—Que no —insisto, frunciendo el ceño—. ¿Sabes lo que creo?

Ella se seca la mejilla y me mira, a la espera.

—Creo que no es por ser guapa o no, sino por no tener la vida que pensabas que tendrías. Por no ser la persona que creías que serías. —Me muerdo el labio—. Pero sigues siendo guapa.

Christina resopla.

—Soy la chica tuerta. Siempre seré la chica tuerta.

—No, vas a ser la chica del parche en el ojo y ¿quién sabe qué hay debajo o cómo le pasó? Una chica con una historia. Una chica que tiene… coraje.

—Coraje —dice, y parece darle vueltas—. De acuerdo.

Guardamos silencio un ratito. Lo único en lo que puedo pensar es en que mis palabras también se me aplican. Perdí la vida que pensaba que iba a tener. Aquel día, en la Ceremonia de la Elección, perdí la versión de mí que creía que podía existir. Y, más que eso; se suponía que las facciones eran los andamios de mi vida, resistentes y fuertes, aunque sus miembros no lo fueran. Pero el día que mi padre intentó borrarme la memoria, me di cuenta de que esos andamios eran más débiles de lo que pensaba.

Y aquí estoy ahora, intentando descubrir una trama para destruir las pocas migajas de orden que tenemos.

—¿Y tú? —me pregunta Christina.

—Bah, no es nada. La profesora de defensa personal me acaba de decir que no se va a molestar en enseñarme porque soy demasiado menuda.

—¿Qué? —Christina endereza la espalda en la cama—. ¿Estás de coña?

Niego con la cabeza.

—En la iniciación teníamos a un par de chicas más o menos de tu tamaño —me dice—. ¿Sabes qué hizo Cuatro con ellas?

«Cuatro», pienso, todavía preguntándome por el significado del apodo.

—No, ¿qué?

—Les enseñó a defenderse —responde—. Y les dio trucos para enfrentarse a personas más grandes que ellas.

Siento que se me enciende una chispa de esperanza en el pecho.

—¿En serio?

—Pues claro.

—¿Y a ellas… se les daba bien?

—No voy a fingir que no sea una clara desventaja, porque lo es, pero, mira, quien intente hacerte daño no se esperará que alguien como tú se defienda. Cuentas con el factor sorpresa. Y la sorpresa puede suponer la diferencia entre escapar de alguien y no conseguirlo. —Se señala el ojo de nuevo, indiferente—. No soy una experta, pero puedo enseñarte lo que sé, si quieres.

—Sí —acepto, y la chispita de esperanza se convierte en una llama en toda regla—. Sí, me encantaría.

CAPÍTULO 22

TRIS

No sé bien cuándo mi misión de ingresar en los Zorros se convirtió también en la de Christina. No se une a mí en las carreras —se supone que no debe hasta que se le cure el ojo—, pero empieza a memorizar los mapas, a retar a Colin para ver quién hace más flexiones de brazos y a estudiar los pocos textos sobre comportamiento de las facciones que guardan en la Colonia.

En algún momento entre que la ayudo a cambiarse la venda del ojo y ella me enseña a usar todo mi peso al asestar puñetazos, me dice:

—¿Crees que aceptarían a una chica tuerta?

Es después de cenar y estamos en la zona de entrenamiento, junto a uno de los sacos de boxeo solitarios y rajados del rincón. Los demás siguen abajo, en las mesas del comedor, hablando y riendo.

—Sé que no quieren a nadie que llame la atención —dice—. Por no hablar de alguien que no ve demasiado bien…

Le doy un puñetazo al saco, concentrada en dónde cargo el peso. Me duele el hombro, pero sé que lo he hecho bien por el sonido del puño contra la tela.

—No hay ninguna razón para que no puedas hacer lo mismo que ellos —apunto antes de golpear de nuevo, mientras el sudor me

gotea por la nuca—. Lo único es que quizá tengas que esforzarte un poco más. Como yo.

—Sí, supongo —afirma, dándome un toque con el dedo gordo en el pie que tengo adelantado—. Sigues bloqueándote. Mueve los pies.

Doy un paso atrás y después adelante, pero esta vez con un golpe cruzado.

—Con ojo o sin él, a los Zorros no les quedará más remedio que tenernos en cuenta si nos presentamos con sus estandartes —le digo—. Así que hay que encontrar dos. Rory dice que suelen estar en las sedes de las facciones, lo que es una buena noticia para ambas.

—¿Por qué iba a ser una buena noticia? —pregunta mientras me sujeta el saco.

—Porque, entre las dos, conocemos las sedes de tres facciones: Verdad, Osadía y Abnegación. Y sabemos cómo pasar inadvertidas en ellas.

—No pienso volver a Osadía —replica muy seria.

—Pues Verdad.

—¿Y qué pasa con Colin y Rory? ¿Vamos a incluirlos?

—Ellos ya han formado su equipo. Van a por Erudición y Cordialidad, así que ni siquiera nos vamos a cruzar.

—Vale —responde, asintiendo unas cuantas veces—. Sí, adelante.

Faltan dos semanas para la competición.

+ + +

Una semana después, Colin se me acerca durante la comida con una pistola de dardos en la mano.

—De acuerdo, tú te vienes conmigo.

—Hm…, ¿adónde, exactamente? —pregunto.

—Por mucho que entrenes con Christina, los Zorros te van a analizar detenidamente en lo de la defensa personal. Así que necesitas una habilidad, y creo que podría ser esta.

Le echo un vistazo a la pistola de dardos que lleva en la mano. Gretchen me dijo que compensara lo que me falta de fuerza.

Subimos a la azotea de la Colonia, donde alguien ha montado una hilera de tres dianas de papel con cartón por detrás. Sobre todo, se usan para jugar en los ratos libres en los que no hay que trabajar.

—Gracias por pensar en esto —le digo.

—Agradécemelo si se te da bien.

Cojo la pistola. No es sofisticada, nada más que un cacharro con forma de pistola ensamblado con trozos de plástico fundidos, un gatillo y un mecanismo de carga. Los dardos en sí son demasiado pesados y romos para parecerse a las agujas de Osadía o a las balas de verdad, pero es lo mejor que tienen aquí para entrenar.

—Tú primero —le digo, devolviéndole el arma.

—Antes de elegir Osadía, leí sobre esto —me cuenta, poniéndose frente a la diana mientras sostiene en alto la pistola—. La guía decía que había que empezar por el suelo: con los pies como la base de una pirámide. Adelantados, y no en paralelo. —Se los miro: están uno frente al otro, como si fuera a pegar un puñetazo—. Después hay que usar la mira delantera, aunque en este chisme no hay ninguna —explica, entornando los ojos—. A continuación, respiras y sueltas el aire, pero solo a medias. Luego, disparas. —Aprieta el gatillo, pero no pasa nada—. Ay, mierda. —Hay una palanquita justo detrás de donde se carga el dardo—. Se me olvidó el percutor.

Tira de él y vuelve a colocarse en posición. Esta vez, al disparar, el dardo sale despedido y acierta en el blanco, dentro del segundo anillo más pequeño, y Colin gira sobre un pie para celebrarlo. Después, me pasa la pistola con otro dardo.

Suspiro. Me coloco en su lugar, con un pie adelantado y ambos brazos en alto. Disparo, pero el dardo se desvía de la diana por un amplio margen; apenas roza el papel. Colin lo arranca de la pared y regresa corriendo a mi lado.

—Te has acelerado —me dice—. Tienes que frenar y concentrarte. Venga, otra vez.

—Puedes sacar al chico de Erudición, pero no a Erudición del chico.

—Nada de facciones —me recuerda.

—Ya, claro —respondo, pero le quito el dardo y vuelvo a cargar el arma.

Al levantar el brazo de nuevo, pienso en la meditación que tenía que hacer todas las mañanas durante la iniciación abnegada. En lo imposible que me resultaba dejar la mente en blanco cuando lo único en lo que podía pensar era en lo frío que estaba el suelo, en el hambre que tenía o en lo mucho que deseaba no estar meditando. La voz de Eleanor me susurra en el patio: «Estad presentes».

En su momento me parecía absurdo. ¿Cómo vas a dejar de pensar en el pasado, en el futuro… y en todo, en general? Pero me concentro en el círculo rojo del centro de la diana y después en la mira delantera del arma. Inhalo, y lo único que siento es el aire frío en la nariz. Exhalo y disparo.

El dardo acierta en el círculo más pequeño del blanco, a escasos centímetros del centro.

Colin alza los brazos y deja escapar un grito triunfal.

—¡Tiene un don natural! —exclama, aunque aquí arriba no hay nadie más.

Me quedo mirando el dardo y, poco a poco, esbozo una sonrisa. En todo el tiempo que llevo aquí, probando nuevas habilidades, no había descubierto nada que se me diera bien, nada real, que no fuera un juego. Voy arreglándomelas o apenas siguiendo el ritmo. Pero esto… me ha parecido fácil.

«Lástima que no sea real», me recuerdo. Solo lo estoy aprendiendo para convertirme en un Zorro, y solo quiero serlo para descubrir quién robó la pistola que mató a Robert… y por qué.

Por otro lado, quizá pueda ser ambas cosas. Real y no real. Verdadero y falso.

—Vamos a probar de nuevo —me anima Colin, ofreciéndome otro dardo.

Falta una semana para la competición.

+ + +

Seis días después hay un Día del Banquete, como han empezado a llamarlo algunos: un día en el que todos los ocupantes de la Colonia comen a la vez, normalmente para celebrar algo. Nadie nos ha dicho todavía qué.

—… solo se supone que tienes que saltar —dice Christina. Estamos en la mesa grande del comedor y le está contando a Colin cómo funciona la iniciación osada.

—Saltar —repite él—. ¿Saltaste de un edificio a un agujero enorme? ¿Así entraste en la sede de Osadía?

Christina asiente antes de morder la manzana que tiene en la mano.

—Hay una red abajo, evidentemente, pero ninguno lo sabíamos seguro. Yo tenía bastante claro que no iban a matarnos a todos, así que me lancé.

—Casi me alegra habérmelo perdido —comenta Colin.

—No estuvo tan mal. Pero lo de compartir habitación con Peter, también conocido como el diablo personificado…

—¿Te refieres al tío que te apuñaló en la cara? —pregunta Rory con la boca llena de pan. Después vuelve la vista hacia Colin y hacia mí. Todos nos hemos quedado mirándola—. ¿Qué? ¿Demasiado cortante?

—Un poco —respondo.

—Mucho —añade Colin.

Christina se limita a decir:

—En realidad, era más bien afilado.

Se me escapa una carcajada antes de poder reprimirla. Me tapo la boca con la mano. Christina me mira por el rabillo del ojo y después me lo guiña.

—Humor negro —señala Rory—. Me gusta.

En el patio, alguien da unos toquecitos en un vaso para llamar nuestra atención. Nos reunimos alrededor del umbral, y Jove se sube al escalón más alto y se aclara la garganta.

—Hace un par de semanas, algún osado resentido nos quitó una caja entera de papel higiénico sin motivo aparente —dice, y todas las personas que me rodean empiezan a abuchear. Jove levanta las manos para pedir silencio y se pone seria—. Nuestros amigos del Museo han tenido la amabilidad de prestarnos parte del suyo, y por

eso no nos hemos sumido en el caos absoluto. Pero la Colonia es el lugar de reunión del gremio de los Zorros, y al gremio de los Zorros no le gusta que un osado mezquino quede por encima.

Entonces se abren las puertas del otro extremo del patio y entran cuatro personas cargando con algo oculto bajo una sábana. Una de ellas es Botas; otra, Gretchen. Lo que llevan a cuestas es grande y cuadrado.

Lo dejan en el centro del patio y Botas, con aire teatral, retira la sábana. Reconozco de inmediato los rollos de papel.

—Cortesía de la sede de los osados. Se lo hemos arrebatado delante de sus narices —anuncia Gretchen.

—¿No querrás decir «debajo de sus culos»? —pregunta Botas, y todo el mundo lo vitorea.

La gente empuja las sillas hacia los bordes para dejar espacio a quien quiera bailar. Me fijo en que Evelyn, que se ha reunido con Jove al principio de la comida, ahora sube por la escalera a la planta de arriba. No había vuelto por aquí desde el día que recité las reglas de los sin facción siguiendo sus órdenes. Supongo que se ha terminado mi trabajo como chica de los recados. Convertirme en Zorro es la única idea que se me ocurre para llamar su atención.

Levanto la silla en la que estoy sentada, la coloco siguiendo la hilera y me siento en el borde para ver a los músicos afinar los instrumentos. Rory me señala cada uno de ellos y me dice cómo se llaman.

—Guitarra.

—Sí, ese me lo sé.

—Banjo.

—¿Cuál es la diferencia entre eso y una guitarra? ¿Es más redondo?

—Si escucharas los dos por separado, no me harías esa pregunta. Violín.

—Ese es fácil, tiene un palo.

—Es un arco.

—A mí me parece un palo. ¿Y cómo se llamaba ese tubo brillante?

—¿El tubo? ¿Te refieres a la flauta? —Rory tiene las mejillas rojas, pero hace una pausa y me mira entornando los ojos—. Dios mío, ¿me tomas el pelo?

—Puede —respondo, sonriente.

—Tris, la velocidad a la que estás desarrollando tu sentido del humor me resulta alarmante.

Supongo que está en lo cierto. La semana pasada no dejaba de morderme la lengua. Esta, Rory me da un puñetazo de broma en el hombro. Diría que es un avance.

El guitarrista tira de la misma cuerda una y otra vez, y después acerca la cabeza al vientre de madera del instrumento para escuchar. Las personas reunidas en el centro del patio, listas para bailar, se impacientan.

—A veces cuesta recordar que eras una abnegada —comenta Christina mientras la violinista empieza a marcar el ritmo con el pie.

Quiero decirle que a mí también me cuesta recordarlo; que me cuesta identificarme con la versión de mí misma que se cortó la mano y derramó sangre sobre las piedras. Y no solo porque después descubrí hasta dónde eran capaces de llegar los líderes de Abnegación para ocultar la verdad, sino por los días anteriores,

cuando recorría los pasillos de la sede cada noche e intentaba convencerme de que encajaba en el molde de mi facción.

Ahora me parece evidente que la única forma de hacerlo era aplastándome para cambiar de forma.

—¿En serio? —pregunto, intentando sonar relajada—. Me dicen que soy un poco seca.

Se encoge de hombros.

—Eres como Cuatro. Es conservador, para los estándares de Osadía. Pero tiene… aristas. Como tú.

Me siento algo inestable, como si estuviera sentada en una silla con una pata coja. No estoy acostumbrada a que la gente me mire, a que me mire de verdad, en vez de juntar la ropa gris con el rostro vulgar y decidir que ya han visto bastante.

No sé si me gusta. Que nadie se fije en ti te da cierta libertad, pero también es solitario.

—¿Sabes a qué viene ese apodo? ¿El de Cuatro? —pregunto, deseando cambiar de tema.

—Muchos osados reciben apodos durante la iniciación, aunque suelen estar relacionados con las simulaciones del miedo, y yo no llegué hasta esa fase. Pero no se lo he preguntado. En realidad, le tenía un poco de miedo; no es lo que se dice alguien cariñoso y achuchable.

Pienso en sus ojos oscuros clavados en los míos. Me intimida, sí, pero nunca me ha dado miedo. Como mucho, me hace sentir frustrada.

—No lo sé —respondo—. A mí no me ha parecido tan temible.

Me echa una mirada algo traviesa.

—¿Y qué te ha parecido, entonces?

—De un atractivo excepcional —señala Colin.

Doy un respingo; no era consciente de tenerlo detrás.

—Lo siento, ¿la pregunta era para Tris?

Christina me mira arqueando las cejas.

—¿Algo que opinar?

—Bueno, no es debatible —indico—. Tienes ojos y lo has visto.

—Corrección: tengo un ojo.

Me tapo la boca con la mano al darme cuenta de lo que he dicho.

—Lo siento mucho —digo, sin apartar la palma de los labios.

—No seas tonta, no pasa nada. El Remendador me está haciendo un parche con un ojo enorme pintado en él porque quiero aceptarlo y aprovecharlo.

Entonces la música empieza a sonar de verdad. Algunas personas aporrean la mesa que han arrastrado desde el otro lado de la sala como si fuera un tambor, mientras la violinista hace chillar las cuerdas con su arco, y el guitarrista y el que toca el banjo se acercan el uno al otro, quizá para emparejar sus notas o cuerdas, o como se llame. La gente se pone a bailar e intento reconocer los distintos estilos, aunque, como abnegada que soy, me cuesta distinguir si son heredados de las facciones o desarrollados por ellos mismos.

Muevo la cabeza al ritmo de la música y pienso en lo que cantaron todos juntos durante mi primera cena como iniciada de Abnegación. La forma en que las voces imperfectas se fundían. En ese momento me sentí como si, quizá, pudiera aguantar en mi facción.

Y, ahora, aquí estoy.

Christina me da un codazo y me fijo en que el Remendador está junto a mi hombro derecho y me ofrece una mano. Como siempre,

su forma de vestir es única. Lleva una chaqueta negra brillante y de plástico, como si hubiera sido diseñada para repeler la lluvia. La camisa que viste debajo es de encaje negro, con puños grandes y caídos en las mangas. Los pantalones son de un blanco puro.

Lo miro. Sé lo que significa la mano que me ofrece: me está invitando a bailar.

—No sé bailar —respondo.

—Considéralo una orden, no una petición. Un intento y después te dejo tranquila, lo prometo.

Suspiro y le doy la mano. Me arrastra lejos de Christina y nos sumergimos en el enjambre de parejas que se balancean siguiendo un ritmo rápido. Parece más difícil que los bailes lentos que suelen llegar entrada la noche, pero el Remendador no parece preocupado.

—Vale, lo que quiero ver ahora es un paso lateral. Encuentra el ritmo y síguelo. Estoy bastante seguro de que hasta una chica abnegada sabe cómo funciona el ritmo. —Arquea las cejas y espera.

Me arden las mejillas. Intento refrescarlas con las palmas de las manos y después doy un paso a un lado. Después, al otro.

—Bien —dice, dándome las manos—. Ahora, intenta poner cara de que no te estoy torturando.

—No quiero engañar a nadie.

—Ah, bien, ahora se ha vuelto graciosa. Venga, adelante y atrás.

Me cuesta unos cuantos intentos, pero consigo seguir sus instrucciones durante un rato. Soy consciente de que me sudan las manos y de lo tensa y torpe que debo parecer. Sin embargo, al mirar a mi alrededor, veo que todo el mundo tiene la vista fija en su pareja de baile o en algún punto de la sala; en cualquier cosa menos en mí.

Colin baila con Christina y los ojos le brillan de alegría. Rory baila con Jove. Y Miles tiene a Mae de puntillas sobre sus pies.

—¿Alguien que te llame la atención? —me pregunta el Remendador.

—¿Qué? No, claro que no.

Noto que le estoy apretando las manos, así que intento relajarlas.

—Tranquila, es una broma. No pasa nada por mirar a un chico. O a una chica, ya puestos. No pasa nada por bailar, ni por enseñar los brazos, ni por dejarte el pelo suelto. No pasa nada por ser una persona, por querer cosas, por pensar lo que tú quieras en la intimidad. —Se me acerca a la oreja como si deseara contarme un secreto—. No pasa nada por ser libre. —Se echa hacia atrás y sonríe un poco—. Ahora, ve a bailar con tus amigos, estirada.

Al volver la vista atrás, veo a Colin y a Christina, que ahora se balancean por separado al ritmo de la música.

«No pasa nada por ser libre», pienso, y me suelto del Remendador para acercarme a Colin.

Me obligo a ofrecerle las manos.

Él las acepta y empezamos a bailar.

Es peor bailarín que el Remendador, pero se ríe todo el rato: cuando le pego un pisotón, cuando fracasa en su imitación del hábil juego de pies de Rory, cuando me ve la cara de concentración y cuando nota que a él también le sudan las manos.

Al cabo de un rato, se nos une Rory, que me da una mano a mí y otra a Colin, y nos hace girar.

—¡Como hacíamos en Cordialidad! —nos dice.

Christina también se acerca. El violín chilla con las notas más agudas y el guitarrista pierde el ritmo, y mi cuerpo se calienta por

dentro.

En cierto momento, subo la mano y me suelto la coleta. El pelo rubio enredado cae sobre los hombros y me gusta la sensación. Sé que he venido con un motivo oculto, que estoy aquí para ganarme la confianza de esta gente y sacarle todo lo que pueda, pero… ahora mismo, me gusta la soltura con la que me muevo. Ahora mismo, me gusta lo fácil que me resulta reírme por nada en concreto.

Ahora mismo, me gusta estar aquí.

Así que me parece de una crueldad extrema que, de repente, justo cuando acaba la canción, un grupo de centinelas osados entre en tromba por el túnel y nos apunte con sus armas.

CAPÍTULO 23

TRIS

—¡De rodillas!

Durante una fracción de segundo, cuando aparecen los primeros osados en la Colonia, me maravilla lo bien coreografiados que están. Entran corriendo en el patio interior formando dos filas perfectas para después dividirse: una fila va hacia la derecha y otra hacia la izquierda, hilera tras hilera, hasta rodear la sala.

El centinela que tengo al lado, el que me ha ordenado que me ponga de rodillas, me empuja el hombro con su arma.

—¡De rodillas! —repite.

Aunque los superamos en número, la única arma del edificio es la de Jove y ella no la saca. Asiente con la cabeza en dirección a las personas que tiene más cerca y, poco a poco, todos nos hincamos de rodillas. Busco a Evelyn en la multitud, pero no la encuentro. Debe de seguir arriba y se mantiene oculta.

Me percato de que estoy jadeando, así que tengo que ralentizar la respiración para no desmayarme. Veo que algunos levantan los brazos y se llevan las manos a la cabeza, como si ya hubieran hecho esto antes.

Puede que lo hayan hecho antes. Si nuestra regla más importante es «que no te pillen», por algo será. Nunca se me ocurrió preguntar

qué pasa cuando nos pillan.

Noto las baldosas frías bajo las rodillas. Levanto la vista hacia el centinela de mi izquierda. Todavía tiene las facciones tersas como las de un niño y lleva una segunda arma en la pistolera de la pierna, al lado de mi hombro. Diría que es de la edad de Cuatro, y me pregunto si se conocen, lo que me lleva a preguntarme si será Cuatro el que les ha hablado de este lugar.

Aunque no lo habría creído capaz, la gente no deja de sorprenderme.

—Esto es una reunión pacífica —le explica Jove a la centinela que parece comportarse como la líder de este… pelotón, o como se llamen. Me doy cuenta de que la conozco: es Weaver, la guardia que nos acosó en la depuradora. Es mayor que el resto, aunque no por mucho; tiene toda la ceja izquierda llena de aros y el cuello cubierto de tatuajes—. No hay ningún motivo para…

—¿Ningún motivo? —la interrumpe Weaver—. Estáis escondiendo a un secuestrador y a la criatura que le robó a su madre. ¿No te parece motivo suficiente?

Miro a Christina. No tengo ni idea de qué está hablando, hasta que, de repente, caigo en la cuenta.

Mae y el Remendador.

El Remendador se llevó a Mae para alejarla de su madre.

Weaver señala a Mae, que está a pocos metros de mí, echada sobre el costado de su hermano mayor, con el rostro oculto en su hombro. El Remendador ha levantado una mano para rendirse, pero con la otra le sujeta la cabeza a Mae, y los anillos dorados de los dedos brillan a la tenue luz del patio.

Dos osados se abren paso entre la multitud de bailarines ahora arrodillados y se detienen frente a él. Frente a nosotros.

—Entrégala —ordena uno de ellos.

—Es mi hermana —responde él, fulminando con la mirada a los osados a través del mechón de pelo oscuro que le cae sobre los ojos —. No quiere vivir con nuestra madre; se lo podéis preguntar.

—Es una niña —replica el osado—, y debe estar con su madre, no en un antro sin facción que prácticamente se cae a pedazos.

—No está a salvo en casa —le suelta el Remendador, al que le tiembla la mano con la que sujeta la cabeza de Mae—. ¿Os dijeron eso cuando os enviaron a aterrorizarnos? Le hacían daño…

—¡Ya basta! —grita Weaver—. Quítasela de una vez.

Los soldados se abalanzan sobre Mae y los acontecimientos se precipitan.

Los sin facción que me rodean se ponen en pie de un salto. Christina y Colin, Jove y T, al que le gusta hacer pájaros de papel y nos enseña a leer los mapas, corren hacia el Remendador. Los guardias osados vienen a por nosotros desde todos los ángulos.

Noto una presión en el pecho. Pienso en la mujer sin facción con una aguja en el cuello, muerta en el suelo. Pienso en las cenizas de Robert comprimidas para formar un ladrillo conmemorativo.

Todo el mundo grita: los osados ordenan que no nos movamos, los sin facción ordenan que retrocedan y el Remendador sigue en el suelo, a mi lado, mientras Mae solloza y chilla contra su pecho.

Entonces, se oye un disparo; el ruido ahogado de un proyectil no letal, pero horriblemente doloroso, y alguien que suena como Rory deja escapar un grito. Colin lanza un puñetazo; los osados empiezan

a forcejear con él y con T. Yo corro a cubrir a Mae y caigo sobre el Remendador.

Lo veo por el rabillo de ojo: la pistola en la funda del muslo de un guardia osado. El Remendador también la ve. Es como si todo lo que me rodea se ralentizara y guardara silencio. El Remendador intenta alcanzar la pistola con la mano libre, pero yo reacciono y le doy un manotazo en el codo para apartarlo.

—¡No! —exclamo, mirándolo a los ojos—. No.

No es más que un instinto que se convierte en certeza: si roba esa pistola, la violencia subirá de nivel. Es como en la Ceremonia de la Elección, cuando la aguja que mató a la mujer sin facción condujo a la bala que mató a Robert.

Los ojos enormes y desesperados del Remendador se clavan en los míos, y entonces oigo:

—¡Parad! ¡Parad todos!

Evelyn baja la escalera.

No sé bien por qué funciona. Quizá algunas personas posean una voz más poderosa que las demás; tal vez los sin facción hayan reconocido su timbre y cadencia. Es posible que cualquiera con ese tono y volumen hubiera detenido la pelea, llegados a este punto. El caso es que los sin facción se quedan paralizados y, con ellos, los de Osadía.

—¿Puedo preguntar quién está al mando? —dice Evelyn, en un tono más calmado.

Nunca la había oído hablar así. Creo que es la voz de la esposa del líder del consejo. Me pregunto cuánto hace que no la usaba.

Weaver sale de la refriega y apunta a Evelyn con su arma.

—¿Y tú quién eres?

—Bueno, no tenemos un sistema de organización formal, como seguro que ya sabes, pero soy la de más edad de los presentes, así que no me importa hacer de portavoz —responde Evelyn utilizando la misma voz tranquila. Tiene los brazos en alto, con las palmas de las manos hacia Weaver—. ¿En qué puedo ayudaros?

Intercambio una mirada perpleja con Christina. En el suelo, a diez metros, Rory sigue retorciéndose de dolor, con la mano en el pecho, donde la aguja del arma osada debe de haberle acertado.

—Aquí hay una niña a la que se apartó ilegalmente del cuidado de su madre —indica Weaver—. Hemos venido para recuperarla y detener al culpable.

—Ya veo. Supongo que habrá algún tipo de juicio, ¿no?

—¿Juicio?

—Bueno, acabas de acusar a alguien de haber cometido un delito, así que se tendrá que celebrar un juicio para determinar si es culpable, además de qué hacer con la niña, ¿correcto?

—Hm… —titubea Weaver—. Sí. Supongo. Aunque mi trabajo no es…

—Muy bien —la interrumpe Evelyn—. Entonces, yo acompañaré al acusado y a la niña a vuestro centro de detención para discutir el asunto con tu supervisor. ¿Te parece justo?

Weaver parpadea. Estoy maravillada. Evelyn ha logrado que una negativa parezca una respuesta poco razonable a una petición perfectamente razonable.

—De acuerdo, pero no quiero forcejeos.

—No los tendrás. ¿John? —No sé con quién habla hasta que el Remendador se pone de pie, abrazando a Mae, que se sorbe los mocos—. Vamos con estas personas para resolver el asunto.

El Remendador asiente. Se abre paso entre sus agresores y defensores, y se pone al lado de Evelyn.

—Los demás, será mejor que os larguéis —grita Weaver—. No se os permite ocupar este edificio, y menos siendo tantos. Hay espacio para todos vosotros en el sector de los sin facción, al norte de aquí. Enviaré a alguien dentro de dos días para asegurarme de que hayáis obedecido.

Examina la habitación una vez, no sin cierto desdén, y después abre la marcha en dirección al túnel. El resto del pelotón rodea al Remendador, Evelyn y Mae, aunque no vuelven a intentar quitarle la niña. Todos bajan en grupo las escaleras y se pierden de vista.

+ + +

Me paso la hora siguiente como en un sueño.

Lo primero es sacarle a Rory la aguja del pecho.

Jove pide a algunas personas que la trasladen hasta la mesa que está a un lado. Va a por un botiquín de primeros auxilios, que guardan no sé dónde, se desinfecta las manos y coge unas pinzas. Rory se retuerce de dolor, así que Jove ordena que la sujeten mientras le baja la camiseta para exponer la clavícula. A continuación, se inclina sobre ella, con las pinzas temblándole en la mano, hasta que Colin interviene.

—¿Y si dejas que lo haga yo? Tengo buen pulso.

Jove parece aliviada. Le entrega las pinzas a Colin, quien se aplica el desinfectante en las manos y me hace un gesto para que lo siga. Así lo hago, aunque no sé de qué voy a servir. Me coloco al lado de

la cabeza de Rory, y él se sitúa junto a su hombro. La chica está llorando; un sollozo le desgarra la garganta.

Colin me pasa un trozo de gasa.

—Cuando la saque, va a sangrar mucho, así que tienes que estar preparada para limpiarla.

—¿Lo has hecho antes?

—He sacado una astilla, ¿eso cuenta?

La situación es tan seria que ni siquiera se me ocurre reír.

Se inclina sobre Rory y, sin vacilar, le clava la punta de las pinzas en la carne. Ella grita con tal fuerza que me pitan los oídos. Colin sigue escarbando hasta que ella se revuelve de tal modo contra quienes la sujetan que casi se les escapa. Entonces, extrae la aguja de un tirón y la sostiene frente a la luz.

La sangre brota de la herida y corro a presionarla con la gasa.

Colin busca un analgésico en el botiquín. Encuentra un autoinyector en el fondo de la caja, lo destapa y se lo clava a Rory en el pecho, junto a la herida.

—Sedante —explica.

Las agujas están diseñadas para infligir un dolor debilitante; la única forma de ahorrárselo es dejarla inconsciente.

Rory tarda unos segundos en relajarse sobre la mesa, pero al final lo hace. Colin se sienta en el borde, con la respiración alterada. Todavía tiene las manos manchadas de sangre. Todos guardamos silencio, pero es un tipo de silencio distinto al que estoy acostumbrada por aquí. Más cargado, de algún modo.

—Que todo el mundo recoja sus cosas —dice Jove en voz baja—. Mañana nos mudamos.

—No iremos al sector de los sin facción, ¿verdad? —pregunta T.

La zona pensada para los abandonados, justo al lado del sector de Abnegación, es el sitio al que van los otros sin facción, los que no quieren vivir en una comunidad, como hacemos nosotros. En la Colonia nadie desea ir allí, donde nos vigilarán de cerca.

—No —responde ella, frunciendo el ceño—, al Museo. Tienen espacio para nosotros hasta que encontremos otra casa segura.

Después de eso, nos dispersamos. Algunos se van a recoger sus pertenencias; otros, a empaquetar las cosas de la cocina; otros, a reunir las lámparas solares. Yo dejo a Colin al cuidado de Rory y subo al taller del Remendador.

Aquí no huele igual que en el resto de la Colonia, sino a detergente, algodón mojado y la raíz de jengibre que a veces masca mientras trabaja. Por un momento me agobia la cantidad de tela que hay que empaquetar. Sin embargo, mi experiencia en el centro de donaciones me viene bien: sé cómo doblar la ropa.

«Estante a estante», me digo, y empiezo con el que está más cerca de la mesa para tener una superficie en la que trabajar.

Al cabo de unos minutos, se me une Christina. Estamos una frente a la otra, con la mesa en medio, doblando en silencio. Pensaba que tendría la cabeza llena de cosas, pero la noto vacía.

Esperaba en parte que los osados —la facción que debería haber elegido, la facción que quería elegir— fueran mejores que el resto. Lo que he descubierto es que se trata de la facción que exilió a Christina mientras su atacante sigue libre. La facción que quiere apartar a Mae del Remendador y la facción que nos ha echado a todos de este refugio seguro, simplemente porque sí.

Doblo, doblo y doblo.

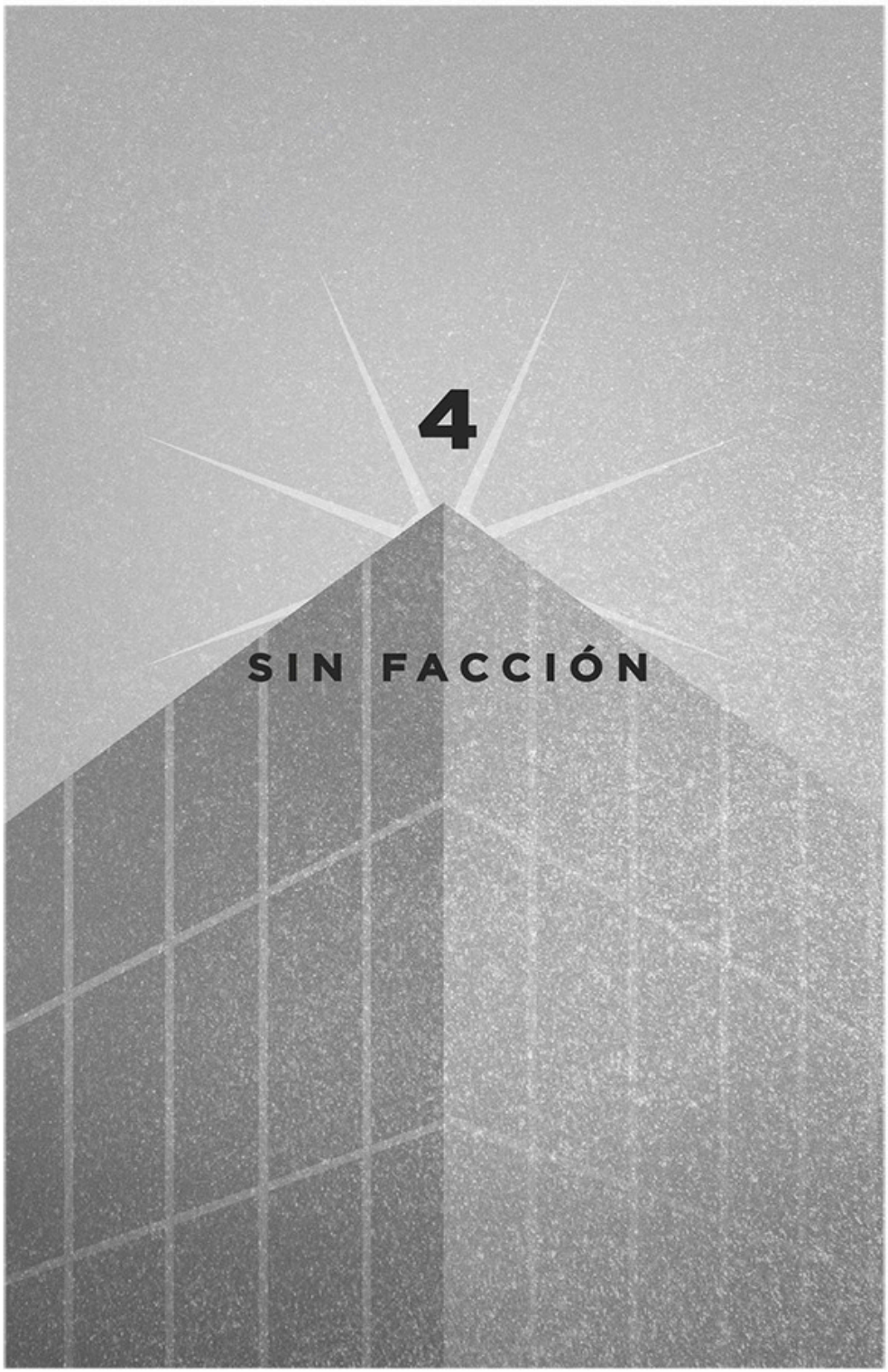
Vine aquí para descubrir lo que planeaban Evelyn y los radicales. No esperaba simpatizar con ellos.

Es ya tarde cuando regresa el Remendador con Evelyn detrás. Parece destrozado. Tiene los ojos hinchados y rojos, el rostro demacrado y los hombros hundidos. Se acerca al rincón del taller, donde tiene tendido el colchón entre dos percheros, y se tumba de espaldas a la habitación.

Evelyn me llama y me uno a ella en lo alto de la escalera. Me da la impresión de que todos los demás se han ido a la cama, y no hay casi ninguna luz encendida. El rostro de Evelyn está a oscuras, salvo por la frente severa y la nariz. Veo el parecido entre su hijo y ella como si fuera la primera vez.

—Los juicios por la custodia siempre se celebran con un miembro del consejo presente —dice—. Si te pidiera que hablaras con tu madre sobre esto, ¿lo harías?

—Por supuesto —respondo sin vacilar.



4

SIN FACCIÓN

CAPÍTULO 24

CALEB

La última prueba de la iniciación es un laberinto.

Poca sorpresa. Es lo que Caleb suponía. Ha estado practicando, no el trance de calma que alentaban las técnicas de Abnegación, sino una forma de meditación distinta, enseñada por los eruditos, que se centra en observar. Leyó sobre ello en uno de los muchos libros que ha devorado en los últimos días y después buscó vídeos para aprender en la base de datos de la biblioteca, donde sus compañeros iniciados practicaban el ajedrez, se enfrascaban en juegos de memoria o diseñaban cosas en las impresoras tridimensionales de uno de los laboratorios.

El inicio del laberinto es bastante sencillo. Cada bifurcación del camino plantea una pregunta simple con dos posibles respuestas. Si eliges la correcta, avanzas por el camino correcto. La dificultad aumenta conforme te aproximas al centro del laberinto.

Ahí es donde se enfrenta al verdadero reto.

La salida es visible al final de un largo pasillo, donde esperan los demás iniciados, pues todos han cruzado el laberinto casi al mismo tiempo. Caleb se alegra de no haber sido el último, para variar.

Delante de ellos, formando una pila que le llega al hombro, hay trozos de metal y madera, cables y baterías, ruedas y engranajes,

junto con distintas herramientas. No tiene muy claro para qué sirven hasta que Anna —que, de no ser por su necesidad de saberlo todo, probablemente habría elegido Osadía— da un paso hacia el final del pasillo.

Dos enormes puertas metálicas se cierran de golpe delante de sus narices, tan pesadas que habrían desfigurado a la chica de no haber retrocedido a tiempo de un salto. Parece haber activado un mecanismo de defensa del laberinto, ya que varias puertas más se cierran a intervalos irregulares por delante. Todo es visible desde este punto estratégico, a través de los cristales que flanquean el pasillo.

Las puertas continúan abriéndose y cerrándose, a veces varias a la vez, otras solo una pareja. En su movimiento no siguen ningún ritmo.

Los demás empiezan a sacar cosas de la montaña de basura y se las llevan lejos del grupo para trabajar con ellas. Pero Caleb sabe que no debe dejarse llevar por el pánico. En el pasado, nunca le ha hecho ningún bien. Así que se sienta en el suelo, frente al montón de chatarra, y se queda mirando las puertas mientras respira hondo. Inhala por la nariz. Exhala por la boca. Una mente clara y en paz es lo que necesita antes de empezar.

Fernando da un paso adelante pocos minutos después, con una especie de cuña metálica en la mano, reforzada con puntales triangulares para mantener la forma. La coloca en el camino de las primeras puertas con la clara esperanza de que sea lo bastante fuerte como para evitar que se cierren. Debe retirar la mano de golpe para que no se la pillen; las puertas aplastan la cuña y los

pedacitos metálicos vuelan por todas partes. Fernando suelta una palabrota y retrocede de un salto.

Caleb observa los fragmentos de la obra de su compañero y le queda claro que nada que pueda fabricar con las manos va a soportar la fuerza de las puertas. Así que el montón de chatarra tiene que ser una distracción. Que las puertas parezcan cerrarse a intervalos aleatorios no quiere decir que de verdad lo sean. Hay un patrón. Y, una vez que lo descubra, podrá cruzarlas.

Se levanta para coger un trozo de papel y un lápiz roto de la pila y empieza a tomar notas. Marca cada puerta y anota cuáles se abren o cierran en cada momento. Durante un buen rato no deja de escribir en el papel, con la esperanza de que surja un patrón. «A-A-A-C», escribe, donde la A es de abierto y la C de cerrado. «C-C-A-A-C».

Se está quedando sin espacio en la hoja, así que empieza a contar con palitos en vez de con la C, y entonces lo ve.

Está escribiendo en binario.

El corazón le da un vuelco en el pecho.

Empieza a traducir sus notas cambiándolas por unos y ceros, en vez de ces y aes.

E-N-T

E-S-E

P-A-C-I

E-N-T-

Caleb se ríe cuando reconoce la frase que se repite: «SÉ PACIENTE».

Se pone de pie y se coloca frente a las primeras puertas. Le tiembla el cuerpo. Si se equivoca con la sincronización, podría acabar

herido de gravedad, con un pie o una mano aplastada.

O el cráneo… Es bastante probable que también sean capaces de aplastar un cráneo.

Espera a que se cierren unas cuantas veces antes de decidir cuál es el momento correcto para la primera pareja de puertas. Entonces se mueve, echando a correr justo cuando se cierran. Vuelven a cerrarse de golpe detrás de él, y la fuerza de su choque crea una ráfaga de aire que siente en la nuca.

Sigue moviéndose. La letra siguiente es 01000101, así que la segunda puerta se cerrará, después se abrirá y después se cerrará de nuevo. Cruza corriendo el segundo portal y se encuentra frente al tercero. Suele estar abierto; solo se cierra con la tercera y última letra de la secuencia. Espera a que termine la última y continúa moviéndose.

Se encuentra frente al quinto umbral cuando comete su primer error, ya que se equivoca con su lugar en la secuencia y está a punto de interponerse en el camino de las demoledoras puertas. Retrocede de un salto justo a tiempo, con el corazón acelerado y las piernas temblorosas; necesita detenerse para recuperarse. Por un momento, se pierde en el ritmo irregular de los golpes, sin saber bien dónde empieza o acaba la secuencia. Cierra los ojos y se concentra en la respiración.

Dentro. Fuera.

«Sé paciente».

Caleb se sacude las manos y sigue adelante. Cruza las quintas puertas. Las sextas. El final del pasillo está a la vista; no es más que una simple puerta de madera. Cruza el séptimo umbral y después el último.

Ha terminado.

Lo ha conseguido.

Vuelve la vista atrás, hacia los demás, y ve que algunos están ahora recorriendo el pasillo, como él. Pero él ha sido el primero.

Sonriente, abre la puerta.

Sale de la simulación. Está de pie en el estanque del patio, con un nenúfar al lado del tobillo desnudo. A su alrededor, los otros iniciados siguen de pie, con los ojos cerrados, sin moverse, mientras recorren el laberinto mental. Como siempre que sale de una simulación, se siente muy tonto por haber creído que de verdad había un pasillo lleno de puertas que se abrían y cerraban dentro de la sede de Erudición. Es muy raro que su mente no sea capaz de procesar que está dentro de una simulación. Pero así funciona con todos.

Da un paso hacia Cara, y ella le sonríe.

—Enhorabuena, eres el primero.

—Lo sé —responde, y no hay ni rastro de timidez abnegada en su voz.

+ + +

Jeanine Matthews parece sobresaltarse cuando abre la puerta de su despacho. Como es el primer iniciado que supera su última prueba, su recompensa consiste en reunirse en persona con la representante de su facción para decirle dónde quiere hacer las prácticas.

Cada iniciado erudito hace unas prácticas durante sus primeros tres meses en la facción y después sigue con la formación. Y solo los

tres primeros en terminar el laberinto pueden reunirse con Jeanine Matthews.

Hoy lleva el pelo recogido en un moño y unas gafas apoyadas en la delicada nariz. De cerca, le ve las pecas en la piel pálida; tanto en el puente de la nariz como en la frente. Está sentada a su escritorio, de cristal pulido y hasta arriba de papeles. Tras su sorpresa inicial al verlo, se levanta y le ofrece una mano para que se la estreche.

—Bien hecho, Prior —le dice—. Estoy encantada de ver lo mucho que has mejorado desde que llegaste.

—Gracias.

Le estrecha la mano y se sienta en una de las sillas frente al escritorio.

Ella también lo hace, y cruza las manos sobre el papel que leía hasta hace un momento. Tiene las uñas bien cortadas, con forma. Se ha subido las mangas con mucho cuidado hasta los codos.

—¿Cuál fue tu enfoque para la última prueba? —pregunta.

—Pues… lo observé durante un rato. En las dos últimas pruebas me dejé llevar por el pánico. Me apresuré. Esta vez decidí que tenía que… ser paciente. —Sonríe, algo avergonzado—. Y entonces tomé notas y vi el patrón.

—¿Dónde aprendiste código binario?

—Cuando era pequeño, mi hermana y yo queríamos desarrollar un código secreto para poder hablar sin que se enterasen Robert y Susan, los otros niños de nuestro piso. Así que fui a la biblioteca e investigué un poco. —Se encoge de hombros—. Beatrice le echó un vistazo a una palabra en binario y me dijo que estaba loco si creía que iba a perder el tiempo en escribir así un mensaje entero. Supongo que no se equivocaba. No es eficiente para pasarse notitas.

—Cierto —responde Jeanine, sonriendo un poco, como si la historia le hiciera gracia—. Pero parece que se te da bien resolver problemas desde pequeño. Y la investigación fue tu primer instinto. Son buenas cualidades para un erudito.

Caleb intenta no sonrojarse. Al fin y al cabo, solo expone sus observaciones.

Detrás de ella hay una ventana ancha que da al pantano, donde los hilos de agua arden con la puesta de sol. El brillo lo obliga a entornar los ojos, pero los colores son intensos y vivos.

—Imagino que en tu facción de origen no valorarían demasiado esas cualidades —dice Jeanine—. ¿Las ocultabas?

—Pues…

Se le acelera el corazón. Piensa en las preocupantes noticias que ha leído últimamente sobre las prácticas disciplinarias de Abnegación, sobre su uso desproporcionado de los recursos de la ciudad para servir a los abandonados y sobre la amnesia temporal de los centinelas osados del muro. Si le reconoce a Jeanine Matthews que su facción lo constreñía, ¿estará reforzando sus ideas equivocadas sobre Abnegación?

¿O le estará ofreciendo datos que apoyen una conclusión precisa?

—Sí, las ocultaba —responde al fin. Es una respuesta precisa y «el conocimiento valioso exige ser compartido»—. La verdad es que tenía libros escondidos por todo mi dormitorio.

—Siento oírlo —responde ella, apacible—. Reconozco que me sorprende escuchar que tu padre no intervino en tu defensa.

Caleb frunció el ceño.

—¿Mi padre? Si alguien lo hubiera hecho, habría sido mi madre.

—¿De verdad? —La sonrisa de Jeanine también es apacible—. Puede que me haya dado la impresión equivocada. Me cuesta descifrar a tu madre.

Eso no concuerda con la madre que él conoce, con sus sonrisas amables, su paciencia y la forma en la que le colocaba los calcetines en el radiador las mañanas de invierno para que estuvieran calientes al ponérselos. Se pregunta si Jeanine ve algo que él no. Algún detalle que a él se le escape.

—Reconozco que nuestro proceso de iniciación nos ofrece una ventaja un poco injusta a los que hemos nacido en Erudición —sigue diciendo ella—. Intentamos diseñar esas pruebas para que nadie tenga que contar con unas habilidades concretas antes de unirse a nosotros. La primera está pensada para poner a prueba el pensamiento abstracto; la segunda, la memoria; y la tercera, la observación y el reconocimiento de patrones. Pero alguien nacido aquí no solo aprende más datos, sino a cómo pensar. Así que las pruebas suelen favorecerlos porque ya cuentan con algunas habilidades. Por eso, siempre me impresiona cuando un trasladado se distingue en ellas. —Su sonrisa se vuelve más dulce—. Eres como uno de esos nenúfares del patio, que florecen a pesar de toda la turbidez que los rodea.

Él no calificaría a Abnegación de «turbidez», exactamente, pero el halago lo llena de orgullo. No está acostumbrado a que le digan que ha hecho algo bien.

—Bueno, Caleb, dime —continúa ella, y es la primera vez que lo llama por su nombre de pila—, ¿sobre qué te gustaría saber más? ¿Medicina? ¿Tecnología? ¿Enseñanza?

Caleb solo vacila un instante.

—Simulaciones. Quiero aprender más sobre las simulaciones.

A Jeanine se le iluminan los ojos.

—Entonces tú y yo tenemos algo en común. Y resulta que conozco el sitio perfecto para ti.

CAPÍTULO 25

TRIS

EL SOL ESTÁ YA BAJO y sus rayos naranjas se reflejan en las ventanas de los edificios junto a los que pasamos. Estoy de pie, al lado de la puerta del vagón, que toma la curva; después, cuando llega a una recta, me sujeto al tirador y asomo el cuerpo.

Al mirar abajo y ver la calle convertida en un borrón, siento emoción en el estómago, pero no miedo. Siento la mano firme en el tirador. Los pies firmes en el suelo. No me voy a caer.

De repente, pienso que, si no tengo miedo, no es por una valentía innata o, al menos, no del todo. Es por la preparación. Es por saber lo fuerte que puedo agarrarme y lo fiables que son mis pies. Es por conocerme.

Cierro los ojos y siento el viento cálido en la cara unos segundos más, antes de volver a meterme en el vagón y sentarme. Tardaré un rato en llegar al sector abnegado.

Hemos pasado todo el día con la mudanza al Museo. Al igual que la Colonia, el Museo es precioso, aunque está decrépito. Me sorprendió la eficacia de los sin facción a la hora de empaquetar toda su vida, que solo les costara un viaje, que los residentes del Museo estuvieran preparados para nosotros cuando llegamos y que nos hubieran dejado vacía una sala de exposiciones entera.

Estaremos apretados, pero es mejor que la iglesia abandonada en la que pasé mi primera noche sin facción.

En el Museo, con la población de ambas casas combinada, puedo ver cuántos abandonados hay. Faltan sillas para todo el mundo en el desayuno, pero cien personas hacen cola para recoger la comida, otras cien dan cuenta de ella y, cuando paseo por allí más tarde, para ver el taller de ebanistería, el taller de metalurgia, las mesas de trabajo llenas de piezas de maquinaria, las botas de los conductores de tren alineadas contra la pared… me doy cuenta de que somos más de los que creía.

«Es otra ciudad», pienso. Una ciudad bajo la ciudad en la que he vivido toda la vida. Y ninguna de las facciones parece ser consciente de su existencia.

Las facciones no están preparadas para lo que se avecina. Ni de lejos.

+ + +

Es como si hubiera pasado un año desde aquel día en el callejón detrás del centro de donaciones, junto a una pila de cajas aplastadas, cuando le confesé a mi madre que quería marcharme. Sin embargo, solo han transcurrido unas cuantas semanas.

Reboto sobre la punta de los pies, rebosante de energía nerviosa. ¿Qué dirá mi madre cuando me vea? ¿Fruncirá el ceño al fijarse en la trenza que me roza el cuello y esta mezcla de colores que visto?

Se abre la puerta de atrás. Mi madre se asoma al callejón, me ve y esboza una amplia sonrisa. Me hace un gesto para que entre.

El olor de este lugar —a cartón limpio, vinagre blanco y detergente para la ropa— hace que se me salten las lágrimas. Es a la vez familiar y lejano. Entonces me veo rodeada por los brazos de mi madre y apoyo la cabeza en su hombro. Me relajo contra ella y el basto lino de su camisa de verano me araña la mejilla.

—Me alegro mucho de verte —dice, y me da un apretón, como hace siempre al final de sus abrazos, para después apartarme un poco y examinarme bien—. ¡Y de rojo!

Hoy visto una camiseta de Cordialidad de color rojo oscuro, casi marrón, con unas mangas que me llegan justo por debajo de los codos. Cuando el Remendador me la dio, me dijo que debería avanzar poco a poco hasta las mangas cortas, y no supe si iba en broma o no.

Esta mañana, a él le temblaban las manos al cargarse una bolsa al hombro y caminar hacia la nueva casa segura. Mañana se celebra el juicio que decidirá su destino… y el de su hermana.

—¿Cómo estás? —le pregunto a mi madre—. ¿Cómo está… papá?

—Estamos bien —responde demasiado deprisa, y arqueo las cejas.

—Tu padre se autocompadece —se corrige ella—. Pero es un hombre adulto y lo acabará por superar. Y no deberías preocuparte por mí. —Me recoge un mechón de pelo detrás de la oreja—. Dime cómo te va.

Quiero contárselo todo. Las habilidades que ahora poseo, como la de subirme a los trenes y saltar de ellos. Los amigos que he hecho; que Rory siempre se mete de broma con todo el mundo; que Colin siempre está dispuesto a conocer un buen dato; que Christina se ofreció a ayudarme cuando ni siquiera me conocía. Y todas las cosas buenas que he descubierto, a pesar de encontrarme sin facción: las

abejas de la pajarera, los tanques de agua subterráneos, las canciones y los bailes.

Sin embargo, una parte de mí desea abrazarse a todo ello como si fuera un radiador en invierno y no compartir ese calor con nadie.

—Creo que he encontrado a los ladrones que me dijiste —respondo al final—. No a los ladrones concretos que robaron el arma, sino a… un grupo que quizá esté relacionado con ellos.

Me he dado cuenta de que los Zorros son el único gremio que no se llama como su función, y eso debe de ser por la cantidad de facetas que abarcan. Son ladrones, sí, pero también mensajeros y, a veces, recopilan información. Oí un rumor que decía que uno de ellos se coló en los laboratorios de Erudición el otro día y copió los planos de un dispositivo portátil capaz de introducirse a distancia en cualquier ordenador de las facciones. Como todos los rumores que circulan sobre los abandonados, podría ser cierto o una exageración.

Al principio, solo me interesaba unirme a ellos para saber más sobre lo sucedido con Robert, la pistola y el plan de los sin facción. Sin embargo, cuantas más cosas descubro, más creo que me gustaría formar parte de su gremio. Todavía reboso de preguntas sobre cómo funciona la ciudad y qué está pasando, en realidad, dentro de ella. ¿Y quién mejor para encontrar respuesta que un Zorro?

Intento concentrarme. Tengo otro motivo para estar aquí. Me envió Evelyn… o puede que me enviara yo.

«No me cabe duda», dice Cuatro en mis recuerdos, pero, esta vez, de verdad fue decisión mía venir. Para ayudar al Remendador.

—Te tengo que pedir un favor —le digo a mi madre—. Anoche hubo una redada de los osados.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta, abriendo mucho los ojos.

—Se llevaron a una niña que dicen que había sido secuestrada. Pero… no fue eso lo que pasó, exactamente. Mañana hay un juicio. Me preguntaba si sabías algo.

—Tu padre a veces representa al consejo en las vistas para la custodia. Según la facción que presente la queja ante Abnegación.

—¿Y si es la de Verdad?

Se muerde el interior de la mejilla, como si reflexionara sobre algo.

—Las vistas para la custodia se celebran por defecto en la sede de Abnegación, pero, hace poco, Verdad y Erudición han empezado a exigir que sus juicios por ese asunto tengan lugar en sus respectivas sedes.

—¿Por qué?

—Erudición está subiendo el tono de sus acusaciones contra Abnegación. Afirman que los abnegados abusan de su descendencia y, como la norma antes de un juicio por custodia es mantener al menor separado de sus progenitores o tutores legales, no pueden confiar en que sea seguro alojarlos en Abnegación.

—¿Qué? —replico, y la ira aparece de forma súbita y violenta—. ¿Cómo se atreven a…?

Me interrumpo porque estoy demasiado enfadada para seguir.

—A veces, si te falta contexto, no entiendes un suceso igual que las personas que sí lo tienen —responde mi madre—. Pero no estoy de acuerdo con muchas de las normas disciplinarias de los abnegados, Beatrice. —Baja la vista—. Hace poco te impuse una Pena de Silencio, lo sé. Lo siento. Lo hice porque necesitaba que

dejaras de hablar de inmediato y no se me ocurrió otra forma para protegerte. Ojalá pudiera explicártelo mejor. No lo sabes todo.

—¿Por qué no me lo cuentas?

Ella aparta la vista y la dirige al rayo de luz que ilumina la pared del almacén.

—Saber demasiado es peligroso para cualquiera…

—Ayer, un centinela me puso una pistola en la cabeza. Ya estoy en peligro.

—Existen diferentes grados de peligro —replica, apretando los labios hasta que no son más que una línea firme.

—Pero…

—Me lo pensaré —me interrumpe—. Pero disponemos de poco tiempo. Tu padre me dijo que mañana tiene que ir a confesión… Es lo que me dice de broma cuando tiene que ir a la sede de Verdad. Así que supongo que estará presente en la vista. ¿Qué quieres de mí?

Por un momento me la quedo mirando. No estoy acostumbrada a que se dirija a mí de ese modo. «¿Qué quieres de mí?». Es como si yo fuera Evelyn y le estuviera pidiendo un favor que espera que le devuelva algún día.

—La madre de la niña que se han llevado es cruel con ella —le explico—. Su hermano intentaba mantenerla a salvo. Y la madre es divergente, así que el suero de la verdad no funciona con ella.

Ella asiente, seria.

—Le diré a tu padre que hable con Jack Kang después de la vista, durante las deliberaciones. De todos modos, tendrá que recoger a Marcus después. No me cabe duda de que Jack está al tanto de que

existen ciertas… irregularidades con el suero de la verdad, aunque el resto de su facción no lo sepa.

Me siento tan sumamente aliviada que la abrazo siguiendo un impulso.

—Gracias.

Me dirijo a la puerta y vuelvo la vista en el último segundo.

—¿Mamá? ¿Y si… y si creyera que los abandonados tienen razón en algunas cosas? —Me mira con curiosidad—. Es que… cuanto más veo, más me doy cuenta de que el mundo no es como pensaba.

—Los sin facción tienen razón sobre algunas cosas, sí. Es lo que ocurre siempre.

No estoy acostumbrada a que suene tan mayor y melancólica, como una mujer que es mucho más que mi madre. Quizá sea por eso que le digo:

—Puedes contarme lo que quieras, ¿sabes? Soy capaz de soportar más de lo que crees.

—Empiezo a verlo —responde, sonriendo un poco.

Después levanta una mano, se desabrocha los dos primeros botones de la camisa y tira del cuello para dejar al aire una frase tatuada justo bajo la clavícula. «De fuera adentro», dice.

—Uno de estos días te contaré lo que significa. Ahora, date prisa, que vas a perder el tren.

No sé por qué no me lo quiere contar ahora, pero tampoco puedo seguir reteniéndola. Así que me despido con la mano y salgo del centro de donaciones.

+ + +

Cuento los vagones mientras corro. «Uno, dos, tres, cuatro». Me agarro al asidero y me escuecen los callos de las palmas de las manos, que todavía se están formando, pero no presto atención al dolor. Consigo no caerme y Evelyn, que me espera al otro lado del vagón, asiente.

—Has avanzado mucho —me dice—. Deja que te enseñe algo.

Me hace señas para que me acerque más y después descarga el puño sobre un panel metálico en la parte delantera del vagón. Por la abolladura, está claro que no es la primera persona que lo golpea. El panel se separa de la pared y deja al descubierto un pequeño hueco con una mochila dentro.

—Los Zorros las dejan en todos los trenes —me cuenta—. Contiene un botiquín de primeros auxilios, prendas de ropa de todas las facciones, por si necesitas hacerte pasar por uno de ellos, agua y un cuchillo. Podrían resultarte útiles, si entras en el gremio. —Arqueo las cejas—. La gente habla —añade por toda explicación—. Habla entre sí y conmigo. El Remendador, en concreto, cree que tienes potencial, que tienes una buena cara para eso.

Le miro los brazos, ahora desnudos, y me fijo en sus músculos. Saca una camisa negra con hombreras y se la pone sobre la camiseta de tirantes.

—Quieres decir que soy… corriente.

—Quiero decir que, si quieres desaparecer, puedes. Y si quieres destacar, también puedes. No todo el mundo es tan flexible. —Hace una pausa y su forma de mirarme me recuerda a la de mi madre—. La belleza es un arma, pero no es la única arma que importa, Tris.

Pienso en Christina, que lloraba porque siempre será la chica tuerta. Y pienso en Rory, que tiene una pinta extraña y no le

preocupa en absoluto. Y en mí, que anhelo algo que no puedo tener… y, ahora, me pregunto si de verdad lo necesito.

Son palabras amables, no lo que me esperaba de la mujer que una vez me retuvo, brevemente, a punta de pistola, o que puso a prueba mi decisión en aquella iglesia abandonada. Puede que empiece a caerle bien.

O puede que sea tan manipuladora como Cuatro parece pensar.

—¿Estás lista para la competición de mañana?

—Eso creo. Sé que los estandartes suelen estar en las sedes de las facciones, además de en otros sitios. Así que empezaremos por allí.

Ella cierra la cremallera de la mochila que ha sacado del compartimento de la pared y la mete dentro; después empuja el panel metálico para colocarlo en su sitio.

—¿Empezaremos? —pregunta sin mirarme.

—Christina y yo lo haremos juntas. Una bandera para cada una.

Me preparo para oírla decir algo sobre el ojo que le falta a mi amiga, pero no lo hace. Se limita a asentir y abrocharse la camisa. Con unos pantalones negros, podría pasar por alguien de Osadía o de Verdad. Me pregunto si es ahí adonde va.

—Mi madre dice que Mae está en la sede de Verdad. Allí será el juicio. Es un… protocolo reciente, supongo. Me ha prometido que enviará a mi padre a hablar con Jack Kang sobre la madre de Mae.

Evelyn parece escéptica.

—No es por ofender a tu padre, pero no estoy segura de que cuente con un estatus lo bastante elevado como para exigir una reunión espontánea con el representante de Verdad.

—Mi padre tiene que recoger al líder del consejo y volver a casa con él, y el líder se va a reunir mañana con el representante Kang.

Recuerdo, aunque demasiado tarde, que el líder en cuestión es el exmarido de Evelyn.

—Ya veo —responde, frunciendo el ceño.

El tren avanza por las vías de la recta norte-sur, traqueteando hacia el centro de la ciudad. Edificios altos se apiñan a ambos lados.

—Te agradezco todo esto, Tris —dice Evelyn—. Si no hubieras hablado con ella, John podría haber aparecido mañana en la sede de Abnegación y haberse perdido el juicio. Les encanta hacernos eso: no nos informan sobre dónde se supone que debemos estar y después nos condenan sin que estemos presentes. Yo misma tengo una docena de juicios pendientes amenazándome en el horizonte.

Pone los ojos en blanco, como si el hecho de que haya una docena de razones para que acabe encerrada en una celda osada fuera más irritante que amenazante.

—¿Crees que el representante Kang escuchará a mi padre?

No consigo interpretar su expresión.

—No lo sé. Pero nuestra situación ha mejorado respecto a esta mañana.

Se asoma a la puerta del vagón, con una pierna bien plantada en el suelo y la otra colgando en el aire, para ver dónde estamos. Me sorprende descubrir que yo ya lo sé. En unos segundos, los edificios se abrirán a nuestro alrededor y nos encontraremos en el centro de la ciudad, a un paseo a pie de la sede de Erudición y la Asamblea de las Facciones.

Esta oportunidad no volverá a repetirse. Para conectar con ella. Para que confíe en mí.

—Sé quién es Cuatro —le digo.

Ella se mete de nuevo en el vagón.

—Creía que lo averiguarías antes.

—Sí, bueno, no sabía que hubiera nada que averiguar.

—Apenas es capaz de hablar conmigo sin escupir fuego —comenta Evelyn, bajando la vista—. Me sentí aliviada cuando te ofreciste a hablar con él por mí, porque pensé que le caerías bien. Y tenía razón.

—Tiene una forma muy curiosa de demostrarlo.

—Es una persona cautelosa. Supongo que le enseñé bien. —No me mira a los ojos. Está concentrada en la ciudad—. No te pediré que sigas intentando convencerlo si no quieres. Sin embargo, si encuentras la forma de volver a verlo, puede que cuando seas un Zorro… —Se encoge de hombros—. No estaría mal que tuviera un punto de contacto con los sin facción. Uno en el que confíe más que en mí.

No creo que Tobias Eaton confíe nunca en mí, aunque no se lo digo. Si quiere darme una misión permanente, si quiere apoyarme en mi intento de entrar en el gremio de los Zorros, no voy a discutírselo.

—Ya casi hemos llegado a mi parada —avisa—. Deberías regresar al Museo. Estos días no es demasiado seguro pasear por ahí. Pero escucha… —Vuelve a meterse en el vagón y me mira a los ojos—: uno de los estandartes de los Zorros está en la noria.

—¿Qué? ¿Está permitido que me lo digas?

—A mí se me permite lo que yo quiera —responde, sonriente—. Pero, en este caso, lo hago porque me has hecho un favor y quiero devolvértelo. Y porque creo que serías un buen Zorro. Eso sí, ten

cuidado: mañana es el juego anual de capturar la bandera de los iniciados de Osadía, así que estarán por todas partes. Mejor evitarlos, si puedes. —Arquea las cejas y salta del tren.

Ahogo un grito. Ni siquiera me había percatado de que estuviéramos llegando a un andén. Me agarro al asidero junto a la puerta y me asomo a la oscuridad para verla correr hacia la escalera. Desde aquí, podría ir a cualquier parte.

«La noria», pienso. Es un buen sitio por el que empezar.

CAPÍTULO 26

CUATRO

ZEKE SE ENFUNDA LA PISTOLA y me quita la taza de café de las manos.

—Dios te bendiga, Cuatro. El brebaje que sirven aquí es agua sucia.

Técnicamente, los centinelas del muro no tienen permiso para enfundar las armas —que están cargadas con munición letal, no agujas— durante la patrulla, pero es primera hora de la mañana y no está pasando nada. Aunque fuera por la tarde, tampoco estaría pasando nada. Patrullar el muro es un destino codiciado que solo logran los osados más hábiles y de confianza, aunque también es aburrido hasta la náusea.

Lo que se puede contemplar desde este lugar con vistas privilegiadas es: nada. Una extensión de terreno llano comida por las plantas y cubierta de una niebla que se disipará a media mañana. Aquí y allá brotan vestigios del mundo desconocido que nos precedió: pedazos de acera y pavimento, la silueta de los cimientos de un edificio, una tira de vías de tren que es como una pestaña suelta.

—¿Alguna vez has visto algo ahí fuera? —pregunto.

Por un segundo, los ojos de Zeke no reflejan nada, como si fuera un sonámbulo. Después parpadea y la mirada perdida desaparece.

—Hace unos días pasó por aquí una manada entera de ciervos. Un tío decidió dispararles y otros tres se le echaron encima a la vez. Por suerte, su puntería es pésima.

—¿Tiene mala puntería y sigue siendo guardia del muro?

—La monotonía acaba haciendo mella en algunas personas —responde Zeke—. Por ejemplo, más tarde nos toca hacer inventario porque un idiota contó mal el reparto de armas. Eso significa que nos falta una caja entera llena de pistolas. ¿Cómo es posible traspapelar una caja entera?

Niego con la cabeza. Por difícil que a veces me resulte mi trabajo, no lo cambiaría por el tedio del de Zeke. Lo eligió porque le gusta estar al aire libre y no le importa pasar tiempo a solas con sus pensamientos, según dice. Sin embargo, aunque a mí me guste estar solo, ni siquiera me lo planteé. Creo que quería dedicarme a algo más… constructivo.

«¿Más altruista?», me pregunta una vocecilla interior.

Regreso a la conversación que mantuve la semana pasada con Tris. «Sabes de dónde vengo y crees que con eso basta», le dije. Como si, al venir aquí, me hubiera arrancado toda la abnegación de dentro y la hubiera arrojado a las brasas para que ardiera.

Claro. Como si tal cosa fuera posible.

«Pues cuéntame lo que debería saber», contestó Tris, mirándome a los ojos.

—¿Qué te trae tan temprano a este bello paraje? —me pregunta Zeke, mientras hace un gesto hacia el vacío que lo rodea. El siguiente puesto se encuentra tan lejos del suyo que el centinela parece un manchurrón negro.

—La comprobación trimestral de los repetidores.

—Claro. Repetidores —repite él, frunciendo el ceño—. Entiendo perfectamente lo que son y, por supuesto, no necesito que me lo expliques por quinta vez.

La valla que rodea nuestra ciudad no solo está protegida por guardias, sino también por una capa de simulaciones del miedo generadas por el ordenador de Osadía. Sin embargo, aunque la sede de Osadía está cerca del muro, su ordenador no es capaz de alcanzar tanta distancia por sí solo. Así que existen repetidores de señal colgados del muro para canalizar las simulaciones y proyectarlas hacia fuera.

Si alguien procedente del mundo exterior se acercara a nuestra ciudad, entraría en la zona de proyección y se enfrentaría a sus peores pesadillas, lo que proporcionaría a los centinelas tiempo de sobra para abatirlo de un disparo.

No sé quiénes podrían ser esas personas; ni siquiera sé si serían personas, ni por qué estamos tan seguros de que ellas también tienen receptores en el cerebro para captar las simulaciones. No sé qué hay ahí fuera. Nuestra paranoia colectiva carece de nombre y rostro. Solo sé que las fuerzas exteriores existen y la tarea de los centinelas del muro consiste en defendernos de ellas.

—Para lo que sirven es para que vuestro trabajo sea básicamente innecesario —le digo a Zeke—. En realidad, no necesitamos guardias si el ordenador de Osadía está transmitiendo simulaciones del miedo, ¿no?

—Los necesitaríamos si esos hipotéticos intrusos fueran muy valientes —responde Zeke.

El único problema con los repetidores de señal es que, si un centinela osado se interpone en su camino, en vez de un intruso, las

simulaciones surten el mismo efecto en él. Así que regresan con historias alucinantes sobre lo que han visto ahí fuera, en medio de la nada, sin darse cuenta de que no es más que una invención de su mente.

Parte de mi trabajo como técnico de simulaciones consiste en asegurarme de que los repetidores de señal —colocados a intervalos regulares a lo largo del muro— estén funcionando como deben. Es un trabajo que requiere mucho tiempo, así que lo divido en segmentos y me encargo de uno por semana.

Bostezo.

—Será mejor que me ponga en marcha si quiero volver con los iniciados para la hora de comer.

—La mamá pato corre de vuelta con sus patitos. Qué mono.

Lo fulmino con la mirada y le quito la taza de las manos para darle un trago. A él le gusta el café solo, que para mí suele ser demasiado fuerte, pero es mejor que cero cafeína.

Me quema la garganta.

—He oído que esta noche toca el juego de capturar la bandera —comenta Zeke—. Este año se celebra bastante tarde, ¿no?

Asiento.

—Eric quería retrasarlo hasta después de la primera ronda de descartes. Conociéndolo, probablemente introducirá una nueva tortura en el juego, como una bandera electrificada o algo así.

—O munición real —sugiere—. Puede que él nos robara la caja que falta.

—No lo digas ni en broma.

Zeke me quita el café.

—Esas cosas de ordenadores no se van a ordenar solas. Ponte a trabajar, empollón.

+ + +

Esa noche me siento en el suelo del vagón con una pistola de *paintball* apoyada en la rodilla, deseando haber pasado de esta tradición osada en concreto.

Está oscuro, pero sé dónde se encuentran las sedes de las facciones porque pasamos por algunas zonas que cuentan con electricidad, de modo que me llega la luz de farolas y ventanas. El toque de queda no empieza hasta dentro de un par de horas, pero nos dirigimos a una parte de la ciudad que nunca se ilumina por la noche: al norte de Erudición y la Asamblea de las Facciones, cerca del pantano.

Estamos en plena formación de los equipos. Lauren, que enseña a los iniciados nacidos en Osadía, es mi cocapitana, y ni siquiera nos hace falta debatir a quién elegiremos primero: a Uriah, evidentemente, porque es el primero en la clasificación y sabe trabajar en equipo.

Eric se decanta por Peter; luego, por Edward, Drew, Molly y Al.

Además de Uriah, nosotros contamos con Lynn, Will y Marlene. Nos falta un jugador porque tenemos dos capitanes. Pienso en cuándo habría elegido a Christina. Después de Uriah y Lynn, quizá. Antes de Will, sin duda, porque es bueno, pero me provoca cierto recelo. Siempre está observando a todo el mundo y yo, por lo general, intento pasar inadvertido.

Sobre todo, después de la muerte de Amar.

Cuando nos acercamos al muelle, me pongo de pie.

—Vuestro equipo puede bajarse en segundo lugar —me dice Eric.

—Qué generoso por tu parte —respondo—. Pero, cuando pierdas, preferiría no darte ningún motivo para quejarte de que hemos tenido una ventaja injusta.

Eric me mira a los ojos.

—Vale, pues bajaos primero.

Apoyo una mano en la pared para no perder el equilibrio cuando el tren frena. Nuestro equipo se alinea junto a la puerta para desembarcar. Salto primero porque, si no me obligo a saltar lo más deprisa posible, tiendo a pensármelo demasiado. Corro por el andén unos cuantos pasos y después me vuelvo para mirar a los demás. Me alegra ver que la mayoría consigue bajarse sin trastabillar, aunque a Marlene —que siempre es un poco torpe— se le cae la pistola de *paintball* al suelo.

Cuando estamos en la calle, los iniciados empiezan a debatir su estrategia.

—Pero ¿qué hay por aquí? —pregunta Lynn—. Podríamos elegir un edificio al azar y acampar en él.

—Es mejor no meterse en un terreno que no conoces —dice Will —. Sobre todo, un terreno que no conoces en el que pueden atacarte desde cuatro direcciones distintas.

—Cuando ganó tu equipo, ¿dónde escondiste la bandera? —me pregunta Marlene, dándome un toquecito en el hombro para llamar mi atención.

Me la quito de encima.

—No os voy a dar ninguna pista.

—Vamos, Cuatro —se queja, gimoteando un poco—. Ya sabes que Eric le estará diciendo a su equipo todo lo que debe hacer.

—Porque es un mal profesor; yo no lo soy.

—Bueno, por suerte, yo recuerdo dónde puso su bandera el equipo de Cuatro porque mi hermano estaba en él —interviene Uriah —. En el muelle. En el tiovivo.

—Oooh —exclama Will, al que se le encienden los ojos—. Eso obligaría al otro equipo a acercarse desde una única dirección.

—A no ser que quieran entrar en el pantano —comenta Lynn—. Lo que es poco probable. Vamos para allá.

Todos coinciden, así que cruzamos el puente hacia el muelle.

Esta parte de la ciudad es tranquila y silenciosa. Los mapaches, los zorros y las ardillas suelen gravitar hacia las zonas boscosas, más cerca del pantano, y esto no es más que un laberinto de hormigón.

Pero, ahora que sé más sobre los sin facción, me da una impresión distinta. ¿Cuántos de estos edificios los ocultan de nosotros? ¿Cuántos de estos caminos recorren con más confianza que nosotros? Pienso en Tris y en cómo reaccionó de inmediato al sonido de pasos. Su mano contra mi pecho, pegándome a la pared. Sus ojos brillantes y alerta.

No sé por qué no dejo de pensar en ella. No hay ningún motivo. Mi relación con Evelyn, la poca que tenía, se ha terminado. Y Tris no era más que su chica de los recados. Su «esbirra», como la llamé yo mismo.

Caminamos bajo el paso elevado y dejamos atrás un edificio negro solitario que se encuentra justo antes del saliente del muelle. El tiovivo está en el centro de un pabellón; a sus caballitos les faltan cascos, hocicos y colas, y reposan a distintas alturas. Es el lugar

perfecto para guardar una bandera: tiene una altura fácil de trepar y no cuesta nada ver si alguien se acerca por cualquier lado. Me sentí muy orgulloso de nuestro equipo cuando se nos ocurrió.

Por encima del pabellón se alza la noria. Me recuerda a una telaraña; los travesaños de metal blanco imitan una geometría muy similar. Se encuentran a intervalos regulares y se entrecruzan en algunos puntos para proporcionar estabilidad. Los cestos cuelgan de los bordes como gotas de lluvia. No me imagino subirme a uno de ellos por diversión.

Mientras la observo, me fijo en que algo se mueve en el suelo, cerca de su base. No puede ser el equipo de Eric, ¿no? No he visto que ninguno de ellos haya saltado del tren con nosotros, y está claro que no son lo bastante rápidos como para habernos adelantado. Intento imaginarme al torpón de Drew corriendo por el pantano y me trago una carcajada.

Los iniciados discuten sobre la estrategia: sobre si es mejor ocultar la bandera en uno de los caballos o en lo alto del tiovivo y sobre si deberían buscar la bandera del otro equipo o centrarse en la defensa. Will, Uriah y Marlene intentan alzarse con el mando, mientras que Lynn busca la forma de subir a lo alto del carrusel.

Le doy un codazo a Lauren.

—He visto algo ahí —le digo, y señalo la noria con la cabeza—. Voy a echar un vistazo.

—¿Necesitas refuerzos? Odio esta parte.

—Alguien tiene que quedarse para asegurarse de que no se maten entre ellos.

Lauren suspira y asiente.

Rodeo con sigilo el tiovivo y avanzo hacia la noria. Oigo una voz baja y me agacho detrás de uno de los soportes de la rueda para escuchar mejor.

—Están aquí, y eso significa que los demás aparecerán dentro de nada, y…

La voz me resulta familiar, pero no consigo ubicarla hasta que otra persona responde.

—Lo siento, no caí en que vendrían justo a este lugar.

Bueno, esa es Tris, no cabe duda. Su voz es un poco más grave de lo que cabría esperar, dada su altura, y algo ronca. «Carácter —me descubro pensando—. Tiene carácter».

—Si no fuera Peter…

Esa tiene que ser Christina, pero… nunca había percibido tanto miedo en su voz.

—Lo entiendo. No pasa nada. Tú vete a Verdad y me reúno allí contigo, ¿vale? Yo me encargo de esto.

—¿Estás segura? —pregunta con la voz algo pastosa, como si estuviera a punto de llorar.

—Sí. Ve a echarle un vistazo al siguiente objetivo. Nos vemos dentro de una hora.

Oigo algo ahogado, como una palabra pronunciada contra una camiseta, y después unos pasos silenciosos que se alejan de la noria en dirección al borde del muelle. Me quedo quieto un segundo, hasta estar seguro de que se ha marchado Christina, y salgo de mi escondite detrás del soporte.

Tris observa el encaje blanco que se alza sobre ella y la luz de la luna se le refleja en el rostro alzado. Lleva el pelo recogido en dos trenzas, una a cada lado de la cabeza, y va vestida como una osada:

botas negras, pantalones de lona negros y una chaqueta negra ajustada.

Reacciona a mi presencia en cuanto me ve, llevándose la mano al cuchillo del cinturón mientras clava su mirada en la mía. Cuando me reconoce, se relaja, aunque solo un poco.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—Jugar a capturar la bandera. ¿Qué haces tú aquí?

Ella entorna los ojos.

—Ahora mismo no confío demasiado en ti, la verdad. ¿Sabes que hicieron una redada en nuestra casa segura unos días después de que pasaras por allí?

—¿En serio? He oído que los centinelas están aumentando las patrullas desde la Ceremonia de la Elección para intentar averiguar quiénes eran los atacantes, pero no sabía que estuvieran haciendo redadas.

—Entonces, ¿no les dijiste tú dónde encontrarnos?

—¿De verdad crees que lo haría? —le pregunto, frunciendo el ceño.

—Como siempre me recuerdas, en realidad no te conozco. Y no sería la primera vez que alguien me decepciona.

A pesar de lanzar el comentario como si no fuera nada, no le funciona: cae entre nosotros como un ancla.

—Puede que no confíe en Evelyn, pero tampoco quiero hacerle daño. No se lo he contado a nadie, te lo prometo.

Tris me mira. El viento me trae las voces de los demás, que siguen discutiendo detrás de mí. Ese mismo viento le azota el rostro con los mechones de pelo sueltos, así que ella se los aparta.

—Te creo —responde al fin. Y después señala arriba, a la noria—. He venido a por ese estandarte.

Levanto la vista para ver qué señala; miro cada vez más arriba, dejando atrás el centro de la rueda para llegar a la estructura superior. Allí, colgando de uno de los puntales, hay algo pequeño y oscuro. Un estandarte, supongo.

—Christina iba a ayudarme, pero tu iniciado, el horrible…

—Peter.

—Sí, ese. No quería tropezarse con él, lo que me parece bien.

—Ajá. Se nota. —Me fulmina con la mirada—. ¿Con qué necesitas ayuda?

—Lo de trepar no me cuesta, pero no es buena idea arriesgarse a solas y a oscuras. Es mejor contar con alguien que vigile.

—¿Que vas a trepar?

—Esa es la idea.

Señalo la noria que se yergue sobre nosotros.

—¿A esa rueda?

—Sí —me confirma, y ahora suena brusca.

—¿Sabes la altura que tiene?

—¿En la parte más alta? Unos sesenta metros. Aunque diría que el estandarte está solo a cuarenta y tantos.

Me quedo mirándola. Sus ojos azul brillante me atraviesan como un puñal.

—Crees que no soy capaz de hacerlo, ¿verdad?

—No es cuestión de ser capaz o no. Más bien de si deberías…

Tris se limita a arquear las cejas y avanzar hacia el centro de la rueda. Allí, en uno de los soportes más gruesos, hay una escalerilla.

Antes de poder hacerme a la idea de lo que sucede, empieza a subir a toda velocidad, agarrándose con las manos a cada peldaño.

Me acerco para no tener que gritar.

—¡Tris!

—No te preocupes —responde, ya por encima de mi cabeza.

—¿No necesitabas a alguien que vigile?

Ella se detiene y se asoma por encima del borde de la escalerilla para mirarme.

—Si no me vas a echar una mano, sigue con tu juego.

Vuelvo la vista hacia el tiovivo, con su techo a rayas y sus caballos rotos y solitarios. No oigo a los demás, así que ya habrán acordado un plan.

Pienso en mi simulación del miedo, cuando estoy al borde de la azotea del Centro y el viento me sopla en la cara. No es real, pero el miedo sí. Me acompaña desde que mi madre me llevó allí arriba para enseñarme la ciudad.

Entonces me agarro a los primeros peldaños y la sigo.

Es ágil y va eligiendo con precaución su camino por esta red de metal, como una araña. Me concentro en alcanzarla en vez de en la distancia cada vez mayor que me separa del suelo. Noto la boca seca y me tiemblan un poco las manos cada vez que subo a un nuevo peldaño.

Le veo las botas y me percato de que se ha detenido. Está agarrada con una sola mano y ha dejado la otra colgando mientras me mira.

—Tienes miedo —dice.

Sus palabras no son una crítica, sino como si se hubiera dado cuenta de repente, y quizá por eso ni siquiera me molesto en

negarlo.

—Sí —respondo con una exhalación. Un instante después me da la sensación de haber confesado demasiado, así que, aunque hasta a mí me parece que me he puesto a la defensiva, añado—: ¿Y?

—Y… aquí estás, de todos modos.

—El miedo no siempre resulta útil —replico, deseando poder calmar la respiración—. Con el tiempo, cada vez cuesta menos… dejarlo a un lado.

Le tiemblan los labios hasta esbozar una sonrisa.

—Eso es verdad. —Sigue trepando.

Por encima de nosotros, en el centro de la noria, hay una pequeña plataforma. A pesar de que el viento es cálido, me provoca un escalofrío. Una ráfaga repentina nos empuja a un lado y ella pierde el equilibrio un segundo, de modo que su seguridad se torna desesperación.

Estiro un brazo por instinto y le sujeto la cadera, enganchando el pulgar en una de las presillas de su cinturón; el índice y el corazón se le clavan un poco en la piel suave bajo el borde de la chaqueta. Durante un segundo pierdo el aliento y me miro la mano con la que la toco, consciente del calor de su cuerpo.

La empujo para que recupere el equilibrio y retiro la mano. Me cosquillea la punta de los dedos.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Ajá.

Ambos guardamos silencio hasta que alcanzamos la plataforma. Es un alivio sentarme con la espalda contra un soporte metálico, casi como volver a pisar tierra firme.

Tris, por el contrario, se sienta con las piernas colgando por el borde.

—¿Eso no te da cosa? —le pregunto—. ¿Es que no eres humana?

Ella sonríe.

—Antes me pasaba el día saliendo por la escalera de incendios del Edificio A.

El Edificio A es uno de los complejos más grandes de Abnegación, donde las familias viven juntas en comunidad. No he estado dentro, pero recuerdo su aspecto desde la calle, y que todo el mundo que entraba y salía parecía conocerse. Sentía celos de los habitantes del Edificio A.

En cualquier caso, es una estructura alta, y la escalera de incendios debe de llevar décadas sin repararse, así que subir por ella me parece tan absurdo como lo que estamos haciendo ahora.

Ladeo la cabeza para mirarla.

—¿Por qué no elegiste Osadía?

—¿Cómo sabes que entraba dentro de mis aptitudes?

Me río.

—¿Cómo conseguiste que alguien se creyera que no?

Hace un momento evitaba mirarme a los ojos, pero ahora sí que lo hace, y en ellos veo una ferocidad curiosa. Triunfal, incluso.

—Nos encontramos una vez, ¿sabes? Después de que abandonaras Abnegación, me refiero.

—No, qué va. Lo recordaría —respondo.

—Me ayudaste a levantarme en el ataque de la Ceremonia de la Elección. Básicamente, me lanzaste hacia la salida de emergencia.

Fui a la Ceremonia de la Elección para apoyar a Zeke y a Uriah, pero llegué tarde. Me colé por la parte de atrás para no encontrarme

con Marcus. Y, de repente…, el caos. Intenté conducir a los presentes hacia todas las salidas, no solo la más evidente, y no recuerdo a una chica.

—Entonces tenía un aspecto diferente —añade.

—La verdad es que, desde que me fui de casa, no quiero ni mirar a los abnegados. Si no te recuerdo, es por eso.

Se encoge de hombros, como si no me creyera, aunque también como si diera lo mismo.

—Tengo que subir más arriba —me indica y señala el estandarte.

Está enrollado en un soporte metálico a unos quince metros de donde nos encontramos y ya no hay escalerillas que lleguen hasta allí. Si quiere hacerse con él, tendrá que trepar por las vigas cruzadas más finas que conforman la parte exterior de la rueda.

Y yo tendré que ir con ella.

—¿Seguro que merece la pena? —le pregunto—. ¿Tu objetivo se merece el riesgo?

Pierde un poco la sonrisa, ya de por sí cautelosa.

—Sí.

—Vale —respondo y me levanto.

—¿No me vas a preguntar por qué?

—No. —Le ofrezco una mano—. Voy a confiar en ti y dejarme llevar.

Entrelaza sus dedos con los míos y se pone en pie.

Durante un instante, estamos frente a frente, y me alegro de que la luna esté alta y despejada de nubes porque le veo la cara. Cuando la conocí, no me llamó demasiado la atención; no era más que una chica, y una chica que, encima, admiraba a mi madre.

Ahora me parece distinta. Tiene unos ojos grandes y luminosos que casi brillan a la luz de la luna. Le dije que no me conocía, pero era mentira: me conoce demasiado, ve demasiado. Me he pasado dos años intentando enterrar a Tobias Eaton en el rincón más profundo de mi alma para convertirme en alguien nuevo, y aquí está ella, desenterrándolo.

No me gusta que lo haga y, sin embargo, ¿por qué no consigo marcharme?

Levanta un brazo y se sujeta a uno de los barrotes que están por encima de nosotros. Apoya el pie en la unión en la que se cruzan las vigas de apoyo y se introduce en el enredo de varillas blancas.

La observo: está concentrada y se le ha acelerado la respiración.

Espero a que me lleve unos cuantos pasos de ventaja y sigo la misma ruta. Me noto las piernas flojas, pero me obligo a seguir. Me tiemblan las manos, pero me sujeto con fuerza a las vigas. No puedo respirar, pero me obligo a tomar aire por la nariz para calmarme. Estoy tan concentrado en no sufrir un ataque de pánico muy poco oportuno que no me doy cuenta de que ha parado hasta tenerla justo delante.

Está contemplando la ciudad. Aunque el enorme edificio negro del final del muelle nos tapa un poco las vistas, veo lo que observa: hay una enorme columna de humo negro a lo lejos. Es como si una nube oscura descendiera del cielo y se tragara parte del centro de la ciudad.

Algo se quema en la ribera del río; algo grande.

—Es la sede de Verdad —dice, y le noto un pánico que no sé a qué se debe.

Oigo el gemido de las sirenas y me resulta espeluznante.

—Supongo que podría ser cualquier edificio a la orilla del río…

—No —me interrumpe en tono seco—. No es una coincidencia, imposible. Tenemos que bajar.

—¿Bajar? —Levanto la vista hacia el estandarte, que todavía está a unos diez metros de nosotros—. Pero si ya estás muy cerca…

—Tengo que bajar —me suelta—. Christina está en la sede de Verdad, y Mae, y mi padre, y el incendio… Seguramente…

—¿Seguramente…?

—Seguramente sea cosa de Evelyn —responde a regañadientes.

—Mierda.

Guío a mi pie hacia abajo para pisar la viga transversal que acabo de dejar atrás y continúo descendiendo.

Me percato de que el problema de descender es que no puedo evitar mirar el suelo. Un suelo que está muy lejos; tanto que no distingo las grietas del pavimento. Tanto que, si me resbalo una sola vez, me partiré por la mitad.

Se me acelera el corazón. Sigo bajando. Bajando, bajando, bajando hasta la plataforma. Después dejo que ella me adelante y siga moviendo manos y pies a toda prisa por los escalones.

En cuanto toca el suelo, sale corriendo.

Y, aunque se supone que debo ayudar a mis iniciados a capturar la bandera, aunque se supone que tengo que representar el papel de instructor responsable…, no dudo ni un segundo en salir detrás de ella.

CAPÍTULO 27

TRIS

EL MAPA SE DESPLIEGA en mi mente mientras repaso la ruta. Bajar corriendo por Grand Avenue. Coger el tren en dirección este. Esperar dos paradas hasta el Mercado del Martirio y después…

Me maldigo por no haber memorizado aún los mapas de las sedes de las facciones, puesto que no he estado nunca en la de Verdad y no tengo ni idea de hacia dónde se supone que debería ir cuando llegue.

Cuatro me adelanta. Qué fácil consigue que parezcan esas zancadas tan largas que ni siquiera le alteran la respiración, desaparecida ya del todo la palpable incomodidad que mostraba cuando estábamos muy por encima del suelo. Encabeza la marcha hasta el andén de Grand, subiendo los escalones de dos en dos.

Cuando llego arriba, me paseo de un lado a otro. Ya no queda sino esperar que el tren pase pronto. Entrelazo los dedos en la nuca y procuro calmarme.

Lo primero que he pensado al ver la humareda es que era demasiada casualidad. El juicio. La comparecencia de Mae en la sede de Verdad. Yo contándole a Evelyn, supuesta líder de los sin facción más radicales de la ciudad, dónde iba a estar. Y ahora este incendio, la distracción definitiva.

—¿Por qué estás tan segura de que el fuego lo ha provocado Evelyn? —me pregunta Cuatro.

Me detengo y oteo el tendido ferroviario a lo lejos. Todavía no se ve ningún tren.

—La incursión de la que te hablé acabó con una niña apartada de su hermano —le explico—. El juicio se celebra esta noche, en la sede de Verdad, y yo soy la única que le ha contado…

Me muerdo la lengua al recordar lo que me llamó: «esbirra». Ojalá no tuviera razón.

—Se lo contaste. —Parece enfadado de nuevo—. Y ahora el edificio está en llamas. —Frunce el labio—. Recuérdame en qué sentido no eres su chica de los recados.

Es como si el viento se llevara toda la calidez tentativa de la última hora. El chico que ha insistido en ayudarme a ascender pese al evidente terror que sentía, el chico que me dijo que parecía una osada, se ha ido. En su lugar solo queda esta persona de mirada huraña, desengañada por el dolor.

No puedo evitarlo; le espeto:

—¡Que no soy su puñetera recadera! ¿Cómo quieres que te lo diga? —El exabrupto parece sorprenderlo tanto como a mí; no recuerdo cuándo fue la última vez que se me escapó uno—. Intentaba ayudar a una niña. Si tiene que volver con su madre, se… —Titubeo. No me corresponde a mí compartir la historia de Mae, ni la del Remendador—. No será bueno para ella, eso es todo.

Me lanza una mirada extraña, pero a ninguno de los dos nos da tiempo a contestar, porque, ahora sí, el tren se acerca al andén.

Casi al unísono, empezamos a correr por la plataforma. Él es más veloz, por lo que espero que se suba antes, pero en vez de eso noto

la presión de su mano en la espalda, cálida, apremiándome a acelerar. Agarro el asidero y me cuelo dentro. Cuatro llega pisándome los talones, con una maniobra ágil y confiada, aunque todavía hay recelo en sus ojos.

Esta ruta nos obliga a ir en dirección contraria antes de poder tomar la correcta, por lo que debo soportar la tortura de ver cómo nos alejamos cada vez más de la humareda que engulle el Mercado del Martirio antes de que el tren trace una curva que nos conduzca hasta un cambio de agujas. Boto de puntillas mientras cruzamos el río como una exhalación en dirección a las llamas, a Christina, a mi padre.

El tren aminora al aproximarse a la parada del Mart, que conecta con la sede de Verdad, aunque los veraces no usen este medio de locomoción.

Antes incluso de que mis pies toquen la madera, oigo la estridente alarma de incendios en el interior del edificio. Su cadencia es el contrapunto de mis latidos.

Soy la primera en saltar al final del andén; casi me choco con Cuatro cuando este aterriza justo delante de mí.

Grita para hacerse oír a pesar de la alarma:

—¡Sígueme! ¡Tuve que prestar declaración una vez! ¡Conozco el camino!

Esta plataforma conecta con el Mart, aunque ahora solo se utilice para la carga y descarga de mercancías.

Nos apresuramos por un canal angosto, abarrotado de cajas de madera de todos los tamaños; algunas están vacías, a la espera de ser reutilizadas; otras, llenas, aguardan a ser vaciadas.

Nos topamos de bruces con el caos al doblar una esquina.

Aquí, la alarma es el doble de ensordecedora que en el andén y viene acompañada de unas luces rojas, parpadeantes e intensas. Una marea de personas corre hacia las salidas, tan densa que atravesarla se diría tarea imposible.

Cuatro estira el brazo a su espalda; sin pensar, me agarro a su mano. Tira de mí y se zambulle en la multitud.

Soy demasiado baja para ver por dónde vamos. Estoy rodeada de brazos, torsos y hombros; por encima, se alzan las columnas de mármol del vestíbulo del Mercado del Martirio. Es un espacio majestuoso, escenario de grandes acontecimientos, aunque las carreras y los gritos le resten solemnidad. Cuatro empuja contra la avalancha humana, usando su cuerpo como escudo para interceptar los codazos y los empujones.

No sé cómo conseguimos llegar a la escalera de emergencia, que está menos congestionada que el vestíbulo. Se me han disparado las pulsaciones y me falta el aliento.

Cuatro me suelta la mano, me mira a los ojos y pregunta:

—¿Lista para subir?

Le indico que sí con la cabeza, aunque en realidad no lo esté. Me siento como si no hubiera parado ni un segundo desde la cena; Colin y Rory tenían razón: para ganar resistencia hace falta algo más que un par de semanas. Sin embargo, la mera posibilidad de que Christina, Mae o mi padre hayan quedado atrapados entre las llamas basta para impulsarme a seguir.

No es que crea que mi padre no sepa valerse por sí mismo, sino que sospecho que no lo hará si antes se le presenta la oportunidad de ayudar a otra persona. Se trata de la mejor y al mismo tiempo la peor de sus cualidades: que es un miembro devoto de Abnegación.

Todavía puedo sentir su beso en la frente. Su hombro chocando con el mío mientras me confesaba que mi impulsividad la había heredado de él.

He llegado al rellano de la segunda planta cuando me percato de que vuelvo a tener la mano de Cuatro en la mía. Debería soltarla —sigue habiendo gente en las escaleras, aunque disponemos de espacio de sobra para subir sin perdernos de vista—, pero en estos momentos es como si fuera lo único que me estabiliza. No la suelto.

Al llegar al cuarto piso, el tumulto ya es casi inexistente, me duelen las piernas por el cansancio y todo huele a humo.

En el sexto, tengo que cubrirme la nariz y la boca con la chaqueta para no inhalarlo.

En el séptimo, Cuatro me pega un tirón de la mano para alejarme de las escaleras e internarme en el edificio.

Las columnas clásicas de mármol blanco del resto del espacio dan paso al cristal: en las paredes, el techo e incluso el suelo, aunque los bloques son demasiado gruesos y me impiden ver lo que tengo debajo. Es el mismo material que había en el cuenco de Verdad durante la Ceremonia de la Elección, el que asocio con ser sincero.

Doblamos una esquina y no puedo evitarlo; se me quedan paralizados los pies.

Me encuentro en una sala octagonal cuyo techo se eleva a una altura increíble. Es como si alguien hubiera extraído el corazón del edificio y lo hubiera reemplazado por un pilar de cristal. Por encima de mí, hasta donde alcanza la vista, se extienden paneles de cantos irregulares diseñados para reflejar y refractar la luz. En el centro se alza un podio. Me imagino que es un punto de acceso al ordenador central de Verdad, igual que la mesa de piedra era el de Abnegación.

Ocho puertas transparentes comunican con todas las direcciones; entramos por el flanco inferior del octágono.

Ante mis ojos, justo enfrente de mí, la estancia se inunda con el humo que empieza a caer de lo alto. Una voz de mujer habla con serenidad procedente de alguna parte y de todas a la vez; es tan potente que se impone incluso a la alarma estruendosa.

—El protocolo de contención de incendios comenzará dentro de un minuto —recita—. Por favor, evacúen la zona.

—Mierda. —Cuatro cruza la habitación tirando de mí—. Esto no me gusta nada.

—¿Cuál es el protocolo de contención de incendios? —pregunto mientras lo sigo a trompicones.

—No lo sé, pero seguro que implica el minimizar la propagación de las llamas, lo que quizá conlleve…

Oigo un estampido a mi espalda; al girarme, veo un muro metálico allí donde hace apenas un instante tan solo había cristal. Parece haber bajado del techo.

Miro a Cuatro, asustada.

—Algo así —concluye.

CAPÍTULO 28

TRIS

EL AIRE SE HA ENTURBIADO a causa del humo. Nos agachamos para respirar el aire limpio que queda más cerca del suelo. Me pican los ojos. A lo lejos, otro estruendo señala el descenso de un nuevo muro metálico; deduzco que su función es compartimentar el espacio para que las llamas no puedan salir.

De pronto, se oyen golpes. Un ritmo irregular y frenético, que solo puede provenir de un ser humano, no de un sistema automatizado. Tiro de Cuatro hacia el origen del ruido.

—Alguien está gritando, ven…

Corremos por uno de los estrechos pasillos de cristal que bordean la sala octagonal. Los golpes provienen de detrás de uno de los muros de contención metálicos. Al acercarnos, distingo una voz gritando al otro lado.

—¡Ayuda! ¿Alguien me oye?

Suelto la mano de Cuatro y aporreo la pared con el puño. Las voces y los golpes cesan.

—¡Te oímos! —replica Cuatro mientras yo pego la oreja a la pared.

—¡Hay una chica! —exclama la voz—. ¡Se ha quedado atrapada en el búnker de vuestro lado! Estábamos buscando a alguien para sacarla cuando cayeron los muros.

Miro a Cuatro.

—¡Estamos en ello! —grita Cuatro. Y, dirigiéndose a mí, ya en voz más baja—: Vamos.

—¿Cómo es que sabes orientarte tan bien por este lugar?

—Las simulaciones del miedo son reveladoras, a veces —contesta —. Cuando desvelan información sobre actividades criminales, debo declarar sobre lo que he visto. Solo me ha pasado en dos casos, pero cuesta olvidar este sitio.

Lo sigo por el pasillo, doblamos una esquina… y nos topamos con una cortina de fuego. Retrocedemos ante una oleada de humo negro.

Pienso en la prueba de aptitud mientras toso contra la manga de la chaqueta. Imito a Cuatro cuando este se pone en cuclillas; el aire está más despejado a esta altura, lo que me permite ver hasta el fondo del largo pasillo. Allí donde las paredes de cristal dan paso al estuco, todo arde.

Entre pitido y pitido de la alarma oigo más gritos y golpes, aunque menos fuertes e insistentes que antes. Parecen provenir de la puerta que hay al final del pasillo. El búnker.

Del que nos separan las llamas.

—Deberías volver y buscar ayuda —me dice Cuatro—. Ya se me ocurrirá algo mientras tanto.

—No seas idiota —replico, y empiezo a moverme.

Aunque me gustaría esprintar, necesito quedarme cerca del suelo para no inhalar demasiado humo. Gateo en dirección a la puerta con Cuatro pisándome los talones. El mármol sustituye al cristal bajo mis rodillas doloridas.

Frente a mí, uno de los bloques de mármol que recubren la pared se desprende y estalla en pedazos, proyectando esquirlas en todas direcciones. Una me da en la mejilla. Me incorporo y sorteo los cascotes caminando agazapada.

Llegamos a la puerta, sólida y recia. Los agudos chillidos que suenan tras ella son casi inaudibles, pero Mae está ahí; sé que es ella. ¿Quién si no iba a terminar encerrada en el búnker donde pensaba celebrarse la vista?

Cuatro empuja contra la puerta, la embiste con todas sus fuerzas, pero los impactos ni siquiera consiguen que tiemble. Mae está atrapada. Cuatro profiere una sarta de palabrotas, algunas de las cuales yo no había escuchado en mi vida.

—Tenemos que buscar algo con lo que derribar esta puerta —masculla.

—La puerta, no. —Señalo arriba, a la pared, cerca del techo: hay un tragaluz por encima del marco, demasiado pequeño para casi cualquiera.

Menos para mí.

A Cuatro se le hunden los hombros, pero asiente.

—Enseguida vuelvo.

Se cubre el rostro con la chaqueta y desaparece en medio del humo. Yo aporreo la puerta e intento llamar a Mae, pero lo único que consigo es atragantarme y toser.

Cuatro vuelve poco después con un hacha roja, diseñada sin lugar a dudas para su uso en caso de incendio. Recuerdo haberlas visto en las paredes del Edificio A. «RÓMPASE EL CRISTAL EN CASO DE EMERGENCIA». Sin embargo, el tragaluz está demasiado alto.

—Ven —le pido—. Apóyate en mi hombro y te subo.

Es más fuerte; debería ser él el que empuñe ese chisme. Me arrodillo junto a la pared y me afianzo con el antebrazo. Noto calor al contacto; mala señal. No sé mucho de incendios, pero recuerdo que, si el interior de una habitación se calienta en exceso, se puede convertir en una bola de fuego.

Siento la presión de la bota de Cuatro en el hombro antes de que se encarame encima de mí. Aprieto los dientes; aunque no me haga daño, cargar con todo el peso de un hombre adulto tampoco es una sensación agradable.

—Tápate la cara —dice, y así lo hago, ocultando el rostro bajo la chaqueta mientras esgrime el hacha.

Oigo crujir el cristal y su peso fluctúa al coger impulso para asestar otro golpe. El tragaluz se rompe esta vez; el suelo se llena de fragmentos de vidrio a nuestro alrededor. Un hachazo más, por si acaso, y se me baja del hombro. Estoy segura de que me ha dejado grabada su huella.

—Te toca.

Acepto la mano que me tiende y dejo que me ayude a levantarme.

Se ha quitado la chaqueta para cubrir con ella el marco del tragaluz, ahora vacío, por lo que lleva los musculosos antebrazos desprotegidos. Entrelaza los dedos para formar un estribo con el que auparme.

Me impulsa hacia arriba como si yo no pesara más que una pluma. Planto las manos en el marco del tragaluz y deslizo el pecho por la abertura.

Al otro lado, la habitación está inundada de humo. Aunque las luces se han apagado, los destellos intermitentes de la alarma me permiten ver una cama pequeña y una estantería, pobres intentos

de hacer el espacio más acogedor para sus ocupantes infantiles. Mae está ovillada en el suelo, debajo de mí, justo al lado de la puerta. Me mira, aterrada.

—Hola —saludo mientras me abro paso a través de la abertura.

Las piernas me cuelgan sobre la puerta por debajo del tragaluz. Pataleo contra la pared en busca de apoyo y Cuatro me sujeta los pies.

—¿Preparada? —pregunta.

—Sí.

Afianzo mi presa sobre el marco. Cuando noto que Cuatro empuja contra mis piernas, me giro para introducir la izquierda por el hueco. Jadeante, ignoro la presión del marco del tragaluz y sus cantos, aún aserrados; resisto el dolor mientras introduzco la otra pierna por la abertura. He conseguido cruzar.

Tosiendo, me dejo caer delante de Mae y la miro a los ojos.

—Vamos a sacarte de aquí —le prometo.

—Tengo miedo.

—Y yo. Pero lo haremos de todas formas, ¿vale?

Parpadea. Toco la pared detrás de ella; está cada vez más caliente. Tenemos que irnos.

—Voy a darte impulso para que te puedas escurrir por esa ventanita de ahí, ¿de acuerdo? —le indico—. Al otro lado hay un chico que te ayudará. Se llama Cuatro.

—¿Cuatro? ¿Como el número?

—Pues sí. Es un poco raro, lo sé. Vamos allá.

Me incorporo y formo un estribo con las manos, como hizo antes Cuatro. Mae se restriega la nariz con el dorso de la mano mientras apoya un pie; me tiemblan los brazos cuando la levanto.

Se agarra al borde del tragaluz y trepa por la pared, más menuda y ágil que yo. Se pierde de vista por el hueco y me quedo con el rostro vuelto hacia arriba.

No sé cómo voy a salir de aquí.

El humo viene del piso superior. Debo actuar deprisa. Agarro la estantería que hay junto a la cama y la arrastro hasta la puerta, dejando el suelo cubierto de libros desperdigados. Me subo encima para llegar al marco de la ventana. Voy a tener que subirme a pulso.

Como dijo Carr: todos los sin facción deberían ser capaces de levantar su propio peso.

Capaz no sé si seré, pero tampoco es que me quede otra elección.

Salto e intento izarme a pulso. No lo consigo; rebaso el marco por poco antes de caerme de nuevo. Me duelen los brazos.

—¡Una más! —grita Cuatro—. Tú puedes.

—Pero ¿tú me has visto? —replico, frustrada—. Ni que fuera la reina de las dominadas.

—Eres más fuerte de lo que aparentas.

«Soy más fuerte de lo que aparento —recito para mis adentros—. Soy más fuerte de lo que aparento. Soy más fuerte de lo que…».

Salto con todas mis fuerzas y tiro. Consigo que mi cabeza pase por encima del marco. Chillo con los dientes apretados y me impulso hasta colocar el pecho justo encima del marco del tragaluz. Una oleada de calor me acaricia la espalda. Noto un dolor abrasador en el hombro, y es tan intenso que grito de nuevo.

Me siento como un animal atrapado. Medio enloquecido. Desesperado por escapar. Pataleo contra la pared y me obligo a atravesar el hueco, sin importarme caer de bruces por el otro lado.

No me caigo.

Cuatro me agarra; su brazo me sujeta con firmeza la espalda. Noto la solidez de su esternón en la mejilla cuando me abraza contra su pecho. Noto el martilleo de su corazón. Noto la desesperación en su presa. Y luego siento una oleada de dolor en el brazo abrasado y se me escapa un gañido patético.

—No pasa nada —me consuela—. ¿Quieres andar o prefieres que te lleve?

La idea de dejar que me transporte en brazos hace que note como un cosquilleo por dentro. Estoy desesperada por decirle que sí, porque eso significaría que puedo parar y dejar que otro tome el relevo, pero niego sin despegar los labios. Me lagrimean los ojos —por culpa del dolor o del humo, no estoy segura— cuando salimos corriendo del búnker y desandamos el camino por el que hemos venido.

No se ve casi nada; me concentro en la silueta borrosa de Cuatro y en la figura más pequeña de Mae, que trota a su lado. Se detienen frente a un mapa rudimentario atornillado en la pared: «EN CASO DE INCENDIO, DIRÍJASE A LA ESCALERA DE EMERGENCIA». Cuatro nos guía por un intrincado entramado de pasillos que desembocan en la escalera en cuestión.

Me tiemblan las piernas mientras bajamos. Están vacías, todos los demás han evacuado ya, y el aire se despeja conforme se prolonga el descenso, hasta que el humo se desvanece por completo. Nos cruzamos con bomberos con el uniforme negro de Osadía, cargados de mangueras; no dan la impresión de fijarse en nosotros. Mejor así.

Llegamos al vestíbulo del ala sur y de inmediato localizo a mi padre.

Está al fondo de la sala, junto a Jack Kang. Vestido con el gris de Abnegación, ofrece el mismo aspecto de siempre, pero tiene un brazo vendado, con la manga cortada a la altura del codo. Debe de haber sufrido alguna quemadura. Me pregunto si los padres poseerán algún tipo de percepción especial por lo que a sus vástagos se refiere, puesto que gira la cabeza en cuanto llegamos y me observa de arriba abajo, atónito.

Parece mayor que la última vez que lo vi. Sé que es imposible; tan solo han pasado unas pocas semanas. Sin embargo, es como si nos separasen ya años. Incluso décadas.

Da un paso en mi dirección y lo recuerdo pidiéndole a la Cámara de la Memoria que me robase los recuerdos.

El calor se abre paso por mi garganta; no sé si estoy furiosa o a punto de echarme a llorar. Le doy la espalda.

No puedo. Me alegra que siga con vida, pero no puedo enfrentarme a él ahora.

Cerca, alguien me llama por mi nombre. Por mi nuevo nombre.

—¡Tris!

Christina se me acerca corriendo, con las facciones desencajadas. Luce el sencillo parche negro que le hizo el Remendador, en vez del otro, más elaborado, con el dibujo de un ojo castaño. No parece herida. Se mueve como si quisiera rodearme con los brazos, pero se lo piensa mejor y termina apoyándome una mano en el hombro sano.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Toso al intentar responder. Asiento.

—Mira —me dice, y se entreabre la chaqueta para mostrarme un recuadro de tela sujeto contra su camiseta. Es el estandarte de los

Zorros.

Sonrío.

—Asombroso —jadeo con un hilo de voz.

—¿Dónde está el tuyo?

No sé cómo explicárselo, aunque tampoco tengo ocasión. Mae cruza el vestíbulo corriendo hasta llegar al Remendador, que se arrodilla para acogerla en sus brazos. La pequeña le entierra el rostro en el hombro con un alivio evidente.

Parece más sobrio que nunca, con unos pantalones negros y una camisa blanca impecable, el pelo largo recogido en una coleta y ni un solo anillo en las manos. Seguro que ha elegido este atuendo a propósito para el juicio, para ofrecer un aspecto más respetable.

El Remendador me mira a mí, primero, y después a Cuatro.

—¿Eras tú la del otro lado de la pared? —me pregunta.

Asiento. El Remendador se pone de pie con Mae en los brazos. Tiene lágrimas en los ojos. Me apoya una mano en la nuca antes de darme un beso en la frente.

—Gracias.

—Oh, no —jadea Mae, entonces. Está mirando por encima del hombro del Remendador a lo que sea que haya tras él—. Oh no, oh no…

—Aléjate de mi hija —le advierte una voz de mujer.

—No, no, no —musita sin cesar Mae, como un salmo apenas audible. Oculta la carita contra el cuello del Remendador, aferrada con fuerza a su camisa.

Por encima del hombro del Remendador veo a una mujer con un vestido blanco y el pelo moreno recogido en una trenza perfecta,

como perfecta es también la punta de sus zapatos. Debe de ser la madre de Mae y el Remendador, y va directa hacia ellos.

Sin embargo, cuando ya casi ha llegado a su altura, Cuatro se interpone en su camino. La mujer frunce el ceño.

—Aparta. Esa es mi hija. No puedes…

—Escuche, señora, ¿qué quiere que le diga? Es que yo estaba aquí antes.

Me lo quedo mirando, desconcertada. La mujer pone los ojos en blanco e intenta rodearlo, pero Cuatro se mueve con ella y se desplaza hacia el mismo lado a la vez.

—Y aquí estoy ahora —dice con una voz grave que casi destila… peligro.

Tiro del codo del Remendador para conducirlo hacia las puertas. Cuatro nos está concediendo una oportunidad y tenemos que aprovecharla.

—Vamos. No os paréis.

El Remendador corre hacia la salida, y Christina y yo lo seguimos. Cuando ya hemos cruzado medio vestíbulo, vuelvo la vista atrás y compruebo que Cuatro continúa impidiendo que la mujer nos siga, mientras me observa.

Me dedica una tímida sonrisa.

Desearía poder haberle dado las gracias.

CAPÍTULO 29

CUATRO

AUNQUE PREFERIRÍA NO PASARME la noche entera en el hospital, Shauna amenaza con echar la llave si no me quedo quieto, así que no tengo elección. Me cuesta relajarme; la goma de la mascarilla de oxígeno se me clava en el cuero cabelludo y el plástico que me rodea la nariz y la boca me hace sentir atrapado. Me resigno a no pegar ojo.

Mejor así, sin embargo, porque eso me permite oír a Evelyn. Sus pasos son demasiado furtivos como para tratarse de una enfermera o una doctora…, o una osada, ya puestos. Por tanto, no me sorprendo cuando entra en la habitación y cierra la puerta tras ella.

Lo que siento es la habitual mezcla de rabia mal contenida, pena y alivio.

—Hola. —Me quito la mascarilla para que no me amortigüe la voz.

—Hola. ¿Estás bien?

Me encojo de hombros.

—He inhalado un poco de humo, eso es todo. Saldré de esta.

Evelyn apoya la espalda en la puerta. Hoy ha elegido ir de cordial, con un vestido rojo y el pelo suelto; seguro que así le resulta más fácil pasearse por el hospital sin llamar la atención. No deja de impresionarme la facilidad con la que es capaz de cambiar de facción, como si fueran disfraces. Por otra parte, se lo veía hacer a

diario: se ponía Abnegación como si fuera una chaqueta y reservaba su yo más sincero para cuando estábamos solos.

Conmigo siempre se mostraba igual, por lo que creía estar viéndola tal como era. Me equivocaba. Las personas siempre tienen más facetas de las que pensamos.

—John… Así se llama el hombre cuya hermana has salvado; me ha contado lo que hiciste por él. Tu intrépido rescate y tu intervención a su favor, contra su madre.

—Bueno. —Evito su mirada y me encojo de hombros—. Había oído que la niña estaría mejor con él. Eso es todo.

—Ya veo.

Finjo no sentir sus ojos puestos en mí, viendo más de lo que deberían.

—Me tenías preocupada.

—No he hecho gran cosa. ¿Tris está bien?

—Sí. —Un destello le ilumina los ojos—. He hablado con ella hace unas horas.

—Ya sospecha que fuiste tú la que provocó el incendio, ¿sabes? —Ladeo la cabeza—. ¿Qué le has contado?

No lo niega, eso hay que reconocerlo.

—La verdad —confiesa, serena—, que solo pretendía crear una humareda que sirviera de distracción. El fuego se me fue de las manos.

—Ya, y tanto. Seguro que no tuvo nada que ver el hecho de que él estuviera en el edificio ese día.

—Pues claro que no. —Frunce el ceño—. ¿Crees que pondría en peligro tantas vidas tan solo para amenazarlo?

No respondo porque, en realidad, no estoy seguro. Me gustaría pensar que mi madre no sería capaz de arrasar un edificio entero tan solo para matar a una persona. Me gustaría pensar que le importa el bien común, pero he aprendido por las malas que no basta con desear algo para que se cumpla.

Sus ojos se deslizan sobre los míos.

—No sabía que te importara tanto su vida.

La carcajada que crece en mi pecho se convierte en un ataque de tos que me deja la garganta en carne viva. Me pongo la mascarilla de oxígeno y aspiro hondo hasta que se me pasa.

—Esto no tiene nada que ver con él —replico cuando recupero el aliento—. Que tú pienses que sí, deja claro que no me conoces.

Me tapo la nariz y la boca con la mascarilla y cierro los ojos. Noto su mano en la mía, apretándome los dedos, pero cuando vuelvo a mirar, ya se ha ido, dejando la puerta abierta a su paso.

CAPÍTULO 30

TRIS

DOS DÍAS MÁS TARDE, estoy esperando a mi madre detrás del centro de donaciones. El callejón permanece limpio aún, con la basura separada en pulcros montones, pero en las grietas del pavimento crecen dientes de león de flores brillantes, listas para transformarse en bolas de semillas.

Todavía estoy recuperando el aliento. Llevo los últimos días con oxígeno, atiborrada de medicamentos para acelerar la recuperación de los pulmones; todo ello cortesía de un médico del Conservatorio. Me noto magullada incluso en músculos cuya existencia desconocía y llevo el hombro izquierdo cubierto de vendas. Según el médico, el dolor de la quemadura es buena señal, pues significa que los nervios continúan intactos, pero me cuesta verlo así cuando no puedo ni mover el brazo.

La puerta se abre y mi madre sale corriendo a mi encuentro. Preocupada por la herida, doy un respingo.

—Perdona —me disculpo tocándome el hombro—. Es que tengo una quemadura aquí.

La preocupación le suaviza la mirada. Me rodea con un brazo y apoya la mano con cuidado en mi espalda.

—Qué alegría que estés bien —dice con voz tensa sobre mi hombro—. Tu padre me contó que te había visto y…

Se le crispan los dedos sobre la camisa y me doy cuenta de que nunca la había visto así de preocupada… o enfadada. Una sombra siniestra le empaña la mirada cuando se aparta. Por primera vez en mi vida me pregunto si mis padres serán felices juntos. Si se querrán. O si nuestra marcha habrá revelado una fisura insalvable en su relación.

—Estoy tan orgullosa de ti —sentencia con fiereza—. Mi osada.

Aunque sonrío, esa palabra, «osada», ya no me parece el mismo motivo de orgullo que hace un mes. Ahora, Osadía no es solo la facción que debería haber elegido, sino la que asaltó mi nuevo hogar y separó a Mae del Remendador. La que expulsó a Christina porque había sufrido un ataque. Es la facción de la que huyo cuando los veo en la calle, esperando que no me detengan por ser una abandonada.

Pese a todo, entiendo a qué se refiere.

Aunque anochece, veo la fatiga en los ojos de mi madre, las arrugas de preocupación en su boca.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Necesito tu ayuda.

Siento la misma extrañeza que la última vez que hablamos, como si de repente estuviera conversando conmigo, más que de madre a hija, de una mujer adulta a otra. Recuerdo haber pensado entonces que podría deberle un favor por ayudarme con el juicio y ahora me da la impresión de que pretende cobrárselo.

De súbito, ya no sé a quién tengo delante, si a mi madre o a Natalie Prior, una mujer de la que hasta ahora solo he atisbado fragmentos sueltos.

—¿Con qué?

—Me gustaría que le dieras un mensaje a tu hermano. Intenté decírselo en persona el Día de Visita, pero me han negado el acceso a la sede de Erudición. Uno de los nuevos mandatos de Jeanine Matthews.

Frunzo el ceño. A estas alturas, no me sorprende la crueldad con la que los eruditos tratan a los abnegados, pero me produce rechazo de todos modos.

—¿Cuál es el mensaje?

—Quiero pedirle que busque un patrón —responde—, que compare los resultados de la prueba de aptitud y los traslados entre facciones. Solo se puede acceder a ellos desde dentro de Erudición, por lo que no puedo conseguir esa información por mi cuenta. Y necesito corroborar una teoría.

—Una teoría.

—Prefiero no decir nada más antes de confirmar mis sospechas.

Me la quedo mirando. Mi madre… No, Natalie Prior tiene «teorías». Y está conduciendo una investigación. Incluso habla de forma distinta. Más alto, como si se quisiera asegurar de que todos la oyen. Con más aspereza, como si la diplomacia ya no fuera tan importante.

—Tendré que darle alguna razón —digo, despacio.

—No, se la tendré que dar yo, no tú. Pídele ayuda, eso es todo. —Me acaricia la mejilla y, así de fácil, mi madre ha vuelto. Cariñosa y amable—. Confía en mí.

Pienso en la acusación de Cuatro. Eso de que soy la «chica de los recados» de su madre. Una buena soldado sin facción que adora a Evelyn, como todos los demás. No podía explicarle entonces hasta

qué punto se equivocaba, pues corría el riesgo de revelar demasiado sobre mis auténticas intenciones.

Pero, por primera vez desde que abandoné Abnegación, es verdad que me siento como una chica de los recados. Solo que no la de Evelyn.

La idea hace que algo se retuerza dentro de mí. No me gusta pensar así de mi madre, pero luego me acuerdo de Robert, y de Susan, y de la mujer sin facción muerta en el suelo de la Asamblea de las Facciones. Mi madre quiere respuestas para ellos, como yo.

—De acuerdo —claudico—. Haré lo que pueda. Pero ahora tengo que irme… Me queda por hacer una cosa antes de que oscurezca.

Asiente y me da otro abrazo con cuidado.

—Pareces mayor —observa cuando ya he empezado a alejarme.

Me vuelvo. Aunque sonríe de nuevo, en esta ocasión el gesto me parece un poco apenado.

+ + +

Una hora más tarde estoy al pie de la noria, contemplando el estandarte de los Zorros, todavía intacto.

Ocurre a veces, me contó Rory durante su visita al Conservatorio. No todos los estandartes se encuentran y a veces se quedan donde están durante una semana o así, antes de que los mismos Zorros los quiten. Así que todavía hay tiempo.

El problema es que no puedo escalar en mi estado. Para empezar, solo tengo un brazo útil y, aparte de eso, me extrañaría que mis pulmones quisieran colaborar.

El estandarte, verde y tentador, ondea en lo alto. Estuve muy cerca de él la otra noche. Sin embargo, elegí a Christina y a mi padre.

Mi padre, con el que no fui capaz de cruzar ni media palabra llegado el momento.

«¿Por qué no elegiste Osadía?», me preguntó Cuatro aquella noche, y a mí me sorprendió: me sorprendió que me viera por lo que soy en vez de la cría de Abnegación que parecen ver los demás.

Sin embargo, la respuesta a esa pregunta ha cambiado.

Al principio, habría dicho que no elegí Osadía para no defraudar a mis padres, pero ahora me pregunto si no existiría otra razón. Me pregunto si, más que por mis padres, no sería porque una parte de mí sabía que, al final, allí iba a encajar tan poco como en Abnegación.

Una osada miraría esta noria y vería un reto. Una proeza insensata. Y así la veía yo al principio. Pero ¿y si, en realidad, se tratara de un rompecabezas?

Recorro la base. Hay unos enormes soportes diagonales tachonados de metal y cubiertos de manchas de óxido. A los cestillos más bajos, llenos de rozaduras, les faltan piezas; tienen las ventanas rotas y las puertas cuelgan de los goznes. Me detengo al divisar una caseta a escasos metros de distancia.

Quizá la noria todavía funcione.

Me acerco y encuentro un cuadro de mandos. Bajo la mayoría de los botones y palanquitas, las etiquetas se ven desgastadas. Pulso uno al azar, a ver qué pasa; nada. Me agacho para mirar los cables que cuelgan bajo el panel. Al principio, me parece que forman una maraña sin sentido. Sigo uno con la mirada, y después otro, y otro

más, antes de localizar uno que se ha soltado del punto de conexión.

Meto la mano en el hueco y sujeto el conector con los dedos antes de tantear en busca del sitio en el que debería encajar. Me lleva unos cuantos intentos —la tarea es complicada, a ciegas y con una sola mano—, pero al final consigo colocarlo. Los botones del cuadro se iluminan.

Acciono una palanca y la noria emite un chirrido.

Sonrío cuando los cestos empiezan a moverse. El estandarte ondea con el viento, verde sobre el fondo azul del firmamento. La noria gira y veo que la bandera se acerca cada vez más al suelo; me aseguro de que ya puedo alcanzarla antes de accionar la palanca.

El mecanismo se detiene con otro chirrido. Me acerco a la escalerilla por la que subí hace unas noches para llegar al eje de la noria y pego el brazo izquierdo al cuerpo mientras me agarro al peldaño con el derecho. Subo más o menos hasta la mitad, agradeciendo que el viento haya amainado.

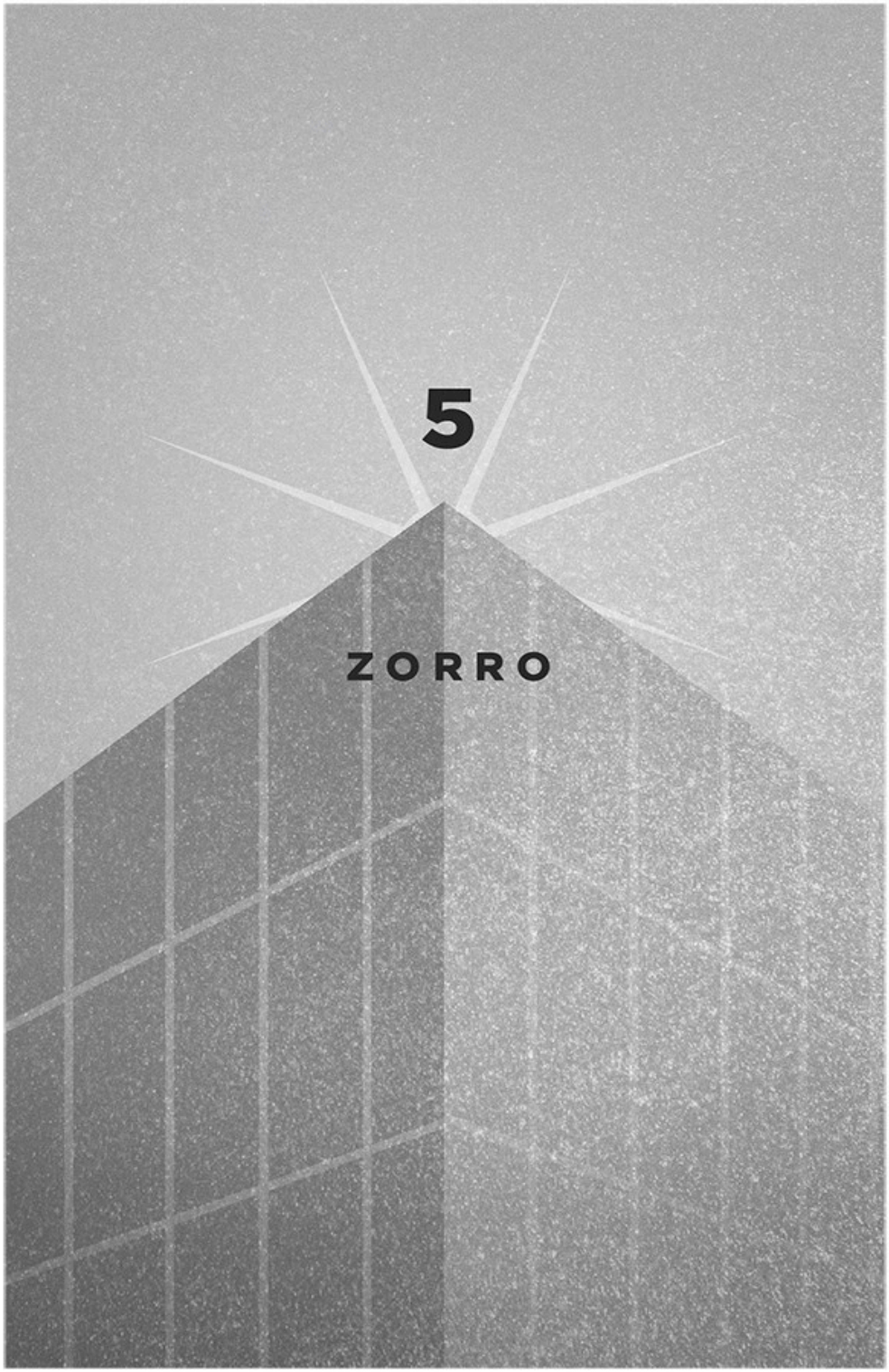
Me basta con estirarme para descolgar mi objetivo.

El banderín está hecho de un material recio y resbaladizo. Me lo guardo en la pechera y desciendo peldaño a peldaño.

Una vez abajo, lo saco y contemplo la imagen cosida en el centro: un zorro naranja brillante que me guiña el ojo.

Me río.

El estandarte aletea sobre mi hombro mientras vuelvo a la estación.


5
ZORRO

CAPÍTULO 31

CALEB

CALEB YA HA REPETIDO las instrucciones del ensayo tantas veces que ni siquiera le hace falta pensar en ellas mientras las imparte. El sujeto de esta ronda —la sexagésima cuarta de esta versión en particular del protocolo de reconocimiento facial— es un voluntario de Cordialidad de diecinueve años, alto y recio como una pared de ladrillos. Parece nervioso; juguetea con las solapas de los bolsillos mientras espera a que Caleb termine de hablar.

Muchos parecen nerviosos en la sala de pruebas, a pesar de que su único cometido es el de proporcionar información; no van a suspender nada. La tarea es sencilla: pasarse veinte minutos sentados delante de una pantalla por la que desfilan distintas caras y tocar el sensor cuando reconozcan a alguien de una facción en concreto. Las facciones, al igual que sus miembros, se asignan de forma aleatoria.

Cuando Jeanine Matthews en persona lo eligió para este laboratorio, tras enterarse de que le gustaban las simulaciones, Caleb pensó que iba a hacer algo interesante. Apasionante. Algo que lo encendería por dentro, como ocurre con ciertos libros, con ciertas conversaciones. En cambio, lo único que ha descubierto en el Laboratorio 9B es soledad y tedio.

Lleva tiempo sin ver a muchos de sus compañeros de iniciación. Casi todas las mañanas desayuna con Fernando para preparar el club de lectura: están con la teoría de juegos, algo que fascina a Caleb, al tiempo que le provoca una honda inseguridad. Fernando, tan entusiasta como ingenioso, se muestra paciente con Caleb cuando a este le cuesta pillar algunos conceptos, lo que no se puede decir de todos los iniciados de su clase. Caleb encuentra a diario nuevas razones para lamentar el haberse criado en Abnegación, donde nadie le proporcionó las nociones que Fernando posee.

También pasa tiempo con Fell, veladas tranquilas que dedican a jugar al ajedrez, por lo general, aunque a ninguno de los dos se le dé demasiado bien. A veces ella intenta sacar el tema de su lugar de procedencia, de la familia de él, de los recuerdos que comparten, tras seis años de educación abnegada, pero a Caleb solo le interesa mirar al futuro, y no al pasado.

Aparte de eso, se pasa casi todo el tiempo en el laboratorio, haciendo la misma prueba, recabando y cribando información, escribiendo informes sobre sus hallazgos y ofreciendo sugerencias para mejorar la siguiente fase del experimento.

Se reúne con Cara todas las semanas para comentar sus progresos, algo que a él no le importa. A menudo lo frustran las críticas, pues siempre parecen tener su origen en cosas que nadie le ha enseñado ni habría podido saber de ninguna manera.

Los rostros se suceden y el voluntario de Cordialidad toca el sensor. La facción que debería estar buscando es Osadía; como cabe esperar, las pulsaciones se aceleran ante aquellos perfiles que muestran perforaciones o tatuajes, o cuando la persona lleva el pelo de colores chillones artificiales. Su reacción se ralentiza ante los

rostros de Osadía más conservadores, y en ocasiones toma a algún veraz por osado debido al solapamiento de los colores de su vestimenta. Tal y como Caleb suponía.

Aun así, esa noche se siente embotado y frustrado cuando vuelve a ese pequeño cubículo que ya considera más suyo de lo que la habitación de su hogar fue jamás. Está repleto de libros, con las paredes cubiertas de mapas, gráficos y diagramas sujetos con cinta adhesiva. Casi toda la ropa está doblada, pero desde su llegada ha rebajado sus estándares de pulcritud, por lo que algunas prendas sueltas cuelgan del respaldo de la silla o al pie de la cama. Le gusta la calidez que este ligero desorden le confiere al espacio que habita.

Sin embargo, hoy el regreso no le proporciona ni alegría ni alivio. Todos sus pensamientos giran en torno a lo evidentes que son los resultados del reconocimiento facial; no sirve de nada poner a prueba algo que ya es obvio, algo que cualquiera consideraría de sentido común. Por supuesto que el reconocimiento cromático es importante a la hora de identificar enseguida a los miembros de una facción en particular. Por supuesto que unos marcadores físicos tan evidentes como los piercings y los tatuajes ayudan a identificar a alguien de Osadía. Pues claro.

Y como esto es Erudición, donde la gente no hace nada sin un buen motivo, está seguro de que se le escapa algo, algo sobre el propósito de este ensayo que Cara omite contarle. La falta de transparencia lo frustra. ¿No sería más práctico saber cuál es el supuesto objetivo del experimento? ¿No haría mejor su trabajo? ¿Por qué no le proporcionan toda la información necesaria?

Quizá porque proviene de Abnegación.

Caleb aparta las mantas y se pone las zapatillas. Si pretenden utilizar su antigua facción en su contra, no va a tolerarlo; ya no. No después de todas las miraditas piadosas que recibe cada vez que los informativos hablan de la última falta cometida por Abnegación; no después de la frustración constante que le produce su propia ignorancia. Si no quieren explicarle qué ocurre, lo averiguará por su cuenta.

Se dirige al ascensor con paso firme, con el aplomo de quien no se siente fuera de lugar donde está. Se baja en la cuarta planta y sube caminando hasta la quinta, la de los laboratorios. El pasillo da repelús por la noche, iluminado tan solo por las luces de emergencia, espaciadas entre sí, que proyectan círculos de fría luz blanca sobre las baldosas del suelo. Las puertas tienen echada la llave, los laboratorios están a oscuras y las máquinas son meras sombras inquietantes tras el cristal.

Aunque no puede entrar sin más en el laboratorio en el que trabaja, ha visto a Cara coger la llave tantas veces que sabe lo que tiene que hacer.

Se dirige al pequeño despacho del final del pasillo, el de las paredes pintadas de azul, e introduce el código de acceso en la cerradura electrónica: 1351317, una combinación de números primos fácil de memorizar tras haberla espiado por encima del hombro. La puerta se abre y la llave ya es suya.

Accede al laboratorio y se dirige sin perder tiempo al ordenador de Cara, al final de la hilera de bancos de trabajo. También se sabe la contraseña. Aunque no posea los conocimientos de quienes se han criado en Erudición, Caleb es una persona observadora; algo que le

enseñó el tercer laberinto y que no ha dejado de aprovechar desde entonces.

Teclea la contraseña de Cara y el sistema al completo se despliega ante él como un libro abierto encima de la mesa.

No sabe por dónde empezar.

Busca la palabra «objetivos» con la esperanza de encontrar algún archivo que la contenga y aparecen varios: uno por cada ronda del experimento. Aunque no haya ninguno con ese nombre exacto, en uno de ellos localiza un segmento de texto etiquetado como «Ronda 4», la versión del ensayo que están llevando a cabo en estos momentos.

OBJETIVOS: Un grupo de control para la Ronda 4B, que intenta separar los identificadores conscientes de los inconscientes en la identificación facial para reducir el tiempo de respuesta refleja…

Lee todo lo deprisa que puede, desesperado por entender.

Está tan concentrado que no oye los pasos en el pasillo. Da un respingo cuando la puerta del laboratorio se abre.

Jeanine Matthews aparece con gesto severo y una ceja arqueada. Su atuendo es más informal que de costumbre, con unos pantalones azules, que a Caleb le recuerdan a los uniformes de los empleados del hospital, y una bata de laboratorio blanca. Lleva el pelo recogido, sin un solo mechón fuera de su sitio.

—Hola, Caleb.

—Me… —empieza a decir él, pero Jeanine levanta una mano.

—Saltémonos la parte en la que intentas buscar una excusa para estar aquí fuera de las horas de trabajo, manipulando un ordenador

que no es tuyo. Me parece del todo innecesario.

A Caleb le arde el rostro. Se aparta del ordenador con la mirada fija en sus zapatillas.

—Lo siento —murmura.

—Seguro que sí. —Jeanine coge un taburete, se sienta enfrente de él y cruza las piernas por los tobillos—. Sin embargo, me resultaría más útil si me contaras el verdadero motivo por el que estás aquí.

Caleb nota la boca seca. Se pasa la lengua por el paladar antes de contestar. En ningún momento se le ocurre mentir.

—Estaba frustrado.

—Ah. —Jeanine no parece enfadada, sino curiosa—. ¿Frustrado por qué?

—Por este experimento. —Caleb indica el ordenador que tiene delante—. Todo lo que estamos estudiando es evidente. Indigno de nuestro tiempo. Pensé que, si comprendía cuál era el objetivo principal, podría aliviar en parte mi desilusión.

—Ya veo. —Jeanine asiente—. ¿Estás haciendo la prueba de reconocimiento facial de las facciones? ¿La cuarta ronda?

Caleb asiente, impresionado, como siempre, por la impecable memoria de Jeanine.

—Sí, ya veo. Creo que hemos vuelto a fallar a nuestros trasladados, Prior. Seguro que estudiaste el método científico en la escuela, solo que no lo tienes tan interiorizado como los nativos de Erudición.

»Se da por sentado que, para que un experimento cumpla los estándares de rigor científico que nos imponemos, todas las alteraciones que realicemos necesitarán un grupo de control sólido, como con el que tú trabajas. Es aceptable, incluso ventajoso, que los

resultados de tu estudio sean predecibles y obvios. De esa forma, lo que descubramos se podrá comparar con un estándar fiable. ¿Lo entiendes?

—Sí —dice Caleb, intentando controlar su irritación. Sabe cómo funcionan los grupos de control—. Es solo que no sabía nada del experimento general. Ignoraba que estuviera con el grupo de control.

—Ya, por supuesto. —Jeanine tamborilea con los dedos sobre su rodilla—. Creo que habrías sido más paciente con el proceso si tuvieras bien asimilado cómo funciona. En cualquier caso, Prior, me alegra que te sientas frustrado.

Caleb frunce el ceño.

—¿Sí?

—Pues claro. La frustración nace de la curiosidad, y la curiosidad siempre conduce a la satisfacción, igual que el hambre, la sed o la necesidad de dormir. ¿Te gustaría conocer más detalles sobre este experimento?

—Sí. —La palabra escapa como una exhalación de sus labios.

Jeanine sonríe como si su entusiasmo le pareciera entrañable. De repente, Caleb se pregunta cómo habría sido tener un progenitor predispuesto a satisfacer su curiosidad en vez de a desalentar la «innecesaria» búsqueda de respuestas, como a veces hacían sus padres. «Así son las cosas» era una coletilla habitual, como también lo era «luego, Caleb». Y la peor de todas: «Ahora no te hace falta saber todo eso».

—En el cerebro hay un área llamada giro fusiforme —recita Jeanine—. ¿Sabes cuál es su función?

—Bueno, existen distintas teorías al respecto, aunque se cree que tiene algo que ver con el reconocimiento de los rostros humanos —responde Caleb—. Además de las palabras y los colores.

Jeanine asiente.

—Lo que buscamos con este experimento es determinar si la actividad del giro fusiforme se puede suprimir, si se le puede aplicar una represión selectiva. Algo así supondría un avance considerable en el desarrollo de la prueba de aptitud, que es el objetivo de este laboratorio.

»¿Te imaginas lo útil que sería generar rostros familiares y desconocidos a voluntad en el entorno de una simulación? Podríamos evaluar la aptitud de cualquiera sin la injerencia del vínculo emocional intrínseco al reconocimiento y la familiaridad.

A Caleb se le revuelven las tripas. Se siente muy inexperto y pequeño. Lo frustraba el tedio de su labor, pues pensaba que no estaba haciendo nada importante ni interesante. Pero ahora se da cuenta de que solo es un engranaje más en una maquinaria de incalculable valor.

—Pensaba que te habías arrepentido de asignarme a trabajar en simulaciones —admite—. Ahora veo que mi comprensión era… limitada. Por lo visto, me pasa a menudo.

Jeanine le dedica una mirada compasiva.

—Se te pide que te adaptes a un entorno nuevo por completo en muy poco tiempo, Caleb. Estoy segura de que no es fácil sentirse como si estuvieras rezagado en todo, pero ya posees las cualidades más importantes en Erudición. Eres observador, curioso y ágil de ideas. A decir verdad, me impresiona que hayas conseguido colarte aquí con tan poco esfuerzo. —Abarca el laboratorio con un ademán

—. Desconocías la presencia de los detectores de movimiento, claro está, pero sospecho que te las ingeniarás para sortearlos la próxima vez que te apetezca acceder a información confidencial que no debería caer en tus manos.

—¿La próxima vez? No habrá una próxima…

—Por favor —lo ataja Jeanine con una sonrisa—. ¿En serio piensas que nunca más querrás saber algo que alguien se niega a decirte? —Caleb se queda callado—. En fin, Prior, veo que necesitas una vía de escape para toda esa energía intelectual —comenta—. Por consiguiente, creo que, como castigo por esta infracción, deberías ayudarnos a Cara y a mí todos los miércoles durante el resto de tu periodo de iniciación. ¿Qué te parece?

A Caleb le parece que eso de castigo no tiene nada, pero se abstiene de señalárselo.

—Me parece bien.

Jeanine lo mira como si quisiera guiñarle el ojo, pero, como no es de esas, se limita a descruzar las piernas y ponerse de pie.

—A la cama —le ordena—. Y a ver si mañana te sientes un poquito menos frustrado.

CAPÍTULO 32

CUATRO

BOSTEZO SIN PODER EVITARLO.

A veces, las simulaciones del miedo ajenas son fascinantes. El año pasado tuve una iniciada cuya primera simulación nos sumergió en el fondo del océano a los dos. Estoy seguro de que la experiencia fue aterradora para ella; para mí, en cambio, fue casi relajante estar rodeado de tanto azul, meciéndome con el vaivén de las olas.

Pero, la mayoría de las veces, los temores de los demás son grotescos o, por así decirlo, aburridos. La gente tiende a tener miedo de cosas parecidas, aunque sus simulaciones sean abstractas. Los mismos símbolos se repiten una y otra vez.

Esta es lo que yo denomino una simulación de fracaso. El iniciado es Al, grande y un poco torpe, sentado a la mesa de su cocina. Solo hay una luz en la habitación, una bombilla solitaria que cuelga del techo. Lo rodea la oscuridad y de las sombras surge una mujer que tiene toda la pinta de ser su madre, increpándolo y señalándolo con el dedo.

Así que, en fin… Aburrido de acobardarme con él, empecé a bostezar.

Se supone que las simulaciones del miedo tienen que estar supervisadas, sobre todo las de los iniciados, ya que carecen de la

experiencia necesaria para salir de ellas por sus propios medios. Debo estar listo para extraer a Al si se pasa demasiado tiempo ahí dentro, o si veo que corre peligro de vomitar o desmayarse. Pero podría tomarme un descansito, si quisiera. Dejar que se las apañe él solo.

Me lo estoy planteando cada vez más en serio cuando un Al sollozante le espeta a su colérica madre:

—¡En la realidad tú no me dirías jamás algo así! ¡Sé que nunca lo harías!

—Alto —ordeno.

Es mi voluntad lo que nos saca del programa —el ordenador sabe que estoy ejecutando la simulación como observador, no como participante, y está pendiente de mis instrucciones—, pero sigue siendo más fácil si lo digo en voz alta.

Salgo a la superficie en la sala de simulaciones, con la espalda contra el muro de piedra. Al está sentado en el suelo, hecho un ovillo, temblando. Levanta la cabeza y sus vidriosos ojos castaños buscan los míos.

—¿Lo he conseguido?

Me lo quedo mirando un momento.

—Más o menos. ¿A qué te referías con eso de que, en la realidad, ella no te diría jamás algo así?

—Pues… —Traga saliva—. O sea, en el mundo real, ella nunca…

—Ya. —Cruzo los brazos—. Eso es lo malo, que no deberías saber que no era real.

—¿Cómo no voy a saberlo?

—El programa está diseñado para reprimir la parte de tu cerebro que es consciente de las incongruencias lógicas —le explico—.

Cuando estás soñando, no te cuestionas lo que ocurre, por raro que sea. De hecho, el cerebro busca la manera de dotarlo de lógica. Es lo que se denomina «racionalidad de los sueños», y es lo que debería ocurrir en las simulaciones del miedo.

Al se relaja un poquito; se le aflojan los brazos alrededor de las piernas y desliza los pies sobre el suelo de piedra.

—¿Y por qué no ha funcionado?

Vacilo. El año pasado no encontré ningún divergente entre mis iniciados, por lo que no he tenido ocasión de practicar esta charla. El instinto me pide advertirle con toda vehemencia que no le revele esto a nadie, como hiciera en su momento mi padre conmigo. Pero también conozco a Al. Sé que es incapaz de guardar un secreto, como también sé que sus emociones son un libro abierto. Si lo asusto con esto, lo estaré empujando a divulgarlo. Y si lo hace, los dos estamos jodidos.

No puedo borrar sin más esta simulación de los archivos. Su ausencia llamaría la atención, puesto que todos los iniciados cuentan con un lugar reservado en el calendario oficial. Solo se pueden suprimir las sesiones que no estaban programadas. Por lo tanto, no queda sino esperar a que la prueba acabe enterrada bajo las demás.

—A veces pasa —le aseguro—. Para la próxima, haz como si lo que estás viendo tuviera todo el sentido del mundo, da igual lo que sea. No pienses en lo que ocurriría en el mundo real. Mientras estés dentro de la simulación, lo que veas será el mundo real. ¿Entendido?

Asiente.

—¿Eso me ayudará a superar la simulación?

—No, pero sí te ayudará a que tu puntuación no se resienta.

—Oh. —Se incorpora y se sacude el polvo de los vaqueros—. Vale.

—Venga, que por hoy ya está bien.

Al esboza una sonrisita mientras se dirige a la puerta. Me lo imagino contándole a Will lo que acabo de decirle en cuanto salga de la habitación, como si fuera un consejo válido para cualquiera, y hago una mueca.

—Oye, Al —lo llamo—. Yo no le mencionaría esto a tus compañeros de iniciación. Se podrían meter en un lío. Y tú también.

Frunce el ceño, desconcertado. Sin embargo, desde que ayudé a Christina, Will y Al parecen fiarse de mí. Así que asiente antes de abrir la puerta. Me obligo a relajar los hombros y salgo detrás de él para ver quién es el siguiente.

Todos los iniciados que no han pasado por su simulación del miedo todavía están sentados a un lado de la sala, con la mirada fija en las llamas sintéticas del crisol. Busco a Peter, como siempre, para comprobar que esté en su sitio en vez de causando problemas. Sus ojos verdes relucen con los destellos del fuego. Parece un demonio.

Más cerca de la puerta, Will se incorpora de un salto. Sonríe como si estuviera a punto de empezar un juego en vez de hurgar en los rincones más recónditos de su subconsciente, con su hoyuelo en la mejilla y su pelo ondulante al levantarse, rebosante de vitalidad. Le hago una seña y me sigue. Cierro la puerta detrás de nosotros.

—¿Lo ha hecho bien Al? —me pregunta.

—Concéntrate en ti, no en Al.

Cruzo la habitación hasta el banco montado en la pared y me siento.

—Os he oído hablar un momento. Pensaba que algo podría haber ido mal.

Parece curioso, pero estoy seguro de que hay algo más. Al había pasado el corte por poco; Will se debe de estar preguntando si va a acabar la iniciación con un amigo menos.

—Al lo ha hecho bien —lo tranquilizo—. Estábamos hablando de la prueba. Si veo algo interesante dentro de tu cerebro, haré lo mismo contigo. Aunque no cuento con ello.

Will sonríe de oreja a oreja. Mis pullas no surten efecto en él. Nunca lo han hecho. Siempre se toma mis palabras a broma. Ojalá esto fuera una broma.

Reclino la cabeza contra la pared e inicio la simulación del miedo. Seguro que a Will le asusta alguna criatura. Las arañas, quizá. A mucha gente le dan miedo las arañas.

CAPÍTULO 33

TRIS

La mañana que llamé a la puerta de la asamblea de los Zorros para enseñarles el estandarte, todos me miraron como si se estuvieran aguantando la risa. Hasta que Gretchen, con los brazos cruzados, me preguntó si tenía algún talento especial.

Lancé un dardo contra una diana. Acerté en el centro.

Debía de ser una mera formalidad. Después de que Cuatro y yo salváramos a Mae, la recomendación del Remendador tenía más peso. Seguro que mi lealtad era más importante que mi puntería para los Zorros. De todos modos, aunque me han acogido, distan de recibirme con los brazos abiertos; ni a mí ni a nadie. Han pasado ya varios días y todavía me pone nerviosa asistir a estas reuniones.

Durante toda mi vida he sido demasiado menuda, demasiado insulsa y demasiado «estirada» como para llamar la atención en exceso. Pero aquí, entre los Zorros, rodeada de expertos en el arte de la observación, parezco incapaz de pasar inadvertida. Los murmullos comienzan en cuanto piso la sala, una galería adyacente al vestíbulo principal del Museo.

—Remilgada —susurran.

Mi nuevo mote. Christina también tiene uno: Parchetazo. Todos los nuevos reclutas de los Zorros sufren algún tipo de escarnio.

Espantapájaros, por las extremidades larguiruchas de Rory. Gago para el chico al que a veces le cuesta pronunciar las palabras. Lirón para el recluta que tiene pesadillas. Los Zorros tienen un don para encontrar lo que más te molesta y poner el dedo en la llaga.

Inspecciono la cara de los Zorros de pleno derecho que me rodean, igual que todas las mañanas, como si a simple vista pudiera averiguar cuál de ellos disparó a Robert, cuál de ellos robó la pistola que lo mató, cuál de ellos está colaborando con Evelyn para que su «muerte a las facciones» se haga realidad.

No hay rostro capaz de dejar traslucir tanta información, sin embargo.

—¡Que se te ve el tobillo, Remilgada! —grita alguien—. ¡Tápate, corre!

Hago oídos sordos y me siento con Christina al lado de una columna.

Su ingreso en los Zorros fue un poco más accidentado que el mío, aunque no le vino mal estar familiarizada con las sedes de dos facciones. Sabía arrojar cuchillos —sorprendente— y lanzar puñetazos —no tanto—. Si al final la dejaron entrar, creo que fue porque no se mordió la lengua cuando se burlaron de ella por lo del parche en el ojo. Parece que esa es la actitud que a los Zorros les gusta; lástima que a mí no se me dé un poquito mejor.

La sala principal del Museo, donde acabo de estar, ofrece el aspecto de todas las glorias pasadas. Se trata de un espacio alargado y estrecho, de dos plantas de altura, con tragaluces sucios y rotos en lo alto, jalonado de columnas deterioradas. Uno de los laterales de la estructura se ha derrumbado y está cubierto de hiedra.

Sin embargo, esta habitación es para los carpinteros. Una capa de serrín cubre todas las superficies. En una plataforma cercana hay una silla recién hecha, con las patas rescatadas de un antiguo pupitre.

—¿Qué toca hoy? —le pregunto a Christina—. ¿Ya han dicho algo?

Las asambleas secretas a las que tanto anhelaba asistir han resultado ser tan mundanas como Gretchen me avisó que serían: los Zorros se reúnen todas las mañanas para asignar encargos. Eso es lo que están haciendo ahora: Pícara, la líder del gremio, pasa lista y reparte tareas. Estas van desde la entrega de paquetes a la transmisión de mensajes, pasando por los robos y la exploración del terreno. Me da la impresión de que hay en juego algún tipo de jerarquía que a mí se me escapa.

—Todavía no —me responde—. Aunque Rory cree que hoy tendremos algo de acción.

La noche del incendio, Rory apareció con un estandarte de la sede de Cordialidad y un misterioso moratón en la comisura del labio que ella se niega a explicar. Colin, por su parte, volvió con las manos vacías y no logró entrar.

Nos han puesto a prueba sin cesar en los últimos días. Evaluaron nuestro conocimiento de las calles, las rutas ferroviarias y las sedes de las facciones. Midieron nuestra velocidad, puntería y destreza con las manos. Y también examinaron nuestro talento para imitar a otros miembros de las facciones, con énfasis en la dicción, postura e incluso en las expresiones faciales. «Anda como una erudita. Ahora, como una osada. Ahora, como una cordial».

Las pruebas son más difíciles de lo que esperaba, porque los Zorros no quieren caricaturas ni exageraciones, sino sutileza. El

objetivo, como me han repetido una y otra vez, es llamar la atención lo menos posible.

La perspectiva de hacer algo de verdad —de salir por fin de este edificio, por bonito que sea— hace que el corazón me brinque en el pecho.

Pícara termina de asignar las tareas, pero nadie abandona la sala. Todos se quedan para presenciar nuestras pruebas. Lo odio.

En el centro de la sala, algunos de los otros están preparando montones de tela para nosotros. Uno gris, otro amarillo, otro azul, otro blanco y negro, otro negro entero. Uno por cada facción, como es lógico.

—¡Espabilad, reclutas! —nos grita Pícara.

El día que la conocí, alguien bromeó diciendo que se había escapado de una pecera, y así descubrí que era una de las personas que se habían fugado del centro de detención hacía un par de semanas. No tiene aspecto de haber cometido ningún crimen serio. Su sonrisa es tierna y beatífica. He oído que la mitad de los miembros de Cordialidad piensa que Pícara pertenece a su facción, mientras que la otra mitad ni siquiera sabe que existe.

La mayoría de los Zorros más veteranos han elegido una especialidad: a algunos se les da bien hacerse pasar por veraces; a otros, por osados, y a otros, por cordiales. Hay a quienes se les da mejor pasar inadvertidos. Algunos son mensajeros a los que se les confían todos los secretos de los abandonados. Esos son con los que más habla Evelyn.

Me levanto y me pongo en la cola con el resto; Christina se sitúa a mi izquierda y Rory a mi derecha.

—La tarea de hoy es tan sencilla como importante —anuncia Pícara con su característica voz melosa—. Elegiréis una facción y entraréis en su sede, donde deberéis pasar por lo menos una hora sin que nadie os detenga.

—¿Y si nos detienen? —inquiere Gago. Desconozco su nombre real, pues no me lo ha dicho.

—Volveréis a ser descarriados y deberéis probar suerte en otro lugar —replica Pícara sin perder la sonrisa.

Otra iniciación, eso es todo. Una lección de subterfugio, ni más ni menos implacable que la mayoría de las pruebas de nuestras respectivas facciones. Me descubro deseando que los sin facción fueran un paso más allá en su intento de erradicar los sistemas tradicionales.

—¿Quién va primero? —pregunta Pícara.

—¡Parchetazo! —exclama alguien—. Que ayer fue la última.

Christina hace un gesto de exasperación antes de dar un paso al frente. Señala la pila de ropa gris; Pícara la levanta y se la deposita en las manos.

—Adelante —le indica.

Así me gané mi mote. Para vestirnos como los miembros de otra facción, nos tenemos que cambiar delante del grupo para que puedan ver la transformación en tiempo real. Algo a lo que, de momento, yo me he negado. Lo que hago es salir de la habitación, cambiarme y volver. «Remilgada. Remilgada. Remilgada».

A Christina no parece importarle cambiarse delante de nadie. Se queda en ropa interior y se pone el atuendo de Abnegación: falda —hasta los tobillos, para ella—, camisa, chaqueta y zapatillas. Luego se recoge las trenzas, forma un moño y usa las horquillas que yo le

había prestado para sujetarlo en su sitio. En cuestión de un minuto se ha transformado en una modosita abnegada.

—Muy bien —canturrea Pícara—. ¿Quién va ahora?

—¡Remilgada! —grita alguien.

Reconozco la voz. Es el mismo chico que me puso el apodo: Botas. Tiene ojeras y franjas iridiscentes en los zapatos, como los del uniforme de los centinelas.

Contemplo las prendas que quedan. Se me da bien hacerme pasar por osada y no me importaría ver su sede por primera vez, pero mi madre me ha pedido que hable con Caleb.

—Erudición —musito.

Decido que hoy no va a ser como siempre. Estoy harta de cargar con mi abnegación como si llevara una piedra colgada del cuello. Estoy harta de que la gente solo vea eso —pasividad, contención, silencio— al mirarme. Así que, cuando Pícara me tiende la ropa y los murmullos se reanudan, anticipando que me voy a ir de la sala, hago lo que siempre he temido.

Me deshago de la chaqueta y me desato los cordones de las botas.

A mi alrededor, todo son conversaciones, gritos, siseos. Ignoro el ruido y el clamor atronador de la sangre en los oídos. Me quito la camisa.

Debajo llevo una camiseta de tirantes ceñida, pero sigue siendo la primera vez que me exhibo tanto en público. Sobre mi hombro izquierdo, formando un parche sonrosado y brillante que se extiende desde la columna hasta el brazo, se ondula la piel quemada con la que escapé del incendio.

Las personas que tengo detrás enmudecen cuando se fijan.

Al principio, pienso que su silencio no es más que otro insulto. Como si mi piel abrasada fuera tan repugnante que ya están pensando qué otro mote ponerme. Sin embargo, al reparar en que el Remendador es una de esas personas, me pregunto si su silencio no será en realidad una señal de respeto.

Animada por la idea, me paso el vestido azul por la cabeza y me quito los pantalones por debajo de él. Pienso en todas las chicas de Erudición que conozco. Los hombros hacia atrás, relajados. La frente bien alta. Confiadas y atentas. A veces altaneras, pero sin pasarse; «demasiado es demasiado», como le gusta decir a Pícara.

Enderezo los hombros mientras me abrocho los botones del vestido y me fijo en el cinturón que estaba guardado dentro. Podría ser una trampa; a veces los Zorros hacen cosas así para ver si picamos. El vestido no necesita complementos y, de todas formas, a cualquier erudita le parecería una restricción innecesaria.

Lo dejo a un lado y me pongo los zapatos, planos y con la puntera redondeada. Me atuso el pelo para alisarlo. Todavía estoy acostumbrándome a su nueva longitud. Fue imprescindible cortarlo después del incendio: tenía las puntas quemadas y lo más fácil era librarse de todo. Lo hizo Christina, trazando una línea recta por encima de mi clavícula. Intentó convencerme para que me pusiera flequillo.

Me trenzo el pelo desde la coronilla hasta la nuca, me lo sujeto con una banda elástica y oculto el extremo antes de hurgar en el bolsillo de los pantalones que me he quitado en busca de mis armas secretas.

Los Zorros quieren ver la transformación y yo ya sé cómo voy a mostrársela.

Saco el espejito y el lápiz de ojos que me dio Christina. Me pinto el párpado con cuidado, siguiendo la línea de las pestañas, tal y como ella me ha enseñado. Cuando termino, mis ojos resaltan, realzados por el azul del vestido.

El maquillaje no es ni más ni menos práctico que el cinturón, pero a veces la vanidad de Erudición se impone a su pragmatismo. El equilibrio entre ambos es algo intuitivo, por lo que deduzco que la restricción de una correa será más ofensiva para una erudita que una inocente raya en el ojo. Es una apuesta, pero creo que dará resultado.

—Y el cinturón, ¿no? —me pregunta Pícara.

No aparto la mirada. No cambio el peso de un pie a otro, ni carraspeo, ni busco la validación de nadie. Tan sucinta como soy capaz, replico:

—¿Para qué?

Rory suelta un silbido: de aliento o aprobación, no sabría decirlo. Pícara esboza una ligera sonrisa.

—Hasta esta noche, recluta —me dice, y para mí eso ya es una victoria.

+ + +

La sede de Erudición se encuentra frente al Millennium Park, donde la gigantesca escultura con forma de alubia refleja los rayos del sol. Se compone de una hilera de edificios a lo largo de Michigan Avenue, separados antaño y conectados ahora por el interior, que no por el exterior. El resultado es un mosaico de fachadas: algunas más

bajas y acentuadas con ladrillos rojos, otras más altas de piedra gris y alguna blanca con altos ventanales.

Nunca he pasado mucho tiempo en el sector erudito. Ni yo ni nadie de Abnegación. Puede que la rivalidad entre nuestras facciones se haya intensificado en los últimos años, pero siempre ha existido. Nunca he comprendido por qué; ni la búsqueda de conocimiento es un acto egoísta, ni consagrarte a ayudar a los demás tiene por qué ser de ignorantes. Sin embargo, ahora que estoy fuera, puedo ver con más claridad que tanto los eruditos como los abnegados son estrictos y orgullosos, y es en esas similitudes donde estriba el problema, más que en sus diferencias.

Me esfuerzo por caminar como si no estuviera fuera de lugar. Me sorprende el aspecto tan agradable que ofrece todo. A los eruditos les gusta hacer pícnics en el Millennium, o dar clase en las escalinatas de los edificios, o formar corrillos en las aceras. Hay dos mujeres jugando al ajedrez a la sombra de un árbol. Unos niños han hecho un reloj de sol de papel y experimentan con él. Las calles se ven limpias, sin malas hierbas en el césped, ni arbustos crecidos, ni ramas secas en los árboles.

Me cruzo con un hombre que toca un instrumento de cuerda —parece un violín, pero no estoy segura— y me dedica una sonrisa. Me sorprendo tanto que ni siquiera se la devuelvo. No estoy acostumbrada a que la gente se fije en mí.

Cruzo la calle y me dirijo a la entrada, dos puertas de cristal que se abren cuando me acerco. Tras el exterior de piedra del edificio, todo es cristal, paneles irregulares que me hacen pensar en trozos de hielo. El suelo reluce como el agua bajo el sol. En el centro del vestíbulo se alza una escultura de cristal: un ojo, el símbolo de

Erudición. En su iris gigante se agita un remolino de agua, accionado por algún tipo de mecanismo oculto.

Todo es tan majestuoso que me arrebata el aliento, hasta que alguien tropieza conmigo y me doy cuenta de que no debería quedarme mirando, que no debería quedarme pasmada de esa manera si no quiero llamar la atención. Así que agacho la cabeza y me desplazo a la izquierda, borrado ya de mi mente el mapa de la sede de Erudición que con tanto esmero había memorizado. No sé adónde voy; me limito a dejarme llevar por el flujo de gente.

Aparezco en otro espacio enorme, un comedor esta vez. También aquí el techo es de cristal, pero cada panel es de un color distinto, ordenados como un arcoíris. Proyecta sombras de diferentes tonalidades que recorren el suelo. Me pongo en la cola de la comida con la esperanza de averiguar cómo funciona todo, fijándome en el comportamiento de los demás.

—¿Y tú adónde vas? —oigo que pregunta alguien que tengo detrás. Hago una mueca, cruzando los dedos para que no esté hablando conmigo, pero enseguida noto un golpecito en el hombro y me veo obligada a girarme. Se trata de un hombre de aspecto severo, de veintipocos tal vez, que apunta a un lado de la habitación —. ¿Te crees que puedes pasar por menor de dieciséis? Vuelve a tu sitio hasta que te den permiso para levantarte.

Me arden las mejillas.

Demasiado tarde, reparo en que todos los jóvenes de la sala están sentados al fondo, esperando su turno en la cola. Tartamudeo una disculpa y me dirijo a esas mesas, pero no puedo sentarme allí, no sin que todos descubran quién soy. De modo que corro hacia la puerta. Necesito encontrar un lugar más tranquilo en el que pasar mi

hora; debo recordar cómo se llegaba a la biblioteca de la primera planta…

—¿Beatrice?

Oír su voz me crispa y me tranquiliza a la vez. Me giro para ver a Caleb detrás de mí, con una expresión de incredulidad en el rostro. Sin embargo, si no hubiera dicho nada, creo que no lo habría reconocido de inmediato. Se ha dejado crecer el pelo castaño oscuro, que ya se le riza tras las orejas. Lleva puesta una camisa azul, rígida y almidonada, y un blazer del mismo tono oscuro que mi vestido. Y vaqueros. Y unos zapatos lustrosos.

—Caleb —digo con un grito ahogado.

Me agarra del codo y me lleva hacia la puerta. No me resisto; tengo tantas ganas de salir de allí como él de sacarme.

Una vez fuera del comedor, cruzamos el vestíbulo y nos dirigimos al siguiente pasillo, donde están los ascensores. Sobre nosotros se yergue un retrato de Jeanine Matthews, con el cabello rubio ondulado de forma impecable y la mirada fija a lo lejos.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta Caleb.

Lo abrazo.

En nuestra familia no nos dábamos muchos abrazos, pero tampoco era algo inusitado. Pese a todo, nunca lo hacíamos así: en un arrebato. Pensaba que, cuando lo viera, me enfadaría con él por haber elegido Erudición sin avisarme, por no atreverse a confiarme esa parte tan importante de él, pero no estoy enfadada, sino feliz de verlo, de poder hablar con él otra vez.

Parece sorprendido, al principio, pero luego me rodea los hombros con los brazos y aprieta. Aunque todavía tengo la piel muy sensible, el dolor ahora no importa.

—¿Qué haces aquí? —repite con más delicadeza.

No puedo contarle que soy una ladrona sin facción en ciernes, así que:

—He venido a verte.

—¿No te meterás en un lío? No sé mucho de la iniciación de Abnegación, pero…

—No estoy en Abnegación. —Se me forma un nudo en la garganta. No había tenido en cuenta esta parte: tener que reconocer mi fracaso ante él. Me miro las manos, entrelazadas sobre el estómago—. Me he ido.

—¿Que te has… ido? —Caleb baja la voz—. ¿Estás sin facción?

Asiento.

Se le desencaja el semblante.

—Pero ¿por qué? ¿Es que ha ocurrido algo?

—¡No! Por supuesto que no.

Abro la boca para decirle que se trató de un error. Que me sorprendí a mí misma en la Ceremonia de la Elección, con la mano sobre los cuencos, al descubrirme incapaz de destrozar a mis padres eligiendo otra facción cuando su primogénito ya los había abandonado. Y entonces me doy cuenta de que sí que estoy enfadada con él. Una parte de mí lo culpa por haberme arrebatado el poder de decisión. Si él hubiera elegido Abnegación, como debería…

Solo que ese nunca fue su deber, me recuerdo. Yo lo conocía y sabía que él en realidad no era así.

—No —insisto—. Me equivoqué de elección y no podía vivir con ello. Tenía que irme.

—Que no podías vivir con ello… —Frunce el ceño—. Pero ¿por qué? Habrá algún motivo. Seguro que han hecho algo o te han pedido algo que no es razonable…

Pienso en el mes de silencio. Pienso en nuestro padre castigándome a ir a la Cámara de la Memoria para borrar mis recuerdos.

—Solo era más de lo mismo —respondo—. Más de lo que tú ya conoces.

Junta las cejas de nuevo.

—Eso es lo que temo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que lo que conocíamos es peor de lo que pensábamos. Para nosotros era algo normal, ¿sabes? Pero la gente de aquí… me ha hecho ver lo espantoso que era. —Me toca el brazo por encima del codo—. No pasa nada por admitir que era horrible, Beatrice.

Su tono me irrita. Me recuerda a lo que hacía cuando yo estaba con la Pena de Silencio, siempre con algún comentario para pincharme, como «deberías aprender a controlar ese genio» o «ya sabes que a papá no le gusta que lo interrumpan». Se comportaba como si fuera varios años mayor que yo, cuando en realidad solo nos llevamos unos minutos. Caleb, el sabelotodo.

—¿Y qué es eso que te han hecho ver aquí, si se puede saber? —le pregunto—. Porque yo no recuerdo que te haya pasado nada espantoso. Lo que recuerdo es cuánto te querían nuestros padres y que nunca te ha faltado de nada.

—¿No? —Eleva la mirada por encima de mi hombro, al retrato de Jeanine Matthews—. Los niños necesitan algo más que un plato

caliente y una cama en la que dormir, Beatrice. Necesitan libertad… para cometer errores, para descubrirse a sí mismos, para pensar…

—Ah, ya lo entiendo. Te crees que aquí puedes pensar con libertad —replico—. Razón por la cual estás pensando ni más ni menos lo que ellos te han dicho que pienses.

—Eso no es justo, Beatrice.

—A estas alturas, estoy muy familiarizada con lo que es y no es justo —le espeto—. ¿Se te ha ocurrido ir a ver si nuestros padres sufrieron heridas en el incendio?

—¿Incendio? ¿Qué incendio?

Las puertas del ascensor se abren a mi espalda y un grupo de gente con batas de laboratorio sale riendo. Alguien saluda con la mano a Caleb y este responde con un gesto seco. Esperamos a que se alejen antes de decir nada más.

—Hace semana y media que la sede de Verdad ardió casi hasta los cimientos —le informo—. Papá estaba dentro. Sufrió alguna quemadura, pero está bien.

—Me alegro —celebra Caleb, aunque, en mi opinión, no se le ve muy contento.

No tiene ni idea de lo grave y aterrador que fue el incendio. ¿Y no resulta curioso que Erudición haya estado informando de la mala conducta de nuestra antigua facción, pero no de la tragedia que han sufrido en Verdad?

—Pero, Beatrice —dice bajando la voz—, ¿por qué sigues yendo tú a verlos? Te marchaste. Deberías mirar al futuro.

—¿Por eso no dejaste que mamá viniera a verte el Día de Visita? ¿Porque estás «mirando al futuro»?

—Yo no tuve nada que ver con esa decisión. Quería verla; pues claro que quería.

Lo expresa con tanto fervor que debo creerlo; procuro tranquilizarme. Las puertas del ascensor se abren delante de mí y sale otro grupo de eruditos, estos mayores y sin hablar entre sí.

—Mamá me ha pedido que te dé un mensaje —le informo.

Frunce el ceño.

—¿Cuál?

—Quería pedirte que mirases los resultados de las pruebas de aptitud y los comparases con los traslados entre facciones. Busca un patrón.

—¿Te ha dicho por qué? —se sorprende Caleb.

Niego con la cabeza.

—Solo me contó que tiene una teoría y le gustaría corroborarla. Pero tiene que tratarse de algo importante para pedirte algo así. Tú lo sabes.

Caleb se levanta la manga de la americana para consultar el reloj que usa ahora, un gesto característico de los chicos de Erudición de la escuela. Intento recordar cuánto tiempo ha pasado desde la Ceremonia de la Elección. Menos de dos meses. Tiempo suficiente para transformar a un obediente abnegado, siempre dispuesto a cargar con las compras de cualquiera, en alguien con nuevas costumbres, un nuevo lenguaje corporal y un nuevo corte de pelo.

Tiempo suficiente para que también yo haya cambiado.

—¿Piensas alguna vez…? —Titubea—. ¿Piensas alguna vez que mamá no es como nosotros nos imaginábamos?

Recuerdo con preocupación todos esos momentos en los que me he preguntado con quién estoy hablando: con mi madre, que me

quiere, o con Natalie Prior, que me oculta más de un secreto. Fue esta última la que me pidió que viniera.

—Estoy segura de que no lo sabemos todo de ella —replico—, pero también estoy segura de que la conocemos en todos los aspectos que importan.

—A veces no las tengo todas conmigo.

Entorno los ojos.

—¿Por qué? ¿Alguien te ha dicho algo?

—No. Es que… estoy empezando a recordar cosas. Momentos en los que llevaba tiempo sin pensar, cuando su conducta me ha parecido… desconcertante. Momentos en los que poco menos que manipulaba a todas las personas que la rodeaban sin que nadie se diera ni cuenta. Papá, la señora Black. Incluso Marcus Eaton, cuando venía a cenar.

«Manipulaba a todas las personas que la rodeaban sin que nadie se diera ni cuenta». No me encajan sus palabras. No me encaja nada de esto.

—Todo el mundo la respeta. Eso no tiene nada de raro.

—Ya.

No parece muy convencido.

El timbre del ascensor vuelve a sonar cuando las puertas se abren de nuevo. Caleb se yergue y levanta una fracción más los párpados.

Al mirar de reojo por encima del hombro, me encuentro con un hombre alto y fornido; el paño recio de su chaqueta azul me hace pensar en el uniforme de los centinelas de Osadía.

—Señorita Prior, a Jeanine Matthews le gustaría hablar con usted.

Se me seca la boca.

—Hala, qué honor —digo—, pero es que yo ya me iba…

Me apoya una mano pesada en el hombro.

—Le gustaría hablar con usted ahora mismo. Tenga la bondad de seguirme.

Me vuelvo hacia Caleb mientras el hombre me introduce en el ascensor. Se ha quedado plantado frente a las puertas, bajo el retrato de Jeanine Matthews, con las manos colgando a los lados. Las puertas se cierran. Ni siquiera ha intentado ayudarme.

CAPÍTULO 34

TRIS

TODO ES DE COLOR BLANCO en el despacho de Jeanine Matthews. Suelos de baldosas blancas, paredes pintadas de blanco, techos altos también blancos. Frente a la puerta se extiende una fila de ventanas con vistas al pantano y, delante de ellas, una mesa de cristal, vacía, con una pantalla portátil encima.

Cuando entro, sale un chico. Va vestido de negro de arriba abajo y tiene el rostro tachonado de metal en tantos lugares que no podría contarle todos los piercings, aunque lo intentara. Me giro para observar su partida. No sé qué pinta un chico de Osadía en la sede de Erudición, y menos aún en el despacho de Jeanine Matthews.

Un instante después me doy cuenta de que sé quién es ese osado, basándome en la descripción que Christina me ha hecho de él. Eric. Uno de los líderes de Osadía. El joven.

Me quedo contemplando su espalda durante unos segundos antes de que el guardia de Erudición que me escolta me dé un empujón para obligarme a avanzar.

Jeanine está de pie junto a una de las mesas de laboratorio que hay en el lado izquierdo de la habitación blanca, con un diagrama proyectado en la pared frente a ella. No entiendo lo que pone; todo

son números y medidas, líneas muy finas y marcas extrañas. Al pie se pueden leer las palabras: «repetidor de señal portátil».

Mi llegada le hace levantar la cabeza.

—Prior, siéntate, por favor.

Me coloco detrás de una de las sillas blancas —menuda sorpresa— que hay al otro lado de su mesa, pero me quedo de pie. No pienso ponerme cómoda antes de que ella se aparte del diagrama de la pared y vuelva al escritorio para sentarse frente a mí.

Lleva puestos unos pantalones de color azul marino, el mismo tono que mi vestido, y un top sin mangas tan vaporoso que parece líquido. En Erudición siempre disfrutan de las mejores telas, gracias a sus salas llenas de fabricadores: impresoras 3D que producen todo tipo de materiales, incluido el coagulante que vi verter a Carr en el tanque de agua. He oído el rumor de que uno de los Zorros va a intentar robar un fabricador antes de que concluya el año.

Vuelve a señalar una de las sillas y me siento en el borde. De súbito, me siento ridícula con mi vestido azul, como si llevara puesto un disfraz. Ambas sabemos que no soy ninguna erudita.

—Tu aspecto es de lo más convincente —me elogia—. Me sorprende, lo reconozco. La última vez que te vi, estabas eligiendo Abnegación en aquella Ceremonia de la Elección improvisada, ¿no es cierto?

—Lo es —replico, no sin cierta sorpresa. No pensaba que estuviera prestando atención a nadie en la ceremonia, y menos a mí.

—Tengo buena memoria —continúa sin perder comba, como si me estuviera leyendo la mente—. Además, tu hermano te ha mencionado, como es lógico.

—¿Sí? —Frunzo el ceño—. ¿Qué ha dicho?

—Nada, solo que estaba preocupado por ti, debido a los inquietantes informes que han surgido sobre las condiciones en Abnegación. Claro está que él no sabía que ya los habías abandonado.

Me fijo en cómo deja caer que los informes han «surgido» en vez de confesar que es ella misma la que los alienta o la que quizá incluso los propone.

—Debo decir que me resultas fascinante. —Pliega las manos encima de la mesa y se inclina hacia mí, como si me estuviera contando un secreto—. En la superficie, todo sobre ti es típico. Una nativa de Abnegación obtiene el resultado de Abnegación en la prueba de aptitud y elige, cómo no, Abnegación. Pero luego, basta con escarbar un poquito para descubrir que esa misma chica no completó su iniciación en una facción donde fracasar es imposible. Un poco más y resulta que se produjo una anomalía en su prueba de aptitud, por lo que el resultado hubo que introducirlo a mano. ¿Qué me puedes contar al respecto?

Se me acelera el corazón. Lo noto en la garganta. «Tu forma de ser desestabiliza las cosas». Las palabras que pronunció Tori después de la prueba de aptitud laten en mi recuerdo. «Es peligroso. Para ti y para todo aquel con el que hables».

—Empecé a encontrarme mal después de la primera inyección —le explico—. Puede que la examinadora se distrajera y no preparase bien la prueba. No sé… Estaba ocupada intentando no vomitar.

—Interesante. La prueba no suele tener ese efecto.

La voz de Jeanine es agradable, pero a mí no me engaña. Tamborilea sobre la mesa con los dedos, rematados en uñas esmaltadas y bien moldeadas.

No me cree. Y si no consigo que me crea, podría indagar más; podría buscar a Tori para interrogarla. Podría desenmascararme.

Así que decido contarle una mentira mejor. Una mentira convincente, estoy segura, porque es la clase de mentira que se le podría ocurrir a ella misma.

—En realidad —empiezo—, sí que pasó algo raro en la prueba.

Arquea las cejas.

—Me salió Osadía. —Entrelazo los dedos sobre el regazo—. Pero sabía que no podía aceptar el resultado. No les podía hacer eso a mis padres. Así que le supliqué a la examinadora que mintiera por mí. Que introdujera las conclusiones a mano para que mis padres no se enteraran de cómo soy en realidad.

—Tus padres no tienen acceso a la información de la prueba de aptitud.

—Mi padre es consejero —replico—. No sabía si podía acceder a los resultados o no. Me… asustaba meterme en un lío. —Hago una pausa—. No quería recibir más castigos.

Se le iluminan los ojos.

—Te refieres a la Pena de Silencio.

Asiento. Aparto la mirada. Detesto pensar que estoy alimentando el fuego de sus acusaciones; que estoy traicionando a mis padres fingiendo que les tengo miedo.

—Entonces, obtuviste una respuesta de Osadía, pero elegiste Abnegación por tus padres —repasa, ya con voz más amable—. Y luego, por culpa de ello, no conseguiste completar la iniciación. ¿Qué has estado haciendo desde entonces?

—Sobrevivir. He venido a visitar a mi hermano. Quería algo normal, eso es todo. Algo familiar.

—Disculpa, pero parece que estás haciendo algo más que sobrevivir —disiente Jeanine—. Se te ve de lo más saludable, de hecho. No como los otros sin facción que conozco.

—Me ha estado ayudando mi madre.

Se queda callada un buen rato. El pelo le cuelga hasta la clavícula cuando ladea la cabeza. No sé si la habré convencido o no, pese a tener una explicación para todas sus dudas.

—Le pediré a Shawn que te escolte fuera de aquí. —Apunta con un ademán al erudito que espera junto a la puerta—. Me siento en la obligación de recordarte que no tienes permiso para volver a este edificio, pero lamento lo que has tenido que pasar.

—Gracias —me obligo a decir.

—Estaré pendiente de ti —concluye y, por alguna razón, consigue que parezca una amenaza.

CAPÍTULO 35

TRIS

SHAWN ME SACA DE LA SEDE DE ERUDICIÓN, pero no por donde yo había accedido, sino que me conduce hasta un montacargas situado en la parte trasera del edificio, el cual me deja en un pasillo que desemboca en el callejón. Cuando se gira para marcharse, le pregunto la hora y me responde que son las seis en punto: he conseguido pasar sesenta minutos seguidos en la sede de Erudición.

Así que, a efectos prácticos, he superado la prueba de los Zorros: he conseguido aguantar aquí una hora sin que me arresten. Espero que lo vean así.

El pasillo en el que estoy huele a basura.

Salgo corriendo y distingo una forma oscura al fondo del callejón. Lo veo de perfil cuando se vuelve para tomar la calle: se trata de Eric, el líder osado.

Vuelvo a preguntarme qué estará haciendo aquí. ¿Para qué querría un líder de Osadía —un líder de Osadía que no es Max Young, su portavoz oficial— reunirse por su cuenta con Jeanine Matthews? Aunque esto no tiene nada que ver con mi misión de acercarme a Evelyn, un instante después se me corta el aliento al reparar en algo que no llevaba antes encima.

Una pistola.

No es inusitado que los de Osadía vayan armados, pero no he podido ver si su arma luce la franja iridiscente propia de las pistolas de agujas… o si se trata de un arma letal, sacada del muro.

Desde el principio he dado por sentado que el ataque contra la Ceremonia de la Elección fue obra de los abandonados. En ningún momento me había parado a pensar que ellos no son los únicos que tienen acceso a las armas del muro. Tenía tantas ideas preconcebidas sobre los sin facción que al final han resultado ser falsas… ¿Y si esta no es más que otra de ellas? ¿Y si la pistola no fuera suya?

Aunque me parezca descabellado, eso explicaría lo que he estado viendo: que los sin facción, las personas que me han acogido, animado y convertido en una de los suyos desde el principio, no parecen violentos en absoluto.

Si sigo a Eric, quizá pueda averiguar qué tipo de arma lleva encima.

Corro hasta el fondo del callejón y me asomo a la esquina.

Eric se aleja al trote del sector de Erudición y espero a que llegue al final de la manzana antes de salir corriendo tras él.

Aunque no puedo estar segura, sospecho que se dirige al andén más cercano. Cuando él tuerce a la izquierda en la primera intersección, yo lo hago a la derecha y esprinto. Si consigo llegar a la parada antes que él, podré subirme al tren sin que me vea.

Aunque estos zapatos no están pensados para correr, hago caso omiso de mis talones doloridos y de las protestas de mis pulmones, todavía en proceso de recuperación. Estoy en la escalera cuando oigo el murmullo que presagia la llegada del tren. Está casi en la

estación, aminorando, pero sin detenerse, cuando logro llegar al andén.

Corro en paralelo al cuarto vagón, pues ahí es donde estará la bolsa de emergencia de los sin facción. Maldigo mi enclenque calzado mientras agarro el asa; se me han roto los tacones y estoy a punto de perder un zapato cuando me introduzco a trompicones en el vagón.

Acudo directa a la parte frontal y golpeo el panel abollado de la pared hasta que se abre. La mochila que hay dentro está casi vacía; la única prenda de color negro que contiene es una camiseta gigante.

Con un suspiro, me quito el vestido de Erudición, lo guardo en la mochila y me pongo la camiseta. Es tan grande que me llega hasta medio muslo. Noto el aire frío en las piernas desnudas. Me quito la goma del pelo y lo sacudo para soltarlo. Me cae sobre los hombros, moldeado aún por la trenza. Tendrá que servir.

Miro a mi espalda. El día toca a su fin, pero aún hay luz de sobra para ver a Eric corriendo junto al tren. Sube por delante de mí, en el primer vagón.

Cuando nos aproximamos a la sede de Osadía, me agazapo junto a la puerta y, cuando Eric salta, espero hasta haber llegado casi al final del andén antes de hacerlo yo.

He memorizado un mapa de la sede de Osadía, pero eso no significa que sepa dónde están todas las entradas y salidas, por lo que camino con pies de plomo, sin perder a Eric de vista. No distingo el arma desde esta distancia, por lo que tendré que encontrar la manera de acercarme a él.

Pasa por delante de la puerta del edificio de cristal que se yergue en lo alto del Pozo y se mete en un callejón próximo. Oigo crujir la madera cuando sube por la escalera de emergencia del edificio de ladrillo y lo sigo. Si entro en ese edificio, no sé cuánto tardarán en pillarme.

Por eso, es una suerte que se detenga en el rellano de la segunda planta.

—¿No había otro lugar de reunión más expuesto? —pregunta.

Desde este ángulo no puedo verlo, ni a su interlocutor, pero me agazapo bajo las escaleras para escuchar a hurtadillas.

Tiene la voz tan grave que consigo entender la mayoría de sus palabras, aunque no todas.

—El tiempo se agota —dice Eric—. Así que más te vale proporcionarme un nombre cuanto antes, de lo contrario…

Hace una pausa mientras escucha a la otra persona. Yo no oigo nada, lo que significa que su voz debe de ser más aguda… ¿Una chica, quizá? O puede que se trate de alguien que habla más bajito, eso es todo.

—Sabes que no me es posible. Debo… guardar las apariencias.

Noto la grava a través de la suela de los zapatos. Hay dientes de león por los alrededores, creciendo en las grietas del pavimento, tan altos que me rozan las pantorrillas.

—Hazlo de una vez —insiste Eric—. El plazo no es prorrogable.

«¿Para qué? —me dan ganas de gritar—. ¿Para qué es esa fecha de entrega?».

Por poco esclarecedor que sea esto, me sugiere una cosa: que Eric forma parte de un plan mayor. Lo que significa que puede que haya

volcado mis sospechas sobre las personas equivocadas desde el principio.

Oigo pasos en los escalones de madera y me escabullo hacia el fondo del callejón. Sin embargo, va más deprisa de lo que pensaba y dobla la esquina antes de que me pueda sumar al corrillo de osados que hay en la entrada. Llamo mucho la atención así sola.

—¡Eh! —exclama.

Sopeso mis opciones. Podría seguir caminando e intentar despistarlo en la sede de Osadía. O podría dar media vuelta e inventarme cualquier excusa para salvar el pellejo.

Si me giro, estará lo bastante cerca como para averiguar lo que busco. Pero aquí estoy demasiado expuesta.

Ni salgo corriendo ni me encaro con él, sino que, confiando en que me siga, esquivo a una de las chicas de Osadía que están junto a la entrada del edificio de cristal y me dirijo a las escaleras que conducen abajo, al Pozo. Aunque no haya estado aquí antes, solo hay un camino que lo bordea.

Llego al pie de las escaleras, donde empieza el camino de piedra que discurre junto al Pozo. Una mano se cierra sobre mi hombro y me da la vuelta. Ahogo un grito, dolorida por la brusquedad del movimiento, antes de que Eric me empuje contra la pared. Su brazo es como una barra metálica apoyada en mi pecho. Está tan cerca que puedo olerle el aliento.

—¿Y tú qué narices haces aquí? —me pregunta.

CAPÍTULO 36

TRIS

EMPUJA CONTRA MI PECHO con tanta fuerza que se me corta la respiración.

—Me… —Los aros de su labio relucen. Veo una cara conocida por encima de su rostro y grito sin pensar—: ¡Uriah!

Uriah, que acababa de empezar a bajar por la escalera del Pozo, cruza la mirada conmigo y veo miedo en sus ojos, aunque no sé qué lo asusta más: mi presencia en la sede de Osadía o el castigo al que me somete Eric. Rechino los dientes. O me delata, contándole a Eric que soy una abandonada y que este no es mi lugar, o… miente por mí.

—Beatrice —dice, separándose del grupo para trotar a nuestro encuentro; conozco de la escuela a las dos chicas que lo acompañan, Lynn y Marlene—. ¿Qué sucede?

Eric me fulmina con la mirada.

—¿Conoces a esta? ¿Es una osada?

—Pues claro —responde Uriah—. Es…

—Es que tengo quince —lo interrumpo—. Quince años. Por eso no me han dado a elegir todavía.

Aunque Eric me quita el brazo del pecho, no da un paso atrás.

—Te he visto… —Se calla. No puede admitir dónde acaba de verme, no delante de Uriah. Baja la mirada a mi atuendo—. Acabo de verte bajar de un tren. ¿De dónde venías?

Agacho la cabeza, cohibida, con la esperanza de que mi actuación esté siendo convincente e intento fijarme en la pistola que lleva al costado; sin embargo, enfundada como está, no sabría decir si es de agujas o no.

—He ido a ver a mi hermano —contesto, ignorando el vacío en mi estómago—. Eligió hace un par de meses, no pudimos vernos el Día de Visita y lo echo tanto de menos que pensé que a lo mejor podía colarme en la sede de Erudición y…

Eric levanta una mano para que me calle.

—Sabes que va contra las reglas entrar sin permiso en la sede de las otras facciones, sobre todo para ver a un nuevo iniciado.

—He sido una tonta. —Ojalá supiera llorar a propósito; si he aprendido algo sobre los chicos es que no saben dónde meterse cuando una chica derrama lágrimas delante de ellos. Sorbo con fuerza por la nariz, como si me costara contener el llanto—. Lo siento.

Pone los ojos en blanco.

—Me da pena el futuro de esta facción. Que no vuelva a pillarte infringiendo las normas, ¿entendido?

Parpadeo muy rápido unas cuantas veces seguidas y asiento.

Obedezco cuando me ordena que me vaya con un ademán. Me aparto de la pared y me alejo de él trastabillando por el camino.

Uriah me alcanza y señala con el dedo a una mujer que se ha instalado en un hueco de la pared, junto a su carreta, para vender

pan crujiente. Las hogazas huelen de maravilla; me pregunto si podría robar alguna sin que me pillaran.

A veces no me reconozco.

—Gracias por lo de antes —le comento a Uriah.

—Eric es un capullo, por eso te he echado una mano. Pero como no me cuentes qué haces aquí, de verdad, tendré que sacarte del edificio. —Me mira de arriba abajo—. Presiento que ya no estás en Abnegación.

Niego con un gesto.

—No iba conmigo.

Se le escapa la risa.

—¿Que no iba contigo? Pero si lo elegiste tú, ¿no?

—Y tú fuiste el que me preguntó si no había pensado en solicitar el traslado —replico—. Bueno, pues era casi lo único en lo que pensaba. Pero me equivoqué de elección.

Cruza los brazos y exhala un suspiro.

—Lo siento —dice—. Me parece horrible. Sin embargo, sigo sin poder… Por cierto, ¿qué haces aquí?

—He venido para… —«Piensa más deprisa», me digo; en mi cabeza, las palabras resuenan con la voz de Botas—: Ver a Cuatro.

Uriah arquea las cejas.

—¿Para ver a Cuatro? ¿Por qué?

No quiero que sus secretos salgan a la luz. Sería injusto devolverle así el favor después de todo lo que me ha ayudado, pero la única excusa plausible que se me ocurre tiene que ver con mi antigua facción.

Por suerte, a Uriah también.

—Ah. Os conocéis de Abnegación.

Asiento.

—No hace ni media hora que lo he visto en el estudio de tatuajes —informa Uriah—. Seguro que sigue allí. Vamos.

+ + +

Los tatuajes nunca me han llamado la atención. A diferencia de otros aspectos de la identidad de Osadía contra los que mi padre despotricaba —incluidos los piercings—, los tatuajes lo dejaban indiferente. Ahora me doy cuenta de que debía de ser porque mi madre tiene alguno.

Entro en el estudio, me detengo y contemplo las paredes cubiertas de dibujos desde el suelo hasta el techo. Trazos gruesos negros, intensos. Flores detalladas y delicadas. Ilustraciones de animales tan realistas como las que solo se ven en los libros. Colores abstractos. Podría pasarme aquí horas y seguiría sin abarcarlo todo.

Hay dos sillones reclinables, como el de la prueba de aptitud. Uno está vacío y el otro ocupado, pero no por Cuatro, sino por una mujer mayor con una pierna al descubierto para que un hombretón imponente, cubierto de tinta, deslice la aguja de tatuar sobre su muslo desnudo. Ninguno de los dos me presta la menor atención.

Al fondo de la habitación hay una cortina que divide el espacio. Aunque es negra y casi opaca, distingo algo de movimiento detrás. Uriah se ha parado a hablar con la mujer del sillón —deduzco que se conocen—, así que nadie está pendiente de mí. Noto el anzuelo de la curiosidad clavado en el esternón, tirando de mí. Aparto un poco la cortina y me asomo.

Detrás hay un cuartito poco mayor que un armario. Veo a una mujer de pelo negro sentada en un taburete, con una aguja en la mano, y junto a ella un chico sentado a horcajadas en una silla, con los brazos en el respaldo y la cabeza ladeada. Como está desnudo de cintura para arriba, lo inesperado de encontrarme con tanta piel me impide identificar de inmediato a Cuatro.

Debería apartar la mirada. Es lo que me ha enseñado toda una vida de lecciones sobre el recato. Sin embargo, no quiero.

Lo que quiero es ver cómo la luz macilenta de la bombilla del techo se desliza sobre el paisaje de sus hombros. Quiero admirar la orografía de sus brazos, tan musculosos. Quiero trazar los negros contornos de ese tatuaje que hasta ahora solo había podido atisbar en su nuca.

Dios. Es precioso.

Noto calor en la cara, pero no por vergüenza. Verlo ha prendido una chispa dentro de mí y ahora es como si ardiera.

Entreabre los labios como si se dispusiera a decirle algo a esa mujer que ahora se agacha sobre su espalda para inspeccionar el trabajo, y sus ojos, siempre alerta, se clavan en los míos.

Con esta luz parecen rescoldos oscuros. Debería sentirme cohibida ahora mismo. Me ha pillado mirándolo. Lo que hago, en cambio, es aguantar su escrutinio. Como le dije a Colin, que Cuatro posea un atractivo excepcional no es debatible, sino un hecho. Y no me pienso poner colorada por reconocer la verdad.

Cuando endereza la espalda, reconozco a la mujer que lo está tatuando: Tori, que ahora frunce el ceño, suelta la aguja y se acerca a la cortina.

—¿Te crees que esto es de adorno? —masculla mientras la aparta. Se me queda mirando. Tarda un instante en reconocerme—: Ah. Eras tú.

—Tori —dice Cuatro a su espalda, solo que me cuesta pensar en él como «Cuatro» cuando está así de… expuesto. Su nombre, su verdadero nombre, aflora una y otra vez en mi mente—. No pasa nada.

Ella entorna los párpados, pero se aparta. Miro de reojo a Uriah, que me hace un gesto con las manos para animarme a cruzar la cortina. Esta vuelve a caer en su sitio a mi espalda.

—De todas formas, ya estaba acabando —anuncia Tori—. Ni siquiera voy a preguntar qué hace una chica de Abnegación en la sede de Osadía con una camiseta puesta como si fuera un vestido. Sea cual sea la respuesta, no quiero saberlo.

—Mejor.

Cuatro no me quita la vista de encima. «Todavía desconfía de mí», pienso, o quizá observe así a todo el mundo. Sin embargo, me asalta la necesidad imperiosa de contarle algo. De lo que sé, de lo que quiero saber. De la verdadera opinión que me merece su madre.

Tori se gira, abre un cajón, saca un bote de algo que no reconozco, le quita la tapa y rocía la espalda de Cuatro justo donde estaba dibujando hace tan solo un instante.

—Listo. No te entretengas, Cuatro.

—Descuida.

La tatuadora me observa con curiosidad antes de pasar por mi lado camino de la parte principal del estudio. Cuatro y yo nos quedamos a solas.

Su mirada se posa en la prenda que llevo puesta, primero, y después en mis piernas desnudas. Su expresión es inescrutable. Recoge la ropa que le falta, colgada en el respaldo de la silla en el que antes tenía los brazos.

—¿Lo puedo ver? —pregunto. No sé de dónde habré sacado el valor necesario, pero es que siento curiosidad por su tatuaje desde la primera vez que lo vi asomando por debajo del cuello de su camiseta.

Titubea, se me queda mirando un momento y suelta la ropa de nuevo.

—Bueno.

Me tiemblan las rodillas. Lo rodeo y veo que se le tensan los músculos con cada paso que doy, como si ser observado lo pusiera más nervioso que a mí el observarlo.

El tatuaje es un brochazo de tinta negra sobre piel blanca que se le extiende por toda la columna, una imagen ininterrumpida que un segundo después reconozco como los símbolos de las facciones entrelazados. Al pie, las raíces del árbol de Cordialidad; las ramas se extienden hacia arriba hasta mezclarse con la balanza de Verdad, con los platillos descompensados. Sobre el más elevado de ellos flota el ojo de Erudición. Su mirada está fija arriba, en la cuna que forman las palmas generosas de Abnegación. Y reluciendo en ellas, las llamas de Osadía, que le acarician las vértebras.

Extiendo la mano para rozarlas con la punta de los dedos. Le arde la piel, como si su tatuaje estuviera dotado de vida.

Se estremece al contacto. Me aparto.

—Perdona.

—No pasa nada. —Sin embargo, parece… en tensión. Desenreda la camiseta y se la pone, cubriendo el tatuaje por completo, salvo por las crestas más altas de las llamas de Osadía. Yergue la espalda y su mirada rehúye la mía—. Lo que pasa es que… no invito a mucha gente a mirarme.

—Pues no entiendo por qué —replico sin que me dé tiempo a morderme la lengua.

En algún rinconcito de mi cabeza sé que eso debería haber sido una broma. Sin embargo, hablo muy en serio. La sorpresa le arquea las cejas. Al final es eso, más que todas las miraditas previas, lo que consigue que me aturulle.

—Bueno… Conque los símbolos de las facciones, ¿no?

—Pues sí. Por eso tengo que venir aquí para que me den los últimos retoques. Ahí fuera sería una imagen polémica.

Me quedo pensativa un momento. Los sin facción entonan «muerte a las facciones» desde los tejados, atacan los centros de detención y le prenden fuego a Verdad. Cualquiera diría que lo polémico debería ser su símbolo, con sus flores blancas, no este tatuaje que proclama la unidad entre las facciones.

—Debería honrar mi propia facción —dice—. Debería profesarle una lealtad absoluta a este sitio; debería primar el valor por encima de cualquier otra virtud. Solo que… —Se encoge de hombros—. No lo hago, supongo.

Pienso en lo que me dijo Tori después de la prueba de aptitud. «Tu forma de ser desestabiliza las cosas». Se refería a ser divergente, al modo en que había interactuado con la simulación, pero sus palabras también se aplican aquí. Los osados deben pensar como osados, actuar como osados, creer en Osadía. Eso es lo que

significa formar parte del sistema. Y si él no lo hace, será una fuente de inestabilidad tan grande como yo.

—Bien —observo.

Le tiembla la comisura de los labios, como si quisiera reírse, pero se lo hubiera pensado mejor.

—¿Qué haces aquí, Tris?

Me lo quedo mirando un segundo antes de decir:

—Es adonde me ha traído Eric al seguirlo desde la sede de Erudición.

Frunce el ceño.

—¿Y qué hacías tú en la sede de Erudición?

—Eso no voy a contártelo. ¿Qué hacía Eric allí?

—Es su facción de origen —explica Cuatro—. No me extrañaría que hubiera roto sus propias reglas para ir a ver a su familia o a sus amigos. —Hace una pausa—. A su familia, más bien. Porque estoy seguro de que nunca ha tenido amigos.

—Se reunió con Jeanine Matthews.

Eso parece llamar la atención de Cuatro.

—¿Para qué?

—Eso digo yo. Tenía entendido que los representantes de las facciones no suelen reunirse fuera de las asambleas ordinarias del consejo. Y cuando lo hacen, el portavoz de Osadía no es él, sino Max Young.

Cuatro frunce el ceño. Si se le ocurre alguna explicación para el encuentro entre Eric y Jeanine, no la comparte conmigo. Lo que dice es:

—Entonces, ¿lo has seguido hasta aquí y luego… has decidido has decidido hacer una parada en el estudio de tatuajes?

Me encojo de hombros.

—A lo mejor es que quería darte las gracias, por ayudarme después del incendio.

Suspira como si lo hubiera decepcionado.

—No. No has venido hasta aquí tan solo para darme las gracias.

Tardo unos segundos en darme cuenta de lo que sugiere. Sin embargo, cuando se trata de mí, Cuatro solo sospecha una cosa: que todo cuanto hago está dirigido a conseguir que deserte.

—Crees que me envía Evelyn —comento.

—¿Insinúas que no es así?

—Es verdad que me pidió que, si se me presentaba la oportunidad de verte otra vez, la aprovechara —confieso—. Pero no estoy aquí por eso.

Continúa sin bajar la guardia del todo; no lo culpo. Desconozco lo que es que te mientan como han hecho con él: no solo su madre, sino también su padre e innumerables miembros de su comunidad que sabían que no había ningún cuerpo que enterrar, ninguna madre muerta a la que llorar. Aunque ignoro el origen de sus suspicacias con Evelyn, entiendo que le cueste tanto confiar en los demás.

Allí de pie, delante de él, se me ocurre que nuestra relación dejó de ser equitativa cuando averigüé su nombre real. A partir de ese momento, supe qué era lo peor que le había pasado. Él de mí, en cambio, solo sabe lo que yo le permito conocer.

Tomo una decisión sin pensarlo dos veces.

Voy a mostrarle algo. Algo real.

—Me dijiste que eras supervisor de las simulaciones del miedo. ¿Significa eso que ves los temores de los demás?

—Pues… sí. ¿Por?

Pienso en lo que me contó en la noria, justo antes de que se declarara el incendio. En aquel momento, me pareció una ofrenda.

Así que se la devuelvo.

—Porque voy a confiar en ti —le aseguro— y dejarme llevar.

CAPÍTULO 37

TRIS

RECORRER LA SEDE DE OSADÍA hace que se me forme un nudo en el pecho. Aunque nunca sabré cómo me habrían ido las cosas aquí, me basta con echar un vistazo para estar segura de que me habría gustado más que Abnegación. Allá donde mire solo se ven personas en paz. Consigo mismas, con los demás. A gusto con su risa, con sus palabras, con la cadencia de sus movimientos.

Ascendemos en silencio, hasta que Cuatro nos guía por un pasillo tranquilo y dobla una esquina que nos conduce a otro pasillo aún más solitario. Abre la puerta de la sala de simulaciones.

Lo primero que pienso es que este lugar parece sagrado, no sé por qué. Todo está a oscuras, salvo por el fuego que oscila en el centro de la habitación. Las sombras que proyecta sobre las paredes son retorcidas y extrañas.

Cuando Cuatro se acerca a las llamas, el resplandor se desliza por su frente severa y su nariz aguileña. Mete la mano en el fuego y ahogo un grito un segundo antes de darme cuenta de que no es real. Me mira.

—¿No te vas a presentar? —pregunta, apuntando con la cabeza a la convincente imitación que le envuelve la mano.

Extiendo las mías como si quisiera calentármelas ante la chimenea y las llamas bailan debajo de ellas. Incluso a esta distancia, la ilusión es perfecta, tanto que continúo esperando el calor.

—Con eso debería bastar.

Cuatro me indica que lo siga por una parte que da a una habitación vacía.

—¿Seguro que quieres hacerlo? Cuando inicie la simulación, no podrás escapar de ella hasta que te hayas enfrentado a tu miedo. Puede ser algo… perturbador. Hasta para mí, a veces, y eso que me limito a observar.

Paseo la mirada por las paredes de piedra, el suelo de piedra y el techo de piedra. Es como si hubieran tallado este lugar en el suelo.

—¿Qué fue lo que dijiste durante el incendio? Ah, sí: que soy más fuerte de lo que aparento.

Todavía lo estoy mirando a los ojos cuando la habitación se desvanece a mi alrededor. Cuatro es el último en desaparecer, iluminado su rostro por la bombilla solitaria que cuelga del techo.

De repente, veo que se materializa una mesa encima de la que hay una pistola apuntando a mi padre, que está frente a mí. Se le ve paliducho y enfermo, empapado de sudor y aterrado. Unas ligaduras le inmovilizan las manos sobre el regazo.

—No, por favor —implora.

Oigo un chasquido. Me giro para ver a una mujer con el uniforme de Osadía. Weaver, con un piercing en la ceja y la garganta tatuada. Y con una pistola apoyada en mi sien.

No es de agujas. Esta es de las grandes, más sólida. Sin franjas luminosas. No, esta pistola está cargada con munición letal, al igual que la de la mesa que tengo delante.

El temor es un lastre. Noto como si todas las partes de mi ser pesaran una tonelada, porque sé qué es lo que la simulación espera de mí.

—Hazlo —dice Weaver.

—¿Qué?

—Que cojas el arma y lo hagas.

Sé que la pistola que empuña no es de verdad. Sé que nada de todo esto es real; no es más que un montón de símbolos conjurados por mi mente para aproximarse a lo que más temo de veras. Hacerle daño a mi padre, quizá. Traicionar a mis seres queridos. Convertirme en alguien irreconocible. No sé bien qué, pero se me acelera el corazón cuando el cañón helado de la pistola me presiona contra la sien. Me aparto de la mujer.

—Hazlo —insiste con los dientes apretados— o te mato.

«No es real —pienso—. No es real».

—No te atreverás —replico con voz temblorosa.

Me apoya el arma con más fuerza en la sien, tanto que me duele. Me tenso, aprieto la mandíbula y espero a que suene el disparo. ¿Dolerá morir en una simulación? Ni idea.

Sin embargo, en vez de apretar el gatillo, lo que hace es apartarme la pistola de la cabeza con un gruñidito de frustración y rodear la mesa para acercarse a mi padre. Lo interpone entre ambas y le apunta a la nuca.

—Si no lo haces tú —masculla—, lo haré yo.

Mi padre se acobarda, se encoge y cierra los ojos con fuerza.

Tomo el arma de la mesa y la empuño, pensando en la pistola de dardos con la que he practicado en la Colonia. Mi única oportunidad

de evitar que le dispare a mi padre pasa por apuntar a la diminuta fracción del cuerpo de Weaver que asoma por encima de su hombro.

Me tiemblan tanto las manos que no sé cómo no se me resbala el arma. Pesa más que la pistola de dardos y cuesta más mantener firme el pulso. Intento recordar los consejos de Colin para apuntar bien, pero es como si me hubiera quedado en blanco.

—Cinco —empieza a contar—. Cuatro.

—Que te den.

Tengo que disparar; sé lo que ocurrirá si lo hago. Por mucho que apunte, recibirá un impacto de bala, sangrará, se desplomará. Morirá. Y eso, en el mejor de los casos.

Procuro acompasar la respiración. «Esto no es real. Esto no es real».

—Tres —dice—. Dos.

—¡No!

—Uno.

Mi disparo sale desviado. Le acierto a mi padre en el hombro y la mancha de sangre que mana de la herida se extiende por toda su camisa. También Weaver aprieta el gatillo, justo contra la nuca de mi padre, cuyos ojos se vuelven tan ausentes como los de una muñeca al tiempo que se le abre la boca, desencajada. Cuando cae, veo el orificio de entrada de la bala de Weaver.

Grito. Me desgañito hasta asustarme yo sola. Golpeo la piedra fría con la espalda y me encorvo, me rodeo el vientre con los brazos. He cerrado los ojos y no quiero abrirlos, no puedo soportar tanta sangre, la sangre de mi padre, el cuerpo de mi padre tirado en el suelo. Las lágrimas me abrasan los ojos.

—Eh. —Pego un respingo ante el roce de una mano en mi brazo —. Tris. Tris, se acabó.

La voz de Cuatro, grave y serena.

Abro los ojos y el cadáver de mi padre ha desaparecido, la mujer de Osadía ha desaparecido, la pistola ha desaparecido. Cuatro está delante de mí, algo agachado para mirarme a los ojos. Tengo las mejillas surcadas de lágrimas.

—Déjame ver esas manos —me ordena.

Tengo los puños apretados. Él los toma con sus manos y me afloja los dedos. Noto sus palmas cálidas y curtidas contra las mías, sus dedos esbeltos.

Cuando lo miro de nuevo, un rubor incipiente me cosquillea en la nuca al pensar en lo ridícula que debo de parecerle a este chico de Osadía que pasa por las simulaciones del miedo a diario, el mismo que, desafiando su fobia a las alturas, se encaramó a una noria sin pestañear.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento, aunque no es verdad. Noto una opresión en el pecho. Se me ocurre que nunca conseguiré borrar esas imágenes de mi mente. Estarán siempre ahí, aguardando el momento de aflorar a la superficie.

—Lo has hecho bien —dice, aunque tiene el ceño fruncido, como si no fuera del todo exacto.

—Ya, seguro que sí. —Me paso las manos por la cara para secarme las mejillas—. Se me ha ido la pinza.

—Tenías miedo, como es lógico. Sin embargo, has conseguido salir en un tiempo récord.

—¿En serio?

Asiente.

—¿Sabes qué te diría si fueras uno de mis iniciados? Que mejorases la puntería.

No parece que se esté burlando de mí. Me observa con gesto serio, como si me analizara.

—¿Te imaginas lo fácil que habría sido esta simulación si hubieras podido empuñar esa pistola con seguridad?

Me quedo pensativa un momento. Si me hubiera sentido segura con la pistola, creo que la habría agarrado en cuanto la mujer se apartó de mí.

—Las habilidades que aprendemos en el mundo real rebajan la dificultad de las simulaciones del miedo —continúa Cuatro—, y estas nos ayudan a estar listos para actuar en el mundo real.

Como su ascenso a la noria. Debe de ser el corazón del saber de Osadía: experimentar el miedo y aprender a desembarazarte de él, a estar siempre listo para actuar, hasta que el valor se convierta, no en una elección, sino en una costumbre.

Titubea antes de decir:

—Parecías estar bastante segura de que la mujer no te iba a hacer daño. ¿Por qué?

De súbito, entiendo cuál es el problema. Si me he resistido a Weaver, si la he desafiado a dispararme, es porque sabía que la simulación no era real. Porque soy divergente.

Me encojo de hombros.

—Bueno, ¿para qué iba a matarme? Entonces no podría conseguir lo que quería que hiciera. —Cuatro entorna un poco los ojos—. ¿Cuál crees que es mi miedo real? —le pregunto, desesperada por cambiar de tema—. Sé que no hay que darle una interpretación literal.

Se pasa una mano por el pelo corto.

—No sé. Pensaba que sería algo sobre la lealtad, pero…, al final, creo que iba de competencia, más bien.

—Competencia.

—Temes no ser capaz de llevar a cabo lo que debes hacer cuando debas hacerlo. —Me observa con gesto pensativo—. Lo cual tiene gracia, la verdad. Porque eres una de las personas más competentes que me haya echado a la cara.

Resoplo sin poder evitarlo.

—Si escapé con vida del incendio fue por los pelos, porque era incapaz de levantarme a pulso. ¿Te parece que eso es ser competente?

Guarda silencio durante unos segundos.

—Escapaste con vida del incendio y te levantaste a pulso —enumera—. Atravesaste las llamas por aquella niña. Afrontaste todos los retos. Fue asombroso. —Titubea antes de añadir—: Eres asombrosa.

Me recorre una oleada de calor, pero no se trata de vergüenza esta vez. Lo observo como si no quisiera apartar nunca la mirada de él.

Carraspea.

—Bueno, pues… ya has visto cómo son las simulaciones del miedo. A nadie le gusta este sitio. Piensan que me falta un tornillo por disfrutar con este trabajo.

—Lo entiendo. Por qué te gusta, digo. —Arquea una ceja—. Las simulaciones llegan al corazón de las personas, y eso es lo que tú quieres ver. De lo contrario, no confías en ellas. Quizá no confíes en nadie de todas maneras.

Desde el principio, ha recelado de mí. Ha recelado de mis motivos, de mi relación con su madre, de todo. Pero el recelo es una especie de ansia, un afán de verdad. De lo que es real. No puedo culparlo por eso, y menos cuando una de las personas que más quería lo ha engañado durante tanto tiempo.

Hace una mueca, como si le doliera algo. Como si lo que acabo de decir lo hubiera lastimado, aunque no entiendo cómo. Cruza los brazos y se mira los pies.

—Debería acompañarte fuera —dice—. Ya casi es la hora de cenar y…

—Ya. Vale.

Los dos salimos de la sede de Osadía en silencio. Cruzamos el vestíbulo de cristal del alto edificio que hay encima del Pozo y, aunque espero que me deje allí, continúa avanzando en dirección al andén.

Ya ha oscurecido, tanto que los Zorros estarán pensando que me han detenido y que he delatado a su gremio. Sin embargo, el aire todavía es caliente y las luciérnagas dispersas salpican la calle de luz.

—Quizá podamos llegar a un acuerdo —propongo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Prometo no intentar convertirte en un sin facción, siempre y cuando tú prometas creerme cuando te aseguro que tengo mis propias razones para actuar así.

Es una especie de ofrenda de paz.

Se detiene y me tiende la mano.

Se la estrecho. Me maravilla lo pequeña que hace que parezca la mía.

—Conozco el camino, ¿sabes?

—Seguro que sí. —Puedo oír la sonrisa en su voz—. Pero es que vivo aquí.

—Ah. —Hemos llegado a la entrada del edificio—. Bueno. Pues gracias.

Asiente y frunce el ceño, como si estuviera intentando tomar una decisión sobre mí.

—Casi lo hago —habla al fin.

—¿Casi haces qué?

—Confiar. Casi consigues que me fíe de ti.

Luego se agacha y me da un beso en el pómulo.

No me muevo. Ni respiro siquiera.

—Vuelve otro día —dice antes de apartarse.

Todavía siento sus labios aleteando justo contra el contorno de mi mandíbula.

Sin pronunciar una palabra más, se da media vuelta y se pierde de vista en el interior del edificio junto al que nos habíamos detenido.

CAPÍTULO 38

CUATRO

De camino al apartamento, me siento aturdido. Una vez en la cocina, me doy cuenta de que en realidad no tenía que venir aquí; solo se lo he dicho para prolongar el tiempo que nos quedaba juntos. Así que doy media vuelta y regreso al Pozo.

El recuerdo de su proximidad se reproduce una y otra vez, no solo en mi mente, sino en todo mi cuerpo. Todavía aspiro su fragancia: a jabón de hierbas y aire silvestre. Todavía noto el trozo de piel cálida que me presionó la mejilla cuando me giré para hablarle al oído, el mechón de cabello que me hizo cosquillas en la nariz mientras me apartaba. Todavía me hormiguean los dedos con la necesidad de tocarla.

Sin embargo, lo cierto es que me da un poco de miedo.

A veces, cuando hablamos, todo es normal. Fácil. Como cabría esperar de alguien que te gusta, aunque yo no sepa qué es eso, puesto que me mantengo alejado de todos, salvo de Shauna y Zeke. Sin embargo, a veces sus palabras me hieren en lo más hondo, aunque no por crueles, sino por ciertas. «Las simulaciones llegan al corazón de las personas, y eso es lo que tú quieres ver». Aunque yo nunca lo habría reconocido en voz alta, es tan cierto que duele.

—¡Cuatro!

Zeke se acerca corriendo. Me encuentro al pie del camino del Pozo; la mitad de nuestra legión de iniciados se ha reunido al borde del abismo. Veo a Shauna pasándole una petaca a Mia, una trasladada de Cordialidad con la que habré cruzado diez palabras en los dos últimos años.

—Ya pensaba que ibas a faltar a la cita. —Pone los ojos en blanco —. Mierda. No has venido a propósito, ¿a que no?

Me río un poquito.

—No.

—Bueno, pues pega un trago de todas formas —dice Zeke—. Estamos brindando por la memoria de Amar.

Es eso, más que otra cosa, lo que me espabila de golpe. Ya han pasado casi dos años de la muerte de Amar, nuestro instructor de iniciación. Encontraron su cadáver justo antes de la última prueba. Se rumorea que se tiró, aunque yo no estoy tan seguro.

Murió poco después de confesarme que era divergente; risueño, como si no supiera lo que significaba eso. Y en vez de investigar lo que pasó en realidad, hui asustado. Rechacé la invitación de formarme como líder de Osadía y elegí un trabajo extraño y solitario donde era poco probable que se fijaran en mí.

Amar se merecía algo mejor. Sin embargo, no puedo viajar en el tiempo y cambiar el pasado.

Me acerco al grupo con Zeke; Mia me ofrece la petaca.

—Por Amar —brinda—, que nos ayudó a todos a sobrevivir a Eric.

Me esfuerzo por devolverle la sonrisa.

—Por Amar. —Y luego, un latido más tarde—: Que me puso mi nombre.

Mia me dedica una sonrisa torcida. Le pego un buen trago a la petaca, ignorando el ardor del licor en la garganta, antes de pasársela a Zeke.

Shauna se pone a mi lado y me pasa un brazo por los hombros, aunque le falta altura para llegar bien a ellos. Se me acerca un pelín demasiado —la percepción de profundidad de Shauna es lo primero que se va a la porra en cuanto bebe un poco de más— y pregunta:

—A ver, ¿y quién era esa con la que te he visto irte antes?

La observo de reojo.

—Nadie —replico.

—¿Alguna iniciada? —aventura.

—Una amiga.

Asiente con gesto teatral.

—Vale. Entendido.

—Nos estamos planteando muy en serio echar un juego de atrevimiento —me informa Zeke. Me rodea los hombros con el brazo por el otro lado para dejarme emparedado entre ellos. Le apesta el aliento a aguardiente casero—. ¿Te apuntas?

—Sabes que no puedo.

Zeke exhala un suspiro.

—Nada de sacar los pies del tiesto hasta que termine la iniciación. Entendido.

—A ver si los novatos van a descubrir que tiene una pizca de personalidad, Dios no lo quiera —bromea Shauna.

—No, si personalidad ya saben que tiene, lo que pasa es que lo toman por un gruñón seriote —matiza Zeke—. Pero eso es porque no lo han oído reírse como un bebé con su sonajero después de arrebatarles el estandarte a los veraces.

—Es que… Te desafío a leer ese emblema sin que se te escape la risa —replico—. «Solo si te desnudas ante tus amigos te convertirás en uno con ellos». Deberían darme las gracias por haberlo robado. Les acabé haciendo un favor.

Zeke sonríe.

—Vale. Pues nada de atrevimiento. Pero ¿nos vemos en el desayuno?

Asiento y los dos se alejan, dejándome con una liviandad extraña. Le digo adiós con la mano a Mia y los veo subir por el camino hasta lo alto del Pozo. Oigo el rugido del agua en el abismo a mi espalda y las carcajadas de las personas que acaban bañadas por las salpicaduras en la barandilla.

Me dirijo al comedor con la intención de cenar y veo a Tori sentada a la mesa en un rincón, sola, con un libro apoyado delante de ella. Es de mala educación interrumpir a alguien que está enfrascado en su lectura, pero no puedo evitarlo. Me acomodo en el asiento enfrente de ella.

Me mira con expresión sombría por encima del libro.

—Lo sé, lo sé. —Levanto las manos en señal de rendición—. Será tan solo un momento, palabra.

Tori suspira, dobla la esquina de la página por la que iba y cierra el libro. Parece un poemario, lo que me sorprende un poquito. Por otra parte, tampoco la conozco tan bien. Podría tener todo tipo de facetas ocultas.

—A ver, esa amiga mía, la de antes. ¿De qué la conoces?

Tori arquea una ceja.

—Supervisé su prueba de aptitud.

—Vaya. —Tamborileo con los dedos encima de la mesa—. ¿Recuerdas cómo fue?

Se encoge de hombros.

—Se produjo un error en el sistema y tuve que introducir los resultados a mano. Por lo demás, nada digno de mención.

Es buena embustera. Si no hubiera asistido a la simulación del miedo de Tris, podría haberla creído.

La simulación me dejó desconcertado. No como la de Al, cuya conexión con la realidad era evidente que seguía intacta —«En la realidad tú no me dirías jamás algo así»—. Todo cuanto hizo Tris podría haber estado en su naturaleza; no la considero incapaz de asomarse al cañón de una pistola y desafiar a la persona que la empuña a apretar el gatillo. Sin embargo, su forma de mirar a esa centinela de Osadía era extraña, como si estuviera calculando algo en vez de enfrentándose a una persona real.

Además, ¿no tendría todo el sentido del mundo que alguien como Tris fuera divergente?

—Acabo de someterla a una simulación del miedo —indico, adoptando el mismo tono de indiferencia que Tori—. Lo mismo, nada digno de mención.

Un destello de comprensión le ilumina los ojos.

No sé mucho de ella, pero el año pasado me llevó a un lado al comienzo de la iniciación para pedirme que estuviera pendiente de una de las trasladadas, una erudita con los ojos agigantados por el grosor de sus gafas. Aunque no me explicó por qué, la petición me pareció tan urgente que accedí. Solo que… en las simulaciones del miedo de la chica no pasó nada insólito. Nada indicaba que hubiera que preocuparse por ella.

Luego me di cuenta de que se le daba muy bien seguir las indicaciones de Tori. Se le daba muy bien fingir que era normal.

—Yo que tú, borraría el informe —me sugiere Tori—. No conviene que los valores de una sin facción cualquiera alteren los datos.

—En eso mismo estaba pensando. Lo haré.

Abre el libro de nuevo, pero mantiene las manos en tensión allí donde sujetan las páginas, con las yemas de los dedos blanquecinas. Salgo del comedor y cruzo el Pozo a paso ligero. Diviso a Uriah, Marlene y Lynn en la barandilla, con algunos de los otros nativos de Osadía, intentando sin éxito ser discretos con la petaca. Asciendo por el camino, esquivo a la mujer que siempre intenta venderme un piercing para la nariz —«¡Deberías acentuar tus rasgos más distintivos!»— y subo hasta el vestíbulo de la Espira.

Camino de la sala de simulaciones, me tropiezo de bruces con alguien: Edward. Veo que tiene una mancha reluciente en el antebrazo derecho: el espray protector con el que se recubren los tatuajes nuevos. Intento distinguir la imagen de debajo, pero está demasiado distorsionada.

—Perdona —dice, sin aliento.

—¿Qué haces aquí?

—Iba a ver si podía entrar en una sesión de práctica. —Cuando se pasa la mano por el pelo, veo que el tatuaje de su brazo es una elaborada espiral geométrica—. Pero ya había alguien. Pensé que eras tú. No quería interrumpir, así que…

Frunzo el ceño. Las únicas personas con permiso para ejecutar una simulación del miedo sin supervisión son los líderes de Osadía: Harrison, Max o Eric.

—Iré a echar un vistazo —le digo—. Vuelve por la mañana y te conecto.

—Gracias.

Paso por su lado, camino de la antecámara en la que todavía oscilan las llamas. La puerta de la sala de simulaciones está abierta ahora.

Con el ceño fruncido, cruzo el espacio hasta la salida de emergencia de enfrente. Las juntas de la puerta, integrada en la pared, resultan apenas visibles. Está cerrada, aunque no a ras de la piedra que la rodea; alguien ha pasado por aquí hace poco y no se ha tomado la molestia de tirar con la fuerza necesaria. De ese modo, ha salido de aquí sin cruzarse conmigo, sea quien sea.

Meto la mano en las llamas y noto el cosquilleo en la nuca que significa que estoy conectado al ordenador. Como de costumbre, no me hace falta hablar para decirle qué hacer, pero ayuda.

—Enséñame lo que estaba mirando la última persona que ha pasado por aquí.

Entro en la sala y la simulación comienza en cuanto cierro la puerta a mi espalda. Me encuentro en una cocina, con una sola bombilla en el techo. Una mujer sale de las sombras, vestida con el blanco y negro de Verdad.

Es la simulación de Al. Con la que tanto me aburrí antes.

—Para —ordeno—. ¿Quién ha accedido a este informe? ¿Me lo puedes mostrar?

El simulador del miedo es capaz de hacer muchas cosas que la gente ni siquiera sospecha. Puede enseñarme registros antiguos. Puede reunir a dos personas o más en la misma simulación. Y puede proyectar imágenes de la gente que ha accedido a él.

La escena de la cocina se desvanece y en su lugar aparece una mujer. Es alta y rubia, elegante con su atuendo cortado a medida. De no ser por su inmovilidad antinatural, pensaría que está en la sala conmigo.

Se trata de Jeanine Matthews. La líder de Erudición.

CAPÍTULO 39

TRIS

CUANDO MONTO EN EL TREN de vuelta al museo, lo hago descalza. No pienso volver a ponerme los zapatos de Erudición.

No estoy sola en el vagón. Me da un vuelco el estómago al ver las formas oscuras; la luz de la parte delantera que me habría alertado de la presencia de pasajeros osados está apagada, lo que significa que deben de ser sin facción.

Los reconozco en cuanto se me acostumbran los ojos a la oscuridad. Sentada en lo alto de una caja enorme, encorvada sobre las rodillas, está Pícara. La acompañan Gretchen y uno de los Zorros que no conozco.

—¡Tris! —Pícara me sonríe—. Esperaba que te arrestaran. Podrías haber continuado con la pintada que empecé en mi antigua celda.

—¿No ibas de erudita? —me pregunta Gretchen—. Creía que el osado era Lirón.

—Sí. Es que… tenía asuntos pendientes en Osadía.

—¿Asuntos que te han dejado descalza? —inquiere Pícara, con la mirada fija en mis pies.

—Sabes que los zapatos de Erudición solo valen para pasear por la biblioteca, Pícara. —Gretchen se vuelve hacia mí—. Menos mal que

has cogido este tren. Va a detenerse para que podamos descargar esta caja.

Le pega una palmada al asiento de Pícara.

—¿Qué hay dentro? —pregunto.

Pícara se encoge de hombros.

—Cachivaches. Se los vamos a llevar a los Fabricantes.

El gremio de los Fabricantes hace de todo, desde muebles sencillos, como camas y sillas, a maquinaria compleja, como depuradoras de agua y paneles solares. Su base de operaciones está en el Museo.

—¿Volvió bien Christina? —pregunto.

—¿Quién es Christina? —añade el otro Zorro, un poco mayor que Pícara, a juzgar por su pelo plateado; se está pellizcando las cutículas.

Suspiro.

—Parchetazo.

—Ah, sí, fue muy rápida —dice Pícara—. Parece ser que se pasó toda la hora en no sé qué patio ajardinado sin que nadie le dirigiese la palabra siquiera.

Sonrío. Christina y yo habíamos intercambiado consejos sobre cómo pasar el rato en nuestras facciones de origen sin que nos vieran. Le aconsejé que buscara el huerto del que cuidaba Robert, sabiendo que los iniciados no estarían allí durante el día.

El tren aminora la marcha. Al fin y al cabo, el Museo no está lejos de la sede de Osadía. Sin embargo, es la primera vez que el tren en el que viajo se detiene por completo. El chirrido de los frenos es tan ensordecedor que todos nos tapamos los oídos a la vez. El vagón se

estremece con tanta violencia que Pícara tiene que sujetarme cuando me caigo contra su caja.

Entramos en el andén, cada vez más despacio, y paramos.

—¿Nos ayudas a sacar esto? —me sugiere Pícara, aunque yo, siempre lista para arrimar el hombro, ya había empezado a levantar una esquina.

Pícara cuenta hacia atrás y todos hacemos fuerza a la vez. Pesa, pero el verdadero problema es lo incómoda de transportar que resulta la caja: primero por encima del hueco que hay entre el tren y el andén, y luego escaleras abajo. Termino alzándola por encima de la cabeza, puesto que el chico que tengo al lado es más alto que yo. Cuando llegamos a la calle, estoy empapada de sudor y sin aliento.

A partir de ese momento, todo es más fácil. Nos encaminamos al Museo por unas calles desiertas y llanas. Las patrullas de Osadía no suelen frecuentar esta zona de la ciudad, cerca del pantano, donde los trenes abandonados en la antigua playa de maniobras parecen esqueletos gigantes.

Cuando llegamos a la maraña de vías, tenemos que sortear los viejos vagones para alcanzar el túnel que nos conducirá al interior del Museo.

—¡Cuidado con las flores! —avisa Pícara, indicando con un gesto las flores blancas que hay en la entrada—. Son peligrosas.

Me muerdo la lengua para no soltar una palabrota cuando tropiezo con un raíl oxidado.

—¿Las zanahorias silvestres son peligrosas?

—Ah, pero es que esto no es ninguna zanahoria silvestre, sino cicuta. Muy venenosa —me corrige Pícara, que a continuación suelta una broma acerca de despertar a los fantasmas que habitan en este

lugar; los demás están tan ocupados riéndose por lo bajo que no se dan cuenta cuando algo pequeño y brillante se cae del contenedor. Lo veo rebotar en el suelo y rodar hasta la maleza que crece en las vías.

Me siento aliviada cuando por fin dejamos la caja dentro del Museo, y más aún cuando puedo volver a ponerme mi ropa, que sigue allí donde la dejé. El calor de la cocina y el aroma de algo especiado y sabroso me atraen hacia la mesa del vestíbulo, pero no voy allí de inmediato.

Lo que hago, en cambio, es volver a las vías, donde he visto que se detenía el objeto brillante. Lo recojo del suelo y lo inspecciono a la luz de la luna.

Aunque no estoy segura, ya que es la primera vez que veo una con mis propios ojos, juraría que es una bala.

Toda la esperanza que empezaba a germinar en mi interior tras haber visto a Eric con la pistola se desinfla de golpe.

CAPÍTULO 40

CUATRO

TARDO UNOS SEGUNDOS en identificar qué es lo que me ha despertado: están aporreando la puerta de mi apartamento.

Aparto la colcha y me acerco a la entrada dando tumbos, adormilado todavía, con un hormigueo en esa mano que siempre coloco demasiado por encima de mi cabeza en la cama. Me encuentro con Lynn cuando abro la puerta.

Arqueo una ceja. Los iniciados no deberían saber dónde vivo, pero Uriah sí, por lo que deduzco que le ha dicho cómo encontrarme. Lynn está muy pálida y parece asustada.

—Han encontrado un cadáver en el abismo —me informa—, y Al no está en el dormitorio.

Deslizo los pies en las botas y la sigo por el pasillo sin molestarme en adecentarme ni echar la llave al salir. El aire helado de la madrugada me acaricia los brazos y me pone la piel de gallina, o quizá sea el presentimiento de lo que me voy a encontrar en el fondo del Pozo.

Temo que se repita la misma historia: Amar, un divergente sin vida en el suelo.

Cuando llegamos, ya se ha formado una multitud y un grupo de osados saca el cuerpo del agua. Forman una pequeña cadena para

tirar de la soga que sujetan entre todos al compás que marca el primero. Sea lo que sea lo que están levantando, parece grande.

Cuando logran sacarlo por el borde, se arraciman a su alrededor para depositarlo en el suelo. Al principio, lo único que alcanzo a ver es el agua que se expande alrededor del cadáver, hasta que uno de los rescatadores se aparta y me permite distinguir sus facciones.

Incluso así —con la piel blanquecina y tumefacta tras tantas horas sumergido, y los ojos como canicas de mármol—, resulta evidente que se trata de Al, más corpulento que la mayoría, y joven. Tan joven.

Lo que significa que sumo otro fracaso.

Primero fue con Christina, cuando no supe controlar a Peter y fracasé al evitar que la agrediera. Pero esto es mucho, mucho peor.

Alguien ahoga un sollozo a mi espalda; Marlene, quizá, porque los iniciados más madrugadores han acudido corriendo desde el comedor mientras rescataban el cadáver. De repente, me siento incapaz de seguir aquí.

Me marcho.

+ + +

Hana me espera cuando salgo de la sala de simulaciones, un par de horas más tarde. He acabado empapado de sudor tras pasar demasiado tiempo atrapado en una caja de madera diseñada por mi propia mente y todavía tengo el pulso alterado. De todos mis temores, la claustrofobia es el que más irracional me vuelve; cuando estoy en la caja, me cuesta pensar en algo que no sea salir.

Hana me mira de arriba abajo y me pregunto qué verá.

La mayor parte del tiempo me siento como una persona adulta. Ahora soy alto y fuerte, miembro de pleno derecho de mi facción, profesor y alguien que sabe cosas que nadie más sabe: como, por ejemplo, dirigir la sala de simulaciones. Sin embargo, en ocasiones me siento como un niño pequeño. Como ahora, ante el escrutinio de Hana.

—Pues eso —empieza, como si estuviéramos en medio de una conversación ya empezada—, que todas las personas necesitan a alguien que se preocupe por ellas.

—Gracias —replico con aspereza—, pero no hace falta.

Sería agradable tener una madre así. De las que se preocupan por ti, de las que te fastidian y te riñen por poner los pies encima de la mesa. Entonces no tendría que inquietarme quién ha estado a punto de arrasar un edificio entero ni quién es la líder de un grupo de radicales sin facción que han matado a un chiquillo. No tendría que mantener mi nombre en secreto para que nadie sepa que mi padre es el líder del consejo. Después de una tragedia, podría volver a casa en vez de tener que venir aquí.

—La muerte de ese iniciado no ha sido por tu culpa —me tranquiliza—, así que no hace falta que te busques más penitencias.

—Ya sé que no lo ha sido.

—No, no lo sabes.

Hana se acerca. Lleva un pañuelo de seda negro en el cuello y los pendientes de su difunto esposo en las orejas. Es la viva imagen de la moderación y el sosiego, como si se dispusiera a asistir a un funeral de Abnegación en vez de Osadía.

La ceremonia por Al debe de estar a punto de comenzar.

—No pasa un año sin que fallezca alguien así —murmura—. Esto nos recuerda que nadie sabe todo cuanto sucede en la vida de los demás, aunque creamos que sí. Las personas son un misterio, y por eso conocerlas puede ser tan maravilloso. Pero también nos arriesgamos a esto. —Agita una mano con despreocupación—. Esta confusión.

Ojalá le pudiera decir lo que pienso de veras, a lo que le doy vueltas desde que vi ese cadáver pálido que antes fue Al: que este fallecimiento, al igual que el de Amar, no es el resultado de ningún acto de autodestrucción. Me parece de una casualidad imposible que Al fuera divergente, que Jeanine Matthews accediera al registro de su simulación y que ahora él esté muerto. Sin embargo, si intento contarle a Hana algo así, pensará que estoy paranoico. ¿Para qué iba Jeanine Matthews a desplazarse hasta aquí a fin de inspeccionar la simulación de un iniciado? ¿Qué ganaría ella con la desaparición de un don nadie, un simple trasladado de Verdad al que, de todas formas, seguro que le faltaba poco para acabar descalificado?

Como no puedo explicárselo, ni siquiera lo intento.

Contempla las llamas artificiales que danzan en el centro de la habitación, pensativa.

—Te gusta interponer un muro entre tú y los demás —señala—. Lo sé. Por eso te empeñas en tratarme de usted, pese a que hace ya dos años que mi hijo y tú os volvisteis inseparables. —Me observa de reojo—. Sin embargo, no basta con eso. Elegiste la sala de simulaciones porque te permite acercarte a los demás al tiempo que mantienes las distancias con ellos. Intimidad sin vulnerabilidad. Eso es lo que significa para ti este lugar.

«Las simulaciones llegan al corazón de las personas, y eso es lo que tú quieres ver».

—Pero tú siempre serás vulnerable, Cuatro, porque la gente te importa. Y eso está bien. Así que baja y demuestra delante de tus iniciados hasta qué punto te importa. Te aseguro que será mucho más saludable que lo que sea esto que haces ahora.

Me siento como si se me hubiera quedado algo atascado en la garganta. Asiento.

—Enseguida —le prometo—. Antes tengo que… borrar el último registro.

Sin preguntarme por qué, me da un apretón en el hombro y me deja a solas.

«Siempre serás vulnerable, Cuatro».

Después de todo lo que me ha dicho, seguro que no era ese el mensaje con el que le habría gustado que me quedara, pero es lo que todavía resuena en mi cabeza de todas maneras. Espero a que el sonido de sus pasos se haya apagado antes de meter la mano en las llamas.

Necesito cerciorarme, eso es todo.

—Jeanine Matthews estuvo aquí anoche —comento—, accediendo a unos registros de simulación que no eran suyos. Enséñamelos.

Me encierro en la sala de simulaciones y la cocina de Al se despliega ante mí, como los pétalos de una flor que se abre. La bombilla solitaria en el techo. Los rincones en sombra. Su madre, en blanco y negro.

—Este ya lo he visto. ¿Consultó otros?

La cocina de Verdad se desintegra, dejándome a oscuras antes de que un paisaje familiar ocupe el espacio ante mí: la vegetación

ondulante del pantano, con sus orillas fangosas que brillan al sol. Me flanquean las rectas rigurosas de las calles de la ciudad. Estoy en lo alto del Centro, azotado por el viento que sopla en todas direcciones.

Esta simulación es la mía.

Me estremezco de miedo y, por primera vez, no puedo echarle la culpa a la altura. Cierro los ojos y dejo que se mueva a través de mí.

Se me olvidó borrar esto del sistema.

Uriah vino a buscarme, me informó de que había problemas en la sala de entrenamiento y no me acordé de volver para eliminar estos archivos. Así que Jeanine Matthews me ha visto acercarme al borde de la azotea y dejarme caer, lo que la deja con dos explicaciones posibles: o bien me siento tan cómodo con la idea de mi propia muerte que puedo abrazarla incluso en una simulación del miedo, o bien era consciente de que no podía morir de verdad porque sabía que estaba en una simulación.

Puede pensar que estoy valorando el suicidio… o que soy divergente.

—¿Ninguno más? —pregunto, preparándome para asistir a la simulación de Tris a continuación. Sin embargo, no cambia nada. La mía fue la última que consultó Jeanine Matthews.

+ + +

Al filo del abismo en el que ha muerto Al, experimento un pinchazo de nostalgia por los entierros de Abnegación. Moldear el ladrillo conmemorativo con tus propias manos. Acoger a la comunidad

entera en tu casa y dejar que te llenen la cocina de platos. Un ritual sencillo y tranquilo.

Todo lo contrario que esto: discursos grandilocuentes sobre la próxima gran aventura de Al, como si todo el tiempo que estuvo aquí no se lo hubiera pasado muerto de miedo. Sospecho que lo último que le gustaría tener en el más allá son aventuras. Después, los cantos, la bebida… Todo apunta en la misma dirección: una fiesta por todo lo alto.

No me interesa esa parte, así que me retiro a mi apartamento tras brindar por la memoria de Al con Hana, Zeke, Uriah y Shauna.

Me lo tomo con calma. Hace calor esta noche. Viento. Una ráfaga barre los guijarros de lado a lado de la calle. Podría dormir con las ventanas abiertas para oírlo silbar entre los edificios.

Abro la puerta —que sigue sin tener echada la llave, puesto que no había vuelto por aquí tras salir corriendo esta mañana— y me detengo de golpe.

Tris está dentro.

Hojea los libros que tengo encima de la mesa. Nada especial, tan solo el manual de instrucciones del ordenador de Osadía, una novela de misterio con la cubierta cayéndose a cachos, un antiguo himnario de Abnegación y un tratado sobre arte antiguo del que saqué la inspiración para el tatuaje que tengo en mi espalda… Sin embargo, parece intrigada hasta que me oye llegar.

Se pone firme de golpe.

—Hola —saluda—. La puerta estaba abierta.

—No me digas que todavía no te han enseñado a forzar cerraduras.

—Estoy trabajando en ello, lo reconozco. Lo que pasa es que se me da regular.

Me apoyo en el marco.

—¿Y qué es lo que se te da bien, entonces? Para sus estándares, quiero decir.

Se encoge de hombros.

—Se me da bien fingir que soy de Osadía.

Se señala el atuendo: pantalones negros —pienso en sus piernas desnudas el día anterior y en la sorpresa de ver tanta piel blanca—, una camiseta negra, chaqueta negra y botas negras. Lleva el pelo recogido en una coleta y se ha sombreado los ojos con algo que realza aún más su color.

—Pues sí —afirmo—. Ya lo veo.

—También puedo convertirme en una estirada.

Corrige un poco la postura delante de mí. Redondea los hombros, agacha la cabeza y baja la mirada. Tan recatada como todas las chicas que me enseñaron a encontrar atractivas.

—Inquietante. No me digas que esa era la pinta que tenías en Abnegación. Me cuesta creerlo.

Esboza esa sonrisita distraída que denota que tiene en mente algo más y acorta la distancia, tan sigilosa como mi madre al acercarse a mi cama en el hospital. Tan sigilosa como una sin facción.

—¿Qué ha pasado? —pregunta—. Pareces…

No termina la frase.

—Uno de mis iniciados ha fallecido.

Se le borra la sonrisa. Permanece callada un momento.

—Qué horror —musita.

—No lo conocía tan bien.

—Aun así, me sigue pareciendo un horror.

Extiende la mano; sin tocarme, pero ofreciéndose a hacerlo.

Extiendo la mía a mi vez. No la tomo de la mano —estamos en el ángulo equivocado para eso—, pero sí que entrelazamos los dedos. Pienso en ese juego infantil de Abnegación, en el que los enredan hasta no saber de quién es cada cual.

Tris se queda mirando la unión de nuestras manos y adopta una expresión extraña que no sé interpretar.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunto.

—Ah. —Me suelta y se manosea el dobladillo de la chaqueta—. Creo que necesito ayuda con algo.

Mete la mano en el bolsillo y me enseña lo que había dentro.

—¿Una bala?

La cojo. Nunca he manipulado munición de verdad, solo agujas. Sin embargo, debo de haber visto a Zeke recargando su pistola en el muro por lo menos media docena de veces.

—Así que eso es —dice—. Me lo figuraba, pero tenía que comprobarlo.

—¿Por qué? ¿Dónde la has encontrado?

Se muerde el labio inferior y aparta la mirada.

—Estaba en una caja —replica—. Una caja transportada por los sin facción.

Cierro el puño alrededor de la bala. El temor hace que un escalofrío me recorra la espalda como si de una gota de sudor se tratara.

—¿Han robado munición letal de Osadía? —pregunto—. ¿Sabes por qué?

—Robert, el chico de Abnegación que falleció en la ceremonia de la elección, fue abatido por una bala. Pero esperaba que hubiera una sola pistola, la de alguien que iba por libre. —Se pasa las manos por el pelo—. Lo que no me esperaba era una caja llena de ellas.

«Robert». Ha pronunciado ese nombre como si lo conociera. Seguro que sí. Era de su edad. Estaba en Abnegación. Por un segundo, me parece ver como si se le llenaran los ojos de lágrimas. Después parpadea y desaparecen.

Suspiro como si estuviera soltando una carga con la que ya no puedo más. Deposito la bala en la encimera de la cocina y pienso en la nota que mi madre me dejó en el armario, entretejida de recuerdos. «El día más seguro», me pidió que me reuniera con ella, sabiendo que entendería lo que quería decir. Como si todavía estuviéramos tan unidos como antes.

—Sabía que era una bala —confiesa Tris—. En realidad, no me hacía falta que lo confirmaras. Lo que pasa es que… necesito saber…

—Quieres saber qué clase de persona es mi madre. Si sería capaz de… —Señalo la bala—. Algo así.

—Sé que lo es. Lo que no sé es por qué. Puedo intuir cuál es su objetivo, pero…

—Yo sí —la atajo—. Yo sí sé por qué.

La miro y pienso en lo que me ha dicho antes Hana. Eso de estar buscando intimidad sin vulnerabilidad. Lo imposible que es, pues preocuparte por los demás siempre te va a volver vulnerable. Me he aferrado a la relación de Tris con mi madre como si fuera un escudo que se interpusiera entre ambos. Sin embargo, creo que esa no es la verdadera razón por la que guardo las distancias con ella. Me da

miedo intentarlo, entregarle una parte de mí; me da miedo todo lo que averiguaría sobre mí entonces.

El resplandor azul de sus ojos es más imperioso que reconfortante, como si me estuviera desafiando a decir algo. A hacer algo.

A arriesgarme.

—Te lo puedo enseñar —le sugiero.

CAPÍTULO 41

TRIS

HEMOS VUELTO A LA SALA DE SIMULACIONES, donde me parece que por fin estoy siendo testigo de qué asusta a Cuatro. Está tan tenso que se le marcan los músculos de la mandíbula.

—La prueba final de la iniciación de Osadía consiste en algo llamado paisaje del miedo —me explica—. Es como… una secuencia de tus mayores temores. La mayoría de la gente tiene entre doce y veinticinco de ellos.

Intento imaginármelo. Una cadena de montaje de horrores, uno detrás de otro… Me parece una tortura, pero también entiendo el razonamiento. Una vez que te hayas visto ante ese tipo de adversidad, te conocerás de verdad, para siempre.

Me asusta. Lo ansío.

Cuatro continúa:

—El ordenador de las simulaciones es más flexible de lo que la gente sospecha. No solo conduce a una persona por su propia simulación del miedo y permite la presencia de un observador, sino que también puede incorporar ese observador a la simulación.

Todavía no entiendo para qué me ha traído.

—Entonces… ¿Quieres recorrer mi paisaje del miedo?

—No. —Me mira a los ojos—. Lo que quiero es que tú recorras el mío.

Me noto las pulsaciones en la garganta. Su mirada es oscura e insondable bajo esta luz, y segura. Está convencido. Ahora soy yo la que debe tomar una decisión.

Antes, al mirar nuestros dedos entrelazados, pensé en Eustace y Mary, mis compañeros iniciados de Abnegación, enfrascados en aquel juego de niños. Una simple excusa para hacer manitas, en realidad. De repente, fue como si nos pudiera ver a los dos, a Cuatro y a mí, con el atavío gris de Abnegación, en el autobús. Nuestro silencio impuesto por un rito de iniciación, reducida toda nuestra comunicación a miraditas de complicidad, sonrisas y gestos. Era la vida que quería; o, mejor dicho, la vida que deseaba querer. Solo que no habría sido mía jamás, pues ninguno de los dos podría haberla elegido.

Y aquí estamos ahora. En esta sala de piedra en penumbra, al filo mismo de algo.

—Vale —acepto.

Echa la cabeza hacia atrás, como si se estuviera dirigiendo a una deidad.

—Introdúcenos a los dos.

La habitación desaparece, sustituida por un rutilante despliegue de edificios cuyas ventanas de cristal reflejan el sol. El viento me azota, pegándome y separándome la ropa del cuerpo.

Estamos a gran altura, por encima de todo. Debe de ser la azotea del Centro. A lo lejos se distingue el pantano, con su mosaico irregular de barro y verdor. Me acerco al borde del edificio por instinto, deseosa de ver más. Me vuelvo hacia él.

Está rígido, tragando saliva con dificultad. Transcurridos unos segundos, detecto un temblor que le recorre todo el cuerpo. Recuerdo que este es uno de sus mayores temores.

—¿Cómo lo afrontas? —le pregunto antes de recordar que nos encontramos dentro de una simulación. No debería saber qué sucede, sino creer que me he materializado en lo alto de este edificio como por arte de magia.

Sin embargo, cuando me mira, no hay ni rastro de confusión en su rostro.

—Saltando —me ofrece por toda respuesta.

No puedo respirar.

«Es peligroso. Para ti y para todo aquel con el que hables».

Aparte de aquella conversación con mi madre, llevo cargando a solas con este secreto desde el día de mi prueba de aptitud, preguntándome qué me pasa, por qué no funciono como debería. Y ahora, de repente, ya no estoy sola.

—Eres divergente —murmuro.

—Como tú.

Sus pasos parecen forzados cuando se me acerca, como si fuera una marioneta que intenta resistirse a las órdenes de su titiritero. Al situarse a mi lado, en la cornisa, sus estremecimientos dan paso a unos temblores incontrolables. Miro abajo y noto algo parecido, quizá, pero mi cuerpo también siente emoción ante este vacío.

—Bueno —musito—, pues vamos.

Como ya hiciera en el apartamento, le tiendo una mano. Cuatro la toma en la suya.

Me dejo caer de la cornisa y lo arrastro conmigo.

El azote del viento, el horror de buscar estabilidad y no encontrar nada… Menos de un segundo después, golpeo el suelo y abro los ojos en la oscuridad, con mi mano todavía en la suya.

Respira demasiado deprisa. Lo oigo.

—¿Cuál es este? —pregunto.

Me empuja hacia delante un impacto en la espalda, seguido de otro en el costado y otro más delante. Una caja me envuelve, estrechándose. No me queda otra elección que acercarme y pegarme a él mientras la tapa del cajón se cierra de golpe.

No se mueve nada. Estamos sumidos en una oscuridad absoluta. El aire se estanca. Contra mi mejilla, sus jadeos suenan roncos y desesperados. Los siento martillear en su cuerpo, encogido contra el mío. Está hiperventilando.

—Oye. —Levanto la mano a ciegas y noto el relieve de su columna en la palma. Tiene los músculos de la espalda duros y bien definidos.

«Mira a las personas como personas, Beatrice, no como objetos a los que admirar», eso es lo que me enseñó mi profesora de Abnegación, solo que ahora comprendo que me planteaba un dilema inexistente. Veo a Cuatro como la persona que es, me preocupo por él y anhelo ayudarlo; pero también soy consciente de lo atractivo que es, del estremecimiento que me produce tocarlo. Puedo hacer las dos cosas a la vez.

—Oye —repito—. ¿Esto qué es?

—Esto es… —Suena como si le faltara el aliento—. Complicado.

Distingo algo entonces. Una línea de luz. La busco y deslizo los dedos por ella. Parece el umbral de una puerta.

Si consigo que continúe hablando, se le debería acompasar la respiración. No puedo dejar que siga hiperventilando; se desmayará.

—¿Dónde estamos? —le pregunto—. Ya sé que no es un sitio real, pero ¿sabes de dónde ha salido?

Le acaricio la espalda con la mano hasta presionarla contra sus escápulas.

—Sí —dice—. No todas… No todas las familias de Abnegación opinan que la Pena de Silencio es suficiente.

Noto una tenaza fría en el pecho. Pienso en mi antiguo piso, en el Edificio A. El pasillo de arriba, con las habitaciones de mi familia. Las escaleras que bajaban a las dependencias de los Black y la sala de estar. Y en el centro de todo, un armario pequeño.

«¿Te encerraban en el armario?», es la pregunta que ardo en deseos de hacerle, pero en este momento mi indignación estaría fuera de lugar.

—Vale —digo, mientras me esfuerzo por pensar en algo, lo que sea, que nos ayude a salir de este aprieto.

Me inclino hacia delante, de rodillas, porque se me están durmiendo los pies y mi mano resbala hasta posarse en su nuca, tapando las llamas de Osadía que casi no se distinguen.

—En la iniciación nos enseñaron a estar presentes. —Estamos tan pegados que puedo notar el calor que irradia—. A concentrarnos en una sensación, como la del aire al desplazarse por la nariz o el vaivén de la respiración en el pecho.

Ahí es donde le apoyo la mano ahora, justo encima del esternón.

—Concéntrate en mi mano —le pido—. En cómo se mueve cuando respiras.

—Detecto un fallo en tu razonamiento —jadea.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—El contacto contigo —me indica— no es nada tranquilizador.

Se me acerca y pienso que se dispone a besarme, pero solo quiere pasar la mano sobre mi hombro. Agarra un tirador que no estaba allí antes y empuja. Nuestro cubículo se inunda de luz.

No me muevo. Todavía mantengo la mano apoyada en él, con los dedos algo curvados en el cuello de su camiseta. Escasos milímetros separan nuestros rostros, tan próximos que puedo distinguir las tenues pecas que le espolvorean la nariz.

Mira detrás de mí y me aparto, recordando dónde estamos. Aunque este lugar no me dé miedo, para él es una colección de sus peores pesadillas; debería volcarme en sacarlo de aquí lo antes posible.

Nos hallamos en una habitación sin distintivos. Paredes blancas, una mesa blanca. Se parece al despacho de Jeanine Matthews, pero su aspecto es más siniestro. Aunque no sabría explicar por qué, tanta homogeneidad me resulta amenazadora.

En el centro de la sala aparece una mujer sin rasgos faciales, borrosa, como si la estuviera viendo a través de una ventana surcada de gotas de lluvia. Tiene el pelo rubio, como el mío, y va vestida de gris.

Encima de la mesa blanca que tenemos delante hay una pistola. Como la que vi en mi paisaje del miedo: un arma letal.

—Esto es… más fácil —dice Cuatro—. Hay menos pánico en juego.

Nunca había pensado en el miedo de esa manera, como si lo hubiera de distintos sabores. Para él, las alturas son aterradoras y a la claustrofobia reacciona con pánico, pero esto es menos agudo. Más hondo.

Coge la pistola. No le tiembla el pulso. Adopta una postura que reconozco, separando los pies y estirando los brazos con una ligera flexión en los codos. Me prometo que, cuando salgamos de aquí, le voy a pedir que me enseñe; así de fácil consigue que parezca.

Respira, una aspiración trémula. Espira y aprieta el gatillo.

Cuando baja el arma, me doy cuenta de lo que le ha costado, de cómo ha cerrado los ojos para no tener que ver cómo cae la mujer, de cómo toda su pose se desmorona como si acabara de recibir un mazazo.

Extiendo los brazos hacia él, pero la escena ya está fluctuando; la pistola y la mujer se desvanecen a la vez.

Reconozco el lugar en el que nos encontramos ahora. Los suelos son de madera, sucios, desgastados e irregulares. Las paredes son blancas. Estamos en el pasillo de un piso de Abnegación.

Cuatro ha empezado a caminar, con la mirada fija en la puerta del fondo; y, aunque es divergente, parece estar absorto en esta simulación, tan familiarizado con su coreografía que representa su papel sin poder evitarlo.

Abre la puerta y entra en un dormitorio tan pulcro como cabría esperar: la cama grande con las esquinas recogidas, un montoncito de libros en la mesita de noche. Se dirige al gancho que hay junto al tocador, del que cuelga un cinturón de repuesto, y lo agarra por la hebilla.

Esto no me gusta.

—¿Cuatro?

No responde.

Volvemos a salir al pasillo y dejamos atrás el cuarto de baño, con su suelo de baldosas grises, sin espejos, y ese armario que ahora

me revuelve el estómago, hasta llegar a la habitación que se encuentra más cerca de las escaleras.

La han puesto patas arriba. Aunque la cama está hecha y hay un montoncito de libros de texto en la mesa, el resto es un caos de objetos desperdigados: fragmentos de ordenador, cristales rotos, monedas antiguas, un pendiente solitario y brillante, una caja de madera con la tapa colgando de los goznes.

Y en medio de todo, resoplando, está Marcus Eaton.

Solo que no es el mismo que yo conozco. Aquí parece más alto que en la vida real, con los hombros más anchos y fuertes. Cuando se vuelve hacia nosotros, tiene el rostro en sombra y sus ojos son dos fosas oscuras. Una mueca le retuerce los labios.

Extiende la mano. Cuatro le da el cinturón.

«No, no, no», pienso, pero estoy paralizada de espanto. Veo a Cuatro —mi alto, fuerte y feroz Cuatro— acercarse a la silla de escritorio y agarrarse al respaldo. Se ofrece a su padre como un lienzo en blanco.

Marcus levanta la correa y yo entro en acción sin pensar, protegiendo a Cuatro con mi cuerpo.

—¡No!

Levanto un brazo y noto una llamarada de dolor en la piel cuando el cinturón se me enrosca en él.

La escena desaparece. Hemos vuelto a la sala de simulaciones.

Espero durante unos segundos a que aparezca otro horror, pero no cambia nada. Con la espalda pegada a la de Cuatro, percibo su respiración irregular en los hombros. Me quedo escuchándolo mientras me recupero a mi vez.

Me relajo contra él, y él contra mí.

—Solo tienes cuatro temores —le digo.

Su risa contenida reverbera en mi columna.

—Pues sí.

Christina no sabía de dónde salía el mote de «Cuatro»; supongo que lo acabo de averiguar.

Me río un poquito a mi vez.

—Eres increíble.

Estira el brazo hacia atrás y engancha el meñique en el mío.

+ + +

Después de eso, abandonamos la sala de simulaciones. Cuatro toca las llamas para borrar el registro y, de mutuo acuerdo y en silencio, salimos a dar un paseo.

Aquí la calle está sembrada de escombros, pero vacía. La luna brilla alta en el cielo y en mi cabeza se arremolinan todas las cosas que me gustaría decir, pero, por una vez, me conformo con el silencio. Con dejar que hable él primero.

—Cuando Evelyn se fue, mi padre la emprendió conmigo. —Tiene la mirada clavada en los pies—. Ella sabía cómo era y aun así me abandonó allí. Estoy seguro de que no se imaginaba que la situación iba a empeorar tanto, que se iba a ensañar conmigo como antes hacía con ella, pero esa es la cuestión, ¿no? Que no pensó en mí en absoluto. —Se encoge de hombros—. Solo piensa en lo que puede extraer de él. Le da igual quién más salga herido. Sería capaz de arrasar todo el sistema con tal de llegar hasta él, sin exagerar.

Pienso en Evelyn Eaton huyendo de Abnegación al amparo de la noche, con mi madre a su lado, ayudándola. Me gustaría saber si

hablaron de Cuatro, si Evelyn tenía algún tipo de plan para volver a por él, si mi madre estaba preocupada… o si sabía siquiera que Evelyn no iba a regresar. Me imagino a Marcus como un incendio y a Evelyn corriendo por su vida para escapar de las llamas. Pero dejó a Cuatro para que se quemara. Para que lo consumiera no solo la crueldad de su padre, sino también el dolor por haber perdido a su madre.

Hasta el día en que reapareció de repente, esperando… ¿Qué? ¿Que él se alegrara?

—¿Conoce alguien más esa faceta suya? —pregunto—. ¿Cómo es de verdad?

Frunce el ceño.

—Por supuesto que no. ¿Te imaginas los titulares si esto saliera a la luz? Tendría que dejar la ciudad para escapar del escándalo.

Esquivo una botella rota y procuro medir bien mis palabras antes de replicar:

—¿Por qué tendrías que escapar tú? Si no has hecho nada malo. —Se le arquea el espinazo como a un gato encrespado—. Crees que no lo entendería. —Aunque solo es una suposición, a juzgar por el modo en el que me mira, diría que he acertado—. Ponme a prueba.

Guarda silencio durante unos segundos, y creo que tal vez lo he estropeado, que he destruido la confianza incipiente que habíamos establecido. Sin embargo, al final continúa:

—De niño, solo se me permitía ser el hijo de Marcus. Si mostraba siquiera un atisbo de individualidad, de personalidad, se aseguraba de que lo lamentara. Así que, cuando elegí Osadía… fue como si por primera vez tuviera permiso para existir. No me hacía falta ser suyo. Si todo el mundo supiera esto de él… —Niega con los labios

apretados—. Suponiendo que me creyeran —continúa—. Se ha pasado toda la vida diciéndole a la gente lo «problemático» que era yo. Desacreditándome por adelantado. Si esto saliera a la luz y la gente no me creyera…

Se interrumpe. Traga saliva con dificultad.

Deja la frase inacabada flotando en el aire. No hace falta que la termine. Si pasara por el calvario de hacer público su dolor privado, la pérdida de su refugio de Osadía, y en Abnegación continuaran tachándolo de problemático, sería mil veces peor que no haber dicho nada. Insoportable.

—¿Quieres saber por qué abandoné Abnegación en realidad? —pregunto—. No fue solo porque no encajara allí.

Arquea una ceja.

—¿Pasó algo?

—Después del ataque de la Ceremonia de la Elección… vi a Evelyn. La reconocí. Y cuando se lo conté a los líderes de Abnegación, mi padre intentó borrarme la memoria para mantener la tapadera. Solo que…

—No funcionó. Porque eres divergente.

Asiento.

—Siempre había considerado que Abnegación era algo… puro, no sé. Como si, aunque yo no encajara allí, por lo menos los demás hacían bien las cosas. Mientras siguiera sus enseñanzas, todo iría bien. —Me río por lo bajo—. Ahora me siento muy tonta, pero me alegra que pasara. Necesitaba ver las cosas como son y no como yo quería que fueran.

Abnegación, la facción que borra los recuerdos y confía a ciegas en su líder. Verdad, la facción que obliga a una niña a quedarse con

la madre que la maltrata. Osadía, la facción que acosa a los sin facción. Erudición, la facción que controla la información en vez de ofrecerla de buen grado. Y no tengo ni idea de lo que me queda por descubrir sobre Cordialidad.

El sistema no funciona porque todas las facciones confían en sus propias virtudes. Y los abandonados no son mucho mejores, clandestinos y aislados, con el sistema de las facciones tan integrado en su ser que lo imitan a la vez que lo desafían.

—Aunque los sin facción me inspiren tan poca confianza como Abnegación —comento—, me están enseñando a confiar en mí misma. A escucharme a mí misma y lo que quiero, por primera vez en mi vida.

Lo miro.

—¿Y qué es lo que quieres? —me pregunta en voz baja.

Hay cosas que se deciden en el momento y otras cuya decisión te das cuenta de que se tomó hace tiempo. Como cuando me ayudó a levantarme en la Ceremonia de la Elección y me empujó para ponerme a salvo. O cuando me subí a un tren y lo vi bañado por la luz de la luna, tan firme como una roca por mucho que se moviera el suelo.

Me acerco a él y le apoyo una mano en el pecho, como en la simulación del miedo. Luego la deslizo hacia arriba, le rodeo el cuello y dejo que la punta de mis dedos le acaricie el vello en la nuca. Me pongo de puntillas y le atraigo la cabeza hacia la mía para poder susurrar justo contra su boca:

—A ti —respondo.

Y lo beso.

Dubitativa, al principio. Labios que se rozan en la oscuridad. Pero un escalofrío recorre todo mi ser y me estrecho contra su cuerpo al tiempo que él hace lo mismo. Me roza la mejilla y noto las yemas de sus dedos en el mentón, mientras la otra mano baja hasta mi talle para fundirlo con el suyo.

Ahogo un grito que me entreabre los labios ante la creciente pasión de sus besos. Ignoraba hasta qué punto ansiaba tocar a alguien así; no me imaginaba el placer que iba a sentir. Como saciar el hambre y agudizarla a un tiempo, como sentirte insaciable y plena a la vez.

Me rodea la cintura con un brazo para levantarme en volandas. Soy frágil y liviana, pero no me importa. Deslizo los dedos bajo el cuello de su camiseta para acariciarle la espalda.

Me asusta descubrir que ansío más todavía, que esto sea tan fuerte; esta idea que nunca me había permitido abrigar. Me aparto lo justo para mirarle a los ojos.

Con delicadeza, me deposita en el suelo y arquea las cejas.

—Oh —exhalo, porque no se me ocurre qué otra cosa decir.

—Oh —repite él.

Y nos volvemos a besar, pero con más parsimonia, porque quiero deleitarme en la presión de su boca, en cómo se nos adhieren los labios al prolongar el momento de la separación.

—Yo también te quiero —murmura contra mi cuello.

Me parece imposible. Sé lo que soy: pequeña y anodina, como atestiguan los Zorros, para los que mi aspecto corriente es un don. Una fracasada sin facción. Insegura. Demasiado cobarde para unirme a Osadía, demasiado egoísta para adaptarme en Abnegación,

carente de la inteligencia, la honestidad o la bondad necesarias para encajar en los otros sitios en los que podría haber acabado.

Sin embargo, Cuatro me mira como si estuviera viendo algo que a mí se me escapa. Como si, lejos de no ser suficiente, en realidad fuera algo más.

Así que, en vez de la persona que temo, decido ser la que él ve.

—Me gustaría presentarte a alguien —le digo—. Creo que podría ayudarnos.

CAPÍTULO 42

CUATRO

—¿QUÉ OCURRE? —pregunta Shauna mientras suelta la bandeja y pone los ojos como platos, fingiendo estar alarmada, antes de hacer la pantomima de tomarme la temperatura con una mano en la frente —. No te habrás puesto malo.

No reacciono. Sé cómo va a acabar esto.

—¿Y? ¿Tiene fiebre? —Zeke desliza su bandeja en la mesa de al lado—. Porque, si no, no entiendo qué hace sonriendo durante la cena.

—A lo mejor es que se ha pegado un porrazo en la sala de entrenamiento —sugiere Shauna.

—¡A lo mejor lo han drogado!

—¿Os importaría cerrar el pico un ratito? —Los apunto con el tenedor—. ¿A que os escupo en la comida?

Zeke se inclina hacia delante para susurrarle a Shauna con gesto teatral:

—Hasta sus amenazas parecen más flojas.

—Para mí que es la chica esa —interviene Shauna.

Zeke arquea una ceja.

—¿Qué chica?

—Con la que iba el otro día. Rubia. Canija. Yo no me metería con ella.

La descripción me arranca una sonrisa, sin poder evitarlo. Shauna suelta una carcajada triunfal y Zeke silba por lo bajini.

—¿Cuándo vamos a conocerla?

—¿Es una de tus iniciadas del año pasado? —insiste Shauna—. Su cara me suena, pero no sé de qué.

—Porque no es de Osadía —replico.

Zeke pega una palmada en la mesa.

—¡¿Qué?!

—¿Cómo?

—¡¿Quién?!

—¿Dónde, cómo, por qué?

—Bueno, me tengo que ir. —Recojo la bandeja. De todas formas, ya había acabado y esta noche le toca a Lauren cuidar de los iniciados. Nos hemos estado turnando desde la muerte de Al—. Me esperan.

Me alejo haciendo oídos sordos a las protestas de Shauna y Zeke, que grita:

—¡Tarde o temprano tendrás que contestarnos!

Me despido con la mano sin mirar atrás.

+ + +

Me reúno con ella en el tren. En el cuarto vagón, empezando por la cola, dirección norte, siguiendo el pantano. Sube después de mí y me tomo un momento para admirar lo fácil que hace que parezca. Y luego otro tan solo para… admirarla a ella.

Lleva puestos unos pantalones negros, ceñidos, y una camiseta blanca. Sin mangas, con los brazos al descubierto. Se ha soltado el cabello, que ondea en todas direcciones con el viento. No parece el atuendo más indicado para impresionar a un chico, pero, de alguna manera, creo que para Tris lo es: me enseña una parte de ella que en Abnegación nunca habría visto.

Y funciona.

Han pasado tres días desde nuestro último encuentro. Me pidió que esperara hasta el lunes para hablar con quien sea que quiera que hable y, de todas formas, he estado liado con los iniciados, que están tan alterados como siempre que comienza el entrenamiento con las simulaciones del miedo.

Es un alivio tenerla delante de nuevo.

Una sonrisa le curva los labios al verme.

—Hola.

No sé cómo debería actuar. Otra cosa no, pero los rituales de cortejo de Abnegación están muy bien definidos. Averigua dónde trabaja de voluntaria y ofrécete para echar una mano. Pregúntales a sus padres si aceptarían supervisar una visita. Algún beso robado por el camino para comprobar si salta la chispa. Todo medido, respetuoso, distante. Los miembros de Abnegación se casan jóvenes.

El cortejo de Osadía es diferente. Impetuoso, atrevido. Nunca se me ha dado bien; siempre me las apaño para decir lo que no debo. Aunque tampoco es que me pase mucho tiempo intentándolo; no es que no me fije en las chicas, sino que hay que ir con cuidado. ¿Cómo se sale con alguien sin decirle cuál es tu verdadero nombre?

Así que ahora no tengo ni idea de cómo actuar. Sin reglas de conducta, solo el instinto. Y el instinto me atrae hacia ella; el instinto me hace agacharme y besarla. Me hace acariciarle el pelo, suave y sedoso, y después el brazo desnudo, con delicadeza, despacio.

—Hola —digo cuando me aparto.

Parece un poco aturdida.

—¿Ha estado bien? —le pregunto. Creo que debería haber empezado por ahí.

—Sí —responde—. Sí, por favor, puedes repetirlo… siempre que quieras, Cuatro.

Sonrío.

—Puedes llamarme Tobias, ¿sabes?

—¿De verdad? —Ladea un poco la cabeza—. Daba por sentado que no te gustaba.

—Yo también, pero creo que sería agradable escuchar mi nombre de nuevo. Si lo pronuncias tú.

—Vale…, Tobias. —Hace una pausa, como si lo saboreara.

Y yo me siento como si estuviera haciendo lo mismo. Mi nombre suena distinto en sus labios.

Me gusta.

—Para que conste en acta, yo prefiero que no me llamen Beatrice —dice en tono más ligero—. Beatrice no sabía subir y bajar de los trenes en marcha, y ni loca se habría pasado el día entero aprendiendo a levantar carteras.

—Ah, ¿sí? ¿Te importaría hacerme una demostración?

Me lanza una mirada calculadora.

—Bueno, creo que contigo le tendría que dar otro enfoque.

—¿Como cuál?

Un destello le ilumina la mirada cuando da un paso al frente y me clava un dedo en el esternón para obligarme a retroceder de espaldas contra la pared del vagón, donde se apoya en mí, tan solo un poquito; su pierna contra la mía, su vientre rozándome la cadera. Noto la boca seca mientras contemplo el dedo que me inmoviliza.

—¿Lo ves? —pregunta, y se retira con una hoja de papel doblada en la mano. Parpadeo durante unos segundos hasta que me doy cuenta de que me la ha sacado del bolsillo de la chaqueta mientras yo estaba…

Distraído.

—Interesante técnica —murmuro, arrebatándosela de la mano. Se trata de uno de los antiguos mensajes de Evelyn. Debería haberlo destruido cuando lo recibí, pero… a veces me gusta ver su caligrafía y recordar que todavía está viva.

Aunque jamás lo admitiría delante de ella.

—La mayoría de las veces basta con chocarte con alguien y deshacerte en disculpas —comenta, sonriendo de oreja a oreja—. Nadie va a sospechar de la chica anodina con la que se ha tropezado en la acera.

—Conque «anodina», ¿eh? —Le recojo un mechón detrás de la oreja—. No es la palabra con la que yo te describiría.

—Pues estás en franca minoría. —Se encoge de hombros—. Por eso se me da tan bien esto. Fingir que soy de otras facciones. No pasa nada, ya no me importa.

—Se te da tan bien fingir que eres de otras facciones por tus dotes de observación —replico—. Si lo sabré yo, que lo he sufrido en primera persona. Resulta inquietante.

Se le ensancha la sonrisa.

—«Inquietante», ese sí que es el cumplido que cualquier chica querría escuchar.

—Déjame expresarlo de otra manera. —Me agacho hasta apoyar la mejilla en su sien para poder hablar contra su piel—. Tú eres una llama. Y yo la polilla.

Se agarra a las solapas de mi chaqueta y me besa con más vehemencia que antes. El viento que se cuela en el vagón nos envuelve en un abrazo atronador, lo bastante intenso como para no permitirme oír nada más, pero siento el suspiro que le aletea en el pecho cuando se deja estrechar contra mí.

No sé adónde vamos, pero espero que sea muy lejos.

+ + +

Sin embargo, no puede durar. No cuando me doy cuenta de cuál es nuestro destino.

El tren acelera mientras recorremos el sector sin facción de la ciudad, donde no hace tantas paradas. Hace tiempo que no visito la parte norte de la ciudad. Solo hay un destino posible: Abnegación.

—Hoy hay reunión del consejo —deduzco, y se me borra la sonrisa al comprender por qué solo podíamos venir aquí un lunes.

Tris asiente.

—El mejor día de la semana —añado, más para mí que para ella. Era el día que Marcus no estaba—. Mi madre solía hacer tortitas los lunes.

—¿En serio? —Parece sorprendida—. ¿En Abnegación?

—Como es el líder del consejo, vivíamos solos. Así que, sí… Los lunes por la noche, cuando él no estaba, preparaba tortitas. Con

mermelada, si conseguía echarle el guante a algún bote. Y a veces ponía música en una radio antigua que había reparado ella sola. Nunca averigüé dónde la escondía cuando no la usábamos.

Tris esboza una sonrisita apenada.

—Parece agradable.

—Un día volvió antes a casa…

Se me forma un nudo en la garganta, por lo que no continúo. Me limito a sacudir la cabeza; ella se acerca y entrelazamos los dedos.

—Vamos a ver a mi madre —me informa.

Me lo imaginaba. ¿Qué otra razón podría tener Tris para ir un lunes por la noche, cuando su padre estará ocupado en la reunión del consejo?

—Deserté por decisión propia —prosigue—. Quería averiguar por qué los abandonados habían atacado la ceremonia de la elección y qué planeaban hacer a continuación. La única persona que sabía que estaba implicada era Evelyn, así que…

Me mira con una ceja arqueada y tengo que aguantarme la risa.

—Así que intentaste acercarte a ella —concluyo.

—Mi madre sabía cómo ponerse en contacto y le pidió que cuidara de mí. Sin embargo, confío en ella lo mismo que tú. Quería decírtelo, pero no podía arriesgarme. No hasta estar más segura.

Nos quedamos un momento contemplando la ciudad que se desliza ante nuestros ojos. Esta noche la luna está escondida tras las nubes y los retumbos que se oyen auguran lluvia. Los edificios se encogen, vuelven a crecer, y Tris me avisa por señas. Hora de apearse.

Resulta extraño caminar por las calles del sector de Abnegación, como una escena sacada de la vida de otra persona. Tris, que está

más familiarizada con ellas que yo, nos lleva por una serie de callejuelas para rodear la sede de Abnegación y evitar el riesgo de que nos tropecemos con alguien.

Una vez en el Edificio A, me pide que mire por una ventana alta para comprobar que no haya nadie en el vestíbulo; nos colamos dentro y corremos hasta la escalera.

—Décima planta —dice—. Lo siento.

La escalera está mal iluminada y huele a fregona vieja, pero está limpia y vacía. Las ventanas de cada rellano nos muestran el edificio adyacente, el B, que alberga a todos los solteros de Abnegación, con los hombres a un lado y las mujeres al otro. Parece idéntico al A.

A los dos nos falta el aliento cuando llegamos a la décima planta; me he quitado la chaqueta y la llevo colgada del brazo. Considero volver a ponérmela mientras caminamos por el pasillo porque no quiero parecer irrespetuoso, pero también me rebelo contra el impulso de amoldarme a los estándares de Abnegación. Así que, al final, la dejo donde está.

Tris llama a la puerta del piso 10E, que se abre al instante.

Hay una mujer al otro lado. Tiene el pelo más oscuro que Tris, recogido con esmero. Lleva puesto un jersey gris sobre una falda larga del mismo color. Sin embargo, cuando abraza a Tris y sus ojos se clavan en mí, por encima de su hombro, me sorprende lo acerado de su mirada.

Natalie Prior, sin duda.

—Mamá, este es… —empieza Tris.

—Ya sé quién es —la interrumpe Natalie con delicadeza—. Pasad.

La iluminación es escasa. Huele a pan recién hecho. Los suelos son de esa característica madera amarillenta, tan habitual en los

edificios antiguos. En la mesita de la sala de estar hay un ovillo y una bufanda a medias, como si la hubiéramos interrumpido tejiendo. Nos dirige a la cocina.

Me inspecciona durante unos segundos. Noto sus ojos como ascuas en la piel. Se detiene en los pequeños detalles: el tatuaje que asoma por el cuello de mi camiseta, mis brazos desnudos y mis botas. Sonríe.

—Has crecido —observa.

No sé cómo responder a eso. Su nombre me sonaba, como me suena su rostro, pero no tengo ningún recuerdo específico de Natalie Prior. Quizá se deba a que mi padre no me dejaba pasar mucho tiempo con otros miembros de nuestra facción. Ignoro qué les contaría de mí, pero me imagino que insinuaría lo tímido e impresionable que era. Así, convertía mi aislamiento en un ejemplo de lo mucho que se preocupaba por mí.

—¿Os apetece un poco de té? —pregunta, mirándonos por turnos.

El ritual es reconfortante para todos, creo, porque la oferta rompe la tensión, y Tris y yo nos sentamos a la mesa mientras Natalie se ocupa de los fogones.

—Disponemos de una hora. —Pone el hervidor lleno de agua en el fuego—. Mi hija sostiene que eres de fiar, Eaton.

Hago una mueca.

—Si pudieras llamarme Cuatro —replico—, te lo agradecería.

Aunque está ocupada echando hojas de té en un colador de grandes dimensiones, se interrumpe para mirarme con expresión pensativa.

—Claro que sí. Cuatro.

La cocina es pequeña y acogedora. Ordenada, con todo recogido tras las puertas de los armarios. Encimeras de azulejos relucientes. Un dechado de simplicidad: una olla y un cazo; dos sartenes colgadas de sus respectivos ganchos sobre los fogones. «Coge solo lo que necesites» es un lema de Abnegación que llevo conmigo, aunque no me dé cuenta, y lo mismo sucede con este lugar. El único elemento decorativo es el sencillo bordado de la pared, en hilo gris, en el que se puede leer: «Los demás primero».

Me vuelvo hacia Natalie.

—No sé qué significa «de fiar» para ti —digo—. No me ciega la lealtad a mi facción, si es eso lo que te preguntas.

—¿No? —Me mira con intención mientras sujeta el colador sobre el borde de una tetera de cristal que ha sacado de uno de los armarios, junto con tres tazas de vidrio sin asa—. ¿Por eso llevas las llamas de Osadía tatuadas en la piel?

Tris abre la boca para protestar, pero yo ya estoy respondiendo.

—Debajo están los símbolos de las demás facciones, como tu hija puede atestiguar.

Natalie arquea las cejas, sorprendida, y me doy cuenta demasiado tarde de lo que se puede deducir de mis palabras.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué circunstancias ha tenido mi hija ocasión de verte desnudo, si se puede saber?

—No es eso —replica Tris, con las mejillas incandescentes.

Qué tonto soy a veces.

—Se tropezó conmigo en el estudio de tatuajes —matizo—. Eso es todo.

Retira el hervidor del fuego cuando empieza a pitar y sirve el agua hirviendo en la tetera. Veo los hilillos de té pardo que se filtran por

los agujeros del colador y tiñen el agua.

—¿Y Evelyn? —dice Natalie—. ¿Tampoco te ciega la lealtad a ella? Porque, hablemos de lo que hablemos aquí, ella no puede enterarse.

—No —interviene Tris antes de que yo pueda hacerlo—. Mamá, venga ya.

Natalie contempla a su hija durante unos segundos. Asiente.

—Está bien. Cuéntame lo que sepas.

Me río. Es la risa de mi madre, seca y amarga. A mi padre le daba mucha rabia cuando lo hacía. Y cuando lo hacía yo, luego, aunque no me estuviera burlando de él. A veces pienso que debía de echarla de menos para odiar tanto las cosas que se la recordaban.

—Lo único que sé de ti, Natalie, es que, junto a otros miembros de esta facción, has contribuido a perpetuar la mentira de que mi madre había muerto. Así que disculpa si no ardo en deseos de confesarme ante ti.

De repente, caigo en la cuenta de que no estoy hablando con Evelyn, sino con la madre de Tris. Antes de llegar, me estaba devanando los sesos, pensando en cómo ingeniármelas para mostrarle el debido respeto. Supongo que ya he desaprovechado esa oportunidad.

Sin embargo, Natalie no es como Evelyn. No contraataca al instante, sino que me observa durante unos instantes, con las comisuras de los labios apuntando hacia abajo. Parece… apenada.

—Tienes razón —murmura.

Lleva la tetera a la mesa y reparte las tazas. Se estira para llegar al fondo de uno de los armarios y saca un recipiente lleno de terrones de azúcar. Echa uno en la taza que tengo más cerca y otro en la de Tris.

—Tengo excusas para justificar mi conducta, pero, si te las ofreciera ahora, seguiría insultándote. —Sirve el té en las tazas. Me quedo mirando cómo el líquido deshace el azúcar—. En vez de eso, te contaré lo que sé: que un reducido grupo de radicales sin facción planea hacer algo extremo, algo que podría desmantelar el sistema de facciones tal y como lo conocemos. Creo que tu madre está al frente de la operación, pero también sospecho que forma parte de una conspiración aún mayor. Quizá esto sea una novedad para ti, Beatrice.

Se sienta en la silla que queda entre Tris y yo, de espaldas al horno, y cruza las manos en el regazo.

—Sospecho que Erudición podría estar infiltrando agentes en las otras facciones —continúa—. Por eso te pedí que hablaras con tu hermano de los resultados de las pruebas de aptitud y los trasladados entre facciones. Pensé que, si conseguía demostrar que la proporción de miembros de Erudición que se trasladaban a otras facciones, tras la prueba de aptitud, era más elevada de lo normal, podría identificar a los infiltrados.

Los ojos de Tris, desorbitados por la sorpresa, buscan los míos. También yo me he quedado pasmado, y me siento como un iluso por ello. Los dos nos hemos criado pensando que el sistema de facciones funcionaba, aunque tuviera sus imperfecciones. Sin embargo, la participación en el sistema depende de la sinceridad: de elegir, si no cuál es tu sitio, por lo menos sí cuál desearías que fuera. La idea de que alguien pueda seguir profesando lealtad a su antigua facción tras unirse a una nueva… amenaza la integridad de todo el sistema.

Pero ¿qué integridad? Yo no elegí Osadía porque tuviera aptitud para ella. La elegí para escapar de mi padre, la elegí para hacerle daño, la elegí porque pensaba que así conseguiría librarme del miedo que le tenía. ¿Fue eso más fiel al propósito del sistema que un espía leal a Erudición infiltrado en Osadía?

—El día que seguí a Eric desde la sede de Erudición a la de Osadía, como ya os conté —nos recuerda Tris, apuntándonos con la cabeza a su madre y a mí—, antes de que me descubriera, escuché una conversación. Solo su parte, pero lo oí exigiendo un nombre y diciendo que se agotaba el tiempo. Que había un plazo improrrogable.

—Un nombre.

Fijo la mirada en la taza mientras repaso aquel día. Me despedí de Tris con un beso en la mejilla en mi edificio de apartamentos, volví al Pozo y brindé por Amar. Hablé con Tori de Tris, volví a la sala de simulaciones para borrar su información del sistema y…

Descubrí que Jeanine Matthews había tenido acceso a los registros de Al. Y a los míos.

—Al. —Miro a Tris—. Mi iniciado, el que murió. Alguien estuvo viendo sus simulaciones el día antes de que encontraran su cadáver. Cuando le pregunté al sistema quién había sido, me mostró a Jeanine Matthews.

—¿Jeanine Matthews en la sala de sims? —dice Natalie.

Me sorprende la terminología que emplea. «Sala de sims». Informal, tan desenfadada como una osada cualquiera. Frunce el ceño.

—Supongo que es posible. Los representantes de las facciones tienen acceso administrativo a todos los ordenadores, por si se

produjera alguna emergencia. Al utilizar ese acceso, podría profundizar en el sistema más incluso que cualquier operador autorizado. —Me lanza una mirada incisiva—. Como tú, supongo.

—En efecto.

—Sin embargo, ¿cómo llegaría hasta ahí sin llamar la atención?

—Hay una puerta cortafuegos que da a un pasillo de servicio y comunica de forma directa con el vestíbulo de la Espira. Es posible que se disfrazara, aunque aquella noche había mucha gente. No entiendo por qué querría correr ese riesgo cuando podría haberse infiltrado sin tantas dificultades en cualquier otro momento.

—¿Quizá alguien se hizo pasar por ella? —sugiere Tris—. ¿Sería posible engañar al ordenador para que pensara que era ella la que había solicitado el acceso?

Natalie deja vagar la mirada y le da un sorbo a su té.

—Los ordenadores identifican el patrón único de los receptores en el cerebro de una persona… Como las huellas dactilares, pero más complicado.

Miro a Tris mientras ella me devuelve la mirada, sorprendida. Ninguno de los dos está acostumbrado a oír a una abnegada hablando con tanto desparpajo de temas científicos.

Natalie no parece darse cuenta.

—Sin embargo, si falsificar una huella dactilar es posible, quizá lo sea también engañar al ordenador de Osadía para hacerle creer que fue Jeanine Matthews la que lo utilizó. Por otra parte, dudo que se pudiera hacer algo así sin su ayuda.

—Entonces, ¿quién crees que fue? —Tris frunce el ceño—. ¿Un antiguo erudito, tal vez? ¿Algún trasladado?

—Eso creo, sí, si no fue Jeanine en persona.

—No entiendo por qué —replico—. ¿Qué pretendería con eso?

Natalie se reclina en la silla hasta apoyar los hombros en el horno que tiene a su espalda. Una acción llamativa, casi infantil, viniendo de una mujer con el sobrio atuendo de Abnegación.

—Repasemos lo que sabemos —propone—. Erudición está divulgando bulos propagandísticos para desestabilizar el liderazgo de Abnegación. Se podrían estar infiltrando en Osadía como estrategia para informar a Erudición desde allí. Y parece que están accediendo a las simulaciones del miedo. —Hace una pausa—. ¿Sabes algo de ese chico, Al, el que murió? ¿Qué hizo para llamar su atención?

Miro a Tris de reojo.

—Sus simulaciones del miedo… se salían de lo ordinario.

—Así que era divergente. —Al ver mi gesto de sorpresa, Natalie le resta importancia agitando una mano—. Lo sé, sí. Ahora es cuando tú me preguntas qué es eso, haciéndote el loco, y todos fingimos que Tris tampoco lo es, aunque acabas de reconocer que has revisado su simulación del miedo, por lo que sin duda tuviste que verlo.

—No entiendo qué le importaba a Jeanine que un trasladado de Verdad cualquiera fuera divergente —replico—. O por qué querría nadie atacar a los divergentes.

—Nuestra sociedad depende de los ordenadores de las facciones para garantizar la estabilidad —dice Natalie—. ¿No ayudaste a mi hija a rescatar a esa niña a la que había que apartar de su madre? La razón de que en Verdad no llegasen al fondo de esa cuestión es que confían en que su suero arroje confesiones sinceras. Sin embargo, dependiendo de lo fuerte que sea el divergente, podría

mentir bajo la influencia del suero. Por eso el control social no funciona con ellos.

—Y la Cámara de la Memoria —musita Tris—. Abnegación cree que no recuerdo haber visto a Evelyn con vida la noche de la ceremonia de la elección. Pero sí lo recuerdo.

—En efecto —continúa Natalie—. Ignoro qué será lo que trama Jeanine Matthews, pero es muy meticulosa y tiene mucho cuidado. Un divergente es como un palo en los radios de la rueda de una bicicleta. Pequeño, pero suficiente para impedir que se mueva. Si ordenó que mataran a tu iniciado, es porque quería eliminar ese palo. Lo que tenemos que hacer ahora es averiguar adónde se dirige la bici.

—¿Crees que el robo de armas de Osadía por parte de los sin facción podría estar relacionado? —inquiere Tris.

—No estoy segura. Quizá no exista la menor relación entre Evelyn y Jeanine —especula Natalie—. Esperaba que me pudieras ofrecer una pista. —Me observa de reojo—. O tú.

—¿Colaboraría Jeanine con Evelyn? —plantea Tris—. Pensaba que Erudición despreciaba a los abandonados tanto como a las otras facciones.

—Los sin facción tienen acceso y pueden ir a todos los rincones de la ciudad —expongo—. Aunque no conozca bien a Jeanine Matthews, me imagino que, si le ofrecieran un instrumento útil, no lo rechazaría, da igual qué opinión le merezca.

—La verdadera incógnita es, ¿accedería Evelyn a trabajar para Jeanine? —pregunta Natalie.

No sé quién es en realidad, ni qué se propone, pero parece estar intentando desenredar la misma madeja que yo. Y tampoco sé hasta

cuándo podré aguantar así, ignorando qué planea mi madre, impotente para detenerla.

—Evelyn quiere ver muerto a mi padre —señalo—. Si Jeanine Matthews estuviera dispuesta a apoyar esa causa, no me extrañaría que hubieran llegado a un acuerdo.

Natalie parece sorprendida.

—¿Crees que estaría dispuesta a llegar a ese extremo?

—No es que lo crea, sino que me lo ha dicho ella.

Tamborilea con los dedos sobre el borde de la mesa. Tiene las uñas mordidas hasta hacerlas sangrar, con las cutículas enrojecidas.

—Imposible —dice, y casi parece que esté hablando sola, más que con nosotros—. Marcus es demasiado importante, no podemos perderlo.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Os he dicho que los representantes de las facciones gozan de acceso administrativo a todos los ordenadores —apunta Natalie—. Sin embargo, eso no es del todo exacto. Disponen de acceso a todos los ordenadores, menos al de Abnegación. Ese honor recae sobre un solo hombre.

—¿Y no hay nadie más?

—Sí, por lo general. Su cónyuge. —Me lanza otra mirada incisiva —. Pero Marcus revocó el acceso de Evelyn, por razones obvias. Le insistí a mi marido para que exigiera un reemplazo, un sustituto, pero no entendía las prisas. Según él, deberíamos concederle tiempo a Marcus para que se casara otra vez.

—Tampoco yo entiendo las prisas, supongo —murmura Tris—. ¿Qué pasa si perdemos acceso a la Cámara de la Memoria?

Natalie me mira a los ojos.

—Lo perderíamos todo. Todo por lo que he estado luchando.

Habla con fervor, como si estuviera pronunciando una oración. Es una declaración extraña, como si estuviera eliminando otra capa de su ser para revelarnos lo que hay debajo, solo que no sé qué estoy viendo. Parece que haya estado embarcada en algún tipo de misión, pero ¿con qué fin? ¿Y para quién?

Ya más repuesta, endereza la espalda y añade:

—Me refiero a que perderíamos todo cuanto sabemos acerca de lo que hay al otro lado del muro. Toda nuestra historia. Todo.

El silencio se prolonga durante unos largos segundos.

—Vale —habla Tris—. Suena mal, pero…

—Sé que no os gustará escuchar esto, pero necesito que me prestéis atención de todas formas —la interrumpe Natalie—. Todavía sois demasiado jóvenes para entenderlo, pero si cambiáis los registros históricos, podréis moldear la comprensión que la población posee de la actualidad. Y si hacéis eso, podréis cambiar la sociedad. Quién está al mando. Quién tiene la culpa. Quién es el enemigo. —Me mira a los ojos—. No es buena idea que Jeanine Matthews decida quién es el enemigo, creedme.

Pienso en la proyección de la simulación de Jeanine Matthews, justo después de su consulta de los registros de Al… y los míos. Inmaculada y perfecta.

Y a continuación pienso en el cadáver hinchado de Al cuando lo sacaron del abismo.

—Averiguaré con quién está trabajando Eric en Osadía —le prometo—. Seguro que es alguien joven. No me costará que me cuente lo que sabe.

—Bien —dice Natalie—. Gracias, Cuatro.

+ + +

Se acabó la hora.

Cuando Tris va al servicio, recojo las tazas y las llevo al fregadero. Natalie deja la tetera a mi lado y se coloca a mi derecha para secar los platos conforme los voy lavando. Siento su presencia como algo que me corretea por la nuca. Si no la miro de frente, podría ser Evelyn, fregando conmigo un día entre semana cualquiera, en silencio los dos para no provocar a Marcus. Todos mis recuerdos de casa son recuerdos de caminar por la cuerda floja.

—Mi hija y tú —empieza cuando le paso la primera taza.

—¿Sí? —inquiero, con una crispación involuntaria en la voz.

—¿Va en serio?

—Es nuevo. —Froto los granos de azúcar que se han quedado en el fondo de la segunda taza; la enjuago—. Y va en serio, sí —reconozco después de una pausa—. Para mí, por lo menos.

—Para ella también, si te ha traído aquí. Me recuerdas a tu madre. Era tan sigilosa y desconfiada como una gata. Y lo seguirá siendo, seguro. Pero da un paso en falso y se le erizará el lomo al instante.

Se me encorvan un poco los hombros ante sus palabras, dándole la razón. «Siempre a la defensiva», decía Shauna antes de aporrearme los hombros con las manos como si quisiera ablandarlos. «Relájate, Cuatro».

—Podrías decirme qué te preocupa —le suelto.

—Me gustaría saber que vas a ser considerado con ella —dice Natalie.

Enjuago la tercera taza, cierro el grifo y apoyo las manos en el fregadero. Como no me conoce, no tiene forma de saber hasta qué

punto me escuece eso. Soy un experto en hombres desconsiderados. Soy un experto en estar atrapado con alguien que te trata con crueldad. No pienso causarle a nadie esa clase de daño.

Pero me conozco. Reservado. Desabrido. No siempre agradable.

La miro de reojo. Termina de secar la tercera taza y la deja a un lado.

—Tris… es una de las personas más agudas que conozco —digo—. Se crece ante la adversidad y no tiene tiempo para chorradas. Tú no me conoces, de acuerdo. Pero a ella sí. Con eso te debería bastar.

La mirada de Natalie se suaviza.

—De nuevo, estás en lo cierto.

Tris sale entonces del baño, lo que pone fin a nuestra conversación. Guardo las tazas por Natalie, puesto que van en una de las baldas más altas. Una vez colocadas las sillas bajo la mesa, la tetera es lo único que delata que alguien ha pasado por allí.

Tris toca el bordado del fregadero antes de salir de la cocina. «Los demás primero». Camino de la puerta, desliza los dedos por la pared. Es como si quisiera memorizar la sensación de este lugar. Su textura.

—Había libros escondidos debajo del colchón de Caleb —le confiesa a su madre.

—Siempre —corrobora Natalie con un gesto de cabeza—. A los niños no se les da tan bien esconder las cosas como ellos se piensan.

—¿Y nunca le dijiste nada?

—Ya te habrás dado cuenta de que no soy la purista de Abnegación que aparento ser. —Sonríe y le recoge un mechón detrás

de la oreja—. Me alegra que esté en Erudición, si eso encaja con él. Tan solo espero que esté haciendo las preguntas correctas.

—Ya. —Tris se mordisquea el labio inferior un momento antes de abrazar a su madre—. Te quiero.

—Y yo a ti.

Natalie agacha la cabeza para susurrarle a su hija algo al oído que yo no alcanzo a escuchar.

Luego me tiende la mano.

—Ha sido un placer conocerte, Cuatro —me asegura, y creo que incluso podría estar siendo sincera.

CAPÍTULO 43

TRIS

—No entiendo del todo por qué te pasas tanto tiempo aquí —dice Christina, apoyada en el marco de la puerta—. Te ha servido para entrar en el gremio, así que está claro que se te da bien.

Hay una pequeña galería de tiro al fondo del Museo cuyas dianas están pintadas de rojo chillón en los tablones que cubren las ventanas. Una capa de polvo ensucia los suelos de madera. Por la noche, aquí siempre hay gente poniendo a prueba su puntería con pistolas de agujas, pero Christina tiene razón: mi habilidad basta para impresionar a los Zorros, lo que significa que ya no debería preocuparme.

Sin embargo, no dejo de pensar en lo que dijo Tobias: que, si me hubiera sentido cómoda con el arma, me habría costado menos enfrentarme a mi simulación del miedo. Aunque no esté deseando someterme a otra simulación, sus imágenes me vienen una y otra vez a la cabeza. El blanco de los ojos de mi padre. El tiro en la nuca. «Hazlo. Hazlo o te mato. Si no lo haces tú, lo haré yo».

Así que aquí estoy, disparando agujas a las dianas de la pared para después arrancarlas de la madera y empezar de nuevo. Como las agujas pierden su efectividad tras dispararlas una vez, se reciclan para practicar.

—Creo que es precisamente porque se me da bien —le explico a Christina antes de disparar la siguiente aguja.

Sé que he acertado con esta incluso antes de mirar a la diana: justo en el centro. Cuando lo hago bien, me resulta algo sencillo y claro; hacerlo mal es lo que me desconcierta.

Bajo la pistola y la suelto en la mesa de al lado.

—Es que, hasta ahora, no sabía que tuviera un don innato para nada —añado—. ¿Qué tal ha ido tu prueba?

A pesar de lo sucedido con el contrabando de armas de los sin facción, los chicos divergentes muertos y los leales a Erudición infiltrados en Osadía, sigo con mi educación dentro de los Zorros. La de Christina ha sido complicada. Todo el mundo se fija en ella cuando intenta hacerse pasar por miembro de cualquier facción y después se acuerdan de ella. Por el momento, no la han detenido, pero a los Zorros no les gusta llamar la atención.

Por otro lado, no la han echado, sino que la han pasado a entrenamiento para operaciones encubiertas. No es necesario que todos los Zorros sean buenos actores; a algunos les basta con saber escabullirse. Y Christina empieza a dominar esa habilidad, teniendo en cuenta que ni siquiera la he oído acercarse.

—No ha ido mal. Le he robado algo a un erudito sin que lo notara —me cuenta, y sostiene en alto unas gafas de montura metálica—. ¿Crees que me quedarán bien?

—Creo que al Remendador le interesaría hacer un trueque por ellas.

El Remendador se ha establecido en una de las antiguas salas de exposiciones del Museo. Al contar con mucho más espacio, Mae ha montado un fuerte de mantas permanente.

Christina se cuelga las gafas del cuello de la camiseta.

—¿Estás lista? Ya casi es la hora a la que quedamos.

Salimos del Museo y caminamos hasta el Centro: Christina, cargada con una mochila de comida, y yo, con el agua. No estamos lejos y Christina dijo que tenía una sorpresa para celebrar que Colin había superado la prueba de admisión en el gremio de los Sanadores. Está formándose para ser técnico sanitario.

Rory ya está en el vestíbulo cuando llegamos, con el pelo corto alborotado y un mono de Cordialidad de color mostaza sobre una camiseta negra. Nos abraza para saludarnos, un vestigio de sus tiempos cordiales que no parece molestarle.

—Colin está echándole un vistazo al generador —dice—. Supongo que no querréis subir ciento ocho plantas a pie.

—La verdad es que no —responde Christina.

Como si la hubiera oído, Colin sube corriendo por una escalera cercana; un mechón de pelo rojo le cae sobre la frente.

—¡Los ascensores funcionan!

Rory pulsa el botón, que se enciende.

—¡Y no ha estallado al tocarlo! ¡Impresionante!

—Qué poca fe tienes en mí.

Las puertas del ascensor se abren y entramos. Christina pulsa el botón de la última planta y el aparato sale disparado hacia arriba. Se me taponan los oídos casi al instante.

Cuando llegamos, nos quedamos mirando porque hay un agujero en el techo. El viento entra en el ascensor y me echa el pelo a la cara. Vemos una escalera de aluminio apoyada en una de las paredes intactas. Supongo que es lo que usaremos para llegar a la azotea… y supongo que allí es adonde nos dirigimos.

—Todavía no —dice Christina cuando ve lo que miro—. Ahí arriba hace demasiado viento y no hemos comido.

Montamos un pícnic junto a una de las ventanas que siguen enteras. Rory sacude una manta vieja y Christina dispone la comida sobre ella. Nos acomodamos y Rory saca de su mochila una botella de licor marrón.

—Esto lo robé del despacho de un gerente de hospital veraz —anuncia, victoriosa—. ¡Y eso que el tío estaba allí mismo, en el pasillo!

Colin aplaude y yo me río.

—Un brindis —propone Christina al descorchar la botella—. Por Colin.

—Que una vez me sacó una aguja del pecho —añade Rory.

—Y lo hizo mandando mucho —añado yo—. Serás un gran Sanador.

Christina le pasa la botella y él bebe, sonriente. Después se la devuelve, y ella echa un trago antes de dársela a Rory.

Cuando me llega la botella, la examino. En Abnegación nadie bebe y es algo en lo que no había pensado nunca. La dejo en medio del círculo.

—Propongo un juego —dice Colin—. Un juego que seguro que nuestra amiga conoce muy bien de sus días en Verdad.

Christina pone cara de fastidio.

—No querrás jugar a las confesiones, ¿no?

—¿Que no? —pregunta él, arqueando las cejas—. ¿Por qué no?

—¿Porque es para críos?

—No cuando hay alcohol de por medio —responde, dándole unos toquecitos a la botella con la punta de los dedos—. Eso lo convierte

en un juego para adultos.

—Ah, sí, adultos —interviene Rory—. Y todo el mundo sabe que lo que define a un adulto es su imprudente tendencia a compartir sustancias enajenantes a cientos de pisos de altura.

—Una ronda, no pido más —insiste Colin.

—¿Cómo funciona? —pregunta Rory.

—Cada uno confiesa algo que haya hecho —explica Christina— y, si los demás también lo han hecho, tienen que beber. Cuando juegas de niño, tienes que preparar antes un brebaje asqueroso para que lo beban todos. —Hace una pausa—. Acabo de caer en la cuenta de que, en realidad, el juego se inventó para adultos y alcohol.

—¿Lo ves? —se recochinea Colin—. Yo primero.

Le quita la botella a Christina y le saca el corcho. Después la deja en medio de nuestro circulito y suelta:

—Pues yo… no superé la iniciación de la facción que había elegido.

Todas gruñimos. Colin bebe primero y después le pasa la botella a Christina, que hace una mueca antes de echarse el licor a la boca. Se la ofrece a Rory, que la imita, y después me la da, pero niego con la cabeza.

—Es imposible fracasar en la iniciación abnegada. Deserté.

—Ay, se me había olvidado —exclama Colin—. ¡De acuerdo! Esta vez te libras. ¿Siguiente?

Rory toma la botella y la coloca en el centro. La observa durante un momento y después dice:

—Yo… le pegué un puñetazo en la cara a alguien.

—Voy a acabar borracha, ¿verdad? —masculla Christina mientras le quita la botella a Rory.

—¿A quién le arreaste un puñetazo? —pregunta Colin entre risas.

—¿Y cuántas veces? —añado yo.

—A un chico tan horrible que ni siquiera me atrevo a pronunciar su nombre, por si lo invoco del infierno —responde Rory—. Y… no sé cuántos puñetazos le pegué. Creo que perdí la cuenta.

—Quizá tengas un problema de gestión de la ira, deberías mirártelo —bromea Colin.

—¿Qué te hizo? —pregunta Christina, que parece impresionada—. Ese tío, me refiero.

—Muy amable por tu parte dar por sentado que se lo merecía, gracias, Christina —contesta Rory, mirando mal a Colin—. Ese saco de mierda infecta en cuestión era el novio de mi hermana. Le puso los cuernos y, por si fuera poco, después empezó a contar cosas de ella en el instituto. Las cosas que le gustaban en la cama, me refiero —explica, con cara de asco—. El tercer día de la iniciación hizo un comentario y… perdí los nervios. La parte positiva es que estoy bastante segura de que ya no puede hacer todas esas cosas de las que hablaba. Lo negativo, que me arruinó la vida. —Le da un trago a la botella—. De todos modos, no debería haber elegido Cordialidad. Está claro que no es lo mío.

—¿Por qué la elegiste, entonces? —le pregunto.

—No te ofendas, pero el resto de vuestras facciones me parecían una pesadilla. ¿Me estáis diciendo que la alternativa a recolectar manzanas y tocar música es que me den una paliza…? —Señala a Christina—. ¿Pasarme el día bordando tranquilamente…? —Me señala—. ¿O compitiendo contra otros capullos engreídos a ver quién sabe más sobre vete a saber qué chorrada? —Señala a Colin—. ¿Y Verdad? No me hagáis hablar. Los secretos son lo que evitan que nos odiemos unos a otros.

—Erudición no está tan mal —replica Colin.

Agarro la botella por el cuello.

—Yo… aprendí cómo se hacían los bebés gracias a un libro.

—Madre mía, ¿en serio? —pregunta Rory—. ¿Qué libro?

Me echo un poquito de licor en la boca. Sabe a calor, como el pegamento, y un poco a manzana. Me arde la garganta al tragar, aunque no está tan malo como esperaba.

—Mi hermano lo robó de la biblioteca de la escuela y lo leímos juntos. Creedme, no supimos lo mala idea que era hasta que fue demasiado tarde para arrepentirse. No sé bien cuándo lo aprenden los abnegados, pero no recomiendo hacerlo con diez años y un libro de texto.

Colin me quita la botella y bebe. Lo miro arqueando las cejas.

—Mi padre es el instructor de salud e higiene, así que tenía todo tipo de materiales por la casa, y yo era un niño curioso.

—En todos los sentidos de la palabra —comenta Rory.

Christina agarra la botella por el cuello y declara:

—Yo… me enrollé con un chico de Osadía.

Bebe. Me sube el calor a las mejillas. Antes de que el resto lo vea y se burle de mí por ruborizarme, suspiro y cojo la botella.

Todos se me quedan mirando.

—Hm…, ¡¿qué?! —exclama Rory.

—¿Quién? —pregunta Christina, pero después hace una pausa y añade—: Espera. No puede ser.

Le quito la botella y bebo de nuevo. Esta vez estoy lista para la quemazón.

—No puede ser —repite Christina—. ¿Cuatro?

—¿Cuatro? ¿Te refieres a tu antiguo instructor Cuatro? —pregunta Colin—. ¿El tío que le arrebató la pistola de las manos a Jove, ese Cuatro?

—No hacía falta que os sorprendierais tanto —respondo.

—Bueno, es que el tío es aterrador —replica Christina.

—Y guapo —indica Colin—. Pero la belleza acentúa esa cualidad terrorífica, por lo que sea.

Pienso en Tobias empuñando el arma, capaz y seguro. Y en Tobias en el estudio de tatuaje, en el contraste de la tinta negra sobre su piel. Y en Tobias, alzándome con un brazo para poder besarme mejor.

Siento calor de repente, a pesar de que el aire es cada vez más frío.

Si él es aterrador, lo es de la mejor de las maneras.

—Sí que te gusta, ¿eh? —comenta Rory al verme la cara.

No respondo, sino que pienso en lo que me susurró mi madre al oído justo después de salir de su piso: «Me cae bien. Te conoce».

Colin se ríe y anuncia que da el juego por terminado. Christina, por su parte, me dedica una dulce sonrisa.

+ + +

Después de la cena subimos a la azotea por la escalera.

Nos acercamos hasta el mismo borde, y entonces vuelvo a pensar en él, en cómo se enfrenta a sus miedos una y otra vez en este mismo edificio. Por más que lo intento, no logro hacerme a la idea del terror que debe provocarle. Con el sol poniéndose a mi espalda y toda la ciudad desplegada ante mí, lo único que siento es asombro.

Ahora, todo esto me pertenece. Eso es lo que dijo una vez Rory sobre los Zorros: que eran libres, que la ciudad era suya. Aunque es algo aplicable a los sin facción, en general. Si la ciudad es una mesa de bufé cargada de lugares preciosos, los sin facción siempre repiten. Las facciones permanecen cada una en su sector, en su sede, rodeadas de su pequeño mundo, mientras que nosotros nos desplazamos adonde nos da la gana. Sabemos cómo funciona todo.

«Nosotros», pienso. Quería pertenecer a Osadía antes incluso de saber lo que eso significaba de verdad. Y después quería pertenecer a Abnegación; lo anhelaba tanto que me convencí de que podía ser lo que no soy. Sin embargo, ahora, con el viento bailándome sobre la piel, me doy cuenta de que no he renunciado a ninguna faceta de mi personalidad. Soy yo por completo y soy libre, y encajo porque me he labrado un lugar propio, en vez de esperar a que otra persona me dejara entrar en el suyo.

Puede que llegara a la Colonia con intenciones ocultas, pero, desde entonces, he aprendido que no todos los abandonados son unos extremistas. No todos desean ver arder el mundo. Algunos solo quieren vivir su vida lejos de las personas que los consideran unos fracasados.

Y yo soy una de ellos. Da igual cuáles fueran mis motivos o lo que haga a continuación: ahora mismo, aquí es donde pertenezco.

Christina se pone a mi lado. Cuando el viento amaina y el cielo se vuelve rosa, me da la mano y me la aprieta.

—No me alegro de lo que me ocurrió, pero sí de habernos conocido —dice.

Le devuelvo el apretón.

—Yo también.

CAPÍTULO 44

CUATRO

ME PALPITA LA CABEZA. No he dormido demasiado desde la reunión con Natalie Prior. Es como si dos personas lucharan por controlar un solo cuerpo; una de ellas no deja de pensar en Tris, en lo que está haciendo y pensando, y en lo que sentiría al tocarla.

La otra persona es un muelle en tensión, un combustible inestable. Procura no observar a Eric desde la otra punta del comedor, ni tampoco a Edward y Will —los últimos trasladados de Erudición— en la sala de entrenamiento. Solo espera algo. Una pista sobre lo que va a suceder.

Solo espera.

Estoy en la cola de la sopa en la cafetería cuando Eric deja su bandeja al lado de la mía.

No existe ningún motivo para que alguien como Eric me ponga nervioso: es más bajo que yo y, aunque nadie lo tildaría de débil, sí que está más escuálido. Lo derroté en una pelea durante la iniciación y estoy bastante seguro de que podría vencerlo de nuevo en caso necesario, puesto que ahora soy mejor que antes y él no pasa demasiado tiempo entrenando. El caso es que, cuando lo tengo cerca, siempre siento el impulso de huir.

—Hace días que quiero hablar contigo —dice.

Tomo el cucharón de la sopera y me sirvo un poco en el cuenco. Hoy toca un sencillo estofado de verduras con tomates, guisantes y patatas en un caldo con hierbas aromáticas. Como buena parte de la comida de Osadía, seguramente llevará también proteína de laboratorio, porque la consistencia es más densa de lo que debería y la sopa que sirven a mediodía llena bastante.

Por primera vez, me fijo en nuestra dependencia de Erudición, no solo aquí, sino en toda la ciudad. La comida, la tela, la tecnología. Si decidieran cerrar el grifo por la razón que fuera, estaríamos jodidos.

—Ah, ¿sí? ¿Sobre qué?

—Sobre cómo van tus iniciados, evidentemente —responde Eric—. En cuestión de un mes te has encontrado con un apuñalamiento aleatorio y un suicidio. ¿Alguna otra calamidad que deba tener en cuenta?

Aprieto los dientes, aunque no se lo puedo discutir. Esta promoción de iniciados ha sido un desastre y, me guste o no, están a mi cargo, así que sus «calamidades», como él las llama, me dejan en muy mal lugar.

—Siguen muy estresados, pero bien. Para el año que viene, no vendría mal que te pensaras lo de relajar tus reglas más intensas para que los iniciados no estén siempre a punto de estallar.

Eric suspira. Deslizamos las bandejas por el mostrador y cogemos cada uno un pedazo de pan de la pila que tenemos delante. Espero que sea el final de la conversación, pero me sigue a una mesa y deja su bandeja al lado de la mía. Por suerte, no se sienta.

—Es como si ya hubiéramos mantenido esta conversación —comenta.

—Eso es porque ya la hemos mantenido.

—Vale, pues deja que la cambie un poco —replica, y se inclina hacia delante; apoya las manos, de modo que se yergue sobre mí—. Te he estado vigilando. Sé que desapareces de vez en cuando. Nadie parece saber adónde vas. Así que empiezo a preguntarme… ¿Debería seguir a cargo de nuestros iniciados alguien tan distraído? ¿Alguien con un comportamiento tan… impredecible?

A Eric se le ha dado bastante bien encajar en Osadía. Es por los piercings. Los piercings le hacen gran parte del trabajo, así que cuesta fijarse en que, a pesar de su reluciente rostro metálico y las tóxicas fanfarronadas osadas que escupe, en realidad lo único que hace es observarlo todo. Y a todos.

A mí.

No le conté a la madre de Tris que Jeanine y Eric accedieron a mis grabaciones y que probablemente sospechen que soy divergente. En cualquier caso, si necesitaba confirmación de que Eric me vigila de cerca, ya la tengo.

Me arde la cara, pero no quiero que note mi incomodidad, así que le doy un bocado al pan y lo miro mientras mastico, tomándome mi tiempo.

—Qué gracia, porque tú también desapareces, ¿no?

—No sé a qué te refieres.

—¿No? Entonces, ¿no eras tú el que estaba en la sede de Erudición el otro día? Eres fácil de identificar, ya sabes. Si no quieres que la gente se fije, deberías ir con más sigilo cuando te dedicas a esas cosas.

Su mirada es fría.

—Ya veo. Has estado hablando con esa chica. La que me dijo que no es más que una joven osada que echa de menos a su hermano.

—Mira a su alrededor con mucho teatro—. No la veo por aquí, ¿y tú?

Me encojo de hombros.

—No comemos todos a la vez, como seguro que ya sabes.

—Entonces, si sacara el registro de miembros, ¿la encontraría? —pregunta Eric—. ¿Cómo se llama?

—No me quedé con su nombre.

Él suelta una carcajada.

—¿Sabe el líder del consejo lo listo que es su hijo?

Se me cierra la garganta ante la mención de Marcus. Es una costumbre de Eric, la fibra sensible a la que recurre cuando lo he cabreado de verdad; la amenaza que lleva usando en mi contra desde el día que descubrió quién era yo… y lo desesperado que estaba por mantenerlo en secreto. Si saco los pies del tiesto, le contará a todo el mundo quién soy y de dónde vengo. Me arrebatará mi refugio seguro.

—¿Qué quieres?

—Jeanine Matthews se va a pasar hoy por la sala de simulaciones para actualizar el sistema. Estará con Max y conmigo.

Procuro mantener una expresión lo más neutra posible mientras proceso mi sobresalto. Jeanine Matthews en la sede de Osadía. En la sala de simulaciones. ¿Qué probabilidad hay de que eso no tenga nada que ver con lo que esté planeando? ¿O de que no tenga nada que ver con lo que su infiltrado erudito vio en mi simulación del miedo?

Escasa. Muy escasa.

—Así que lo que quiero… es que seas un ciudadano osado modelo. Quiero que me hables como si supieras cuál es tu puñetero lugar en esta facción. Si lo haces, no tendremos ningún problema. Pero, si

no… Bueno. No voy a permitir que tu insubordinación me deje en mal lugar, ¿verdad? Así que tendré que empezar a referirme a ti por tu nombre completo.

«A mí me hablas con respeto», me susurra la voz de mi padre.

Y me conozco el guion; sé cómo detener las amenazas.

—Sí, señor —me obligo a decir.

Eric sonríe y los aros de los labios brillan.

—¿Ves lo buen soldadito que puedes llegar a ser cuando te lo propones?

Recoge su bandeja y se marcha. Yo ardo y tiemblo de vergüenza, de bochorno, de rabia. Me digo que tenía que hacerlo, que quiero quedarme aquí, que quiero ser yo mismo, y no el hijo de Marcus Eaton.

Sin embargo, en vez de comer, devuelvo la bandeja y me dirijo a la sala de entrenamiento. Nunca he necesitado tanto asestarle un puñetazo a algo.

+ + +

—Siguiente —llamo; ni me molesto en levantarme.

Es la última simulación del miedo del día y estoy listo para terminar de una vez. Me duele el cuerpo de la paliza que le he metido antes al saco de boxeo; le he dado con todas mis fuerzas durante todo el tiempo que he podido. Y estoy deseando salir echando leches de aquí.

Pero no podré, me recuerdo, porque, cuando terminen los iniciados, llegará Jeanine Matthews.

Will entra en la sala de simulaciones con la cabeza gacha, como si supiera cuál es mi estado de ánimo y no quisiera hacerme estallar. Me recuerdo que debo controlarme. Por poco que me importe que los iniciados me tengan un poquito de miedo, no debería ser porque teman mis cambios de humor.

Me siento más erguido contra la pared de piedra.

—¿Estás listo? —le pregunto.

Will rebosa buen humor. Incluso cuando no sonríe, parece que lo hace. Hoy no… y puede que sea así desde la muerte de Al. Aunque nada lo indique —se asea, descansa bien y sus mejillas siguen sonrosadas—, es como si le brillaran menos los ojos. Supongo que no puedo culparlo, ya que tenía dos amigos iniciados: a una la apuñalaron y el otro está muerto.

Asiente con la cabeza. Apoyo la mía en la pared y doy la señal al ordenador para que inicie la simulación.

La mayoría de las simulaciones de Will son las típicas. A veces está en un aula y suspende un examen, lo que es una situación erudita clásica. A veces lo expulsan de Osadía. Hay una que no me gusta nada, en la que cuelga del borde de un edificio y no puede volver a subir, y, sobre todo, odio aquella en la que pierde todos los dientes y no deja de metérselos en la boca de nuevo.

Sin embargo, la de hoy es nueva.

Está en un campo. Reconozco uno de los trigales de Cordialidad, salvo que desde aquí no distingo la silueta de la ciudad ni la sede de los cordiales; no hay más que trigo allá donde mires. Está en tensión y se nota que espera algo, aunque no haya nada a la vista. Las espigas se mecen con el viento, que las empuja adelante y atrás. El cielo tiene un aspecto amenazador, de un verde enfermizo.

Se oye un ruido, como un disparo. Una bandada de pájaros se alza del trigo y se reúne en lo alto, formando una masa informe. Otro ruido y uno de ellos cae como una piedra al suelo, a los pies de Will.

—No —exclama y echa a correr—. ¡No!

No entiendo bien su reacción. No es más que un pájaro. Pero, de repente, empiezan a caer más; uno tras otro se desploman alrededor de Will como granizo. Cuando se agacha a recoger uno, las lágrimas le surcan las mejillas.

Es de color gris claro, con un cuello delicado y ojos oscuros y amables. Una paloma. Aletea contra la palma de Will antes de quedarse completamente inmóvil, y él se hinca de rodillas.

Parpadeo y la simulación desaparece.

Tengo las tripas revueltas y no sé por qué. He visto todo tipo de cosas en las simulaciones, todo tipo de muertes horrendas, gente bañada en sangre, quemada y ahogada. A pesar de tantas repeticiones, me sigue costando ser testigo de ellas, pero soy capaz de distanciarme porque sé que lo que veo no es real.

Esto es distinto. Me perturba de un modo más profundo.

Will está arrodillado en el suelo y su aspecto refleja a la perfección cómo me siento.

—¿Estás bien?

Él asiente.

—No lo entiendo —me dice—. Creía que estos eran nuestros peores miedos.

—El miedo no es una sola cosa —respondo, echándome hacia delante—. Solemos relacionar la sala de sims con el pánico, pero hay otros miedos más profundos y silenciosos.

Se pasa las manos por el pelo y veo que tiene la frente bañada de sudor.

—¿Qué crees que significaba? —le pregunto.

—No lo sé —responde, y se ríe un poco—. Qué raro, ¿no? Lo ha creado mi mente, pero no lo entiendo.

Su reacción tiene un punto forzado, demasiado natural, que me escama.

—Aunque, a veces, lo que vemos en las simulaciones del miedo es algo solo nuestro, todos compartimos los mismos símbolos, hasta cierto punto. Los dientes van de la estabilidad. La altura del control. ¿Sabes lo que significan las palomas?

Will clava los ojos en los míos.

—Paz. Así que… temo no encontrar la paz, supongo.

—Puede —replico, y decido presionar un poco—. Pero si no es solo eso, Will, me lo puedes contar. Si está pasando algo más importante y te sientes sobrepasado…

Parpadea.

—¿Como qué? —pregunta y, sin más, ha vuelto a su afabilidad de siempre. Cejas arqueadas, labios estirados en una media sonrisa.

—Tú piénsatelo —respondo, echándome hacia atrás.

Will se levanta, se despide con una mano y sale de la habitación.

Yo me quedo donde estoy, sentado en el suelo, intentando recuperarme antes de que lleguen Max, Eric y Jeanine.

CAPÍTULO 45

CUATRO

JEANINE MATTHEWS ES UNA PERSONA CUIDADOSA. Se le nota en el pelo suave y rubio, en el que no hay ni un mechón fuera de su sitio. Se le nota en el vestido azul de cuello alto que viste, sin una sola arruga. Y se le nota en su forma de hablar, como si eligiera cada palabra con pinzas.

—Siento la intromisión en tus dominios, técnico.

Técnico de simulaciones es mi puesto, claro, y supongo que a un cargo de Erudición tan formal como Jeanine Matthews le cuesta llamar a la gente por su apodo; sobre todo cuando se trata de uno tan típico de Osadía como Cuatro.

Detrás de ella hay dos personas. Una parece una fotocopia suya: más alta de la media, rubia y vestida con ropa azul a medida. Se ha presentado como Cara. La otra es más joven: su protegido, que no se ha presentado.

—Este sistema informático es muy sofisticado e importante —dice Jeanine—. Así que actualizarlo a un nivel tan profundo requiere una habilidad especial.

—Lo entiendo. —Señalo el crisol—. Adelante.

Me quedo en la antesala, con las manos entrelazadas a la espalda y una postura tan recta que me duelen los hombros. Cuando han

entrado Eric y Max, los he saludado a ambos con una respetuosa inclinación de cabeza. Espero que baste para quitarme de encima a Eric.

Cara deja su maletín al lado del crisol. No sé bien cómo se llama en realidad; no es más que un enorme cuenco metálico. Está fabricado en bronce y, con el tiempo, se ha deslustrado hasta adquirir un tono pardo y verdoso.

Mientras tanto, Jeanine introduce una mano en las llamas sin vacilar y cierra los ojos. Se le mueven los dedos. No habla; estoy seguro de que no lo necesita para comunicar su voluntad.

—Al parecer, se han borrado algunos datos —comenta—. No puedo recuperarlos, pero dejan una marca. ¿Seguro que no se ha producido ninguna irregularidad recientemente?

—En realidad, sí que hubo algo, señora —respondo—. La otra noche, un iniciado me avisó de que alguien estaba usando la sala de simulaciones, pero, cuando me acerqué a investigar, no había nadie.

Jeanine abre los ojos. Parece casi amenazadora con las sombras que las llamas le proyectan sobre las mejillas y en las cuencas oculares.

—Supongo que investigarías de quién se trataba.

—Eso es lo más curioso —le explico, cambiando el peso de pie, como si me sintiera incómodo. Y lo estoy, pero, sobre todo, quiero que ella lo piense—. El sistema me dijo que había sido usted, pero sé que no es posible, así que creo que tuvo que ser un fallo. Puede que a eso se deba también el borrado de datos.

—¿No informaste a nadie? —pregunta Max.

—Primero quería documentarlo adecuadamente —respondo—, pero la iniciación está tocando a su fin y no puedo desdoblarme,

señor.

—Aun así, cuando se produce un error de esa magnitud, hay que informar de inmediato —interviene Eric—. Si no eres capaz de compaginar tu trabajo como instructor con tus obligaciones como técnico…

Aprieto los dientes y me obligo a responder:

—No volverá a suceder.

—Asegúrate de ello —replica, sonriente.

Siento el impulso de meterle un dedo en el aro del labio y tirar. Fuerte.

—Entonces, me alegro de que estemos aquí para mejorar vuestro sistema —comenta Jeanine y mira a Cara—. Que Caleb instale la actualización. No le vendrá mal practicar.

Caleb.

Me quedo mirando al chico que, hasta ahora, ha estado de pie junto a la puerta con cara de sentirse incómodo. Caleb. «Había libros escondidos debajo del colchón de Caleb. Me alegra que esté en Erudición, si eso encaja con él».

Va vestido como si intentara parecer mayor y más capaz de lo que es, con una chaqueta azul de hombros marcados y el pelo peinado hacia atrás, pero es inconfundible: Caleb es el hermano de Tris. Creo que no habría encontrado ninguna similitud entre ellos si no hubiera estado buscándola: es alto, tiene el pelo más oscuro que ella y los ojos más apagados. Sin embargo, ahora que lo sé, la veo en su cara. Quizá sea por la boca, o puede que por las orejas.

Caleb sale disparado como si la pared le hubiera pegado un empujón. Sonríe, encantado de la vida, al arrodillarse junto al

maletín para abrirlo. Dentro hay un ordenador cuyo teclado maneja con destreza y velocidad.

—¿Eres el único técnico de Osadía? —me pregunta Jeanine.

—Sí, señora.

—Qué extraño no contar con redundancias en una función tan esencial para la vida osada. Un sistema sin respaldo no es un sistema bien diseñado, Max.

—Hay pocos osados dispuestos a sentarse a solas todo el día en una cámara de tortura —contesta Max—. Ya es una suerte contar con uno.

Jeanine no parece impresionada con la respuesta, aunque se me queda mirando un instante. A su lado, Caleb ha dejado de escribir. Las llamas dejan de moverse al tocarlas, paralizadas. A juzgar por la reacción del chico, es justo lo que esperaba que sucediera.

—Debes de tener una resistencia mental única, ¿cuál es tu nombre completo?

—Me llamo Cuatro. El nombre que tenía antes de entrar aquí carece de importancia.

Me sale algo más brusco de lo que pretendía, pero no pienso revelarle mi nombre real. Espero que achaque mi reticencia a la insolencia osada.

—La lealtad de vuestra facción es admirable —replica Jeanine—. Cuatro. ¿De dónde procede el nombre?

—Es el número de temores que componen mi paisaje del miedo.

—Impresionante —comenta ella, sonriente. Cuando las llamas simuladas empiezan a moverse de nuevo, añade—: Entonces, tendrás que ser tú el que pruebe nuestra actualización del sistema.

Me percato, demasiado tarde, de la trampa en la que he caído. No puedo pasar por una simulación delante de este grupo de personas. En primer lugar, porque soy divergente y no es fácil ocultarlo.

En segundo lugar, porque existe un veinticinco por ciento de posibilidades de que aparezca el rostro de Marcus.

—Bueno, preferiría no hacerlo —le hago saber.

—Creo que cuando la representante de una facción te solicita algo…, Cuatro, debes entenderlo como una orden —interviene Eric.

Lo miro y después la miro a ella. Ambos permanecen completamente inmóviles. En silencio.

Seguro que era su plan desde el principio: atraparme aquí y encontrar la manera de obligarme a pasar por una simulación del miedo. Cuando Jeanine Matthews —o quienquiera que se hiciera pasar por ella en el sistema— accedió a los registros de Al, también accedió a los míos.

Trago saliva y asiento. Ella mete la mano en las llamas.

—Veamos si ha funcionado la actualización —dice, y noto un sabor ácido en la garganta.

Entro en la sala de simulaciones, en mi retorcido santuario, como si fuera a la horca. Jeanine se acomoda en el banco de piedra que suelo usar yo, pero Eric, Cara y Caleb siguen de pie, a su lado. Max se queda en la antesala; supongo que no le interesa evaluar la actualización del sistema.

Me coloco en el centro de la habitación y rezo. Recurro a ello de vez en cuando. Es una costumbre abnegada de la que no he conseguido librarme… o puede que necesite creer que existe algo más grande que nosotros ahí fuera. El caso es que elevo una súplica

por si alguien me está escuchando: «Por favor, que no sea Marcus. Por favor, por favor, por favor».

Abro los ojos y me encuentro en mi cama de la infancia.

Es mi recompensa por tener fe.

Las simulaciones del miedo no suelen ser recuerdos, ni siquiera para las personas que han vivido un infierno. Sin embargo, a veces, un recuerdo se te queda incrustado como una piel de manzana entre los dientes. Cuando eso sucede, la persona tiende a repetir lo que ejecutó en el recuerdo una y otra vez; da igual cuánto se repita la simulación. He visto a más de uno entrar en repetidas ocasiones para intentar cambiar el pasado. Algunos lo consiguen, con el tiempo.

Pero no hace tanto que me sucedió esto.

A mi alrededor, en el colchón, están mis pequeños pecados: trocitos de cosas que encontré en la ciudad, tesoros que quería quedarme. Restos de una placa base, una llave vieja, un portaobjetos de microscopio en el que creo que hay un pedacito de cebolla. Una flor seca del funeral de mi madre. Una figurita de madera con forma de perro.

Oigo los pasos de Marcus en el pasillo. No llamará a la puerta; nunca lo hace. La abrirá sin más.

Mi única opción para convencer a Jeanine, Eric y los demás de que no soy divergente es revivir este recuerdo exactamente como sucedió.

El miedo se vuelve tan sofocante que no me deja respirar.

Corro a guardar todos los objetos en el baúl que me regaló mi madre, el que se cierra con llave. Cuando mi padre se opuso a que yo tuviera algo que él percibía como superfluo, ella le aseguró que

solo era para las mantas de sobra. En realidad, lo había buscado para mí, para que pudiera tener algo propio.

Cierro el baúl y lo meto debajo de la cama. Estoy a punto de sacar la silla que bloquea el pomo de la puerta cuando me acuerdo de la estatuilla de cristal azul que me dio mi madre antes de morir. Me abalanzo sobre ella y la oculto debajo de la almohada.

Gira el pomo justo cuando aparto la silla y, al abrir la puerta, ve que todavía la tengo en las manos.

—Estabas intentando que no entrara.

—No, señor.

—No te he criado para que seas un mentiroso —replica con mucha calma, pero no me engaña. No después de tantos años—. ¿Por qué no querías que entrara?

—Me… —empiezo a decir, pero se me atraganta la palabra.

No tengo defensa alguna, así que me limito a dejar la silla en su sitio, bajo el escritorio. Mi dormitorio es sencillo, como debe ser: paredes blancas, superficies vacías y una ventanita empañada.

—Te he hecho una pregunta.

—Por nada, señor.

—Otra mentira.

Se acerca más y yo retrocedo por instinto. En este recuerdo soy más bajo que él y más delgado. En aquel momento no me sentía tan pequeño, pero ahora soy consciente de lo joven que es este cuerpo. Ahora que sé lo que es ser más alto y fuerte.

No intenta agarrarme, sino que mira hacia la almohada de la cama; en concreto, hacia el cristal azul que asoma por no haberlo escondido bien.

Sujeta la figura y la sostiene a la luz. Es un objeto pequeño y frágil, algo que mi madre sacó de Cordialidad cuando pasó por allí en uno de sus repartos. Me contó que tenían unos hornos enormes en los que calentaban el cristal y lo soplaban para darle forma. Eran capaces de conseguir que se ondulara como el agua. Me lo trajo porque le gustaba que fuera un sólido que parecía líquido; un imposible y un truco.

—¿Qué es esto?

Ahora habla con todavía más calma. A pesar de saber lo que se avecina y ser consciente de que sobreviví a ello, no logro controlar los temblores.

—Me lo dio mamá.

—Ya veo. —Le da vueltas en las manos, pasándoselo de una a otra—. ¿Y para qué sirve?

—¿Sirve?

—Sí, para qué sirve —gruñe—, porque mi hijo sabe que en esta facción solo valoramos lo que puede ponerse al servicio de la comunidad. Mi hijo no se permitiría esta clase de frivolidades. ¡Mi hijo no se guardaría un objeto diseñado solo para su disfrute personal!

Doy un respingo.

—¡Mírame a los ojos cuando te hablo! —grita, y me obligo a levantar la vista.

Él se vuelve y lanza la estatuilla de cristal contra la pared con tal fuerza que se hace añicos. Los fragmentos azules vuelan por la habitación y se me clavan en el brazo y la mejilla. Se esparcen por la manta, por la cómoda y por el suelo.

El último regalo de mi madre desaparece.

«Sigue viva —me digo—. Esto ya ha sucedido».

—Te envenenas y envenenas esta casa con tu egoísmo —me acusa.

Me pone una mano en el brazo y me hace daño al retorcérmelo hacia un lado. Después levanta la mano libre como si fuera a pegarme un revés.

—¡La cara, papá! —grito, y se detiene con la mano todavía levantada.

Me encojo de miedo contra la cómoda, temblando. Noto los dedos entumecidos, al igual que la cara.

Siempre procura que no me salgan moratones que pueda ver cualquiera.

Toma aire con la respiración alterada y dice:

—Cuando me mientes, debe haber consecuencias, Tobias.

Conozco los pasos de este baile. Primero irá a por un cinturón y se tomará su tiempo, de modo que yo sufra la espera, temeroso, durante el mayor tiempo posible. Después me hará daño y me dirá que es por mi propio bien.

Me giro para mirar hacia la cómoda. Me quito la camiseta. Y espero.

Esta versión de la simulación siempre acaba antes del primer golpe. Lo que temo no es el dolor, sino todo lo que ocurre antes: la humillación, la incertidumbre y la certeza de que mi padre no me quiere; no puede quererme.

Aun así, permanezco donde estoy con los ojos cerrados unos segundos, recuperándome. Estoy temblando, y la idea de mirar a Eric cuando me siento así me provoca náuseas.

Respiro hondo y abro los ojos. La simulación ha terminado.

Todos me observan, pero yo solo miro a Jeanine Matthews. Una especie de ansia le ilumina los ojos, que normalmente no expresan sentimiento alguno.

Me pregunto si sabía que, de venir aquí, ganaría de una forma u otra: o bien obtendría pruebas de la corrupción moral de Abnegación gracias a mi paisaje del miedo, o bien confirmaría que soy divergente. En cualquier caso, esto era lo que esperaba.

—Se trataba de un recuerdo, ¿verdad? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Y, en ese recuerdo, te has comportado exactamente igual que en el pasado. Supongo que, para romper un patrón, la persona debe experimentar un cambio significativo que le permita tomar decisiones distintas. Siempre que no sea consciente de que se trata de una simulación, claro. —Arquea una ceja—. Y tú no lo eras, por supuesto.

—Por supuesto. Eso es imposible.

Se me cierra la garganta. Estoy deseando salir corriendo, pero no puedo.

—No, por supuesto —repite pensativa—. Ahora eres mucho más grande. Y mayor. Entrenado para el combate. Si controlaras tu reacción a ese recuerdo, te habrías comportado de otro modo.

Por el rabillo del ojo, veo a Eric sonreír.

—Gracias…, Eaton —dice Jeanine—. Eso es todo.

CAPÍTULO 46

TRIS

ALGUNAS NOCHES, la sala principal del Museo es preciosa. Lo más habitual es que nadie se moleste en bajar las lámparas solares de la azotea del edificio para iluminar la amplia estancia, pero esta noche sí, así que una luz cálida envuelve el espacio. Como se encuentra entre cuatro paredes y las únicas ventanas son tragaluces, no hay peligro. Es como una luciérnaga atrapada en el hueco de las manos.

Casi todos los Zorros están de misión, puesto que siempre es más seguro moverse en la oscuridad, pero, en la segunda planta, algunos tocan una música tranquila. Intento identificar los sonidos como me ha enseñado Rory: una flauta, un violín… No, un chelo. Al levantar la vista, descubro que el violonchelista es Botas. Me guiña un ojo.

En realidad, mi periodo de iniciación no tiene un final oficial, pero noto que se acaba; cada vez menos personas me llaman Remilgada y la hostilidad cautelosa que percibía en muchas de ellas se suaviza. Aunque supongo que tardaré un tiempo en hacer amigos entre los Zorros más veteranos, ya tengo amigos propios.

Lamentaría abandonar la paz de este lugar si no fuera a reunirme con Tobias. Pero así es. Así que camino por el vestíbulo a toda prisa y, una vez fuera, corro hacia el andén.

Todavía me sorprende que lo que antes se me antojaba imposible ahora no sea más que rutina. Correr en paralelo al tren como si se tratara de una bestia mítica que he aprendido a domar, por poner un ejemplo. Asomar medio cuerpo fuera del vagón en movimiento para sentir el viento en el rostro, por mencionar otro.

Y por indicar un tercero: entrar como si nada en el edificio en el que vive Tobias Eaton.

Después de reunirnos con mi madre, me acompañó al Museo. Se supone que no debe saber dónde están nuestras otras casas seguras, pero quería que supiera cómo encontrarme, por si acaso. Y soy incapaz de obligarme a lamentar cómo acabó la noche, cuando tiró de mí antes de que pudiera entrar en el túnel, me apartó el pelo del cuello y me lo besó. Todavía lo siento; noto fría la piel donde se posaron sus labios.

Acordamos encontrarnos esta noche en su apartamento. Me dejó una llave sobre el marco de la puerta y bromeó con que tendría que saltar para cogerla. Y así es, de hecho: me cuesta tres intentos.

El apartamento es un espacio grande y abierto de paredes de ladrillo y techos altos. Está ordenado, y su sencillez me resulta casi abnegada, aunque no del todo. Hay libros en el escritorio y unos guantes de boxeo cuelgan de un gancho junto a la puerta. Y en los alféizares de las ventanas descubro todo tipo de objetos de pequeño tamaño: fragmentos de cristal de colores limados hasta dejar los bordes romos; botellitas que seguramente antes contendrían perfume; clips retorcidos para darles distintas formas; corchos; partes de ordenador; cables trenzados. Hay una hilera de negativos de fotografías pegados al cristal al lado de la cama. Me agacho para

ver qué son y descubro caras de personas que no conoce. Personas de otra época.

La puerta se abre detrás de mí y, al volverme, no veo a Tobias Eaton, sino a una chica.

Es alta, tiene el pelo corto y castaño metido detrás de las orejas y va vestida con el típico mono de los técnicos sanitarios de Osadía, con un ribete verde eléctrico.

—Ah, bien, ya has llegado —dice—. ¿Te importaría venir conmigo?

Me quedo mirándola.

—Pues sí que me importaría, la verdad.

—Lo siento, debería haberme explicado mejor. —Cierra la puerta y me ofrece una mano—. Soy Shauna. Amiga de Cuatro. Sé que tenía que reunirse aquí contigo, pero… —Hace una pausa y se muerde el labio—. Creo que necesita tu ayuda.

—¿Qué ha pasado?

—No estoy segura del todo. Solo sé que ha pasado algo. —Me examina de arriba abajo, deteniéndose en los pantalones negros y la camiseta rojo oscuro—. Espera… —Se acerca al armario que está contra la pared de atrás y, al abrirlo, veo pilas de ropa bien doblada. Saca una camiseta negra y me la lanza—. Esto debería ayudarte a pasar inadvertida.

La atrapo al vuelo. La tela está gastada y suave, y el color, algo desteñido. La miro.

—¡Ay! Lo siento. La absoluta falta de pudor de Osadía ataca de nuevo.

Se vuelve para darme algo de intimidad y yo decido que no pretende hacerme daño, así que me quito la camiseta y me pongo la

de Tobias. Me queda enorme y las mangas me llegan hasta los codos, pero huele a él.

—¿Te… te ha hablado de mí? —pregunto mientras la sigo hasta la puerta.

—Más o menos. No es que sea muy comunicativo, en general. Pero sé que está viendo a alguien y sabía que pretendía venir aquí después de su última simulación del día, así que…

Si le molesta que yo sea una sin facción, cosa evidente por la mezcla de colores que lucía cuando he llegado aquí, no lo demuestra. Tiene el ceño fruncido de preocupación.

Bajamos juntas por la calle hacia la sede de Osadía y me percato de que se esfuerza por no correr.

También me percato de que no me he presentado después de estrecharle la mano.

—Soy Tris, por cierto.

—Tris. Bueno, seré sincera contigo: cuando dijo que no eras osada, no me imaginaba que serías una sin facción, pero supongo que tiene sentido.

—¿Sí?

Se encoge de hombros.

—Él hace las cosas a su manera. Seguro que tú también.

No logro reprimir la sonrisa. Me conduce hasta la Espira y después bajamos las escaleras del Pozo.

Ya he estado aquí antes, aunque tan concentrada en seguir a Eric que ni siquiera miré a mi alrededor. El camino que conduce hasta el fondo del Pozo es un mercado, y es la primera vez que visito uno. Hay un puesto en el que venden barras de pan y otro con joyas para todo tipo de piercings, incluidos algunos cuya existencia desconocía.

También veo una tiendecita de ropa, el estudio de tatuaje y un establecimiento situado en la curva de una de las paredes en el que se vende de todo un poco. Quiero entrar y pasarme una hora examinando las esponjas con forma de llamitas, las ollas esmaltadas en distintos colores, las plantas de interior colocadas bajo luces brillantes para que crezcan y las mantas con el lema de Osadía bordado en ellas. «Creemos en los actos cotidianos de valentía, en el coraje que impulsa a una persona a defender a otra».

En el fondo del Pozo, Shauna me lleva por otro pasillo, y este sí que no lo conozco. Por el olor a sudor en el aire, diría que vamos a un gimnasio o algo parecido. Deja atrás una sala espaciosa que debe de ser donde entrenan los osados —y, efectivamente, veo a unas cuantas personas peleando en dos de las tres pistas— y entra en una más pequeña.

Parece que esta solo se usa para el entrenamiento con armas, ya que hay una hilera de dianas en la pared de atrás y una línea pintada en el suelo junto a nosotras. Tobias está de pie en esa línea, con las piernas en posición y el arma alzada.

—Cuatro —lo llama Shauna, pero no reacciona.

Lo que sí hace es disparar. Una aguja acierta en el blanco, a milímetros del centro. Al principio, no entiendo por qué su amiga está tan preocupada, porque no le veo nada raro. Sin embargo, cuanto más lo observo, más percibo las grietas: le tiemblan las manos; le cae un hilo de sudor por detrás de la oreja; y tiene la mirada fija en un punto y, a la vez, perdida.

Le hago un gesto con la cabeza a Shauna, que sale de la habitación y nos deja solos.

—Tobias —lo llamo, y da un respingo. Después baja la pistola y le pone el seguro, todo en el mismo movimiento; para que lo haga con tanta facilidad debe de ser un hábito muy arraigado.

Me mira con ojos brillantes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta, brusco.

—Shauna me ha encontrado en tu apartamento. Me ha dicho que quizá necesites ayuda.

—Shauna.

Cuando deja el arma en la mesa, junto a la pared, veo que tiene marcas en los dedos de lo fuerte que la apretaba.

Quiero preguntarle por lo sucedido, pero todo lo que he descubierto sobre su vida me lo ha contado él, a su manera y con tiempo, así que quizá sea mejor dejar que salga solo de esto, sea lo que sea.

—Ya que estamos aquí, podrías enseñarme a pegar un buen puñetazo —le digo—. Christina lo ha intentado, pero seguro que a ti se te da mejor.

Aunque, en un primer momento, me preparo para enfrentarme a la misma cara de escepticismo de Gretchen, él parece pensativo.

—De acuerdo —responde.

Me lleva pasillo abajo, más lejos todavía de la sala principal de entrenamiento, hasta que entramos en otra de las pequeñas. En esta guardan el equipo viejo; o, al menos, a eso me huele: a polvo y desgaste, como en una biblioteca. Hay montones de colchonetas usadas contra las paredes, pesas oxidadas y dianas con la pintura pelada. Sin embargo, también hay un saco de boxeo colgado de una cadena en el centro, rajado por algunas zonas, y un par de guantes que han visto días mejores.

Me pide que me los ponga y que me coloque frente al saco.

De repente, me siento muy cohibida. Mi única maestra ha sido Christina, que era también una novata. ¿Estoy a punto de ponerme en ridículo delante de Tobias?

Adelanto el pie izquierdo y subo los puños. Una sonrisa le aletea en los labios.

—No está mal —comenta y, tras ponerme la mano bajo el codo, me lo empuja hacia arriba para levantármelo—. Sube la guardia. Bien.

Me dice que pruebe con un *jab* y lo hago: golpeo con fuerza el saco usando la mano derecha. Noto que me engancha el pie en la parte de atrás del tobillo.

—Un paso con cada puñetazo y después vuelta al inicio.

Lo intento de nuevo, pero esta vez dando un paso adelante cuando lanzo el *jab*. Se produce un cambio sutil en la fuerza gracias a ese movimiento, un impulso mayor y una potencia de la que antes carecía. Cuando pasamos al directo, procuro recordar lo que me dijo Christina sobre girar el pie de atrás en el suelo al volver el cuerpo.

—Todo se basa en la transferencia de peso —me explica mientras se coloca detrás de mí y me apoya las manos en las caderas—. Prueba de nuevo.

Lanzo otro directo y, esta vez, me empuja la cadera derecha hacia delante al moverme, obligándome a cambiar el peso. El pie de atrás se gira automáticamente, y el ruido que hace el guante al estrellarse contra el saco es como una bofetada.

—¿Lo sientes? —me pregunta, respirando contra mi pelo.

Lo siento. Y también siento el calor de su cuerpo detrás de mí. Siento la punta de sus dedos contra el hueso de la cadera. Me

estremezco un poco y vuelvo la vista para mirarlo.

Él me devuelve la mirada y la penumbra de la habitación le oscurece aún más los ojos. Ya no parece estar medio ido, sino presente, aquí, conmigo.

—Quítate los guantes.

Tiro de ellos y los dejo caer al suelo. Después me vuelvo hacia Tobias, que todavía me sujeta las caderas. Levanto las manos hacia sus hombros y, con una de ellas, le rodeo la nuca, donde las llamas osadas le bailan sobre la piel, mientras que con la otra le busco el borde de la clavícula.

Acerca sus labios a los míos. Después, resopla de risa contra mi mandíbula.

—¿Llevas puesta mi camiseta?

—No iba vestida de osada, así que he tenido que improvisar.

—Ya veo. —Tira un poco de ella, de modo que el cuello extragrande me deja el hombro a la vista. Me besa la piel expuesta, justo donde el cuello se encuentra con el hombro, y más abajo, por encima de la clavícula—. Te queda un poquito grande.

—Bueno, soy un poquito más baja que tú. No sé si te habrás fijado.

—¿Por eso me duele tanto el cuello últimamente? —pregunta, sonriendo. Después mira por encima de mi hombro y añade—: Podríamos equilibrar el asunto, si quieres.

Creo saber adónde quiere ir a parar, pero el corazón se me acelera de todos modos. Me rodea la cintura con un brazo, me levanta con tanta rapidez y facilidad que se me escapa un gritito, y después me deposita sobre una pila de colchonetas. Ahora estamos a la misma altura, cara a cara.

Lo beso de nuevo y todas las dudas se disipan.

Entreabro los labios y suspiro dentro de su boca. Todo el decoro que antes lo frenaba parece partirse como una cinta elástica llevada al límite. No deja de besarme, y la mano que estaba sobre mi rodilla empieza a subirme por el muslo. Se me acerca más y lo envuelvo con una pierna.

Intento controlarme, mantener las manos donde están para ir más despacio. Pero toda mi vida ha girado en torno al control: controlar lo que digo, mi aspecto, cuánta piel enseño, cuánto pelo se escapa del moño. Lo que miro, lo que pregunto, lo que sé. Abnegación me encerró dentro de mí. «Creo que te esfuerzas por volverte lo bastante pequeña como para encajar en la cajita de esta facción», me dijo mi madre, y tenía razón. Desaparecer para vivir no es vida.

Así que no me esfuerzo más por volverme pequeña. Apoyo las palmas de las manos en su pecho, lo toco y siento. Lo siento estremecerse cuando las deslizo hasta sus hombros y las bajo por los brazos. Noto las curvas de sus músculos, todos en posición de firmes.

Aparta los labios de los míos con un jadeo entrecortado y, por un momento, temo haberle hecho daño o que quiera parar. Pero se limita a besarme el cuello, arañándome levemente la piel con los dientes. Se me eriza el vello de los brazos y un anhelo desesperado me recorre el cuerpo, así que busco como puedo el borde de su camiseta y meto las manos por debajo.

Tobias deja escapar un gemido grave y atormentado que me sacude como si fuera una descarga eléctrica.

«Dios», es lo único que puedo pensar cuando le toco la piel caliente y firme, cuando siento el movimiento de su cuerpo. Nunca

había tocado así a alguien; en realidad, nunca había querido, pero ahora ansío su piel, ansío sentirlo. Le levanto la camiseta y él se aparta de mí un momento para quitársela.

Vuelve a llevar sus labios a los míos y noto los latidos de su corazón contra la palma de mi mano, como si esto lo afectara tanto como me afecta a mí. Sin embargo, cuando le recorro los hombros desnudos, la urgencia da paso a la curiosidad. Me aparto y lo observo.

Tiene un tatuaje en el costado, sobre la caja torácica. Lo rozo con los dedos: llamas, de nuevo, creo, pero no como las más estilizadas que luce en la espalda. Estas son más realistas, una representación más cuidadosa. Lo miro a la cara.

—Primer tatuaje —me explica.

—¿Tiene un significado especial?

—Me lo hice porque sabía que dolería —responde, y me tapa la mano con la suya para sujetarme los dedos contra sus costillas. Después deja escapar una carcajada triste—. Qué retorcido, ¿verdad? Desear un dolor que seas capaz de controlar, en vez de, ya sabes, no desear ningún dolor.

—No eres retorcido.

Lo beso de nuevo y, esta vez, despacio, con cuidado.

—Y ahora se va a enterar todo el mundo —dice, e inclina la cabeza para apoyarla en mi hombro.

—¿A qué te refieres?

—Jeanine Matthews ha venido hoy a verme. —Me aprieta la mano, todavía contra las llamas del costado—. Su excusa era que tenía que actualizar el ordenador, pero creo que la verdadera razón era ponerme a prueba. Verme pasar por una simulación del miedo.

Me quedo helada.

—¿Cuál?

Levanta la vista, sin expresión en el rostro.

—Ya sabes cuál.

Recuerdo haber levantado el brazo para interceptar el cinturón; el frío aumenta.

Tobias se echa un poco hacia atrás y se pone la camiseta, aunque no se aparta de mí.

—Y ahora —dice, y le cuesta tragar saliva—. Y ahora que ha confirmado la existencia de un escándalo real en Abnegación, publicará un informe con todos los nombres. Y Eric, que lleva haciéndome chantaje para mantenerme en mi sitio desde que descubrió quién soy, les contará a los osados que el informe va sobre mí. —Se mira los pies.

Bajo de un salto de la pila de colchonetas para ponerme frente a él. Calzamos las mismas botas, del mismo color, con los mismos ojales, con el mismo remate en las suelas…, aunque de distinto tamaño.

—Puede que no vaya tan mal como crees —le respondo, y me mira frunciendo el ceño, así que añado—: Es que quien debería avergonzarse es él, no tú.

En cuanto lo digo, me doy cuenta de lo ingenua que soy. Sería bonito que no se sometiera a burla a quienes sobreviven a la violencia y a la crueldad, sino a quienes la ejercen. Por desgracia, el mundo no funciona así. Algunas personas siempre verán el sufrimiento ajeno como una oportunidad.

—Decidí que este lugar sería mi refugio —me cuenta, y le arden los ojos—. Y ahora lo he perdido.

No sé qué decir. A diferencia de él, no me ha hecho falta buscar un lugar seguro. En realidad, no entiendo lo que este sitio significa para él; es imposible que lo entienda.

Así que lo abrazo y no digo nada de nada.

+ + +

Abandonamos la sede de Osadía por la puerta de atrás, a través de un túnel ancho que sale del Pozo y se inclina hacia arriba hasta acabar en un agujero abierto en el techo… con una red suspendida bajo él.

—¿Por aquí es por donde entran vuestros iniciados a Osadía la primera vez? —pregunto—. Me lo contó Christina.

Asiente y camina bajo la red. Está colgada por encima de su cabeza y deja el espacio suficiente por debajo para recibir a los iniciados que se lanzan desde arriba. Cuando echa la cabeza hacia atrás, la luz de la luna que se cuela por las cuerdas le proyecta una cuadrícula de sombras en el rostro.

—Yo fui el último en saltar —dice.

Levanto la vista hacia el edificio que se alza sobre nosotros, el que tiene las vías del tren recorriéndole el tejado. Es una configuración extraña: la altura de las vías, la proximidad de la azotea… Todo parece diseñado para adaptarse a los gustos de los osados, en vez de obedecer a razones prácticas. Y quizá sea así.

—¿No sabías lo que habría al fondo? —pregunto.

—No —responde, mirándome raro; reflexionando.

—¿Qué decía tu prueba de aptitud? —le pregunto de repente, al darme cuenta de que desconozco la respuesta—. ¿Apuntaba a

Osadía?

—No, mi padre me entrenó a conciencia —responde Tobias, que se mete las manos en los bolsillos—. Me dijo que había algo en mí que no funcionaba bien y me obligó a repasar todas las elecciones que debería tomar para obtener el resultado adecuado. Que fue Abnegación, por supuesto.

—Entonces no tienes ni idea de lo que te habría salido.

—¿Qué te salió a ti?

—A Tori le pareció poco clara. Me dijo que quizá Abnegación, quizá Osadía o quizá Erudición.

—¿Y no Verdad?

Pongo cara de fastidio y se ríe un poco, aunque todavía le noto algo raro en los ojos.

—¿Y si me fuera? —pregunta.

Está envuelto en una red de sombras y su cuerpo, vestido de negro, se funde con la oscuridad a su espalda. Lo único que le veo es el rostro alzado para bañarse en la luz de la luna.

—¿Qué pasa? —pregunta al ver que no respondo—. ¿No se suponía que debías reclutarme para unirme a los sin facción?

—Solo lo hice para averiguar qué estaban planeando. Ya lo sabes.

Y lo he conseguido, ¿no? Me percato por primera vez de que ya sé lo que están planeando los sin facción: quieren matar a Marcus. Por eso robaron el arma que mató a Robert y puede que incluso por eso muriera: quizá estuvieran apuntando a Marcus en la Ceremonia de la Elección y fallaron.

Sin embargo, las respuestas que buscaba cuando deserté ya no me bastan. Ahora están Eric, Jeanine y quienquiera que esté trabajando con los osados, las cajas llenas de balas, los chicos

divergentes muertos y la posible alianza de Evelyn con Erudición. Todo ha alcanzado unas dimensiones inesperadas.

Levanta la cabeza.

—En realidad, a eso voy.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto mientras camino bajo la red y me introduzco en la cuadrícula de luz de luna.

—En el tren, la primera vez que nos vimos, me dijiste que serías más útil fuera de Abnegación que dentro. ¿Y si yo resultara más útil yéndome de Osadía? —Su mirada es luminosa y clara cuando vuelve a buscar la mía—. Ve a hablar con Evelyn y ofrécele un trato. Enséñale la bala y dile que quieres participar en el plan para acabar con Marcus… y lo que venga después. Y, a cambio, le llevarás algo que quiere desde hace tiempo: a mí.

Me quedo mirándolo.

Todavía guardo la bala en el bolsillo. Es un peso que llevo conmigo allá donde voy y un recordatorio de la misión que me asignó mi madre. El único inconveniente es que, incluso estando dentro de los Zorros, mi relación con Evelyn no es lo bastante estrecha como para averiguar lo que necesito saber.

Esto me pondría en la situación perfecta.

—No tendrías por qué hacerlo —le digo—. No deberías abandonar tu facción solo porque Jeanine Matthews esté embarcada en una vendetta y Eric sea un monstruo.

—No —responde él en voz baja—. No debería. Pero ambos sabemos lo injusta que puede ser la vida.

Siento que todo se me remueve por dentro y estoy desesperada por calmar esa agitación. Estoy desesperada por convencerlo de que no lo haga; estoy desesperada porque se una a mí. La idea de verlo

todas las mañanas y todas las noches, de vivir en el mismo mundo que él, y punto, es un ansia cuya existencia desconocía hasta que lo ha sugerido. Por otro lado, la idea de que abandone Osadía en contra de su voluntad me provoca náuseas.

«Y —medita con egoísmo una pequeña parte de mí— si lo hago, podría arruinar todo lo que he construido». Ahora tengo amigos. Tengo un lugar propio. Tengo un propósito. Pienso en lo que sentí en lo alto del Centro: que era una persona plena, mi mejor versión. Es como si se me olvidara que, en teoría, soy una infiltrada y debería intentar evitar lo que va a suceder.

Y ahora Tobias me lo recuerda.

—No puedo pedirte que dejes Osadía.

—No lo has hecho —responde, cogiéndome las manos—. Esto es importante, Tris. Si me marcho y tú me llevas hasta Evelyn, ella confiará en los dos como no ha hecho antes. Podemos usar esa confianza para averiguar qué está pasando entre los eruditos y los sin facción. Eso es más importante que mi trabajo en la sala de sims y que entrenar a la siguiente promoción de iniciados de Osadía para que sea aún más sanguinaria que la anterior. «Si voy a sentirme siempre fuera de lugar, será mejor que signifique algo». ¿No fuiste tú la que me lo dijo?

Recuerdo la última conversación que mantuve con mi madre antes de decidir marcharme, cuando me contó que Abnegación nunca sería lo bastante para mí, que había crecido demasiado para seguir encajando en ella. Puede que lo mismo le ocurra a él. Osadía era lo que necesitaba, pero eso ha cambiado; él ha cambiado. Y, cuando has crecido demasiado para una facción, lo único que puedes hacer es encogerte… o dejar de intentar encajar en ella.

Quizá esté harto de intentar encajar en esta.

—Ha llegado el momento de cambiar de vida —dice en voz baja.

«¿No debería haber algo de cambio en la vida?», recuerdo haberme preguntado cuando todavía estaba en Abnegación.

Quiero argumentar que yo ya he cambiado de vida. Renuncié a todo y, justo cuando empiezo a recuperar una parte, ¿tengo que volver a empezar?

Sin embargo, la abnegada que llevo dentro —que siempre está ahí, por mucho que me esfuerce por no prestarle atención— me recuerda a Robert acercando la silla a la ventana de la biblioteca para que yo pudiese asomarme por ella. Robert, que habría elegido Cordialidad. Yo todavía puedo encontrar mi sitio, pero él no. Y, si no averiguo lo que se avecina, lo que Evelyn, los abandonados, Jeanine y quienquiera que sea están planeando, Robert no será el único daño colateral. Estoy segura.

—Vale —acabo por decir—. Vale, adelante.

Él sonríe. Yo sonrío.

—Sí, de acuerdo. —Me rodea la cintura con un brazo y me levanta, lo que me arranca una risa de sorpresa. Le cuesta muy poco hacerlo y, por un momento, me entretengo pensando en adónde podría llevarme si así lo decidiera. Me besa el cuello y susurra—: Seamos abandonados.

CAPÍTULO 47

TRIS

ESA MISMA NOCHE vuelvo al Museo para buscar a Evelyn.

Nadie me presta atención cuando recorro la sala principal, todavía iluminada por las lámparas solares. Saludo con la mano a Jove, que está enfrascada en un juego de mesa con otros del grupo, y ella me devuelve el saludo. Doblo la esquina, subo las escaleras y bajo por el pasillo hasta el taller que el Remendador ha montado al fondo.

Es igual que el antiguo, con la hilera de zapatos al pie de las paredes, los estantes de tela apretujados por encima y la mesa de trabajo en el centro. En la esquina, el fuerte de mantas de Mae está a oscuras y apenas veo su silueta dormida en el interior. El Remendador pasa un vestido por la máquina de coser, usando una lámpara para iluminarse las manos. Frente a él, apoyada sobre los codos, veo a Evelyn.

Al percatarse de que lo miro, levanta la cabeza y esboza una amplia sonrisa. Termina su hilera de puntadas y se aparta de la máquina para abrazarme. Estoy bastante segura de que, después de lo que hice por Mae, tengo un amigo para toda la vida.

—Bueno, si es mi Zorro favorito —dice—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Repartir cosillas afanadas?

—Por desgracia, todavía no he alcanzado ese nivel. Aunque empiezo a pillarle el truco a robar carteras.

—Y más todavía a disparar, por lo que oigo —comenta Evelyn, arqueando una ceja.

—En algún momento tenía que encontrar algo que se me diera bien —bromeo—. ¿Cómo está Mae?

—Recuperada del todo y aprendiendo a restar fracciones —responde el Remendador, dejando escapar un largo suspiro.

Esbozo una mueca. Creo que no recuerdo cómo se hace eso.

—En realidad, he venido a hablar con Evelyn. Si a ella le parece bien.

El Remendador resopla.

—Ya veo.

—Bueno, también me alegro mucho de verte a ti, claro —replico, ruborizándome.

—De todos modos, ya estábamos terminando —afirma, y me guiña un ojo—. Tengo que terminar esto y Evelyn me distrae.

Ella se aparta de la mesa de trabajo. Hoy se ha peinado en una trenza el cabello rizado y lleva un mono vaquero que le queda un poquito grande, aunque lo cierto es que parece adrede y resulta estiloso. Le da un beso en la mejilla al Remendador y me hace un gesto para que la siga.

Regresamos por el pasillo hasta la galería que da a la planta de abajo. Apoya un codo en la barandilla y me mira.

—He oído rumores sobre ti —dice mientras levanta las manos y va doblando los dedos uno a uno para enumerarlos—. Que te desnudaste delante de los Zorros. Que casi te detienen en la sede de Erudición. Que te has colado más de una vez en Osadía. —Levanta

una ceja—. Que estás tramando algo que los Zorros desconocen, y eso los pone nerviosos.

Supongo que no he sido tan discreta como pensaba. Aunque, por lo menos, el último rumor me conviene bastante.

Me meto la mano en el bolsillo y saco la bala. Le doy unas cuantas vueltas antes de ofrecérsela.

—El otro día ayudé a Pícara con una caja y esto se cayó.

Evelyn me la quita; su rostro es inescrutable.

—¿Y qué crees que es?

—Sé lo que es.

—Ya veo —responde, y me la devuelve—. Y está claro que tienes una teoría al respecto.

Tobias y yo hablamos largo y tendido sobre esto: sobre cómo funciona su madre; sobre lo que la inquietaría y lo que no; sobre lo que respeta y lo que no. Ahora debo mantener la calma y decir lo que he ensayado.

Pienso en la práctica de tiro, en controlar la respiración si quiero acertar en el centro de la diana.

—Hice lo que me pediste. Me mantuve en contacto con Tobias y me aseguré de que supiera que podía confiar en mí si necesitaba hablar con alguien. Y él me contó algunas cosas sobre su padre.

—Sobre por qué me fui —replica, seca.

—No. Sobre lo que pasó después.

A pesar de contar con el permiso explícito de Tobias para hablarle de esto, no me libro de los nervios y siento un nudo en la garganta.

Ella vacila antes de preguntar:

—¿Lo que… lo que pasó después?

—Venga, Evelyn, ya lo sabes —respondo con delicadeza.

Es muy extraño ver en primera persona las lecciones que aprendió Evelyn para sobrevivir. Entre ellas: cómo reaccionar o, mejor dicho, cómo no reaccionar. Cómo ocultar el dolor allá donde quepa. Cómo guardarlo para más tarde, cuando te quedas a solas.

—No lo sabía —asegura, a la defensiva, como si la hubiera acusado de algo—. No lo sabía. Pero hace poco empecé a sospechar que… quizá.

Hago rodar la bala por las palmas de las manos para calentarla.

—Marcus Eaton no se merece el poder que ostenta —le digo, y dejo que una amargura completamente sincera rezume de cada una de mis palabras.

Espero unos segundos antes de mirarla. Me guardo la bala en el bolsillo.

—Alguien tiene que arrebatárselo —añado—. No sé qué más estarás planeando, pero sí que librarte de Marcus forma parte de ello. Y yo puedo ayudarte.

—Eres una niña.

—No te pido que me nombres teniente de tu ejército sin facción o algo así, pero antes era abnegada y Marcus confía en mis padres. Acercarte a él me resultaría mucho más sencillo que a los demás.

Evelyn se ríe un poco.

—Acercarme a él no es el problema. Lo difícil es asegurarme de que su muerte sea el principio del fin. Y hay docenas de abandonados jóvenes y ansiosos preparados para ayudarme. Los conozco desde hace mucho más tiempo que a ti. Si quieres formar parte de lo que estamos haciendo, tendrás que dedicarle el tiempo necesario, como todos.

—Vale —le digo, porque también estaba preparada para esto—, pero… ¿Y si yo puedo darte lo que nadie más puede?

—Ah, ¿sí? —pregunta como si le hiciera gracia, aunque su expresión la traiciona: de nuevo tiene el mismo aspecto que aquel coyote salvaje del sector de Abnegación, con esa hambre que no acabo de comprender.

—Tobias —contesto.

Se me queda mirando e intento no dar un respingo. Desde algún punto de la planta de abajo nos llegan los susurros de los abandonados con su juego de mesa, el zumbido de la máquina de coser del Remendador y los pasos de las personas que entran y salen.

Evelyn tamborilea en la barandilla con las uñas.

—¿Qué me estás diciendo, exactamente? —pregunta, brusca.

—Te estoy diciendo que, si le pido que abandone Osadía por mí, lo hará.

—Y estás segura de eso —replica, entornando los ojos.

—Sí, del todo. Y lo haré, si me dejas ayudarte con tus planes. Así que ahora está en tus manos: ¿lo quieres de vuelta en tu vida o no?

Otro largo silencio. La culpa me palpita dentro como un segundo corazón. Aunque ella lo abandonara, aunque le mintiera, odio hacerle esto, odio usar como un arma contra ella el amor que siente por su hijo. Pero es lo que debo hacer. Esta es la persona que debo ser.

—Creía que los estirados no podían ser tan manipuladores.

—Bueno, es que yo no soy una estirada de mierda.

Me sorprende lo natural que me sale la grosería. Aunque, por otro lado, he aprendido bien a representar distintos papeles: a una veraz

muy recta que no se muerde la lengua si alguien la toma por tonta; a una erudita segura de sí misma con una pizca de complejo de superioridad; a una osada bravucona sin nada que perder. Son disfraces que he aprendido a ponerme y quitarme, y este no es más que el último: una astuta regateadora sin facción a la que solo le importa el resultado.

—¿Por qué? —me pregunta Evelyn—. Y no me digas que es solo porque quieres librarte de Marcus.

En una ocasión, Botas me dijo que eligiera una mentira mejor. Ahora pienso más deprisa que el día que Gretchen me sacó del armario cuando intentaba espiar a los Zorros, lo que no significa que se me dé demasiado bien. Así que me decido por una verdad a medias.

—Mi madre te dijo que dejé Abnegación porque no encajaba allí. Lo cierto es que me fui porque mi padre intentó, sin éxito, borrarme la memoria. —Decido no mencionar que ella era lo que intentaba borrar—. Así que, visto que Marcus no se merece el poder que ostenta, en realidad me refería a la facción entera. Y creo que estás de acuerdo conmigo.

Revelarle que la extirpación de recuerdos no funcionó y, por lo tanto, soy divergente, es un riesgo, pero quizá mostrándome un poco más vulnerable la convenza de serlo ella a su vez.

Evelyn me mira durante unos segundos que se me hacen eternos. Después responde con frialdad:

—Nos hacemos llamar Cicuta.

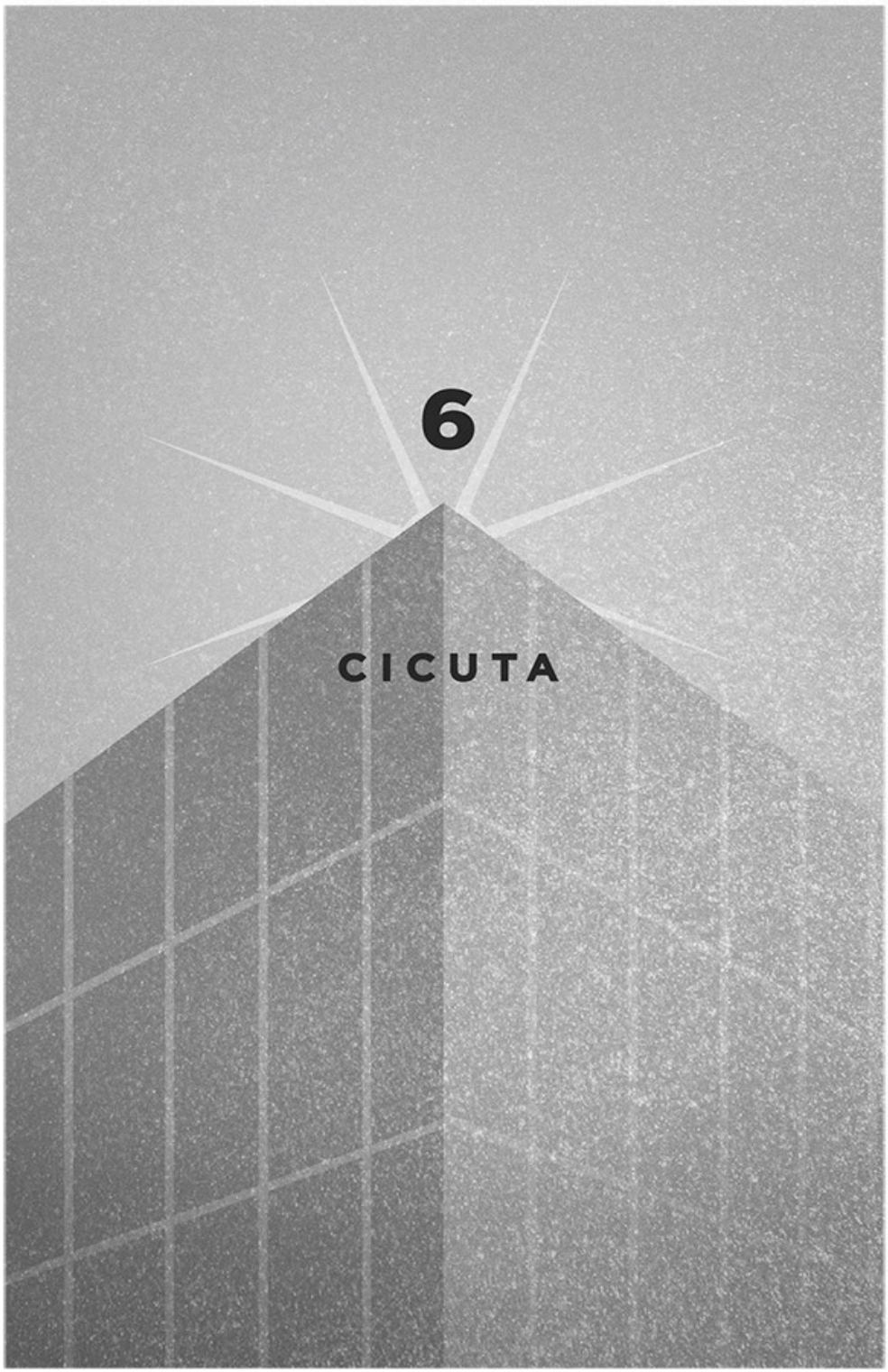
Cicuta. Es el nombre que le dio Pícara a las flores blancas que crecen cerca del Museo, las que me advirtió que no tocara. «Muy venenosa».

Evelyn se aparta de la barandilla.

—Nos vemos el viernes en la playa de maniobras. Temprano, a las tres de la mañana. Te presentaré a los demás. Y, por si necesitas algo más para convencerlo, dile a Tobias que mi sueño está a punto de hacerse realidad.

Se aleja de vuelta al taller del Remendador, con su cálido brillo y su runrún continuo. Ojalá pudiera seguirla.

Sin embargo, cruzo de nuevo el Museo con un aleteo en el pecho del que no me logro librar. No sé qué sucederá a continuación, pero lo he conseguido.


6
CICUTA

CAPÍTULO 48

CALEB

EL MIÉRCOLES NO HA TARDADO en convertirse en el día favorito de la semana para Caleb. Es el día que va al despacho de Jeanine Matthews para ayudarla con lo que a ella le gusta llamar «trabajo tedioso». A él rara vez se lo parece. Disfruta de la oportunidad de observarla, de experimentar una pizca de su vida.

Ha llegado a la conclusión de que Jeanine Matthews es la persona más inteligente que ha conocido. Su memoria es perfecta, su mente es flexible y su capacidad para retener información parece infinita. A veces, cuando la ayuda, le cuesta seguirle el ritmo de un tema a otro. Habla con una persona sobre un aspecto mundano de la vida erudita; después, con otra sobre un experimento específico con la carne de laboratorio; a continuación, dedica diez minutos a actualizar sus observaciones sobre un conjunto de resonancias cerebrales y acaba reuniéndose con Cara para hablar de un nuevo repetidor de señal portátil, una tecnología emocionante que permitiría usar cualquier ordenador de las facciones desde cualquier punto de la ciudad. Y todo en el plazo de una hora.

Se ha acostumbrado a usar un código de colores para tomar notas. Azul para asuntos de Erudición; rojo, para asuntos de la ciudad; verde, para experimentos con valor a corto plazo; morado,

para experimentos con valor a largo plazo… Y no deja de encontrar etiquetas nuevas.

Aun así, la mejor parte del día es cuando Jeanine termina la jornada. Entonces entra en su biblioteca personal, que está justo al lado de su laboratorio, prepara una tetera con las flores y hierbas que cultiva en las ventanas y seca al sol, y lo invita a sentarse con ella. Repasan todo lo que ha observado Caleb a lo largo del día y ella le da permiso para plantear tantas preguntas como desee. A veces, Jeanine le ofrece consejo; otras, solo comentarios. Le recomienda material de lectura para que se ponga al día con sus compañeros de promoción.

Ha sido amable con él, más de lo que jamás habría soñado.

Y por eso debe hacer lo que está haciendo.

Después de guardar todos los archivos y cuadernos de Jeanine al final de la jornada, la sigue al interior de la biblioteca, donde ya está ocupada con el hervidor de agua que mantiene enchufado a la pared. Caleb se aclara la garganta.

—Jeanine… —Está tan nervioso que apenas logra respirar. Se obliga a seguir hablando—. Tengo que confesarte algo.

Ella vuelve la vista para mirarlo. La tetera está sobre la mesa, con un filtro lleno de hojas secas dentro. Hace un buen rato que se ha puesto el sol, pero la vasija refleja las luces del techo como si fuera una gema.

Como es habitual en ella, no parece alarmada. Simplemente se gira para mirarlo de frente y espera.

—Te he estado ocultando algo —sigue Caleb—. Mi madre me pidió que hiciera una cosa…, ¡pero no la he hecho! —se apresura a añadir —. Y debería haberte contado lo que me pedía.

—Te agradezco que no siguieras sus instrucciones —responde con calma—. Pero ¿qué te pidió tu madre, Caleb?

—Me pidió que comparase los resultados de las pruebas de aptitud de los últimos años con el número de trasladados eruditos. No sé por qué. Me envió el mensaje a través de mi hermana.

Jeanine deja escapar un suspiro quedo y señala la silla que suele reservarle a él, junto a la ventana.

—Siéntate, Caleb. Vamos a mantener una conversación complicada, aunque quizá no por las razones que crees.

Caleb tiembla un poco, solo por los bordes, como una hoja al viento. Se sienta en el filo de la silla que ha llegado a considerar suya y observa a Jeanine mientras vierte el agua caliente en la tetera, recoge las tazas y lleva el conjunto completo a la mesita entre las dos sillas. Después se sienta y contempla la ciudad que se despliega bajo ellos. Caleb sigue su mirada hasta el idílico sector de Erudición, que ahora está a oscuras, aunque durante el día rebosa de niños jugando con prismáticos, adultos de pícnic y enfrascados en partidas de ajedrez, y adolescentes leyendo a la sombra.

Y, más allá, el resto de la ciudad: turbulenta, rota y ahora tan ajena a él como antes lo era todo lo que quedaba fuera del sector de Abnegación.

—No estoy enfadada contigo. Es difícil sacudirse de encima la lealtad a la familia. Por mucho que insistamos en «la facción antes que la sangre», se trata de un mantra, no de la realidad.

Quizá por primera vez, se pregunta de dónde viene Jeanine. Parece nativa de Erudición, así que supone que sus padres siguen con vida y aquí, a pesar de no haber oído nunca nada sobre ellos.

No debe de tener hermanos, tampoco. Para él es una persona independiente, singular, única.

—Por eso he retrasado la conversación sobre tu madre. No quería complicarte las cosas antes de que estuvieras preparado. —Lo mira, ahora más seria—. Tu madre no es quien afirma ser, Caleb.

Él asiente. Eso ya lo sabe, como le comentó a Beatrice el día que vino a verlo a la sede de Erudición. Ha estado pensando en lo a menudo que su madre se salía con la suya sin parecerlo, y también en pequeños detalles, como cuando cambiaba de postura o de andares, o usaba palabras que no debía. Como una serpiente que todavía está mudando la piel, mostraba dos versiones de sí misma a la vez.

—Para el resto del mundo, Natalie Prior se presenta como la perfecta esposa y madre abnegada —dice Jeanine—. Sin embargo, aprovecha su posición como esposa de un miembro del consejo para influir en otras personas. Creo, por ejemplo, que es la que animó a tu hermana a desertar de Abnegación y convertirse en abandonada, no porque fuera lo mejor para Beatrice, sino porque Natalie quería mantenerlos vigilados.

Caleb recuerda haberle preguntado a su hermana por qué dejó Abnegación. «Me equivoqué de elección y no podía vivir con ello». Esa fue su única respuesta, a pesar de lo mucho que insistió él en que debía de haber sucedido algo que la empujara a una solución tan drástica. ¿Tan difícil es de creer que su madre la hubiera alentado a hacerlo?

—También es cómplice del encubrimiento de los informes más inquietantes que nos llegan de Abnegación —continúa Jeanine,

todavía con voz grave—. Sobre la Cámara de la Memoria. ¿Los has visto?

Caleb frunce el ceño.

—¿Los que hablan de los centinelas osados del muro que vuelven de la cámara con lagunas en sus recuerdos?

—Exacto. Tu antigua facción siempre ha sido muy reservada respecto a lo que sucede en la Cámara de la Memoria. Afirman que su única función es la de almacenar los recuerdos importantes de la historia de la ciudad para conservar un registro de lo que sucede en las facciones. Y confiamos en ellos, ¿verdad? Personas de todas las facciones, en apariencia seleccionadas al azar, se presentan cada mes en la cámara para compartir sus recuerdos. —Ladea la cabeza —. Pero ninguno de los ordenadores de las facciones se fabrica para dedicarse a una única función. Así que, si su cámara tiene la capacidad suficiente para almacenar recuerdos, seguro que sirve para otras cosas, Caleb. Hasta que empezamos a recibir informes sobre pérdidas de memoria, no sabíamos bien de qué funciones se trataba. Sin embargo, ahora me parece bastante evidente para qué está diseñada esa cámara.

—Para borrar recuerdos, quieres decir —aventura él con un nudo en la garganta.

Jeanine asiente.

—Imagínate que has sufrido muchas adversidades en tu vida. Una pérdida, un trauma o un reto imposible. Imagina lo que sucedería si te lo borrara de la memoria. Todavía lo sentirías, pero no tendrías ni idea de a qué se debe ese sentimiento. No contarías con ninguna explicación para él. Imagínate lo que significaría eso para ti.

Caleb se imagina lo que es sentir sin explicación alguna, una mente que se esfuerza por encontrarle sentido a algo que no lo tiene. Como un circuito roto por el que circula la electricidad sin un rumbo fijo, una energía sin foco.

—O… —añade Jeanine, que se inclina hacia delante y lo mira fijamente a los ojos—. Imagina que llevo esa tecnología un paso más allá. Imagina que decido extraerte una parte esencial de tu ser. Tus recuerdos de tener una hermana, por ejemplo. Tu recuerdo de elegir Erudición. Tu infancia entera. Podría convertirte en hijo único, en un buen soldadito de Abnegación o en una pizarra en blanco, si es lo que mejor sirve a mis intereses. Eso es lo que puede lograrse con la tecnología de la Cámara de la Memoria.

El miedo le vibra en el pecho como un motor. Caleb nunca ha pensado así en las personas, como si fueran programas susceptibles de reescribirse si no te gusta cómo funcionan. Por otro lado, no le resulta absurdo considerar el cerebro como un sistema de circuitos complejos cuyas neuronas se activan mediante la electricidad mientras los datos entran y salen a toda prisa con cada aliento, con cada latido del corazón. Así que, ¿de verdad es tan difícil considerar a una persona como un ordenador? ¿Como algo que se puede programar, alterar o incluso destruir con las herramientas adecuadas?

Toma aire, trémulo.

—Abnegación es más poderosa de lo que jamás hubiéramos imaginado —dice Jeanine—. La capacidad de controlar la información que llega o no a los demás implica la capacidad de controlar la mente. Las identidades. De controlarlo… todo.

El té sigue en la tetera, abandonado.

Jeanine clava sus ojos grises en él.

—Ningún grupo de personas debería ejercer tanto control —añade —. ¿No te parece?

CAPÍTULO 49

CUATRO

TRIS Y YO NOS REUNIMOS EN EL TREN el jueves a primera hora de la mañana. Cuarto vagón empezando por atrás, el mismo al que subimos la primera vez que nuestros caminos se encontraron.

En esa ocasión, todavía no se había acostumbrado a cabalgar los trenes. Se me cayó encima y me miró como si me diseccionara antes de volver a unir mis piezas.

Hoy, cuando sube, lo hace con la misma facilidad que cualquier osado con experiencia: la aceleración en el andén, la sincronización perfecta del salto, la mano firme en el tirador y los pies estables.

Hoy, una vez dentro, está algo alterada, como si temiera lo que viene a continuación.

—Evelyn ha dicho que sí —anuncia—. Se supone que debemos reunirnos con ella y, supongo, con el resto de los radicales, en la playa de maniobras detrás del Museo a las tres de la mañana. Me dijo que nos presentaría a todo el mundo.

Parece tan asustada como yo. Tiene los ojos muy abiertos y, por una vez, aparenta la poca edad que tiene. La poca edad que ambos tenemos, porque hace nada que dejé de crecer y acabo de empezar a llenar las mangas de las camisetas; apenas soy nada, apenas soy nadie.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —pregunto.

—Dejaré un mensaje para mi madre, para que avise a Marcus. Y tú… prepárate para abandonar Osadía, supongo.

Me da un vuelco el estómago, a pesar de que tomé la decisión hace horas; a pesar de que la he vuelto a tomar desde entonces unas cien veces.

—Otra opción es huir los dos —sugiere Tris—. La ciudad es grande y hay muchos lugares vacíos. Podríamos escondernos en uno de ellos y… —deja la frase inacabada flotando en el aire, y sé bien por qué.

Porque, ¿entonces, qué? ¿Qué viene a continuación? La ciudad está rodeada de muros. Esos muros están salpicados de repetidores de señal que transmiten simulaciones del miedo. Y eso sin contar con los osados armados que los protegen. Estamos atrapados aquí dentro.

—No podemos —concluyo.

—Lo sé. —Me apoya las manos en los hombros y se pone de puntillas para besarme en la cara—. El tema es que yo lo haría —dice contra mi mandíbula.

Le acaricio el pelo.

—Yo también.

Volvemos la cabeza a la vez y nuestros labios se encuentran en el espacio que nos separa. Sin embargo, la parada de Osadía se acerca y debo bajarme del tren. Tengo que hacer la maleta y despedirme por última vez antes de internarme en el camino que he decidido seguir.

Así que me aparto y me dirijo a la puerta.

—Otra cosa —me detiene Tris—. Evelyn me dijo que, si necesitaba convencerte, debería contarte que su «sueño» está a punto de hacerse realidad. Sonaba como si se refiriera a algo concreto.

Frunzo el ceño.

—¿No añadió nada más? —Tris niega con la cabeza—. Intentaré recordarlo.

Si responde, lo hace un segundo tarde. Salto del tren y corro por el andén hacia los escalones.

+ + +

En realidad, no tengo mucha maleta que preparar. La ropa. Algunos chismes. Aparte de la colcha de mi madre, que dejo en la cama porque todavía me queda una noche aquí, todo cabe en una mochila, con mis botas de repuesto colgando de las correas por los cordones. Dejo la mochila a los pies de la cama para recogerla a la salida. Sin embargo, antes de eso y antes de dormir, me queda algo por hacer.

Esa misma noche, rodeo el edificio de Zeke para entrar por detrás porque no quiero encontrarme con Hana y acabar invitado a la cena. Nunca entendí del todo por qué mi amigo no se mudó al terminar la iniciación, como el resto de nuestro grupo. Cuando se lo pregunté, solo me dijo que se mudaría cuando Uriah creciera. Puede que Uriah sea su hermano pequeño, pero Zeke es más que un hermano para él.

Subo hasta el rellano de la tercera planta y me dirijo a la ventana que tengo más cerca. Llamo tres veces y espero. Puede que esté o puede que no. Es cuestión de ver qué pasa.

Abre la ventana una rendija y me clava sus ojos oscuros.

—Espera, te dejaré entrar.

Unos segundos después, se abre la puerta de atrás: es Zeke, con unos pantalones de chándal raídos y una camiseta con un agujero enorme en la costura del hombro. Me hace un gesto para que entre y yo recorro el lavadero, con sus pilas de ropa negra y los zapatos viejos sucios junto a la puerta.

Al doblar la esquina está el dormitorio de Zeke, que es la viva imagen del desorden, con todas las superficies cubiertas de cosas: ropa tirada sobre las sillas, pósteres y pancartas en las paredes, libros y papeles en el escritorio, fotos enmarcadas en las estanterías. Cada era de su vida está representada: cuando le interesaban los ordenadores, cuando probó con el tallado de madera y cuando intentó competir en boxeo, el deporte favorito de todos los osados.

Hay tanto que mirar que tardo un segundo en ver a Shauna sentándose en la cama. Tiene el pelo alborotado y viste una de sus camisetas. Empiezo a sudar por la nuca.

—No pretendía interrumpir —me disculpo.

—Relájate, nos estábamos preparando para dormir. Mañana hay que levantarse temprano —dice ella, bostezando—. Es como si fuera la primera vez que ves a una chica en pijama.

—Eso es porque lo es —responde Zeke, que se sienta en el borde de la cama, a su lado.

Recojo de la silla un jersey hecho una bola, lo doblo y lo dejo en el escritorio. Lo hago más que nada por arrancarle una risa, cosa que logro.

Deben de saber que he venido por algún motivo, pero no preguntan; simplemente esperan a que ordene mis pensamientos, a

que intente averiguar cómo mantener una conversación que llevo dos años evitando.

—Nunca me habéis preguntado mi nombre real —les digo.

La sonrisa de Zeke se ablanda un poco.

—Eso es porque ya lo sabemos —replica Shauna.

Me miro las manos.

—No me habíais dicho nada.

—No hacía falta —interviene Zeke, y se encoge de hombros—. Si no quieres ser el hijo de Marcus Eaton, Cuatro, será por un buen motivo. Y creo que tienes derecho a ser quien tú quieras.

Se me forma un nudo en la garganta al oírlo.

—¿Qué está pasando? —pregunta Shauna.

—Ha llegado el momento de marcharme. Para… para siempre.

—¿Es por Eric?

—Sí. Y no. Mi madre sigue viva. Me lo dijo después de que eligiera Osadía. Está viva y es importante para los sin facción, y me invitó a unirme a ella si alguna vez sentía que no era feliz en Osadía. Y Eric está a punto de hacer que no sea nada feliz aquí.

Rara vez he visto a Zeke sin una sonrisa en la cara, lo que quizá nos convierta en una pareja de amigos en apariencia incompatibles. O quizá tenga todo el sentido del mundo buscar a personas que saben hacer lo que tú no, como. permitir que la bondad del mundo las impulse.

Sin embargo, ahora parece preocupado.

—Así fue como conociste a esa chica, a través de los sin facción. A través de tu madre.

Asiento.

—Y has sido capaz de verla a pesar de que tú estás en una facción y ella no —interviene Shauna, arqueando una ceja—. Lo que significa que nosotros también podremos verte.

—Si queréis. Si no os supone un problema que sea un sin facción.

Ella resopla.

—¿Creías que nos lo supondría?

No sé bien cómo responder. Porque sí, creía que quizá lo supusiera. Nos pasamos la vida entera escuchando que los sin facción son fracasados morales, una carga para el sistema. Nos pasamos la vida entera intentando no convertirnos en ellos.

Y, sobre todo, imagino que me cuesta creer que haya personas que deseen permanecer a mi lado, incluso cuando resulta difícil.

Zeke está algo triste.

—Haz lo que debas, Cuatro. No nos vas a perder.

—Lo sé. —Intento sonreír. No me funciona del todo—. Bueno, ahora lo sé.

—Cuando tengas una casa, invítanos —dice Shauna—. Te llevaremos especias.

—Tienes que empezar despacio si no quieres que estalle mi cabeza de estirado.

Shauna se ríe. Zeke se levanta y me hace un gesto para que lo imite. Después me abraza y me clava la barbilla en la clavícula. Shauna nos rodea a los dos con los brazos. Les devuelvo el abrazo con cierta torpeza y me pregunto si alguna vez me resultarán fáciles este tipo de gestos. Bueno, por lo menos lo estoy haciendo.

—Vas a aprender a confiar en los demás, ¿vale? —me suelta Zeke sin soltarme—. No en todo el mundo. Solo, no sé, en un par de personas, como mínimo.

—Ya lo hago —respondo, pero me corrijo—. Ya estoy empezando a hacerlo.

+ + +

Estoy saliendo de la sede de Osadía cuando lo veo: Eric, con las manos en los bolsillos, caminando en sentido contrario. Seguramente acaba de bajarse del tren porque tiene el pelo alborotado. Se detiene a pocos metros de mí, sonriente.

—Gracias por el espectáculo de antes, Tobias —me dice—. Ahora comprendo por qué te gusta trabajar en la sala de simulaciones. Es algo fascinante.

Siento siempre dentro de mí el potencial para la violencia. Es como una bestia que vive justo debajo de la piel, dispuesta para atacar en cualquier momento. Creo que es lo que vio Natalie cuando dijo que era como un gato con el lomo erizado: esa ira fermentada a fuego lento, explosiva, repentina.

Estoy acostumbrado a reprimirla; no me gusta lo que me hace sentir y no me gusta lo que me obliga a hacer. Sin embargo, llevo conteniéndome desde que Jeanine Matthews entró ayer en la sala de simulaciones y no lo soporto más.

Estallo. La sangre me ruge en los oídos y me abalanzo sobre él. Lo agarro por las solapas y me giro, entre lanzándolo y empujándolo contra el muro del edificio con tanta fuerza que me castañetean los dientes.

Se golpea la cabeza contra los ladrillos y, por un momento, el dolor se le refleja en el rostro.

Después esboza una sonrisa despectiva que le tira de la peor manera posible de los piercings del labio.

—¿No me vas a decir que te mire a los ojos cuando te hablo? —me pregunta.

Es lo que me repetía mi padre, que le debía respeto y el respeto se demostraba mirándolo a los ojos, como mínimo. Si no lo hacía, sufría las consecuencias, igual que cuando se me olvidaba llamarlo «señor» o cuando perdía los nervios y le respondía de mala manera. Siempre había consecuencias.

Sé lo que hace Eric, sé que me provoca adrede con ese recuerdo porque está seguro de que me dolerá más que un puñetazo.

Sé lo que hace, lo que no significa que no funcione. Me quedo helado de la cabeza a los pies, lo suelto y doy un paso atrás.

—Te arrepentirás de esto —me dice—. Y será pronto. Me aseguraré de ello.

—Te garantizo que no —replico, y sigo caminando por la calle hacia mi apartamento.

+ + +

Temo que me impidan dormir los nervios por reunirme con Tris y los sin facción tan temprano, además del odio que siento por Eric, Marcus y toda esta pesadilla de mierda que me retumba en la cabeza. Sin embargo, después de programar la alarma para las dos y de taparme los hombros con la colcha, me quedo frito.

Cuando despierto, el apartamento sigue a oscuras, con el suelo bañado de un azul muy oscuro, pero noto una urgencia en el pecho que me impele a levantarme. Me siento en el borde de la cama para

calzarme las botas. Es como si hubiera algo distinto en mi habitación, aunque no logro averiguar el qué y, de todos modos, da lo mismo. Tengo que moverme.

Salgo del apartamento en cuestión de minutos, con las botas bien atadas y una sensación de urgencia tan intensa que me pide correr. La sede de Osadía queda a mi derecha, pero ni siquiera se me ocurre pasar por allí, sino que giro a la izquierda y corro hacia el andén.

Subo los escalones y esa sensación de urgencia cobra un sentido real: voy a reunirme aquí con los iniciados. Estoy seguro de que algunos llegarán tarde y tendré que inventarme un castigo creativo. Puede que esprintar unas cuantas vueltas. Cuando llego a lo alto de los escalones, miro la hora.

«¿Por qué te reúnes tan temprano con los chicos?», me pregunta una voz dentro de la cabeza. No le hago caso.

Veo siluetas oscuras que bajan por la calle hacia el andén, así que me pongo a dar toquecitos con el pie en el suelo mientras las espero. La primera que aparece es Lynn, que aparta a Peter de un codazo. Marlene llega después y, a continuación, Edward, Molly y Drew. Los demás les siguen de cerca.

Eric es el último en subir los escalones, cargado con una mochila pesada, y odio que tenga que estar aquí, aunque es lo más lógico. Al fin y al cabo, debe observar.

Sé que faltan algunas caras, pero no le doy demasiadas vueltas; si no han llegado todavía, ya se reunirán con nosotros en nuestro destino.

«¿Cuál es nuestro destino?», me interroga la misma vocecita, pero el resto de mi cerebro descarta de nuevo la pregunta, junto con la

inquietante sensación de que se me ha olvidado algo importante. He repasado tantas veces el plan que ni siquiera necesito hablar con los iniciados. El tren se acerca a la estación más despacio de lo normal; oigo el chirrido de los frenos cuando para por completo.

Lo que es extraño. No obstante, también lo esperaba.

Nos alineamos en el andén, yo al frente y los otros detrás de mí. Y subo al vagón.

CAPÍTULO 50

TRIS

DEBERÍA DORMIR TODO LO POSIBLE antes de reunirme con Evelyn en plena noche, pero me da miedo no despertarme a tiempo, así que me pongo la ropa con la que me resulta más cómodo moverme: mis pantalones negros de Osadía, que están hechos de una tela gruesa y elástica; mi camiseta rojo oscuro, teñida por el Remendador en persona; mi chaqueta y mis botas. Me recojo el pelo y me tumbo sobre las mantas a esperar.

Antes he dejado un mensaje para mi madre detrás del ladrillo del centro de donaciones en el que le contaba lo que estaba a punto de hacer y cuándo lo llevaría a cabo. Solo espero que haya recordado mirarlo esta tarde.

Todo lo que he descubierto a lo largo de los últimos meses me da vueltas por la cabeza como agua de lluvia que se arremolina para colarse por un sumidero. Los sin facción robando armas a los centinelas osados del muro. Evelyn diciendo: «Mi sueño está a punto de hacerse realidad». Los eruditos publicando propaganda sobre Abnegación. Alguien cazando a los divergentes. Todo podría estar relacionado; o quizá no. Esta noche me acercaré más a la verdad.

En esta ciudad hay muchas personas con poder y es posible que cada una de ellas tenga en mente un objetivo distinto. Antes creía

que todo el mundo se sentía satisfecho con el sistema tal y como era, con Abnegación en lo más alto por su empeño en colocarse en último lugar. Antes dejaba que me resbalaran las advertencias de mi padre sobre las insaciables ansias de poder de la gente. Ahora veo lo equivocada que estaba.

Todo el mundo ansía el poder. A veces por ejercer el control, como en Abnegación. A veces porque creen saber mejor que nadie cómo usarlo, como Jeanine Matthews. Y, a veces, porque nunca lo han poseído, como Evelyn. En cualquier caso, al margen de sus motivos, el anhelo es el mismo.

Y estoy muy harta de él.

A las tres menos diez salgo con sigilo a la sala principal del Museo. Veo las estrellas a través de los tragaluces del techo. Cruzo la estancia hasta llegar al túnel que me conducirá a la playa de maniobras y saludo con la mano a Gago, un recién llegado como yo, que está barriendo el suelo.

Recorro el túnel a oscuras, con una mano pegada a la pared para ver por dónde voy. El final del túnel aparece ante mí, tapado por las malas hierbas. No, no son malas hierbas, sino cicuta. Veneno letal.

Las flores son un recordatorio: esta noche estaré más cerca que nunca del peligro.

Las aparto y veo unas siluetas oscuras reunidas junto a uno de los vagones desguazados y rotos. Se me corta el aliento.

Allá vamos.

Al acercarme, empiezo a distinguir rostros conocidos, algunos que me esperaba y otros que no. Está Evelyn, por supuesto, vestida de negro de pies a cabeza, con el pelo recogido; Pícara, líder de los Zorros, con una cara tan seria que apenas la reconozco; Botas, el

segundo al mando de Pícara, dándole vueltas a un cuchillo en la palma de la mano; Jove, antigua líder de la Colonia, que mira la hora en su reloj de pulsera; Gretchen, la que se negó a enseñarme a luchar, rebotando sobre las puntas de los pies para entrar en calor; y por último, alto y demostrando una calma sorprendente, veo al Remendador apoyado en el vagón cochambroso. Tobias no está por ninguna parte.

Todo el mundo me mira y, de repente, me siento como una niña. A Evelyn debió de resultarle ridícula mi insistencia en unirme al grupo. Con razón tuve que prometerle que repararía la relación con su hijo para que aceptara.

—Vaya, interesante —comenta Pícara, como si le hiciera gracia.

—No puedes ir en serio, Evelyn. Tiene dieciséis años —dice el Remendador, que se aparta del vagón.

Me duele un poco que me descarte así, ya que creía haberle demostrado que era más que una simple cría adolescente. Me mira a los ojos.

—Eres demasiado joven para arriesgarte tanto —me explica—. Eso es todo.

—Soy consciente de su edad —replica Evelyn—. También soy consciente de que lo que está por venir afectará a todos los habitantes de esta ciudad, sean mayores de edad o no. Ya no podemos permitirnos el lujo de ponernos exigentes. —Se concentra en mí—. ¿Dónde está?

—Me dijo que se reuniría aquí conmigo. No suele llegar tarde.

Por decirlo suavemente. Tobias siempre llega antes de tiempo. Si no está aquí, significa que algo ha salido muy mal. Puede que se trate de un problema con los iniciados.

Jove consulta de nuevo la hora.

—3.05.

—Lo sé, lo sé. No hay tiempo. —Evelyn suspira y mira por encima de mí, hacia el final del callejón, como si esperase que Tobias apareciera doblando la esquina—. Puede que sea mejor así. Más seguro para él. Vámonos.

—Pero… —se me escapa. Me trago la objeción—. ¿Adónde vamos? ¿No me dijiste…?

Me hizo creer que esta reunión solo sería para presentarme al grupo, pero, a juzgar por la forma en que Jove mira su reloj, Gretchen tamborilea con los dedos en el muslo y el Remendador se mira por tercera vez los botones de los guantes, están a punto de ir a alguna parte.

A alguna parte que los pone nerviosos.

—Ahora ha llegado el momento de decidir —me dice Evelyn—. No te lo preguntaré de nuevo. ¿Estás con nosotros?

Aunque no quiero marcharme de aquí sin Tobias, si es ahora o nunca, sé la decisión que debo tomar. Por mis respuestas, por esta ciudad, por todo lo que he trabajado.

—Sí —contesto.

CAPÍTULO 51

CUATRO

UNA VEZ que los iniciados están a bordo y el tren comienza a moverse, sé lo que debo hacer. Me dirijo a la parte delantera del vagón, donde hay una caja de madera esperándome. Es lo bastante grande para que quepa una persona dentro; cuando levanto la tapa, veo armas. «Bueno, pues claro que sí —me dice una voz mental—. Son para el ejercicio de entrenamiento».

Suena razonable, así que cojo una y se la paso a Edward, que está a mi lado. Los demás se ponen en fila detrás de él y le doy un arma a cada uno cuando dan un paso adelante, hasta que están todos armados. Eric, al final de la cola, rechaza la suya.

—Solo estoy aquí para observar, ¿recuerdas? —dice, y me da una palmada amistosa en el hombro.

Lleva algo a la espalda. Negro, con un brillo naranja oscuro en el centro. La estructura me resulta familiar.

Y noto… una picazón. Me recuerda a cómo me siento, a veces, cuando me acatarro, como si quisiera abrirme la cabeza para rascarme dentro y que esa sensación tan insidiosa desaparezca. Tardo unos segundos en identificar de dónde procede.

De Eric. Procede de Eric.

Me quedo mirándole la nuca cuando se coloca junto a la puerta del vagón, con el pelo negro al viento. Nunca me había mirado antes así, con aprobación en vez de hostilidad. Y está más que claro que jamás me ha dado una palmadita en el brazo como si fuéramos colegas.

«¿Adónde vamos?», me pregunto de nuevo, y esta vez mi voz suena más fuerte, la… siento más fuerte. Algo me impulsa a responder con certeza que sé adónde vamos, aunque eso no despeja del todo mi duda.

«¿Adónde vamos?», pregunto de nuevo.

«¿Adónde vamos?».

Acaricio la culata de la pistola y observo el negro inmaculado del cañón. No es una pistola de agujas. Esta arma es más oscura y pesada, por el peso de la munición letal.

«La bala», pienso, y recuerdo su aspecto en la mano pequeña de Tris, redondeada por un extremo y plana por el otro.

Y entonces recuerdo la caja que Tris ayudó a mover a los sin facción. Las armas que los sin facción habían robado del muro.

Observo a los iniciados que me rodean. Hasta Christina está aquí, con su parche en el ojo, como si nunca se hubiera marchado. Ninguno habla, todos miran hacia la puerta abierta del vagón, pistola en mano.

Estoy en una simulación. Y ellos también.

Se me acelera el pulso. Estoy en una simulación y no sé de qué tipo. No estoy asustado, como me ocurre en las del miedo. Lo que siento se asemeja más a la prueba de aptitud, en la que me impulsaba la certeza de lo que debía hacer: cruzar el laberinto, salvar a la niña y escapar del humo.

Es como si hubiera un programa escrito en mi mente que me indicara sobre la marcha cada paso que debo dar. Sin embargo, no me explica el porqué de todo esto.

Por otro lado, si mi madre es la responsable de que tenga una pistola en la mano, quizá también me contara lo que necesito saber. «Dile a Tobias que mi sueño está a punto de hacerse realidad».

No sé a qué se refiere, ya que en mis recuerdos guardo una vida entera de conversaciones. Los lunes, cuando me preparaba tortitas, a veces me preguntaba por mis sueños; no los que había tenido mientras dormía, sino en lo concerniente a mi vida. En realidad, no sabía qué contarle. Siempre había sido abnegado, así que mi sueño era vivir en una casa que no estuviera sometida a vigilancia continua. Mis anhelos eran poca cosa.

Sin embargo, un día le pregunté cuáles eran los suyos.

Y ella respondió: «Sueño con que todo el mundo pueda ser lo que de verdad es, en vez de lo que se supone que debe ser».

Supe a qué se refería.

Soñaba con el final del sistema de facciones.

Inhalo por la nariz y exhalo por la boca. Si eso es lo que está tramando Evelyn, si eso es lo que se avecina, mucha gente saldrá herida y muchas personas morirán, no solo mi padre. Tengo que salir de esto. Y sé cómo salir de las simulaciones, ¿no? Solo hace falta concentrar toda mi fuerza de voluntad en ello.

«Déjame salir», pienso.

El tren corre como un rayo hacia el norte, a través de la opaca luz azul que precede al amanecer. Ahora pasamos junto al sector abandonado, con sus edificios derruidos y sus calles rajadas y hundidas.

«Déjame salir». Marcus me da igual. Sé que mi vida sería mejor sin él, y tampoco me importa ya si el sistema de facciones permanece intacto, puesto que lo he dejado atrás.

Pero, como ocurrió con el incendio en la sede de Verdad, el coste de esto, sea lo que sea, es demasiado alto. Una tropa de marionetas de Osadía que blanden armas robadas. Un ejército de títeres de Osadía de camino a cometer asesinato, si no me equivoco respecto al peso de la pistola que llevo en la mano.

No permitiré que los usen como si fueran títeres.

Ni lo seré yo, tampoco.

«¡Déjame salir!», grito mentalmente, y algo dentro de mí salta.

Parpadeo y no ha cambiado nada, aunque, a la vez, todo es diferente. Ya no siento la misma urgencia en el pecho ni esa certeza sobre adónde voy.

Me he liberado de la simulación y sé lo que debo hacer: encontrar a Marcus Eaton.

+ + +

Los frenos del tren chirrían, el vagón se estremece y todos nos balanceamos automáticamente para adaptarnos a su movimiento.

Tengo que concentrarme. No puedo dejar que me descubran. La única forma de sobrevivir a esto es que nadie se percate de que ya no me controla la simulación. Así que, cuando el tren se detiene del todo, salgo con decisión.

Los iniciados se ponen en fila y los imito. Me coloco al final, como si fuera su comandante. Después, todos esperamos, arma en mano, mientras Eric se pasea junto a nosotros.

Entonces oigo pasos que corren por las escaleras que conducen al andén. No me giro para ver quién es, pero reconozco de sobra la voz.

Will.

—He localizado a casi todos los miembros del consejo, señor —informa—, pero todavía no he averiguado la ubicación exacta del líder del consejo. No lo vi entrar en su edificio anoche y parece que su piso está a oscuras.

Recuerdo la última simulación del miedo de Will. Las palomas muriendo en el campo, convertidas en una lluvia de plumas grises. Creía que las palomas simbolizaban la paz, pero quizá recurrí demasiado pronto al simbolismo. Quizá las palomas representen una imagen más simple: un pájaro gris, dócil y corriente. Como los miembros abnegados del consejo.

—Se te ha ocurrido mirar en, no sé…, ¿su lugar de trabajo? —pregunta Eric, y escucho la burla en su voz—. Ve a la sede de Abnegación y, si no lo encuentras, iremos nosotros mismos a su puñetero piso. Es la pieza más importante del puzle.

—Va-vale, voy a investigar —responde Will, tropezándose con las palabras.

—No seas idiota. No puedes ir solo; necesitas músculo. Menos mal que he preparado algo especial justo con esa idea en mente.

Eric se me acerca y yo me esfuerzo por mantener la vista al frente, como la buena marionetita que finjo ser. No doy un respingo cuando me pone la mano en el hombro, aunque estoy a punto.

—Creía… creía que él no estaba confirmado —replica Will—. Creía que era sospechoso de divergencia.

—Ayer confirmamos que no es divergente —replica Eric—. En principio, se suponía que debíamos excluirlo, dada su relación con la líder de los sin facción, pero conseguí convencer a Jeanine de que merece la pena el riesgo.

—¿Por qué? —pregunta Will, frunciendo el ceño.

—Porque es la mejor historia de todas. Hijo víctima de abusos, con un historial de inestabilidad, va a por los líderes de la facción culpable de su desgracia. La noticia se escribe sola. —Me da un apretón en el hombro—. Adelante, dale una orden. El programa te reconoce como figura de autoridad.

—Entonces…, ¿puede verme? —pregunta Will, ahora junto al hombro de Eric. Agita una mano delante de mi cara y me esfuerzo por no apartársela de un revés—. Pero no sabe quién soy, ¿no?

—Cree que eres Jeanine Matthews, dado que la imitación sigue activa. Así que no fuerces la lógica de la simulación actuando como el gusanito nervioso que en realidad eres.

—Ya —dice Will, y le cuesta tanto tragar saliva que oigo el ruido que produce—. ¿Y cuáles son los límites del repetidor de señal? Por si tenemos que seguir buscando a Marcus…

—Debería llegar hasta el borde del sector abnegado —responde Eric, dándole un toquecito a la correa de su mochila.

Por eso me resultaba tan familiar el dispositivo que lleva: es un repetidor de señal, como los del muro, que amplía el alcance del ordenador de Osadía. Salvo que este es portátil, lo que significa que puede usar el ordenador osado desde donde quiera. Así es como se ejecuta la simulación.

—Vale. Entonces…, sígueme, Cuatro.

Me salgo de la fila de iniciados y me vuelvo para seguir a Will por el andén. Detrás de mí oigo a Eric gritar los nombres de los miembros del consejo a cada iniciado de la cola.

—¡Elizabeth Winslow! ¡Ernest Thompson! ¡Andrew Prior!

Hago una mueca al oír el nombre de Andrew Prior. Se me había olvidado que mi padre no es el único que corre peligro; también lo hace el padre de Tris. Y, aunque sé que le ha hecho cosas que ella odia, también sé que fue la primera persona en la que Tris pensó cuando vio que ardía la sede de los veraces.

Bajo los escalones detrás de Will, que vuelve la vista atrás como para asegurarse de que sigo ahí, antes de concentrarse en la calle que se extiende ante nosotros. Recuerdo cómo llegar a la sede de Abnegación desde aquí: recto durante un par de manzanas y después a la derecha.

También recuerdo cómo llegar al Edificio A, donde vive la familia de Tris.

Will no está familiarizado con estas calles. Corre durante unos segundos, se detiene y juguetea con las manos, nervioso. Si lo atacara ahora, podría intentar derribarlo e incapacitarlo antes de que cause más problemas. El problema es que eso me llevaría tiempo, y los demás iniciados están detrás de mí, enfrascados en sus propias misiones. Y seguro que Eric les sigue de cerca.

Al final, lo más seguro es largarme sin más.

Justo antes de la esquina que, en teoría, deberíamos doblar a la derecha, me meto en un callejón y echo a correr.

Ahora tengo que decidir a quién ayudar, si a mi padre o al de Tris.

Solo que no hay decisión que valga: me dirijo directamente al Edificio A, a buscar a Andrew Prior.

CAPÍTULO 52

TRIS

ME QUEDO AL FONDO DEL VAGÓN SILENCIOSO, esperando para apearme.

La mitad de los miembros de la Cicuta se ha dirigido al sur de la playa de maniobras, mientras que la otra mitad —en la que me encuentro— se ha dirigido al norte. Pícara, Gretchen y Evelyn están junto al umbral abierto y me tapan la vista de la ciudad que pasa a toda velocidad junto a nosotras. No sabía que los trenes pudieran correr tanto. El viento que azota el vagón hace tanto ruido que no se puede ni gritar.

Cuanto más nos aproximamos al sector abnegado, más deprisa me late el corazón. El tren frena y Evelyn empuja el panel de la pared para dejar al descubierto la mochila con la ropa y los zapatos de siempre, salvo que la aparta y saca otra cosa.

Una pistola.

Se me revuelve el estómago cuando se la pasa a Pícara y después saca una segunda arma y una tercera. Son negras, sin adornos, robadas a los centinelas osados del muro y cargadas con balas, no agujas. Evelyn comprueba el seguro de la pistola que tiene en la mano. El tren chirría y da un tirón hacia delante al frenar.

Sé adónde vamos: a asesinar a Marcus Eaton.

—Tú primero, Tris —me indica.

Me acerco a la puerta con paso vacilante, como si se me hubiera olvidado cómo bajar. Pero la memoria muscular se hace cargo del asunto cuando nos acercamos al andén. Salto del vagón y aterrizo con fuerza en la madera, donde corro unos cuantos pasos para recuperar el equilibrio. Pícara aparece justo detrás de mí, pistola en mano. Me da la extraña sensación de que, si intentara huir, me perseguiría.

Recorremos el andén para unirnos a Evelyn en lo alto de las escaleras. Esta estación se encuentra en un estado lamentable. Como los abnegados no usan el tren, nadie se ha molestado en reparar la madera podrida ni en atornillar las barreras que se han caído. Salto por encima de una tabla rota.

Evelyn retrocede y me hace un gesto para que la adelante.

—Ve tú primero, Tris. Sabes cómo llegar al Edificio B.

—¿Edificio B? —resopla Gretchen—. Supongo que nadie ha acusado nunca a esta gente de poseer una imaginación desbordante.

Noto que me yergo, dispuesta a defender a mi facción, pero una vocecilla interior me recuerda que «nada de facciones», así que mantengo la boca cerrada.

Bajo los escalones que nos llevan a la calle y me meto por el primer callejón que veo. No me hace falta planificar la ruta; me conozco del derecho y del revés esta parte de la ciudad. Esquivo una pila de cajas y una silla rota antes de salir a la siguiente calle, desde donde veo el Edificio B a lo lejos.

Está a un par de manzanas de distancia, justo al lado de la sede de Abnegación. Se trata de un bloque de piedra gris sin nada especial, salpicado de ventanas. Es donde viven las personas

solteras de la facción y, aunque Marcus Eaton es el hombre más poderoso de la ciudad, se aloja entre ellas para que no se nos olvide que no se considera mejor que el resto.

No sé qué haré cuando llegue a su piso. Quiero creer que le salvaré la vida. Pienso en mi madre tamborileando con los dedos. «Marcus es demasiado importante, no podemos perderlo». El contenido de la Cámara de la Memoria es importante para mi madre y, diga lo que diga, la razón es más profunda y personal que evitar que Jeanine Matthews se haga con el control. Si confío en ella, cosa que hago, tengo que creer que salvar a Marcus es lo correcto.

Sin embargo, a lo largo de los últimos meses me he transformado en otra persona, en una que mi madre ni conoce ni comprende. En una que ve todo el sistema como lo vería una sin facción. En una que sabe que, si no tomas lo que deseas cuando te lo ofrecen, puede que jamás vuelvas a tener la oportunidad de conseguirlo. Y quiero que Marcus Eaton desaparezca. Quiero vivir en un mundo en el que no pueda seguir dañando a Tobias; y lo hace con su mera existencia.

Así que quizá no lo salve. Quizá.

Me muevo deprisa, casi corriendo, con Evelyn, Pícara y Gretchen detrás. Me arden las piernas cuando llego al Edificio B, pero no entro por la puerta principal, sino que las conduzco al callejón del lateral del bloque para entrar por la puerta cortafuegos. En Abnegación, nadie cierra con llave.

Efectivamente, cuando tiro del pomo, la puerta se abre con una sacudida. El metal oxidado me pincha los dedos. Nos encontramos al pie de las escaleras traseras; si no recuerdo mal, el piso de Marcus

está en la segunda planta. Evelyn me adelanta corriendo y la sigo escaleras arriba, hacia la oscuridad.

El olor de este sitio me resulta familiar: pan recién horneado, papel mohoso y el vinagre blanco que se usa para la limpieza. Es como el edificio en el que crecí, y se me forma un nudo en la garganta; trago saliva como puedo. Doblo la esquina y persigo a Evelyn por un largo pasillo. Lleva la pistola tan apretada en la mano que los nudillos se le están poniendo blancos, y me pregunto si por debajo de esa mirada de acero y esa mandíbula tensa no le tendrá tanto miedo a Marcus Eaton como Tobias.

Abre la puerta del piso empujándola con el hombro y la sigo al interior del vestíbulo.

Sin embargo, en el salón no me encuentro con el hombre amenazador que vi en el paisaje del miedo de Tobias, sino con Eric, líder de la juventud osada, que está al lado de la estantería, con sus piercings bañados por la luz de la luna. Apunta con su arma a una figura que permanece en la sombra.

La figura da un paso y la ilumina un rayo de luz.

—Beatrice —dice mi madre con voz ahogada.

CAPÍTULO 53

TRIS

Mi madre me resulta tan familiar como desconocida, en estos momentos. Lleva el pelo recogido en el moño de siempre, bien alisado y pegado al cuero cabelludo. La ropa es la misma, gris y amorfa. Sin embargo, es como si otra persona se le hubiera metido bajo la piel, alguien de ojos penetrantes y sin miedo. No parece sorprendida de ver a Evelyn y a los demás sin facción, y tampoco parece preocuparle mucho la pistola que le apunta a la cabeza.

—Llegas tarde —le dice Eric a Evelyn, aunque no deja de apuntar a mi madre.

Carga con un dispositivo de metal negro colgado con correas, como si fuera una mochila, que emite un leve brillo naranja similar a las llamas del ordenador de Osadía.

—¿Por qué está aquí mi hija? —exige saber mi madre, que flexiona la mano junto al costado como si deseara agarrar algo, aunque ahí no hay nada.

Eric me mira y entorna los ojos.

—Era mi seguro —contesta Evelyn—, por si nos encontrábamos contigo. Y como me la enviaste de espía… —añade, encogiéndose de hombros—, supuse que sería lo más probable.

Se me revuelven las tripas. Intento no reaccionar.

—No hice tal cosa —replica mi madre.

—¿Ah, así que no la animaste a hacerlo? ¿No usaste la muerte de su amigo para impulsarla a actuar? ¿No la manipulaste?

El tono de Evelyn es el mismo, amargo y seco, que reconozco tras hablar con Tobias; como posos de café o peladuras de limón.

Quiero protestar, porque mi madre nunca me dijo nada parecido. Solo me presentó mis opciones: quédate o vete. Olvídalo o descubre la verdad.

«Pero sabía lo que harías —me recuerda una vocecilla—. Te dijo con quién hablar y dónde empezar a buscar».

—La próxima vez, enséñale a no demostrar tanto interés tan deprisa. Es lo que la ha delatado.

Tendría que haberme dado cuenta anoche, cuando me acusó de manipuladora. Debería haber sabido que no podía ser más astuta que Evelyn.

Se vuelve hacia Pícara y señala con la barbilla la puerta que da al dormitorio de Marcus.

—Busca pistas sobre el paradero del líder del consejo. Y tú —añade, mirando con intención a Eric—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Asegurarme de que mantienes tu palabra —responde él—. La muerte de Marcus Eaton es esencial para el éxito de ambas partes. —Entorna los ojos al mirarme—. Creía que esta era espía tuya.

—Nuestro intercambio consistía en armas y trenes a cambio de Marcus Eaton —insiste Evelyn—. Así que, ¿dónde está Marcus Eaton?

Del dormitorio de Marcus sale un chico de pelo castaño vestido por completo de negro osado, como Eric. Lleva una pistola metida en la cinturilla de los pantalones.

—Ni rastro de él en la salida de incendios. La cama está hecha, así que no se fue con prisas —informa el chico—. Alguien debe de haberlo avisado.

—Estoy bastante seguro de quién —afirma Eric, todavía con el arma apuntando a mi madre.

A pesar del nudo de sospecha que me retuerce las tripas, me siento atraída hacia mi madre como un pez del que tira el sedal de la lealtad. Quiero plantarme entre la pistola de Eric y ella; quiero dejar que me abrace y ocultar el rostro en su hombro, como cuando era pequeña. No obstante, permanezco inmóvil, consciente de la presencia de Pícara detrás de mí, armada; consciente de los dedos de Evelyn que aprietan cada vez más fuerte su pistola.

—Deja que se marche Beatrice —dice mi madre—. Es una niña.

—Qué oportuno, ¿no? Lo bastante mayor como para desertar de su facción y cumplir tu voluntad, pero, ahora que ya no te resulta útil, es una niña, ¿verdad? —Deja escapar una carcajada—. Si la he traído, es por algo. ¿Gretchen?

Detrás de mí, oigo el clic de una bala que se desliza para colocarse en su sitio. Doy un respingo. Sé lo cerca de la oreja que está el arma, aunque Gretchen no me toque.

De repente, estoy de vuelta en mi simulación del miedo, con el corazón tan acelerado que lo siento palpitar detrás de los ojos. «Hazlo», dice Weaver, apretando el cañón contra mi cabeza. Entonces solo sentí miedo. Y miedo es lo único que siento ahora; me dispersa los pensamientos y me paraliza.

—Dime dónde está Marcus, Natalie, o le pediré a mi socia que dispare —sentencia Evelyn.

—Veo que los rumores sobre tu crueldad no eran exagerados —comenta Eric con sorna.

Intento ralentizar la respiración y estar presente, como en las prácticas de tiro, cuando apunto. Ya he sentido este miedo en la sala de simulaciones: la pistola apuntándome a la cabeza y la vida de mi padre en peligro, como ahora la de mi madre. Esto no es más que un reflejo de lo que hay dentro de mi propia mente.

Puedo encontrar una salida. Tengo que hacerlo.

—No sé dónde está Marcus —responde mi madre con voz tranquila y sin altibajos. Me mira a los ojos—. Si lo supiera, te lo diría.

—No te creo.

—Te has asegurado mi cooperación al amenazar a mi hija —replica mi madre—. Deberías echar un vistazo en la sede de Abnegación. Puede que se haya quedado a trabajar hasta tarde.

—Ya lo he hecho. Ni rastro de él —le asegura Eric con una voz musical que me sorprende—. Si no has venido aquí a buscar al líder del consejo, ¿cómo explicas tu presencia?

No puedo pensar en mi madre. Tengo que concentrarme en la pistola que me apunta a la cabeza. Recuerdo cómo Tobias le quitó el arma a Jove de las manos en la Colonia. Recuerdo que Gretchen se negó a enseñarme a dar puñetazos, pero también que Christina se ofreció a hacerlo ella. «Quien intente hacerte daño no se esperará que alguien como tú se defienda». Y menos Gretchen, que me consideraba una pérdida de tiempo.

Si hago algo, solo tendré una oportunidad.

—No estoy buscando a Marcus —responde mi madre—. Pero tiene algo que necesito y pensaba que lo guardaría aquí. Por eso he

venido.

Veo movimiento junto a mi madre: ha abierto las palmas de ambas manos. La veo doblar un dedo, después otro y otro.

Es una cuenta atrás. «Siete, seis, cinco».

—Pero has venido porque sabías que no estaría aquí —insiste Evelyn—. Y, si lo sabías, es porque le advertiste que se fuera, ¿no?

«Cuatro, tres».

—Esto es una pérdida de tiempo. Tienes que darle una razón real para hablar —interviene Eric y me apunta a mí, aunque no a la cabeza, sino al hombro.

«Dos».

—Como una herida superficial—añade.

«Uno».

Dispara.

Pero yo ya me estoy moviendo. Me cosquillea el cuerpo de pura adrenalina cuando me vuelvo, agarro la muñeca de Gretchen con una mano y le doy un fuerte empujón con el codo del otro brazo. Le golpeo la mejilla y ella retrocede y, en ese momento de pánico, suelta el arma. Me agacho para recogerla y pongo la mano en el pomo de la puerta.

El disparo me ha dejado medio sorda. Lo único que puedo pensar es: «Huye, huye, huye». Abro la puerta de par en par y salgo al pasillo.

Los sonidos y las imágenes del mundo regresan de golpe. Oigo a Evelyn volverse contra Eric y a Eric gritar:

—¡Id a por ellas!

Noto algo pesado contra la espalda. Me aparto, gritando con los dientes apretados, antes de darme cuenta de que es el brazo de mi

madre, que me presiona para que no me quede más remedio que encorvarme. Después, me empuja hacia la escalera con el pecho pegado a mi columna: intenta hacerme de escudo.

Estamos en la escalera y mi madre corre hacia arriba, en vez de hacia abajo.

—Mamá… —digo con los labios entumecidos—, ¿adónde va…?

—Arriba y por encima. Hay que desconcertarlos.

Subo a trompicones y la sigo cuando cruza la puerta de la tercera planta. Corremos juntas por el pasillo. Hay una cesta de panecillos envueltos en tela gris delante de una de las puertas de los pisos, regalo de un vecino.

—¡Al piso de Abigail Baker! —grita mi madre.

Abigail Baker, miembro del consejo, habla con voz suave y una vez al año imparte clases de conducir para quien desee presentarse voluntario para llevar los autobuses. También fue cómplice de mi padre cuando intentó borrarme la memoria.

Mi madre entra por la puerta del final del pasillo, que se abre para ella. Oigo pasos detrás de mí y, aunque me arden las piernas, salgo disparada hacia el piso. Cierro la puerta detrás de nosotras y echo el pestillo.

El piso está a oscuras, con las cortinas corridas. Es la viva imagen del de Marcus, pero al revés: con el dormitorio a la derecha, en vez de a la izquierda, y una cocinita muy estrecha a mi lado. Mi madre permanece de pie en el umbral del dormitorio de Abigail, con la mano en el marco de la puerta.

Guarda silencio durante un instante. Después, vuelve la vista hacia mí.

—Mejor no mires, pero tenemos que salir por la parte de atrás.

—¿Que no mire el qué?

Aunque ya lo sé. Es lo único que podría afectar de ese modo a la voz de mi madre, que suena baja, respetuosa. Me acerco al umbral y me asomo por encima de su hombro.

Abigail Baker está tumbada en la cama, con el cuerpo tirado a los pies del colchón, como si hubiera intentado huir, pero se hubiese enredado con las sábanas. El cabello le cubre el rostro. La sangre le ha empapado el pecho del camisón y le ha dejado una mancha oscura. Está muy quieta.

Yo me quedo igual de inmóvil. Algo en la forma en que ha estirado el brazo, como si suplicara, me recuerda a un cuadro antiguo. Pero se me revuelven las tripas cuando miro hacia el rojo húmedo de la herida de bala en el pecho.

Cierro los ojos.

—Tenemos que irnos —me advierte mi madre.

—¿Quién…? —empiezo a decir, incapaz de terminar la pregunta—. ¿Por qué…?

—Hay osados en las calles. Jóvenes. Iniciados, quizá. Su objetivo es el consejo. Caleb acudió a nosotros hace una hora para avisarnos del ataque. —Noto que me apoya las manos en los hombros y abro los ojos. La mirada acerada de hace unos minutos, la que la convertía en una desconocida, ha desaparecido. Vuelve a ser mi madre—. Beatrice, tenemos que huir.

Recuerdo a Eric gritando: «¡Id a por ellas!».

Cruzo la habitación y abro la puerta trasera. Hay unas escaleras de madera que bajan en zigzag hasta un patio de piedra, más allá del cual se encuentra el callejón de atrás del Edificio A. Echo a correr y

dejo que la sensación pesada y paralizante que se ha apoderado de mí al contemplar el cadáver de Abigail Baker se difumine.

Salimos al callejón y corremos hacia la calle. El sol todavía no ha asomado por el horizonte. Los madrugadores de Abnegación no tardarán en despertar, meditar y preparar el desayuno para sus seres queridos, que ya estarán trabajando en los huertos comunitarios, cuidando de las plantas. Suena un disparo a lo lejos.

Mi madre está a punto de salir del callejón cuando oigo correr a alguien. Tiro de ella justo antes de que dos osados pasen a toda velocidad junto a nosotras. Reconozco a uno de ellos de mis clases: una chica, la que siempre se ríe. La amiga de Uriah.

Ahora no se ríe. Tiene la mirada vidriosa y la mandíbula apretada. Me tenso, esperando que nos vea, pero no lo hace, ni siquiera mira hacia nosotras. Algo va mal.

—Me parece que están en una simulación —digo, una vez que los pasos se han perdido en la distancia.

—Creo que tienes razón. Vamos.

Corremos hombro con hombro y, en apariencia, todo es como siempre: una calle tranquila, agrietada pero limpia. Las ventanas de la sede de Abnegación, impolutas y oscuras. Otro disparo, y me pregunto si ese habrá acertado a mi padre. Me estremezco sin querer al recordar su cadáver en el suelo durante la simulación del miedo. La nuca…

—¡Ahí! ¡Ahí están! —grita una voz, y se oye otra detonación.

—¡Corre! —grita también mi madre, y lo hago.

Una forma oscura sale disparada del callejón lateral y se estrella contra mí. Caigo y me golpeo la cabeza contra el pavimento. El chico

del piso de Marcus, el del pelo castaño claro, me agarra el brazo y me lo retuerce para levantarme.

Me revuelvo para intentar zafarme de él, lo que solo sirve para que me apriete más el brazo. Me supera en fuerza, de largo. Clavo los talones en el suelo, pero él tira de mí hacia delante, llevándome medio a rastras hasta estamparme contra un muro de ladrillo.

Entonces noto el frío del cañón de una pistola en la cabeza. En este momento, solo puedo pensar en que acababa de empezar, en que empezaba a descubrir lo que se me da bien y lo que no, quién soy y quién no, y quién podría llegar a ser. Empezaba a comprender a qué se refiere la gente cuando dice que está enamorada. Todo lo que siento y todo lo que soy es un brote diminuto que asoma a la tierra; no es nada más que el principio de algo, y este chico está a punto de arrebatármelo.

—Lo siento —susurra.

En vez de resignación, siento deseo. Deseo vivir. Deseo sobrevivir. Deseo, deseo, deseo…

Oigo un ruido y me pregunto si se tratará de otro disparo a lo lejos o del que está a punto de matarme. Quizá el tiempo se ralentice en tus últimos momentos, de modo que uno sea capaz de escuchar todo lo que ocurre hasta que llega la muerte; quizá sea cierto que parte de mí seguirá viva, como me enseñaron los líderes religiosos cuando era pequeña; quizá…

—¡Corre! —grita mi madre y, como sucedió la primera vez que salté a un tren, confío en ella: doy un paso a un lado y echo a correr.

No sumo dos más dos hasta que me alejo del callejón: el ruido que he oído era mi madre disparándole al chico.

Vuelvo la vista atrás y veo que el osado, todavía vivo, se agarra el brazo con cara de dolor. Mi madre corre justo detrás de mí, con los ojos muy abiertos.

Voy a toda velocidad, esprintando por la calle. Oigo otro par de pies detrás de los míos y después otro: los del chico, que nos persigue.

Mi madre me alcanza y me agarra la mano.

—¡Empuja esa puerta! —grita, y no pregunto qué puerta, sino que me limito a empujar la primera que veo.

Entro dando traspiés en el edificio de reutilización de aguas residuales que se encuentra frente a la sede de Abnegación.

Mi madre cierra la puerta, busca la silla más cercana y la mete bajo el pomo.

Estamos en un almacén grande, con un depósito de agua en el centro que es el doble de ancho que de alto, como un cuenco gigantesco. Mi madre tira de mí hacia el depósito con una mano sudorosa. La puerta por la que acabamos de entrar se estremece; están intentando derribarla a patadas.

Creo que vamos a seguir corriendo, pero se vuelve hacia mí y se mete la mano bajo el cuello de la camisa.

—No nos queda mucho tiempo —me dice, tirando de una cadena para sacar un medallón. Al quitárselo por la cabeza, se arranca algunas horquillas del pelo—. Llévate esto. Puedes usarlo para encontrar mi diario; te dirá todo lo que necesitas saber. Espero que te ayude a comprender que actué como debía.

Siento un miedo acuciante, tan insistente como un niño que me tira de la mano para llamarme la atención. Acepto el medallón, me lo

cuelgo y noto su peso sobre el pecho. La mirada de mi madre es penetrante.

La puerta se estremece otra vez. Y otra.

Me entrega la pistola que lleva en la mano. No estaba ahí hace unos minutos, así que debe de habérsela quitado a la persona que nos ha atacado en la calle.

—Llévate esto también. Puede que necesites una de reserva. —Se mete una mano debajo de la chaqueta y saca otra pistola. Esta tiene una banda fluorescente en el lateral, así que es de agujas. Después le quita el seguro y añade—: Ve al punto de encuentro y busca a tu padre. ¿Recuerdas esa vieja iglesia a la que siempre querías ir de niña? ¿Y tu padre te decía que era demasiado peligroso? Bueno, pues era mentira, es completamente segura…

—¡Para! Deja de hablar como si no vinieras conmigo.

La pistola me parece muy pesada.

Ella me sonríe con ternura.

—Iré justo detrás de ti, Beatrice.

—No entiendo por qué…

La puerta se abre con estruendo.

—Porque yo soy la progenitora y tú eres la hija. Vete. Ya.

Me empuja con tanta fuerza que retrocedo un paso. Y, una vez dado ese primer paso, veo que el chico ha entrado por la puerta con el arma levantada. Dispara y el sonido retumba en el almacén, en mi cabeza, en mi pecho… El dolor me baja chillando por el brazo, y noto un calor ardiente, tanto que es como si me hubieran pegado con un atizador al rojo…

Apenas soy capaz de sostener la pistola, aunque ni se me pasa por la cabeza disparar. Veo que mi madre sale de detrás del depósito

de agua con la pistola en alto, pero está llena de agujas, no de balas…

Ella dispara.

Él dispara.

La veo caer tras retroceder tambaleándose un par de pasos, como si hubiera recibido un puñetazo. Oigo el eco de sus palabras: «Vete. Ya». El chico observa a mi madre, que ha caído al suelo con los brazos en un ángulo extraño. El osado ha abierto tanto los ojos que le veo el blanco alrededor de los iris, y el cuerpo le tiembla sin control…

Espero a que mi madre se levante.

Espero.

«Vete. Ya».

No se mueve.

«¡Vete! ¡Ya!».

Corro. Empujo la puerta trasera, salgo a la calle y corro. Estoy haciendo lo que me ha pedido. Estoy haciendo lo que se supone que debo hacer. Corro tan deprisa que me arden los pulmones y las piernas.

Dejo escapar unos ruidos horribles y entrecortados, como si fuera a vomitar. No veo nada, y así me doy cuenta de que lloro. Sollozo. Aun así, es como si hubieran cortado parte de las conexiones entre mi mente y mi cuerpo. Me estremezco con la fuerza de lo sucedido, pero a la vez me siento indiferente; no significa nada.

No significa nada.

Sigo corriendo.

CAPÍTULO 54

CUATRO

WILL ES OSADO desde hace tan solo un par de meses, así que su resistencia no está todavía a la altura y, de todos modos, yo soy más veloz. No tardo nada en sacarle una manzana de ventaja; después me interno en los callejones del sector de Abnegación siguiendo la misma ruta enrevesada por la que me guio Tris el día que fuimos a visitar a su madre.

Llego al Edificio A, recorro el vestíbulo y me paro frente a los ascensores. Pulso el botón para subir a la décima planta y, cuando las puertas se cierran, veo que Peter se dirige a la entrada.

Cierro los ojos mientras sube el ascensor. Aunque voy a entrar en el piso antes que él, será por pocos segundos. Debo prepararme.

Cuando se para el ascensor, corro por el pasillo, doblo la esquina y me planto en el piso de los Prior. No llamo a la puerta, sino que la abro y entro sin más.

—¿Natalie? —la llamo.

Veo movimiento en el pasillo. Andrew Prior es como la mayoría de los abnegados varones de su edad: pelo castaño, algo canoso, cortado casi a ras. Bien afeitado. Vestido con el típico uniforme aburrido. Su altura es superior a la media, aunque no me alcanza.

Lo que me sorprende es lo mucho que se parece a Tris. No en los ojos, que son castaños, sino en el gesto tozudo de los labios y en el rostro largo y fino. Y, sobre todo, en esa mirada que parece analizarme de un solo vistazo.

—Tú no estás metido en la simulación —me dice.

Niego con la cabeza.

—Se acerca alguien que sí —añado.

Una cara conocida se asoma al pasillo por encima del hombro de Andrew.

Mi padre.

—¿Tobias?

—Volved a entrar los dos y cerrad la puerta —les suelto.

No hacen lo que les ordeno, aunque tampoco tengo tiempo para repetírselo. Me coloco detrás de la puerta para que, cuando se abra, me cubra. Después cierro los ojos y presto atención a los pasos que, sin correr, se aproximan con premura. Los osados nunca aprenden a ser sigilosos; no lo necesitan.

El pomo gira y la puerta se abre. La atrapo con una mano y la empujo hacia delante para golpear con fuerza a Peter en el hombro. El chico se tambalea hacia atrás, de vuelta a la esquina de la entrada.

Le sujeto la muñeca y se la retuerzo a un lado para intentar que suelte el arma. Sin embargo, la otra mano está libre y la aprovecha para propinarme un puñetazo en el brazo y otro en la cara, acertándome con los nudillos en la boca. La adrenalina se hace cargo del dolor casi por completo; le estrello el hombro contra el pecho con todas mis fuerzas. La pistola cae al suelo.

Peter me aparta de un empujón y trastabillo unos cuantos pasos. Después se abalanza sobre mí, con ambas manos en alto, como si pretendiera agarrarme el cuello. Me deslizo a un lado y le sujeto el brazo. Lo único que necesito es devolverlo al pasillo, cerrar la puerta del piso con llave y dejarlo a él fuera y desarmado.

Se gira, se zafa de mí y me pega un codazo… o lo intenta, por lo menos, ya que le agarro el codo con una mano y lo empujo, mientras mis botas chirrían en las baldosas del suelo. Deja un hueco libre y le meto un buen gancho en el vientre.

Debería resultarme más satisfactorio pegar a Peter, pero en sus ojos solo veo dolor; no me reconoce.

Se dobla por la mitad y aprovecho el instante de distracción para empujarlo de nuevo hacia el pasillo. Después cierro la puerta entre nosotros y echo la llave.

Me quedo inmóvil un instante, con la respiración agitada. La boca me sabe a cobre, lo que significa que el puñetazo ha sido más fuerte de lo que creía. Tras limpiarme la sangre de los labios, me enderezo; ha llegado el momento de enfrentarme a él.

Andrew Prior y Marcus me miran, alarmados. Recojo el arma del suelo, compruebo el cargador y pongo el seguro.

—¿Cómo sabíais que venían? —les pregunto.

—Me avisaron —responde Andrew—. Y yo avisé al líder del consejo.

Me fijo en que no lo llama «tu padre», quizá porque Marcus renegó de mí el día que elegí ser osado.

En ese momento se mueve el pomo; supongo que Peter intenta abrir desde el otro lado. Vuelvo la vista hacia la cerradura y me

pregunto cuántos años tendrá. Creo que aguantará el tiempo necesario para que salgamos de aquí.

—¿Quién te avisó? —pregunto.

—Mi mujer, primero —responde Andrew—. Y después, mi hijo.

Caleb sale del dormitorio en el que se escondían todos. Va vestido con varias prendas azules y sigue teniendo la misma cara que en la sala de simulaciones: la de alguien que intenta ser mayor y más sofisticado de lo que en realidad es.

No sé si sorprenderme de que haya elegido a su familia por encima de su facción. No conozco a Caleb, salvo por lo que me ha contado de él Tris. Así que me limito a asentir.

—Hay que sacaros de aquí. —Me obligo a mirar a Marcus—. A los dos. ¿Dónde está la salida de incendios?

—No pienso abandonar a mi facción cuando más lo necesita —responde Marcus.

—De acuerdo —replico, perdiendo la paciencia de golpe—. Quédate aquí y deja que te entreguen a Evelyn. Sé de buena tinta que te quiere ver muerto.

El corazón se me acelera y soy consciente de que, en el fondo, temo que me cruce la cara por hablarle así. Se le endurece el gesto, como si eso fuera justo lo que desea hacer, pero no lo hará. No delante de Andrew, no con testigos.

—¿Evelyn? —pregunta Caleb—. ¿Evelyn Eaton, quieres decir?

—Ya dejaremos que te explique en otra ocasión la gran conspiración abnegada para fingir la muerte de mi madre —le suelto —. A la salida de incendios. Ahora.

—Tenemos que reunirnos con Natalie —dice Andrew—. En una iglesia al sur de aquí.

—Vale. Tú delante.

+ + +

La bajada por la escalera de incendios me acelera la respiración. No tengo ni idea de cómo Tris era capaz de subirla hasta la azotea, porque es vieja e inestable, y se balancea a cada paso que doy.

Por otro lado, estoy acostumbrado al pánico; no a anular del todo el miedo, sino a restarle importancia. Procuro ralentizar la respiración mientras corro escaleras abajo con la pistola de Peter en una mano y mi padre pisándome los talones. Siento su presencia como un espectro que me persigue y me deja erizado el vello de la nuca. Estoy tan tenso que, cuando llegamos a la calle, me duelen los hombros.

Les indico que pasen por delante de mí para mantenerlos vigilados. Corremos un rato en silencio antes de oír el primer disparo, un chasquido violento a lo lejos. Por el rabillo del ojo veo algo negro y me vuelvo para disparar sin vacilar, apuntando bajo para no matar a ninguno de los osados sometidos a la simulación.

Le doy a Marlene en la pierna. Ella grita y se tambalea hasta chocar contra una pared porque le ceden las rodillas. Sin embargo, sigue aferrada a la pistola. La levanta.

Me abalanzo sobre la persona que tengo más cerca…, que resulta ser mi padre. Le apoyo una mano en la cabeza y lo obligo a bajarla justo cuando suena el disparo. La bala se incrusta en el ladrillo que tenemos a pocos centímetros a la izquierda; la puntería de Marlene siempre ha dejado mucho que desear. El polvo del ladrillo me llueve en la cara.

—¡Corred! —grito, aunque ya lo hacíamos.

Esprintamos hasta el final de la manzana y doblamos la esquina. No creo que Marlene sea capaz de seguirnos, pero el disparo llamará la atención y no sé qué hará la simulación con eso.

Ya veo la iglesia más adelante; se trata de una recargada estructura de piedra gris con una cúpula verde. Se ha venido abajo por un lado y tiene casi todas las ventanas rotas o tapiadas. Andrew parece saber adónde va: rodea el edificio hasta dar con una puerta lateral y la abre con el hombro.

El santuario del otro lado está a oscuras, polvoriento y vacío. Me vuelvo hacia Caleb.

—¿Qué hace exactamente la simulación?

—Ni idea —responde, con los ojos como platos—. Desconozco los detalles, solo sé que el consejo corre peligro.

Entorno los ojos.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Viene alguien —avisa Andrew desde el interior del santuario; mira hacia una de las ventanas delanteras: una vidriera que representa a un santo.

Levanto el arma para apuntar a la puerta mientras los pasos se acercan cada vez más. De repente, un fogonazo de pelo rubio y ojos azul intenso, húmedos de lágrimas.

Tris.

CAPÍTULO 55

TRIS

NO SIENTO LOS DEDOS.

Entro y cierro la puerta antes de pasar al interior de la iglesia, así que sé que siguen funcionando, aunque no los sienta.

Tengo a mi padre delante, y me pone las manos en los hombros. Dejo escapar el aire entre los dientes cuando me toca la herida del brazo, pero el dolor no es lo que me impulsa a apartarme de él, sino el peso. El peso de sus manos, que me arrastra por el suelo cuando ya estoy hundida, me resulta insoportable.

—¿Y tu madre? —me pregunta con los brazos todavía en alto, flotando en el aire por encima de donde me encontraba hasta hace un segundo.

La pregunta es peligrosa; o quizá lo sea la respuesta. No puedo contarle lo sucedido porque eso lo hará real, pero tengo que explicárselo porque no puedo seguir cargando con ello yo sola.

—Me ha salvado la vida —respondo, y después se me atragantan las siguientes palabras. No soy capaz de seguir.

A veces me siento como una niña pequeña e insegura que finge ser adulta. Pero ver a mi padre darse cuenta de que su mujer está…

«Muerta», me susurra una vocecilla interior…

Nunca me he sentido tan mayor.

Pierde toda expresión en la cara. Los labios se le quedan flojos; los ojos, vacíos. Es como un muñeco con la forma de mi padre, en vez de la persona real. Caleb ahoga un sollozo. De repente, no soporto estar aquí, observándolos reaccionar cuando yo soy la que ha tenido que verlo; la que ha tenido que presenciarlo.

Alguien me tira de la manga y Tobias surge de entre las sombras, como si le hubiera dado vida con solo soñarlo. Me aparta de mi padre y de Caleb.

—Siéntate —me indica con voz amable.

Obedezco, y es un alivio permitirme parar al fin. Dejo la pistola en el banco, a mi lado; me duelen los dedos de tanto apretarla.

Nos encontramos en la iglesia que tanto deseaba ver por dentro, según recuerdo. Aunque la oscuridad nos impide distinguir demasiado, cada centímetro de las paredes está cubierto de figuras demasiado desgastadas para identificarlas, además de plantas, formas y florituras. Es un exceso que no había contemplado nunca hasta la fecha.

Tobias se arrodilla frente a mí sobre una de las polvorientas baldosas. Frunce el ceño, me toca la mejilla con los dedos fríos y después baja por el brazo.

—¿Puedo echarle un vistazo? —me pregunta.

Por el rabillo del ojo, veo que Caleb y mi padre se abrazan, y mi hermano solloza con la cabeza enterrada en su hombro. Me da la sensación de que se trata de un gesto egoísta por su parte: que mi hermano se atreva a aceptar consuelo de un hombre que acaba de perder a su esposa.

«Porque yo soy la progenitora y tú eres la hija».

Me estremezco. Tobias me quita la chaqueta para dejar el brazo al aire. Miro la herida. Es un desastre ensangrentado. La toca con delicadeza, entornando los ojos para examinarla mejor en la oscuridad.

—Creo que la bala te ha atravesado —comenta; después se levanta y me da un toquecito en el hombro—. Esta es la herida de salida.

—¿Eso es bueno?

—Mucho. Solo hay que vendarla hasta que podamos llevarte a un médico.

—Toma —dice una voz profunda.

Cuando levanto la vista, Marcus Eaton está junto a nosotros con una prenda de ropa enrollada en las manos. Es su camisa; todavía lleva puesta la camiseta interior, con la chaqueta gris encima, pero debe de haberse quitado la capa intermedia.

—Úsala para vendar la herida —añade.

Su mera presencia me provoca un acceso de ira tan repentino que siento náuseas. ¿Cómo es capaz de fingir ese gesto compasivo y esa voz amable cuando, bajo la máscara, es un monstruo? Todavía recuerdo su aspecto al levantarle la mano a su hijo: salvaje, descontrolado.

Tobias acepta la camisa y empieza a arrancar la tela.

Oigo otro disparo a lo lejos y pienso en Abigail Baker tirada en la cama, con los brazos estirados. Hay veinticinco miembros en el consejo. ¿Cuántos siguen vivos? ¿Cuántos sobrevivirán a los osados que les dan caza dentro de su simulación?

—Tenemos que irnos.

—Ahora mismo no nos vamos a ninguna parte —replica Tobias, que se ha colocado frente a mí con una pierna entre las mías y la rodilla de la otra apoyada en el banco para poder vendarme el brazo con una tira de tela. La aprieta con fuerza y coge otra.

—No, quiero decir… que tenemos que ir a la sede de Osadía —le explico—. Seguro que de allí sale la simulación, si solo afecta a los iniciados de su facción.

—¿Estás segura? —pregunta Caleb con voz ronca, aunque ya no solloza, por lo menos. Se aclara la garganta—. ¿Cómo es posible que el ordenador tenga tanto alcance?

—Repetidor de señal —responde Tobias sin apartar la vista de mí —. Eric lleva uno encima.

—¿Un repetidor de señal portátil? Suena… —empieza Caleb, pero lo interrumpo.

—Esto no acabará hasta que detengamos la simulación.

Siento la pena dentro de mí como si se formara una tormenta: la tensión, el rumor de los truenos a lo lejos y las nubes oscuras que se acumulan. Pero todavía no está aquí. Ahora mismo, sigo atontada por la conmoción.

Será mejor que lo aproveche.

Tobias me examina unos segundos y después asiente.

—De acuerdo. Iremos a Osadía.

—No hace falta que vaya ella —protesta mi padre—. Mírala, está…

Me levanto y me pego el brazo herido al vientre.

—Tú puedes quedarte aquí, si quieres, pero yo voy.

—No pienso dejarte sola en un momento así —protesta mi padre en voz baja.

Me acuden a los labios palabras amargas, airadas y también ciertas: que recuerdo lo que intentó hacerme en la Cámara de la Memoria; que sé que mi madre y él se peleaban. Me las trago todas.

—Iremos juntos —zanja Marcus, como si ya estuviera decidido—. Vosotros primero.

+ + +

Es como si soñara. No puede existir una realidad en la que corra por la calle del sector de Abnegación con Marcus Eaton a la zaga, una herida de bala en el hombro y una pistola en la mano. O en la que corra por un andén detrás de mi hermano, gritándole que salte. O en la que contemple el alba entre los edificios junto a los que pasamos, su luz difuminada por la manta de nubes, mientras escucho a Tobias hablar con mi hermano.

—¿Te acuerdas de la actualización que instalaste en el complejo de Osadía? —le dice—. ¿No sabías lo que era?

—No, claro que no.

—¿No lo preguntaste?

—Jeanine me dijo que era una actualización del sistema.

Vuelvo la vista atrás y me encuentro con la mirada de mi padre. Sé que piensa lo mismo que yo: «Jeanine». No «la representante Matthews», ni «la señora Matthews», sino «Jeanine». Caleb tutea a la representante de Erudición.

Ninguno de los dos lo menciona; yo, porque en estos momentos no tiene sentido hacerlo. Nunca me habían parecido menos importantes las lealtades a las facciones.

—Tobias —lo aviso cuando el tren sube.

Debemos de estar acercándonos al punto de salto, donde el tren rueda en paralelo a un edificio durante unos minutos antes de volver a descender. Una ridiculez osada que, a la vista de los acontecimientos de hoy, resulta aún más ridícula.

—Vale, en fila —ordena Tobias—. Cuando os pida que saltéis, hacedlo lo más lejos que podáis. Sin vacilar.

—¿Vamos a… saltar del tren? —pregunta Caleb.

—O puedes quedarte atrás y nos reunimos después —le propongo.

Él niega con la cabeza con una vehemencia un poco excesiva.

—No. Soy el único que sabe cómo funciona el código de la simulación.

No se lo discuto. Puede que él, como yo, sienta la necesidad de hacer algo ahora mismo para no pensar en lo que ha sucedido. Convencerlo de lo contrario no es cosa mía, así que me coloco al lado de la puerta, con Marcus y mi padre delante de mí, preparados para saltar, y Caleb, Tobias y yo en fila detrás de ellos. Compruebo el seguro del arma; no quiero arriesgarme a que se dispare mientras salto.

El tren se acerca al borde de la azotea y Tobias grita:

—¡Ahora!

Marcus y mi padre saltan y, sin pensármelo, doy un paso adelante y salgo del tren. Tras un instante de ingravidez, aterrizo de pie en el tejado, provocando una lluvia de grava. Trastabillo un par de veces hasta recuperar el equilibrio.

Caleb cae al suelo, pero ha conseguido llegar a la azotea. Tobias le ofrece una mano para ayudarlo a levantarse y me percato de que ni siquiera mira a su padre cuando se dirige al otro extremo de la

azotea. Es como si fingiera que Marcus no existe. Procuro hacer lo mismo.

—¿Ahora qué? —pregunta el líder del consejo.

—Ahora saltamos —respondo al pasar junto a él.

Me coloco en el borde de la azotea, con Tobias a pocos pasos de distancia. La insensibilidad que se ha apoderado de mí me vuelve más audaz. Echo hacia atrás la mano libre, como hice en su paisaje del miedo, cuando sabía que teníamos que bajar de un salto del Centro para superar su temor a las alturas. Él la toma y se coloca a mi lado.

—Te veo al fondo —le digo.

Y doy un paso adelante.

Nada de lo que he experimentado hasta ahora me había preparado para esto: caer como una piedra, dejando que el aire me azote el cuerpo y la gravedad me atraiga, con un aterrador vacío debajo, sin nada a lo que agarrarme, sin nada que impida que me estrelle contra el suelo…

Entonces, la red nos traga a los dos y nos envuelve en sus duras y tensas fibras antes de amortiguar la caída. Me duele el brazo. Suelto una carcajada seca. Recuerdo haber hablado con Christina y Colin sobre la iniciación osada, y que Colin creía que no habría sido capaz de saltar. Supongo que ahora sé que yo sí.

Engancho los dedos en la red y me impulso hacia un lado, donde una barra metálica la sostiene en su sitio. Tobias pasa las piernas por encima del lateral y cae a la plataforma. Intento imitarlo, pero me cuesta por culpa del brazo herido y del temblor de cuerpo que me provoca la adrenalina. Consigo pasar por encima de la red y él me sujeta poniéndome una mano en la cintura y la otra en el cuello.

Me yergo frente a él, mirándolo a los ojos. Ahora mismo no siento nada, aunque pienso en el cuidado que tuvo conmigo en la iglesia, en que no me preguntó si estaba bien, como si eso fuera una pregunta válida, en que no intentó animarme a hablar de ello… Y todo eso está a punto de abrirse paso a través de la estática que me nubla la cabeza. Aquí, rodeada con lo que queda de mi familia, ¿por qué me da la impresión de que él es el único que me conoce de verdad?

Me vuelvo y veo una silueta gris que cae por el espacio abierto del techo y golpea con fuerza la red. Mi padre agita las extremidades intentando recuperar el equilibrio y después rueda hasta el lateral de la red, donde Tobias le ofrece una mano. Él la acepta y se sienta en la barra metálica para bajar de un salto a la plataforma.

El siguiente es Caleb y, cuando cae, me parece verle una mancha oscura en la espalda de la camiseta, oculta bajo la chaqueta, casi como si sangrara o algo parecido. Sin embargo, rueda sin problemas hasta el lateral.

Tobias baja de un salto de la plataforma antes de que aterrice Marcus, así que es mi padre el que ayuda al líder del consejo. Me uno a Tobias en el suelo mientras despliego mentalmente el mapa de la sede de Osadía. Al final de este largo pasillo se encuentra el Pozo. Subiremos por el camino que lo rodea hasta arriba y estaremos a unos cuantos pasillos de la sala de simulaciones.

—Vamos —les indico cuando ya están todos en la plataforma.

El cansancio me ha dejado las piernas doloridas y temblorosas, pero me obligo a correr de todos modos, con la pistola agarrada a dos manos y algo apartada de mí, por si acaso. El brazo me molesta

más que antes: me arde y palpita cada vez que mis pies tocan el suelo. Intento no prestarle atención.

Es tan temprano que la mayoría de los osados siguen dormidos. Lo más probable es que transcurra otra hora antes de que alguien descubra lo que está pasando en Abnegación, si es que los eruditos preparan un comunicado. Cruzamos corriendo los trechos de oscuridad y los charcos de la luz de las lámparas de emergencia, y llegamos al fondo del Pozo.

—¿Por qué hay un río tan caudaloso aquí abajo? —pregunta Caleb entre jadeos.

Tobias, que está examinando el sendero del Pozo, se lleva un dedo a los labios. Sigo su mirada y no veo que se mueva nada en el mercado vacío, normalmente abarrotado. Por otro lado, si yo fuera Jeanine Matthews y planificara un ataque como este, no dejaría la simulación desprotegida.

Subimos corriendo por el sendero del Pozo: Tobias y yo delante con las armas en posición, y Marcus y Andrew los últimos, jadeando. Presto atención al roce de los pies contra el suelo y a las respiraciones agitadas, sabiendo que el vacío de esta caverna amplifica todos los sonidos. Alcanzamos la parte de arriba y frenamos el ritmo cuando Tobias nos conduce por el pasillo que nos llevará a la sala de simulaciones.

Oigo voces al doblar la esquina y le toco el brazo para detenerlo. Después me adelanto con sigilo y el corazón acelerado para acercarme todo lo posible a la esquina.

—¿… queda?

Reconozco la voz, aunque me cuesta ubicarla.

—La simulación dura lo que dure el trabajo —contesta otra voz clara y tranquila. Esa no me cuesta ubicarla: es el Remendador.

Sabía que la Cicuta estaba metida en esto, pero creía comprender hasta dónde llegaba el trato: ellos suministran las armas y el transporte a cambio de Marcus Eaton. Sin embargo, parece que están más involucrados de lo que pensaba, si es que son los encargados de proteger la sala de simulaciones. Me pregunto qué trato habrá cerrado Evelyn con Jeanine y qué más abarcará.

Supongo que debería sorprenderme, pero, a estas alturas, me han decepcionado tantas veces y tantas personas distintas que ni eso.

—Entonces, estás diciendo que pueden quedar varias horas —responde la otra voz, y ahora la reconozco: es Botas, el que todavía me llama «Remilgada»—. ¿Y si tengo que mear?

—Te lo aguantas como un niño grande —contesta el Remendador.

Vuelvo a mirar la pistola de Tobias; después, lo miro a la cara. Estoy convencida de que es capaz de dispararles a ambos, pero quizá no antes de que ellos le devuelvan el tiro, y no me interesa que nadie se convierta en asesino sin necesidad. Les hago un gesto a los demás para que retrocedan y nos reunimos en el otro extremo del pasillo.

—Comentaste que había otra forma de entrar —le digo a Tobias.

Él asiente.

—Parte del grupo podría quedarse aquí para asegurarse de que no se muevan de sus puestos —propongo, señalando hacia atrás—. El resto entraría por detrás.

—Yo me quedo —se ofrece mi padre—. Marcus y yo solo seríamos un estorbo si queréis ser sigilosos.

—Si se mueven, debéis disparar. ¿Vais a poder hacerlo?

En respuesta, mi padre levanta una mano, con la palma hacia arriba, pidiéndome el arma. Tobias arquea una ceja.

—Si mi hija corre peligro, haré lo que sea necesario —afirma mi padre, mirándome a los ojos.

A pesar de que sigo entumecida, siento dolor cuando vuelve a llamarme «hija» y percibo el compromiso absoluto que se le refleja en la mirada.

Le entrego el arma y Tobias le enseña dónde está el seguro. Mi padre la sostiene con una confianza sorprendente, y me pregunto si mi madre le enseñó a hacerlo o si él, al igual que su esposa, oculta una historia que desconozco. Al pasar a su lado, alarga un brazo y me acaricia el pelo. Esboza una sonrisa débil.

—Nos vemos pronto —dice, y espero que sea cierto.

+ + +

Caleb, Tobias y yo regresamos a lo alto del sendero del Pozo y después subimos por las escaleras que conducen al edificio de cristal que se yergue por encima de nosotros. A través del suelo acristalado veo todo el camino hasta las aguas turbulentas del abismo. Cruzamos el resplandeciente vestíbulo y Tobias nos dirige a una puerta sin distintivos ni pomo. No hay nada más que una tira metálica que sobresale de la pared. Tira de ella y la puerta se abre.

El pasillo de servicio al que da se encuentra a oscuras y huele a húmedo. Unas tuberías calientes vibran en las paredes. Bajamos una escalera y doblamos la esquina, donde una lámpara de emergencia señala el final del pasillo.

Tobias empuja la puerta despacio y con precaución, por si hay alguien esperándonos en la sala de simulaciones. No pasa nada. La habitación está vacía.

—Toma —me dice, ofreciéndome la pistola—. Veré lo que puedo hacer con el ordenador.

Se me ocurre que tanto esta sala desprotegida como la salida de incendios que hemos usado constituyen un descuido muy grave. Jeanine Matthews sabe que existe este acceso, ¿y lo ha dejado sin protección? Diría que se fija demasiado en los detalles para que se le escape eso. Estoy pensando en comentarle algo a Tobias, que se arrodilla junto al caldero lleno de llamas que usan en Osadía como ordenador.

—Detén la simulación —ordena, y las llamas se quedan paralizadas.

Entonces me doy cuenta de que Caleb se está quitando la chaqueta y saca la pistola que lleva guardada debajo.

Apunta a la nuca de Tobias.

—Los dos vais a hacer justo lo que os diga si no queréis que esto se desmadre —nos amenaza mi hermano.

CAPÍTULO 56

TRIS

—Caleb —le hablo con calma, en voz baja, aunque no encaje en absoluto con lo que siento—, ¿qué haces?

La pistola es negra por completo, lo que significa que está cargada de balas, no de agujas, y él la sujeta como si no fuera la primera vez. Es como si activara una alarma contraincendios en mi cabeza; un pánico histérico y palpitante que se adueña de todo mi cuerpo.

—Caleb —repito.

—Deja tu arma en el suelo y da un paso atrás —replica.

—Lo haré si tú lo haces.

—¡Hazlo de una vez, Beatrice! —me suelta, y hay algo en su voz que me obliga a obedecer. No tiembla, como el chico que estuvo a punto de matarme en el callejón junto a la sede abnegada. Está decidido.

No sé cómo, pero está listo para esto.

Me agacho poco a poco y dejo el arma en el suelo. Doy un paso atrás.

Tobias, que está arrodillado delante de mi hermano, con las manos todavía metidas en las llamas simuladas, se ha quedado completamente inmóvil.

—Esto no es propio de ti, Caleb —le digo—. No quieres hacerle daño a nadie.

—Correcto —coincide sin que se le altere la voz—, pero he hecho un trato con Jeanine para salvarle la vida a nuestro padre y pienso cumplir con mi parte. —Apoya el cañón de la pistola en la cabeza de Tobias—. Mete a mi hermana en una simulación. No hace falta que forme parte de esto.

Pienso en nuestras charlas nocturnas cuando éramos pequeños. Recuerdo que yo abría la ventana para respirar el aire del exterior y le confesaba todo lo que me preocupaba, y que él respondía siempre en un tono tan comedido que me ayudaba a resolver cualquier problema. Mi hermano siempre mantenía la calma y yo suponía que era porque estaba concentrado en ayudarme, pero quizá su calma fuera más fría de lo que me imaginaba.

Quizá no conozca a nadie, en realidad. No sabía que mi madre era algo más que una devota esposa y madre de Abnegación. No sabía que mi padre estuviera dispuesto a manipular mi mente. No sabía nada de la violencia de Marcus, ni que Evelyn amenazaría con matarme con tal de sonsacar a mi madre. Y no sabía que mi hermano fuera así.

Por otro lado, debería saberlo, ¿no? Cuando fui a visitarlo a la sede de Erudición, no intentó ayudarme. No evitó que me llevaran con ellos. Apenas parecía contento de verme.

¿Por qué no veo lo que tengo delante de las narices, ni siquiera en estos momentos?

—Caleb —le suplico, ahora con voz ahogada.

Sigue sin mirarme, concentrado en apuntar con la pistola.

Tobias alza la vista para mirarme a los ojos.

—Hazlo —le pido—. Haz todo lo que te ordene.
Y la simulación me absorbe por completo.

CAPÍTULO 57

CUATRO

EL CAÑÓN DE LA PISTOLA estaba frío cuando Caleb me lo pegó a la cabeza, pero ahora está caliente. No sé por qué, pero es como si no encajara. La cercanía de la muerte —que está a pocos centímetros de mi cráneo, de hecho— debería ser fría y permanecer fría.

Por otro lado, supongo que mi muerte no es nada excepcional. A la persona amenazada se lo parece, claro, pero, en realidad, es una de las cosas más corrientes del mundo. Todo lo que vive, muere.

Veo que a Tris se le empaña la mirada cuando la simulación se apodera de ella. Sin embargo, Caleb no la conoce tan bien como yo: no sabe que es divergente y que las simulaciones no la controlan igual que a los demás. Nunca se le ha pasado por la cabeza que ella pueda ser especial, que sea capaz de hacer algo que él no.

Ahora mi vida depende de que Tris logre enfrentarse lo más deprisa posible a su simulación del miedo. Pero, si hay alguien capaz de hacerlo, es la chica que tengo enfrente.

Así que respiro hondo, despacio.

—¿Y ahora qué? —le pregunto a Caleb.

—Borra del sistema los datos de la simulación del ataque para que no quede ni rastro de las últimas horas —responde.

Tengo que darle largas y ganar tiempo para que Tris pueda enfrentarse a su simulación y salir de ella.

—Claro, porque se trata de un elaborado plan para inculparme de todo esto. El perturbado hijo de Marcus Eaton se cobra venganza de Abnegación aprovechando su puesto como técnico de simulaciones y sus conexiones con los abandonados; esa es la historia, ¿no?

—No lo sé —responde Caleb, presionándome más la cabeza con la pistola—. Mi trabajo consistía en sacar a mi padre y encontrar el camino de vuelta aquí para borrar los registros. Eso es todo.

—Pero hay un problemilla, ¿no? Porque yo estoy aquí y eso no te lo esperabas.

No estoy seguro, pero creo que le vacila un poco la mano.

—Borra los datos, Eaton.

—No creo que…

Se oye un clic cuando amartilla la pistola.

—Hazlo.

No puedo seguir retrasándolo, así que meto las manos en las llamas y las observo bailar alrededor de mis dedos. Me zumba la cabeza cuando me conecto al sistema, que me resulta familiar, casi reconfortante, como si el ordenador de Osadía fuera un antiguo amigo.

—Borra los registros de las dos últimas horas —le pido, y el ordenador me reconoce, como siempre.

Más adelante, cuando comprueben el historial, verán que se borraron los datos del sistema y que fui yo quien lo hizo. Otra prueba que usarán para inculparme.

—Bien. Ahora necesito confirmarlo. Dile que me enseñe los registros de esta mañana —me ordena Caleb.

Lo hago, pero esta vez sin hablar. Las llamas se vuelven azules por un instante, como hacen siempre que no encuentran lo que se les pide.

Los datos de la simulación han desaparecido. Tris sigue de pie frente a mí, con la mirada empañada, atrapada en su paisaje del miedo.

Pese a haber hecho lo que me pedía, aún tengo una pistola apuntándome a la cabeza.

CAPÍTULO 58

TRIS

ABRO LOS OJOS y estoy en un campo.

No se parece a ninguno que haya visto antes. Mi vida ha sido un paisaje urbano de hormigón, metal y cristal. Incluso de pequeña, cuando visitaba Cordialidad con otros abnegados, sus campos eran ordenados, con cultivos sembrados en pulcras hileras con el espacio suficiente para caminar entre las plantas. Este campo, por el contrario, es silvestre: hierba crecida y flores, cardos y arbustos, árboles muertos con las ramas torcidas elevándose hacia un cielo del color amarillo enfermizo que precede a la tormenta, con las nubes cargadas de lluvia. El viento me sopla en la cara y me pega la ropa al cuerpo. Oigo el graznido de un pájaro y, al volverme, veo un cuervo posado en una de las ramas de un árbol muerto. Gira la cabeza para mirarme a los ojos y grazna de nuevo.

Esta simulación del miedo no se parece a la otra. Noto que el pánico me oprime como una mano al cuello, aunque no sé por qué. Todo lo que me rodea está silencioso y en calma, pero sé que algo se acerca y que será malo.

Oigo un ruido detrás de mí, como un leve estrépito. Y los chillidos rítmicos y roncos de una bandada de cuervos, lejana pero

inconfundible. Vuelvo la vista para observar la forma alargada que gira y se retuerce al cambiar su patrón de vuelo.

Entonces, descienden en picado. Levanto los brazos por encima de la cabeza para protegerme la cara. Uno de ellos me picotea en los antebrazos; las garras se me enganchan a las manos, los hombros y la nuca. Me perforan la piel. Un pájaro me grazna al oído, como si me exigiera algo. Grito y sacudo la mano con violencia para intentar zafarme, pero solo sirve para dejar la mejilla a merced de otro pico.

Las plumas me rozan los brazos y un cuervo se me mete por debajo del codo para picotearme la cabeza. Grito de nuevo, caigo de rodillas y me hago un ovillo. Sé que me dejo llevar por el pánico y que necesito pensar, pero solo soy capaz de sollozar con el rostro pegado a las piernas, sobre la hierba, mientras ellos chillan, graznan y parlotean a mi alrededor.

«No es real —me recuerdo—. No es real».

No es real, pero no sé qué hacer. No puedo disparar un arma, ni huir por una escotilla que me saque de aquí y me aleje de los picotazos, arañazos y aleteos de estos pájaros. No puedo hacer nada.

«No puedo hacer nada», me digo y, de repente, me suena a sabiduría.

«No puedes hacer nada».

Me obligo a apartar los brazos de la cabeza. Los pájaros me arañan las mejillas, me picotean el rabillo del ojo y me clavan las plumas en las orejas.

«No puedes hacer nada».

Respiro hondo y alzo la cabeza al cielo. Lo único que veo al abrir los ojos son plumas.

El dolor es feroz y ardiente, pero estoy lejos de él.
Y, entonces, noto piedra bajo las rodillas.

CAPÍTULO 59

CUATRO

DESPUÉS DE BORRAR LOS DATOS de la simulación, ni Caleb ni yo nos movemos durante unos instantes. Me preparo para lo que venga a continuación. Y es que debería haberme resultado evidente desde el principio: ya no me necesita; en realidad, no me ha necesitado nunca y, si su trabajo consiste en encubrir la simulación del ataque, no puede dejar ningún testigo.

Jeanine Matthews es una narradora. Veo con absoluta claridad la narrativa que ha inventado para lo sucedido hoy. Soy el retorcido chico de Osadía que se pasa demasiado tiempo a solas, metido en sus simulaciones del miedo. Todo el mundo sabe que me sucede algo raro; siempre lo ha sabido. Y no hay nadie que supervise lo que hago aquí, por lo que me resultaría muy sencillo manipular las simulaciones. Cuento con acceso a mis iniciados y razones de sobra para atacar Abnegación. Quizá, si a Jeanine le apetece volverse contra Evelyn, diga que los sin facción me radicalizaron a través de mi madre.

Y si muero en la sala de simulaciones, ahora mismo, pueden afirmar que me lo hice yo mismo.

Qué bien atado. Envuelto para regalo, con lazo y todo.

—Ya veo —comento en voz baja—. Vas a tener que matarme, ¿no?

—No te conozco —replica Caleb sin que se le altere la voz—. Conozco a mi padre. Es una pena, pero entre cumplir con mi misión y fracasar, la decisión me resulta muy sencilla.

Frente a mí, Tris reacciona a la simulación tapándose la cabeza con los brazos y abriendo la boca en un grito silencioso.

—Es una pena. —Me río un poco—. Y, cuando Tris salga de esa simulación y vea mi cadáver tirado en el suelo, ¿crees que le va a parecer bien?

—Le explicaré que nos hemos peleado —responde, aunque ahora no suena tan seguro de sí mismo—. Le diré que no me ha quedado más remedio.

Tris cae de rodillas y se hace un ovillo. Por un momento, temo haberme equivocado con ella: quizá haya sido un día demasiado difícil para superar la simulación tan deprisa como la última vez.

—No te creerá.

—¡No me importa lo que crea! —me suelta Caleb—. Mientras esté sana y salva.

Entonces, sin más, el cuerpo de Tris se abre como una flor en primavera. Se sienta sobre los tobillos y alza el rostro al cielo. Se le relajan los músculos y desaparece el terror que hace un instante le torcía el gesto.

Por supuesto; es tan increíble como pensaba.

—Ahí es donde te equivocas —le digo a su hermano—. Siempre importa tratar a los demás como a personas, y no como a objetos preciados que necesitas preservar.

De repente, Tris, veloz como un rayo, se abalanza sobre la pistola que ha dejado antes en el suelo, se levanta y apunta a Caleb, sujetando el arma con ambas manos. Yo me pongo de pie, a punto de apartarme de un salto, pero el chico es más rápido de lo que pensaba: me agarra por la espalda de la chaqueta y tira de mí para colocarme delante de él. Como un escudo.

No me ha apartado la pistola de la cabeza.

—No tengo más alternativa, Beatrice —se excusa—. Es la única forma de salvar a nuestro padre. Debo llegar hasta el final.

—Siempre hay alternativa —replica ella sin que se le altere la voz —. Estás a tiempo de tomar una decisión distinta. Te ayudaré. Los dos te ayudaremos.

—No podéis. Todo tiene que salir de acuerdo con el plan.

La he visto así antes, en su simulación del miedo; armada con una pistola, enfrentada a una elección. Salvo que, en este caso, la elección es la contraria, porque me encuentro delante de la persona que ama. Puede que sienta algo por mí, pero no nos conocemos desde hace tanto tiempo. No me conoce tanto como a su hermano.

Me relajo un poco al percatarme de lo que debo hacer, que es ponérselo más fácil. Acaba de perder a su madre y no quiero que pierda a ningún familiar más.

—No pasa nada —le aseguro—. No tienes por qué hacerlo.

Me mira a los ojos y noto que los suyos están anegados en relucientes lágrimas. La calidez de las llamas de Osadía le ilumina el rostro.

—No pasa nada —repito.

Y espero a que suelte el arma.

CAPÍTULO 60

TRIS

LOS OJOS DE TOBIAS SON MUY OSCUROS. Como un cielo nocturno tras la puesta de sol, cuando todavía es de un azul intenso. Como me imagino las zonas más profundas del océano, tan lejos del sol que su luz apenas las alcanza.

Oigo el clic de la bala que Caleb acaba de meter en la recámara.

Los ojos de Tobias son muy oscuros.

—No pasa nada —me asegura, y sé a qué se refiere.

No pasa nada si me niego a tomar esta decisión. No pasa nada si dejo que mi hermano haga lo que cree que debe hacer. No pasa nada por rendirme, igual que acabo de hacer en la simulación del miedo. «No puedes hacer nada». A veces está bien renunciar al control.

Salvo que, aquí, sí que puedo hacer algo.

Aunque el corazón se me desboque, aunque apenas logre respirar, no me tiemblan las manos. Recuerdo el peso del arma y sé cómo prepararme para el retroceso cuando se dispare. Tomo aire por la nariz y me concentro en apuntar usando el cañón de guía.

Apunto al pedacito de Caleb que puedo ver: el pelo peinado hacia atrás, la camisa azul. Mi hermano, el que siempre ha pensado en todos antes que en él. Mi hermano, el chico abnegado perfecto.

Esa versión de Caleb nunca existió. En realidad, solo hay una: la del hermano que me obliga a tomar una decisión imposible.

—Las simulaciones del miedo preparan a la gente para actuar —le digo a Tobias—. ¿No fue eso lo que me explicaste?

Él cierra los ojos y baja la cabeza, y, en ese espacio que deja libre, veo el rostro de mi hermano y descubro que la decisión no es imposible.

Disparo.

+ + +

Cierro los ojos, pero todavía lo oigo: el sonido de un cuerpo pesado al caer al suelo; el ruido metálico de un arma al estrellarse contra la piedra.

Después, solo queda el pitido en los oídos.

Unas manos me tocan los brazos, me los sujetan con ternura. Abro los ojos y veo que Tobias está frente a mí. Solo lo veo a él. Unos ojos oscuros fijos en los míos. Nariz aguileña. Ceño fruncido.

—Déjame eso —me dice en una voz lo bastante grave como para oírla por debajo del pitido.

Me quita la pistola. La suelto sin resistirme. En realidad, ni siquiera la quería.

Vuelve a poner el seguro y se lleva la mano a la espalda para meter el arma en la cinturilla de los vaqueros. Después vuelve a apoyarme las manos en los hombros y se agacha para mirarme a los ojos.

—Voy a sacarte de aquí, pero te llevaré con los ojos tapados, ¿vale?

Asiento. Me apoya una mano en la nuca y me empuja la cabeza para que pegue la frente a su chaqueta. Respiro su olor. A menta, por el jabón que usa, quizá. A sudor. A viento. Sin soltarme la nuca, me lleva caminando hacia atrás. Oigo que se abre una puerta y después me llega el olor del túnel que hemos recorrido antes.

Tobias, Caleb y yo.

«Caleb». Veo el pedacito de cara, los ojos muy abiertos, el pelo engominado. Oigo cómo se desploma.

Un sollozo me brota de la garganta. A medio camino, se transforma en un grito. La mano de Tobias sigue sujetándome la nuca con ternura, pero deja de caminar y me permite desahogarme. Me permite agarrarme a su chaqueta con tanta fuerza que me duelen los nudillos, y grito de nuevo.

Cuando acabo, tengo la garganta en carne viva. Relajo las manos. Él me acaricia el pelo.

—¿Lista?

Asiento.

Me da la mano y me guía escaleras arriba. Al exterior.

CAPÍTULO 61

CUATRO

YA HA amanecido, pero el cielo sigue oscuro. La bruma de nubes blancas que vi de camino a la sede de Osadía se ha teñido de gris oscuro y rebosa lluvia. Oigo un ruido sordo, como la vibración de un tren que se acerca, cuando entramos en el vestíbulo de cristal.

Y nos vemos envueltos en el caos, por supuesto.

Marcus se encuentra en lo alto de las escaleras, con las manos en alto, y Andrew Prior detrás de él, con las manos vacías; debe de haber perdido el arma en algún momento. Los mantienen a punta de pistola dos abandonados, supongo que los que vigilaban la puerta de la sala de simulaciones; uno es un hombre alto y esbelto que luce una chaqueta de impecable manufactura, y el otro es más joven y delgado, con cara de pocos amigos y ojeras oscuras.

Y, al otro lado del vestíbulo, con otros dos esbirros sin facción a su espalda, está mi madre, armada con una pistola y una sonrisa.

No quiero dejar sola a Tris después de lo que acaba de pasar…

Después de eso en lo que ni siquiera quiero pensar…

Pero tengo que detener esto. Así que saco la pistola, cruzo la sala de unas cuantas zancadas y me planto delante de Marcus, mirando a mi madre.

—Tobias —me saluda Evelyn.

—Evelyn.

—Apártate, por favor.

—No.

Tiene la mirada fija no en mí, sino en el hombre que ve por encima de mi hombro. Un brillo voraz le ilumina los ojos.

—Ambos sabemos que no vas a dispararme —me dice.

—Ni tú a mí. Así que aquí estamos.

Bajo la pistola, aunque no me muevo.

Por fin, me mira.

—No te entiendo —confiesa—. Sé que deseas esto tanto como yo.

—No sé bien qué crees que conseguirás convirtiéndote en una marioneta de la puñetera Jeanine Matthews, pero no pienso permitirte matar a mi padre delante de mí. Así que deja de fingir que eso es lo que va a suceder.

A Evelyn se le tuerce el gesto. No se mueve, pero está claro que duda. Creo que todavía la conozco. La conozco tanto como me conozco yo. A pesar de los años de ausencia que nos separan, durante mucho tiempo fuimos una sola entidad que robaba momentos de alivio allá donde pudiera encontrarlos; que compartía miedo, dolor y rabia todos los días que vivimos juntos en aquella casa.

Ella aparece en todos mis buenos recuerdos anteriores a la elección. Si sé querer, es gracias a ella.

—Mamá —le digo, y es la primera vez que la llamo así desde que regresó de entre los muertos.

Eso parece sorprenderla; sé que me ha sorprendido a mí. Tanto el sonido como la sensación que me produce son mucho más grandes y pesados de lo que deberían. «Mamá».

A pesar del nudo en la garganta, sigo hablando:

—Si nos dejas marchar, te prometo que te ayudaré a encontrar lo que buscas. Pero no hoy. ¿Vale?

Me parece verle lágrimas en los ojos, aunque podría ser una ilusión creada por la luz. Baja el arma y gesticula para que los demás la imiten.

Cruzo el vestíbulo para volver al lado de Tris, que sigue donde la había dejado, con la mirada vacía y los brazos sin vida junto a los costados. Le doy la mano y ella me mira con los ojos vidriosos. Pienso en el pasillo a oscuras en el que acabamos de estar, en el que ha gritado como nunca había oído gritar a nadie; como un animal con la pata en una trampa. Como si hubiera convertido la agonía en un sonido.

Cruza conmigo el vestíbulo, junto con Andrew y Marcus. Respiro el aire cargado de humedad justo cuando empieza a llover. No obstante, antes de ponernos en marcha, vuelvo la vista atrás para mirar a mi madre a los ojos.

Ella asiente, y sé que esto no ha acabado; ni de lejos.

+ + +

—¿Caleb? —me pregunta Andrew Prior cuando estamos ya a varios metros de la sede de Osadía.

Me vuelvo para mirarlo. No sé cómo poner en palabras lo que ha sucedido y, sin duda, no pienso describírselo ahora, con Tris delante. Pero el rostro de Andrew refleja su pena en cuanto me ve vacilar. Ya lo sabe. Seguro que lo ha sabido nada más vernos salir por esa puerta sin su hijo.

—Hemos tenido problemas. Lo siento.

El padre de Tris se lleva una mano al vientre y me da la espalda. Se dobla por la mitad, como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago. Cuando deja escapar un sonido horrendo y ahogado, siento la necesidad urgente de llevarme a Tris de aquí.

Cierro los ojos. No quiero ver lo que sucede después. No quiero pensar en lo que he sentido al oír el estampido y no saber si era Caleb disparándome o Tris disparándole. En lo que he sentido ante la repentina ausencia del metal contra el cuero cabelludo. En la presión de un cuerpo todavía caliente contra la pierna. En el charco de sangre del suelo. En el rostro desfigurado de Caleb contra la piedra.

No quiero pensar en que lo ha hecho para salvarme la vida.

Marcus rodea a Andrew con un brazo y le habla en voz baja. Sé que no podemos quedarnos aquí durante mucho tiempo porque la tregua con Evelyn, insostenible como es, puede acabarse en cualquier momento.

—Lo siento —repito—, pero tenemos que irnos.

Marcus guía con cuidado a Andrew y caminamos hacia el andén. Mientras subimos los escalones, Marcus me alcanza y yo me preparo para lo que venga a continuación.

—Gracias —me dice, y me pone una mano en el hombro.

Quiero gritarle. Quiero volverme hacia él y demostrarle que ahora soy yo el más alto, el más grande y el más fuerte, y que ya no le tengo miedo. Sin embargo, mi cuerpo tiene otros planes. Me quedo helado. Inmóvil. Dedicó muchos años a entrenarme para reaccionar así ante él.

Tris hace lo que yo no puedo.

—No lo toques —le ordena con voz clara y dura.

Y me cuesta creer que siga dispuesta a defenderme de él a pesar del dolor que la ahoga. O quizá sí.

Marcus entorna levemente los ojos. Es justo una de esas miradas que me dejaban encogido de miedo, y todavía siento el impulso de hacerme un ovillo para protegerme de él. Sin embargo, cuadro los hombros y espero hasta que él se vuelve y continúa andando.

No esperamos demasiado. El tren aparece, puntual como la marea, y, cuando me giro hacia Tris para pedirle que se ponga en movimiento, descubro que ya me está mirando. Alerta. Como si alguien la hubiera devuelto a su cuerpo.

Corremos en paralelo a los vagones.

CAPÍTULO 62

TRIS

Seguimos en el tren hasta la sede de Cordialidad. Parece un refugio tan bueno como cualquier otro.

Me siento junto a la puerta abierta, con la espalda contra la pared. Desde aquí veo los edificios desaparecer a medida que nos alejamos de la ciudad. Por esta zona están todos cubiertos de enredaderas, tomados por las malas hierbas, bajo la sombra de los árboles. Es como si el mundo natural reclamara lo que es suyo.

Llueve. Oigo el tamborileo de las gotas contra el techo y recuerdo cuando escuchaba ese mismo sonido de pequeña, contra la ventana, para que me ayudara a dormir.

Me muevo y el medallón de mi madre se me desliza por el esternón. Con el ceño fruncido, engancho la cadena con el pulgar y me la saco de la camiseta. Lo abro, esperando encontrar dentro la fotografía de alguien; de mi padre, quizá, o…

Me sorprende hallar una brújula. Salvo que, en vez de marcar los puntos cardinales, la aguja apunta hacia el único símbolo marcado: una estrella.

«Puedes usarlo para encontrar mi diario».

Cierro el medallón y me lo vuelvo a guardar bajo la camiseta.

Tobias se me acerca. Se sentó a mi lado durante los primeros minutos del viaje, pero después se apostó junto a la puerta para asegurarse de que fuéramos en la dirección correcta. Ahora, en vez de volver a acomodarse en el suelo, se agacha frente a mí y me apoya las manos en las rodillas.

—No me explayaré, pero esto tengo que decirlo —anuncia, bajando la cabeza. Después la levanta y me mira a los ojos—. Intentaré ser merecedor del precio que has pagado.

Y así, sin más, desaparece la estática que me nublaba la mente. Me echo hacia delante y lo abrazo, apretándolo cada vez más fuerte, hasta que su cabeza se aplasta contra mi hombro y la mía contra el suyo. Juntamos las mejillas.

No puedo pensar del todo en lo que he hecho. Todavía no. Pero no hay ni una pizca de mí que no se alegre de que siga con vida. Tobias Eaton, la persona que me conoce. Tobias Eaton, la persona que me ve. Tobias Eaton, la persona que transformó en fuerza la crueldad que había recibido del mundo.

En el poco espacio que nos separa, le susurro:

—Ya lo eres.

Siento su respiración contra la clavícula, primero agitada, y después lenta y regular. Siento el movimiento de los músculos de su espalda. Siento su calor.

Siento el aire que se mueve sobre mis labios cuando inspiro y espiro. Siento el dolor del brazo y el suelo metálico bajo las rodillas. Siento el peso del medallón de mi madre contra el pecho.

Siento que la tristeza llega poco a poco.

Y siento el viento.

AGRADECIMIENTOS

CREO QUE lo más justo es empezar por todo el personal de HarperCollins y New Leaf Literary que trabajó en la serie original de *Divergente*, en los distintos departamentos: adquisiciones, publicidad, marketing, producción, ventas, finanzas, colegios, bibliotecas… La lista es interminable. Sin vosotros, no habría un universo de partida para esta versión alternativa.

Aunque siempre me sentiré agradecida por el éxito de *Divergente*, ese periodo de mi vida no fue sencillo, así que me costaba regresar a mis recuerdos de la serie. Pero escribí este libro, en parte, para asociarlo con momentos nuevos y alegres… ¡Y ha funcionado! Así que quiero expresar mi más profunda gratitud a mis actuales cómplices editoriales:

A Joanna Volpe y Jordan Hill, sin cuya visión estratégica y ánimos no existiría este libro. A Erica Sussman y Clare Vaughn, por apuntarse a esta extravagante idea incluso antes de saber cómo explicarla. A Kate Sullivan, por ofrecerme los retos que más necesitaba.

A todo el equipo de Harper en todos los departamentos: Jessica Abel, Lexie Axon, Andy Ball, Erick Black, Christina Carpino, Cameron Chase, Avery Coffey, Shannon Cox, Elise Damasco, Savannah Daniels, DJ DeSmyter, Abby Dommert, Ann Dye, Kristen Eckhardt, Page Edmunds, Kathy Faber, Erica Ferguson, Sam Fox, Cindy

Hamilton, Jaime Herbeck, Brad Hill, Rachel Horowitz, Sheala Howley, Jenny Lu, Mary Magrisso, Matt Maguda, Abby Marks, Sydney Mathieu, Trish McGinley, Rain McNeil, James Neel, Vanessa Nuttry, Fran Olson, Thomas Pombo, Alexandra Rakaczki, Mimi Rankin, Heidi Richter, Patty Rosati, Kelly Rudolph, Amy Ryan, Sonia Sells, Monica Shah, Toni Smith, Harlow Steele, Liate Stehlik, Rich Thomas, Joel Tippie, Olivia Wilson, Alpha Wong, Jennifer Wygand, Susan Yeager y Emily Zhu. Trabajar con vosotros en este proyecto tan especial ha sido un placer. Un agradecimiento especial para Zoë van Dijk por la maravillosa ilustración de cubierta.

En New Leaf Literary: a Lindsay Howard, que sigue siendo toda una estrella; a Katherine Curtis, Eileen Lalley, Kwali Liggons, Keifer Ludwig, Alaina Mauro, Hilary Pecheone, Sophia Ramos, Kim Rogers, Joe Volpe, Tracy Williams y Donna Yee.

En Leo: a Kristin Dwyer, que siempre lo borda en el frente publicitario, además de mantenerme estable, emocionalmente hablando, y a Molly Mitchell y Genesis Reyes, por su apoyo. En TFOA: a Kelly Dasta, sin cuya ayuda no habría sobrevivido ni de broma a este año tan intenso. Y a Andrea DeWerd, Saimah Haque y Sara Mehelic por todo su trabajo —y por las reuniones y los mails; ¿he mencionado ya los mails?—.

Todas mis amistades de más de una década de antigüedad apoyaron esta idea de inmediato. Sus ánimos me han ayudado a seguir adelante y, de camino, disfrutarlo. No quiero hacer una lista porque me da miedo olvidarme de alguien importante después de un proceso tan largo. Así que mejor os envío notitas. En cualquier caso, gracias.

A mi familia, por ofrecerme su apoyo en los momentos buenos y en los malos.

A Nelson, mi marido, mi amigo. Cómo me alegro de estar casada contigo.

Y, por último, doy gracias por las personas desagradables que me hicieron más sabia y por las personas amables que me hicieron más valiente. Las necesitaba a todas.

El fenómeno mundial como nunca lo habías visto.
Adéntrate en una intrépida nueva saga de Divergente de la autora bestseller del *New York Times* Veronica Roth.

Beatrice Prior está a punto de tomar una decisión a la que todos los habitantes de su mundo deben enfrentarse: cinco facciones. Cinco futuros. Cinco vidas. Su plan: escoger la opción más arriesgada y abandonar Abnegación para unirse a Osadía, aunque eso signifique dejas atrás a su familia. Pero, cuando su Ceremonia de Elección se ve marcada por la tragedia, todo cambia: su mundo, sus planes e incluso ella misma. Y, por ello, Beatrice escoge un camino que la situará en el punto de mira de una rebelión clandestina… y la hará

cruzarse con un chico cuyos secretos son tan peligrosos como los suyos. Un chico cuyo único nombre conocido es un número.

Una decisión puede cambiarlo todo.

La saga que atrapó al mundo:

* El bestseller #1 del *New York Times*, que ha vendido **decenas de millones de copias** en todo el mundo.

* **Una sensación mundial** traducida a más de cuarenta idiomas.

* Un fenómeno que **definió el género distópico en la literatura juvenil**.

* Una **franquicia de películas de éxito**.

Veronica Roth (Nueva York, 1988) es la autora de las sagas «Divergente» (*Divergente*, *Insurgente*, *Leal* y *Cuatro: una historia de la saga Divergente*) y de *Las marcas de la muerte*, así como de la antología de relatos *El fin y otros inicios*, con las que ha llegado a ser número uno en ventas de *The New York Times*. Actualmente vive en Chicago.

Título original: *The Sixth Faction*
Publicado por acuerdo con HarperCollins Children's Books, una división de HarperCollins Publishers.

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Veronica Roth
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Pilar Ramírez Tello y Manuel de los Reyes García Campos, por la traducción

Diseño de la cubierta: adaptación a partir del diseño original de Joel Tippie
Ilustración de la cubierta: TM y © 2026 de Veronica Roth
Ilustración de la cubierta: Zoë van Dijk

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley

24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-27257-68-9

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice de contenido

La sexta facción
1. Estirada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
2. Iniciada
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
3. Descarriada
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
4. Sin facción
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
5. Zorro
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
6. Cicuta
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Capítulo 61
Capítulo 62
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Veronica Roth
Créditos

Landmarks

Cover